



El libro
de los barrios

Medellín



Calle

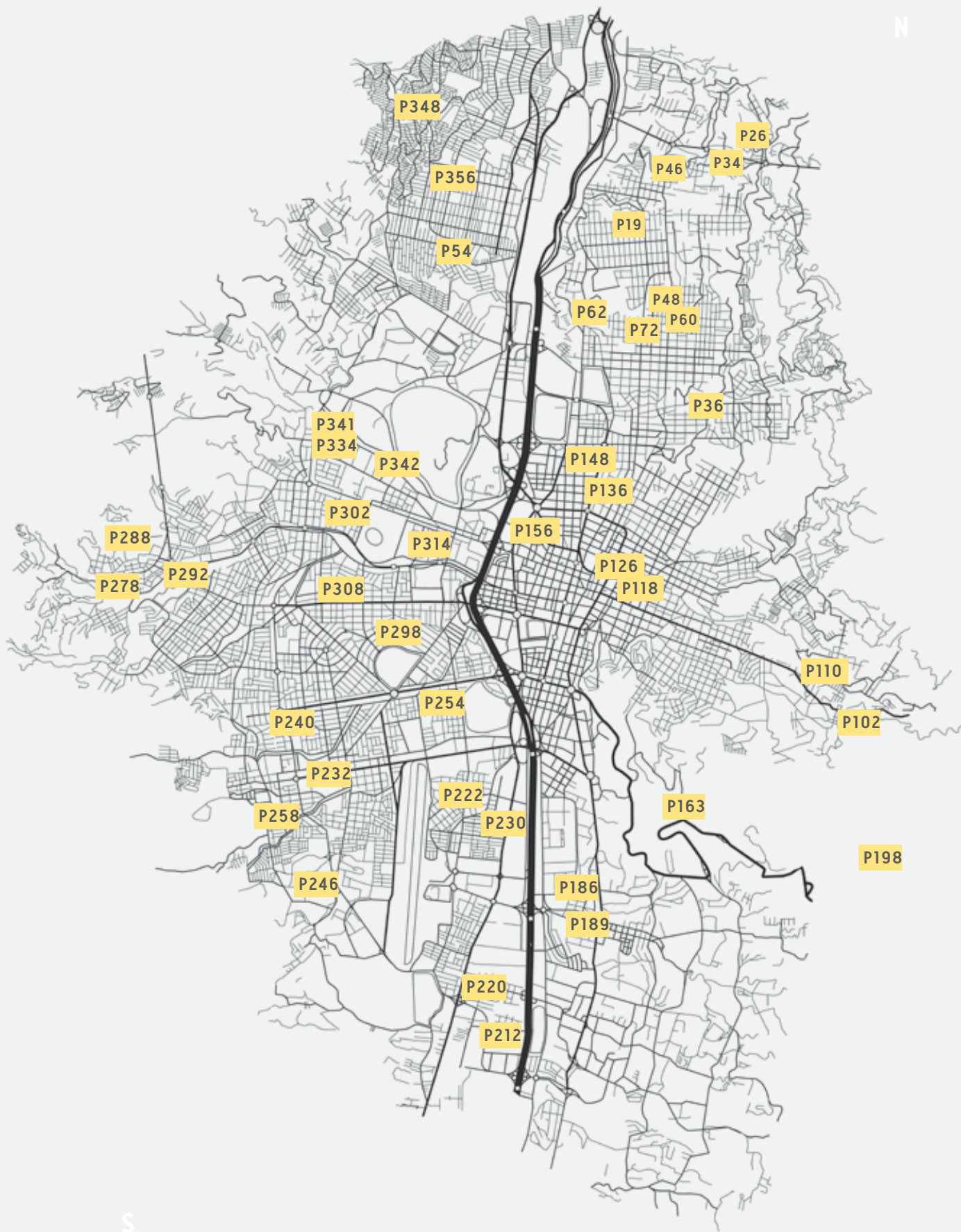


“Uno va a la casa y todo estorba, pero sale y está libre y las calles son camino y andamos aunque no lleven a ninguna parte. Muestran el café, la cantina, las pipiolas, la pelea, el gritón, el hombre que habla solo, el loquito con su tema, los vendedores, la bulla que quiere decir vida. Y como no se sabe qué va a pasar, pues a mantenerse alerta y fijarse en todo pa sacarle su jugo, ya llegará la buena.

(...) O el charloteo con los de la barra vieja. Barras de esquina p’hablar de fútbol y mujeres y películas de Luis Sandini o Ninón Sevilla y echar en el guargüero los primeros tragos. El chico de billar, la partida de dominó, el encuentro con la sirvientica que nos hizo hombres. Manrique, La Toma, La Estación Villa... Teníamos calles empedradas y venían caballos con leña y carbón, las chimeneas echaban humo sabroso desde la madrugada. Y volver a la gallada de siempre.

(...) ¿El campo?, uno le va perdiendo sabor, lo que hacía allá era hablar de esto de aquí, aguaceros y soles, noches oscuras, oscuras, se veía más por un teléfono. Y la tristeza de las tardes sin gente, sin automóviles ni bullas, sin luces ni ruidos ni cantinas. Lo que allá es monte bravo aquí es bosquecito preso, como un hombre en La Ladera, pero si el camino se hace calle y la calle pueblo y el pueblo ciudad, ¿quién retrocede?”

Aire de tango
Manuel Mejía Vallejo, 1973.



Contenido

P_7 Encarecimiento de los
que carecieron de barrio

P_12 Autobiografía de la villa

NORORIENTAL

- P_26 El último sueño *_Anamaria Bedoya*
P_34 Walter, el perifonero
P_36 Manrique pintoresca *_Jhonny Barrientos*
P_46 Hernán, el peluquero
P_48 De vuelta al barrio *_Juan José Hoyos*
P_60 La fonda de Consuelo
P_62 Moravia social tour *_Carolina Calle*
P_72 Merengues con preservativos *_Simón Posada*
P_80 La vida rondando la muerte *_Carlos Andrés Orozco*
p_90 Autobiografía del pueblo

CENTRORIENTAL

- P_102 Allá arriba en la ladera *_Eliana Castro*
P_110 Los días sin miedo *_Maria Isabel Naranjo*
P_118 Agacucho de puertas para afuera
_Luis Fernando González
P_126 Días de arrabal *_Ricardo Aricapa*
P_136 Rejas y palacetes
_Reinaldo Spitaletta
P_148 Entre muertos *_Alfonso Buitrago*
P_156 Historias viejas del 'barrio antiguo'
_Luis Fernando González
P_162 De aquí pal cementerio

SURORIENTAL

- P_172 No hay futuro qué perder *_Juan José Gaviria*
P_186 Puntadas y amigos
P_189 De portadas a porterías *_Francisco Saldarriaga*
P_196 Donde ricos y pobres arreglan sus zapatos
P_198 Los Chisperos *_Ignacio Piedrahíta*

SUROCCIDENTAL

- P_212 Viejos y nuevos días en Cristo Rey
_David Eufrasio Guzmán
P_220 Zona de turbulencias
P_222 Casonas de tolerancia *_Diego Rivera*
P_230 La sobreviviente y el restaurador
P_232 De pesebre a barrio *_Juan Carlos Orrego*
P_240 Vengo de La Villa *_Jorge Iván Agudelo*
P_246 El misterio doloroso de la Loma de los Bernal
_Ana Cristina Restrepo
P_254 El clásico Fátima - Nutibara *_Juanguí Romero*
P_258 Negro y bermejo *_Hernando González Rodríguez*
P_266 Autobiografía de ciudad

CENTROCCIDENTAL


- P_278 Comuna al filo *_Katalina Vásquez*
P_288 El parche del platanal
P_292 El San Javier de la memoria *_Jose Gabriel Baena*
P_298 ¡Ay qué Laureles! *_Rubén Vélez*
P_302 Un bosquecito de guaduas
_Mauricio López Rueda
P_308 Historias niñas *_Rubén D. Lotero*
P_314 Otra banda *_Líderman Vásquez*

NOROCCIDENTAL

- P_334 Vivir en casa *_Gloria Estrada*
P_341 Salsipuedes o donde el amor nunca se muere
P_342 Barrio de crecidas *_Carlos A. Serna*
P_348 Un barrio entre la niebla *_Juan Fernando Hernández*
P_356 En la cancha *_Paula Camila O. Lema*
P_366 Barrio Lenin *_Óscar Calvo Isaza*

ABCbarrio *_ Fernando Mora Meléndez*





Encarecimiento de los que carecieron de barrio

Por Eduardo Escobar

No sé si me perdí algo bueno o si fui privilegiado por la suerte de no haber vivido nunca de veras en un barrio. Pero la cosa es que nunca viví en eso que encierra la palabra de origen árabe encargada de nombrar las afueras de una ciudad. Los primeros años, que según el rumor de los aficionados a hacer metáforas son fundamentales en la formación del carácter, los pasé entre dos casas en Envigado: la de mi bisabuela, una casa grande de cuartos en galería, a una cuadra de la plaza, donde después abrieron el almacén Ley, y la de mis padres, mucho más pequeña y luminosa, que tenía el encanto del fantasma de una niña de catorce años y medio que a veces se manifestaba por medio de una luz brillante como una estrella caída y planeaba por el solar entre la raíz del papayo y la fronda del limonero.

La casa de mi bisabuela estaba pintada de un granate de sangre vieja. Aromaba a azaleas, café, cacao y humo de veladoras votivas de ricino, y a veces la invadía el tufo blandengue de la letrina de cajón. Mi bisabuela tenía un gato que yo traté de ahorcar muchas veces, sin crueldad, por una precoz inclinación a la ciencia, para averiguar qué tan cierto era que los gatos tienen siete vidas. No saqué nada en claro más allá de unos arañazos que no se me infectaron como quizás lo merecía. Pero me gané el odio eterno del gato, que me cogió pavor. Como es apenas gatural.

Yo no crecí en un barrio. Yo crecí entre casas, en un laberinto de casas que me es imposible reseñar, porque mi familia trashumante siempre estaba cambiando de casa y porque se me confunden como si fueran una sola casa plástica que cambia de forma con los años, según se van maleando los recuerdos.

A veces las casas estaban en un barrio. Como la que habitamos mis padres, mis dos hermanas y yo en Armenia, Quindío, en un barrio pobre, según oí decir, el barrio obrero, frente a un cementerio cundido de malezas cuyo silencio no me inquietaba, y donde jamás vi entrar un muerto en andas de un montón de personas con cara de “yonofuí” ni salir un vivo silbando, estrenando zapatos y atusándose el bigote. Las calles eran anchas y destapadas, pero yo nunca les pisé los terrones porque jamás me dejaban salir más allá del antejardín, de modo que

la idea de barrio, del barrio propiamente dicho, fue una ilusión lejana, una abstracción, un paisaje remoto que no me incumbía, un reguero de techos de barro o de cubiertas de cinc. A veces una nube de polvo doblaba una esquina, a veces el escándalo de un aguacero formaba un río rojizo y turbulento que corría pegado a las paredes haciendo gorgoritos y arrastrando barcos de papel. Yo nunca pude hacer un barco de papel decente. Pero estamos hablando de otra cosa.

Mis padres, a pesar de las penurias evidentes del hogar, estaban convencidos de que nos corría por dentro una sangre azul espesamente católica, apostólica y romana, y no compaginaban con el populacho del vecindario, sus radios altisonantes y sus malos modales, sus modas y sus mascotas. Ambos detestaban las mascotas como posibles vectores de enfermedades y problemas. A mi padre que era flaco como un cepillo de dientes le gustaban las zarzuelas, *La boda de Luis Alonso* le encantaba, y las arias de las óperas italianas, la basura técnica de Paganini y *El sombrero de tres picos* de Manuel Falla. De modo que tomaba la música popular como una ofensa. Las rancheras y todo eso, y los tangos, propios de putas y de borrachos. Pero sobre todo los merengues y los porros le parecían bullicios de vidas desarregladas. Cuando comenzaban a sonar, escondía la cabeza bajo la almohada con el mohín de alguien que se siente desgraciado.

Mi padre coleccionaba antigüedades. En cajas de cartón, encima de los escaparates, debajo de las camas. Lujos tallados en cedro, cristales de Bohemia, floreros azules en camas de paja. Para cuando pudiera cambiar la casa por una mejor. Cuando al fin lo consiguió, me confesó que ya no valía la pena, que sus pianos y sus exhibidores de sándalo ya no le sabían a nada porque lo habían cogido viejo.

Jamás me lo dijeron, pero a mis padres se les notaba que se sentían distintos aunque les costara mantener a sus hijos calzados y sin mocos verde pálido sobre los labios, como los que lucían los hijos de la montonera, de los seres comunes y silvestres con quienes apenas trataban, a quienes distinguían con el saludo de una remota cortesía: mi madre levantando un poco el velo de humo del sombrero fúnebre y mi padre con una inclinación somera de su pequeña cabeza de mono.

Mis únicos amigos eran unos gusanos y un perro muy grande color miel llamado Pipa, o que yo nombré Pipa, que venía a visitarme para recibir el pedazo de panela que yo robaba para él y que él consumía con inmensa dificultad porque tenía tan largas las orejas que temía comérselas y debía espantarlas del plato con enérgicas cabezadas. Qué orejas más tristes. Y qué triste como se marchaba después dando zancadas de perezoso, no sin antes dirigirme una sonrisa amarilla con todos sus dientes, largos y gastados.

Los gusanos, por su parte, vivían en unas matas de anís en el solar, frente a la cocina abierta. Eran anillados en verde y negro, y yo los estimulaba con una espiga del pasto para obligarlos a sacar las diminutas antenas color papaya, blandas y parsimoniosas, y a expeler el olor característico de papaya podrida.

También tuve un enemigo: una novilla sin cuernos de un blanco sucio con manchas color vino que entraba en el antejardín a pisotear los claveles y que yo echaba a patadas, sin odio, como si cumpliera un deber policial, como si contribuyera de ese modo a mantener el orden de la casa y la familia.

Allá viví el 9 de abril. De la fecha conservo unos recuerdos que he intentado poetizar en vano. Veo pasar unos raudos automóviles llenos de desafortunados agitando banderas rojas, desgañitándose, los ojos rojos brotados y las lenguas rojas colgando hasta el pecho como corbatas rojas; veo unos furtivos personajes incoloros cruzando el jardín bajo grandes fardos de telas, botines del saqueo; veo a mi padre cuñando puertas y ventanas con el mobiliario, y a la sirvienta, Otilia, una mulata de dientes de oro que mi madre quería como a una hermana, con una expresión de resignación y espanto. Y me recuerdo dando un paseo con mi padre por el centro de la ciudad convertida en cenizas después del zafarrancho que siguió a la muerte de Gaitán. Mi padre era laureanista de misa dominical. Y compró en el baratillo de los despojos un búho de fundición del que estuvo muy ufano hasta que tuvo que venderlo en uno de esos callejones económicos que parecían complacerlo. Eso fue su vida: atesorar para dilapidar. Enamorarse de cosas que terminaban en la prendería.

Ahora que lo pienso, viví en un montón de barrios pero los viví al modo del dormido. Como un marginado. Sin participar en sus movimientos más que de lejos. Después de Armenia, de donde mis padres se fueron aterrados por el incendio, viví en Medellín, en el barrio Boston, arriba, en una casa con vista a la quebrada Santa Elena. Desde la terraza contemplaba los patios de las casas vecinas donde las madres despiojaban a sus hijas, de rodillas ante ellas, pacientemente entregadas, cubriéndoles los muslos con las cabelleras cundidas de liendres. Y más tarde viví en el barrio Alejandro Echavarría, porque mi padre consiguió trabajo en Coltejer. Y recuerdo que su primer reloj de pared, pues ya comenzaba a aficionarse a los relojes, me producía una admirable sensación de seguridad que resultó transitoria, efímera.

Porque por una crisis nerviosa, quizás desencadenada por la falta de sufrimientos, mi padre fue internado en la recién fundada clínica Los Ángeles, donde un doctor Jaramillo le partió la columna en seis pedazos con unos choques insulínicos aplicados a la topa tolondra en compañía de una enfermera borracha. Y echaron a mi padre de Coltejer. Y la familia partió a Bogotá con una magra indemnización que mi madre consiguió después de batallar como una fiera con los fieros abogados del "primer nombre en textiles".

Mis padres debían creer que cambiando de ciudad engañaban a la pobreza. Pero la pobreza es paciente, incisiva y pegadiza, y no se deja despistar con un trasteo. Y nos siguió hasta Bogotá, hasta Teusaquillo, que aunque figura con el nombre de barrio en los mapas de la capital no sé si tengo derecho a considerarlo como un barrio propiamente dicho, hasta hoy, que sigue siendo el mismo conglomerado de casas de aire europeo rodeadas de pinos ahogados en hollín. Cerca del húmedo apartamento con el entresuelo cundido de babosas, donde mi madre abrió el Salón de Belleza Miami mientras a mi padre se le soldaban los huesos, había dos parquecitos descuidados, sombríos, alrededor de los cuales se había instalado una colonia judía. Me gustaban los suspiros del *trolley* y el chisporroteo de las cargaderas en las intersecciones. Pero eso no hace un barrio, ni mucho menos. En la esquina había una tienda donde yo compraba las revistas de Hopalong Cassidy y Roy Rogers, la pequeña Lulú y los Halcones Negros.

A falta de amigos en esas calles vacías, y a modo de ensayo de fuga de la tutela de los padres opresivos, a veces me iba con mis diez años a ver el ave paraíso que había en una vitrina en la Quinta de Bolívar. O me metía en el Museo Nacional a una exposición filatélica financiada por la embajada de Inglaterra. Allí tocaba siempre el helado aerolito de la entrada aprovechando el primer descuido del guardia. Y jamás dejé de visitar el hacha con que mataron al general Uribe Uribe. De regreso a casa me daba una vuelta por el parque Brasil, me emborrachaba en el carrusel destartado, apedreaba un pinche y fingía comerme el supuesto despojo para espantar al policía.

Ya empezaba a convertirme en un muchachito muy raro que quería ser santo pero no paraba de masturbarse y quebraba adrede los vasos para ponerle un poco de emoción a la vida. Y entonces me fui al seminario. A hacerme santo. El seminario era lo más distinto a un barrio que se pueda imaginar. Y sobre todo ese seminario en Yarumal bajo un cielo negro como el ala del gallinazo.

Fui privado por la suerte de la suerte de conocer un barrio con todas las de la ley, es decir, una organización definida por una iglesia mastodóntica construida con bases de empanadas, con una carnicería atestada de cadáveres de jóvenes vacas, una tienda de abarrotes atendida por el hijo albino de un alcoholico, un salón de billares que escupe tangos desde que amanece, una escuela con una campana que parte el día en porciones iguales como si fuera una torta, una parada de buses y un peladero que hace de cancha de fútbol, cuyos linderos marca una quebrada por donde bajan periódicos muertos, perros podridos, zapatos nonos, ollas rotas y harapos que cabecean contra las piedras. Porque eso es un barrio, me digo, aunque soy un lego en barrios y apenas vine a conocer el alma de un barrio a partir de cierta clase de literatura que siguió al nadaísmo, escrita por jóvenes de Medellín y Cali: Helí





Ramírez, Juan José Hoyos y Óscar Domínguez, entre otros. Jóvenes escritores que se hicieron viejos rememorando partidos de fútbol entre equipos de camajanes y noches de amigos en la esquina mal iluminada donde fumaron el primero cigarrillo y le dieron el primer beso a una novia el mismo día que estrenaron bicicleta.

La cosa puede expresarse mejor de este modo: aunque mi familia como casi todas las familias modestas de esta república modesta a veces debió habitar en barrios, yo no conocí los barrios, pues mi madre mantenía cerradas las ventanas de sus casas. Porque mamá consideraba que la vida era peligrosa y estaba plagada de tentaciones innobles, y mantenía a sus hijos al margen de los riesgos del mundo, el demonio y la carne, los extraños, los negros, los gitanos y los curas, pues aunque era católica como la que más también desconfiaba de los curas y le parecía que estaban equivocados en un montón de cosas.

El encierro perpetuo me obligó a crecer dedicado a los interesantes menesteres de vigilar, en busca de un modelo, la gravitación de las pequeñas galaxias que forma el polvo en las espadas de luz que entran por los topes de los postigos; de descifrar la música de la gota de una llave carriada en una secuencia de silencios que aprendí a valorar, tic, toc, tic, tictic. Tictic. Pausa corta. Tic. Pausa larga. Toc. Y que me hicieron soñar un tiempo con la idea de hacerme músico para inventar el hidrófono, lo cual se me convirtió en una obsesión, en una especie de hidrolatría.

A veces me pasaba las tardes entresacando un orden en los floripondios del empapelado. O inventaba paisajes en la humedad de la pared de una habitación abandonada. O escarbaba bajo las piedras del solar y me embelesaba en las faunas que albergaban debajo, colonias de cochinillas, escarabajos solitarios, pequeñas cucarachas deslumbradas y hormigas que cultivaban huertos de hongos entre arrumes de seda barata.

Qué podía importarme la vida de afuera en medio de mis graves ocupaciones. Los gritos de gol de los muchachos de los barrios sucesivos. Los chirridos de los viejos buses que subían por las cuestas de los barrios que habité sin vivirlos. Las mujeres llamándose a gritos entre los balcones. Si era tan interesante, después de todo, sacarse la lengua en los espejos y deambular por las casas herméticas atento a la palpitación de los escaparates, convencido de que los taburetes y las mesas adquirirían vida y danzaban una danza mezquina cuando yo no los miraba. Intenté sorprenderlos en sus actividades secretas, pero tenían reflejos más rápidos que los míos.

A medida que fui creciendo la curiosidad pudo más que la disciplina, y unas pocas veces me atreví a indagar en la vida de los vecindarios. Pero los barrios me rechazaron. Los muchachos de mi edad hedían, eran sucios y vulgares y andaban armados con navajas, escopetas de aire y caucheras. Sus charlas me parecían triviales y toscas. La manera como se celebraban los pedos me asqueaba. Y las cosas que se les ocurrían cuando pasaba una muchacha me inspiraban al mismo tiempo repugnancia y terror. Pero el rechazo me salvó del prejuicio de tantos escritores modernos de la izquierda, la roja roja y la rosa, incluida la rosa Luxemburgo y la rosa mosqueta, que suponen que las gentes del pueblo, la masa, los pobres, son siempre buenos, creativos y simpáticos, y los ricos perversos, ruines y peligrosos. Los pobres ricos. Imagínense.

Cuando pude zafarme de mis padres por fin y la vida exterior se hizo inevitable, preferible en todo caso al ambiente tumultuoso de la casa, vivíamos en Los Ángeles. En Chile con Miranda, arriba de la Basílica Metropolitana de Medellín. Pero Los Ángeles tampoco era un barrio arquetípico, comparado con Aranjuez y Manrique, por ejemplo, barriadas proletarias, o con La América. Los Ángeles no contaba con una iglesia aparatosa y no tenía ese potrero de las primeras alienaciones. De modo que acabé andaregueando por la calle Junín, que además es una carrera, donde hice mis primeros amigos de veras, entre la cocacolería, amigos como el Grillo Pérez, y como Adolfo Echavarría que tenía un hermano barítono, y como Chucho Puerta que era gordo y tonto pero tierno a su modo. Y como los nadaístas que invadieron un día la calle parisial, el Metropol, el salón de billares de Herbert Geithner, las heladerías Astor y Donald y la Santa Clara del sordo Jaramillo y Bambi. Donde iban, con sus amigos de los colegios San José y San Ignacio, las muchachas de la pequeña burguesía que no olían a barrio y que no bailaban en los bazares populares sino en los clubes donde a mí no me dejaban entrar. Bailes sin mucho interés porque en Medellín el baile era una moda, un deber que los muchachos debían cumplir como debían coronar el bachillerato, y no una pasión como puede ser para un muchacho barranquillero que además está enamorado de una burra y no sabe cómo decírselo a su novia la víspera del matrimonio.

Más tarde, Jaime Espinel, apodado 'Barquillo', comenzó a hacer la corte al nadaísmo. Como tesis presentó unos poemas barrocos con pegados de palabras sacadas de algún vademécum encontrado en un basurero, que Gonzalo Arango inmortalizó en *13 poetas nadaístas*, la primera antología del movimiento. Más tarde, Barquillo, que venía de Manrique, olvidó los galimatías de manual de laboratorio y quiso reinventar con mentiras arrastradas el barrio y sus héroes, una épica falsa de toreros fracasados, bandidos de media petaca y maricas de poca monta, en una prosa desbocada y atractiva. Hace días estoy pensando que el papel del nadaísmo en la literatura colombiana podría describirse como un coitus interruptus. Porque a nosotros, con las destacadas excepciones de Barquillo y Jotamario, poco se nos daban los barrios que apenas conocíamos. Todos los del primer núcleo de Medellín éramos adolescentes del Centro, sin nexos con el proletariado raso, hijos y nietos de pequeños comerciantes y oficinistas. Amílcar vivió en Juan del Corral, cerca del restaurante La Sevillana, al final de la manga de la llamada Calle del Calzoncillo; gonzaloarango, Caracas arriba, cerca de la iglesia de Boston; Alberto Escobar, cerca de la de San Benito, y Guillermo Trujillo, cerca de la de San José. En pequeñas comunidades apacibles sin campo de fútbol ni salón de billares, de modo que solo podíamos encontrarnos en las cafeterías de Junín. Por eso la literatura que intentamos estaba exenta de lo que después llamaron los valores populares, de las reminiscencias de la música popular, de la jerga popular, de las gestas populares. Y hablaba de las miserias espirituales y de las opresiones del hombre civilizado, de bombones y música internacional y del aburrimiento soberano y de las fiestas que hacíamos en los apartamentos de nuestros amigos de la clase media.

Para nosotros la poesía estaba en los semáforos, y los protagonistas de nuestros cuentos llevaban en el bolsillo cajetillas de cigarrillos Pall Mall y los dientes de un hijo muerto y se angustiaban bajo un cielo vacío. Tal vez al fracaso práctico del nadaísmo contribuyó la aparición repentina de una cierta literatura que podría llamarse regionalismo ilustrado, o costumbrismo refinado, arraigada en la vida de los pobres de las aldeas latinoamericanas, como la de Juan Rulfo y Gabriel García Márquez, que poco a poco encantaron a la crítica internacional, frustrando entre nosotros la aparición de una auténtica literatura existencial, que hablara de hombres verdaderos, de las angustias de los hombres huecos, de los hombres de paja de las grandes megalópolis que no saben qué hacer con sus vidas, entregados a trabajos inútiles y al ir y venir como muñecos por estas conurbaciones donde los barrios van siendo reemplazados poco a poco por bloques de dormitorios, por aglomeraciones de gentes cebadas con comida chatarra que ven televisión y duermen sin sueños. Y ya ni siquiera maduran sino que se envilecen insensiblemente, sin preguntas, porque además tienen la conciencia estragada. Y en quienes a veces aparece la tentación del suicidio o el crimen gratuito, como la única, la última posibilidad de experimentar emociones auténticas. ♦

villa

Autobiografía de la villa

Por Roberto Luis Jaramillo

Yo, Medellín, tuve una gestación anormal. No nací como muchas ciudades y pueblos, no fui fundada, y por eso no existe acta o documento oficial que diga que nací.

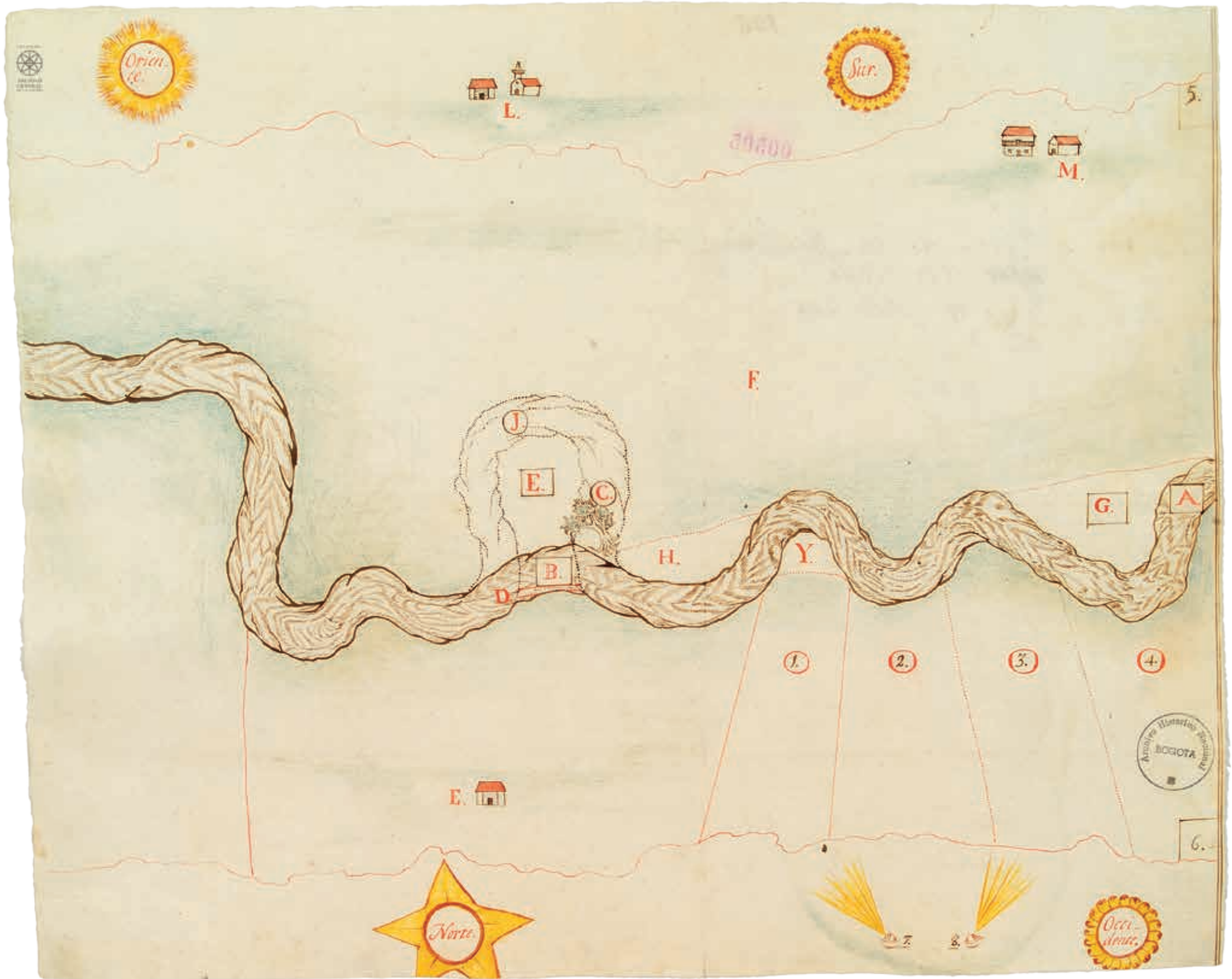
Yo era un valle interandino, aluvial, muy distinto de otros conocidos, con un régimen de vientos especial, lo que determinó mi fertilidad y aptitud para la vida vegetal y animal. Los indígenas o naturales de mi seno, agricultores, cazadores, textiles y salineros, me llamaban Aburrá, y en 1541 fueron sorprendidos por unos hombres raros, barbados y violentos que entraron por una de las montañas del sur. Mis indios fueron atacados, violentados y derrotados, por lo que se dispersaron, lo que alteró las relaciones sociales y la economía natural. Los invasores comieron, durmieron y madrugaron para explorar todo mi valle y los espacios cercanos, así como el altiplano oriental y las montañas que los llevaron al occidente. Desarticulada mi gente, nos dejaron en paz pero no en olvido, pues escribieron que yo era un valle que daba comida “de vicio”, por lo abundante de mis animales y mis frutos. Tan atractivo era que esos conquistadores volvieron con más gentes, porque mi naturaleza les daba todas las garantías para una larga vida. Aquí se proveyeron para salir al norte, bordeando mi río Aburrá, y llegaron a las calientes tierras de oro del Yamecí. Otra parte de los invasores se aventuró en las selvas del occidente en busca de una salida al mar, y la hallaron, pero los indios catíos les hicieron la guerra y les destruyeron una y otra vez la ciudad española de Antioquia. Derrotados, los conquistadores regresaron y establecieron una villa en una breve llanura que forma el Tonusco al desembocar en el Cauca; esa villa se llamó Santa Fe, caliente, seca y pacífica, contrario a la húmeda, selvática y guerrera ciudad de Antioquia. Desde allí se dedicaron a explotar mi valle a lo largo y a lo ancho: los

ganados caribeños que habían entrado por Urbabá se reprodujeron con rapidez, y fueron traídos pequeños hatos que se asentaron en mis praderas del norte, río Aburrá abajo, en lo que se llamó después Hatoviejo; más adelante había otro gran hato, con vacas, caballos, mulas y cerdos, que se llamó Hatogrande, por lo rico; y más abajo, otro pequeño, en los potreros de Diego de Caldas Barbosa, que se llamó El Hatillo.

La parte lluviosa de mi valle era y sigue siendo el sur, una antigua y extensa sabana y unos vallecitos transversales, todo apto para un mundo agropecuario; la mejor tierra se adjudicó al conquistador Gaspar de Rodas, y las sobras a pequeños encomenderos. Vino, pues, el reparto de mi suelo plano, de mis faldas y de mis montes, de animales terrestres y volátiles, de cultivos, de salados y de aguas. También repartieron mis indios naturales entre varios encomenderos, me cultivaron con semillas españolas, me cruzaron de caminos, y me cambiaron mi vida y mi figura totalmente, desde el río hasta las cumbres. Con el tiempo, mis indios casi se extinguieron, y por ello trajeron gentes de otros lugares: indios, negros, mestizos y blancos. Eran los tiempos de mi lactancia colonial, cuando era claro que yo era la despensa de toda la provincia antioqueña.

Tengo que decir que en hatos y en estancias se levantaron casas al estilo de las de mis naturales: de bahareque con techo de paja. ¿Los caminos? Los de antes de la invasión, que ellos usaron para llevar todo lo que aquí se cazaba, criaba o cosechaba a las tierras secas, o a las minas de tierra fría y caliente. Como la ciudad minera de Los Remedios quedaba cerca, esclavos y amos se proveyeron de mis productos y carnes vacunas y de cerda, y lo mismo suministré a los mineros de Santa Fe, Buriticá, Cancán y Guarne.

En mi valle, todo él un cruce de caminos, tuve que padecer la actividad de mercaderes y comerciantes, arrieros, matarifes, vagos y ladrones, estancieros y pequeños agricultores, y peones. Llegaron asturianos, castellanos, extremeños, muchos andaluces, y uno que otro peninsular vino del País Vasco. Ya les dije que los dueños de hatos y estancias vistieron mi valle con ganados y cultivos de pancoger y panllevar, y cuando mis habitantes quisieron más estabilidad, al tiempo que maltrataban a mis indios, el gobierno español quiso hacer algo por todos y poner un poco de orden: en la parte más fértil y lluviosa, entre el río y el pie de monte, se fundó por la autoridad mi primer poblado, para ser habitado exclusivamente por indios porque las antiguas caserías de mis naturales habían desaparecido. En 1615 por fin se entabló ese Poblado de San Lorenzo para que en él vivieran mis indios aburreños junto con los traídos de otras partes: todo un repoblamiento que fracasó con el tiempo, porque aquí la dinámica no daba para exclusiones. Como sus terrenos comunes estaban dizque fuera del comercio, se dijo que ya eran demasiados para tan pocos indios; en efecto, a sus veinticinco años de existencia solamente vivían en mi Poblado de San Lorenzo doce indios tributarios. Entonces, movidos los linderos en favor de un rico encomendero –minero, ganadero y agricultor en grande–, sus nietos y nietas ocuparon todo y conformaron familias extensas que ostentaron la propiedad del suelo entre mi fracasado pueblo y una sabaneta que cerraba el valle con un ancón al sur. Con el paso de las generaciones resultó que todo el blanquerío de agricultores que vivía entre Sabaneta y la quebrada El Indio descendía de aquel rico encomendero. Ellos establecieron pequeños hatos y sembradíos, se olvidaron de ser españoles, se volvieron criollos, analfabetas, descalzos, pequeños propietarios y... blancos, eso sí, con unos



Meandros en el río Aburrá. 1828.

pater familias que permitieron a los suyos levantar pequeñas casitas tan apiñadas, tan inmediatas, que pronto necesitaron auxilios para el espíritu y se levantaron ermitas y capillas, tan comunes en todo mi valle. Hasta hubo cura para atender los pecados de indios, negros, mestizos, blancos y demás gentes.

Se formó un pequeño mundo en el que se hacían fiestas de todo y para todos: de San Lorenzo, para los indios míos y ajenos; de la Virgen de La Luz, las Candelas o La Candelaria, para las castas, especialmente para negros y mulatos de aquí y de Guarne; y de Santa Bárbara para proteger de rayos y centellas mis ranchos de paja, pues la teja no la conocíamos por estos lares, aunque las abundantes gredas y arcillas de El Guayabal se mostraran provocativas para los maestros alfareros.

Con el tiempo, todo mi valle fue propiedad privada. Todo él estaba ocupado, y varios núcleos de ranchos y casas se notaban dispersos en distintos "sitios", como los calificaban los gobernantes que creían mandar sobre mi vida movida y sin descanso. Entre hatos y estancias no quedó una vara de tierra sin dueño y sin explotar. El mejor sitio para establecer casas, con calles, plaza para mercado y fiestas, y hasta una ermita, estaba ubicado en las orillas del hato bien vestido de ganados y cultivos que había en el crucero de la quebrada de Aná con mi río principal, el Aburrá. Por entonces, en esas orillas vivían ya muchas gentes de todas las castas y colores. El rico y poderoso Hato de Aná se fue volviendo un vividero muy apetecido, pues estaba en todo el centro de mi delicioso y habitable valle de Aburrá.

Como las fiestas eran un aglutinante, hacia 1636 un tal Juan Buesso de la Rica, pésimo administrador español del Hato de Aná, comenzó a mercar algunas estancias y pequeños lotes en desorden para satisfacer la amplia demanda de gentes de todas clases que querían vivir a orillas de la Aná; pronto comenzó una especulación con aquellos retazos de suelo. Fue espontáneo e irregular el asentamiento de familias y de hombres solos en ranchos y casas, en unos principios de callejones y calles, pues todo eran senderos y zanjones que llegaban a los caminos que subían a Guarne, Rionegro, La Ceja de Arma y los campamentos de Remedios. Otros senderos salían al sur por el viejo camino de

los aburraes, que pasaba por Guayabal hasta llegar a Itagüí; dos más salían para el norte, hacia Hatoviejo, Hatogrande, El Hatillo, El Potrero y las minas de Los Osos, hasta llegar a Cancán, una mina de remedianos; un cuarto camino llevaba a Otrabanda, enfrente de la boca de la Aná, en la desembocadura de la quebrada La Iguaná, un delta interno cascajoso, arenoso e inquietante, un resumidero de aguas que regaba la fértil porción de pequeños valles transversales, muy cultivados. Quiero dejar claro que a dos notables culatas mías con sendas cuencas, ubicadas en todo el centro del valle, se deben los dos regadíos que fertilizaban las tierras aluviales de Aná, al lado oriental, y de La Iguaná, al occidental. Y como el lado más habitado era el de la Aná, al del frente se le llamó Otrabanda.

La visita de un obispo fue ocasión propicia para reordenar la vida espiritual de mis pobladores, tan pecadores ellos. Se sabía que hacia el norte de Aná las lluvias eran pocas y muchos los hatos valiosos, contrario al sur, de abundantes lluvias, apto para los agricultores. Y la culata donde nace La Iguaná, que después fue bautizada como San Cristóbal, se había destinado al cultivo de hortalizas. Pero el obispo reordenó la administración de las almas que en mí habitaban, y le quitó a mi doctrinero de Aná y del antiguo poblado muchos feligreses al crear otra doctrina con doctrinero aparte: ya tenían los del norte un clérigo al cual pagar diezmos para lavar sus pecados. Ya mi valle tendría dos doctrinas y dos curatos, más apegado a mí el de Aná que el de la zona ganadera, que más parecía un apéndice del párroco de Antioquia. Mis gentes se sentían divididas entre antioqueños y aburreños, y yo me sentí en medio de mil tensiones que me molestaron tanto como para pensar en ser una villa aparte, independiente.

Si mi valle era tan próspero, ¿por qué dependía yo de los decadentes cabildos de la pobre ciudad de Antioquia? ¿Por qué se pasaron a vivir en mí casi todos los señorones importantes de allá, hasta el punto de que allí quedaron solamente doce vecinos? ¡Y esos doce vecinos me mandaban, me

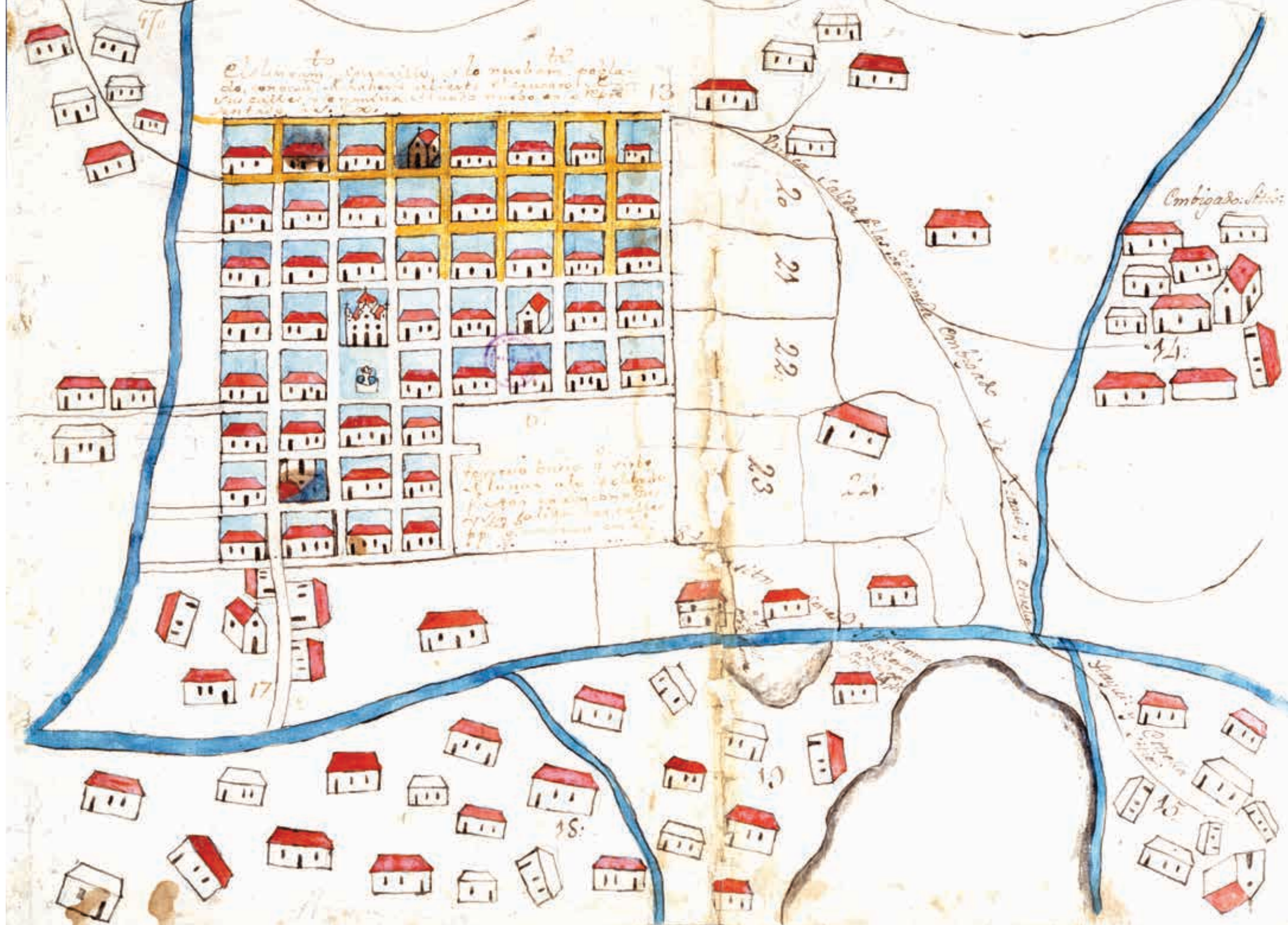
fijaban los precios de la carne y del maíz, me impedían conseguir un gobierno propio, me fregaban con fieles, pesas y medidas! Como mi poblamiento era rural y disperso, necesité unos núcleos para cohesionar a mis habitantes, tan lejanos de las autoridades.

Con el tiempo me propuse ser una villa que tuviera como jurisdicción a todo mi valle. Se mandó a hacer un padrón como el de la Biblia y se contaron todas las personas que aquí habitaban: cabezas de familia, servidumbre, empleados, libres, advenedizos y todo lo que oliera a humanidad. El resultado me maravilló, pues se me contaron hasta dieciocho sitios o agrupaciones, e incluso nueve sacerdotes, dos de los cuales eran mis curas doctrineros. Pude pasar revista a ranchos de paja, que eran los más, y a muchas estancias, finquitas y mangones y mangas, todos dispersos. En Aná también conté y observé casitas de paja y bahareque, más unas pocas de teja y tapia y varias mediaguas. En la que fuera casa principal del hato y sitio de Aná yo tenía una diminuta ermita con un patio enfrente, que se usó como la primitiva plaza de mi mercado público y para hacer fiestas. Nadie levantó casonas en mi suelo, y de casas solariegas ni hablar porque nunca las tuve.

Pasaban de cien las familias de blancos, y había casi trescientas de todas las castas; en el cómputo alcancé a ver desde caras pálidas y amarillentas hasta las más oscuras: el Aburrá contenía gentes de todos los colores. Las viviendas de paredes de color guayaba y los techos oscuros contrastaban con el verde del campo.



Plano ignográfico del sitio de San Cristóbal. 1817.



6: Terreno vacío q. tien cercado hacia dentro y es incluido en el plano de la villa.
 7: Paraje útil y alombrado p. la construcción del Puente q. mando construir el Sr. D. Pedro Pineda.
 8: y 9: Puertos cerrados q. son más cómodos p. el paso y comunicac. de la vecindad de la otra Yareta
 del Rio: Obispetina: Embigado: Araqui: y la Cordillera: de los r. 14: y 15: p. q. se abra el r. vacío n. 6.
 13: Única Salida p. el trafico y comunicac. de las Poblaciones 14: y 15:
 17: Única Entrada de los Poblados 18: y 19: p. la comunicac. con la Villa:
 20: 21: 22: Mangas de los Espidm.
 23: 24: Terrenos de particulares.

Plano de la Villa de Medellín, atribuido a José María Giraldo. 1790.

No fue fácil para mí conseguir la independencia suficiente para ser villa. Ese paso de mi niñez a mi pubertad fue tensionante, porque los egoístas dueños de los hatos norteños y los agricultores del sur se detestaban. En fin, en 1675, por amenazante insistencia de la reina de España, me reconocieron categoría y pase de ser un simple "sitio" a una "villa". Y a los pocos días, cuando tuve jurisdicción independiente de los antioqueños, me volvieron a bautizar, con el nombre que conservo hasta hoy de Medellín la indiana, porque un conde de Medellín, la española, intrigó a mi favor.

Mi nuevo cabildo de Medellín procedió a rectificar mis torcidos callejones para que parecieran calles y algunas nuevas fueron trazadas, pues repartí solares a diestra y siniestra hasta topar con la quebrada y con los terrenos comunales –o ejidos– tan húmedos y mal situados. Les advierto que lo que llamaban el riñón de mi pequeña urbe no podía crecer en todos los sentidos porque los ejidos que les digo eran unos humedales nada saludables. Decidieron sacar a los indios de mi casco urbano, pues blancos y mestizos necesitaban solares; fueron pasadas esas familias y reliquias indias a las cabeceras de mi valle, a un ancón en donde se les fundó otro pueblo, el de La Estrella, frontera lluviosa y fértil, apetecible por los demás habitantes.

Otros sitios nacieron alrededor de una estancia importante: el oratorio o la pequeña capilla, inmediata a la casa principal de un clérigo que vino a ser el personaje más importante de una familia; allí se celebraban oficios y permití enterrar a los muertos distantes de la iglesita de La Candelaria. Con los años, esas capillas fueron ayudas de la parroquia principal, y más adelante, aldeas sin expresión urbana pero con alguna autoridad que impusiera orden y policía a mis habitantes. Me fastidiaba el desorden en mi propio valle.

Ante el aumento poblacional y el consiguiente tumulto, se tomaron medidas por medio de un acuerdo, una especie de concordato entre el gobernador y mi cura rector de Medellín. Necesitaban reformar las costumbres de mis habitantes, y para ello hicieron inventarios, padrones, censos y nuevos cargos; pedí la creación de más curatos para atender a las muchas almas en peligro. Vi entonces cómo se crearon varios "partidos" al ser

dividido mi valle con varias viceparroquias, alrededor de las cuales se levantaron casas y casuchas, al lado de algún caserón importante. Nada de barriadas todavía. Eran más importantes mis párrocos que mis alcaldes; mucho comercio, mucho camino, muchos clérigos y nada de escuelas.

Los gobernadores españoles habitaron mi valle y dictaron medidas que me convinieron. Uno de ellos, Francisco Silvestre, estudió las posibilidades de mi casco urbano y mandó a hacer un puente sobre el río, empedrar las calles y abrir las que estaban como taponadas por el egoísmo; hasta decidió trazar a cordel, algo desconocido aquí: organizó a mis habitantes de Envigado en un pueblo con manzanas más perfectas que las de mi villa, que, como nunca fue fundada ni trazada, se notaba fea, con calles torcidas, estrecha, desaseada y cercada por mangas de propiedad de clérigos avaros.

Vale la pena que les hable de mi centro urbano, del riñón de Medellín. Las pocas manzanas estaban frenadas para crecer al norte, al estar recostado mi riñón en la quebrada de Aná, a la que algunos santificaron y comenzaron a llamar de Santa Elena; hacia el río todo eran humedales, y el río se entraba y me inundaba todos los inviernos; hacia el sur, más allá de la Barranca, eran tierras del común, cenagosas, pantanosas y putrefactas. Si vieran los planos que se hicieron de mi situación. Se dijo que en mi recinto estaban las personas más ricas y distinguidas de toda la provincia, y el mayor número de clérigos; y que "el mantenimiento usual y diario de todo género de personas es pan de maíz, y carne de ganado vacuno, algo de cerduno y vituallas de huertas". No se conocía el hambre, pero tenía muchos pobres que se nutrían de la caridad mas no del trabajo.

En medio de la estrechez y del desorden, muchos pobres invadieron con ranchitos mis caminos: el de La Asomadera, que llegaba hasta La Estrella, Sabaneta, Envigado, El Aguacatal (o viejo Poblado), Guayabal e Itagüí. Esas invasiones son el origen del arrabal de La Asomadera, que era puerta de salida, y con los años se entró en mi riñón para dar vida al azaroso arrabal de Gualteros o Guanteros, como se conoció, de muy mala fama. Miren mi estado de estrechez en unos planos de 1790 y de 1791. Los desesperados pobres también invadieron las veredas

y orillas del camino que subía a Rionegro, y el que salía para el norte, por el Llano de los Muñoz. No había más puente en la quebrada de Aná que un tronco grueso que era arrastrado en los inviernos, ni tampoco puente sobre el río, aunque todas mis corrientes "daban vado" por uno u otro paso: gentes, bultos y ganados pasaban tomados de la mano, pues aquí nada de nado. Ya les dije que varios clérigos ricos habían taponado el tránsito con las mangas para sus reses y caballos, sin permitir a nadie comprar un solar más. Mi casco urbano ya era estrecho para mis gentes y los brazos capaces para los cultivos prefirieron salir de mi seno, los unos hacia el altiplano de Los Osos y las montañas de más allá, y los otros, muchos de ellos blancos pobres de El Aguacatal, Envigado e Itagüí, pasaron por entre los montes de los indios de La Estrella y se pusieron a tumbar selvas en Amagá, Cerro Bravo y Titiribí, donde fundaron colonias rurales y algunas minas.

En esas estaba cuando me llegaron noticias aterradoras y esperanzadoras: unos criollos que pensaban en términos de "patria" conocieron noticias inquietantes acerca de la decadencia de los borbones y la posibilidad de ser gobernados por franceses. Mis criollos de Medellín, unos políticos de tienda y uno que otro muchacho educado en buenos colegios pensaron en la Independencia; casi todos vivían en las casas nuevas de San Benito o en sus buenas casas de campo. Esto atrajo a muchos comerciantes, aventureros y burócratas; hasta vino un sabio, un tal Francisco José de Caldas, que fundó una escuela laica para ingenieros, muy mejor que el pobre colegio de los frailes, y enseñó a fabricar pólvora, levantar planos, hacer puentes y muchos otros proyectos desconocidos para mí. En el muy usado Camino del Llano levantó una nitrera y fábrica de pólvora; ahí cerca funcionaba a duras penas un cementerio, y el tal sabio comenzó a levantar un puente sólido.

Esperen un poco, que me moví mucho entre los tres procesos: el de la colonización de mis gentes hacia el norte y el sur de mi valle de Aburrá, el de la Independencia que me trajo malestares con mis vecinos de las ciudades de Antioquia y Rionegro, y el de unos sueños para crear más barrios y hasta un obispado con mi vieja Candelaria como catedral. ♦



• El Chagualo • Estación Villa • Aranjuez • Berlín • La Piñuela • San Isidro • Palermo • Bermejál
• San Pedro • Sevilla • Brasilia • Manrique Central 1 • Manrique 1 Central 2 • Campo Valdés 1 •
Campo Valdés 2 • Popular 1 y 2 • Santo Domingo Savio 1 y 2 • Moscú 1 • Moscú 2 • Granizal •
La Isla • El Raizal • El Playón de los Comuneros 1 (La Frontera) • Moravia • El Jardín • Las Nieves
• María Cano • Carambolas • Villa Roca • La Esperanza • La Avanzada •
El Compromiso • Carpinelo • Versailles 1 • Versailles 2 • San José la Cima 1 • San José La Cima 2
• Bello Horizonte • Oriente • La Cruz • Villa Guadalupe • San Pablo • La Francia • Andalucía •
La Rosa • Santa Cruz • La Salle • Las Granjas • Manrique 1 Oriental • El Pomar • Las Esmeraldas
• Santa Inés • San Blas • Niza Norte (Villa Niza) •

NOR- ORIENTAL

P_26 El último sueño *_Anamaría Bedoya*

P_34 Walter, el perifoneo

P_36 Manrique pintoresca *_Jhonny Barrientos*

P_46 Hernán, el peluquero

P_48 De vuelta al barrio *_Juan José Hoyos*

P_60 La fonda de Consuelo

P_62 Moravia social tour *_Carolina Calle*

P_72 Merengues con preservativos *_Simón Posada*

P_80 La vida rondando la muerte *_Carlos Andrés Orozco*

P_90 Autobiografía del pueblo





Manrique, 2011.

“¡Qué espectáculo el mundo desde arriba de mi tejado! ¡Alta atalaya de tejas dominando a Medellín! Y Medellín inmenso, inmenso, con sus veinte barrios y sus tejados bermejos. Iba mi vista prisionera en un vuelo de campanas de campanario a campanario. ¿Ven allá esas casas sobre la ladera, a la izquierda, en la montaña? Es Manrique, el barrio de Manrique. Blanco, con su iglesia gótica, gótico-antioqueño, y la torre esbelta con pararrayos. Allí tuvo la abuela una casa. A la derecha abajo, en el fondo, por donde pasa esa quebrada sucia y ruidosa, es el barrio de La Toma, de camajanes. ‘Qué son, Ovidio, camajanes?’ ‘Atracadores, ladrones, cuchilleros, marihuanos’”.

Fernando Vallejo
Los días azules, 1985.

Cronología nororiental



Panorámica del Manicomio Departamental, 1916.

1842: El médico Pedro Uribe Restrepo y un grupo de personas de la élite local construyeron, en terrenos del llamado Llano, el primer "cementerio para ricos" de la Villa de la Candelaria. En un principio fue encomendado a San Vicente de Paúl, y años después tomó el nombre de Cementerio de San Pedro.

1890: Construcción del Manicomio Departamental en el Alto del Bermejál, bajo los planos y dirección de Luis Johnson. La institución empezó a jalonar un poblamiento espontáneo del sector, que empezó a ser llamado "barrio del manicomio".

1910: La junta organizadora del Centenario de la Independencia de Antioquia y la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín compraron los terrenos de los Baños El Edén para la construcción del Bosque Centenario de la Independencia diseñado por Enrique Olarte.

1916: Manuel J. Álvarez compró los terrenos de la finca La Polka, y después de lotear los predios, dotarlos de desagües y abrir las calles, en alianza con la Mutualidad Nacional, inició la venta de las tierras a bajo costo, para beneficiar, sobre todo, a los artesanos y a la clase obrera. En los dos años siguientes se conformaría el barrio Pérez Triana.

1917: Se inició la urbanización del barrio Berlín en un área de 223 cuadras. Para garantizar la venta de los lotes, Manuel J. Álvarez los ofreció a precios favorables. Además, se adelantó la construcción de iglesia y plaza, escuelas, líneas de transporte cercano y lugares de esparcimiento, y se proveyó de atención médica y agua potable ¶ El señor Guillermo Restrepo U. inició el barrio Bermejál o Restrepo Isaza, tras lotear los terrenos de su finca Bermejál, ubicada al norte del Cementerio de San Pedro. Los compradores recibieron

piedra y tierra gratis para construir sus casas ¶ A partir de este año, y hasta 1950, la calle Lovaina y las manzanas cercanas al barrio Pérez Triana se convertirían en las zonas de tolerancia más importantes de la ciudad.

1918: La Urbanizadora Cock e hijos, impulsora de la urbanización de Campo Valdés, loteó tierras, abrió calles y vendió solares a precios favorables y con largos plazos de pago, lo que atrajo la atención de la clase obrera y las familias pobres de la ciudad.

1919: El señor Antonio J. Álvarez C. cedió a la Urbanización Mutuaria los terrenos de su finca La Loma para desarrollar el barrio Manrique, proyectado y urbanizado como un conjunto de viviendas para familias de clase media. Este mismo año, el arquitecto Félix Mejía Arango trazó los planos urbanísticos del que sería el barrio Aranjuez, en terrenos comprados por Manuel J. Álvarez al sur del barrio Berlín; en esta ocasión, el señor Álvarez ofreció la construcción de casas quintas y edificios modernos, plaza, plazoletas, e incluso un lago de recreo para familias con mayor capacidad económica.

1923: Se inauguró la línea Manrique del tranvía gracias a la gestión de algunas urbanizadoras de Medellín.

1925: Manuel J. Álvarez y la compañía constructora del barrio Aranjuez lograron, después de seis años, la prolongación de la ruta del tranvía de El Bosque hasta la plaza del barrio. Ese año, Francisco Hernández B. fundó, allí mismo, la Escuela de Ciegos y Sordos.

1926: Se construyó el Tranvía de Oriente, lo que aceleró el desarrollo urbano de la zona nororiental, especialmente del barrio Manrique.



Iglesia de Manrique en construcción, 1941.

1927: La Compañía Urbanizadora fundó el barrio Miranda. Su gerente, el señor Rafael Toro G., trazó el barrio y vendió los lotes a precios altos; una parte de los terrenos fue cedida al Municipio para la construcción de la escuela y de algunas casas para el sector obrero.

1928: La Sociedad de Mejoras Públicas y la constructora del barrio Sevilla iniciaron la construcción de dicho barrio, que había sido trazado en 1913 sobre el Plano de Medellín Futuro. La Compañía Seguros y Urbanización vendió terrenos a precios bajos al Municipio y le otorgó un préstamo para la construcción de un barrio obrero en la parte alta de Manrique.

1931: Comenzó en Manrique la construcción de la iglesia del Señor de las Misericordias, de estilo neogótico florido, diseñada por el hermano Andrés Lorenzo Huarte.

1935: La Urbanizadora Cock e hijos donó los terrenos para la construcción del parque, la iglesia de El Calvario y la casa cural del barrio Campo Valdés.

Con la celebración del Segundo Congreso Eucarístico Internacional en los terrenos donde hoy se levanta la iglesia de El Sagrario, el incipiente barrio Sevilla se dio a conocer, y se inició su proceso de poblamiento con la llegada de obreros de las fábricas del centro de la ciudad y algunos locutores de las cadenas radiales.

1942: El señor Joaquín Restrepo inició el loteo de la finca La Legua trazando vías y manzanas. Los predios fueron vendidos a través de la emisora La Voz del Triunfo. La urbanización del barrio Andalucía se fue desarrollando lentamente, y logró consolidarse hacia 1972 ¶ Este mismo año, los ingenieros Gustavo Arango y Jorge Correa Tobón iniciaron la construcción del parque principal del barrio Berlín, hoy parque de Aranjuez.

1945: Fueron integrados al perímetro urbano barrios de reciente formación como Manrique, Aranjuez, Berlín y Campo Valdés. En la década del cincuenta se inició el poblamiento de lo que sería el

barrio Santa Cruz, formado por invasiones que iban desde el sector denominado Moscú hasta Las Malvinas, en tierras pertenecientes a la señora Jesusita Vallejo de Mora. Más tarde, dichos terrenos fueron divididos nuevamente por Corvide, y lograron consolidarse como barrio después de 1982.

1950: Juan de Dios Cock, dueño de las tierras donde se asienta el barrio Brasilia, inició el loteo de su finca y vendió los lotes a precios módicos. Algunas familias compraron, y otras invadieron los terrenos sin mayores consecuencias legales. Gracias a una donación de la primera dama de Brasil, se construyeron las dos primeras escuelas. Se propuso el nombre de Brasilia en homenaje a la cooperación de ese país.

1952: Comenzó a crecer la población del sector conocido como Bermejál. El proyecto de urbanización presentado por la familia Rodríguez Fernández ante la oficina del Plano Regulador de Medellín dio paso a la construcción del barrio Los Álamos.

1953: Fueron construidas las primeras viviendas del sector de El Bosque, una zona de invasión ubicada en los predios de Moravia. Sus habitantes, la mayoría provenientes del Chocó, empezaron a levantar sus casas con cartones, tablas y latas en una zona calificada de alto riesgo.

1960: Se consolidó el poblamiento del barrio La Francia, iniciado en 1951 por el señor Juan Nepomuceno Arroyave como una urbanización "pirata" ¶ Con el propósito de erradicar los tugurios del Centro, la Fundación Casitas de la Providencia empezó la construcción de mil viviendas en el barrio conocido como Villa del Socorro. Con el tiempo, el barrio se convirtió en un referente para las organizaciones sociales y comunitarias de la zona.

1961: El padre José Ignacio Jaramillo organizó la Marcha del Ladrillo, una campaña para construir y fundar la parroquia Nuestra Señora de Guadalupe, en el asentamiento que se había ido consolidando bajo el nombre de Villa Guadalupe.



Barrio Manrique, 1978.

1962: El Municipio de Medellín cedió las tierras a los habitantes del Barrio Popular, que había crecido luego de una larga sucesión de invasiones. Con el apoyo del padre Vicente Mejía, sus habitantes se habían apropiado de estas tierras y resistido los atropellos de la policía para desalojarlos ¶ Este año se creó el Liceo Departamental de Bachillerato Barrio Aranjuez, primer liceo de la zona nororiental de Medellín, que posteriormente tomaría el nombre de Liceo Regional Gilberto Alzate Avendaño.

1964: Domitila Moreno y su esposo Vicente Benítez iniciaron la invasión de los terrenos del cerro Santo Domingo. Después de ellos, otras familias empezaron a llegar y a levantar allí sus ranchos. Por las condiciones de miseria de la zona, el barrio fue llamado Marquetalia y El Filo del Hambre, y finalmente obtuvo el nombre y la protección de Santo Domingo Savio ¶ Después de haber comprado los terrenos del sector de San Pablo al Banco Agrícola Hipotecario, la señora Jesusita Vallejo de Mora inició el trazado y la venta "pirata" de lotes para la autoconstrucción de viviendas y la posterior fundación del barrio San Pablo.

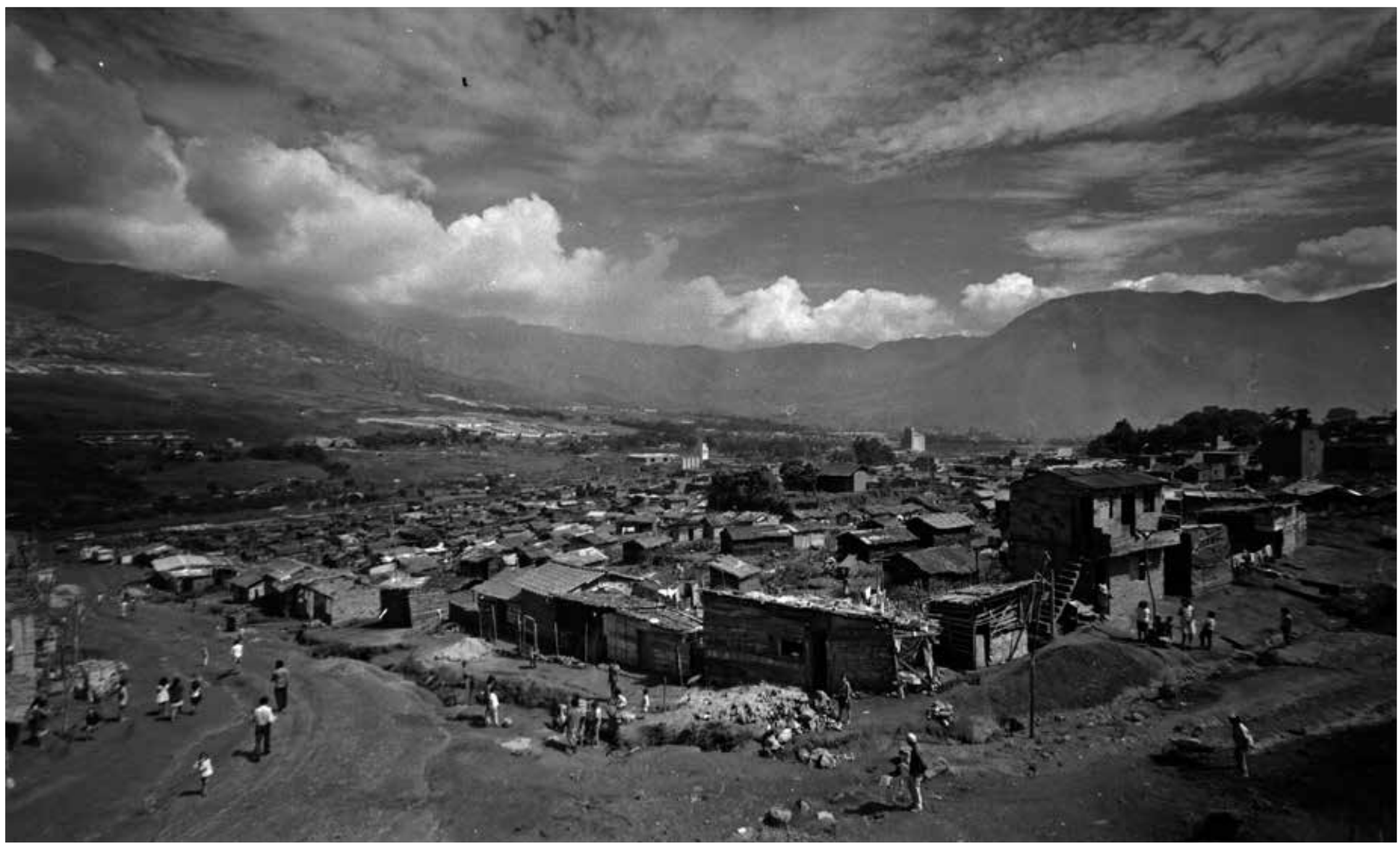
1965: Construcción de la plaza de mercado del barrio Campo Valdés, una de las primeras plazas satélites que se edificaron en la ciudad tras la decadencia de la plaza de mercado cubierta de Guayaquil ¶ Ese año, después de un improvisado proceso de construcción de casitas con boñiga y

bahareque, se consolidó el barrio Villa Niza con el apoyo de la Alianza Para el Progreso, que generaba soluciones de vivienda para frenar las invasiones y los asentamientos piratas.

1968: Se inició el traslado de la Universidad de Antioquia a la nueva ciudadela universitaria construida al norte de la ciudad. El proyecto fue financiado mediante la venta del Ferrocarril de Antioquia, el apoyo de la Nación y los aportes de entidades internacionales.

1972: Se transformó el Bosque de la Independencia, con el fin de generar un espacio para la exploración, la investigación y la conservación de la fauna y flora regional y nacional. El 19 de abril fue inaugurado el Jardín Botánico de Medellín Joaquín Antonio Uribe.

1973: Sobre la carrera 45 del barrio Manrique, el argentino Leonardo Nieto fundó la Casa Gardeliana, un sitio exclusivo para el culto del tango y para honrar la memoria de Carlos Gardel ¶ Este año también se consolidó el barrio Playón de los Comuneros, que había iniciado su poblamiento en 1968 con la invasión de noventa familias que se tomaron una pequeña franja de terreno. Gracias a la oficina de Planeación Municipal, se logró asignar lotes previamente delimitados por sus habitantes y abrir las primeras vías del barrio.



Playón de los Comuneros, 1972.

1974 : Se creó el Comité Central Municipal de Tugurianos, con el propósito de unificar diversos grupos de la ciudad que luchaban por su derecho a una vivienda propia ¶ El 29 de septiembre, el barrio Santo Domingo Savio fue sorprendido por un deslizamiento de tierra que sepultó decenas de ranchos y dejó cerca de cincuenta víctimas mortales.

1975 : El Instituto de Crédito Territorial construyó un conjunto de casas unifamiliares que dieron forma al barrio El Jardín, para ofrecer una solución de vivienda a las familias damnificadas por la tragedia de Santo Domingo Savio ¶ El 15 de noviembre de este mismo año, se creó la Fundación Casa Museo Pedro Nel Gómez, un lugar para preservar la vida y obra del maestro como patrimonio artístico y cultural de la ciudad.

1977 : Por orden municipal se ubicó el basurero en terrenos cercanos al Parque Norte. Su capacidad se desbordó y se formó un cerro de basura, alrededor del cual se consolidaron los asentamientos Fidel Castro, Moravia, Llanitos, Los Llanos, El Bosque y Milán; algunos crecieron con la llegada de urbanizadores piratas, y otros fueron impulsados por sectores de izquierda apoyados por el padre Vicente Mejía.

1978 : Los terrenos de la finca La Carambola fueron invadidos tras la muerte de su propietaria, quien antes de morir había empezado a lotearla. Las pocas familias que llegaron, se apropiaron de estas tierras de cafetales y formaron el barrio María Cano o Carambolas.

1980 : Fundación del barrio Pablo VI en una zona que había empezado a poblarse como invasión desde 1964. Luego empezaría a ser planificado urbanísticamente, para acoger gente de los tugurios del Parque Norte y los alrededores del Jardín Botánico.

1984 : Por iniciativa de la Sociedad para la Astronomía Julio Garavito, y gracias a la gestión del Municipio, se inauguró el Planetario de Medellín Jesús Emilio Ramírez González.

2004 : Se dio inicio a la construcción del Centro de Desarrollo Cultural de Moravia diseñado por el arquitecto Rogelio Salmona, y se consolidó el desarrollo social, turístico y cultural de la zona bajo el nombre de Carabobo Norte; entre sus hitos más importantes están la renovación del Jardín Botánico y la creación del Parque Explora y del distrito de innovación Ruta N.



El último sueño

Por Anamaría Bedoya

“Esto sí no se lo he contado a nadie porque no me lo creen. Yo sé que no me lo creen. Me pasó cuando lloraba y lloraba. Yo aquí sola en este salón”, dice Lucila, la mirada perdida en el suelo, el cuerpo menudo recogido en la pequeña silla de madera en la que alguna vez se sentaron sus estudiantes de primaria. Frota sus largos dedos tiesos por la artritis mientras cuenta que lloraba porque tuvo que cerrar su escuela, a la que llamó El Espíritu Santo, la primera que hubo en Santo Domingo Savio antes de su fundación como barrio.

Eran la tres de la mañana, estaba a oscuras en el salón, intacto tras la última clase, cuando sintió que libros, carteleras y tizas cayeron al suelo. No había sido un ventarrón, el aire permanecía quieto. “A mí no me dio miedo. Iba a prender la vela cuando apareció en el tablero una luz como la de un cocuyo. ‘Un cocuyito que se dentró’, pensé. Vi que la luz se fue esparciendo por las paredes, como una cinta brillante. Me paré a mirarla y ella andaba y andaba y daba otra vez la vuelta; cuando escucho una voz que me dice al oído: ‘Ora de día y enseña de noche’. ‘¡Ay!, ¿quién me habló?, ¿quién se dentró?’, me dije. Apenas prendí la vela, desaparecieron las lucecitas. Me puse a mirar y los libros, las carteleras, las tizas estaban en su lugar. Me dio sueño, me fui para la cama y me quedé dormida; cuando sentí que los niños entraron a la escuela, y me puse a enseñarles en sueños”.

Lucila llegó a Medellín en 1962, viuda y con cuatro hijos, después de haber trabajado diez años como maestra en distintas veredas de Argelia, Nariño y Sonsón. Pensó que en la ciudad sus hijos tendrían más posibilidades de seguir estudiando, para que no les pasara como a ella que desde niña deseaba ser profesora pero no alcanzó a graduarse del colegio porque su papá, quien le costeaba el estudio, murió cuando ella cursaba sexto de bachillerato. En el velorio, el párroco del pueblo le dijo: “Tranquila Lucila; para usted darle gloria a Dios enseñando no necesita eso”, y le dio una carta de recomendación, el único papel que trajo cuando subió a pie por una empinada ladera del nororiente de Medellín, todavía poblada de ardillas, armadillos, zarigüeyas y pájaros.

En lo alto de la montaña vio unas casitas campesinas, caminó hacia ellas y apenas llegó la recibió Fanny Cock, dueña de esas tierras. Lucila le explicó que era maestra y le mostró la carta del cura. Desde ese día se quedó en la casa de bahareque enjalbegado y zócalos azules que todavía habita, y empezó a darles clases a siete niños, casi todos hijos de los mayordomos. Eligió el cuarto más grande de la casa como salón.

Cuarenta años después tuvo que cerrar la escuela. Cuando las Milicias Populares se enteraron de que la iban a clausurar porque no era

una institución certificada, fueron a decirle que ellos no iban a permitirlo. “Ay, muchachos, yo ya estoy muy cansada. Llevo más de cincuenta años dando clase. No hagan nada”, dijo, pero era mentira. Lo dijo para apaciguar a esos muchachos que fueron la ley de Santo Domingo Savio entre los ochenta y principios de los noventa. Muchos de ellos habían sido sus alumnos; años después, armados con fusiles, se tomaron el corredor de su casa-escuela, desde donde se divisaban el occidente de la ciudad y los barrios aledaños, para enfrentarse con otras milicias.



Rodrigo fue el primero en mencionar a Lucila. Es el dueño de una tienda sin letrero ubicada sobre la calle 107 (antigua carretera a Guarne); los viejos de la cuadra, que se reúnen allí en las tardes a tomar tinto y a fumar, le dicen “el asilo”. Las volutas de humo ascienden y se dilatan llenando el local. En una pared hay una pequeña placa plástica que dice “Prohibido fumar”; al lado cuelga una metralleta de cartón; al fondo hay tres estantes atiborrados de granos, gaseosas, botellas de aceite, paquetes de mecato y parva, y una fila de chorizos atados con cabuya; detrás del estante central, una pequeña ventana desde la que se ve el valle velado por los nimbos de una tarde fría de noviembre.

“Esa señora sí que sabe de Santo Domingo, fue la primera maestra del barrio. Yo soy más bien nuevo por acá”, dice Rodrigo. Llegó hace diez años, cuando dejó San Carlos, su pueblo, y la finca que había construido con lo que ganó en treinta años de bucear las turbias aguas de un río para sacar pelusas de oro. Él y su familia llegaron a la ciudad con la ropa que tenían puesta. Tanto la guerrilla como los paramilitares, que se disputaban el control del pueblo, querían reclutar a sus hijos; el mayor era un adolescente. Llegaron a Santo Domingo y en un terreno escarpado armaron un rancho con lona y palos. Cinco años después el gobierno les dio un subsidio con el que compraron su casa. Él y sus hijos echaron luego otro piso donde montaron la tienda.

Casi todos los hombres que llegan a la tienda son maestros de obra que hicieron sus casas y las de otros, artífices de una arquitectura más imaginada que planeada, como la de la mayoría de edificaciones del barrio. Con los años la gente ha ido cambiando las paredes de madera, lata y cartón por muros de ladrillos o concreto. Casas con el mismo patrón: bases profundas aferradas a la tierra y terrazas para que los hijos, y los hijos de los hijos, construyan también las suyas. La arquitectura del barrio se prolonga como árbol genealógico.



—Le fabrico lo que sea... Yo construí la casita amarilla que hay ahí —dice Álvaro, un flaco alto que fuma Pielroja, y señala una casa en el morro, al frente de la tienda.

—Eso es un cielo eso allá, esa casa —comenta Pachito cruzado de piernas, envuelto en un saco de lana.

—Yo también he trabajado en construcción. Le hice el techo a la profesora Lucila cuando se le iba a caer. Ella le dio clase a mi mamá —cuenta John, el más joven del grupo—. Hace dieciocho años trabajé perforando la tierra para poner las bases de los edificios, hasta que vi morir a un compañero que ponía la dinamita. Se metió a socavar, estaba como a 37 metros, y cuando lo estaban subiendo dejaron devolver el malacate. Él cayó y explotó la dinamita.

A veces, mientras conversan, miran hacia la calle y ven pasar los buses que maniobran el paso por la estrecha carretera, los muchachos que van para el colegio y los arrieros guiando recuas de mulas con ladrillos hacia las faldas más empinadas. Una niebla que baja desde Santa Elena se mete a la tienda. Goterones de lluvia golpean el techo de zinc. Un carro de bomberos pasa con la sirena encendida, un bus que baja se devuelve para abrirle paso.

—Eso seguro fue un derrumbe —dice John—. Las historias de este barrio son muchas. Imagínesse que a uno le han tocado todas las violencias, desde la primera hasta la última que pasó hace doce, catorce años.

—Todos esos violentos que había en esa época han tenido que desaparecer —dice Pachito.

—Ha muerto mucha gente inocente —comenta Rodrigo.

—Por el sector donde vivo la gente se tenía que ir hasta arriba a coger el bus de Carpinelo, porque a los que vieran bajar por las escalas a coger el bus allí los mataban —cuenta Juan.

—Lo que pasa es que hablar de esas violencias...

—Como que provoca desaliento.

—Tantos recuerdos. Si uno se pusiera a contar detalladamente las violencias que han pasado acá, en una semana no terminamos. Una violencia ilógica, de matar por matar. Y es un tema delicado.

—Las paredes tienen oídos.

Escampa. La niebla se disipa. Por la calle pasa un perro con el pelaje blanco empantanado y lleno de nudos.



“Desde ese día ha sido así la vida mía: orando de día y enseñando de noche”. Después del primer sueño, Lucila decidió convertir su primer salón de clase en un santuario. Cubrió las paredes con cortinas blancas. Al fondo puso un mesón que hace las veces de altar, con dos ángeles de cerámica tocando flauta, una estatuilla del papa Juan Pablo II y un florero con anturios y rosas de plástico. Detrás puso un pequeño cristo de madera iluminado con una instalación navideña; a lado y lado, un retablo de la Virgen María Auxiliadora y otro de la Madre Laura. En el techo colgó bolas de icopor decoradas con escarcha plateada y cuadrados de espejos. “La gente me decía: ‘Lucila, alquile ese cuarto, esa platica le sirve’. Y yo les respondía: ‘No. Ya está alquilado a Dios’”.

Tras su llegada a la ladera el rumor de la nueva profesora se fue extendiendo, y cada día aparecían más estudiantes. Dos años después empezó a fundarse el barrio: “Y entonces se me llenó esto de niños. Yo era toda confundida, sin saber dónde los alojaba. Decidí desocupar todas mis piezas. Venga le muestro la casa”, dice abriendo sus vidriosos y pequeños ojos, el iris desvanecido, nublado de cataratas.



En el zaguán, donde hay varios materos sembrados de novios rojos y fucsias, le daba clases a cuarto de primaria; en la sala, que ahora usa como pieza de rejujo, a los niños de segundo; en su pieza, ocupada por una cama alta con un tendido de punto, un televisor viejo y un tocador donde reposa un niño Jesús de tamaño real, a los de tercero; y en la habitación que hoy ocupa su hijo mayor, a los de quinto. “Siéntese le hago una aguapanelita con leche”, dice prendiendo el fogón de gas en la cocina, donde solo caben una mesa redonda y dos sillas.

“Una señora me dijo: ‘Ay, doña Lucila, se entraron los indios, vamos a verlos’. Nos fuimos adonde hoy queda la terminal de buses, allá llegaron. ‘Esos no son indios’, le dije yo. Otra señora nos vio y nos dijo: ‘Vengan, bajen que acá hay mucho dónde hacer casitas’. Entonces yo le respondí: ‘No, señora, yo tengo mi casita, nosotros vinimos fue a

visitarlos’. ‘Ay, cómo así. ¿Y tienen agüita?’. ‘Sí’. Y ahí mismo se dejaron venir con ollitas y cuando vieron la escuela empezaron a traer los niños. A mí me daba mucho pesar porque llegaba gente muy pobre de diferentes pueblos, y esos ranchitos que hacían... Clavaban cuatro palos y les colocaban una sabanita o plásticos, en el techo tiraban ramitas. Y los niños dormían en el suelo”.

Los niños, impacientes porque Lucila tenía que repartirse entre un salón y otro, le decían: “Profe, vámonos pa Morro Rojo”, como entonces empezaron a llamar el cerro donde se levantaron los primeros ranchos del asentamiento. “Nos íbamos para allá a caminar, había un palo de guayabas y muchos mortiños. Y unos arrayanes grandes. Solo se veían pájaros y niños y árboles llenos de frutas”.



A Santo Domingo Savio, vestido de traje y moño negro atado al cuello, parado sobre un pedestal en medio de la terminal de buses, lo tapa un carro de Coopetransa. En las manos sostiene un libro abierto que no lee, la mirada alzada como si buscara algo en el cielo encapotado o en los tenis que cuelgan de los cables de la luz. Más que al salesiano, la efigie de cara pálida se parece al hombre flaco y alto también vestido de traje oscuro que se le apareció en sueños a Domitila Moreno para preguntarle si quería una casa y señalarle el cerro. Domitila, fundadora del barrio, llegó el 20 de julio de 1964, y decidió bautizarlo con el nombre del santo italiano porque “sobre su cadáver” iba a llamarse Marquetalia o Filo de Hambre, como propuso la gente.

A espaldas de la estatua está Carnes El Abasto, donde por menos de cinco mil pesos la gente puede llevar paquetes con recortes de pollo, res y cerdo. Vallenato, reguetón, salsa romántica y chucu-chucu suenan a todo volumen en los billares, discotecas, tiendas y cantinas de las calles que rodean la terminal, colmadas de almacenes de ropa china, asaderos de pollo, tiendas naturistas, montallantas, papelerías, zapaterías, compraventas, gimnasios, panaderías, peluquerías, estancillos, legumbrerías, farmacias, depósitos y supermercados. Ni domingos o festivos mengua el ritmo agitado del barrio; al contrario, es cuando más gente se ve, especialmente extranjeros.

“Un pueblito dentro de la ciudad” es la martillada frase dicha a los turistas que llegan en el Metrocable. Embriagados de folclor, recorren el bulevar de la calle Puerto Rico con botellas de agua mineral en la mano, que es lo que más compran, y los rostros untados de bloqueador solar. Son perseguidos por niños que les recitan la misma copla aprendida de memoria de sus primos o hermanos, los iniciadores del oficio: “Ey, míster, jelou, ai am turis gai y en dos minutos le cuento la historia del barrio”. Cuando ven los toldos con frutas y verduras aliñados en la calle, diagonal a la esquina donde está la tienda El Último



Viento, sacan sus cámaras digitales y enfocan las bandejas de ensalada y los paqueticos de cebolla y tomate a mil pesos. A veces compran una guayaba o un tomate de árbol que prueban con azoramiento virginal: "Oh, God! No existir en mi país". Ya a nadie sorprenden los forasteros que les enseñaron a decir jai, tenquiú. Son parte del paisaje.

"Lleve diez granadillas en mil. Lleve la manzana, el aguacate maduro a quinientos", vociferan dos muchachos de no más de veinte años frente a una camioneta azul con el volco atiborrado de frutas. Enmudecen cuando ven a dos muchachas de cabello lacio vestidas con ombliguera y *short* de jean. "¡Bebé!", "¡Mi amor!", les gritan apenas espabilan. Ellas, indiferentes, siguen de largo. "¿Sabe qué nos falta a nosotros?", pregunta el más alto, imberbe y trigueño. "Zapatos", dice, y mira sus Croydon negros y los Nike rotos de su amigo, que se pasa la mano por el cabello engominado. "Zapatos chimbás, eso les gusta a la peladas". "Usted lo que tiene es jean sucio. Vea, está todo empantana-do". "Ah, pero es que yo estoy trabajando, parceró".

Avanza la tarde y aumentan el frío y la venta de buñuelos y palitos de queso en las cafeterías, donde los más viejos, cubiertos con ponchos, sombreros y sacos de lana, pasan las horas esperando no sé qué antes de volver a sus casas. Mientras tanto, en el billar, tres hombres que juegan carambola detienen los tacos cuando escuchan el ritmo raudo de una lluvia de seiscientas monedas de cincuenta pesos que una máquina tragaperras escupe sobre la bandeja de aluminio. Un muchacho, el lavador de buses, ha ganado una partida de póquer.



Lo que se asienta en esta montaña, a 1.850 metros sobre el nivel del mar, es el campo colombiano. Llegados de distintas regiones de Antioquia, los habitantes del barrio recrearon un pueblo a siete kilómetros del centro del valle que los reconoció oficialmente cuando ya ellos habían construido sus calles y con el agua de las quebradas habían hecho su acueducto. Mientras hubo espacio libre en la ladera, no dejaron de llegar. Fueron casi cuatro décadas de poblamiento hasta que la montaña, donde antes abundaban los árboles de naranja, limón, poma, papaya, chirimoya, guamo, higuierillo, aguacate, se llenó de casas, senderos y escaleras.

Antes, a Lucila le bastaba asomarse desde el zaguán de su casa al vergel que la rodeaba para descubrir entre las ramas un conejo, un gurre o una ardilla. Ahora se asoma y solo ve casas, de vecinos que se afincaron sin comprarle un metro cuadrado del terreno amplio que Fanny Cock le dejó de herencia. Lucila nunca les dijo "esto es mío, acá no pueden hacer su casa". "Doña Fanny le dijo a la hija que me hiciera la escritura de esto. Pero me ha ido muy mal porque, imagínese, el gobierno todavía ver que yo enseñé cincuenta años y nunca me dio nada, y me iba a quitar esto porque yo debía mucho de catastro. No tenía cómo pagar ese catastro. Y me iban a sacar de acá", cuenta parada en el corredor donde antes de que construyeran la iglesia del barrio un cura daba misas en latín y de espalda a los feligreses.



No sabe cuántos años tiene, “por ahí noventa, creo yo”. Dice que no le da miedo pensar en la muerte, que cree en el cielo. Lo que sí teme es morir sin haber saldado la deuda que tiene con quien le prestó el dinero para pagar los impuestos de un predio en el que ella solo ocupa su casa. “Me mantengo muy preocupada porque no soy capaz de más. La gente me dice que por qué no le escribo una carta al alcalde, que por qué no busco a los del periódico, que siquiera me hicieran un reconocimiento de estos años de trabajo ayudándome con esa deuda, porque yo me muero y les queda a mis hijos y vienen y me los sacan de acá y quién los va a defender a ellos”. Ojalá, piensa, le sucediera algo similar a lo que pasó cuando el techo de la escuela estaba a punto de caerse. Un periodista publicó una nota contando el drama, “y lo leyó un señor rico de Medellín. Vino hasta acá con *El Colombiano* en la mano. Justo estaba lloviendo, y los niños mojándose. El señor me dijo: ‘Yo le voy a arreglar el techo de la casa’. Y a los quince días empezaron a construir ese techo grande que hay por encima del de teja. ¿Ya lo vio? Para que vea qué tan lindo como surgen las obras buenas. Pero desde eso acá hace un frío terrible”.

Camina despacio arrastrando sus mocasines negros entre las matas que riega todas las mañanas, su primer escritorio de maestra y dos muebles ajados. Se detiene a mirar la placa de cerámica con una foto que le tomaron para la celebración de sus cincuenta años de enseñanza. “No me avisaron de la foto, vea como salí de despeinada. Ese día vino mucha gente, vinieron de la Biblioteca España, que a cada rato me invitan a las programaciones que hacen allá. Y vinieron bailarines,

vino el padre a decir misa y me hicieron muchos regalos. Ay, y mis alumnos me dieron una tarjeta muy hermosa que decía: ‘Doña Lucila y la escuela son las reliquias de Santo Domingo’, porque ellos me querían mucho”, dice, y sigue caminando hasta el soportal de madera azul en el que se apoya para recibir el sol de mediodía. “Yo quiero mucho mi saloncito pero me duele que cuando me muera me lo tiren lejos, porque con la deuda que tengo... cómo hago pues para pagar”, dice y calla, y mira hacia el cerro repleto de casas y callejuelas como espirales en la concha de un caracol.



Al cerro, relieve que rompe la vertiente que baja desde Piedras Blancas, la gente empezó a llamarlo Brisas de Oriente por las corrientes de aire que lo envuelven. Es uno de los siete cerros tutelares de la ciudad, colina viva que alberga cientos de casas a la vez que en sus entrañas sigue formando piedras a un ritmo imperceptible. Durante los siglos XIX y XX guio a los arrieros que venían de Guarne, Marinilla y Rionegro, y antes de poblarse fue saqueado por gauderios; decían que el lugar había sido un cementerio indígena. En el cerro, suelo frágil que a veces se desploma, la navidad empieza en octubre.

“Navidad todavía no es, pero ya se está llamando y ya se está mostrando alegría, ¿no? Si uno la tiene pues...”, dice Gonzalo Mesa, un señor moreno, alto y fornido que llegó hace veinticinco años al barrio. Sentado

en el antejardín de su casa, pica una tira de papel celofán rojo mientras escucha una canción de despecho en su equipo de sonido. Trajo del monte guadua para hacer el camino de arcos que se extiende por un sendero angosto hasta un borde del cerro. Los decoró con fibra de costal, vasos plásticos pintados de rojo y verde, guirnaldas y lentejuelas que le regalaron las señoras de las maquilas del barrio: “Yo he sido el capitán de esto, el que lo ha insinuado, pero ha habido colaboración de la vecindad”.

Ahora decora su casa. Una estrella de celofán de cinco puntas ocupa el techo de la sala, llena de cuadros con fotos de sus nueve hijos. Vigilante jubilado, se pasa las horas ayudándole a su esposa con el oficio y despachando a los hijos para el colegio. Cuando le queda tiempo libre, le gusta decorar la casa. “Siempre me falta todavía. Tengo que poner las guirnaldas más largas. Al paso que voy haciendo voy reformando porque me va pareciendo de otra manera, vamos a ver por qué me da después de que termine. Eso es mi cabeza que me da por eso. No tengo más qué hacer”.

De la navidad le gustan el baile, el aguardiente, la natilla y los buñuelos, que la casa se llene de niños, familiares, amigos y vecinos, que la gente diga: “¡Esta es la calle más bonita y alegre!”. Está esperando a que la emisora Olímpica Stereo empiece el concurso de la cuadra mejor decorada. Les avisó a los vecinos para que llamen y voten por Brisas de Oriente. “Estamos esperando a que Olímpica haga un recorrido por el aire. Ellos pasan en *helicótero* mirando los barrios y eligen los mejores alumbrados. A ver si nos ganamos el marrano. Sin faltarle al respeto, señorita, aquí la espero de pareja, pa que bailemos”, dice al despedirse, bajo una enredadera de flores amarillas bordeada con una instalación navideña.

Calle abajo va un arriero con una mula que arrastra una carretilla cargada de escombros. El runrún de las máquinas de coser, sobre las que se encorvan las señoras que confeccionan ropa en las salas de sus casas, se funde en un ininteligible tema de punk que suena a todo taco en un rancho de madera de dos pisos. En un sendero rodeado de huertas, un grupo de niños paran de jugar fútbol cuando llega otro, vestido con el uniforme del colegio, sudoroso y agitado, a contarles que la niña que le gusta le dijo que la mamá no la dejaba tener novio. Parado sobre una silla, un señor pinta de verde claro la fachada de su casa, que se alza en un borde de la colina. Desde un alto, entre matas de lulo, ruda y orégano, dos patos blancos graznan moviendo sus colas empantanadas.

Más abajo, al pie del cerro, envueltas en mallas negras, se alzan las tres torres de la Biblioteca España como cabezas vigilantes cubiertas por burkas. Las fachadas se han ido deteriorando por el mal sistema de impermeabilización de una obra inaugurada hace menos de diez años que ha ganado decenas de premios de arquitectura. Y el puente de guadua que estaba a pocos pasos de la biblioteca, y que pretendía ser otro atractivo turístico del barrio, pasaje entre Santo Domingo y Granizal, no existe más. Solo quedaron las escaleras de concreto por las que se accedía a él, donde ahora varios muchachos músicos, malabaristas, artesanos se rotan un porro mientras ven el atardecer. Un atardecer de finas nubes rosadas y viento fresco que agita las ramas de los árboles, en cuyas copas revolotean golondrinas, sinsontes, azulejos, cucarachos. Julián, de rastas cuidadas con esmero, aspira el porro y cuenta que su casa quedaba donde ahora está la biblioteca. “Un

día me acosté a dormir y me despertó un ruido muy raro. Cuando me levanté estaba en otra casa. Me asomé afuera y apareció el Metrocable y la biblioteca”, dice carcajeándose y botando humo por la boca. Por el angosto sendero se acercan dos vigilantes.

—Muchachos, me hacen el favor y me colaboran con la bareta.

—Claro, hermano —responde Sebastián ofreciéndole el porro, y todos se estallan de la risa.

—Colabórennos que es que el humo se está metiendo a la biblioteca —dice uno de ellos, sonriendo por el chiste.

Dan las gracias y se van.

—Es que este man está muy bravito desde que está leyendo a Bukowski.

—¿Cuál te estás leyendo?

—*La senda del perdedor* —contesta mostrando un libro de lomo negro y letras doradas que prestó en la biblioteca.

—¿Y sí es bueno?

—Ufff, una chimba. Es la historia de un niño que descubre que puede jugar el cinco contra uno. El niño tiene un papá muy gonorra, muy malo con él. Entonces el marica empieza a rebelarse contra ellos. Tenía una profesora que daba clase con la falda subida hasta la cintura, y entonces por allá sus compañeritos escuchaban cuando él fun fun fun.

—Yo también me estoy leyendo un libro más chimba: *El juego de los abalorios* de Hesse. Ese man si le rompe a uno paradigmas.

—¿Parce, qué es un paradigma?



Lucila sigue en silencio. Los ojos entornados observan el valle, más allá del cerro, que parece estampado en un lienzo. Más de tres mil niños estudiaron en su escuela. Cuatro generaciones de una ciudad en la que ahora, sesenta años después de la fundación del barrio, sus habitantes señalan más fácil el cerro donde se asienta que los milagros del salesiano, santo precoz que en medio del trance de la agonía, con catorce años y enfermo de una infección en los pulmones, les dijo a los que estaban al pie de su lecho: “Estoy viendo cosas maravillosas”.

—¿Cómo fue el último sueño? —le digo a Lucila.

—Estaba en este corredor enseñándoles a los niños, y les decía: “Ay, pero por qué no vienen las señoritas que habían quedado de venir a ayudarme”. Los puse a hacer tareas mientras esperaba, cuando vi que llegó una mujer muy extraña y me dijo: “Ay, doña Lucila, usted tanto que lleva enseñándoles a estos muchachitos, déjeme yo les enseño, yo le voy a ayudar”. Y los cogió a todos junticos, junticos, y se los llevó para el salón.

“Estoy viendo cosas maravillosas”, dijo y murió Santo Domingo Savio. Mañana el sol asomará tras su ladera. ◆



WALTER, EL PERIFONERO

Por la calle de un barrio al nororiente de la ciudad (puede ser Granizal, La Salle, San Pablo o Santo Domingo), Walter maneja su bicicleta negra con motor a gasolina. Una mano sujeta un manubrio; la otra, levantada, sostiene un megáfono. Al tiempo que pedalea suelta un pregón, y su voz, amplificada, se escucha nasal, grave, dilatada: “Estamos invitando a toda la comunidad a que vengan a la agenda cultural que tenemos desde las seis y media de la tarde hasta las ocho y media de la noche. Les vamos a traer distintos grupos musicales. ¡No se queden en la casa! ¡Anímense! Estos eventos son muy buenos y no vienen diario al barrio. Los muchachos, las muchachas, los adultos, ¡todo el que quiera venir! Aprovechen que la rumba es gratis. Nooo, esto está tan bueno que hasta yo me voy a pegar”.

¶ Sucesor del pregonero de la antigua Roma, Walter, el perifonero, deambula por las calles difundiendo mensajes, y a diferencia de su predecesor no está al servicio de los magistrados sino de la publicidad. Promociona productos, eventos, campañas o cualquier artículo que el cliente en busca de publicidad barata y efectiva requiera. “Hacer perifoneo no es solamente coger un megáfono. Uno busca que la gente se enamore de lo que se está promocionando, que sienta la necesidad. Se trata de motivarlos, animarlos a través del megáfono, ¿sí me comprende?”, dice.

¶ Hace 42 años llegó en brazos de su mamá a San Pablo, un barrio recién nacido como él. Entró a estudiar a una escuela improvisada por un grupo de monjas que daba clases al aire libre, y comenzó a trabajar a los diez años como voceador de periódico: “Vendía periódicos por La Salle y Guadalupe. Cuando hice mi clientela me le independicé al patrón. A los dos meses me quebré porque me atracaron en un callejón. Yo estaba con mi hermano Odel, que tendría por ahí unos seis años. Mi hermano me decía llorando: ‘Tranquilo, no se preocupe que cuando estemos grandes nadie nos la va a montar’. Yo volví y me capitalicé, y a cada rato me atracaban y volvía y me capitalizaba. Dejé la prensa porque ya no se vendía”.

¶ Trabajó un tiempo repartiendo volantes en el Centro, hasta que una tía que desistió de vender aguacates le cedió un megáfono que había comprado para promocionarlos. Walter, que caminaba por todos los rincones de esos barrios y era bien conocido entre la gente, recorrió los negocios ofreciendo el servicio de perifoneo. Empezó a hacerle propaganda a almacenes, supermercados, carnicerías y estudios fotográficos; le fue tan bien que a los pocos meses los líderes y las organizaciones sociales lo contrataron para sus campañas.

¶ Al principio, cuando no tenía más que su voz, el megáfono y las ganas de trabajar, alquilaba bicicletas para poder movilizarse. Con las primeras ganancias compró una vieja monareta que luego reemplazó por una todoterreno. Y hace unos meses, tras más de quince años en el oficio, cumplió dos de sus deseos de un tirón: “Yo quería una bicicleta a motor y tenía el sueño de montar en avión, entonces me fui en avión para Bogotá a comprar la bicicleta. Llegué en cuarenta minutos, fui a Suba, donde las vendían, me demoré tres horas negociando y me regresé en flota: tenía que volver a trabajar”.

¶ Con su bici de motor, Walter pedalea menos y avanza más. Emblema de un oficio anacrónico, en una época en la que es normal recibir llamadas de voces automáticas que ofrecen lo que no sabíamos que necesitábamos, ahora hace planes para seguir modernizándose: “Quiero ponerle un motor más grande a la bicicleta y tener un megáfono de esos que uno solo graba la promoción y el megáfono hace la bulla por uno. ¡Ah!, y también quiero que me llegue la media naranja”. ♦





San
Pablo



Manrique pintoresca

Por Jhonny Barrientos

De paseo por el tranvía

Cuando me propusieron escribir sobre Manrique, respondí que había nacido en el barrio pero solo había vivido allí hasta los diez años y lo tenía borrado de mi mapa mental. Algo adentro me recriminaba el hecho inaudito de haber olvidado el lugar donde nació. Con el ánimo de indagar sobre mi origen, acepté, ya con la contrición del reo que regresa a casa después de treinta años, y volví a Manrique con mi amigo Henry Amariles como guía.

A medida que avanzaba el Metroplús, las imágenes empezaron a aparecer. El viaje me trajo el recuerdo de subir en bus por la calle Ecuador, flanqueada por casas viejas y altas de arquitectura republicana y fachadas de tapia. Por allí subíamos en buses de Manrique Pomar, que tenían fama de ser los más desvencijados de la ciudad. Viajábamos embutidos dentro de esa forma ovalada que parecía ensancharse a medida que se montaban más personas, y nos disputábamos con algunas el derecho a ir colgados de las puertas. Subían tan pesados como lo hacía el tranvía en los años cuarenta, según cuenta Hernán Díaz, habitante de Manrique desde hace más de cincuenta años: “Subía lento, por las calles empedradas de la calle Ecuador, hasta llegar a la estación en Palos Verdes”.

Algunos aseguran que Manrique nació con el tranvía. Al llegar al barrio, se convirtió en su alma, pero también en un negocio redondo para los urbanizadores, quienes vieron cotizarse los precios de los lotes y subir la vara de seis a veinte pesos. Después, a medida que el barrio era invadido por inmigrantes rurales, la red del tranvía se prolongó por la 45 hasta los límites del barrio Campo Valdés. Cuenta doña Ilda, habitante de Manrique Guadalupe durante 75 años: “En la madrugada nos quitábamos los zapatos para atravesar en chanclas caminos de barro hasta la carrera 45, en límites con Campo Valdés, donde nos calzábamos los zapatos buenos para subir al tranvía y dirigirnos a nuestros trabajos”.

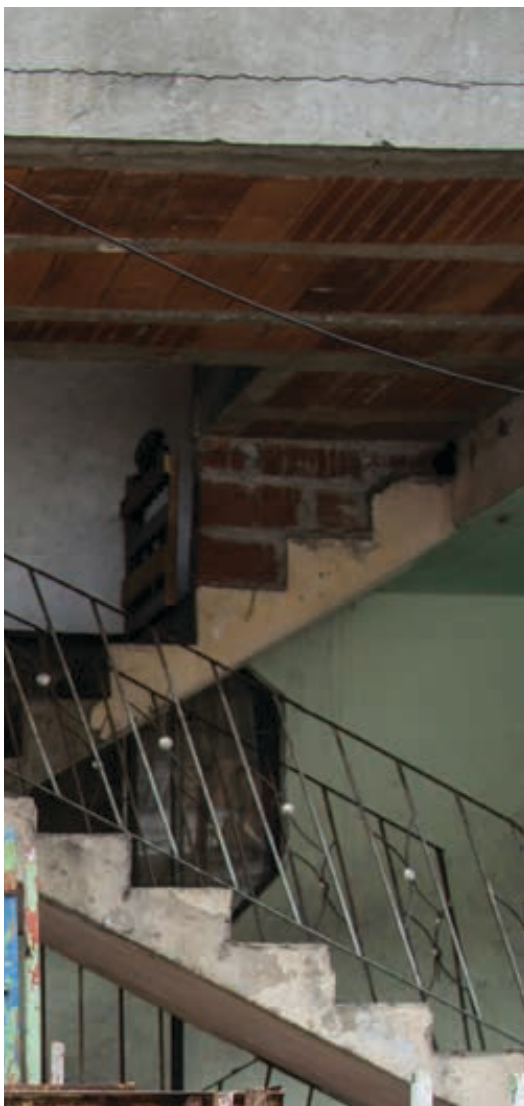
A finales de la década del cuarenta, cuando la presión del tráfico y de los buses contra el tranvía ya era muy fuerte, se esgrimió el argumento de que las vías eran angostas y el tranvía obstaculizaba su ampliación. Karl Brunner, urbanista y arquitecto austriaco que en la primera mitad del siglo XX dejó planes y mapas en varias ciudades

colombianas, anotaba al respecto: “...en cuanto al tranvía mismo, no entiendo bien las recriminaciones que se le hacen. A veces uno no sabe si se halla en un avión o en un tanque, pero resulta siempre un tranvía que lleva rápido y barato a los barrios más apartados”. Días después de esa defensa, el Concejo de Medellín autorizó un servicio de buses, y años más tarde, en 1951, se levantaron definitivamente los rieles.

Estación del placer

Palos Verdes fue la zona rosa del barrio desde la década del sesenta hasta mediados de los ochenta. Iluminada por la estética gótica de la iglesia de Manrique, se convirtió en el centro de desarrollo del barrio, y aún hoy sirve como puerta de ingreso donde se bifurcan la 41, por la cancha La López, bajo la luz non sancta de Pablo Escobar, que lleva hasta Manrique Oriental; y la 45 y el ramal donde está la estatua de Gardel, que asciende por la 43 hasta Santo Domingo.

El nombre del estadero que terminó por bautizar la zona se atribuye a las guadas gigantes y a los árboles frondosos que lo rodeaban, y no a la permisividad y la ilicitud de las que tanto se ha hablado. Fue uno de los negocios más cacareados de la ciudad, y tenía clientes para todos los gustos: unos cumplían las penitencias de la sacristía, otros exhibían su desparpajo homicida. Don Diego Montoya, quien habitó el barrio por muchos años, hace memoria: “Su construcción inició en 1966 y su auge fue en el 67. Entre 1967 y 1980, las personas que lo frecuentaban eran en su mayoría de clase media y alta. Muchos salían de las oficinas derecho para Palos Verdes, aún vestidos con sus cachacos”. El estadero tenía un parqueadero donde cabían fácilmente treinta automóviles, y el servicio se ofrecía mediante un charol plegable que se adaptaba a la ventanilla del vehículo, sobre el cual dejaba el cliente su pedido de licor. Mientras tanto, el dueño del auto, generalmente un ejecutivo o algún político, consumaba sus juegos carnales acompañado de su “mocita” o “numerito”, el equivalente a las prepago de hoy. Este asomo de prostitución empezó a labrar en el argot popular el nombre “Pa’los Numeritos”. Pero el sitio, dice don Diego, “también era el lugar donde las personas iban a divertirse con su pareja y a comer chuzos, lo que se había convertido en



una invitación caché para la novia. Iban a escuchar, en su famoso piano, los preferidos de ese tiempo: Roberto Ledesma, Javier Solís y Miltiño; a tomarse unos traguitos y, si la cosa cuajaba, terminar la corrida en algún motel de paso. Hasta Cochise, durante sus años de gloria en Manrique, frecuentaba el estadero con una de sus primeras novias”.

En los años ochenta, con el auge del narcotráfico, se construyó allí una discoteca y el estadero empezó a perder clientela. Y cuando empezaron los asesinatos de quienes se citaban allí para negocios ilícitos, lo convirtieron en una bomba de gasolina. Hoy es una estación de Metroplús, y no ofrece más diversión que la de ver entrar y salir gente.

El custodio de la iglesia

Visitamos la imponente iglesia neogótica del Señor de las Misericordias, construida entre 1921 y 1931 y declarada, junto con el convento de las Carmelitas Descalzas, patrimonio cultural, artístico y religioso de Medellín en 1990. Al subir al carro, apareció en la ventanilla el diminuto guachimán que cuida los carros de los creyentes. Su cara me pareció la de uno de esos harapientos que en el Medioevo se congregaban a pedir limosna en los atrios de las iglesias.

“Mierda –le digo a Henry–, la iglesia no solo está custodiada por la Virgen de la Inmaculada Concepción y por las gárgolas, sino también por este bello gnomo”. El hombrecito, sin entender, sonrío, y nos dice

que allí el carro está seguro. Se llama Rodrigo Moreno Cadavid, debe rondar los sesenta, y cuida los carros en este sitio desde hace unos dieciocho años. A veces también hace artesanías para vender, y cuando la situación está difícil le ayuda a Gloria, la dueña de la licorera que queda enfrente de la iglesia, a cambio del desayuno o el almuerzo. Tiene en su voz el dejo de quien ha atravesado muchos infiernos: la sombra ojerosa de la droga, la de la esposa que se fue, y ,la peor, la que le moja los ojos, la de sus hijas: “Tengo como... veinte años que no las veo. Una está en Estados Unidos y otra en Bogotá. Si las viera, no las reconocería”.

Con su voz amable cuenta que hay días que solo consigue los siete mil pesos para pagar la pieza: “Los domingos me puedo conseguir alguna cosa, porque en semana esto es muy solo. A veces quince, doce, ocho mil pesitos”. En su boca desdentada dieciocho suena a bizcocho y pesitos a pececitos. Pequeño y lento, con su dulceabrigo al hombro, nos describe en una frase lo que hubo de España en esa manzana: “Ahí por donde están construyendo había un castillo con un túnel que comunicaba con aquel otro”, y nos señala una casa imponente rodeada de dientes de cemento. También nos refiere que la torre de la iglesia tiene un reloj en cada uno de sus seis lados, que ninguno funciona porque uno tiene detenido a los demás, y que ni el Municipio ni la iglesia han podido enderezar al reloj culpable porque su rehabilitación es muy costosa. Le damos un billete de dos mil y nos despedimos. Nos perdonarán los verdaderos custodios de la iglesia.

Migrantes

Lo primero que leí de Manrique fue que “debía su origen a la Compañía de Seguros y Urbanización, y a Manuel J. Álvarez y Antonio J. Álvarez C. como promotores y accionistas de la sociedad de Urbanización Mutuaria, registrada el 4 de abril de 1914 en Medellín, firma constructora de los barrios Manrique, Restrepo Isaza y otros”. ¡Por fin un lugar en Medellín que no le pertenecía a la familia Cock!, pensé, pero después leí que habían sido los primeros dueños, y que Manrique, Castilla, Miranda y no sé cuántos barrios más eran parajes boscosos donde salían a tomar el té. El único paliativo fue leer que el barrio había sido bautizado por Antonio J. Álvarez en homenaje a Juan Evangelista Manrique, un médico bogotano que lo había curado de una enfermedad, y no en honor de algún prócer cansado de llevar a cuestas las mentiras y promesas de los politiqueros de turno.

También advertí que durante el nacimiento y expansión de los barrios se dio un fenómeno social homogéneo y paralelo que dio origen a cada una de las comunas de Medellín. Así como el Picacho comenzó en la 65 de Castilla, Bello en la Feria de Ganados y El Poblado en San Diego, Manrique había comenzado en el Parque Bolívar. Así entendí la mecánica de Medellín y sus barrios, algunos obedientes a Planeación Municipal, otros jóvenes malcriados que se independizaron de sus madres. De esa forma nacieron Manrique Central, Manrique Oriental, Guadalupe, Los Balsos, Santo Domingo..., invadidos por migrantes atraídos por el auge industrial de 1930 y la depresión de la minería, pero primordialmente desterrados por la violencia partidista.

En el caso de mi familia, mi abuelo, mi madre y sus hermanos se vinieron de Abejorral para Medellín después de que mi abuela muriera. Cuenta mi tía Blanca Taborda que “ese tiempo fue tan peligroso que mi hermano Uriel cargaba el carné de los conservadores en un bolsillo y el de los liberales en un compartimento oculto de su billetera”. Mi abuelo, policía criollo hasta la llegada de la policía formal de Rojas Píñilla, empacó a sus siete hijos y huyéndole a la violencia y a la tristeza se vino a vivir a Manrique para ejercer como sastre y barbero en la carrera 45. Después de haber vivido en un paraíso humilde en Abejorral, en una casa con una era de hortalizas, árboles frutales y una quebrada cristalina, hijas y nietos terminamos de pasar nuestra infancia en la misma casa en Manrique, con una alcoba para cada familia de cinco, seis, siete hijos, comiendo arroz con huevo, como si la violencia en el campo también nos hubiera arrinconado a nosotros.

Dibujo de gardel sin talón

La casa de Wilson Zapata –‘Wil’, como se conoce en el mundo de la ilustración– queda diagonal a la estatua de Gardel, en la 45. Es amplia, la sumatoria de sus héroes y proyectos, y está ocupada por un *collage* de libros, bocetos de dibujos, muñecos de colección, fotografías, imágenes de directores de cine, frases inspiradoras, estanterías y afiches.

Mientras en su casa ocurría esta suerte de ebullición, afuera Wil descubría la calle con sus amigos metaleros, con quienes caminaba desde la 45 hasta Guadalupe, Santa Cruz, Campo Valdés, Aranjuez. “En ese tiempo echar pata para el Centro era hacer ciudad, y lo sigue siendo. Yo creo que muchos de nosotros estamos dibujando la ciudad con los pies”, dice Wil.

Eran los años de la guerra entre Pablo Escobar y el Estado: “Nos dimos cuenta de cómo suena una bomba, porque explotaron unas cinco en toda la 45; fueron tiempos muy buenos para los vidrieros. Los bancos eran el objetivo, pero hubo uno que no: el billar El Orfeón, construido en lo que había sido el Teatro Lux. Allí se parqueaban carros lujosos, de esos antiguos, y los pelados, ilusos, los contemplaban y se mentían a sí mismos diciendo que no eran de ‘los mágicos’ sino mágicos”. Algunos decían que El Orfeón era una especie de oficina donde se fraguaban vueltas. Fue el único negocio no bancario que bombardearon. Ese y la estatua de Gardel. “Quién sabe qué cosas debía El Zorzal Criollo”, porque cuando pusieron la bomba amaneció sin un talón. Contrario al de Aquiles, el talón fue restituido por algún compasivo Hefestos de la ciudad.

Henry recuerda que a finales de los noventa, cuando pasaba en bus al medio día, casi siempre veía la estatua de Gardel con algún elemento de utilería: una escoba en la mano, un gorro de Papá Noel, gafas playeras, pañoletas, camisetas de equipos de fútbol... Todos los días lo veía “estrenando”. Pero eso fue después de las bombas, que destruyeron todas las placas conmemorativas, huellas de las heladerías que fueron famosas en la 45: El Gran Chaparral, La Palma Sola, La Niágara..., y la estatua se sostuvo en su aporreado pedestal hasta que la desmontaron para restaurarla. “Ese día –dice Wil– me asomé al balcón y vi a un vecino parado en la base de la estatua, con una mano en el bolsillo, imitando la pose refinada de Gardel. El muchacho era un bacán, y siempre que veo esa estatua lo veo allí parado, porque él, aunque por otras circunstancias, también fue víctima de esa violencia. Nosotros, en cambio, atravesábamos las fronteras e íbamos a cualquier parte. Yo creo que nos salvamos por rockeros. Éramos un grupo de peludos que quizás los pelados más calientes veían como inofensivos. Tal vez había algo de violencia cuando nos enfrentábamos con los punkeros, pero eran peleas de barrio, a puños, o un poco más, y en el fondo solo era un *performance*”.

La guerra empezó como un campanazo de alerta que después se hizo fanfarria ensordecedora: “Había días que uno salía y había un muerto, luego otros a diferentes horas, hasta que terminamos naturalizando la muerte. Hoy por lo menos hay paz en este lado de la 45, lo que no se puede decir del resto del barrio: hay mucha calentura, ollas, pelados metidos en cosas muy ásperas”.

Paralelo a ese descalabro de los noventa, en terrazas, sótanos y garajes se fraguaban grupos de punk, metal y rock. En una de esas planchas se creó la película *Rodrigo D: No Futuro*, se alojó el estruendoso e iracundo *Engendros de muerte* de Athanator, y se forjó el himno de Nepentes, uno de los hijos predilectos de Manrique: “Piensan que somos delincuentes porque pensamos diferente”.

Al igual que las organizaciones sociales y culturales –Convivamos, *Tinta Tres*, El Balcón de los Artistas, la Casa Gardeliana, el Núcleo de Vida Ciudadana de San Pablo...–, estos grupos musicales también han contribuido a la construcción del barrio, y sobre todo de la ciudad, porque, paradójicamente, el poder de su música ha radicado en la formación de políticos y gobiernos municipales que acuden a ellos para mediar entre la desfogada libertad de los jóvenes y la testaruda urbanidad.

Tiendas viejas, tiendas nuevas

Con la construcción de Metroplús no solo cambió la fisonomía del barrio, sino también la forma de pensar de sus habitantes. La carrera 45 adoptó la estética de la Cultura Metro y cambió los grandes caserones por torres de apartamentos y almacenes de ropa y bisutería. El nuevo sistema de transporte también ha ido en detrimento del encuentro en la tienda o en los billares, donde al sabor de un tinto se tejían las minucias de la existencia: las noticias radiales, las relaciones prohibidas, los dolores encajados en las costillas de la vejez. Los locales de música electrónica, vallenato, salsa y reguetón reemplazaron los bares, cantinas, heladerías y discotecas. Los supermercados sustituyeron los graneros y las revuelterías, y los vendedores de bisutería relegaron las chazas de mangos, empanadas y chance a los dinteles de sus casas por prohibición de Espacio Público. Las tiendas modernas ya no exhiben el folclor de las antiguas, donde podías comprar arroz y azafrán hasta las diez de la noche porque después de esa hora el lugar mutaba en cantina, y su mostrador de latón, magullado por los pares de panela, se llenaba de copas de guaro mientras amenizaba el momento alguna pareja de veteranos adictos a los placeres de Baco.

En una de esas nuevas tiendas estaba Hernán Díaz, quien tuvo una pequeña tienda-bar y una carnicería en la 45. Clavó sus ojos en Palos Verdes, se rio de algún oscuro secreto que por supuesto no nos iba a contar, y luego nos dijo: “Desde aquí hasta allá solo se veían bares y cantinas de tango. En muchos documentales argentinos comparan la





45 con la calle Corrientes de Buenos Aires. En algún tiempo se escuchó más tango aquí que en Argentina. El argentino que viniera a Medellín y no viniera a la 45, no era tanguero y menos argentino”.

Como sabemos que conoció a ‘Cochise’, le preguntamos por él: “Éramos muy buenos amigos, nos criamos juntos en la cuadra La Lombriz. Terminó de ciclista porque era mensajero de una farmacia. Nunca se tomaba un trago, pero, eso sí, ese verraco era muy mecatero de gaseosa. Era una buena persona y por eso le fue bien. Se casó con una muchacha de plata. Era amigo de Gonzalo Marín, que también era del barrio. Después de ganarse la primera Vuelta a Colombia, se reunía por aquí con él y con ‘El Nato’ Suárez”.

Hernán se tomó otro guaro de la media, de la que yo también había escanciado varios guarapazos, y contó que en esa época algunos futbolistas iban a jugar enguayabados: “Yo tenía varios amigos, incluso algunos argentinos, que después de jugar en el Estadio se venían para la 45 a beber y a escuchar tangos, y cuando ya estaban cogidos se iban para Lovaina a buscar mujeres. Ahora solo queda el parche de Leo – dice señalando un pequeño bar enfrente–, pero ponen música variada. El único bar de tango que existe en la 45 es el bar Alaska, en la 79”.

Media y un tinto en el bar alaska

Convencidos de que, más que los almacenes, graneros e iglesias, fueron los cafés, bares y cantinas los grandes gestores del barrio, ingresamos al bar Alaska, de más de cien años, con sus paredes de tapia y baldosas amarillas y verdes como las de los conventillos donde nació el tango en Buenos Aires, con sus columnas y vigas que bien podrían sostener la historia del tango en Medellín.

Nos cuenta Gustavo, administrador del bar, que un tipo de la Universidad de Antioquia, funcionario de la Alcaldía, al entrar y ver todas las fotos en las paredes, le dijo: “Hermano, este bar está lleno de fantasmas, de hermosos fantasmas”. También nosotros vimos los espectros: Gardel, Armando Moreno, Libertad Lamarque, Aníbal Troilo, Einstein, José María Contursi... Y los billaristas y los jubilados, aún vivos, nos miraron con curiosidad.

Gustavo, ingeniero de la Universidad de Antioquia, lleva más de quince años cuidando este “patrimonio histórico y cultural de la ciudad”. Después de servirnos media de guaro, nos cuenta que llegó al tango por osmosis: “Vivía allí al frente, y a los dieciocho años, cuando vine aquí y me emborraché, ya me sabía la mitad de las canciones. Ahora tengo una colección de más de 200 mil tangos y cincuenta mil boleros”. Además, tiene 32 fotos de Gardel en esas cuatro paredes, y más de treinta versiones de *La cumparsita*.



A este bar llegó un día Julio Martel con José Manuel 'El Charro' Moreno, a quien también llamaban 'Pelé Blanco'. Martel dijo en una entrevista: "Caminé con él y me vine cantando por toda la 45, y la gente me aplaudía. Me dijeron que no fuera a ese barrio reo, que era muy peligroso, y mentiras que solo era gente linda". José Manuel Moreno había hecho su carrera de futbolista en Argentina y México, y Gustavo cuenta que, "ya retirado, se vino a entrenar al Medellín, y cuando iban perdiendo, él entraba a jugar, borracho todavía, y siempre ganaban. También vino Andrés Falgás, y otros más, grandes maestros de la música, pero muchos murieron en la ruina; aquí hubo que recoger plata para el entierro de Pepe Aguirre".

Cuando le preguntamos por el nombre del bar, Gustavo recuerda lo que le dijo Juan José Hoyos, periodista y escritor que también es cliente: "Conozco un bar de tangos llamado Alaska, pero no vayas a creer que es frío, por el contrario es cálido y acogedor". Después nos entrega un volante que incluye a Alaska en la ruta del tango en Colombia, al lado de los bares Homero Manzi, Adiós Muchachos y el Salón Málaga, y luego un certificado que reza: "El bar Alaska es patrimonio cultural [...] y se propenderá por recuperarlo para el bien del tango y de la humanidad", pergamino concedido por la Academia Nacional del Tango. Pero el monumento aún no ha sido recuperado por la Academia ni subvencionado por el municipio, y el riesgo de que las notas del bandoneón caigan bajo el estrépito de un acordeón es latente.



Empanadas pepita

Mientras nos comíamos una empanada me percaté de que en la 45 ya no huele a mazorca ni a chuzos sudorosos sobre brasas de carbón. No huele a melosas crispetas en urnas de vidrio, como en 1984, cuando bajaba con Jaime y Juan después de salir del colegio. No huele a las empanadas en leña de doña Pepa: “¿Hay ají Pepita?”, decíamos, y ella estrujaba las empanadas contra la paila y veía rodar la manteca hirviente hasta el mar donde las demás nadaban chirriando de calor. Con parsimonia, como si fuera un rito, las sacaba y las emparejaba sobre el charol colorido: “¿Salieron temprano otra vez, como antier?”, decía, y seguía mirando sus empanadas. Ante ese sabio silencio, siempre terminábamos rindiéndonos: “No entramos al colegio, hoy no íbamos a hacer nada”. Entonces ella clavaba otra vez la mirada en la paila, y su cara endurecida por siete décadas de guerra se suavizaba con una sonrisa: “Tienen que estudiar pa que no se vean haciendo empanadas como yo, que ni siquiera aprendí a leer”.

Balcón con vista a las vegas

Dicen los geólogos que la montaña de Manrique “está asentada sobre una roca ‘meteorizada’ de alto riesgo para asentamientos humanos”. En su parte más alta, Martha Álvarez, directora de la Corporación El Balcón de los Artistas –y una de las primeras bailarinas de tango de Medellín–, acompañada de otras mujeres del arte y del barrio, acoge a más de trescientos jóvenes en riesgo de caer en el conflicto armado, la drogadicción y la explotación infantil. Al ver cómo la ciudad sitiaba y mataba a los muchachos del barrio, en los años noventa estas mujeres decidieron usar la danza y otras expresiones artísticas para arrebatarles los niños a ese contexto. William Carvajal, integrante de la organización, dice: “En estos veintitrés años hemos visto a varios jóvenes abandonar las bandas, y ya los combos nos respetan y nosotros hemos aprendido a convivir con ellos”.

Debido al esfuerzo, y sobre todo al talento, algunos fueron seleccionados para bailar en el show de Marc Anthony y Jennifer López en Las Vegas: “Hay quienes creen que nos llenamos de plata, pero el único premio que recibimos fue participar, y tal vez el premio mayor fue que la ciudad y el barrio creyeran más en la corporación, porque había la concepción peyorativa de que por ser de Manrique no teníamos la calidad para ofrecer un excelente espectáculo”, dice William. Cuando los habitantes del barrio ven a los chicos irse a otros países, contratados por grandes academias de baile, gracias a lo que aprendieron en El Balcón de los Artistas, se dan cuenta de que el trabajo ha dado sus frutos. Ahora tienen el sueño de un centro cultural más amplio, pues el sector, a diferencia de la 45, carece de espacios para el encuentro.

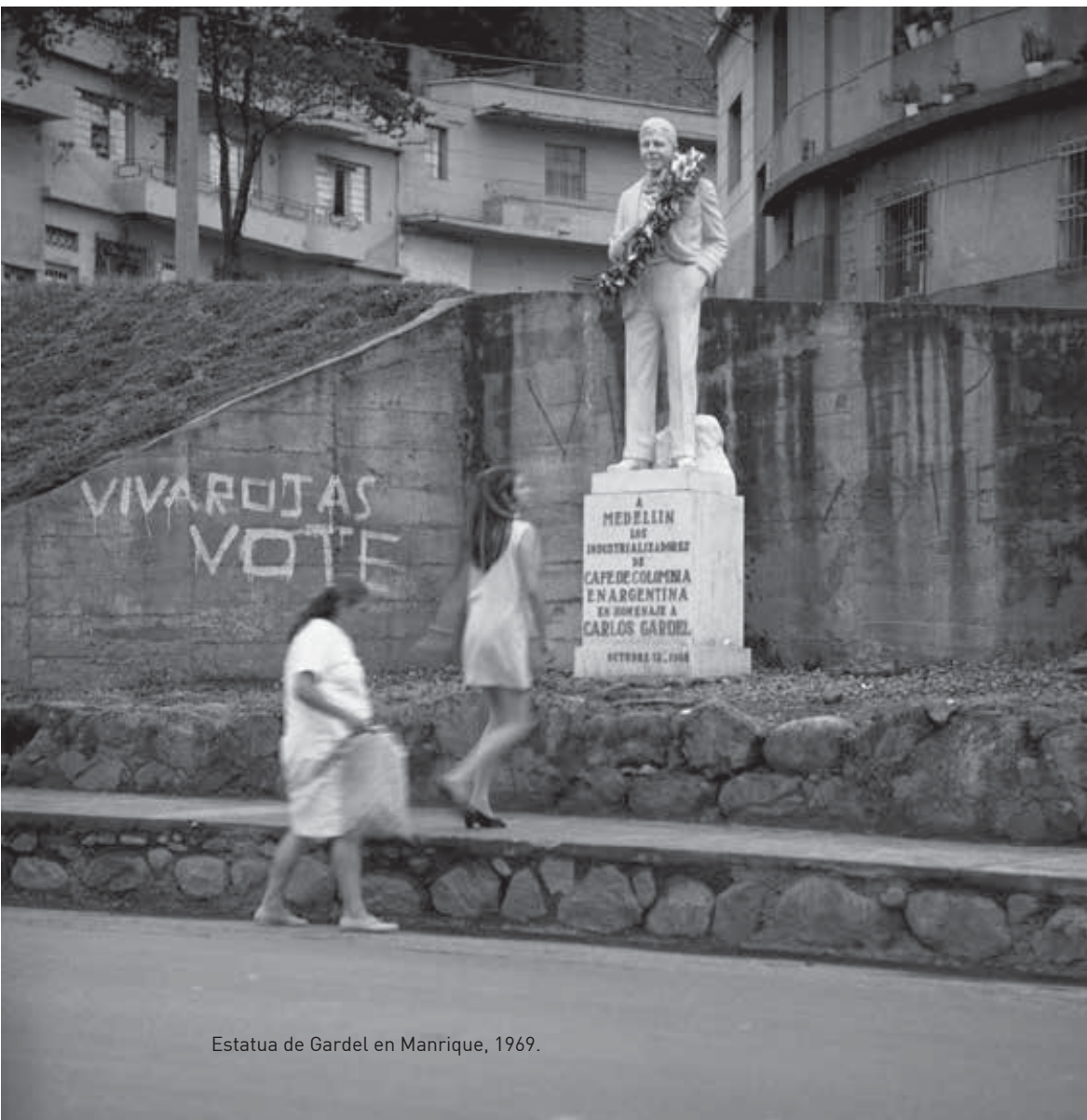
“Tenemos el caso de un joven que vendía confites en el Parque Bolívar, y después de sacarlo de allá y acogerlo se convirtió en uno de los mejores bailarines del mundo. Por estos días llegó de Turquía, descansa dos meses y luego va para Dubái”, cuenta William; unos lo envidian porque bailó en el show de Marc Anthony, otros por haber olido, mientras bailaban, la deliciosa nuca de Jennifer López.

Epílogo sin tango de fondo

Como las fiestas de Manrique, la crónica también terminó en Lovaina. Mientras bajábamos por las antiguas casas de lenocinio, hablamos de los que no pudimos ponchar con la grabadora, personajes que proyectaron el barrio para el mundo: ‘Nano’ de Nepentes, los Mutantex y Athanator, Ramiro Meneses y Cochise, Jaime Espinel –autor de *Manrique’s micros y otros cuentos neoyorquinos*–, las Hermanitas Calle. Pero sería injusto no mencionar a otros que por humildes no son menos dignos: a ‘Bachiche’, el manguero de Guadalupe que lleva dos generaciones poniendo a salivar a todo el vecindario; a Juan Carlos, compañero del Liceo Manrique que se internó en un convento en Yarumal; a Teresa, que no quería ser docente, como yo, y ahora me la encuentro en las marchas de protesta de la Asociación de Institutores de Antioquia, Adida.

En este vuelo fragmentario también le cuento a Henry mi sueño infantil de construir un puente colgante que uniera a Manrique con Castilla, mi pasado con mi futuro. Un puente que se levantara sobre la cancha La Maracaná, la carrera 68 y la Autopista, pasara por encima de la Universidad de Antioquia, los árboles y las iguanas del Jardín Botánico, bordeara el bello obelisco gótico de la iglesia de Manrique, cruzara sobre la estatua de Gardel, el Liceo Manrique, mi cuadra –La Lombriz– y su cañada frondosa de naranjos, mangos, papayos, guanábanos y cidros.

Mientras se ríe, Henry mira la cicatriz de tierra amarilla que ahora se abre en el puente de la Madre Laura, clavado contra una de las costillas de Castilla, y lo señala con el dedo: “Mirá, ese es tu puente; no es colgante ni es el soñado, pero al fin y al cabo es un puente”. ♦



Estatua de Gardel en Manrique, 1969.

Iglesia del Señor de las Misericordias en Manrique, 1945.

Villa
del
Socorro



HERNÁN, EL PELUQUERO

En Villa del Socorro todos saben quién es Hernán, pero es él quien mejor los conoce a todos. No importa que sea un “poquisocial” – como él mismo se define–, que solo visita a sus vecinos cuando lo invitan a una fiesta o cuando alguien está enfermo, y siempre va de entrada por salida: deja sus saludos, un detalle, y regresa a su casa. En cambio ellos van mucho al segundo piso que levantó encima de la casa de su mamá, y él los atiende en la sala, donde montó, hace cuarenta años, la primera peluquería que tuvo el barrio.

¶ A quienes sí visita Hernán es a los muertos. Va a todos los funerales a los que lo invitan, acompaña el féretro hasta el cementerio, ora por el alma del fallecido y les pide a las ánimas benditas del purgatorio que lo acompañen. Ellas lo han librado de atracos y en la mañana lo despiertan a la hora que él les pida: “Yo les digo: ‘ánimas benditas, levántenme a tal hora pero no me vayan a asustar’”.

¶ Mientras las tijeras se mueven en sus manos de dedos finos y largos, los vecinos lo miran por el espejo rectangular en el que tiene pegadas dos estampas, una de la Madre Laura y otra del Sagrado Corazón. A medida que el cabello cae, ellos sueltan, hechizados por el hombre que a sus espaldas empuña la barbera, chismes, penas, miedos, proyectos y deseos: “Aquí todo se sabe. ‘Ay Hernán, que mi marido tal cosa’. Y después llega el marido: ‘Ay Hernán, que mi esposa tal cosa, ¿ella no le ha comentado nada?’. Y yo: ‘No, nada’. Porque lo que la gente me cuenta me lo guardo, no llevo ni traigo”, dice dándole una calada al cigarrillo, sentado en una silla alta, junto a la ventana desde donde saluda a los vecinos que pasan por la acera. En su cabello, cortado por él mismo en un hongo clásico, brillan algunas canas.

¶ “¿Querés un tintico?”, dice, y se levanta de la silla. En el camino hacia la cocina pasa junto a una pequeña mesa donde reposan un florero con claveles rosados y rojos, un teléfono de disco y una portentosa talla de Ganesha, deidad hinduista que aleja los obstáculos.

¶ Llevó el cabello largo desde que era un adolescente y recorría las calles empedradas del barrio vendiendo buñuelos, empanadas y gelatinas que hacía Ana Rita, su mamá. Luego consiguió un trabajo como mensajero en una empresa de propiedad raíz, y para no tener que cortárselo se hacía una moña que ocultaba con una gorra. A su jefe no le gustaba, pero no se lo reprochaba porque Hernán tenía un talento innato para encontrar direcciones y esquivar ladrones.

¶ Al ver cómo se cuidaba el cabello, su hermana le dijo que estudiara peluquería. Se inscribió en la Academia de Belleza Mariela, dispuesto a seguir trabajando en el día y a estudiar en las noches. “Cuando salí del general, donde uno ve manicura, pedicura, limpieza, tratamiento, rayitos, maquillaje, corte y champú, coloqué la peluquería. Y me gané el primer puesto en Mariela y me dieron una beca para especializarme en corte y cepillado”.

¶ Pero no todo era buscar direcciones, estudiar hasta tarde y abrir la peluquería los fines de semana para atender a los clientes que le

hacían fila. También le gustaba irse de viaje al mar y salir de fiesta a otros lados de la ciudad donde podía ser ella: una chica alta, de espalda ancha y piernas firmes y lampiñas, que vestía trajes brillantes, se maquillaba los ojos con tonos oscuros y se pintaba los labios de rojo. “A mi mamá le preguntaban: ‘¿Quién es esa muchacha tan linda que sale de su casa por la noche y coge taxi y se va?’. Y ella les decía: ‘¿Quién más? Mi hija’”, dice, y luego se levanta de la silla, entra a su cuarto y vuelve con un álbum de fotos. Lo abre, los ojos le brillan: “Mirá, esta fue en Aruba, ahí estoy estirada en la playa. Acá estamos celebrando la fiesta de los brujos... Ay, miya, yo tenía un estudio en traje de baño que me hicieron en el Hotel Nutibara, pero me robaron todas esas fotos. Míreme aquí con este traje de reina tan lindo. Vea acá cuando me gradué de peluquería. Y acá, en San Andrés”, dice, y sigue pasando las páginas de su pasado.

¶ Hace tiempo olvidó los trajes vaporosos, guardó el maquillaje y decidió cortarse el pelo y donarlo a una fundación que fabrica pelucas para enfermos de cáncer: “Yo tengo 63 años, ya estoy muy viejo para eso, ya tengo que ser serio. Te voy a servir un alquito, ya vengo”. Vuelve a irse para la cocina y deja el álbum abierto.

¶ Su peluquería es sobria, con solo dos cuadros *vintage* en los que varios chicos que parecen actores de película enseñan su mejor ángulo luciendo cortes clásicos. También hay una silla de barbero de más de cien años con el sillón forrado de cuero rojo, un tocador de madera con los utensilios limpios y ordenados, una banca donde los clientes se sientan a esperar; y en el suelo, debajo del tocador, un montón de pelos de diferentes cabezas. Antes no tenía ningún rótulo, pero un día llegaron unos funcionarios de sanidad y le dijeron que tenía que poner unos letreros, cambiar de lugar el lavacabezas, recoger los montoncitos de pelo arrumados contra la pared y usar un tapabocas para trabajar. Él les dijo que el pelo lo recogía al final de la tarde porque no se iba a pasar barriendo todo el día, y que sí iba a poner los letreros pero el tapabocas no, que eso era como trabajar con asco.

¶ En el balcón puso una placa de plástico sin artificios que dice Peluquería La 49. “Y los pelos, la verdad es que me gusta tenerlos ahí porque me traen buena suerte”, dice al volver de la cocina con un vaso de vidrio lleno de fruta picada y yogur.

¶ Entonces suena el timbre. Le abre la puerta a un hombre joven acompañado de su hijo, un niño de unos siete años que se encarama en la vetusta silla. Hernán toma una capa negra y se la pone alrededor del cuello. El pequeño mira a su papá y luego a Hernán en el espejo. “No me vaya a cortar la colita, ¿bueno?”, le dice. “Yo le dejo la colita, mi rey”, responde Hernán tomando entre sus manos el mechón que cae sobre la pequeña nuca. Luego voltea y le pregunta al papá del niño: “¿Qué querés tomar?”. ♦

De vuelta al barrio

Por Juan José Hoyos

1

He vuelto a mi barrio. Después de muchos años, camino otra vez por sus calles como quien vuelve en sueños a su casa y la encuentra habitada por gente distinta y sus muros pintados de otro color.

Las casas donde viví ya son difíciles de reconocer, a pesar de que todas están en la misma cuadra. Fueron cuatro. Las distingo por sus fachadas. Las ventanas y las puertas tienen el mismo tamaño del recuerdo, aunque ahora están pintadas de colores muy vivos. Donde antes había tapias o ladrillos desnudos ahora hay muros revocados y baldosines de cerámica. Los techos de tejas de barro han sido reemplazados por lozas de concreto y algunas de las viejas casas de un solo piso ahora tienen dos o tres plantas.

La casa de puertas y ventanas rosadas donde viví los últimos años de mi infancia la están vendiendo para construir un edificio. Tiene más de 120 años y sus muros todavía están en pie. La casa de la esquina de la carrera 52 con la 95 ha sido reemplazada por un edificio de tres pisos. En el primero hay un minimercado. La cancha de fútbol ya no existe. En su lugar hay un edificio y enfrente los vecinos del barrio han levantado una pequeña iglesia que lleva el nombre de San Isidro Labrador.

Las aceras siguen siendo discontinuas. A medida que la calle descende en dirección al río Medellín, las separan pequeños muros que forman escalas. Algunas son tan altas que para seguir en la misma dirección del andén hay que subir a la calle, situada en un nivel más alto, y luego regresar a él.

En mis recuerdos de niño, esas escalas parecían precipicios. Por uno de ellos, mientras jugábamos, Gilma, mi hermana menor, cayó a la acera de la casa vecina. El golpe fue tan fuerte que perdió el conocimiento. Cuando la recogimos, pensé que estaba muerta. Nunca olvidaré ese día.

2

¿Dije que he vuelto? Pero –como dice un viejo tango de Aníbal Troilo– “¡si yo nunca me fui de mi barrio!... ¡Si yo siempre estoy volviendo!”.

Me lo dicen los sueños y la memoria. También la gente y el paisaje y la música que está en el aire y se siente por todas partes. Se escapa de las casas por puertas y ventanas. Suena en las tiendas, en los

Había recorrido tantas veces esas calles para ir a comprar la parva del desayuno a la tienda o para subir hasta San Nicolás... Había transitado tanto tiempo por esas mangas. Recordaba cada solar, cada cañada, cada cantina, cada granero, la cara y el nombre de cada vecino.

El barrio era todo de gente como ellos, familias que llegaron a Medellín de todas partes de Antioquia después de que mataron a Gaitán.

Juan José Hoyos. Tuyo es mi corazón.

pequeños negocios de comida, en los salones de belleza, en los buses que bajan del parque recogiendo pasajeros que viajan hacia el Centro.

Sin embargo, no es la misma música de hace tiempos. Los viejos reyes del mambo han sido destronados. Ya no se oyen tangos ni boleros en cada esquina. Tampoco se escucha en los altoparlantes de las carpas de la acción comunal la voz triste de Olimpo Cárdenas, ni suenan en los radios las guitarras eléctricas de Los Yetis. Los boleros y las guarachas de la Sonora Matancera han sido reemplazados por el reguetón y el rap.

En los bares ya no hay traganíqueles. La música sale de los computadores y va directo a los parlantes, o la oyen los muchachos con audífonos, en sus teléfonos celulares, mientras caminan por las calles.

Los traganíqueles han cedido su lugar a las máquinas tragamonedas de los pequeños casinos y los salones de juegos, y las papelerías se han convertido en cafés que ofrecen llamadas de larga distancia o conexión a Internet.

Y ya no hay circos anunciando la función de despedida en las mangas que rodeaban la iglesia de San Cayetano, entre otras cosas porque las mangas también desaparecieron.

Hasta 1960, Aranjuez era una pequeña aldea levantada sobre una colina y recostada en las laderas de una montaña. El barrio estaba rodeado de quebradas, potreros abandonados, pequeños bosques y cañaduzales. Hoy se han borrado esos límites y ya es difícil descubrir a simple vista las hondonadas que lo separaban del barrio Manrique, de Campo Valdés, de Moscú, de las lomas de Santo Domingo Savio.





Las mangas de Quinta Pelayo y del Instituto de Ciegos y Sordomudos ya están pobladas. En los potreros del viejo Manicomio Departamental fue construido el Liceo Gilberto Alzate Avendaño. Los cañaduzales del río Medellín, desde Moravia hasta Bello, han sido ocupados por nuevos barrios que cada día se extienden más hacia las cimas de las montañas que rodean el Valle de Aburrá. Las tierras antes vacías ahora están llenas de ranchos, casas y edificios de apartamentos. Uno de ellos tiene más de quince pisos y se levanta hacia el cielo detrás de las torres de la iglesia de San Nicolás.

3

A comienzos del siglo XX, Aranjuez y Berlín eran dos fincas inmensas donde pastaba el ganado y lucían algunas casas de recreo las familias adineradas de Medellín. En la parte baja, junto al río, por la vieja carretera del Norte, había algunos grilles y burdeles.

“El tranvía salía del Parque Berrío y seguía por el Cementerio de San Pedro. Ahí viajaban los pobres. Los ricos ya tenían sus automóviles. Los dejaban en un parqueadero en Moravia, junto a la quebrada La Zancuda, que hoy llaman La Bermejala. Ahí empezaba el Camino del Norte. A todo eso lo llamaban Las Camelias. Esa era tierra de grilles y bares. Las señoras ricas se quedaban muy preocupadas por la noche esperando a sus maridos. Sabían que ellos se iban para allá”.

Así cuenta la historia del barrio Hugo Bustillo Naranjo, hincha fiel del Deportivo Independiente Medellín que se costeara los estudios trabajando los fines de semana de mesero o lavando copas y vasos en los bares del viejo Guayaquil. Después se puso a manejar un taxi. Ya entrado en años, como se dice, le dio por asistir a clases de historia en la Universidad Nacional. Ahora vive en Canadá.

Él dice que Aranjuez es “un nombre español para un territorio lunfardo”. Con ese título escribió un libro en el que cuenta la historia del barrio tal como se la contaron a él algunos de los primeros pobladores.

4

Antes de que Aranjuez estuviera poblado, las mangas donde ahora se asienta eran conocidas con el nombre de Bermejál. La gente las llamaba así por el color rojizo –o bermejo– de sus tierras. Una colina pequeña las separaba del resto de Medellín. Allí había una fuente de agua y una antigua capilla construida en memoria de San Serapio. Después, también sobre la colina, fue construido el viejo Manicomio Departamental donde murió internado el poeta Epifanio Mejía.



El territorio estaba delimitado por dos quebradas: hacia el norte, La Cañaveral o La Rosa, como hoy se le conoce; hacia el sur, La Zancuda o La Bermejala, su actual nombre. Por el oriente, su límite natural lo compartían las tierras de la familia Cock, que llegaban hasta donde hoy se asienta el barrio Santo Domingo Savio, y las de la familia Quevedo, situadas hacia el sur, por el camino de Bermejál o carretera del Norte, que comunicaba a Medellín con Bello, Copacabana y Barbosa.

El primer propietario que decidió vender su tierra para construir casas fue don Ismael Posada. En el año 1916, don Manuel José Álvarez Carrasquilla le compró su finca Berlín, de una extensión de 223 cuerdas, por la cantidad de quince mil pesos. Después de haber dejado por lo menos la tercera parte del terreno para construir calles, plazas, escuelas, inspección de policía y templo, don Manuel trazó el barrio Berlín, dotándolo de agua, alcantarillado y otras mejoras. El primer solar lo vendió en 1917. Un año después, vendió 532 solares más.

Luego celebró un contrato con el Municipio de Medellín para construir el alumbrado eléctrico. Sin terminar todavía el barrio Berlín, emprendió la urbanización de Aranjuez. Allí, para vender las casas, decidió buscar una clientela más selecta. Construyó casas quintas más espaciales, casi todas con solar, jardín, patios, corredores y antejardín. Eran casas de ladrillo y tejas de barro conectadas entre sí por calles amplias, pavimentadas, con aceras. Y a lado y lado de las calles sembró centenares de árboles: guayacanes, almendros, álamos, algarrobos, acacias.

Algunas de esas casas fueron habitadas por familias ilustres como los Bedout, los Lalinde o los Álvarez, o por artistas como los maestros Horacio Longas y Pedro Nel Gómez. La del maestro Longas fue vendida y en su lugar hoy se levanta una de tres o cuatro pisos de estilo muy singular que acaba en una cúpula, como si fuera una pequeña



iglesia. El maestro Pedro Nel Gómez edificó la suya sobre una colina con vista a la ciudad. Allí tiene su sede la Casa Museo que lleva su nombre, donde se exhiben muchos de sus cuadros, frescos y esculturas.

Dicen quienes conocieron a don Manuel Álvarez, el urbanizador, que era muy español en sus costumbres y viajaba a España con frecuencia. Cuando visitó la villa de Aranjuez en el sur de Madrid, se enamoró de su belleza. Por eso decidió poner ese nombre al nuevo barrio y a su propia casa quinta.

Tal fue su amor por España que las calles y carreras que mandó a trazar en Aranjuez y Berlín también tienen nombres españoles. Desde la calle 83 hasta la 91 las llamó con nombres como Los Álamos, Zaragoza, Badajoz, Girón, Teruel, Balboa, León, Cádiz, Alcalá, Pontevedra y Andalucía. Las carreras las llamó Tarragona, Cartagena, Málaga, Zamora, Salamanca, Granada, Navarra, Aragón, Torres.

5

La calle más antigua del barrio es la del pecado, como la llamaban los párrocos. Nace en la misma esquina donde terminaba la línea del viejo tranvía tirado por caballos, muy cerca del Jardín Botánico Joaquín Antonio Uribe. Ahí empezaban Las Camelias, la zona de bares y prostíbulos de la que fue pionero don Luis Tamayo.

Don Hernando Gómez fue un testigo privilegiado de su historia. Hugo Bustillo habló con él hace muchos años.

—Yo conocí a don Luis Tamayo desde que llegamos a Palermo— le contó el viejo—. Esta casa de nosotros era límite con la de él. Don Luis fue el primero por acá. Él fundó Las Camelias. Era la casa más grande de este sector. Tenía un patio descubierto en el centro, todo rodeado de habitaciones. Ahí se jugaba al póquer y al dado. El corredor era muy amplio. Tenía muchos postes y chambranas. A un amigo de



mi padre, que era violinista, y a la vez también pintaba y decoraba, don Luis le pidió el favor de que le dibujara unas flores en la pared de la entrada y las que él pintó eran unas camelias. Desde ese día, la parte de abajo de la carretera de Bermejál se quedó llamando Las Camelias. Eso fue por los años veinte. En un principio ahí amarraban los caballos quienes venían de juerga. Después, con el tiempo, llegaron los coches y los automóviles lujosos. Los techos eran muy altos y la casa fresca.

Entonces comenzaron los años de esplendor. Después de Las Camelias, don Benedo Correa fundó Tierra Baja, pasando el puente de Acevedo. Años más tarde, viendo el auge que iban tomando los negocios, compró un lote en Las Curvas de Cipriano y montó el famoso Bar Benedo, formado por tres casas y un restaurante especializado en la venta de sabaletas.

En los alrededores fueron apareciendo poco a poco bares y grilles como Acapulco, El Tívoli, el Grill Argentino, el Siboney, el Pakistán... Después se sumaron nuevos negocios como El Niágara, El Carúpano, Casa Roja, Las Vegas, Noches de Paraguay, Tango Bar, Villa Luz y Folly Bar. Uno de esos bares fue administrado durante varios años por el músico Pelón Santamarta, compositor de *Antioqueñita*.

Con el tiempo, allí abrieron sus puertas algunas casas de citas famosas en su época, como La Casa de la Francesa, Casablanca y La Casa de las Dos Palmas. La de la francesa quedaba en medio de los bares y los prostíbulos de Nuevo Mundo. Su dueña era Madame Lelaux. La gente la llamaba doña Lily. Había llegado de Francia por Puerto Colombia a comienzos del siglo XX. Un día se enamoró, vendió la casa y se fue del barrio. En el mismo lugar hoy se levanta la iglesia María Rosa Mística, fundada el 12 de octubre de 1980 con la ayuda de un círculo de misioneros católicos de Alemania que apoyó la rehabilitación de Moravia.

Una suerte distinta corrió Casablanca. El prostíbulo acabó convertido en un motel. Un Jueves Santo, quebrantando la vieja costumbre de cerrar sus puertas en los llamados días santos, sus dueños alquilaron una habitación a una pareja. Esa tarde hubo una tempestad y un rayo destruyó buena parte de la casa. Desde entonces la gente no volvió. Sus ruinas todavía se conservan en medio de los talleres de mecánica y las ventas de chatarra que pululan en los alrededores.

En cambio, del Folly Bar ni siquiera quedan los muros. Las luces blancas, amarillas y rojas de su gigantesco aviso de neón todavía titilan en lo alto de las noches de mi infancia. Por encima de lo que alguna vez fueron sus techos hoy pasan las primeras vigas del nuevo puente de la Madre Laura, que unirá los barrios Aranjuez y Castilla, separados por las aguas del río Medellín.



6

Después de la década del cincuenta, Aranjuez fue rodeado por los nuevos barrios de invasión construidos de afán por gente recién llegada de los pueblos de Antioquia. Las mangas que primero se poblaron fueron las de Santa Cruz. Allí se fundó el barrio Moscú. Casi al mismo tiempo, en un abrir y cerrar de ojos, fueron apareciendo los barrios La Rosa, los populares 1 y 2, Andalucía, Moravia y Los Álamos. Algunos bordeaban las orillas del río Medellín. Otros colonizaban las laderas de las montañas. Fueron en total diecisiete barrios los que se construyeron alrededor del viejo Aranjuez. Hoy todos ellos forman parte de la Comuna 4.

En un comienzo, su crecimiento fue desordenado, pero muy pronto las nuevas parroquias y las juntas de acción comunal empezaron a cambiar su destino. La primera junta se formó en 1962 en el sector de San Isidro bajo el liderazgo de don Antonio Vélez, uno de los vecinos de mi cuadra. Las primeras parroquias se levantaron a punta de rifas, empanadas y hasta peleas de boxeo y lucha libre en Moscú y en San Isidro, con el apoyo del padre Hernando Barrientos Cadavid.

Él fue uno de los héroes de estas barriadas. No solo fundó la parroquia de San Cayetano sino que fue su párroco durante veintitrés años. También fue el fundador del Colegio de María, el Club Astorga y varios liceos. Yo —que fui uno de sus acólitos— todavía lo recuerdo con los zapatos embarrados y los pliegues de su sotana amarrados en la cintura, en medio del humo y el olor a ACPM de los tractores Caterpillar que removían la tierra para dar paso a las calles de los nuevos barrios.

Gracias a él y a las juntas de acción comunal se construyeron redes de acueducto y alcantarillado y se trazaron y pavimentaron muchas calles. Luego, el Municipio de Medellín instaló las redes telefónicas y el alumbrado público y financió la dotación de las escuelas y el nombramiento de sus maestros.

La lucha de esas juntas fue larga y dolorosa, porque muchos de los nuevos caseríos que rodeaban el antiguo barrio fundado por don Manuel José Álvarez se construyeron sin títulos que acreditaran a sus habitantes como propietarios legales de las tierras. Fueron los comienzos de lo que se ha llamado la segunda fundación de Medellín, en la que casi el setenta por ciento de la zona urbana del oriente, el norte y el occidente de la ciudad fue ocupado por familias que llegaron del campo huyendo de la violencia.

Entonces empezó a pulular el hampa. El primer muerto llorado por todos fue el cantante Lucho Vásquez. Lo mató un detective del Servicio de Inteligencia Colombiano por un asunto de celos. Poco después, 'Pacho Troneras' y sus hermanos Mingo, Walter, Bayardo y Ton se apoderaron del barrio. Por esos mismos años los jefes de las bandas de asaltantes de bancos, como Arturo 'El Pote' Zapata, se convirtieron en leyendas. La respuesta de las autoridades fue la creación de la inspección de policía. Al frente de ella estuvo durante muchos años el inspector Absalón Vargas Zapata, otro hombre de leyenda. El doctor Absalón —como lo llamaban con respeto los ladrones— puso a raya a los bandidos y pacificó el barrio a punta de "treintazos", una medida del código de policía de entonces que permitía encerrar a los delincuentes hasta treinta días por el delito de "sospecha".

De esa época se cuentan muchas historias. Una noche estaba don Arsenio Carmona tomándose unos tragos con unos amigos en El Acapulco, un cabaret muy fino de Las Camelias.

—Estábamos todos muy contentos cuando apareció El Pote Zapata —recuerda don Arsenio—. Nos asustamos bastante porque entró con sus compinches. Después de cuadrar su carro entre afanes, saludó a los presentes, muy cortés, e invitó a un trago de su cuenta. Enseguida se despidió y nos dijo: "Qué pena no poder acompañarlos, pero me vienen siguiendo". De inmediato se descolgó por la parte de atrás del cabaret, que daba al río, y se les escabulló a los policías y al inspector, que entraron buscándolo como locos.

A fines de los sesenta la desgracia se ensañó con el barrio. Moravia, su puerta de entrada, fue convertida en basurero municipal. Allí se depositaron durante muchos años las basuras de Medellín. La montaña de desperdicios fue creciendo al tiempo que el lugar era invadido por miles de personas que levantaron sus tugurios en los alrededores.

Después de 1970, Medellín empezó a enfrentar una crisis que la sumió en una de las peores rachas de violencia de su historia. La industria textil, que era su principal fuente de empleo, se fue a pique, mientras en los barrios marginales la población aumentaba a un ritmo de vértigo. La economía informal, la delincuencia y el narcotráfico se apoderaron de los barrios. Las instituciones del Estado fueron rebasadas por la situación. Entonces empezaron a aparecer las bandas armadas y estalló una guerra que convirtió a la ciudad en uno de los principales focos de violencia urbana en Colombia. Algunas de esas bandas crecieron alrededor del tráfico de drogas. Otras, bajo el liderazgo de grupos guerrilleros que fundaron las llamadas milicias populares. Aranjuez, puerta de entrada a la zona nororiental, fue uno de los escenarios de esa guerra.

7

Para casi todos los que nacimos en Medellín después de la mitad de este siglo, las tiendas de los barrios son lugares llenos de magia. Sitio habitual al que la gente entraba a comprar chocolate, maíz, panela o frijoles, como en un supermercado, las tiendas fueron el punto de encuentro de una generación con los boleros y tangos que, hasta entonces, solo podíamos oír de lejos en las cantinas y en la radio. Empezaron a proliferar a partir de la década de los cincuenta con el poblamiento acelerado de los barrios. Por entonces en Medellín no había más supermercados que Caravana, el Ley y el Tía, situados en el Centro.







En Aranjuez, la tienda que más recuerdo es la de don Gabriel. Estaba situada junto a un despeñadero desde el que se podían ver a lo lejos los grilles de Las Camelias. Allí comprábamos los bizcochos para el desayuno, las papas y las yucas para el sancocho del mediodía y los frijoles de cada noche. A las siete, con la llegada de la oscuridad, la tienda se transformaba como por encanto en una cantina. En la radio anunciaban la Hora Calmadora. Entonces empezaban a sonar los tangos y los boleros y don Gabriel destapaba las primeras botellas de aguardiente y cerveza.

Años después pasaron por mi vida muchas tiendas. Siempre he pensado que la cerveza, servida en vaso o en jarra, nunca tendrá el mismo sabor que tenía la Pilsen cuando uno se la tomaba a pico de botella, sentado sobre un bulto de maíz, junto al mostrador de una tienda. Todo en ellas tenía su encanto. El inodoro, por ejemplo: un rincón forrado en baldosines blancos, lleno de trozos de papa para conjurar los malos olores. En la pared, un espejo. Arriba, clavada en una tapia empolvada y sucia, una penca sábila, volteada al revés, para la buena suerte. Más abajo, sobre la pared, un almanaque con una foto de María Félix.

8

Voy por las calles del barrio como un duende, deshaciendo mis pasos. En el camino que recorría todos los días para ir a la escuela ya no hay cafés ni lotes vacíos.

El paso del tiempo ha borrado muchos lugares. Enfrente de las mangas del viejo manicomio, donde ahora está el liceo, hay un conjunto de edificios de ladrillo que hacen parte del Centro de Servicios de Comfama. Aunque es moderno, su estilo arquitectónico evoca el pasado:

sobre los restos de los antiguos pabellones se levantan techos y muros que albergan una hermosa biblioteca, un teatro, un coliseo polideportivo y un centro cultural y recreativo.

De Foto Muñetón no quedan rastros. Allí acudía la gente para contratar los servicios de un fotógrafo cuando había un bautizo, un matrimonio, un grado o la celebración de los quince años de una muchacha. Hoy ya no hay fotógrafos ni estudios fotográficos. Los han reemplazado los teléfonos celulares y las cámaras digitales. En los locales donde funcionaban abren sus puertas negocios como una venta de pizzas o un centro médico o la pastelería Los Marinillos o la discoteca Lucky 92.

El tiempo también acabó con los teatros. Casi todos quedaban en la calle 92. El Aranjuez, que era el más viejo, fue el primero que cerró sus puertas. El edificio fue abandonado por sus dueños y algunos vecinos lo invadieron. Hace diez años la fachada que da a la 92 parecía un conventillo. De las ventanas de la sala de proyección colgaban pantalones, camisas y ropa de cama secándose al sol. Sus muros fueron derrumbados para construir un edificio de apartamentos.

El teatro Laika fue el segundo. Sus puertas se abrieron a finales de los cincuenta. Su dueño le puso el nombre en memoria de Laika, una perrita callejera, la primera astronauta que viajó al espacio en una cápsula rusa. El local fue comprado por los Testigos de Jehová. Hoy es un templo cristiano. En su fachada hay un aviso que dice: Ministerio Visión Familiar.

El teatro Palermo, en cambio, sobrevivió hasta los años ochenta, cuando fue comprado por Comfama para convertirlo en un supermercado y en un depósito de materiales de construcción. Luego fue demolido. Hoy es un conjunto residencial.

El tiempo también ha borrado muchos oficios. Como el de carbonero. El carbón se usaba para asar las arepas y cocinar, y era repartido

en coches de madera tirados por caballos. La energía eléctrica se reservaba para el alumbrado, los radios y las neveras. Las carbonerías más tradicionales eran las de don Emilio y sus hermanos Cruz Medina y Pistolas. Don Emilio murió asfixiado bajo un bulto de carbón que le cayó encima cuando montaba a su coche los pedidos de ese día. Su caballo fue el que anunció su muerte en el vecindario. El animal bufaba y escarbaba la tierra y después le lamía la frente. A lo último se echó a su lado. Con el tiempo, todos los carboneros abandonaron su oficio.

También desaparecieron las peluquerías, sitios obligados en el barrio. La que más recuerdo es la de don Fidel. Allí los amigos nos juntábamos a conversar mientras aguardábamos el turno de la motilada. Hoy las barberías y las peluquerías han sido reemplazadas por salas de belleza unisex.

Tampoco existen más los negocios de alquiler de bicicletas y revistas. Los muchachos de entonces dejamos de jugar trompo, bolas y guerra libertada para pasarnos las horas junto a sus puertas, sentados en bancas de madera, bajo la sombra de algún árbol, leyendo a veinte centavos revistas de cómics que descolgábamos de una cuerda: lavábamos nuestros cerebros con las aventuras de Tarzán, Mandrake o Superman o con los tiroteos de las novelas de vaqueros de don Marcial Lafuente Estefanía, mientras esperábamos el turno para la siguiente bicicleta que quedara libre.

9

Mis pasos me llevan a la iglesia de San Cayetano. Sus puertas están cerradas. En el atrio hay un busto de bronce en memoria del padre Barrientos. Donde quedaba la vieja capilla que luego fue reemplazada por el templo hoy queda un edificio de apartamentos. En el primer piso hay un bar.

A una cuadra, en el mismo lote donde hace tiempos funcionaba una colchonería, se levanta una gran antena de teléfonos celulares.

La vieja heladería donde mis amigos y yo nos tomamos los primeros rones en medio de la música de Leo Dan, Palito Ortega y Enrique Guzmán, mientras veíamos pasar las muchachas, hoy es una repostería llamada Naspan.

10

Subo hacia el parque por la calle 92. Esta era la avenida más importante del barrio. Hoy hay semáforos en algunos de sus cruces y han cortado casi todos los guayacanes que la alumbraban con sus flores amarillas.

Paso por la esquina del Cuartico Azul. La gente me dice que desapareció hace treinta años. Fue reemplazado por la droguería

Falco. Pero dos locales más abajo, por la calle 94, todavía existe un bar donde se pueden escuchar tangos y jugar billar.

En la calle de abajo del parque, por la misma acera del Cuartico Azul, hay almacenes, minimercados, salas de Internet y restaurantes de comida china y criolla. También un salón donde la gente va a jugar parqués.

El paisaje de la calle lo domina ahora la estación del Metroplús que conecta a Aranjuez con Manrique, el Hospital San Vicente de Paúl, la Universidad de Antioquia, La Alpujarra, la Avenida 30 y Belén.

En el centro del parque no se ve ningún niño. Solo hay un maromero solitario que ensaya sus piruetas sobre un tendido de cuerdas amarradas a los árboles.

11

¿Cuánto han cambiado nuestros barrios? Me hago esta pregunta mientras camino por las calles de Santa Cruz en busca de una biblioteca pública. Voy a conversar un rato con los muchachos de un liceo. La gente me dice que es el mismo barrio que antes se llamaba Moscú. Los vecinos le cambiaron el nombre por petición de un párroco al que no le gustaba el de la capital de la antigua Unión Soviética en los tiempos del comunismo y la Guerra Fría.

Casi no encuentro la dirección. Donde antes había cañadas, ahora hay puentes. Donde antes había casas de tapia con solares, ahora hay casas de adobe de tres pisos. La calle estrecha que unía el parque con la iglesia de La Asunción ya es una avenida pavimentada, llena de buses, tiendas, depósitos de materiales de construcción, heladerías, mercados.

En la biblioteca, los estudiantes me esperan con sus historias. Las escribieron durante la semana en un taller de literatura. La primera que leemos es la de Beatriz Loaiza: "Cuentan los del barrio que una noche una chica se fue con sus amigas de rumba en la que terminó siendo una noche de terror porque con la persona que ella creía que estaba bailando resultó siendo un demonio ya que al mirar su pies notó algo raro, que tenían garras. Empezó a gritar, todo el mundo salió asustado y la muchacha quedó con problemas psicológicos".

Enseguida, Valeria Monsalve lee la suya: "Hace 44 años el barrio Santa Cruz era de muy pocas casas; eran grandes, con solar. Una que otra tenía teléfono. En muy pocas casas había televisor. Las tiendas eran muy pocas. Solo había una farmacia, la iglesia era muy pobre, donde es el Colegio Ciro Mendía era una manga y luego hicieron el barrio Moscú... y después de los años construyeron el colegio. Hoy en día Santa Cruz es un barrio de muchos habitantes. La iglesia está cada vez más bonita. Hay menos violencia".

Sara Vélez lee la historia de 'Güifaro' y 'La Camajana', dos jefes de combos que sembraron el terror en el barrio, y recuerda las épocas en que ella y sus amigas no podían salir a las calles a jugar: "Encontrábamos la cuadra cerrada con palos y piedras y seguro que estaban peleando".



12

Cuando cae la noche vuelvo al parque. Entonces vienen a mi mente las palabras que escribí hace treinta años en *Tuyo es mi corazón*:

Cuando subían por la enorme falda poblada esa noche de árboles silenciosos y oscuros, Carlos pensó cuántas veces había hecho eso. Desde muy niño, subir hasta el parque había sido como una ceremonia. Ester se lo alzaba en brazos, con tacones, cuando él todavía no caminaba, para llevarlo a los lunes de San Nicolás. Compraba bizcochos y agua bendita, después de que se acababa la función. Mucho tiempo después había subido solo muchas veces por los lados de la Preparatoria Simón Rodríguez. Iba hasta la casa de los primos. Los domingos, una que otra vez, lo dejaban ir un rato al parque. Él nunca había tenido un triciclo, pero no faltaba quién lo dejara montar uno o dos minutos, de tarde en tarde. Cuando no tenía esperanzas de montar, se la pasaba en los deslizaderos o en los columpios.

Con el tiempo, todo eso lo había abandonado el Municipio. Ahora las cadenas de los columpios colgaban destrozadas y se habían robado hasta las varillas. Los deslizaderos se habían oxidado y muchos empates de soldadura estaban rotos. El parque, definitivamente, era otra cosa ya.

Desde la ventana de una heladería del parque, en medio de las primeras sombras de la noche, miro el barrio. Los bombillos se cuentan por miles. Hay parches negros en las pocas mangas que todavía están deshabitadas. Las lámparas del alumbrado público bañan las calles y las fachadas de las casas con sus luces amarillas. Y allá lejos, al otro lado del río, brillan con las primeras luces de la noche los tanques de Ecopetrol, Esso y Texaco. Más allá se ven las luces familiares del barrio Castilla. Es el mismo paisaje de la infancia.

Entonces pienso: después de tantos años, el barrio sigue ahí. Igual. Distinto. Todo vuelve a nacer. Recorrer sus calles ha sido como verlo resucitar después de un diluvio. ♦



Aranjuez



LA FONDA DE CONSUELO

"Esto es una fonda de pueblo dentro de la ciudad", dice Consuelo Restrepo, la dueña del negocio. Enérgica, recia, dicharachera, nació y creció en Concordia y recién casada llegó a Medellín, al barrio Aranjuez. De ojos zarcos, voz grave y cabello corto, viste un buzo caqui y un jean ajustado con una correa de cuero peludo con manchas blancas y negras. A diferencia de su hermana Edilma, que es tímida y reservada y también atiende el negocio, ella conversa con sus clientes, los saluda y los despide porque "tiene que haber una relacionista pública para que esto funcione, y esa soy yo".

¶ Cuenta que han venido a visitarla de los canales y la prensa local, y señala dos recortes de periódico enmarcados y colgados en la pared: "La fonda, un homenaje paisa", "Doña Consuelo, la vecina que todos quieren". Que salió en un documental sobre la historia del barrio, que ya la han encuestado varios universitarios, y que hasta una cantante grabó en la fonda el video de una canción: "Y los periodistas me dicen: 'Consuelo, es que este lugar es único en Medellín, deberían declararlo patrimonio histórico'".

¶ El pequeño local, atestado hasta el techo de chécheres que evocan viejas costumbres y oficios antioqueños, es lo único que queda de una casona que, según ella, era la finca de una familia rica que vivía en el Centro. Como si estuviera fuera del tiempo, su fachada de un amarillo encendido con altos zócalos verdes descuelga entre las construcciones modernas, pues su estructura de casi cien años conserva el tejado de barro y los muros de bahareque.

¶ Desde las ocho de la mañana que abre hasta la media noche llegan constantemente viejos, adultos y jóvenes que piden tinto, aromática, gaseosa, cerveza, aguardiente o ron, y pasan el rato charlando, celebrando cumpleaños o ahogando sus penas. Como adentro no le cabían los clientes, Consuelo acomodó en la acera varias mesas con una vieja silletería de bus. Y para que la gente no tuviera que pararse o llamarla a gritos, puso timbres junto a las palmas de coco y plátano que sembró para dar sombra y el toque rural que hacía falta.

¶ Empezó hace veinte años, cuando en el barrio, que sufría la embestida del narcotráfico, asesinaron a uno de sus hijos. Ella vendía desayunos en un pequeño negocio que había al lado de la fonda, en ese entonces un granero. Por la violencia, el dueño de la casona se la vendió a otro señor, quien le ofreció a Consuelo el local de la esquina para que siguiera trabajando. En pleno duelo recibió las llaves y empezó su fonda: "Ahí fue donde me entretuve y maté un poco la pena trabajando, no olvidando a mi hijo sino para no pensar mucho". Los vecinos, que ya le tenían cariño, empezaron a regalarle radios de tubo, monturas de caballo, vasijas de peltre, planchas de carbón, sombreros de fieltro, cuadros viejos, canecas lecheras y todo tipo de cacharros, hasta que el lugar se convirtió en una suerte de museo.

¶ También la música que pone es de antaño: boleros, tangos, chucu-chucu, porros, carrileras: "Acá se escucha a Julio Jaramillo, Los Visconti, el Dueto de Antaño, Margarita Ortega, Los Hispanos..., pero no se permite la música nueva, nada de Darío Gómez ni Jhonny Rivera. Eso sonando acá, no, qué cosa tan miedosa sería. Y a mí prácticamente no me gusta nada de lo que pongo, a mí me gustan las baladas americanas, pa que vaya viendo".

¶ Tampoco le gusta el alcohol, dice que nunca ha probado un trago de cerveza, aunque al principio los clientes, que se fueron volviendo sus amigos, le decían "tomate uno, Consuelo", y ella, inamovible, les respondía "no señor, es que yo estoy trabajando". Y esa sobriedad la volvió maestra en lidiar ebrios. "La gente que viene acá puede emborracharse pero no ser grosera. Usted aquí no ve vulgaridades. Yo los tengo educaditos", dice riéndose.

¶ Cuando no está atendiendo o conversando con algún visitante, se pone a ver telenovelas en alguno de los vetustos televisores a blanco y negro, o a preparar más tinto, que nunca puede faltar. "El tinto de aquí es famoso, ¿usted sabía? Porque es hecho con panela, como el que hacían las abuelas. Desde que yo abra tiene que haber tinto porque si no entonces para qué abro", dice mientras llena más pocillos en la cafetera metálica, siempre rebosante de café oscuro y dulzón. Luego lleva el pedido hasta una mesa de afuera, donde, protegidos del sol del mediodía bajo una carpa roja, un grupo de señores conversa: "Véalos, me parece hermoso tenerlos ahí sentaditos tomándose un tinto o un aguardiente". ♦

GRAN PARTY HOT &
REGGAETON-DANCE HALL'S
ELECTRONICA



Moravia social tour

Por Carolina Calle

Después de cruzar un río, atravesar un bosque y escalar dos montañas, ese hombre que reparte saludos en cada calle pero no es un político, que tira besitos a las señoras pero no es un donjuán, que mastica un palillo de dientes pero no es un camionero, se para al frente del grupo que le sigue los pasos y con la convicción de un culebrero les dice: “Moravia es el paraíso”.

Y ahí, en la cumbre del morro, da un giro de 360 grados para que la brisa lo abrace y señala hacia cada punto cardinal mencionando los encantos de esa vecindad. Moravia queda a una cuadra del parque de diversiones, a un puente de la terminal de transporte, a una loma del hospital, a una manzana del cementerio, a una carrera de la universidad, a una diagonal del jardín, a un atajo de las estrellas, a una rampa del acuario y a un sendero del cielo.

“¿Qué más se le puede pedir a la vida?”, insiste. Lo escuchan veintidós hombres y una mujer cuyas miradas están perdidas en el paisaje del valle. Unos sacan sus bitácoras y escriben, otros alzan sus cámaras y graban la divisa. Luego quieren la foto de grupo y le piden al personaje que pose con ellos. Y así, la imagen de Orley queda incrustada en el recuerdo del turista que atravesó la frontera y coronó el *tour* en la principal altura de Moravia.

Siempre habrá una respuesta cuando Moravia es la pregunta: invasión, resistencia y transformación son las palabras claves que la acompañan. Hay tesis de grado, documentales, canciones, libros y archivos de prensa que llevan por título el nombre del barrio. Y allá llegan nativos y extranjeros, estudiantes y profesores, periodistas y cineastas, políticos y artistas.

Todos quieren con Moravia, y la ruta empieza y termina con el hombre que se sabe todas las travesías para llegar a sus personajes: Orley Argiro Mazo. Además de director técnico de fútbolito, mánager de bailarines, columnista de prensa barrial, fotógrafo de fiestas étnicas, recolector de piedras bonitas y coleccionista de frascos antiguos, ha sido guía turístico desde que Moravia se convirtió en la “capital” de la Comuna 4 y en el barrio que más moja prensa de la zona norte de Medellín.

La expedición empieza en el Centro Cultural Moravia. Los visitantes, de gorra y zapatos cómodos, llegan preparados para un largo recorrido, cruzan la quebrada La Bermejala y caminan sobre el pavimento que ocultó las huellas del Ferrocarril de Antioquia. De esos

ranchitos de madera que estaban al pie de la carrilera y que vibraban con cada tren solo quedaron fotos en sepia, un recuerdo en blanco y negro y el hábito de sacar los trapitos de colores al sol.

Ahora, en la carrera 55 prolifera el ladrillo y el temblor lo originan los decibeles de los equipos de sonido. Al principio de la cuadra se alquilan los hallazgos de los recicladores: prendas de vestir de segunda para primeras comuniones, vestidos fucsia para los quince, corbatas negras para entrevistas de trabajo o abrigos de Papá Noel quién sabe para qué.

Hacia el final de esta vía se rentan lavadoras a mil pesos la hora. Se prestan asientos para que los vecinos pongan el parqués, el dominó o las cartas sobre la mesa. El asfalto termina en dos callejones con salida y en una “montaña de mentiras”. “Este morro lo hicieron a punta de escombros”, cuenta Orley y comienza a subir por una rampa peatonal y estrecha que desemboca en El Oasis, uno de los dos sectores con más presencia afro de Moravia, que inició como asentamiento temporal para damnificados de inundaciones e incendios.

Allá todavía se vive a la usanza de la primera época –los años cincuenta– cuando Moravia era considerada una invasión. En el principio de los tiempos, cuando el barrio no era barrio y todo alrededor era plano, las primeras viviendas surgieron de la conquista del pantano. Como estaban situadas al nivel de río Medellín que tenía su cauce desperdigado, casi todo a la redonda era tierra movediza.

Antes de llamarse Moravia tuvo otros nombres: Fidel Castro, Camilo Torres y El Zancudo. Cerca estaba el Bosque de la Independencia adonde llegaban pescadores al lago que aún se conserva, y jinetes al hipódromo que hubo en donde ahora compiten orquídeas por el primer puesto en la Feria de las Flores.

A finales de los años setenta, la alcaldía de Medellín le concedió los terrenos al Parque Norte para que ampliara sus atracciones. Mientras decidía cómo hacerlo, diseñaba los planos y compraba los aparatos, le prestó el espacio a las Empresas Varias en 1977 para que acomodara los desperdicios del Área Metropolitana. Entonces las volquetas fueron autorizadas a moverse en la zona y vaciar toneladas de desechos. Dos montañas fueron ascendiendo, se hicieron curvas y carriles sobre la misma basura para que los vehículos pudieran moverse, y Moravia se convirtió en otro parque de atracciones pero

para personas con hambre. Llegaron desplazados, mendigos, desempleados, damnificados, pero no de paso sino para quedarse porque el basurero era el único lugar que les daba trabajo a largo plazo.

Como el camino iba creciendo verticalmente, se necesitó transporte especializado para sacar la materia prima. Llegaron los conductores de burros, a quienes se les llamó “burreros”. A los encargados de separar la comida del resto de desperdicios se les denominó “chuteros”. A los que hacían trampas con cabuyas para cazar gallinazos se les nombró “tramperos”. A los edificadores de ranchos que decidieron convertir sus oficinas en viviendas se les llamó “tugurianos”.

El rumor de que había oportunidades se fue regando y a la terminal de transporte llegaron inmigrantes que solo tuvieron que cruzar un puente para hacer parte del barrio. La ciudad se estiró por un lado, se ensanchó por el otro, y ese par de cerros que aparecieron de la nada comenzaron a sobresalir por su altura, por la neblina putrefacta y por el sobrevuelo de aves de rapiña.

De esta época quedó el registro del cineasta antioqueño Diego García Moreno en 1983, cuando filmó el cortometraje *Balada del mar no visto*. El protagonista es un hombre negro que camina por Medellín buscando una salida al mar con su canoa al hombro. Su sueño termina oxidado en la cúspide del basurero, en medio de un paisaje lúgubre, fétido y desolado que el director no tuvo que intervenir.

Si no fuera porque en 1984 se ordenó su clausura quizás hoy habría rascacielos de basura y escombros. El cierre de los botaderos fue la apertura tácita a quienes necesitaban dónde construir sus casas, así fuera sobre un suelo inestable y tóxico. Desde entonces, esos espacios que atraían ratas y recibían visitas de gallinazos se convirtieron en los sectores más poblados de Moravia.

Y aunque en 1993 obtuvo el reconocimiento oficial y su nombre fue incluido en el mapa de los barrios, muchos de sus habitantes todavía tocan madera cada vez que se recuestan a las paredes de sus casas. En El Oasis los techos de zinc están cuñados con piedras. Las paredes además de oídos tienen bocas, porque las dedicatorias escritas sobre las tablas cuentan historias.

La modernidad les llegó con la nomenclatura que les puso números sobre las puertas para que los mensajeros no se perdieran con la correspondencia, la cuenta de servicios y el impuesto predial. El interior de las viviendas parece una unidad de urgencias médicas con piezas separadas por cortinas corredizas. Los clósets son cajas de cartón que se ocultan debajo de la cama. En las salas nunca faltan los televisores de pantalla plana ni los bafles del tamaño de una caja de cerveza empinada.

Durante el *tour*, un par de niñas andan cogidas de gancho por la calle mientras tararean un reguetón. Un niño eleva su cometa desde un segundo piso esquivando la antena de Directv de los vecinos. Los señores tiran los dados, los billares están llenos de brindis, las máquinas de azar atragantadas de monedas y las tiendas surtidas de hielo y chicha.

La publicidad está hecha a mano y pululan letreros pegados del vidrio, del poste o del ladrillo que promocionan productos y servicios típicos: “Se cosen extensiones”, “Se compra cabello humano”, “Se hacen trenzas”, “Se vende gallina criolla y menudencia fina”, “Se hacen remiendos”, “Se buscan envases de límpido”, “Se fabrican batolas”, “Se alquila pieza para persona sola”.

Un trío de vecinas lee en voz alta los titulares de la prensa amarilla y una parejita de adolescentes se besa delante del río Medellín que mece una balsa cerca de la orilla. Los caminantes siguen pendientes del suelo para esquivar las mierdas de los perros y Orley continúa saludando y guiñando el ojo como si fuera un marinero, como si ese barrio fuera su mejor puerto.



Moravia es el único barrio de Medellín con gentilicio –moravita–, quizás porque tiene algo de pueblo y mucho de país. Moravia tiene que ver con el río y con el mar, está poblada por la nostalgia de la marea y del caudal. Es un barrio de puentes y riberas, de llegadas y partidas.

En el sector La Herradura trabajan los areneros, señores con botas como don Víctor que se meten todos los días al río a recoger arena para vender y, por qué no, a echarle el ojo a la corriente por si alguna vez los sorprende y les lleva un tesoro de aguas negras.

En el sector Moravia, desde la madrugada se exhibe pescado fresco en la carreta de don Rafael: “Tilapia, bocachico, dorado”; antes del mediodía su vitrina ya está vacía. En el restaurante El Mesón, la sucursal de la sazón pacífica, las especialidades son la trucha y el sanccho de bagre. María Pájaro le hace la competencia, ofrece las delicias de la costa Atlántica pero en su hogar, ella es la chef y la anfitriona; abre su puerta y organiza su mesa para que los turistas descubran a qué sabe realmente un menú “casero” cuando la casa es Moravia.

En El Bosque, don José Velásquez, un sastre de aguja gigante, confecciona una atarraya blanca para echar al agua. Los transeúntes y hasta los vecinos lo confunden con un costeño porque trabaja en chancas y pantaloneta, y lo que hace tiene más cara de hamaca. Cuando termina de tejer, mira de un lado a otro desde la acera para cerciorarse de que no haya tráfico, coge impulso, gira la cintura y lanza la red sobre el pavimento para comprobar su alcance y para no olvidar el movimiento que hacía antes de que el río que le daba peces comenzara a bajar cadáveres.









—¿De dónde son ustedes? —les pregunta Orley a los turistas que lo circundan sudorosos luego de subir la segunda montaña del *tour*. “De Aranjuez”, “de Castilla”, “de Belén”, “de Manrique”, “de acá mismo”, se escuchan las voces.

—¿Hace cuánto viven en Medellín? —replica Orley.

—Toda la vida —responde uno de ellos.

—Aquí en esta montaña hay una partecita tuya y de tu familia —le dice, y todos los demás fruncen el ceño preguntándose “¿cómo así?”.

—Sí, estamos parados sobre toda la basura que produjimos entre los años 77 y 84, cuando este sitio funcionó como botadero municipal —explica Orley.

Hasta la primera década del siglo XXI los gases hacían bruma, para subir había que taparse la nariz, las chispas eran parte del paisaje y los incendios, gajes del oficio. La mayoría de pobladores se fueron hace cinco años, cuando les dijeron que vivir en el morro era sinónimo de calamidad. La mayoría cambió sus ranchos por apartamentos, los senderos por escaleras, la madera por ladrillo, a Moravia por Los Álamos, La Aurora y Pajarito.

Hubo algunos que no aceptaron el canje, se quedaron y escribieron grafitis en las fachadas de sus viviendas: “Ante el desalojo ni me rindo ni me aflojo”, “El riesgo real del barrio es el apetito voraz de la administración”. Aunque saben del riesgo que corren porque la montaña sigue sudando y cada tanto el viento les vuela el techo o reaparece el fuego, le perdieron el miedo a morir quemados o a contraer la rabia, no renunciaron a la vista, ni a la planicie que tienen a la redonda, ni a su posición estratégica en la ciudad.

Hoy en día se dan el lujo de vivir entre dos estaciones del metro, Universidad y Caribe, y de ser propietarios de un epicentro artístico como el Centro Cultural Moravia que es la envidia —de la buena— de los demás barrios. Tienen la suerte de estar rodeados de ciclorruta, sin bajadas ni subidas, y la posibilidad de llegar en bicicleta al Centro de Medellín en contados minutos. Son vecinos de la Terminal del Norte, del Jardín Botánico, del Parque Explora, del Planetario, del Parque de los Deseos, del Cementerio Museo de San Pedro, del Alma Máter, de la zona médica, de Ruta N, del abc de Medellín. Todo está cerca. Por eso en Moravia la tierra escasea y el arriendo está en alza. Los demás barrios del norte consideran a los moravitas como gente “de modito” o los tildan de “pinchados”.

“Sigamos el recorrido”, les dice Orley a los caminantes y los lleva al costado occidental. Entonces alza su mano como si fuera un agente de tránsito, señala a lo lejos, por allá a las montañas de Robledo, y les dice: “La alcaldía dice que a los habitantes del morro los reubicaron pero para mí los desubicaron”.

El éxodo generó un duelo en la comunidad, entre quienes se fueron y quienes se quedaron. Como las despedidas son muertes pequeñas, en septiembre de 2010 se hizo un velorio chocoano y un grupo de mujeres le dijo adiós al morro como lugar de residencia, augurándole vida eterna en la memoria de sus antiguos habitantes y vecinos, deseándole un verde futuro, sin chispas, incendios ni gases tóxicos, amén.



Doña Leonor Padilla, devota de la Virgen del Carmen y de San Pacho, fue una de esas vocalistas que le dijo adiós a la montaña. Suele cantarle desde su balcón al río Atrato, al muelle, a la panga y a ese pueblito de dos sílabas que todavía tiene acento en su corazón. Se llama Beté y allá dejó a la familia, la escuela y el chontaduro. Pero en su piel se trajo la bandera y en su voz el hábito de celebrar hasta la muerte. Cuando era niña aprendió de su padre a llevarles serenata a los difuntos, a cantar y a bailar delante de los dolientes un repertorio para el adiós.

“Muchos oficios tradicionales en Moravia se extinguieron —continúa Orley—. Algunos de esos gremios sobreviven, como chatarreros, peinadoras, ropavejeros, recicladores, areperas...”. Los visitantes se miran entre sí y se sonríen con picardía. “Tan malpensados”, les dice Orley antes de seguir hablando sobre otro tipo de ocupaciones en Moravia.



—¿Y cuál es la ocasión esta noche? —le pregunta Wendy a su clienta fija mientras enreda una lana escarlata en un crespito y comienza a hacer la primera trenza.

—Los grados de mi nieto —responde Ana, y luego respira profundo, empuña las manos, frunce el ceño y arruga la frente.

—¡Tan bello! —replica Wendy, que continúa de aquí para allá con un mechón, de allá para acá con una greña.

—Sí, se graduó de preescolar, el año entrante comienza la primaria —agrega con orgullo.

Para los egresados del Pacífico radicados en Moravia, todo es susceptible de festejarse hasta que no se demuestre lo contrario. Wendy, en El Oasis, presiente esa fiebre de verbena con solo tocar las cabezas de sus clientas.

El domingo la rumba los busca, el baile los apretuja, el vallena-to los derrite, el reguetón los deshace, la champeta los contenta, hay efervescencia de melanina. A lo largo de la quebrada La Bermejala hay un bulevar con humedad de fiesta cada fin de semana. A la venta están la “cerveza envenenada”, los “chorizos encoñadores”, el “bolis de champaña”, la “longaniza afrodisiaca”.

En Moravia hay un Chocó Chiquito, y en El Hueco, cerca de un puente y de la quebrada que atraviesa el barrio, se encuentran todos



los paisanos de Condoto y de Istmina, de Bagadó y de Quibdó, antiguos navegantes del San Juan y del Baudó, con el mismo antojo de mapalé y de borojó, de bunde y currulao.

Cuando el alcohol los convence de que la noche es infinita, llegan la lluvia de harina y esa sensación de que ya nada importa: ni que se acabó el tiempo, ni que es lunes, ni que hay que ir a trabajar. Lo que importa es que hay vida, que cualquier día el mundo se puede acabar, que cada domingo debe haber carnaval.

“Se habla mal de mí porque yo me tomo mis tragos; no ve que pa eso trabajo, no le hago mal a nadie ni tampoco soy irresponsable”, dice Harrison Palacios. “Me la paso rumbiando toda la semana hasta las cinco de la mañana, con mis amigos y con mis panas, y rematamos el otro fin de semana”, reconocen Jeff, Dilma y Yommy. “La vida yo también me la gozo, sin amarguras yo la paso sabroso”, declara Jahír Córdoba. “De profesión soy rumberólogo; donde se encuentra la rumba, ahí estoy yo”, rematan los cinco artistas en el coro de la canción *Rumberólogo* del grupo Explosión Negra.

La propuesta musical tiene el color de la cumbia con tintes de ska; el olor de la tambora con esencia de marimba; el sabor de la chirimía revuelta con hip hop; la textura del cielo chocoano con aguacero de gaita. El sonido desata algarabía en los hombros, chapaleo de cintura, flexión de rodillas, sudor en movimiento y estiramiento de sonrisa. Los espectadores cantan, luego aplauden, gritan “qué tumbao”, “otra, otra”, “hasta abajo”. Este cuarteto ha sido embajador de Chocó, de Medellín y de Moravia –cómo no– en Canadá, Estados Unidos y México. En 2011 fue preseleccionado en los premios Grammy Latino y nominado a mejor álbum en los Premios Shock por su trabajo *Barro de Medellín*, y en 2014 tuvo el honor de compartir tarima con el septeto de matronas negras de Moravia que dieron un concierto a capela de música mortuoria en una calle ciega del barrio.

En Moravia existe también una propuesta contraria, algo sombría. Se trata del hombre de la implosión negra, del réquiem a domicilio, el especialista en exequias, de profesión “velorólogo”: donde hay velorio, ahí está Ovidio Conde. Él se denomina a sí mismo el intérprete de las ánimas del purgatorio. Su presentación tarda solo treinta minutos. Tiene el color de las flores marchitas con tintes de ceniza; el olor de la camándula con esencia de sufragio; el sabor del tinto recalentado; la textura del incienso con la piel de la tristeza.

Se alquila para hablar cuando nadie quiere hacerlo, recita discursos póstumos, dona palabras de aliento en el entierro y dirige la novena de los fieles difuntos. Cuando llega al escenario, se da la bendición y suelta sus rogativas: “Dale Señor el descanso eterno”, “ánimas del purgatorio quién las pudiera aliviar”. Los asistentes cierran los ojos, luego rezan, repiten en coro: “Dios las saque de pena y las lleve a descansar”, “brille para ella la luz perpetua”.

Ovidio se entera de un sepelio cuando recibe la llamada de un amigo, conocido o desconocido: “Aquí lo esperamos en la novenita, usted sabe que con nosotros le va bien”, le dicen aludiendo a la propina que suelen darle al final del acto. También recibe notificaciones directas del más allá. A las honras fúnebres de la madre de Orley, por ejemplo, llegó porque las ánimas le avisaron, entró a la sala y, sin presentarse ni conocer a nadie, empezó a orar.

Él hace parte de la lista de personajes ilustres de Moravia que Orley menciona antes de terminar la visita guiada. Marina Aguilar y Antonio Guzmán, quienes en tiempos de tugurios protegieron con desvelo la cancha de fútbol para que no fuera invadida y el barrio no perdiera un espacio para el encuentro, están en la lista. Gracias a ese terreno de juego, los dos sectores de Moravia que estuvieron en guerra hicieron las paces en medio de un cotejo.

También está Vicente Mejía, el padre que llegó con hostia y sotana a dar misa en medio de gallinazos y basura. Aceneth Restrepo, la partera que en épocas de desalojo forzado y gases lacrimógenos atendía partos de emergencia: en andenes, escaleras, patios, barrancos, donde las contracciones no dieran más espera. ‘Mamachila’, la primera madre comunitaria, que en temporadas de desempleo les cuidaba los hijos a las vecinas para que pudieran salir a buscar trabajo.

Gloria, la conciliadora de otrora, cuando los problemas del barrio eran por las fronteras de los ranchos, los maridos coquetos y las filas en la tienda. Feliciano Córdoba, el negro al que se le prendió el bombillo y gestionó el primer transformador de energía que le dio luz a El Oasis. Leider Mosquera, fundador de los “Reyes del perreo”, el grupo de estudio que se tomó al reguetón en serio.

Shakira, el barbero afro que hace maravillas cuando mueve la navaja sobre el churrusco en la mejilla. José Taborda, el fabricante de límpido que descubrió la fórmula secreta para sacar las manchas de plátano y mamoncillo. Heroína Córdoba, fundadora del morro y cantautora que le hizo crítica al sistema a punta de villancicos.

Ana Mosquera, emigrante del occidente colombiano, portadora del virus de la alegría y conquistadora de Chocó Chiquito, el legendario sector del vacilón y de la bella negramenta. Petrona Moreno, la morena que en compañía de diecinueve mujeres le cambió la pinta a la principal altura de Moravia: pasó de ser morro de basura a campo de concentración de catleas, bromelias y bifloras.

Ubalдина Bedoya, la especialista en bolis, el postre típico preferido por los niños que distribuye a través de su ventana. Doña Ricardina Mosquera, la que todos los días al atardecer sale a la esquina a ofrecer el mecato favorito para brillar colmillos: “paticas de gallina” y “pescuezos de gallito” apanados.

Así se va yendo Orley entre palabras e historias durante el descenso del morro. En el camino de regreso tres niñas saltan lazo, una señora baila salsa en la acera, un joven viste al maniquí negro con cara de caballo en las afueras de un almacén de ropa, un par de zapatos se balancean colgados de los cables de la luz, una chancla a la deriva se atasca en una alcantarilla.

Orley sigue repartiendo saludos, tirando besitos a las doñas, masticando el mismo palillo de dientes y desbaratando la imagen que la mayoría tenía de Moravia cuando creían que era frontera, callejón y laberinto. “Vuelvan por acá, no me olviden”, les dice mientras se despide y todos se lo llevan sin darse cuenta. Él todavía no se menciona a sí mismo como personaje célebre en su recorrido. No lo sabe, pero es el hombre puente, el *souvenir* que todos se llevan, el que nadie olvida después de salir de Moravia. ♦

Basurero Municipal en Moravia, s.f.
El basurero de Moravia inició en 1977 como relleno sanitario de las Empresas Varias de Medellín, pero con el incremento de basuras en la ciudad, los desechos se empezaron a arrojar en la zona del Puente del Mico y los terrenos aledaños a Moravia.



El barrio Moravia, construido sobre el basurero municipal, inició su proceso de descontaminación en el 2008. El morro de basuras transformó su paisaje y ahora crecen sobre él algunas plantas ornamentales y se trazó un sendero ecológico para sus visitantes.





Merengues con preservativos

Por Simón Posada Tamayo

Uno de los recuerdos más antiguos que tengo es de cuando tenía tres o cuatro años. Estaba acostado en una cama y mi mamá y mi abuela me ponían un remedio en la uña del dedo pequeño del pie derecho. Mi abuela me había pisado con su tacón y me había quebrado la uña por la mitad. Y tengo otro recuerdo de esos días que no sé si ocurrió antes o después del de la uña. Yo estaba sentado en un triciclo al borde de unas escaleras, y mi abuela me decía que no me fuera a lanzar. Y creo que me lancé. Pero no lo recuerdo con seguridad. Y mi abuela tampoco.

Hay algo que sí tengo claro de los dos recuerdos más remotos que hay en mi cabeza: ambos ocurrieron en una casa de la calle Barranquilla, en Medellín. Y esa casa tenía un pasillo largo donde jugaba con mi primo Andrés a estrellarnos en moto, y las motos eran cojines de los muebles de la sala de mi abuela. En ocasiones los cojines se abrían por los golpes y la espuma se regaba por el piso como las tripas de una fruta al caer de un árbol. En esas ocasiones, siempre, mi abuelo Próspero nos decía: “Dejen de joder. Más bien tengan esta plata y vayan a comerse una puta de 200 pesos a Lovaina”.

A mis tres, cuatro, cinco años, esa frase me producía mucha felicidad. Con esos 200 pesos íbamos a la tienda de la esquina y nos comprábamos una Sprite helada con papitas de limón, o un Bon Bon Bum para untarlo de Quipitos. A esa edad yo no sabía qué era una puta. Pero sí sabía qué era Lovaina: un lugar prohibido, al que nunca debía ir, que olía a jabón y quedaba al pasar la calle Barranquilla. Desde el balcón de la casa de mi abuela podía oler y ver el jabón y el agua que los lavadores de carros echaban todo el día. Y yo los miraba con envidia, porque ser lavador de carros me parecía el mejor trabajo que alguien podía tener. ¿O quién no ha querido jugar con agua durante todo el día en su niñez?

En una ocasión, con los 200 pesos que mi abuelo me dio para irme de putas, compré un paquete de merengues. Me gustaban tanto que miré los ingredientes para intentar hacerlos yo mismo, y había uno que no conocía: preservativos. Le pregunté a mi abuelo qué eran los preservativos y me llevó a su cuarto, abrió el cajón de las medias y sacó una tira de condones de colores.

—Mire mijo, cuando usted vaya a comerse una puta de Lovaina, tiene que ponerse esto en el pipicito para que no le den enfermedades de esas que llaman de transmisión sexual —me dijo.

Desde entonces, cuando veo un merengue me acuerdo de mi abuelo y de Lovaina, e imagino que lo prepararon batiendo claras de huevo con azúcar y unos cuantos condones.

Así, todos los caminos llevaban a Lovaina, un lugar que yo no entendía y no lograba ubicar. Unas veces hablaban de Lovaina como una calle, otras como un barrio.

—Próspero, ¿dónde queda Lovaina? —le preguntaba a mi abuelo.

—Es esa que está allá —me dijo una vez que estábamos en la esquina de la calle Barranquilla con la carrera Balboa, es decir, la 67 con la 50A.

La calle que me señaló no era Lovaina sino un tramo de la carrera 50A donde se vuelve lúgubre, gris, porque en ella se alza el muro oriental del Cementerio de San Pedro. Y siempre que subía por la calle Barranquilla para visitar a mi abuela, miraba al fondo de las calles con curiosidad para ver a Lovaina, aunque no fuera la Lovaina de verdad.

Fue en esa esquina donde me sentí atraído por primera vez por una mujer. Tenía cinco o seis años, y no fue por una mujer en el sentido estricto de la palabra, sino por las decenas de travestis que desfilaban semidesnudos, mostrándoles una que otra teta a los hombres que pasaban conduciendo a toda velocidad. Más tarde, cuando tenía ocho o nueve años, mi mamá me explicó qué era un travesti.



La primera vez que fui a Lovaina debió ser en enero o febrero de 1991. Lo sé porque por esos días todo Medellín visitaba el Cementerio de San Pedro para conocer quizá la tumba más excéntrica que haya tenido la ciudad: la de la familia Muñoz Mosquera, donde está enterrado ‘Tyson’, hermano de ‘La Quica’ —ahora preso en una cárcel en Estados Unidos—, dos de los sicarios más fieros de Pablo Escobar. La tumba tenía una particularidad: contaba con un equipo de sonido que, cuando la visité, tocaba música de Los Panchos.

—Camine mijo vamos a ver el mausoleo de los Muñoz Mosquera —me dijo mi abuelo.

En el camino me habló de cada una de las calles por las que pasábamos. Atravesé Barranquilla por primera vez, luego Lima, Italia, Venecia y, por fin, Lovaina, que es la calle 71. Más allá estaba la 72, de la que ninguno de mis tíos ha sabido nunca el nombre, y después Turín y Revienta.



La calle Lovaina era atravesada por las carreras Bolívar, Neiva, Popayán, Santa Marta, Balboa, Palacé y Venezuela, todo un amasijo de geografías que había nacido como extensión del barrio Pérez Triana. Y yo, que en ese entonces ya tenía siete años y más o menos sabía dónde quedaban algunas ciudades del mundo, no entendía cómo en tan pocas calles se podía pasar de la blanca Popayán a la calurosa Santa Marta, y de la nublada Lima a la ciudad de un país que un año antes, en 1990, había celebrado el primer mundial de fútbol del que tuve plena consciencia.

Lovaina era para mí, entonces, un lugar perdido, esquizoide, a la vez calle y carrera, calle y barrio, olor a jabón y a indigentes, de drogadictos y ladrones, putas y difuntos, amor y muerte. ¿Por qué las prostitutas se fueron a trabajar y a vivir al lado del cementerio más tradicional de Medellín? Porque los vivos nunca han querido vivir al lado de los muertos, y las mujeres que ejercían la prostitución en esa época estaban muertas en vida: habían quedado embarazadas o perdido la virginidad antes del matrimonio y por eso no podían casarse y hacer familia, que era toda la vida a la que tenía derecho una mujer por esos días.

Las leyes urbanísticas de principios de siglo en Medellín no permitían que los prostíbulos estuvieran a menos de 160 metros de distancia de escuelas, hospitales e iglesias. Más o menos a partir de 1925 —hay registro de cuatro burdeles en Lovaina en 1927— comenzaron a llegar a Lovaina mujeres embarazadas o solteras sin virginidad, provenientes de muchos pueblos de Antioquia e incluso de Cali y otras ciudades del país. Y viudas como María Duque Villegas, que llegó de Yarumal con sus dos hijas a la casa de Lola, 'La Polla', uno de los burdeles más famosos en los años cuarenta. Fue allí donde le quitó la virginidad a Fernando Botero, quien a manera de homenaje pintó la obra *La casa de María Duque*. El apodo del burdel, 'Alma Meter', se hizo memorable, pues varios universitarios de la época dan fe de que allí perdieron la virginidad, y gratis. Hasta expresidentes hay en la lista.

En su crónica *La nostalgia de Lovaina*, el periodista Reinaldo Spitaletta cuenta que Belisario Betancur visitaba la casa de Esperanza Restrepo y participó en algunas peleas a puño limpio; que el escritor Manuel Mejía Vallejo quedó en calzoncillos por apostar su ropa jugando a la botella; que el periodista Enrique Santos Montejó, conocido como 'Calibán', visitó la casa de Ligia Sierra y le dedicó una de sus columnas de prensa; y que en la casa de Marta Pintuco, quizá la puta más famosa de Medellín, se crearon las bases del Frente Nacional en una reunión política. Por cuenta de ese desfile de intelectuales y políticos, se dice que la calle recibió su nombre de la Universidad de Lovaina, una de las más antiguas del mundo.

Leyendo archivos históricos y crónicas sobre Lovaina, encontré un nombre que me es familiar: Aura Cardozo, conocida como 'La Pipí'. Recuerdo que los domingos iba de visita a la casa de mi abuela, con blusas de flores, faldas de seda que le llegaban a las pantorrillas y sombra púrpura en los ojos. Fumaba con una elegancia de película, usando sus dedos como pinzas, como si los cigarrillos fueran palitos untados de mierda.

—Le pagó la universidad en España a un muchacho del que se enamoró —me contó mi abuela, pero no supo después qué pasó con ella.

La última vez que la vio, habitaba una casa enfrente de Policlínica y vivía de arrendar habitaciones a ladroncitos de tercera. En una ocasión, peleé con mi papá porque no me quería dar cuatro mil pesos para comprar un libro de Indiana Jones, y ella, minutos después, sin que nadie se diera cuenta, me puso en la mano un billete enrollado de cinco mil pesos.



Recorremos Lovaina y las vías aledañas en el carro de mi tío Diego. El sector está repleto de talleres y las calles son una sola mancha de aceite. En una acera veo a dos jóvenes de no más de dieciséis años. Uno está sentado en una silla Rimax y el otro está apoyado contra la pared con la camiseta por encima de su gran panza. En un parpadeo, veo cómo se estira hasta un contador de luz, saca un paquete, se acerca a un carro, entrega algo, vuelve a la pared y cuenta el dinero. A principios de 2014, los combos se disputaban siete plazas de vicio en el sector. El 22 de agosto de ese año, la policía incautó cincuenta mil dosis de marihuana, veinte mil de bazuco y 29'365.000 pesos en efectivo.

Pasamos por Revienta, una callejuela ubicada tres calles al norte de Lovaina. Mi abuela ha vivido en más de cincuenta casas, y una de ellas estaba aquí en Revienta. Nos detenemos frente a esa casa de fachada amarilla donde mi mamá vivió cuando tenía seis años. Entre las tapias mi mamá y mi tío William atrapaban alacranes, los ponían en el centro de una hoja de papel periódico y prendían los bordes. Cuando las llamas casi llegaban al centro, los alacranes se suicidaban con su propio agujón.

—En la casa de enfrente —recuerda mi mamá— vivía un señor que era joyero y tenía montones de escorpiones clavados en la tapia con alfileres.

Ahora vamos por Turín, una calle al norte de Lovaina. Allí, en una casa de fachada verde, todavía está la ventana por la que mi mamá y mis tíos vieron, empinándose, la llegada del hombre a la Luna.

—En esa casa vivía un niño al que le decíamos 'Garrincha'. Sus padres tenían mucha plata. A veces me dejaban entrar a ver televisión, y el maldito de Garrincha se sentaba al lado mío a intentar quitarme un lunar con la uña —dice mi mamá.



Mi abuela cuenta que hace cerca de cuarenta años las casas de Lovaina tenían bombillos rojos, azules y amarillos para que los clientes reconocieran los prostíbulos. Lejos de la calle solo había potreros donde ella salía a tender la ropa y mi mamá cazaba mariquitas y escarabajos dorados. Eran buenos tiempos.

Las prostitutas bañaban a los hombres con agua, alcohol y permanganato de potasio antes del sexo, y con discreción dejaban la cuenta bajo la almohada. “Implicaba una total falta de respeto exigirle a la mujer extravagancias en la cama. Nada podía hacerse por fuera de los conductos regulares”, escribió Spitaletta.

Algo similar me dice Carlos, un amigo de la familia. Después de cumplir una condena por narcotráfico en Estados Unidos, regresó a Colombia sin un peso en el bolsillo. Una mañana de domingo de 2013, se encontró con mi abuela en un concierto de música clásica en el Teatro Metropolitano. Ella le lleva más de veinte años. “Era un bebé cuando lo conocí”, dice. Carlos llegó tan pobre de Estados Unidos que vive en un hogar de paso de la alcaldía. Cuando le contó su historia a mi abuela, ella le dijo que pasara todos los viernes por la casa. Siempre le da un plato de sopa o de frijoles, cinco o diez mil pesos.

Me siento a almorzar con Carlos. Lleva un bolso negro con un libro, un cepillo de dientes, la billetera, un pastillero, un lápiz, un borrador y un lapicero, todo empacado en perfecto orden en bolsas Ziploc. Me cuenta que la policía siempre ha sido corrupta, pero que no recuerda el nombre del policía torcido de esa época en Lovaina. También dice que veía a Pablo Escobar caminando por el barrio.

—Ese tipo fue el que se tiró Lovaina, porque ese sector era elegante y todo se hacía con discreción. Él empezó robándose las lápidas del Cementerio de San Pedro, después se metió al contrabando, luego se puso a vender marihuana y ahí fue como aprendió y se metió a la coca. Ese tipo era un gamín —dice.

Además, me cuenta la historia de Emilio Pompis, un ladrón que conoció en Lovaina y que se encontró años después en Nueva York.

—Íbamos en el metro, por Brooklyn, y yo veía cómo le metía la mano en el abrigo a un hombre, sacaba la billetera, sacaba la plata y volvía a meter la billetera en el bolsillo. Las cosas en esa época se hacían muy bien, no como estos matones de ahora que hablan “uuuuuuuuuuu entonces qué uuuuuu” —dice, y pone la boca como un chimpancé.

Son otros tiempos. Lo mismo dice Ómar, un peluquero que lleva 35 años trabajando entre Lovaina y Barranquilla. En esa época trabajaba en la peluquería Evelyn, a la que le tiraban piedras, mangos y mamoncillos porque trabajaban homosexuales. Aprendió a peluquear en cabezotes de pelo postizo, y recuerda que los viernes y sábados después de las 2:00 p.m. el salón era solo para las prostitutas de Lovaina. La moda de la época eran los colores rubios y rojos, las moñas, las trenzas, las cebollinas y los crespos. Y fue hace 35 años que llegó el primer secador de pie al Salón Mariela, una institución de la peluquería en Medellín, donde Ómar y miles de peluqueros iban a estudiar los últimos gritos en cortes y peinados. Con el secador de pelo murieron los peinados recogidos y las cebollinas, y llegó la influencia del *glam rock*, con David Bowie y Alice Cooper como modelos aventajados.



Así, las casas de prostitutas dejaron de ser lugares de encuentro de los intelectuales para convertirse en barras de show de *striptease* con mujeres de pelos cepillados y *mullets*. La era de la “teta volada”, como le dice el historiador Carlos Andrés Orozco. Ya Marta Pintuco y María Duque estaban en decadencia. Habían llegado los primeros gramos de coca y bazuco, y el reinado de los travestis y de lugares como La Cueva del Oso, un sitio con paredes pintadas de negro que en el balcón tenía un oso gigante de peluche donde los jibaros escondían la marihuana.

—Nunca he trabajado con travestis porque ellos mismos se arreglan —recuerda Ómar sentado en su silla de peluquería—. Después de las prostitutas, llegaron todos los pillos y matones. A esos les gustaba el siete.

Hoy cobra cinco mil pesos por corte, pero ya trabaja muy poco. Se queja de que hay peluquerías que cobran dos mil, de que el oficio va para abajo y la gente prefiere arriesgarse a que le corten las orejas en las academias por un corte gratis a dejarse tratar por un profesional.

Los tiempos han cambiado. Mi abuelo murió. Mi abuela ha cambiado, mi mamá ha cambiado, mis tíos han cambiado y yo empiezo a perder el pelo en la coronilla. Lovaina también ha cambiado. ♦







Rosana Jaramillo "La Cacao", en habitación de un lupanar, c. a. 1950.

La vida rondando la muerte

Por Carlos Andrés Orozco

Los años dorados de Lovaina

Los burdeles de la calle Lovaina emergieron como una extensión de las casas de citas activas durante la década de 1920 en El Trocadero y El Edén sobre la carrera Carabobo, y en los sectores de El Chagualo y El Fundungo situados en la carrera Bolívar, al sur y al norte del Cementerio de San Pedro. Podríamos aventurar varias razones para explicar el traslado de prostitutas, veteranas y pupilas a la calle Lovaina. En dicho sector abundaban los expendios de licor en cantinas y tiendas mixtas. La calle amplia y plana era atravesada por la quebrada La Honda en uno de los costados, pero desde 1935 habían sido superados los estragos de alcantarillado. Las casas eran baratas y existían muchos lotes vacíos para construir. Algunas mujeres con liquidez económica se fueron trasladando a la mencionada calle, trayendo consigo una perfecta contribución a los vecinos desarraigados. Así, el complemento más acertado entre la prostitución y la calle Lovaina se enmarcó en intercambio de servicios entre los burdeles y las familias pobres de la cuadra. Las putas subsanaron necesidades básicas, poniendo en circulación sus ganancias entre albañiles, mandaderos, tenderos, aseadoras, cocineras y todo aquel que les prestara algún servicio.

(...) Desde 1926 ya se registraba cierto ambiente libertino en el sector, propiciado por el Café Regina, situado en la esquina de Bolívar con Lovaina. A una cuadra, en la calle de El Fundungo, las autoridades sabían de tres burdeles, en los que a mediados de 1927 trabajaban nueve prostitutas.

Aparición de casas “de vida alegre” en la calle Lovaina

En la calle Lovaina comenzaron a darse los primeros indicios de “vida alegre” a mediados de los años treinta. El Código de Policía no aplicó sanciones drásticas a los burdeles del sector, algunos de los cuales funcionaron durante años cerca a la capilla del Cementerio de San Pedro y dos fábricas; una de ellas era la fábrica de fósforos El Sol, situada en el cruce con la carrera Bolívar desde 1923; la otra era una sucursal de Tejidos Unión y estaba situada una cuadra al norte del cruce de Lovaina con Palacé.

Muy cerca de esta última fábrica, pero sobre la calle Lovaina, (...) Ana Molina rondó por casas de citas situadas en los alrededores de El Llano y el Bosque de la Independencia, burdeles que fueron inspeccionados a finales de los años veinte, y para su fortuna terminó de colegiala del prestigioso American Bar –una casa campestre ubicada en lo que hoy es la Universidad Nacional–, por allá en los albores de 1930. Tal parece que las buenas ganancias que obtuvo en ese lugar, como amante de industriales y comerciantes, le permitieron enviar a su familia en Amagá no solo cartas; desde entonces comenzaron los aportes económicos y los obsequios, cosa que, según María Molina –la hermana–, los extrañó mucho. No obstante, sabían que Ana era buena hija y buena hermana, cualidades que no cambiaron en la época que comenzó su ascenso económico. Mientras tanto, Ana Molina comenzaba su éxito como dueña de burdel en la calle Lovaina, entre el callejón de Pasto y la carrera Palacé.

A finales de los años treinta también llegaron otras meretrices a la calle Lovaina, entre ellas Paulina Restrepo; de quien las autoridades tenían noticia desde 1928, cuando trabajó en un burdel por los lados de El Edén, junto con otras siete mujeres. También apareció Carlota García, quien venía de administrar un burdel con cantina en el cruce de la calle Barranquilla con Bolívar a principios de los años treinta, y llegó a manejar una casa de citas en Lovaina, enseguida de la fosforería. Por ese estilo, muchas otras mujeres fueron llenando de bombillos rojos la calle Lovaina hasta el cruce con la carrera Venezuela. Desde allí tomaron dirección al sur por esa misma carrera y por Palacé, hasta conectar con “la vida alegre” de la calle Lima.

Según Octavio Vásquez, las dueñas de casas de diversión no eran incultas o escandalosas, por el contrario se caracterizaban por su amabilidad y prudencia en el tratamiento a su clientela. En este sentido, el periodista destaca la popularidad alcanzada por ‘La Mona Plato’, ‘Pola Vanegas’, ‘La Polla’, Matilde, ‘La Rumbo’, ‘La Billú’, ‘La Pipiola’, Ana Molina y ‘La Pintuco’, entre otras cortesanas de esa primera época del esplendor de Lovaina.



Mujeres de la vida alegre en bicicleta por el cruce de Palacé con Lovaina, c.a. 1950.

En plena época de reactivación industrial antioqueña, Lovaina comenzó a figurar con las mejores casas de putas, definidas en el libro de Humberto Tamayo como “burdeles para empresarios”, es decir, “verdaderas casas de cita previa, para ricos, políticos y hombres de negocios”. Algunas casas agrupaban “cinco, diez y hasta cincuenta mujeres de belleza extraordinaria, traídas desde Cali, Pereira y pueblos de Antioquia; las mujeres venían y a los pocos días se perdían como por arte de magia”. El público detectaba las casas más lujosas por la fila de seis u ocho carros, pues había pocos en la ciudad y pertenecían a funcionarios de alto rango. Muchos de estos personajes se habían iniciado con damiselas hacia 1920, y prolongaron la costumbre de visitar las casas de citas en los años treinta. Tal vez por ello ablandaron la presión y el ordenamiento necesario contra la proliferación de putas en la ciudad.

Los burdeles de la calle Lovaina en un principio atendieron con la puerta cerrada, y las “colegialas” no salían a despedir a sus amigos en levantadora o mal cubiertas. Por el contrario, se caracterizaron por ser muy reservadas en su servicio. Sin embargo, el número de visitantes no permitía una discreción efectiva, y por eso, recuerdos como las filas de autos en la calle y los hombres que salían y entraban constantemente de algunas casas fueron situaciones que en la mente de muchos niños y jóvenes de los años treinta perpetuaron el esplendor de la prostitución en Lovaina.

“La Gitana” y otras damiselas de la casa de Paulina Restrepo, c. a. 1950.

“Putas aristocráticas” y burdeles con reserva de admisión a principios de 1940

Lovaina adquirió cierta resonancia en la ciudad durante la segunda mitad del decenio de 1930. Incluso hubo mujeres de barrios populares y de otras zonas de prostitución que estuvieron atentas a los comentarios sobre casas de lenocinio lujosas vecinas al Cementerio de San Pedro, administradas por meretrices dadasos. En 1941 Blanca Beltrán Balbín, de solo diecisiete años de edad, se trasladó a la calle Lovaina impulsada por las recomendaciones de otras prostitutas de la Estación Villa. Esta hermosa muchacha había estudiado hasta quinto elemental cuando ingresó a la casa de citas de Carlota García, situada entre las carreras Bolívar y Pasto; allí recibió el calificativo de “colegiala”, como las demás integrantes del burdel menores de veintitrés años. Blanca recuerda esta época como el inicio de “una vida muy linda, muy hermosa”, y orgullosa afirma que Lovaina “era un barrio de mujeres de la piti-jai”. Blanca se posicionó como una mujercita muy cotizada, con amigos de alto reconocimiento público como don Pablo Tobón Uribe, recordado en las historias de Medellín como un “solterón que hacía bellos obsequios a las damas que le simpatizaban”.



En 1944 llegó Rosana Jaramillo proveniente de Yarumal, donde dejó a su hija de algunos meses de nacida. Entre sus breves testimonios Rosana afirmó que al pisar la calle Lovaina por primera vez quedó sorprendida con la cantidad de foquitos rojos y casas con orquestas que se extendían desde la carrera Bolívar en dirección oriental hasta la carrera Venezuela. Lovaina comenzaba a figurar como una zona “caliente”, según sus palabras, por la cantidad de mujeres y visitantes de los bares, cafés y casas de citas. La incauta Rosana buscó por recomendación la casa de Teresa, situada muy cerca de la fosforería, arriba de Lovaina con Bolívar. Al tocar la puerta, Rosana recuerda que le abrió la misma Teresa, una vieja gorda que la trató muy bien, casi sin ocultar la fascinación por su apariencia demasiado joven. Instalada en un cuarto, solo tuvo que esperar una semana para recaudar el dinero y regresar a Yarumal por su hija Fany. La joven madre comenzó una vida de “colegiala” en la calle Lovaina. A los ocho días ya había cogido el ritmo y vislumbró un futuro mejor para su hija ahorrando el producto de sus trasnochadas. El éxito que podían alcanzar estas mujeres en unos cuantos días era tal que modificaban convicciones morales y percepción del futuro, pasando a un plano sumamente materialista y de interés por el lujo.

A partir de 1946, con el Decreto Policial 296, las meretrices de Lovaina restringieron el servicio de sus casas. Muchas se decidieron por la reserva de admisión y sistemas de concertación de citas, incluso prefirieron no admitir hombres pobres sino aquellos que venía en sus carros, los cuales podían pagar el trago a precios más elevados que los establecidos oficialmente. William Gómez retiene en su memoria escenas vistas con sus amigos de esquina por aquellos años: “Iban profesionales a buscar las muchachas, eran personas decentes, educadas, con dinero y familia, pero llegaban a Lovaina y su vida cambiaba por completo”. Así parece haber sucedido con algunos visitantes reputados, quienes pasaron de ser unos señores a ser unos vagos desechables, que pronto frecuentaron la esquina para enrolarse con los ‘patos’ del barrio. Blanca Nora Jaramillo, con apenas once años de edad en 1946, veía a través de su ventana personas elegantes ‘de cachaco y de plata’, que entraban a ‘esas casas, iluminadas a media luz con brillos verdes y rojos; las administradoras cerraban la puerta y los tipos salían por la mañana, pero nada de escándalos’. El mayor escándalo lo protagonizaban hampones y montañeros al interior de las cantinas; estos últimos amarraban sus bestias y se sentaban a beber. En general, los chicos del barrio veían gente de mucha moneda visitando a las mujeres: los Posada dueños de Postobón, también los Moras, los Bedouts, y los Echavarría propietarios de Coltejer. Era fácil reconocer miembros de la asamblea, del Concejo, de la Alcaldía, de la Gobernación, y comandantes de policía y ejército en trajes de civil; mejor dicho, “el caché de Medellín venía a esta zona, y se tiraban para las carreras Palacé y Venezuela”.



Burdel en la Curva del Bosque, c.a. 1968.

En esta época las dueñas de algunos burdeles implementaron los famosos shows de “bikinis y teta volada” para atraer a los clientes.

En el Medellín de la segunda mitad del decenio de 1940 reaparecieron las campañas contra todo tipo de escándalos: palabras vulgares, obscenidades en horas nocturnas, riñas en cantinas, peleas callejeras, vagancia, robo, ruido, chisme, pornografía. También se expidió especial vigilancia a la moda, la música de arrabal, el cine y las novelas radiales, entre otros agentes que amenazaban la moral pública. En 1947 un grupo de damas de los barrios nororientales de Medellín decidió recolectar fondos para fundar un club social con biblioteca, salón de música clásica y otras diversiones sanas para sustraer, según ellas, “a nuestros hombres de la clase media acostumbrados a divertirse deshonestamente en las cantinas y en los garitos peligrosos”. ♦





abecebarrio

Por Fernando Mora Meléndez

Los barrios son el territorio por excelencia de las historias imaginadas, las leyendas de esquina y las mentiras de cafetería. La maledicencia de los vecinos, las versiones de oídas, las “hazañas” entrevistas por la ventana, la imaginación de las señoras y los alardes de los jóvenes pueden lograr que lo cotidiano adquiera aires de película. Pero los barrios no solo tienen vidrio de aumento para su cotidianidad. También puede pasar que su violencia y sus historias cruentas se conviertan en murmullos, en comentarios baratos en las terminales de buses, en secretos de una cofradía de víctimas. De modo que en nuestros barrios las historias sencillas pueden ser épicas y las memorias feroces, una sencilla caricatura. Aquí va un abecedario a manera de lección elemental e imaginada de lo que pasa en nuestros vecindarios.

Ahorro

Desde el balcón miraba la lluvia que empezaba a repicar, sin saber lo que iba a darles a mis hijos al otro día. ¿Cómo iba a mandarlos vacíos para el colegio? Tuve deseos de gritar las palabras más sucias, las mismas que me salen cuando me paso de aguardientes, pero lo que salió fue un susurro: “¡Virgen del Carmen, favorecenos!”. Lo grité en silencio. Y tal vez estaba cayendo ya un lapo de agua porque me dormí en oír que tocaban la puerta. Me asomé por el ojo de vidrio y vi el rostro de una vecina rechoncha que cargaba la estatua pequeña de la Virgen. Siempre he rogado a la madre de Dios que no se me aparezca porque qué miedo un infarto... La vecina estaba toda empapada a pesar de la sombrilla.

—¿Quiere que le deje a la Virgen esta noche? —me dijo—. Usted reza el rosario, le echa alguna moneda y mañana se la entrega a la vecina del frente. Es una cadena de oración que estamos haciendo.

—Sí, claro —le contesté.

La vecina no quiso pasar. Cuando subí las escaleras de dos en dos, escuché el retintín de las monedas que había en el pedestal de la imagen. La llevé al cuarto, busqué unas pinzas de uñas y me puse a pescar por la ranura. Saqué también algunos billetes, poquitos. La Virgen apenas me miraba. Me sentí culpable, sucia, por robarle de ese modo a la madre de Dios. Cuando escampó fui a la tienda, traje panela, arepas y quesito.

Unos dos meses más tarde, en confesión, casi no le cuento al padre la blasfemia. Me sorprendí con su reacción:

—¿Cómo así doña Margot? Eso no fue pecado sino milagro: ¡Usted le pidió a María para sus hijos, y ella se lo dio!



Barbacoas

Desde que se pasó a vivir sola a este sótano, para hacer sus esculturas, muchas veces se ha entretenido mirando los pies que pasan por los ventanucos que traen la luz de esa calle. La imagen le recuerda una película que vio hace años en el Teatro Libia. Son los pasos, a veces cojitranco, de ancianos bebedores de alcohol Alhelí; son los tacones de las putas que regresan a dormir en las pensiones, o los de algún travesti ultrajado que aprieta su cartera con un Pielroja hecho trizas: nada para quemar el tiempo.

Y aparte de unas cuantas partidas, precipitadas por algún cuchillo o una bala perdida, también recuerda esa mañana de domingo en la que cerraron la calle; nadie podía entrar ni salir. No era por allanamiento o por las requisas de rutina. Era el papa Wojtyla que venía a dar misa en la catedral.



Calasanz

Después de que le dijeran que estaba en embarazo, Nora se fue con su madre y su hermano a una casa vieja, cerca del colegio donde había estudiado el futbolista Andrés Escobar. La casa era grande, con patio, clósets con olor a otros tiempos y una cocina donde las comidas se extendían hasta medianoche en largas conversaciones. Luego Carlos, el hermano, empezó a quejarse de que le daban unos golpes duros en la puerta. Pensaba que era su padre, que llegaba de largas correrías como agente viajero en la Costa. Pero, después del sobresalto, cuando abría la puerta, se daba cuenta de que allí no había nadie. Los golpes siguieron perturbándolo durante varias semanas. Nora le dijo que se la estaba fumando verde, que si quería cambiaban de cuarto. Se quedó profunda en la nueva cama, pero los golpes también la despertaron.

—Qué horror —me dijo—, yo que no creía en estos mitos urbanos. Tuvimos que traer al exorcista y pegar una medalla de San Benito detrás de la puerta. Pero antes de saber si la rogativa funcionaba, preferí decirle a mi mamá que nos devolviéramos para el apartamento chiquito, que esa mala energía le iba a hacer daño a la bebida. También le dije que uno ya no sabe vivir en casas viejas. O que tal vez ellas se enteran de que no las merecemos, y por eso nos acosan con sus ruidos.



Domingo

Hace rato que las ciudades de hierro dejaron de venir a la ciudad. Eran tan frecuentes como los circos. Instalaban enormes ruedas de Chicago, pistas de carros chocones, licuadoras para emborrachar a los niños. Olían a crispetas y a algodón de azúcar. Sonaban disparos de los rifles de aire que apuntaban a las liebres de madera.

Hoy, domingo, un Nissan viejo trae remolcado un carrusel hasta el parque del barrio. Un hombre forzudo, de overol verde y dulceabrigo, pone a girar el redondel con los caballos. Vuelta tras vuelta, a puro músculo, el hombre va imprimiéndole más ritmo a eso que en España llaman tiovivo.

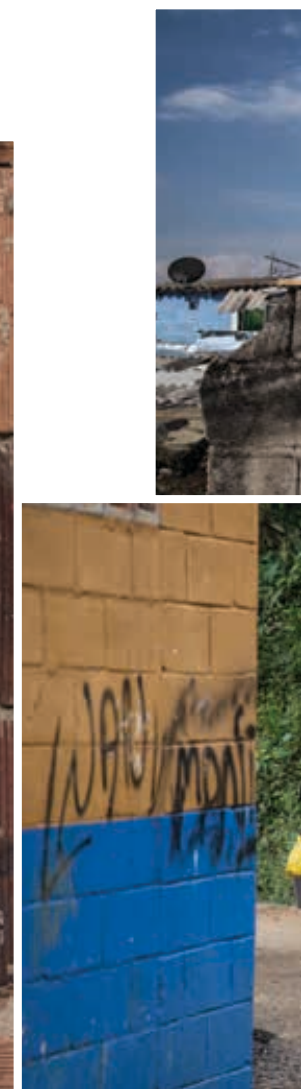
Un papá divorciado ha venido a darle el paseo al chiquito que vive con la madre. Se toman una foto chupando como antes de devolverlo a su casa para que haga las tareas. "Ojalá no se olvide de mí", piensa el papá, ya solo, en el taxi de regreso.

El Rincón

Belén Rincón parecía otro pueblo de montaña, con plaza central, iglesia y cantina. Había casas de obreros, tejares y pequeñas fábricas de arepas. Algunos muchachos también servían como *caddies* en el Club El Rodeo. Eran célebres los collares de arepas para coronar al bufón de turno, a la reina de la cuadra, al ciclista campeón. De los barrancos bermejos las máquinas raspaban hasta el último terrón de arcilla para hacer tejas y ladrillos. En una de aquellas labores hallaron los restos de un saurio prehistórico. Vinieron sabios de la capital y armaron el esqueleto, lo miraron por todos lados, se lo llevaron para que otros, más sabios que ellos, también lo miraran. No se supo más de él, como si se hubiera extinguido por segunda vez.

En Semana Santa ponían en escena la pasión de Cristo con actores del lugar. Uno de ellos era un mono alto y trigueño, de ojos zarcos. Decían que se parecía mucho a Enrique Rambal, el actor de *El mártir del calvario*. El muchacho se cansó de hacer de Cristo cada año y se largó. Ya le habían levantado cuentos maliciosos con el cura que lo llevaba a dar vueltas en su campero.

El Rincón tenía un calor local, cierta nostalgia campesina, irreuperable como las canciones de Carlos Vieco, que después se trocaron en músicas más calientes, o, de cuando en cuando, en el traqueteo de un changón.



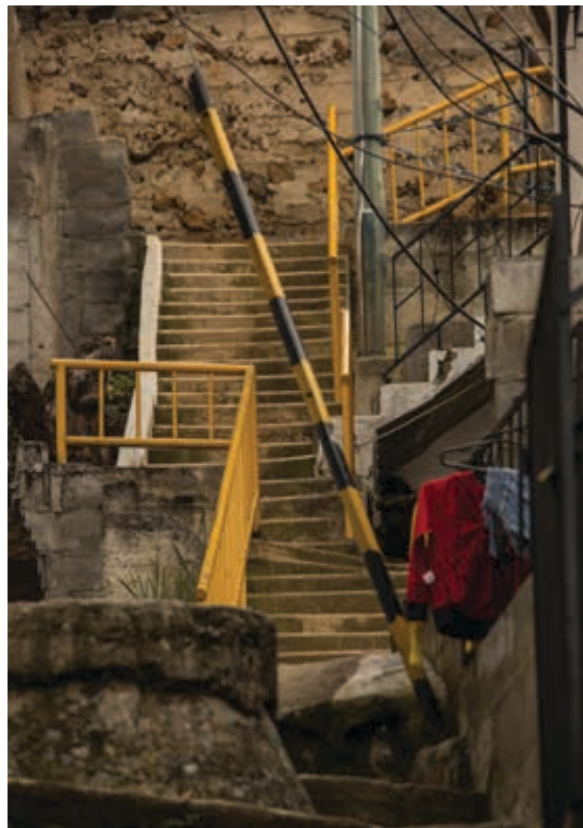
Fleteo

El vecino cuadró la camioneta, mi padre lo saludó desde el antejardín pero él no le respondió. Luego vio unas motocicletas, no recuerda si eran dos o tres. Un hombre se bajó de una y apuntó al vecino. Le pidió que entregara el dinero y el vecino sacó un fajo de billetes de un bolsillo. El asaltante le dijo que le entregara también el del otro bolsillo. Ya sabían que había guardado la plata en dos partes. Lo venían siguiendo desde el banco donde retiró los diez millones. Mi padre no lo había querido acompañar, según dijo, aunque tampoco sabía que iba a sacar una cantidad de esas. Mi padre estaba a tres metros de él. Nunca había visto un revólver tan de cerquita. Huyó a refugiarse en la casa, pero no encontró la llave. Golpeó con fuerza, pero mi sobrina no le quiso abrir porque pensó que iban a robar. Los hombres huyeron en sus máquinas. Papá quedó con la pena humillante de no haber podido obrar con valentía. Se fue a conversar con el vecino. No pararon de hablar sobre eso que ya parecía tan irreal como si lo hubieran soñado. Le daban vueltas a cada instante de la escena, hacían conjeturas. Y qué tal si en vez de...

Grito

Desde hace tres años, cuando me salvé de morir por cruzar una frontera, no venía por el barrio. Esta era la cuadra donde jugábamos recocha. Avanzo en la moto por la calle principal para ver si me encuentro con los parceros de antes. Y cuando paso por la casa de John, un man me mira por la ventana. Debe ser él o el hermano que se parece tanto, al que le hicieron los tiros porque lo confundieron. Me hace una seña con la mano para que me dé cuenta de que es él. No se atreve a asomarse a la terraza el güevón ese. Yo le grito un par de cosas pero sigo de largo: ya me habían dicho que ese man se enloqueció.

El día que escapé se repite en mi cabeza. Sueño que ya puedo volver, que no me van a hacer nada los del combo de arriba. Llego a mi casa, entro cuando todos están dormidos y eso me pone más triste que un hijueputa. Nadie se da cuenta de que volví, de que estoy vivo. Pero entonces me despierto y todo es lo mismo: no se puede volver. A la final es igual. ¿Para qué volver? Si ya no están los parceros, si mi novia se fue a vivir con un tombo y esas cuadras que uno quería ya nunca serán iguales.



pueblo

Autobiografía del pueblo

Por Roberto Luis Jaramillo

Cuando el proceso de migración de mis gentes al norte y al sur empezó a consolidarse en poblados con expresión urbana, entendí que aquello era un desfogue para el espacio tan estrecho en el que pasaba mis días; y en esas entré en otra etapa necesaria: la de trazar calles arriba de mi plaza mayor para formar el barrio San Lorenzo, pues volvió a sonar entre mis gentes aquel nombre. Allí, en unas mangas, se ubicó el primer colegio municipal, fundado por el cabildo y entregado a la orden franciscana, y costeadado con los fondos del cabildo y la bolsa de unos padres de familia; los frailes hicieron su convento y, entre los edificios, un templo con plazuela. El cura de la iglesia mayor tenía por entonces unos dieciséis clérigos que le ayudaban en muchas capillas rurales, aglutinante de incipientes caseríos que más parecían suburbios en mis alrededores. Desde los tiempos de mi gestación colonial, en las orillas más bajas de la quebrada se había formado un arrabal, pobre, peligroso y pintoresco: Quebrada Abajo, y por allí se depositaban las aguas servidas de la carnicería, la casa de fundición, la cárcel, la nitrera y el cementerio, todos ellos malos vecinos. Al lado, por la calle real que bajaba de la plaza mayor, se formó, en unas mangas, un nuevo barrio de casas para mis familias ricas, todas de tapia y tejas, con patio, solar y hasta huerta; se llamó San Benito, y todavía conserva su traza, sus amplias calles y su comunicación con el río. Han de saber que en las barrancas de la quebrada principal, camino de Rionegro, también se generó un barrio de lo más pintoresco, al que pusieron por nombre, claro, Quebrada Arriba –hoy Paseo La Playa–, separado por mangones de La Asomadera y Guanteros. Ya mi centro podía mostrar algunos barrios nuevos con autoridades jóvenes, y unos arrabales mal

habidos, repletos de casuchas con malandrines y bellacos desafiantes, artesanos indisciplinados, y gentes pobres, humildes y desesperadas.

Pero vino la restauración de un Borbón en el lejano trono, y volvió al poder el blanquerío tradicional, camuflado en el cabildo y dividido en unos sospechosos de patriotismo y otros de monarquistas desteñidos. Como el número de habitantes aumentaba, ellos pensaron en más barrios, más autoridades, más burócratas, más orden y más caminos. Se decía que los campos de mi valle estaban “tan poblados de casas y sementeras que forman con los anexos y capital una continuada ciudad de más de un día de camino que comenzaba en el curato de Barbosa y acababa en los términos del Envigado”.

Establecida definitivamente la República, y como era yo lo mejor de la Provincia, quise ser la capital; intrigué, se debatió, y un grupo de mis hijos influyentes, adheridos al general Santander, lograron que la sede del gobierno provincial pasara de la ciudad de Antioquia a mi villa. Aumentaron las oficinas, y revolqué mi inercia al tratar con los nuevos empleados de secretarías, tesorerías, tribunales y un colegio oficial. Los campos de cultivo cercanos a mi centro se habían dividido y fraccionado en mangas, huertas y solarcitos. Ya tenía dentro de mi cuerpo lo que se veía en las urbes: plaza mayor con pila de agua, algunas plazoletas, ermitas, capillas y templos, tres conventos, hospital, fundición de oro, edificios oficiales, cómodas casas con acueductos privados, colegio, tiendas y cuartos donde oficiaban mercaderes, comerciantes, carniceros y artesanos (–zapateros y sastres, alarifes, alfareros, oficiales de tapia, maestros de obra, carpinteros, herreros, fundidores...–).

En los viejos ejidos de propiedad comunal ya no se veían huertas, sino casuchas humildes y pesebreras cuyos usuarios pagaban arrendamiento al Municipio; era necesario vender baratos aquellos suelos húmedos y en proceso de ocupación. ¿Cómo dar albergue a tanta demanda en mi vieja villa? A muy pocos pasos de la plaza principal, nada más pasar la quebrada, podía estar la solución. Ya estaba en servicio el Puente de Arcos que daba paso cómodo hacia El Llano y los potreros de El Chumbimbo, cruzados por multitud de senderos, callejones y caminos que servían a hortelanos y a dueños de mangas pequeñas y casuchas en una mescolanza tal que contrastaban con las casitas de las orillas del camino a Llano. Aunque me seguían diciendo villa, ya era ciudad. Y ese sector podía ser un nuevo barrio muy bien ubicado e irrigado, un bocado apetecido. Ganas no faltaban, pero se necesitaban promotores. Un blanco venido a menos, carnicero inquieto que se trataba con todo el blanquerío de la plaza, fue el eslabón entre los ricos de siempre y algunos pobretones dueños de huertas y casuchas levantadas en desorden a un escupitajo de mi plaza mayor. Eran los años treinta del siglo XIX cuando Jerónimo Arteaga, que ya bordeaba los cincuenta de edad, decidió hacer platica sonsacando a los pobres dueños de solares para vendérselos caros a ricos inversionistas interesados en la “especulación”, término que aún no usábamos porque preferíamos los viejos vocablos de estancar solares y atajar servidumbres. Dicho y hecho. Arteaga, testaferro eficiente, se la pasaba comprando a sus vecinos pobres, haciendo acuerdos con los comerciantes ricos y llevando datos a los amanuenses de las dos notarías, porque todo se hizo legalmente. El barrio en proyecto, ubicado frente a mi villa vieja, se llamaría Villa Nueva. Todo se hizo en una rápida



Parque de Bolívar. 1916.

operación: atajar el paso a los que se negaron a vender, cegar senderitos, rectificar caminos y callejones feos y estrechos, y trazar manzanas con calles nuevas y rectas. Yo estaba feliz con tanto movimiento y novedad. Un comerciante rico y moderno estuvo detrás de todo, junto con el Arteaga; hasta logró hacer un nuevo puente sobre la quebrada, y así comunicó el antiguo hoyo de El Resbalón con el nuevo proyecto urbano.

Faltaba invitar un místico al baile: el ingeniero inglés Moore compró solares y donó uno, muy grande, para que se hiciera una plaza con un templo cristiano al fondo; con los años sembraron árboles y fue parque, y después levantaron un templo grande para albergar a mi nuevo obispado. Gracias al anglicano tuve dos hitos modernos en mi nuevo barrio: el Parque Bolívar y la Catedral Metropolitana. Le pedí a los míos que no volvieran a pronunciar los nombres de El Chumbimbo o El Llano y a los muchachos les prohibí coger guayabas, porque se urbanizó, se vendió y se llenó de casas todo el viejo Chumbimbo, entre las quebradas Santa Elena y La Loca. El barrio Villa Nueva, con su parque, catedral y manzaneó, valorizó las mangas que había más arriba, donde muchos dueños formaron

sociedades urbanizadoras, y así creció mi ciudad con otro barrio de buena traza, el de Boston, de la calle El Palo hacia el oriente.

Si quieren saber cómo cambió y engordó mi figura, miren un retrato que se me hizo en tiempos de la preguerra, dirigido por un profesor de ingeniería y levantado vara por vara por sus alumnos. Observen cómo estaba poblada mi ciudad quebrada arriba y quebrada abajo. No digo mucho de los solares húmedos cercanos al río, o de las malolientes orillas del zanjón de Guanteros. Allí, en aquellos zancuderos, un rico minero compró todos los solares y armó una hacienda provisional llamada Guayaquil, un feo y grande lote de engorde. Miren nada más y se darán cuenta de hacia dónde apuntaba mi crecimiento. No nos digamos mentiras: las guerras civiles, los incendios, las borrascas, el comején y los temblores tuvieron efectos con visos de progreso: llegó mucha gente a buscar oportunidades, a rehacer lo perdido, a vender novedades; crecieron mi población, mi comercio, mi gobierno, mis problemas entre vecinos, pues debido a la demanda las casas de antes se volvieron inquilinatos y los solares tiendas inmundas, y los ricos se aburrían de la plaza y comenzaron a levantar

casas bellas y holgadas a orillas de la quebrada, en lo que después se llamó La Playa, donde hasta hace poco tiempo se veían las ruinas de unos palacetes a la criolla. Y gracias a dos puentes sólidos, uno en la calle Colombia y otro en Guayaquil, ya se podía pasar con seguridad y comodidad hacia Otrabanda, mi planicie bañada por las quebradas Altavista, Ana Díaz, La Hueso y la temible Iguaná, en donde, sin que nadie me pidiera permiso, se generaron unas pequeñas caserías que se llamaron El Salado, Belén, La Granja y Aná, en la planicie, y San Cristóbal, en la montaña. Para todas conseguí curato, y tuvieron su plaza y mercadillo, sus calles y manzanas, sus huertas y ganados, sus tejares, y hasta su alcalde cuando fueron aldeas.

Sepan que la mala ubicación del caserío y parroquia de Aná ocasionó una tragedia en 1880, cuando en un invierno fuerte La Iguaná barrió el caserío totalmente y hubo que reinventarlo en una manga falduda, con un nuevo nombre: Robledo.

No puedo dejar en el olvido que entre mi movido barrio de La Asomadera y Envigado se conocía,

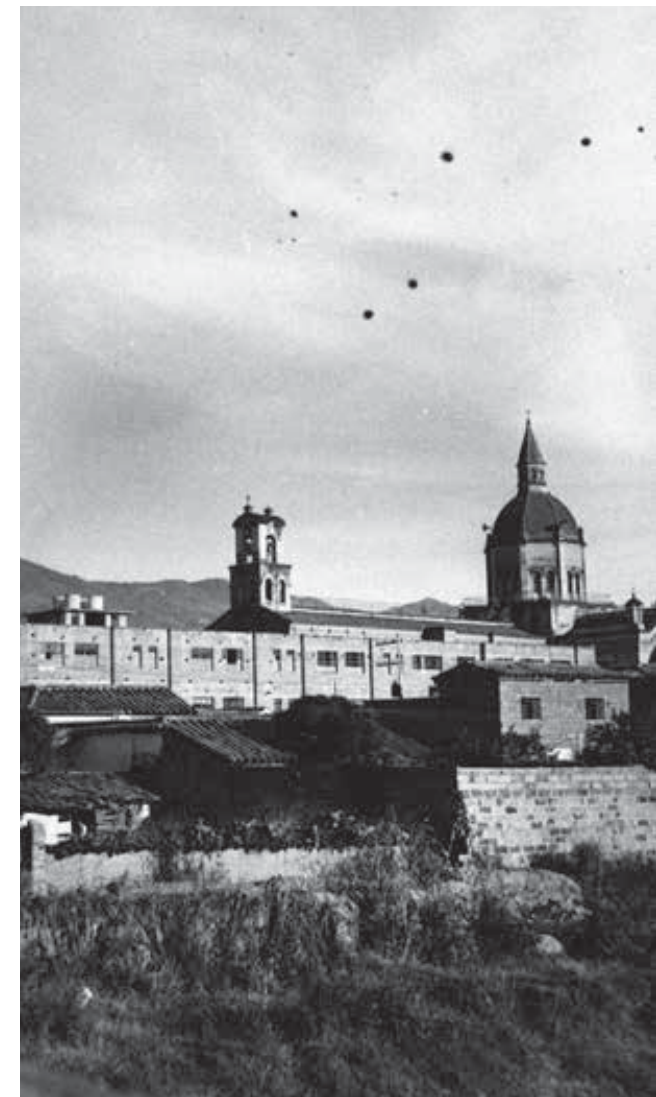
desde tiempos coloniales, una serie de finquitas y huertas de muchos pobres blancos con ganas de volver a ser gente; se llamaba El Aguacatal, por su agua principal. Pues sepan que ese Aguacatal estuvo tan poblado y bien aconductado que se le tenía como el mejor partido de diezmos: eran los más fieles a mi iglesia, hasta cuando desearon parroquia propia. La tuvieron, y para mayor seguridad se trazó placita frente a su capilla, y después calles que se manzaron en forma de barrio con un nuevo nombre: El Poblado, en recuerdo del lejano pueblo de los indios. El trazo lo hizo un comerciante de Medellín, Carlos Restrepo Callejas, y los ricos de la villa compraron casitas sencillas cerca de la placita y las mejoraron, y ostentaron casas de campo o de veraneo de las que se conservan una o dos, nada más. Al frente, pasando mi río, entre el puente de Guayaquil y el poblado de Itagüí, se mutaron unos tejares y dos viejas haciendas –Guayabal y Las Playas–, y se empezaron a ver mangas, huertas, lotes, lotecitos y casitas. De ahí nació el barrio Guayabal, acrecentado luego con urbanizaciones a la moderna, aunque todavía se ven casitas de corredor a la vera de avenidas.

Imposible olvidar mis barrios del otro lado, los de Villa Nueva y Boston, tan bien trazados. En mis útiles escuelas de Artes y Oficios y de Minas se agudizaron ingenios y se educaron mejor los artesanos que yo necesitaba para ser un poblado moderno, y en mi cabildo o concejo municipal se discutieron conceptos novedosos como el de una incipiente planeación, para poner orden al desorden urbano, porque en los años precedentes, cuando viví el régimen federal y libertario, cada quien había levantado casa y hecho pequeños barrios como le había dado su gana. En consecuencia, unos señores a la moderna y venidos a más se inventaron una Sociedad, la de Mejoras Públicas, que fue muy útil, acertada y prestigiosa, y que se metió en todo lo mío al jugar un rol en mi gobierno municipal, o, mejor dicho, por encima de él... Cuando no había planeación, impuso el urbanismo y planeó; cuando no había ornato, embelleció la ciudad; y muchos más aciertos que hicieron de mí una Tacita de Plata y la Ciudad de la Eterna Primavera, una pendejada que se inventó un clérigo y mal poeta por allá en 1874, cuando, aunque soplaran vientos de guerra, yo tenía buen clima pero mala figura. ♦

[Detalle] Plaza Mayor de Medellín, pintura de Simón Eladio Salom. C.a. 1860.



Iglesia de San Benito, 1960.





- Guayaquil • Colón • Sucre • La Ladera • El Salvador • Loreto • Villa Hermosa • Enciso • La Milagrosa • Alejandro Echavarría • La Mansión • Caicedo • La Toma • San Diego • Las Palmas • La Independencia • Perpetuo Socorro • Corazón de Jesús • Barrio Nuevo • Llanaditas • Buenos Aires • Boston • Prado • Villa Nueva • San Benito • Candelaria • Corazón de Jesús • Bomboná • Los Ángeles • San Miguel • Villatina • Llanaditas • Lomas de Llanaditas • Julio Rincón • Manuel Morales • Villa Turbay • Juan Pablo II • San Antonio • Las Estancias • Santa. Lucía • 8 de Marzo • 13 de Noviembre • La Libertad • La Primavera • El Edén • La Sierra • Golondrinas • Brisas de Oriente • El Vergel • Enciso • Loyola • Los Cerros • Diego Echavarría • La Colina • Pinar del Cerro • Caucnes de Oriente • Cataluña • Colinas de La Candelaria • Quintas de la Playa • Urbanización Los Cerros • Urbanización El Carmelo • Urbanización La Palma • Isaac Gaviria •



CENTRO-ORIENTAL

P_102 Allá arriba en la ladera *_Eliana Castro*

P_110 Los días sin miedo *_Maria Isabel Naranjo*

P_118 Ayacucho de puertas para afuera

_Luis Fernando González

P_126 Días de arrabal *_Ricardo Aricapa*

P_136 Rejas y palacetes

_Reinaldo Spitaletta

P_148 Entre muertos *_Alfonso Buitrago*

P_156 Historias viejas del 'barrio antiguo'

_Luis Fernando González

P_162 De aquí pal cementerio





Buenos Aires, 2011.

“En San Benito parece haberse demorado el tiempo. Como no era barrio de tránsito forzoso –así fuera la ruta del occidente, hacia Santafé de Antioquia– por allí no pasaba nadie. Los medellinenses terminaron olvidándolo cuando la capital de la provincia dejó de ser Santafé de Antioquia y Rionegro, al oriente, se puso más importante desde el punto de vista comercial y político, hasta que de repente se acordaron de él y comenzó su paulatina transformación, vale decir, su desnaturalización. Vecinos nuevos ricos tajaron alares e hicieron fachadas con cementos de colorines en ajedrezado, o cosas por el estilo. Una ventana señorial se vino abajo para hacer de la sala correspondiente un garaje. El pavimento de cantos rodados traídos del arroyuelo La Iguaná y que hacía ángulo en el centro para que las aguas llovidas (y también las negras) tuvieran normal cauce, se pavimentó de brea”.

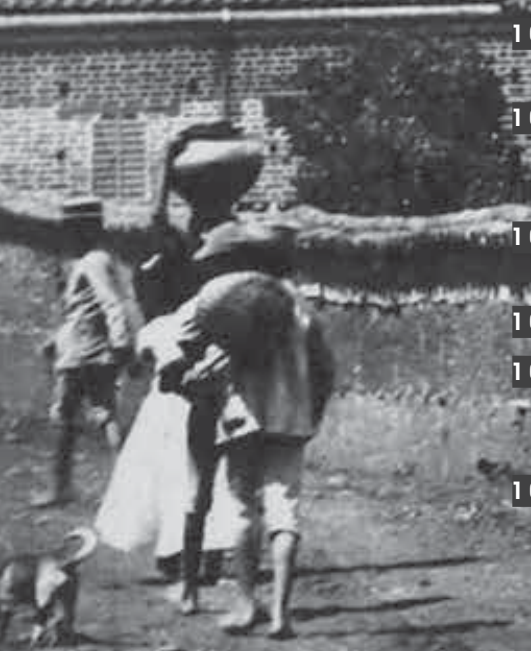
Uriel Ospina

Medellín tiene historia de muchacha bonita, 1976.

Cronología central



Plaza de La Independencia, 1930.



1646: El poblado de San Lorenzo de Aburrá fue trasladado al Sitio de Aná.

1649: Se emprendió la construcción de la iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria en el Sitio de Aná, que cambiaría su nombre a Nuestra Señora de la Candelaria de Aná.

1675: El gobernador Miguel de Aguinaga fundó la Villa de Medellín.

1678: Se inició la construcción de la iglesia de San Benito.

1682: Se empezó a construir la ermita de La Veracruz de los Forasteros, con la contribución de algunos europeos y viajeros que estaban de paso por la villa.

1692: Surgió el barrio Guanteros como respuesta al desplazamiento de las familias pobres que habitaban el marco de la plaza hacia las zonas de arrabal. Se fueron formando los barrios San Benito y Quebrada Arriba, que reunieron habitantes de todas las condiciones sociales.

1783: Comenzó la formación del barrio Mundo Nuevo, y se fueron ubicando asentamientos en las goteras de la villa.

1800: Con el propósito de mejorar el control y la administración del centro de la villa, se dividió en los barrios San Lorenzo y San Benito.

1813: La Villa de la Candelaria fue declarada ciudad de Medellín por Juan del Corral.

1826: El 17 de abril Medellín fue declarada capital de la Provincia de Antioquia.

1828: Inauguración del Cementerio San Lorenzo, ubicado cerca al Cerro de las Sepulturas.

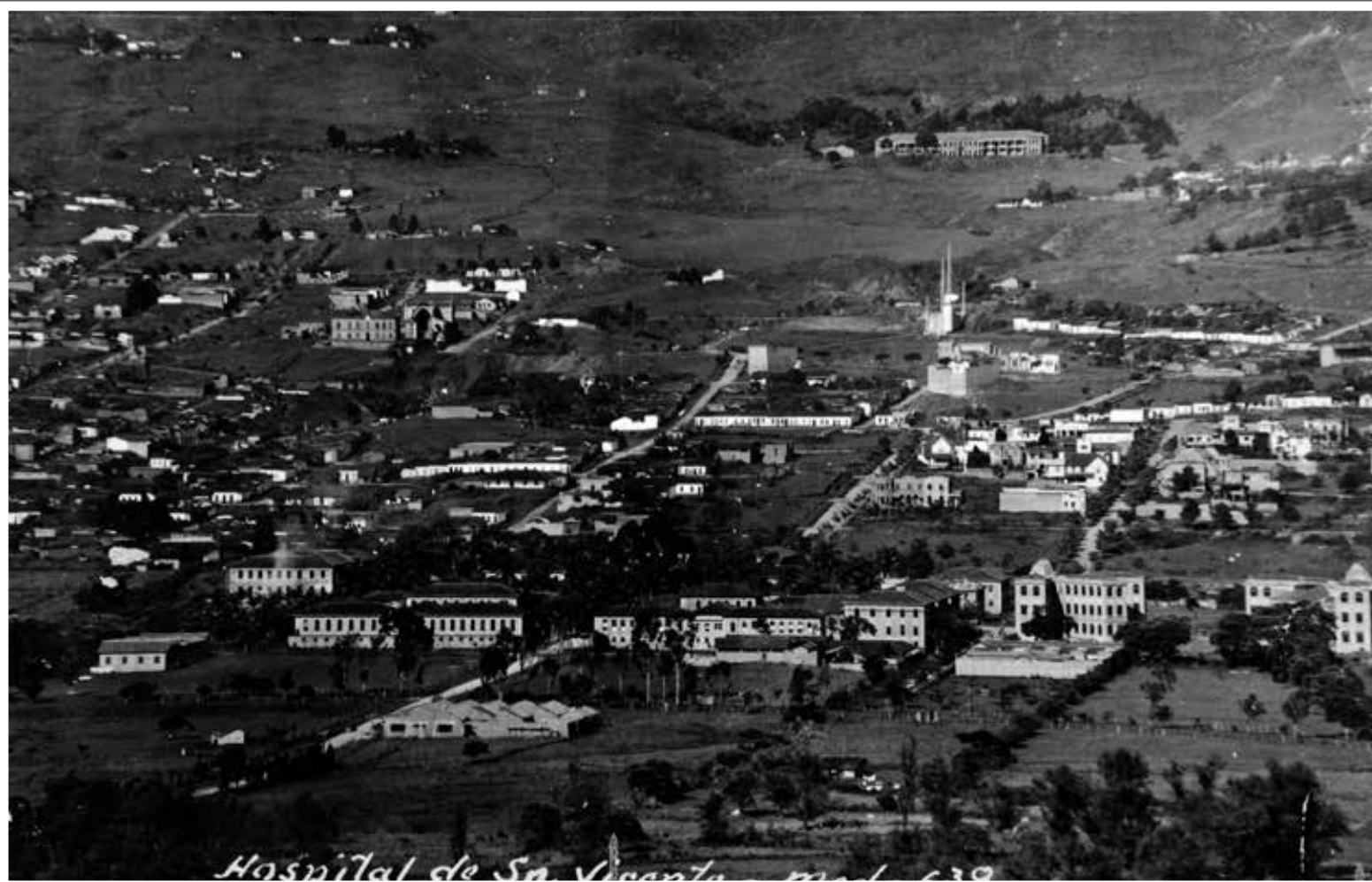
1857: Gabriel Echeverri Escobar, urbanizador particular de Medellín, inició la construcción del Paseo La Playa.

1858: Con la prolongación de Carabobo hasta el Puente de Guayaquil, el sector de la calle La Asomadera empezó a poblarse de familias de artesanos y de vendedores de bebidas y frutos de sartén que trabajaban cerca al camellón de La Asomadera.

1868: Se dio inicio a la urbanización del barrio Villanueva por parte de familias de comerciantes e industriales de Medellín.

1874: Modesto Molina inició el loteo y urbanización de sus tierras, ubicadas entre la calle Nariño y la Puerta Inglesa, siguiendo los planos de Juan Enrique White. Después abrió la venta de solares y se empezaron a construir casas de forma desordenada, dando paso a la fundación del Barrio Oriente, que poco después se llamaría Buenos Aires.

1875: Se dio inicio al proceso de construcción de la Catedral de Villanueva, diseñada inicialmente por el arquitecto italiano Felipe Crosti y luego intervenida con los diseños definitivos del arquitecto francés Charles E. Carré.



Hospital San Vicente de Paúl, c.a. 1930.



Barrio Colón, 1928.



Capilla de Jesús Nazareno, 1922.

- 1888:** La familia Villa inició la urbanización del barrio Boston en los terrenos de la finca La Ladera, propiedad de don Vicente Benedicto Villa. Más tarde sería poblado por familias de las clases media y alta de Medellín.
- 1892:** Inauguración del Parque Bolívar, construido sobre los planos elaborados por los estudiantes de la Escuela de Minas en los terrenos donados por Tyrell Moore.
- 1894:** Inauguración de la plaza de mercado cubierta, construida al sur de la villa por orden del señor Carlos Coriolano Amador, y diseñada por Charles E. Carré. A partir de su construcción se desarrollaría el barrio Guayaquil.
- 1895:** Se inauguró el Circo España en la parte baja del barrio Boston.
- 1898:** Manuel J. Álvarez trazó el barrio La Independencia en terrenos ubicados al sur de La Ladera.
- 1902:** Se inició en Buenos Aires la construcción de la iglesia de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, diseñada por el arquitecto francés Francisco Navech.
- 1903:** Manuel J. Álvarez fundó el barrio Majalc, trazado según los planos de Vicente D. Balcázar. El proyecto estaba dirigido a familias de bajos recursos, y los lotes fueron vendidos a bajos precios y con largos plazos de pago ¶ Este mismo año, el señor Álvarez inició también el proyecto del Barrio Oriental del Salvador, trazado por Vicente D. Balcázar en un terreno formado por la finca La Manga del Míster, el cerro El Salvador, La Manga del Mosco, La Asomadera y la finca El Hormiguero.

- 1908:** Germán Villa donó una franja de terreno para la plaza del barrio Boston. De igual forma, el señor Juan Bautista Isaza donó el terreno para la construcción de la iglesia de El Sufragio, luego de gestionar el permiso para edificar una capilla en honor a San Cayetano.
- 1914:** Inauguración del edificio de la estación Medellín del Ferrocarril de Antioquia en el barrio Guayaquil.
- 1915:** Se inició la edificación del Hospital San Vicente de Paúl, según planos hechos a distancia por el arquitecto francés Augusto Gavet. La construcción ocuparía un extenso terreno en lo que se conocía como El Llano de los Belgas.
- 1918:** Los señores Miguel y Carlos Vásquez iniciaron el loteo de la finca Villa Hermosa, donde con el tiempo se consolidaría un importante barrio obrero de la ciudad ¶ Durante la década del veinte, se propició el desarrollo urbano de Miraflores como barrio residencial para las familias de clase alta de Medellín, después del loteo de los predios de las herederas de Carlos Coriolano Amador.
- 1921:** Construcción de la Cárcel Celular de Varones La Ladera. El barrio La Ladera, que venía poblándose desde finales del siglo XIX, se desarrolló en los terrenos cercanos a la cárcel ¶ Este mismo año fue inaugurada la línea Buenos Aires del tranvía, lo que permitiría el crecimiento urbano del barrio.
- 1922:** Se inauguró la línea de Sucre del tranvía, que impulsó el desarrollo urbano y valorizó las tierras del barrio.



Cárcel La Ladera, 1964

1923: El arzobispo Manuel José Caicedo autorizó la construcción de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, diseñada por el arquitecto Agustín Goovaerts. Gracias a ella se consolidaría el barrio Los Libertadores, un conjunto de viviendas dirigido a familias campesinas y de escasos recursos de la ciudad, que más tarde sería llamado Corazón de Jesús.

1924: Por encargo del empresario Gonzalo Mejía, y con diseños del arquitecto Agustín Goovaerts, se construyó el Hotel Europa y Teatro Junín. El teatro, inaugurado con la película *La Sombra*, tenía 4.500 asientos, y en su momento fue el cuarto más grande del mundo.

1926: La Constructora Urbanizadora de Prado, liderada por el señor Ricardo Olano en asocio con la firma Stenthal y Cía., inició la urbanización del barrio Prado, trazado en el plano de Medellín Futuro ¶ Asimismo, la Compañía Urbanizadora de Medellín inició la urbanización del barrio Colón, conjunto residencial de casas quintas de “fachadas en serie”, dirigido a empleados, comerciantes y obreros de las fábricas ubicadas en el sector.

1928: Se amplió el perímetro urbano de Medellín con la inclusión de los barrios Prado, Barrio Nuevo, Colón, Jesús Nazareno, Corazón de Jesús, El Chagualo, Los Ángeles, El Salvador, Gerona y una parte de Buenos Aires.

1931: El Obispo Manuel José Caicedo inauguró la Catedral de Medellín.

1934: Se inauguró el Hospital San Vicente de Paúl, lo que permitió la prolongación de la carrera Juan del Corral para conectar el centro de la ciudad con el nuevo hospital y el Bosque de la Independencia.

1935: Se consolidó el poblamiento del barrio Enciso, un sector desarrollado sobre los predios de las fincas Villa Betza, de Ricardo Rodríguez, Villa Rosa, del padre Enrique Uribe, y La Manga de Juan, de Juan Rosa. El barrio fue habitado por campesinos, tapieros y albañiles que imprimieron un sello particular en la construcción de sus casas.

1938: La empresa La Asomadera y la Compañía Urbanización Niquitao iniciaron la construcción de viviendas para obreros sobre las faldas ubicadas al sur de la calle La Asomadera. Se ofrecieron lotes dotados con agua y electricidad bajo la modalidad de autoconstrucción. El sector se conoció inicialmente como Urbanización Niquitao, y luego como barrio San Diego ¶ En la década del cuarenta, bajo el impulso comercial e inmobiliario de Cheno Arroyave, se conformaron los barrios Villatina y Las Estancias, producto de varias invasiones en los terrenos de la ladera.

1942: Luis Olarte Restrepo planificó y urbanizó el barrio Quijano para conformar un conjunto de vivienda popular. Se proyectó la construcción de una capilla católica, una sala de maternidad y una escuela, y fue erigida una parroquia en honor a Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa, que más tarde le daría nombre al barrio ¶ Este mismo año, Carlos Vásquez Latorre donó los terrenos para la edificación de la plaza principal y la iglesia de La Sagrada Familia en Villa Hermosa.

1945: Fue invadida la parte alta del barrio Villatina, y se empezaron a levantar ranchos en terrenos pantanosos. Sus habitantes recurrieron a los convites para abastecerse de agua y luz y pavimentar las vías de acceso al barrio. Se fueron formando asentamientos cercanos como Las Torres y Esfuerzos de Paz.



Iglesia del Sufragio, 1922.

1955: La fábrica Coltejer construyó un conjunto de viviendas para sus empleados cerca al sector de La Toma. El nuevo barrio obrero recibió el nombre del fundador de la empresa textilera, Alejandro Echavarría.

1960: Se inició la construcción de casas de habitación para los empleados del sector público en los barrios Enciso y La Ladera, y algunos juzgados fueron trasladados a la zona. La Fundación Barrios de Jesús construyó ocho bloques de viviendas de tres pisos para familias de bajos recursos, en terrenos donados por el arzobispo Tulio Botero.

1971: Fundación del barrio Los Caunces, tras una invasión dirigida por un grupo de familias que llegaron huyendo de la violencia y ocuparon terrenos pertenecientes al Banco Popular. Posteriormente, el Instituto de Crédito Territorial intervino para escriturar los predios.

1974: Se inició la invasión del barrio Villa Turbay, ubicado en terrenos del señor Cheno Arroyave. Más tarde, el político Guillermo Vásquez se apropió de estos terrenos, los loteó y los vendió a precios mínimos. Después, el presidente de la Junta de Acción Comunal del barrio invadió algunos predios ubicados más al oriente y conformó el barrio La Sierra.

1976: Se inició la construcción de las Torres de Marco Fidel Suárez, proyecto liderado por el Instituto de Crédito Territorial y diseñado por el arquitecto Eduardo Arango. El proyecto, planteado como una ciudadela de torres para la clase media de la ciudad, se desarrolló en la parte baja del barrio Buenos Aires.

1978: Se comenzó a construir el barrio Juan Pablo II sobre terrenos donados por el arzobispo Tulio Botero, gracias a la intervención de la Corporación Popular de Vivienda Social. Mediante el trabajo comunitario, los habitantes del barrio lograron una vía de salida a la carretera, un tanque de agua y una caseta comunal.

1981: Un grupo de familias de escasos recursos invadió los terrenos cercanos al cerro Pan de Azúcar y fundó el barrio Trece de Noviembre, pese al hostigamiento de la policía y a los constantes desalojos.

1985: Las familias que habían ocupado los terrenos de Darío Ospina lograron negociar por vías legales con el municipio y con el propietario. Bajo la administración de Corvide, se adjudicaron 156 lotes para 300 familias. El 1º de mayo, después de repartir los primeros lotes, se inauguró el barrio Ocho de Marzo.

1987: El 27 de septiembre hubo un desprendimiento de tierra del cerro Pan de Azúcar en el barrio Villatina. El deslizamiento, considerado como una de las peores tragedias naturales que ha sufrido la ciudad, dejó cerca de 500 víctimas mortales y más de 1.500 damnificados.



Allá arriba en la ladera

Por Eliana Castro

El día –cualquiera– despunta por el oriente. A las ocho de la mañana, desde la ladera centrooriental en la Comuna 9, a 1.700 metros de altura, la neblina empieza a desplegarse hacia el resto del Valle de Aburrá. Por la vía principal del barrio, la carrera 1C, un niño juega con un pato amarillo. Cuentan los vecinos que hace treinta años los niños de este morro eran amarillos como la tierra.

Valentina –siete años, pantalones hasta las rodillas, dos lunares en la mejilla izquierda– está feliz porque encontró un nuevo juego con sus compañeritos de escuela: como son tantos, a los más pequeños los van a llamar por el diminutivo del nombre de sus hermanos mayores. Sube los escalones de seis cuadras hacia el oriente, y le cuenta a Evelyn: “Ya sé cómo se va a llamar Sara: Evelyncita”. Valentina ganó este año un concurso en la escuela por escribir la mejor historia de su barrio. Su abuelita Blanca le había dicho: “El Ocho lo construimos las mujeres con ayuda de muy poquitos hombres. A los hombres a veces les da miedo, a las mujeres no”.

Al Ocho lo llaman El Ocho, pero su nombre completo es Ocho de Marzo. Lo bordean la vía a Santa Elena y el barrio Juan Pablo II. Sus primeros ocho años de vida perteneció al corregimiento de Santa Elena, pero en 1993 pasó a ser parte de la Comuna 9, Buenos Aires. Antes de ser barrio fue un morro sin nombre ni cerco ni dueño. Es pequeñito: 28 mil metros cuadrados, de los cuales 9.300 están llenos de casas y 5.408 de senderos peatonales. Tome usted una hoja cuadriculada y trace cada dos renglones una línea, tanto en sentido vertical como horizontal: así de bien trazado es este barrio. Solo que a lo lejos, por los pantalones y las blusas de colores en ventanas y balcones, la saturación de ladrillo, las motos atravesadas, el musgo y las plataneras que salen de los rincones y las cientos de escaleras que lo atraviesan, parece un laberinto cualquiera.

Valentina recorre su barrio de un tirón: sube la primera calle, en la segunda cuadra compra un bolis de cien pesos y en la cuarta una lecherita de quinientos. Fastidiada por el olor de las dos quebradas que cercan el barrio, La Salada y La Seca, repite a cada instante lo que su abuelita le ha enseñado: que la gente no sabe cuidar lo que es propio. Después pasa por otra tienda, una panadería y un salón donde juegan los niños. Todo eso lo hace por cuadras hasta llegar a la escuela, rodear la sede comunal y regresar a darle un beso a su abuela.

La casa de Blanca Pérez está ubicada en la primera calle del barrio, la misma que hace las veces de parque y que tiene un par de arcos de fútbol y una canasta de baloncesto en toda la mitad. Es la calle más amplia y hasta allí llegan los buses de la ruta 096 desde el Centro. —Las mujeres no queríamos un techo sino un barrio: un alcantarillado, una escuela, una sede comunal, y los hombres tenían que salir a conseguir el pan de cada día—, dice la mujer de 56 años.

Mientras le da la media mañana a Emanuel, su nieto más pequeño, sentada en uno de los cinco muebles de su estrechísima sala, abarrotada de placas y cuadros de la Virgen y del Atlético Nacional de 1989, conversa con Nibia, una chocona grande, de pelo corto y crespo.

—Fue una lucha muy grande: cada vez que subíamos nos tumbaban los ranchos. Nos tocó ver una viejita enferma a la que sacaron los soldados y la dejaron al sol y la lluvia. Como llegó tanta mujer sola, lo primero que hicimos fue conformar un comité femenino.

La casa tiene dos pisos. En el primero vive una de sus hijas, la mamá de Valentina, Isabella y Emanuel; en el segundo, ella, su esposo y un hijo menor. En el 91 Blanca fue elegida como la primera presidenta de la Junta de Acción Comunal.

—Solo había cuatro ranchos, el mío fue el quinto. Llegamos de noche para que nadie nos viera los corotos, con unos plásticos, unas canecas y un colchón. Dos meses duramos debajo del plástico, mientras conseguíamos las tablitas.

—A mí, por ejemplo, no me tocó nada de eso —dice Nibia, que llegó al barrio en el 98—. Había casas de tablas, pero también de adobe.

—Este barrio lo hicimos a punta de empanadas y sancochos, así construimos la escuelita y la sede comunal: unas haciendo sancochos y otras parando los carros de la carretera a Santa Elena para pedirles la liga.

Una historia de invasiones

En esa misma zona, el 12 de junio de 1954 el derrumbe de Media Luna dejó un centenar de víctimas. Un par de kilómetros más abajo, a finales de 1984, unas 450 familias –algunos dicen que hasta mil– construyeron ranchos de madera y fieltro una y otra vez. Venían de Caicedo,



Villa Liliam, La Sierra y Villa Hermosa, y de pueblos antioqueños como Tarso y Sonsón. La mayoría eran venteros ambulantes, casi todos trabajaban en la calle Colombia entre Junín y la Avenida Oriental. Tal vez ninguno recordaba la tragedia, tal vez no les importaba, solo buscaban un techo propio.

—Ahí vi yo por primera vez a Blanquita Pérez —dice Beatriz Rojas, pelicorta, los mismos ojos negros y grandes de toda la vida—. La encontré durmiendo debajo de un plástico con sus niños. Yo también venía a armar mi ranchito, tenía dos niños y un par de gallos. Subía cada noche sin pensar en el agua ni en la luz ni en nada, tenía que darles un techo a los niños no importaba dónde.

A los veintidós años, Beatriz era tan delicada como una muñequita de porcelana. El pelo negro le cubría la espalda y tenía las uñas largas y decoradas. A los veintiséis echó al papá de los dos hijos que tenía: “Me tocó amarrarme los pantalones”. Vivía en Los Caunces, al frente de la estación de policía, y vendía platos de comida en los bares del Centro. Un tío suyo, Francisco Rojas, le contó que todas las noches subían mujeres con sus hijos a armar ranchos en la manga donde comenzaba la carretera a Santa Elena, al costado izquierdo.

—Invadimos una, dos, treces veces. Yo llegaba a la madrugada, subía a una de las tantas pineras que había en ese entonces y robaba tres o cuatro pinos mamonudos, grandes. Para que no sintieran que estaba macheteando me llevaba un serrucho. Me demoraba, pero los cortaba, uno a uno, y los arrastraba por toda la carretera. Pasítico.

En la mañana armaba el esqueleto de la casa. Luego se iba a comprar retal y tres kilos de clavos torcidos. Volvía a subir arrastrando los materiales por la tierra y el pantano del morro. Los clavos se los daba a Paola y a Diego, de ocho y siete años, para que ahí, tiraditos en el suelo, los enderezaran con un martillo mientras ella cerraba la primera pieza. Al otro día, o ese mismo día por la tarde, llegaba la policía y destruía los ranchos. Ella volvía a pagar su piecita en Los Caunces y dejaba que pasara la tormenta. Así una y otra vez. Sabía que más temprano que tarde en ese morro filudo, lleno de maleza, estaría su casa.

—Un domingo, después de que nos volvieron a tumbar todo, nombramos la primera comisión: Jairo Vargas, Cecilia Rojas (hermana mía) y Anátide Morantes se fueron a buscar al secretario de gobierno y de ahí los mandaron para la Corporación de Vivienda y Desarrollo Social (Corvide). Allá encontraron al dueño, Darío Ospina, y Corvide negoció con el secretario de gobierno: a 18 mil pesos cada terreno, 150 familias. Mucha plata en ese tiempo.

En menos de un mes, la alcaldía, a través de Corvide, hizo el levantamiento topográfico y trazó lotes, calles y parques. Beatriz siguió pagando la misma pieza en Los Caunces, mientras vendía platos de comida en los bares y recogía la cuota inicial de 2.200 pesos para comprar el terreno. Entonces llegó la parte más difícil: construir un barrio en una tierra baldía, feroz, envenenada de maleza.

—Aquí era por igual, hombres y mujeres, nos daban tubos y empezábamos a abrir los huecos que fueran necesarios. Si había que



pelear, ahí estábamos; si había que construir, también. La escuelita la hicimos nosotras; los hombres tomaban medidas y nosotras revolvíamos la mezcla, y cargue y tire.

La casa de Beatriz es grande, espaciosa, llena de cuadros y fotografías. En su cuarto conserva las más importantes: la de su nieta, que cumplió quince años; las de sus cuatro hijos; una que le tomaron a ella en el Éxito de San Antonio para una hoja de vida; y la primera foto que le sacó al Ocho con una camarita Olympus, en la que se ven los naranjales y el pantano de las máquinas que llegaron a trazar 156 lotes, cada uno de sesenta metros cuadrados: seis de frente por diez de fondo.

—Uno tenía que comerse el morro para hacer la casa y para eso necesitaba piedras grandes. Yo traía esas piedras al hombro, las quebraba, las tiraba en alguna esquina y las vendía.

Después, con más confianza, cobraba por hacer los ranchos de tablas: treinta o cuarenta pesos según el diseño, y con eso conseguía para la cuota mensual, que eran 660 pesos.

—Eso del diseño me salía, era un instinto.

Durante muchos años las casas fueron las mismas: paredes de tablas tapizadas con papel de colgadura y techo de lata. Hasta que Beatriz, por ejemplo, vendió un taxi que había comprado con una herencia y cambió los palos y las tablas por cemento, ladrillos y pintura.

—Aquí me tocó ser amistosa con los vecinos, yo no era así. Yo viví en muchos barrios de Medellín y no le puedo decir quién era mi vecino. Aprendí a ser más gente, todo era comunitario. Un día, cuando

empezaron las balaceras, un pelado se abrió el labio pasando un alambrado. Yo siempre he tenido agujas porque me gusta hacer mis vestiditos, y le dije al pelado: “¿Usted se aguanta?”. “Sí, yo aguanto”, me dijo. Le puse hielo, cogí nailon, alcohol, le dije “venga pues mijo” y le cogí eso. Vaya a verlo hoy, a ese muchacho no se le ve nada. Yo tenía esas agallas. A otro la bala se le quedó en el brazo, venía con poquita potencia. Como yo había visto en las películas, quemé un cuchillo y se lo metí. Le lavé eso, y se lo tapé; al otro día le eché azúcar y café. Y listo.

Las mujeres del Ocho eran –son– así: sin miedos y con agallas.

La tempestad de mayo

El miércoles 1° de mayo de 1985, después de la marcha del día del trabajo y bajo un aguacero que todos recordarían años después, Ana Rosa Hernández subió hasta el kilómetro tres de la carretera a Santa Elena por una montaña de tierra. Iba con un marido bebedor y dos hijos, Paula y Wilson. Sin importarle el vestido de flores que llevaba puesto ni la tempestad, deslizó por el pantano las tablas de la primera casa que la policía no tumbó en el naciente Ocho de Marzo. Fue la primera mujer en llegar después de que la alcaldía le dijera sí al barrio. Nadie se atrevía: las lluvias de mayo, la nada, el miedo a la soledad:

—Esa primera noche nos tocó acomodarnos encima de las piedras que encontramos y unos orillos que nos prestaron en una parcela. Afuera y adentro era lo mismo, una borrasca que bajaba con todo el lodazal.

Ella, caleña, había invadido ya dos veces. Sabía muy bien qué hacer: al día siguiente, con las primeras luces, buscó agua en una de las cañadas, la misma que alguna vez estuvo a punto de llevarse a una de sus hermanas y a una sobrina. Luego subió hasta la pinera porque era “dañada buscando pinos” y clavó cuatro palos para hacer un baño: el primer baño público. Abrió una zanja por los lados donde hoy es La Setenta, el bailadero más importante del barrio, y por ahí bajaban todos los desechos:

—Éramos como gatos, las necesidades se hacían en una bacini-lla y se tapaban con la misma tierra.

Esa, su primera casa en El Ocho, quedó ubicada en la 46 con la 1AA. Desde ese “gallinero” vio cómo algún vecino nuevo cogió una de las líneas de electricidad de Santa Elena, la clavó en la tierra y dio la primera luz roja, rara, tenue del barrio. En El Ocho aprendió a hacer de todo: marquetería, electricidad, peluquería, costura. Allí construyó las casas de tres hermanas y un tío, con la misma fórmula: cuatro estacas, un plástico, un cajoncito y una espuma para la cama. En esos años, Paula, la hija menor, comenzó a enseñarles a sus vecinos más pequeños lo que aprendía en el colegio; ahí supo que sería lo que es hoy: profesora.

Según el censo del Sisben de 2005, de los 1.888 habitantes del barrio 995 son mujeres y 893 hombres. Esas 1.888 personas y 392 viviendas marcan una densidad de 324 habitantes por hectárea. El promedio es de 4,8 personas por vivienda. Si bien el barrio no se ha extendido, sí ha crecido hacia lo alto: la mayoría de casas tienen dos y tres pisos. Es un barrio de familias.

—Ahora ese barrio es un palacio —dice Ana Rosa, pelo corto, mono.

Hace un par de años se fue a vivir a El Salvador, otro barrio de la Comuna 9. Se separó, sobrellevó la muerte de Wilson y Paula se mudó.

Anecdotario

A las siete de la noche de un viernes de octubre de 2014, Jairo Vargas —canas en el bozo y en el pelo— está sentado en la sala de la casa de Luz Elena. Hace un par de años no vive en la calle 47B: los hijos crecieron, los nietos se multiplicaron y la casa quedó pequeña. Esta noche, Luz Elena y Jairo vuelven a los días en los que desterraron a Jesús Vasco, un vividor de invasiones que engañaba a mujeres a cambio de lotes, y se acuerdan de la mujer que se fue al Centro a venderse para conseguir los dos mil pesos de cuota inicial y quedó en embarazo; se carcajean porque el marido nunca supo. Jairo recuerda cuando el tinto les quedaba salado porque recogían el agua de la quebrada La Salada, que nacía al otro lado de la meseta, justo en unas minas de sal. Cuando las esquinas eran los baños públicos y no faltaba quien fuera a fumar-se un porrito para aromatizar. Cuando construyeron el mejor pesebre a escala de la ciudad y se ganaron dos millones de pesos; cada vecino construyó su casa, como era, con palitos de paleta, y con ese premio

hicieron el primer alcantarillado del barrio. Ya lo había dicho días antes Blanca: “Jairo fue nuestro profesor, el compañero”.

A comienzos de 1985, en el barrio Caicedo, él, veinteañero, estrenando militancia en el Movimiento Obrero Independiente Revolucionario (Moir), vio cómo la policía quemaba y destruía un montón de ranchitos en un morro cercano. “Vení, vamos a novelerear”, le dijo a un vecino. Llegó y encontró hombres corriendo de un lado a otro, mujeres luchando y llorando con sus hijos. Encontró, además, un campamento del M-19, que por esos días aprovechaba el caos de las invasiones en la ciudad para poner sus banderas y sus armas en la tierra.

—Cuando yo aparezco y veo la propaganda, los enfrento: cómo se ponen a hacer proselitismo con las necesidades de la gente. La gente me ve pelear con ellos y empieza a pararme las orejas. A los meses vimos explotar en Villatina uno de los campamentos que tenían regados en los morros.

Jairo fue el primero en decir que el barrio debía llamarse Ocho de Marzo. Nada de M-19 o 19 de abril, como decían los milicianos que andaban por ahí: “El hombre es el que se va, el que a veces trae comida y los viernes llega borracho, en cambio la mujer está ahí siempre, debajo de su rancho de cartón”. Eso dijo antes de firmar el acuerdo que dio vida al barrio el 19 de marzo de 1985.

—Hace treinta años que escribo la historia del barrio. Uno quiere escribir, medio poético, sin ser poeta.

La historia no tiene título aún, pero sí casi treinta páginas. En ella relata la navidad aquella en que Empresas Públicas les regaló un “tarro” de energía para cinco familias, y cuando el barrio estaba cruzado por mangueras que iban y venían de las quebradas. Está llena de recortes de periódico de los años en que fue declarado zona de alto riesgo porque la banca de la carretera a Santa Elena había cedido en el kilómetro tres: “Tenemos escrituras, pero no la cédula de ciudadanía”, escribe.

—Yo he querido que no le falte ni una coma a la historia.

Pero sí hay una coma que falta, de esa habla también esta noche con Luz Elena. Fue en los noventa cuando comenzaron las balaceras entre el barrio La Sierra y El Ocho. Cuando murió Enrique, el esposo de Luz Elena, y una bala le sacó un ojo al primer nieto de Jairo. Suspendida en el tiempo, como quien ha visto morir, Luz Elena cuenta: —Aquí las fiestas eran lo último en guarachas. La última fue el 31 de diciembre del 92. Enrique invitó a todo el barrio ocho días antes porque estaba seguro de que se iba a ganar un chance. “Es que Diosito sabe dónde vivo y me va a dar ese regalo”, decía. El 28, día de los inocentes, a las seis de la mañana, me acuerdo que me llamó: “Mami, mami, me gané el chance”, y yo le respondí: “A mí no me vas a joder, es 28 de diciembre”. Fue el 317, le metió diez mil pesos a ese chance. Surtió, compró marrano, trago, vino, ron, repartió de todo. Ese día se me rajaron las manos de tanto partir limón. Aquí las fiestas eran lo último en guarachas—.



Abuela y nieta

El próximo año Valentina estudiará en otro colegio, el Arzobispo Tulio Botero, en Los Caunces. Va para tercero, y la escuela del Ocho de Marzo solo tiene tres salones para preescolar, primero y segundo.

—Abuelita, ¿cierto que primero fue la escolita que el colegio? Mi mamá me cuenta que ella estudió en la escuela hasta quinto, pero el Arzobispo quiere acabar con la escolita y por eso todos los años le va quitando un grado.

Respira y continúa hablando:

—Yo no me quiero ir pal Arzobispo. Una vez estaban arreglando la escolita y nos llevaron para allá. A una niña se la llevaron forzada pal baño.

De eso están hablando abuela y nieta esta mañana de sábado. Blanca, la abuela, está recogiendo firmas para que la escuela tenga, como siempre, como cuando ellas la construyeron, hasta quinto. Emanuel, Isabella y Valentina están despiertos desde las ocho de la mañana. El abuelo acaba de irse a lustrar botas a la plazuela San Ignacio. Emanuel está más inquieto que de costumbre porque sabe que su mamá pronto lo llamará a saludarlo y le dirá que se porte bien.

—La Beatriz está toda alborotada —le cuenta Blanca a la periodista que lleva más de un mes subiendo al morro—. Montó un bailadero en un peladero arriba y está vendiendo guaro. Es que Rojas, ay, juepe-rra. Aquí todas hemos tenido fama de groseras y guerrilleras porque no

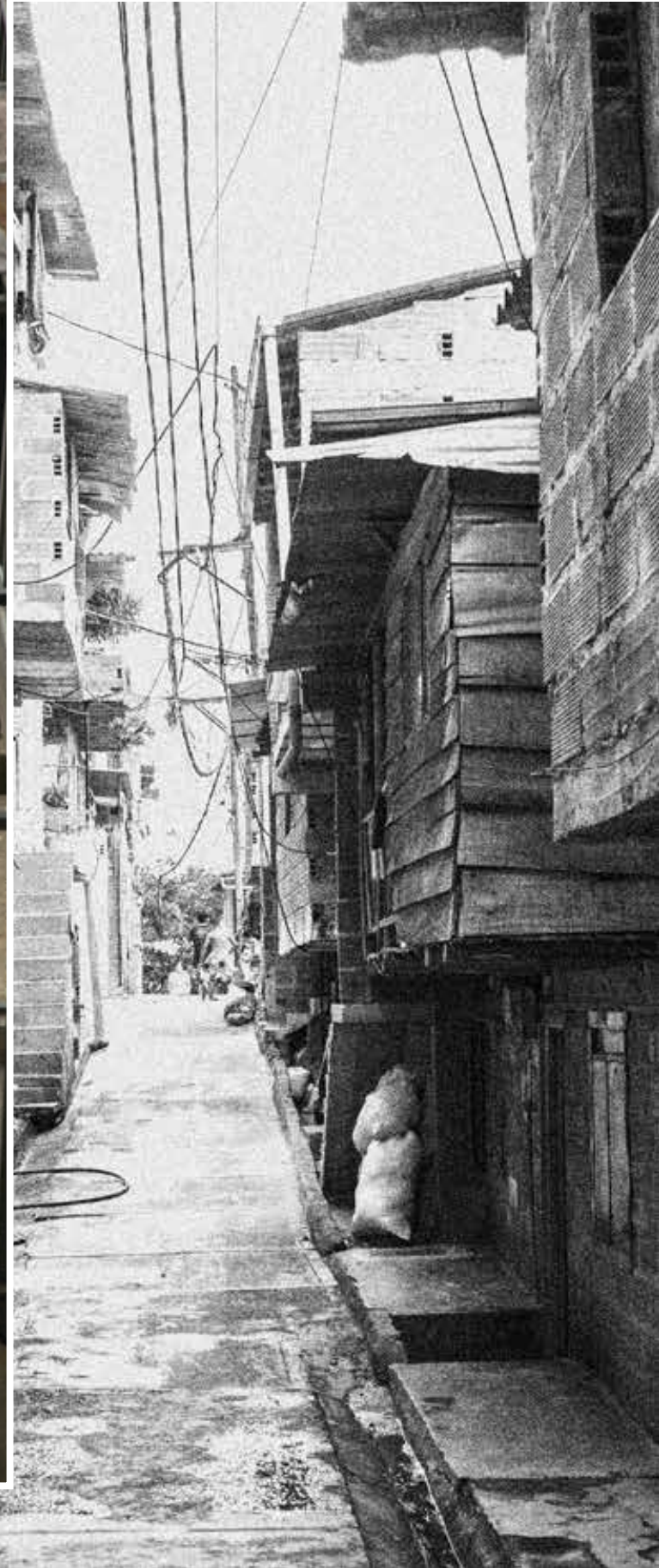
cargamos a nadie. Yo no lo niego. A mí me decían que un almuerzo, “tenga mi amor”; que un enfermo, “camine llevémoslo a la casa”; que había que tenerlo aquí y bañarlo y acostarlo, se le bañaba y se le acostaba.

Hace años que la gente del barrio se pregunta qué pasó con Blanca, por qué ya no sale a fiestas, por qué no va a las reuniones. Y ahí está ella, un sábado por la mañana, viendo a Peppa, una cerdita animada, con Emanuel. De todas las mujeres que llegaron hace treinta años, solo dos viven todavía en El Ocho: Beatriz y Blanca.

—El tío de Beatriz cogía a las niñas y las manoseaba, y un día lo cogimos y qué pela le dimos Cecilia, Beatriz y yo. Con un clavo en una tabla le bajamos la frente y se lo entregamos a la policía: “¡Perras, perras!”, nos gritaba. Aquí los ladrones no podían robar; teníamos una amiguita que tenía un trabuco y con eso nos defendíamos. Todas sabemos hacer lo que nos toque, menos robar; eso sí no lo hemos llegado a hacer.

Son las diez de la mañana y el sol empieza a enfurecer. En la misma calle de la casa de doña Blanca, Silvia Quinto y su madre, María Martínez —‘La Abuela’, la llaman todos en El Ocho—, arman los primeros patacones del sábado de fiesta en La Setenta. “Aquí se vive, se goza y nada de peleas”, dice Silvia. Las mujeres de un grupo del adulto mayor, entre ellas Beatriz, se alistan para salir a bailar a Villa Hermosa. El día, cualquiera que sea, despunta por el oriente. ♦







Los días sin miedo

Si una persona pudiera encarnar la historia de un barrio, la vida de Joaco sería la de Villatina.

‘El Flako’

Por Maria Isabel Naranjo

Allá arriba dicen que el cerro Pan de Azúcar es un volcán sin boca. Su pico redondeado sobresale entre la cadena montañosa del centro-oriental de Medellín como un tótem antiguo. A esa ladera de tierra amarilla llegaron campesinos desplazados por la violencia bipartidista (y en adelante de las otras violencias), subieron las mangas empinadas y arañaron la tierra para construir sus casas. Han pasado más de sesenta años, y se han levantado 35 barrios (dieciocho reconocidos legalmente como la Comuna 8) en el que hoy viven más de 137 mil personas.

El setenta por ciento de uno de esos barrios, Villatina, está construido sobre terrenos inestables que las autoridades han declarado en alto riesgo. Mide ocho calles y siete carreras, y allí está ubicado el primer camposanto de Medellín (el segundo en Colombia después de Armero).

Sentado en una banca, un hombre dibuja un mapa de la comuna en una hoja para señalar los lugares de una historia que hace rato no cuenta: la antigua acequia, que ya es una calle; la cancha de los pomales, que ahora es una Unidad de Vida Articulada (UVA); la Mano de Dios, que ardió en 2003; la capilla, cerca de donde hubo una masacre en 1992; las letras blancas en el cerro que dicen “Jardín” —tan grandes como alguna vez fueron las de Coltejer—; y, en el centro de todo, el lugar donde dejó de temer a la muerte.



José Joaquín Calle Ramírez acaba de cumplir 43 años y una de las frases que más repite es: “Un hombre que con la fuerza de su voluntad transforma el devenir catastrófico de su entorno y en medio de la muerte enaltece la vida”. La misma frase inscrita sobre la placa del monumento que construyó con sus amigos en 2007, cuatro años después de la desmovilización del bloque Cacique Nutibara de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).

Suelta las frases a cada paso, mientras subimos los escalones que conducen al monumento. Va lento, con el entrecejo fruncido y los ojos fijos en el suelo, como si escarbara recuerdos.

—Porque el camino recorrido, lleno de dificultades y de dolor, engrandece aún más los buenos momentos y abona con mayor vigor la semilla que hoy sembramos —dice.

Son frases que memorizaba en las tardes de encierro, de solar con árboles y cigarros de marihuana, cuando su amigo misterioso, el juez, el sabio loco, le contaba las historias de *Calila y Dimna*, el único libro que ha leído desde que dejó la escuela San Francisco de Asís, en cuarto de primaria.

—Ese loco vive en Envigado, pero es buen loco, un abogado teso. Él me decía “lea hermano, que tin, que vea”, y como yo no sabía leer casi, él mismo me leía a *Calila y Dimna*. También me decía que ni los libros ni la música ni las herramientas se prestan, pero me dejó ese libro. Y cuando lo abro, me meto como si fueran cosas que me hubieran pasado.

—Bueenas Joaco —le gritan al pasar.

En los periódicos de años recientes aparece como “reconciliador”. En 2014 fue personaje del año de la revista *Semana*, y ha figurado en las páginas de *El Tiempo*, *El Mundo* y *El Colombiano* como un líder social que recupera espacios verdes en la Comuna 8. Reconocimientos que no esperaba diez años atrás, cuando hacía parte de los 868 desmovilizados del bloque Cacique Nutibara, y menos hace veinte, cuando le decían ‘Calvo’, cuidaba el barrio y no sabía qué era el miedo.



El día que el nombre de Villatina apareció por primera vez en la prensa junto a la palabra “tragedia”, nadie sospechó que no sería la primera.

Sucedió el domingo 27 de septiembre de 1987 a las 2:40 de la tarde. Antes, en la transmisión del partido del clásico paisa en el Atanasio



Girardot, el locutor había dicho que era un día hermoso, con brisa. En la cancha de los pomales, el equipito de los Once Amigos –así los llamaban– había dejado a un lado la pelota para ir a almorzar. Bajaban por el morro aledaño cuando veinte mil metros cúbicos de tierra rodaron por el cerro Pan de Azúcar dejando más de 500 personas muertas y otras 1.700 sin hogar (dicen, porque de ese día no hay cuentas oficiales).

El estruendo que escucharon les pareció el del choque de un avión.

Joaquín, de trece años, corrió a buscar a su hermano, a quien había visto irse minutos antes con la camiseta sudada, los guayos viejos y una pantaloneta que él había usado muchas veces. Dijo que tenía mucha hambre y quería llegar primero a la casa, a la que, después de años de meterle material a punta de fiados en el depósito, le faltaban pocos adobes para dejar de ser un rancho de madera.

Era normal que los domingos a las nueve de la mañana el padre saliera con los hijos a misa en la capilla de la Virgen de Torcoroma y luego bajaran en bus a Junín o a Bolívar a ver películas de Bruce Lee o Jackie Chan. Era normal que después su padre jugara billar y tomara cerveza hasta las cinco de la tarde, y que su madre no estuviera porque trabajaba en Balalaika.

Pero ese domingo nada normal ocurrió.

Joaquín paró de correr en el lugar donde esa mañana todavía estaban las casas de los Jiménez, quienes ocupaban casi toda la cuadra. Donde antes había un solar, un patio, una sala y tres piezas, el niño trató de encontrar, debajo de la tierra, a su madre Lidia, a su padre José de Jesús, a sus hermanas Janeth y Lina, y a sus hermanos Hugo y Giovanni. Lo hizo el resto de la noche. Lo hizo la mañana y la tarde y la noche siguientes.

Ese domingo vio cómo los cuerpos de rescate y los vecinos equipados con palas desenterraban con vida a Mery, otra hermana, con su niña entre los brazos, y, más abajo, a su hermano Hugo. Tres días después, en el anfiteatro, reconocería la ropa que ese día usó Giovanni, lo que quedaba del rostro de su madre, la forma del esqueleto de su padre. Reconocería todo porque todo le pertenecía.

Los cuerpos de Janeth y Lina quedaron sepultados en el terreno, declarado camposanto días después por el cardenal Alfonso López Trujillo. Ese día, dice, la cal arrojada desde un helicóptero que sobrevoló el pico del volcán sin boca cubrió con un manto blanco la tierra amarilla.

De la familia de nueve solo quedaron los hermanos Joaquín, Duber, Mery y Hugo, huérfanos como centenares de niños de Villatina después de la tragedia, una de las diez catástrofes por deslizamiento más grandes que han ocurrido en el mundo, según datos del Centro de Epidemiología de Desastres de la Universidad Católica de Lovaina.



Es una noche fría de marzo. La montaña que subimos está iluminada por reflectores de luz blanca que resaltan la escultura de dos metros color café, dos brazos extendidos que sostienen con fuerza a un niño recién nacido. Cuando estamos cerca, un humo espeso de marihuana asciende y se dispersa hasta nuestras narices. Joaquín sonrío:

—Bueeenas Joaco —le dicen cinco pelaos que están sentados alrededor de la escultura quemando yerba.

—Buenas noches muchachos.

Los cinco se retiran como si hubieran recibido una orden y suben rápido hasta unas escaleras más altas. Joaquín se sienta en el muro que han dejado libre.

—Este es el monumento que hicimos nosotros, los carelocos que nos manteníamos por acá —dice—. Mi hermana Mery sobrevivió con su hija, pero la mayoría de gente que murió aquí estaba destrozada. Lo hicimos con ella. La idea era dejar un mensaje de esperanza, de que no todo murió con la tragedia.

La historia de la tragedia siempre empieza con las banderas del M-19 en el cerro Pan de Azúcar, a principios de los ochenta. Muchos recuerdan las reuniones con la gente en el colegio San Francisco de Asís, los robos a los carros de la leche y cuando repartían mercados.

—Quién iba a saber que iba a haber más de 500 muertos por causa de sus explosivos —dice.

En veintiocho años, ningún técnico ni geólogo ha podido convencerlos a ellos, los que vieron la tierra amarilla rodando por las laderas, de que la causa fue el agua represada de la acequia. Los textos de expertos dicen: “La masa físicamente se elevó —por el agua represada— y al caer atrapó el aire y descendió por la pendiente sobre un colchón de aire. Al caer, la masa comprimió el aire, por lo cual el sonido fue de un golpe seco”.

—Donde hubiera sido agua estancada como dicen, hubiéramos encontrado los cuerpos empantanados como Omaira, y no descuartizados.



Sin mesas ni sillas ni baños, lo que antes fue una capilla de madera que congregaba a familiares de las víctimas hoy es una estructura de concreto, negra, con un gimnasio al aire libre de día y un fumadero de yerba en la noche. Un diseño con el sello de la EDU que ganó el premio Santiago de Compostela en 2010, y con el que la administración municipal dice que evitó la invasión del lugar y advirtió a la comunidad sobre el peligro de habitar zonas de alto riesgo.

—Ahí quedaba mi casa, y fue donde hice la primera capillita para recordar a las víctimas —comenta Joaquín—. Orábamos, hacíamos lunadas y veíamos cine. Pero ahora, si vamos a hacer una reunión, no tenemos sillas dónde sentarnos, y así las tuviéramos no hay dónde guardarlas. La alcaldía insistió en construir un lugar así, abierto, y vea pa lo que sirve.

Mira alrededor los pequeños grupos de donde salen humaredas.

—Cuando yo era niño, los bazuqueros nos daban un ejemplo el hijuemadre: se encerraban en los matorrales y no se dejaban ver fumando de nadie. Ahora a los pelaos les gusta es que los vea todo el mundo. Vea que yo andaba con el juez y se me pegaron cosas del juez. Pero si los peladitos lo único que ven es mariguaneros, eso se les pega.

Dijo Dimna: “No vez acaso que el agua es más suave que la palabra y que la piedra es más dura que el corazón, y, sin embargo, si el agua corre sin cesar sobre la piedra, acaba dejando en ella su huella”.



En enero de 1988 Joaquín vivía en la casa de una tía en el departamento de Caldas, pero un día pensó que era mejor un parque, cualquiera, a una casa extraña donde todo giraba en torno a la plata que consiguiera para justificar su presencia. En la calle, esperaba que todo estuviera oscuro para acostarse en un rincón donde nadie lo viera, y a las cinco de la mañana, cuando sonaban las campanas y se abrían las puertas, entraba a la iglesia para protegerse del frío.

La vida en Caldas pasó así: dormir, pedir comida, dormir... Fueron seis meses o dos años, una época de la que recuerda poco.

—Yo era aburrido de la vida y no soportaba que me mencionaran nada que tuviera que ver con mi mamá porque iba encendiendo a puñaladas al que fuera. Yo le pedía a mi diosito que me llevara, y nada. Él me tenía pa otras cosas.

A los dieciséis años Joaquín ya tenía un balazo en la espalda y una pistola 7.75. Allá arriba dicen que si Bienestar Familiar no amparó a los huérfanos después de la tragedia, la delincuencia sí lo hizo.

Después de Caldas aterrizó en Bello —donde 85 familias damnificadas recibieron asesoría técnica para la autoconstrucción del barrio San Andrés—, y luego de que los combos le dieran los balazos en la espalda, llegó a Caicedo, donde la suegra de una de sus hermanas. Los muchachos del barrio lo recibieron con un arma para que se defendiera y lo invitaron a jalar carros con la banda de La Cañada.

—El primer carro que nos robamos fue una Mini Blazer.

Todos los días madrugaba a trabajar con Óscar y Edwin —ya muertos—. Robaban un carro por la mañana y otro por la tarde, y por la noche viajaban a Tuluá, a Montería o adonde tuvieran que llevarlo.

Cuando robaba, dice, lo hacía con diplomacia, según la moda del momento. Cuando estaban Los Pepes (Perseguidos por Pablo Escobar), decía: “Vea, nosotros somos de Los Pepes, nos demoramos media horita, no se ponga celoso que tin...”, y la gente le entregaba las llaves.

En el fondo pensaba que la plata de los carros de alta gama que se robaba solo la perdían las aseguradoras. Y en parte tenía razón. Los que más perdían dinero con los robos crearon Majaca (Muerte a Jaladores de Carros). Cada semana empezó a encontrar amigos desaparecidos cerca de la variante a Caldas, con un letrero que decía “Majaca”. Ahora piensa que ese diosito al que le habla con tanta insistencia desde hace diez años siempre lo protegió.

—Cierta día llegué a La 44, una oficina cerca de la Minorista donde nos manteníamos los jaladores de carros y los piratas terrestres, y me encontré con unos parceros que me advirtieron: “Sabés qué Calvito, movete de por aquí”, y yo: “Ah, todo bien mi viejo”, y arranqué otra vez. A la hora volví y me dijeron que se habían llevado a tres.

Dijo Chátraba: “No veo otro camino fuera de la lucha, porque no consigue con sus oraciones el que ora toda la eternidad, ni el caritativo con su caridad, ni el virtuoso con sus virtudes lo que con la lucha consiguen, sobre todo si luchan por una causa justa. Porque quien lucha por su vida, y la defiende, recibirá buena recompensa y dejará buen recuerdo, así resulte vencedor o vencido”.



En enero de 2004, unos meses después de la desmovilización, Joaquín creó la Corporación Camposanto en compañía de sesenta desmovilizados. Desde ese día sigue un ritual inalterable: se levanta a las siete de la mañana, prende su radio para oír *El Minuto de Dios*, corta hojas secas y controla bulbos, da charlas a grupos de colegios y guarderías que lo visitan, vende maticas, recoge reciclaje, sintoniza Latina Stereo, maneja taxi —desde hace cuatro años—, regresa a su casa y duerme.

—Mi señora me dice que descanse, pero yo le digo que cuando me muera. A uno con cuatro hijos le toca es trabajar, ¿sí o qué?

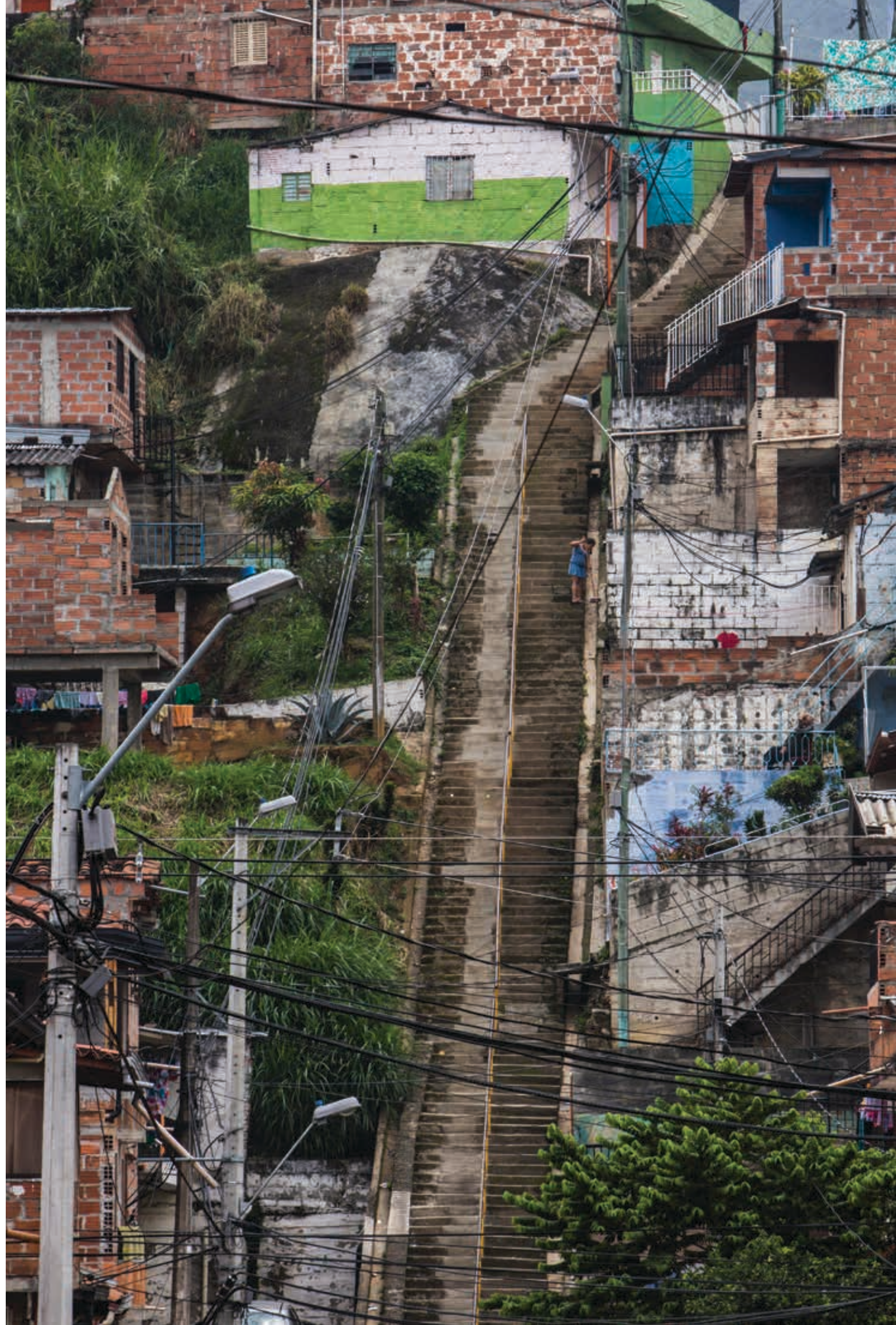
Su cara redonda y morena, con una sombra de barba plateada, está oscura por el humo de los carros que acumuló en los viajes de hoy. Dentro de cuatro meses trabajará con más de veinte personas, cuando la alcaldía le encargue la administración de la nueva aula ambiental del Cerro de los Valores, una escombrera que recuperó la corporación y ahora es huerta y jardín en terrazas ubicadas bajo una torre de alta tensión. Un laberinto de árboles y piedras con palabras pintadas —paciencia, perseverancia, esfuerzo, perdón—, que hoy hace parte del proyecto del Jardín Circunvalar.

A esta hora, ocho de la noche, está sentado bajo un carbonero mirando el paisaje nocturno. Abajo se ven ranchos de madera, calles empinadas, escaleras entre pasadizos estrechos; al fondo, la ciudad regada por las laderas en forma de titilantes luces amarillas.

—Antes todo eran milicias. Yo era muy pelao, pero me acuerdo mucho de cuando andaban esos grupos de diez o quince muchachos pa arriba y pa abajo.

Recuerda las banderas que ondeaban en las montañas. Al frente, en el Ocho de Marzo, estaban las del ELN; en La Sierra, las de las milicias del 6 y 7 de Noviembre —afines al ELN, los Comandos Armados del Pueblo y las Farc—; y en el Pan de Azúcar, las del M-19. También recuerda a la gente de Pablo Escobar entrando al barrio en Kalimas y Carevacas, y a muchos pelaos de Villatina yéndose a trabajar con ellos. Las peleas dejaron de ser con machetes y cuchillos porque los







cambiaron por fierros hechizos –changones–, y luego, con la plata que se movía en los noventa, por Mini-Uzis y metralletas. Entre 1990 y 1995 hubo 32.170 asesinatos en toda la ciudad.

—La zozobra eran las balaceras. En ese lado de allá —señala un sector a mano derecha—, un cuchito que vivía solo estaba desayunando y una bala traspasó los adobes de su casa. Lo encontraron como a los tres días con la cabeza sobre el comedor.

Las balas pasaban de morro a morro. Las madres de los muchachos que cuidaban el barrio les guardaban las armas, les ayudaban a hacer petardos y les llevaban aguapanela, pan y chocolate cuando se trasnochaban haciendo guardia.

—En esa época no había organizaciones que le mandaran a uno armamento, municiones, plata, entonces nos tocaba financiarnos a nosotros.

En 1997 comenzó a manejar el carro de uno de los duros que lavaba plata del narcotráfico. Se llamaba Henry, estudiaba en la Universidad de Medellín, y antes de convertirse en el contador de un mafioso vendía libros puerta a puerta.

—El man un día apareció con una mata de plata la hijuemadre, y como sabía que yo tenía dos fierros amparados me comenzó a llamar y me daba una plata larga no más por andar con él.

Durante tres años, Joaquín vivió en un edificio de nueve pisos en Sabaneta, con un millón de pesos mensuales.

—Uno anhelaba conseguir plata como esa gente, pero a punta de sueldo y de trasnochadera es muy tesoso.

Había pasado un mes desde que decidió retirarse y volver a cuidar el barrio cuando supo que a Henry lo habían matado con sus escoltas.

—Donde yo hubiera estado ahí, me hubieran pegao por nada.

En el barrio, los que siempre habían combatido a las milicias por su cuenta terminaron colaborando con el Bloque Metro de las Autodefensas, comandado por 'Doble Cero'. En 2000, poco después de que La Terraza se le rebelara a su jefe, 'Don Berna' negoció una "franquicia" de las Autodefensas para crear el Bloque Cacique Nutibara.

—Cuando menos pensamos, hacíamos parte de una organización. Éramos civiles, pero todos sabíamos que el patrón era Don Berna.

En total eran nueve comandantes desde La Sierra hasta Villa Hermosa. A la orden de combatir a las milicias y a La Terraza se sumó otra que no esperaban: matar a los que se negaran a abandonar el Bloque Metro, sus antiguos compañeros.



Todas las mañanas, cuando se levanta, Joaquín habla con Dios. Le reza con pedacitos que saca de *El man está vivo*, manual del padre Alberto Linero que compra cada mes.

—¿Sabe qué diosito? Si este va a ser mi último día, perdóneme todo; pero, bueno, yo voy es pa allá, la única arma que quiero es usted —le decía hace cinco años.

Esas conversaciones reemplazaron los versos militantes que aprendió en los entrenamientos en Santa Fe de Ralito, en Tierralta

(Córdoba). Uno de ellos decía: “Por las almas retornamos los derechos de los esmerados, enfrentando al enemigo por la falta del Estado. Empuñando fusil y equipo campesino, defenderé de la subversión a mi país. Yo defenderé, ¡oh autodefensa gloriosa!, y en el pecho llevaré el Estado de derecho, libertad, familia y fe”. Otro, que resultó ser uno de los siete sonetos medicinales del poeta Pedro Bonifacio Palacios, rezaba: “No te sientas vencido aún vencido; no te sientas esclavo aún siendo esclavo; trémulo de pavor siéntete bravo, y a combate feroz llama un herido. Ten la intención de un clavo humedecido, que aún viejo y ruin vuelve a ser clavo, no como la cobarde intrepidez del pavo, que maja su plumaje ante el primer ruido. Posee como Dios que nunca llora, como Lucifer que nunca reza, como robleal cuya grandeza necesita del agua y no la implora. Grita Lucifer a vengador, ya rodando sobre el polvo su cabeza (sic)”.

Durante el proceso de desmovilización, después de una reunión en Tierralta, conoció a Don Berna. Iba detrás, en una camioneta, y se bajaba para abrirle los portones. Cuando llegaron a la finca se lo presentaron, se sentaron en la misma mesa y conversaron. El tema fue la importancia de hacer algo diferente para recuperar la confianza de las comunidades.

—El día que supe de la desmovilización, fui al camposanto a conversar con Dios, y le decía: “Ah, vamos a ser buenos, vamos a hacer que la gente nos vea diferente”.

Eran 78 los líderes desmovilizados que la gente llamaba “señores” y hacían labores sociales en Medellín, según un artículo de la revista *Cambio* escrito por Gloria Castrillón en 2005. En esa época, Don Berna financió granjas, comedores infantiles, la recuperación del cerro Pan de Azúcar como destino turístico, brigadas de salud, reinados populares, escuelas deportivas y campeonatos de videojuegos.

—En navidad hacíamos pesebres por todos lados y Don Berna nos mandaba un carrado de regalos que repartíamos entre dos mil o tres mil niños. Él sabía cuáles líderes hacían labor social, y no nos faltaba absolutamente nada. Ahora ya no, ahora ya todo se acabó.

Dijo el cuervo: “Solo encuentra el que busca y solo ve el que goza de la vista. En nuestro caso, el hambre que hemos venido padeciendo nos ha aniquilado la vista y la razón; sin embargo, hemos encontrado una solución con la que aseguramos la abundancia y el triunfo sobre la necesidad”.



Joaquín lleva una camiseta gastada de color azul, una gorra roja, unas botas café y unos pantalones de jean con tierra del jardín que sembró esta mañana: san joaquines, camarones amarillos y durantas. Se pasea de un lado a otro en un salón del Cerro de los Valores, donde tiene una pared llena de fotografías quemadas por el sol. En ellas aparecen sus amigos Henry, ‘El Pillo’; Luis Eduardo, ‘Bart’; Ómar Gil, ‘El Tío’; Andrés, ‘El Gato’; Alberto, ‘El Mono’; Jhony, ‘La Chinga’; ‘Julito’ y ‘Cesarín’. Aparecen también las madres caminando a su lado, las marchas, los convites, los recortes de prensa de la tragedia y algunos que devuelven la esperanza. Son las imágenes que ha guardado desde que comenzó a documentar el proceso de recuperación del camposanto y el del Cerro de los Valores.

Abre la puerta de una oficina, se sienta en un escritorio, saca un plegable que explica lo que hace la corporación, y algo le recuerda una historia. Después de la desmovilización recibió una carta de puño y letra de Don Berna donde le decía que era el designado para seguir las banderas de Alberto Cañada, su antiguo líder, y combatir a Juan Camilo Naranjo Martínez, alias ‘El Gomelo’. La policía lo señalaba como el principal agente desestabilizador del orden público por estar en guerra con la organización Caicedo, que vigilaba los intereses de La Oficina de Envigado.

—En una reunión me dijeron: “¿Qué armas necesita?”; y yo les dije: “¿Saben qué?, para lo que nosotros tenemos que hacer en nuestras comunidades no necesitamos armas”, y se rieron.

Diez de sus amigos sí aceptaron y hoy están pagando entre treinta y cuarenta años de cárcel.

—Han pasado miles de tormentas y yo sigo aquí, tomando aguapanelita con la comunidad. Me he encontrado con manes de otros combos, y me dicen: “El jefe nos reúne y lo pone de ejemplo es a usted, hermano”. Dios nos abrió un camino diferente y nosotros supimos aprovechar, así fuera a lo Chapulín Colorado: sin querer queriendo, recuperamos un patrimonio histórico de una ciudad sin memoria.



La casa de Joaquín está ubicada en una esquina de la parte baja de Villatina, en el sector de Los Charcos. Es un segundo piso al que se accede por unas escaleras de madera, con las paredes pintadas de palo de rosa. Las cortinas traslúcidas dejan ver una tele encendida, y a Camila, de dieciocho años, hija de su segunda mujer, y a José David, de once, hijo de la cuarta y última, acurrucados debajo de las cobijas.

Son las nueve de la noche y en el balcón está parada Kathy, su mujer desde hace diecisiete años, diciendo:

—Hace rato no se quedaba hasta tan tarde en la calle —lo mira de reojo con una rabia amorosa—. Es que no sabés lo que me ha tocado lidiar con él.

En la calle, los buses que vienen del Centro pasan llenos de gente.

Joaco la mira —con un brillo en las pupilas que nunca desaparece—, la abraza por la espalda y dice:

—A mí ya me da miedo hacer las cosas de las que era capaz antes. Ahora le tengo miedo a la muerte. ♦



Ayacucho de puertas para afuera

Por Luis Fernando González Escobar

Por la calle Ayacucho, sobre ruedas neumáticas, avanza silencioso el tranvía eléctrico, la más reciente intervención en la histórica vía. El bullicio y suplicio contaminante de los buses, que predominó por más de setenta años, se ha ido a otras calles aledañas y ha dado lugar a un espacio urbano donde el tranvía convive con el peatón. Pero las obras del nuevo tranvía –ejecutadas entre finales de 2013 y finales de 2015– no solo transformaron radicalmente la vía y el sistema de movilidad, sino también la misma arquitectura, al punto de configurar una nueva fachada urbana que solo ha dejado en pie algunos ejemplos históricos sobresalientes, luego de la demolición de un buen número de casonas y viviendas que sobrevivieron a los avatares del tiempo y a los cambios del siglo XX pero sucumbieron a la última “avanzada del progreso”.

Bautizada en homenaje a la batalla independentista del 9 de diciembre de 1824, que dio fin al Virreinato de Perú y se considera una de las últimas grandes batallas terrestres hispanoamericanas, la calle Ayacucho no se extendió más allá de la antigua Plazuela de San Francisco –hoy de San Ignacio– hasta la década de 1870 porque la quebrada La Palencia impedía su extensión hacia el oriente de la villa. La construcción de un puente en bóveda entre 1873 y 1875 por los alumnos de la Escuela de Artes y Oficios, bajo la dirección del maestro Enrique Haeusler, sirvió para extender la calle y transformarla en un gran eje urbano, pues se convirtió en la vía de ingreso y salida de la ciudad a través del denominado Camellón o de Oriente, luego renombrado como Camino Departamental de Medellín a Rionegro.

Precisamente en el extremo oriental de la calle Ayacucho se ubicó la famosa Puerta Inglesa, la cual servía como límite urbano y daba la bienvenida a la ciudad. Entre la plazuela y la Puerta se adelantó, en el último cuarto del siglo XIX, uno de los primeros desarrollos urbanos de la ciudad, que daría forma a los barrios Buenos Aires y, posteriormente, Gutiérrez, Miraflores y el Barrio Oriental del Salvador.



Sus terrenos estaban ubicados en áreas donde la élite local había construido sus casas de campo, como el caso de Coriolano Amador y su finca Miraflores, o el de Ricardo Botero, quien construyó su palacete en 1897 a partir de un proyecto del francés Francisco Navech. Todo este desarrollo urbanístico se agrupó alrededor del templo de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, solicitado desde 1896 por los vecinos de Buenos Aires, Quebrada Arriba y El Cuchillón, pero que solo empezó a construirse en 1902, con diseño del mismo Navech, y se terminó hacia 1931 después de múltiples esfuerzos.

Todo este sector fue impactado por la inauguración de la plaza de mercado del Barrio Oriental del Salvador en 1891, la cual se conocería luego como Mercado de Flórez. En las inmediaciones se construyeron edificios como el Comercial, diseñado por el arquitecto francés Charles Carré, y fábricas como la Cervecería Tamayo –sobre la carrera Giraldo– y Coltejer –construida por el arquitecto Enrique Olarte entre 1907 y 1909–.

Otro hecho que tuvo repercusiones en buena parte de la ciudad de finales del siglo XIX fue la construcción del “depósito de decantación” o “desarenadero” del acueducto de Medellín, en la esquina de la calle Ayacucho con la carrera Villa, donde antes estuvo el sitio de distribución de aguas del acueducto sur de la ciudad. Las obras fueron diseñadas y construidas por el ingeniero Antonio J. Duque en 1896. A este depósito llegaban las aguas procedentes de La Toma –ubicada en la finca Las Perlas–, por acequias que llevaban las aguas de las quebradas Santa Elena, La Castro, Aguas Claras y Pan de Azúcar. Del desarenadero las aguas salían por Ayacucho, para ser distribuidas en las casas de familia, los negocios y las pilas públicas ubicadas al sur de la ciudad, es decir, desde la quebrada Santa Elena hasta el sector de Guayaquil.

En la transición entre el siglo XIX y el XX se consolidó este importante sector de la ciudad, cuyo eje sería la calle Ayacucho, donde se construyeron muchas edificaciones de arquitectura doméstica, que iban desde las casas más elementales y simples, pasando por las grandes casonas de generosos patios empedrados, fuentes y baños de inmersión, hasta los palacetes suburbanos de los que ya se mencionaron algunos ejemplos. La mayor parte de estas viviendas eran de tapia, con portadas y ventanas de madera y barrotes de hierro o madera, y techos de teja de barro con sus respectivos aleros.

En algunos ejemplos de arquitectura comercial, y en la propia iglesia de Buenos Aires, se utilizó el ladrillo, que había empezado a ser común en la ciudad desde finales del siglo XIX. Otro de los cambios relevantes del sector fue la renovación de la iglesia de San José. La reforma se inició en 1893 por problemas en las maderas y en las estructuras, por lo cual se construyeron nuevas columnas y la bóveda central, aunque se mantuvo la distribución espacial en planta y los muros exteriores de tapia, de acuerdo con el diseño del francés Charles Carré, el mismo autor del de la Catedral, en construcción en ese momento. La fachada, que terminaba en una espadaña, fue transformada radicalmente por el diseño del jesuita Félix Pereira, y entre 1896 y 1902 se construyó una de ladrillo que tenía dos cuerpos principales divididos en tres calles, con una torre superpuesta en la calle central, rematada en una bóveda claustral escamada. Es un trabajo preciosista en el uso del ladrillo, lo cual se evidencia en todos los componentes decorativos incorporados, desde los ladrillos tradicionales hasta los que fueron especialmente diseñados para las columnas o capiteles y para enmarcar las jambas de los vanos de puertas y ventanas.



A la nueva fachada de la iglesia se sumó la ampliación del atrio para configurar una plazoleta, donde se instaló en 1909 una pila en cuya construcción trabajó el arquitecto Antonio J. Duque, pero cuyo diseño y figuras fueron elaborados por el artista Francisco Antonio Cano. La llamada "Fuente de Cano", suma de arquitectura civil y obra artística, fue considerada en su momento como "una escuela de buen gusto al aire libre", pese a la falta de armonía señalada por Emiliano Jaramillo en la revista *Alpha* en junio de 1909, aunque el crítico resaltaba los detalles y la idea del "eterno retorno" y el "constante renacer de la vida" representado en cada uno de sus elementos. Los broncees que formaban el conjunto, vaciados por Cano, fueron los primeros de la ciudad, antes de la escultura de Atanasio Girardot instalada en la plazuela de La Veracruz en 1910.

La imagen bucólica de Ayacucho como una larga calle en tierra, flanqueada por árboles y enmarcada por una fachada continua de casas de un piso con muros encalados y techos que se acomodaban a la pendiente del terreno, empezó a cambiar cuando fue construido el tercer tramo del tranvía, inaugurado el 1º de diciembre de 1921. A partir de ese año la arquitectura de este eje acentuaría su modernización, que se había iniciado con las obras de transformación del Paraninfo de la Universidad de Antioquia. La ciudad vivía un fervor modernizador en sus fachadas, y cambiaba el viejo encalado por una decoración aplicada mediante el revoque en cemento y la elaboración de variados ornamentos historicistas. Los vanos de puertas y ventanas fueron enmarcados con columnas y frisos, los aleros fueron reemplazados por cornisas, los bolillos de madera dieron paso a las rejas metálicas, y al uso modernizador se sumaron jarrones, florones, guirnaldas y un

largo etcétera de componentes decorativos. El clímax de ese momento urbano fue el Paraninfo, cuyas obras fueron diseñadas y dirigidas por el arquitecto autodidacta Horacio Marino Rodríguez, quien entre 1913 y 1915 levantó el viejo claustro franciscano de dos a tres pisos, y le dio a la portada la imagen de un templo del saber con columnas jónicas rematadas en un frontón triangular.

Pero fueron las obras del tranvía en la década de 1920 las que incentivaron y aceleraron el cambio arquitectónico del conjunto urbano de Ayacucho, mediante la modernización de otras fachadas y la construcción de nuevas edificaciones de acuerdo con los cánones estéticos dominantes. Un buen ejemplo de ello es el local de la esquina de Ayacucho con la carrera Pascasio Uribe, donde se instalaría el café Cyrano, edificio construido en 1926 que se emparenta con la arquitectura del Paraninfo por medio de su esquina ochavada, sus vanos enmarcados y decorados, y sus balcones salientes sobre ménsulas y rejas metálicas.

Así, desde la década de 1920 varias obras de arquitectura doméstica e institucional fueron levantadas sobre los lotes del sector o en locales en desuso –como el mismo desarenadero–, con proyectos que respondían a los nuevos ideales estéticos. La calle Ayacucho fue un buen ejemplo del variado repertorio al uso en la ciudad durante el segundo cuarto del siglo XX. Las viviendas dejaron de ser de un piso y se construyeron de dos o tres, y en algunos casos se imitó la idea del palacete o la villa. Se incluyeron torreones, frontones triangulares o frisos de muy variada factura para las fachadas, en las cuales se incorporaron también molduras y recuadros con decoraciones geométricas, vegetales o florales, e imitaciones de los almohadillados propios de la cantería. En términos materiales, se pasó de la tapia al



cemento, luego al ladrillo y al cemento, y posteriormente al concreto armado, y se incorporaron el granito y la gravilla lavada para los acabados exteriores.

Otro referente arquitectónico de las obras construidas en Ayacucho en la década de 1920 es la Escuela de Derecho de la Universidad de Antioquia, diseñada por el arquitecto belga Agustín Goovaerts, quien en ese momento era el Ingeniero Arquitecto del Departamento de Antioquia. La obra fue iniciada en 1926, y para 1935 aún estaba en construcción, aunque ya bajo la dirección del arquitecto Gonzalo Restrepo Álvarez. Pretendía ser una muestra más del catálogo historicista en el que Goovaerts quiso convertir a Medellín para enseñar a los arquitectos locales la estilística arquitectónica occidental. Después del dilatado proceso de construcción, la obra pudo mostrar su imagen Luis XVI, como denominaba el estilo su autor –Renacimiento Francés–, que se evidencia en su composición y en sus elementos decorativos. Años después, entre 2006 y 2007, la obra sería restaurada por un equipo de arquitectos encabezado por Clemencia Wolf.

Durante las tres últimas décadas del siglo XX, Ayacucho experimentó un fuerte cambio que empezó en 1966, cuando se construyó la diagonal que conecta esta calle con la calle Colombia –entre las carreras Junín y Palacé, en el Parque Berrío–, y concluyó en 1976, cuando se terminó de construir la primera etapa de la Avenida Oriental. Estas intervenciones viales marcaron el nuevo rumbo de Ayacucho, pues la función residencial fue desplazada por la actividad comercial.

En primer lugar, la conexión Colombia-Ayacucho estableció una vía continua entre el occidente y el oriente, algo que no tenía la ciudad hasta ese momento, de tal manera que se convirtió en un gran eje de movilidad entre Medellín y Rionegro. En segundo lugar, la Avenida Oriental desligó el corredor de Ayacucho del corazón histórico de la ciudad, y cortó el cordón umbilical que unía las iglesias de San José y San Francisco con la parte más central. Además, la apertura de la Avenida Oriental tuvo como agravante la desaparición de la carrera San Félix, una calle menor, amable, que le brindaba una fachada occidental tanto a la iglesia como a la plazuela. Adicional a ello, dicha plazuela quedó reducida a un pequeño espacio de donde pronto desapareció la fuente de Cano, reemplazada por una en mármol en homenaje a San José; el poco espacio que quedó fue convertido en un parqueadero, y aunque años después se reimplantó otra fuente, esta es solo una copia de la original y carece de la calidad y cualidades de la anterior.

Con el paso de los años el efecto de la Avenida Oriental se extendió a la calle Ayacucho, que se volvió cada vez más comercial y de servicios, con la consiguiente expulsión de sus habitantes tradicionales hacia otros barrios o sectores de la ciudad a partir de la década del setenta. Todo ello repercutió en la arquitectura, pues pronto aparecieron edificaciones de mayor altura; algunos ejemplos, muy pocos, de arquitectura funcionalista, especialmente en ladrillo, fueron de calidad, pero



Calle Ayacucho, 1900.

fueron más los edificios de dudosa o mala calidad, cuyo principal propósito era la renta. Aun así, un buen número de casonas resistió. Unas pocas conservaron su carácter residencial, otras fueron subdivididas y adaptadas para locales comerciales, y la mayoría fueron transformadas en sedes institucionales como colegios, cooperativas, organismos gubernamentales, laboratorios clínicos, entre otras.

Algunos trayectos de Ayacucho se convirtieron en verdaderos fragmentos arqueológicos de la arquitectura historicista. Aunque deformadas y fragmentadas, con vanos abiertos para los locales comerciales, la mirada atenta y pausada puede percibir, por encima de los espantosos avisos publicitarios, el antiguo esplendor de estas edificaciones, en las claves florales o geométricas de los arcos de las puertas, en las cornisas y frisos denticulados, florales o lobulados. Un enorme repertorio que habla tanto de las demandas sociales como de la capacidad de apropiación y creación de los maestros y artesanos locales. Un muestrario olvidado y sin dolientes.

Para la última década del siglo XX era evidente el deterioro y la supervivencia de esta arquitectura residencial. Entonces comenzaron a ser demolidas algunas de estas casonas con muros de tapia encalados, papeles de colgadura e, incluso, pinturas murales; carpintería de madera y contraportones de vidrios de colores; cubiertas y columnas de madera trabajadas primorosamente; cielorrasos de cañabrava emboñigada y tejas de barro; patios interiores, baños de inmersión y solares con árboles frutales, además de otras virtudes. Como aquella con la nomenclatura 37-57, demolida a finales de 2006.



Paseo Buenos Aires, s.f.

Se pensaba que tal “arquitecturicidio” no volvería a ocurrir y que las posibilidades de conservación aumentarían, pues Ayacucho fue calificada como “corredor de interés patrimonial” y se propuso que varias de sus casas fueran incluidas entre los bienes culturales municipales cuando se elaboró el Plan Especial de Protección Patrimonial de Medellín –PEPP–, aprobado en el Acuerdo 23 del Concejo el 29 de abril de 2009. Pero pese al interés del equipo técnico del PEPP, misteriosamente las casas no quedaron en los listados y, por tanto, no fueron protegidas.

Cuando el proyecto del nuevo tranvía eléctrico fue viable y se adjudicaron las obras a principios de 2012, la arquitectura de todo el corredor quedó sentenciada. Sin que se hubieran iniciado propiamente las obras, el acumulado histórico y la memoria urbana fueron condenados inexorablemente a la desaparición. Casas modernistas y casonas decimonónicas fueron demolidas para dar paso a torres de apartamentos, especialmente de las denominadas Viviendas de Interés Social, VIS –aunque algunas de ellas resultaron ser falsas VIS–, sedes educativas y centros comerciales.

Ya no queda nada del paisaje bucólico de hace menos de cien años, cuando el primer tranvía eléctrico transitó entre casas de un piso. Torres de cemento y ladrillo, de mala calidad arquitectónica, peor factura constructiva y pobres cualidades habitacionales, dominan ahora el perfil urbano. Las pocas casas y casonas sobrevivientes quedaron descontextualizadas, y están en proceso de deterioro y a la espera de un comprador que llegue a demoler para construir locales comerciales y más torres de apartamentos.

En las demoliciones que se derivaron de la construcción del tranvía hubo, al menos, un acto destacado de memoria urbana. En la esquina de Ayacucho con la carrera Villa, debajo de una casa modernista construida en la década de 1930, se conservaron las huellas del antiguo desarenadero del acueducto sur de la ciudad de fines del siglo XIX. Del subsuelo emergieron los restos de tanques, canales, compuertas, túneles y otros componentes técnicos en ladrillo que la construcción de la casa había ocultado. Ahora son el soporte de la plaza de la estación Pabellón del Agua EPM del tranvía, que con una caja de arquitectura contemporánea, y un espacio urbano cualificado por este valor histórico, memoriza la relación de una ciudad y su sociedad con el agua. Tal vez esto sirva como un pequeño acto de desagravio ante la magnitud de la transformación de la fachada urbana, mientras rueda silencioso el tranvía del siglo XXI. ♦







Puente la Toma, s.f.

Días de arrabal

Por Ricardo Aricapa

Para empezar, La Toma no es un barrio, es apenas un sector del cercano oriente de Medellín, largo y estrecho como una longaniza porque creció en las franjas de retiro de la quebrada Santa Elena, que allí corre a cielo abierto. Pero es un sector con identidad y una larga historia, que es realmente lo único que tiene. Como Lovaina, La Bayadera, Barrio Antioquia y otros barrios que cogieron ese tono oscuro de callejón y en su tiempo fueron muy nombrados, sobre todo en la crónica roja de los periódicos, y que ahora, como el caminito del tango, son sombras que el tiempo borró.

Porque eso es La Toma versión 2014, o pronto será: una sombra no más, por la transformación urbana que está sufriendo la zona. La parte baja cambió por completo con la construcción del Parque Bicentenario y la Casa Museo de la Memoria, y la parte alta seguramente cambiará sus usos y costumbres cuando se construya la estación Miraflores, la más grande del tranvía de Ayacucho y punto de anclaje de uno de sus metrocables. Entonces La Toma será otra cosa, solo quedará su recuerdo y su mala reputación, que no se quita ni con papel de lija.

Todo empezó con mon y velarde

La historia de La Toma arrancó bien temprano. Exactamente cuando el oidor español Mon y Velarde ordenó construir la primera acequia que tomó el agua de la quebrada Santa Elena para llevarla a una fuente instalada donde hoy está el Parque Berrío. También hizo construir un puente que un siglo después arrasó la creciente. Se reconstruyó de madera y se mejoró con barandas y techo de tejas, y en sus inmediaciones brotaron fondas donde los arrieros descansaban mientras sus mulas tomaban agua de la quebrada. De ahí el nombre de la zona: La Toma, también llamada Campo Alegre por una famosa cantina donde el poeta Abel Farina compuso sus primeros versos.

Diez cuadras más arriba se construyó la primera hidroeléctrica de Medellín, otro aporte de la Santa Elena al progreso de la ciudad. Los asombrados parroquianos vieron encenderse, como por arte de magia, 150 luces de arco, la misma noche en que 'Marañas', popular loco de la época, proclamó su célebre frase: "Te jodiste luna, de hoy en adelante te vas a tener que ir a alumbrar pueblos".

En La Toma el cambio se aceleró cuando los hermanos Echavarría, ricos importadores de telas, tuvieron capital para montar una fábrica y producir sus propios textiles, medio kilómetro abajo del

puente de madera, al lado de la quebrada. Así nació Coltejer en 1907, con cuatro telares y diez obreros que diez años después ya eran 130.

Hasta ahí llegó la bucólica vida de La Toma, por entonces un caserío de mazamorreros, areneros y señoras que lavaban ropa por encargo; un paraje pintoresco de casas de tapia y bahareque, con charcos cristalinos adonde iban a pasear las gentes de la ciudad. Pero con los telares llegaron los obreros, muchos de ellos forasteros que construyeron sus casas a la vera de la quebrada.

La Toma se fue densificando y expandiendo paralela a la vecina calle Ayacucho, que tuvo tranvía a partir de 1921 y era el eje vial de Buenos Aires, en ese entonces un barrio sembrado de casaquintas y habitado por familias conspicuas; La Toma, con sus casas obreras e inquilinatos, venía siendo el primo pobre de la familia. No en vano allí, en el puente de La Toma, exactamente el 1° de mayo de 1925, un grupo de artesanos, obreros y maestros de obra proclamó a María Cano, célebre líder sindical de entonces, como 'Flor del Trabajo'.

Algunos caserones eran inquilinatos donde los obreros y obreras pagaban pieza por mensualidades, en una ciudad ya metida de pies y manos en la dinámica del progreso, alimentada por el auge industrial y urbanizador y las migraciones desde los pueblos. Así crecieron Boston por un lado y Buenos Aires por el otro, y nacieron barrios de artesanos y obreros como Villa Hermosa y Enciso.

Los años del tango

Coltejer aprovechó la coyuntura propiciada por la Segunda Guerra Mundial y se modernizó. Para 1945 generaba cuatro mil empleos y operaba 1.900 telares en tres factorías, la mitad en ellos en Coltefábrica, como se llamaba la de La Toma.

Rodrigo Ospina, un niño entonces, recuerda que cuando iba a llevarle el almuerzo a su padre, obrero en Coltefábrica, veía que empleaban a casi todo el que llegaba preguntando por vacantes. Y cuando fue mayor, él tampoco encontró obstáculo. Llegó a la sección de crudos, donde había una ruidosa máquina desmadejadora de algodón. La 'Diabla', la llamaban, porque echaba fuego y era peligrosa. Tenía



Puente de Hierro, c.a. 1910.

un buen récord de manos cercenadas. Ni el propio administrador de la fábrica se salvó de sus cuchillas. Una vez, mientras intentaba demostrarle al inspector laboral que la máquina no mochaba manos por maldad sino por descuido de los obreros, perdió una mano.

Buena parte de la vida de La Toma giraba en torno a Coltefábrica, y como las vacaciones allí eran colectivas, los diciembres eran fenomenales. Los obreros salían con los bolsillos llenos y cargados de aguinaldos, porque los patrones de entonces, dice Rodrigo, eran paternales, les gustaba hacer de Papá Noel en navidades. También se volvieron costumbre los matrimonios colectivos entre obreros y obreras; veintidós parejas recién casadas llegó a contar Rodrigo en un diciembre. Los bailes se multiplicaban y las casas se abrían para que entrara todo el que quisiera, y en El Hoyo de Misiá Rafaela, un callejón ciego por donde ni hoy pasan carros, las verbenas en las noches de las velitas eran multitudinarias.

El puente de La Toma era otro epicentro de encuentros, pero ya no de madera sino blanco, de cemento armado, porque debía soportar los buses de escalera que prestaban servicio público en la zona. En sus esquinas estaban los bares más animados, de tangos en semana y de

rumba cubana sábados y domingos. Entre ellos estaba el Barcelona, que le hacía contrapeso al Viejo París, el legendario bar de tangos de Enciso.

Pero muy pocos –barrio pobre al fin de cuentas– podían ir al encopetado Club del Comercio vecino de La Toma, en Miraflores, el bailadero más grande de la ciudad, donde tocaban las orquestas del momento: Lucho Bermúdez, la Italian Jazz, Edmundo Arias, Pedro Laza, el Sexteto Miramar...

También había fervor por el fútbol. La Toma fue cuna de buenos jugadores, Rodrigo entre ellos. Los partidos se jugaban en la cancha de Miraflores, la más vieja de Medellín, y en la de Alejandro Echavarría, una urbanización que Coltejer construyó para sus obreros arriba de La Toma. Gracias a ese fervor Rodrigo ganaba mejor sueldo, pues incluía prima por hacer parte del equipo de la fábrica. Y era bueno, dice. El primer gol oficial en el Atanasio Girardot lo marcó él, a mucho honor, en el partido inaugural entre las selecciones de Antioquia y Valle. Le propusieron entrenar con los profesionales, pero se negó porque implicaba retirarse de Coltefábrica, donde tenía el porvenir asegurado, mientras que en el fútbol el presente duraba poco y el futuro era incierto.

Los años del porro

Y llegaron los años sesenta. Ruderico Salazar, actor del Pequeño Teatro nacido y criado en La Toma, cuenta en una obra su nostalgia de aquella época dorada: los años del porro.

En la nomenclatura oficial La Toma ya figuraba como parte del barrio Caicedo, con la cola incrustada en el barrio Boston. Seguía siendo un sector marginal, de familias de obreros, albañiles, carpinteros y artesanos, pero también de vagos y malevos que con alguna frecuencia lograban que figurara en las páginas de los periódicos como zona tenebrosa.

La ciudad había cambiado. A los jóvenes que crecían en los barrios y a quienes llegaban de los pueblos en busca de oportunidades, o empujados por la violencia, ya les era difícil emplearse. Conseguir coloca en Coltejer era como ganarse la lotería, recuerda Ruderico, razón para que las laderas vecinas a La Toma empezaran a poblarse a la pirata, por la vía de fincas loteadas en las que la gente construía sin planeación: una casa aquí, otra más allá; o por invasión, a la brava, levantando ranchos que la policía tumbaba de día y la gente reconstruía de noche, y a ver cuál se cansaba primero. Así nacieron, en torno al cerro Pan de Azúcar, los barrios Villatina, Llanaditas, La Libertad y otros que ejercieron presión social sobre los barrios viejos de la parte baja, como Caicedo La Toma, que tuvo que tomar precauciones que antes no necesitaba. La seguridad ya no estaba garantizada.

Pero seguía siendo un barrio alegre, propenso a la música y al baile, sobre todo el porro, que competía con el tango y la música caribeña en los tocadiscos de las casas y las rocolas de los bares, donde sonaban mucho *Juan Onofre* y *Mujeres feás*, himnos de La Toma.

Y seguía siendo cantera de futbolistas para el Medellín y el Nacional, aunque más para el primero. La Toma ha sido más del DIM, dice Ruderico. Precisamente un tío suyo, Jaime Salazar, jugó en este equipo. Era petiso pero fuerte, y una rana saltando, nunca lo banquearon. En el DIM también jugaron los hermanos Velásquez, Néstor Herrera y 'Toto' Hernández, hombre grandulón, ronco, juerguista, que vestía de sombrero alón, zapatos blancos y camisas hawaianas, amigo de todos y generoso con la plata.

Un paseo por la toma

Guiados por los recuerdos de Ruderico y de otros entrevistados, recorreremos La Toma de los años sesenta a vuelo de pájaro, de arriba hacia abajo, haciendo las debidas paradas en bares y cantinas.

Empezamos en La Planta, punto hasta donde llegaba la parte urbanizada. De ahí para arriba solo había fincas con potreros donde pastaban vacas y florecían guayabos, búcaros, nísperos y carboneros, además de un rastrojero llamado Ratón Pelao, donde una banda de

asaltantes bancarios que medraba en la zona solía darse bala con los detectives de la policía comandados por Ramón 'Hueso', el más valiente de todos. Y estaba la quebrada Santa Elena, que allí corría relativamente limpia y tenía charcos memorables, como El Amazonas y El Remolino, adonde la gente iba en paseos de olla.

Cerca de La Planta estaba el camino al letrero de Coltejer en el cerro Pan de Azúcar, de letras de diez metros de altura que prendían de noche, luces verdes y rojas que se divisaban desde todo el Valle de Aburrá. Fue una estrategia publicitaria de Coltejer, imitación del famoso aviso de Hollywood que salía en las películas. La subida hasta allí se volvió paseo obligado. La gente llevaba fiambres y se quedaba hasta las seis de la tarde para calcular el tiempo que tardaban las letras en prenderse. A la esposa del mayordomo del letrero, que se llamaba María de los Ángeles, la conocían como "la mamá de las letras", y a sus hijas les decían "las letricas".

Más abajo estaba la Casa de Dulcinea, una mujer que tenía un ojo de vidrio y manejaba citas amorosas bajo cuerda, y la Vuelta de Péndulo, llamada así porque ahí vivía el gay del barrio, apodado 'Péndulo'. Seguía El Siboney, un bar donde se oía música argentina, el primero que tuvo rocola de monedas, chequeadero de los buses de escalera que subían por las calles 51 y 52, ya pavimentadas. A Ruderico su papá le contó que, recién casado con su mamá, llegaba al Siboney y ponía en la rocola *Dos gardenias* de Daniel Santos, y así su mamá, que vivía al frente, sabía que había llegado y se asomaba a la ventana.

Metros abajo había un puente de tablas, y al frente estaba el Bar de Elisa, donde se amañaban mucho los policías, que en ese tiempo conducían a los detenidos en incómodas patrullas llamadas "bolas". Cerca quedaba la famosa tienda de María Panela, la señora más anciana del barrio, tanto que nadie la conoció joven. Era boquisucia y alzada, pero muy amena cuando contaba historias. Su tienda era de tapia vieja, fea, estrecha y oscura, no tenía radio ni había dónde sentarse, pero aun así los señores se tomaban allí sus guaros. Entre ellos estaban 'Sanducha', que era gago y vestía de gorra y cargaderas; Leonardo Peña, que llevaba el pantalón subido hasta el ombligo y siempre regateaba las cuentas; y un señor al que le decían 'Sobrado de tigre' porque tenía la cara comida por la viruela, un apodo tan cruel que en su presencia nadie lo mencionaba, de modo que él era el único que no sabía que lo llamaban así.

Al continuar el paseo nos topamos con la tienda de Ana Sánchez, una solterona con siete gatos que solían adornar los estantes de su tienda. Después llegamos al Hoyo de Misiá Rafaela, sitio emblemático, bulevar de la parranda en navidades, fiestas a la Virgen y Feria de las Flores, que en esos años se hacía a lo largo de La Playa, o sea en las barbas de La Toma. Cerca de allí abría el Bello Mar de don Pipe, un tipo grandote que con una mano alzaba a los borrachos por la solapa y los ponía de patitas en la calle.

Antes del puente blanco había un desvío que llevaba a la famosa Vuelta Guayabal, un agujero negro que cargaba con buena parte de la mala fama de La Toma. Fue primero una zona de prostitución, “de tolerancia”, hasta que a un alcalde, godo como él solo, le dio por recoger las putas desperdigadas por la ciudad y concentrarlas en un solo lugar: Barrio Antioquia. Tras el retiro de las putas llegaron los marihuaneros, y se volvió punto de expendio y consumo de la yerba maldita, como la designaba la propaganda oficial. Era meca de camajanes, como se llamaba con desprecio a los que la fumaban, que todavía no eran legión pero ya se notaban. Y para acabar de joder la fama del lugar, allí la policía rescató al primer secuestrado que hubo en Medellín.

Pasando el puente estaba el famoso Barcelona, templo del tango y punto de encuentro de los bacanes que usaban camisas coloridas de manga larga, zapatos blancos con negro y mocasines por si había problemas salir volados. En la esquina del frente, en un segundo piso con balcones, quedaba un bar que tenía todo el repertorio de la Sonora Matancera; lo administraba ‘Lola Puñales’, una matrona coqueta y deslenguada que reía a carcajadas y saludaba a los clientes con palabrotas. Ruderico recuerda que los domingos por la mañana, cuando lo llevaban a misa, su mamá le pedía que no mirara para allá para que no viera los borrachos y las mujeres amanecidas con faldas y escotes desarreglados.

A la vuelta estaba la inspección de policía, regentada por el inspector Absalón, terror de malandrines e infractores, mejor conocido como ‘Treintazo’ porque a nadie le negaba un canazo. En esa época los inspectores, si les daba la gana, tenían potestad para retener hasta por treinta días a una persona, y a él siempre le daba la gana: a todo el que cogía le aplicaba su treintazo en la cárcel La Ladera, que quedaba cerca, en Enciso.

Entre el puente blanco y Coltefábrica había otros bares: El Torrente y Copa de Oro, de puro tango; Monterrey, que tenía las baldosas del piso lustrosas de tanto baile; y El Deportivo, donde sonaban Garzón y Collazos, Julio Jaramillo y Olimpo Cárdenas. Y sobre la calle Colombia, al lado de Coltefábrica –última frontera de La Toma–, estaba la tienda de Benitín, que vendía los mejores chorizos del mundo, según decían, y el teatro Buenos Aires, donde los niños iban al matiné de los domingos para ver películas mejicanas, de pistoleros y romanos, de Cantinflas, administrado por un bárbaro que les ponía tangos mientras la función empezaba, según recuerda Ruderico.

El puente de Brooklyn

El Puente de Brooklyn mide 1.825 metros; el puente de La Toma, apenas ocho. No obstante esa pequeña diferencia, los traquetos que dominaron la zona a finales de los años setenta, quienes viajaban a Nueva York con frecuencia, lo bautizaron así: el Puente de Brooklyn.

Era la época en que el dinero fácil de la cocaína anegaba las conciencias, lo que tuvo especial efecto en Caicedo La Toma y Buenos Aires, cunas de las primeras mulas del narcotráfico que viajaron con visa a USA. No fueron pocos los que se metieron en la vuelta de llevar droga y traer dólares, o terminaron de mandaderos, choferes y empleados de traquetos exitosos. Por ejemplo, el tío de Ruderico, talabartero, preparaba maletas con doble fondo y zapatos con compartimientos para esconder la droga, que fue como operaron en un comienzo. También la pasaban en el estómago, en bolsitas que se tragaban, hechas con dedos de guantes quirúrgicos, mientras sus mamás, tías y hermanas iban a Sabaneta a rezarle a la Virgen para que en el viaje no se reventaran.

‘Mingo’, un vago irredento que hacía vida en el puente blanco, fue el primero en coronar. Era un hombre gordo y feo como un orangután, lo que no fue óbice para que de la noche a la mañana se volviera el “chacho” del barrio. Tras su tercer viaje, regresó a La Toma en un Dodge Dart con capó de cuero, una elegancia. Y para celebrar la primera comunión de su hija, alquiló durante un fin de semana Lucky 77, la discoteca de moda en Las Palmas. Fue el acontecimiento social de La Toma aquel año, con shows de magos y payasos como no se habían visto nunca. A cada niño que fue le regaló un radio transistor traído de la USA, lo que hoy equivaldría a un Ipod, y de la piñata reventada cayeron billetes de veinte y cincuenta dólares, según recuerda Ruderico, que asistió a la fiesta.



Quebrada Santa Elena, 1900.

Otro famoso fue Fabio Moreno, quien como Mingo era hincha del DIM, y como este tampoco vivió para contarlo. Moreno era el principal animador de las tradicionales fiestas a la Virgen en el Hoyo de Misiá Rafaela, que duraban hasta tres días con trago y comida para todo el que fuera, de cuenta de los traquetos. No había por dónde caminar del gentío, y quemaban pólvora día y noche.

Pero no solo en diciembre sonaba pólvora. También estallaba cuando alguno coronaba un embarque. A la gente se le adelantaba la navidad, como se decía, porque los tipos regalaban plata a dos manos, mataban marrano y cerraban las calles para prender la rumba. Y para sus fiestas privadas mandaban a traer putas de Lovaina o de Marta Pintuco, o se enrolaban con las muchachas del barrio que se le medían a esa vuelta; y cómo no medírsele, dirían ellas en su defensa, si salían luquiadas de esas fiestas: por prestarse a extravagancias como tusarse la cabeza, les regalaban una moto, o un Renault 4 por comerse una cucaracha viva.

Argemiro Múnera fue otro traqueto famoso, llamado 'El Palomo' porque vestía de blanco. Se retiró de Coltejer para dedicarse al traqueteo, y le fue bien en todos los viajes, menos en el último. Llegó a La Toma con una mano adelante y otra atrás después de pagar un canazo.

No se puede quedar por fuera Elkin Carrasquilla, 'El Arepero', llamado así porque antes de ser traqueto vendía arepas. Era el más excéntrico, cuenta Ruderico. No era rumbero, tomaba poco y era devoto de San Judas Tadeo, patrón de las causas desesperadas, santo del que mantenía estampas y medallitas para regalarle a la gente, y al que le tenía en sus fincas altares gigantes. Ni se puede omitir a 'Guantango', el dueño de El Bambú, donde sonaba La Fania y toda la colección de salsa que se escuchaba en Nueva York, de donde la traía en discos de acetato; era, sin duda, la mejor colección de salsa de la ciudad, que después de su muerte se perdió, como todo lo de los mafiosos.

El sonido de la pólvora se empezó a confundir con el de las balas y el barrio entró en otra dinámica. En la década de los ochenta, Caicedo La Toma fue cuna de muchos de los pistoleros a sueldo que alimentaron el poder de fuego del llamado Cartel de Medellín. Las motos Yamaha 150, unas avispas voladoras que se metían por cualquier parte, se hicieron comunes en las calles de La Toma, donde el solo nombre de Pablo Escobar infundía respeto.

Para completar el panorama, en 1982 Coltefábrica cerró, incapaz de sobrevivir al contrabando y a la competencia de precios de otros países, y se acabó esa fuente de empleo. Y hasta el puente blanco cambió, se modificó la estructura y lo pintaron de otro color, pero se siguió llamando Puente de Brooklyn.

El desbarrancadero

La década de los noventa fue la más aciaga, y aceleró el deterioro social. En La Toma seguían viviendo familias tradicionales, gente decente, pero entre ellas aparecieron plazas de vicio y guaridas de delincuentes.

Muchas de las casonas que en el pasado habían sido inquilinatos se convirtieron en fumaderos y expendios de drogas, en pasajes adonde llegaban los ansiosos del bazuco, que en aquellos años se consumía más que la marihuana, lo cual ya era mucho decir. Entonces La Toma se volvió una olla sin redención. Esa era su marca, su inri. Fue allí donde encontró la muerte José Manuel Freidel, importante dramaturgo nacional. Era cliente habitual del sector, donde mercaba su bazuco, hasta una noche de septiembre de 1990 cuando, en medio de una discusión con los jíbaros, y alzado como era, les alegó y terminó con un chupa-chupa clavado en el estómago. Murió recostado en la puerta de una casa, tenía 41 años.

“Las bandas no desaparecieron con la muerte de Pablo Escobar, lo que hicieron fue transformarse”: palabras textuales de doña Marina, líder comunitaria en esos años, en referencia a los pillos y gatilleros que quedaron sueltos. Entre ellos un tal Ronald, un hombre que mataba por el gusto de ver caer, según su fama. Todo el mundo le temía, cambiaba de acera cuando se lo cruzaba en la calle, porque solo mirarlo era un riesgo. Dicen que mató a un locutor que habló mal de él en una emisora.

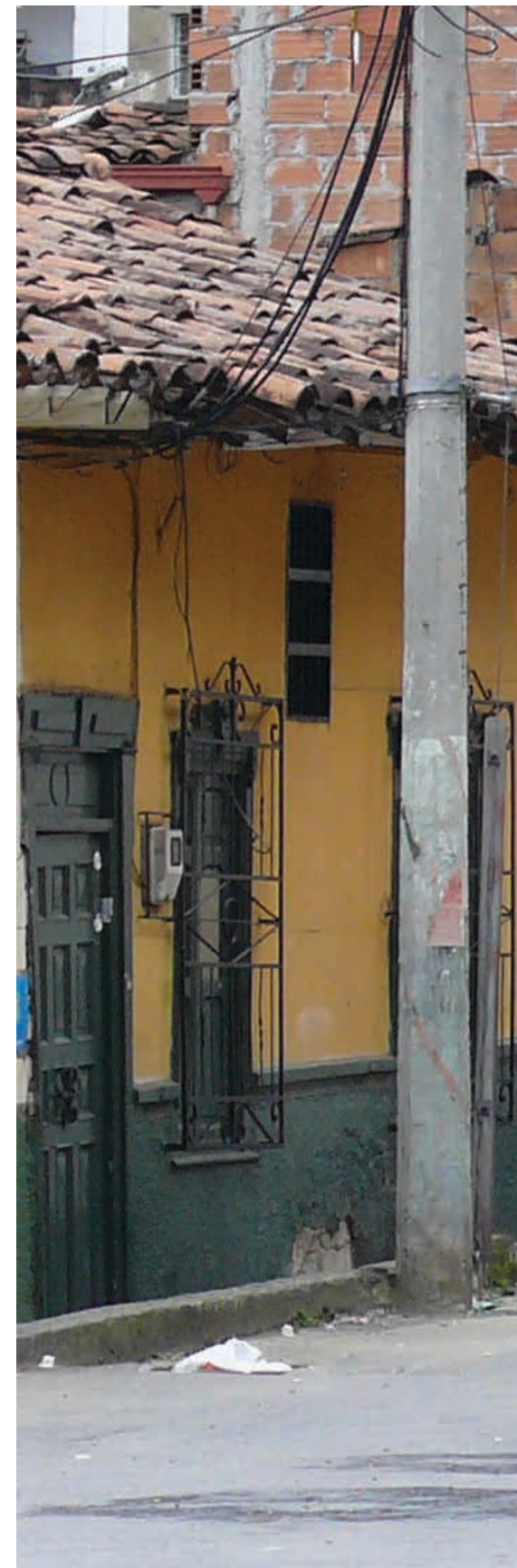
Otros bandidos se plegaron a los milicianos que surgieron en Caicedo y barrios aledaños. Y estos a su vez, a finales de los noventa, en pleno cambio de siglo y de milenio, tuvieron que combatir a los paracos que llegaron a desplazarlos. No se podía pasar de un barrio a otro. Los de La Toma no podían ir a Enciso, y viceversa. Entonces el terror se hizo norma y el encierro obligación, las balaceras estallaban en cualquier lado. Cuenta doña Marina que cuando avisaban de algún muerto ahí mismo salía a mirarlo, no porque le gustara mirar cadáveres sino para saber si se trataba de algún familiar o vecino.

Por otra parte, las invasiones se intensificaron y coparon las laderas, por cuenta de los desplazamientos generados por el conflicto armado en los campos de Antioquia, violencia que disminuyó hacia 2003, cuando la zona, y Medellín en general, entró en un periodo de distensión.

Hoy la nueva visión oficial sobre la zona se está llevando de ancho lo que queda de La Toma. Una sombra ya pronto será este lugar donde hoy solo los más viejos pastan sus recuerdos porque los más jóvenes están en otras vueltas ♦

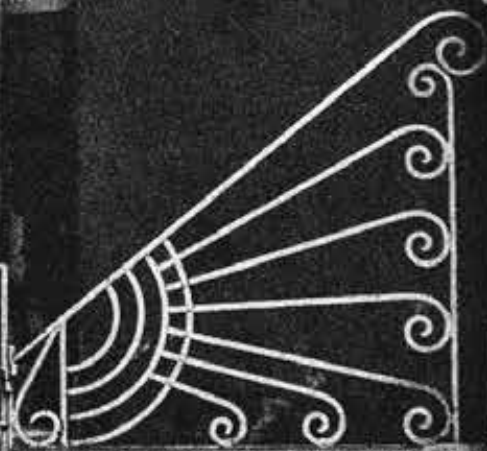
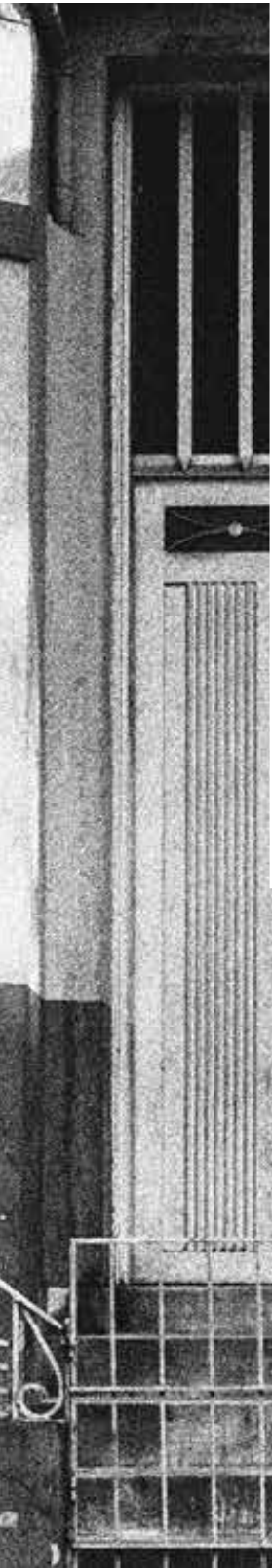
Quebrada Santa Elena, s.f.











Rejas y palacetes

Por Reinaldo Spitaletta

Introito con palacete

—¿En qué casa, a la entrada, sobre unas escaleras de mármol, hay un león blanco?

—¿Y en cuál hay una placa con inscripciones en árabe?

—¿Sabés cuál mansión de la ciudad tiene forma de barco, como si fuera un vapor de los que antes navegaban, entre manatíes y caimanes, por el río Grande de la Magdalena?

—A que no encontrás la casa que tiene un aldabón con la figura de un diablo sonriente.

—¿Sabés cuál fachada fue premiada en los años veinte como la más bella de Medellín?

—¿Cuál palacete de esta villa tuvo en su interior la réplica de un busto de Nefertiti?

Así, con preguntas crípticas, se podría dar pistas de la casa de los masones, y la de la señora polaca ojiverde que lloraba a veces por los niños rotos de una guerra lejana, y la del italiano que cantaba *canzonettas* de nostalgia y tenía una fábrica de juguetes y mangueras en otro lugar de la ciudad; o del castillete medieval que habitó la familia Mora, o aquella otra de techo a lo chalet suizo como si por estos lares cayera nieve, o la enorme residencia con piscina en la que hace años las candidatas a Señorita Antioquia desfilaban para mostrar sus atributos.

Y el juego puede continuar. Por aquella calle hubo una suerte de gueto judío ruso-rumano-polaco en el que se escuchaba hablar en *ídish* mezclado con paisa y ladino. Por aquella otra, sembrada de cascotes de vaca y cadmios, vivió el señor Arango, fundador de Argos, y más allá, Jorge Ospina, creador de la Cervecería Unión. Y si volteás por aquella esquina, te topás con la que fue vivienda del doctor Rojas, el mismo del Confortativo Salomón, del que hubo avisos enormes en Guayaquil.

Por Balcázar, que ahora le dicen Belalcázar porque las calles truecan sus nombres según los usos de la gente, hubo una barra de muchachos que se peinaban como Los Beatles y se contaban historias de mosqueteros y otros folletines. Y por casi todas estas calles florecidas, que de noche perfuman los jazmines con vientos que bajan del Pan de Azúcar, se movieron unas señoras que bajaban del oriente con turbantes en la cabeza y buscaban trabajo de lavanderas y se parchaban en la tienda Puerto Ecuador, en el cruce con Urabá.

Por Balboa hubo otra barra célebre de pelados roqueros, de los go-go y ye-ye de los sesenta, que se juntaba en amplios antejardines y

sótanos con aire de misterio. Y en una esquina, la de la calle Jorge Robledo, hay un caserón que fue de doña Luz Castro de Gutiérrez, luego pasó a ser del caballista Fabio Ochoa, y ahora es de una actriz famosa de la ciudad. Diagonal está la Clínica del Prado, y ahí sí ya vamos presentando el barrio, para muchos el más bello de Medellín, como lo soñó su creador, Ricardo Olano, hombre cívico nacido en Yolombó, comerciante y miembro de la Sociedad de Mejoras Públicas.

Tal vez los más frondosos curazaos de la Villa sirven de techumbre a la iglesia del Espíritu Santo, que diseñó Nel Rodríguez, donde antes estuvo la primera casa que se construyó en este barrio de flores eternas: la de Joaquín Cano.

—¿Sabés cuál fue la casa donde vivió Fernando Botero?

—¿Y la del presidente Carlos E. Restrepo?

—¿Y la del pintor Saturnino Ramírez?

—¿Y la de una de las mujeres más bellas de Colombia: Doris Gil Santamaría?

Sobre la fundación del barrio

En 1907, Juan E. Olano, Enrique Moreno y Ricardo Olano compraron a Manuel J. Álvarez Carrasquilla ('Majalc') un terreno de "más de cien mil varas" situado en el Barrio Norte, entre las carreras Bolívar y Venezuela. Más tarde, Ricardo vendió su parte a Stenthal y Cía. y heredó la de su padre. El 6 de marzo de 1926, en la Notaría Cuarta de Medellín, la mencionada compañía y los señores Olano y Moreno hicieron un contrato con Joaquín Cano para urbanizar los terrenos, en los que antes estuvo la finca La Polka.

Lo primero que definieron los urbanizadores fue por cuál calle se accedería al nuevo barrio. Bolívar (también conocida como El Llano) no fue elegida porque tenía mala reputación. En cambio, arreglaron Palacé desde Echeverri hasta Darién para que se convirtiera en la entrada principal al que bautizarían El Prado, por influencia del que ya existía en Barranquilla.

Olano y sus socios pensaron el barrio bajo el concepto de "ciudad-jardín", una idea de los urbanistas europeos a comienzos del siglo XX. Cano construyó la primera residencia en la esquina de Palacé con Darién, en un terreno que compró a 1,50 pesos la vara cuadrada.



Luego, la Compañía del Prado, como llamaron a la urbanizadora, vendió lotes en Palacé, por 3,50 pesos la vara cuadrada, a Óscar Duperly, Helena Cano y hermanas, Guillermo Jaramillo Villa, Enrique Toro V., Gabriel Jaramillo P., Luciano Arias, Luis Alfonso Correa, Tulio Medina, Germán Sáenz, Nicanor Restrepo Giraldo y Lisandro Ochoa, quienes construyeron, según contó Ricardo Olano en sus memorias, "muy buenas casas". Luego vendieron lotes en Balcázar y Balboa, pero en 1929, durante la Gran Depresión, la construcción de El Prado se paralizó.

El barrio se pensó y diseñó para la élite de Medellín: comerciantes, banqueros, cafeteros e industriales erigieron mansiones de arquitecturas eclécticas, republicanas, algunas copiadas de Inglaterra, Francia, Suiza y Estados Unidos. El poder económico se evidenció en las fachadas de ensueño y, desde luego, en la amplitud de los caserones. El eje fue Palacé, pero en Balboa y Venezuela se levantaron otros palacetes. Las carreras Neiva y Popayán ampliaron la barriada hacia el occidente, mientras al oriente, por Ecuador, se construían nuevas residencias.

Al norte, el barrio tenía una frontera: la calle Jorge Robledo (la 65). Manizales (la 66) hacía parte del barrio Pérez Triana, que iba hasta



el Cementerio de San Pedro y a partir de la década del cuarenta tomaría el nombre de Lovaina, el barrio insigne de las putas de la época.

Ricardo Olano planeó El Prado como una expresión del “buen gusto” burgués, con calles anchas (de dieciséis metros), antejardines e hileras de árboles y plantas florecidas para las aves cantoras. Por las carreras Olano sembró guayacanes amarillos, y por las calles guayacanes rosados y cadmios, estos últimos con el fin de que perfumaran la zona con los vientos procedentes del cerro Pan de Azúcar. También sembró pimientos y carboneros, pero los árboles que se tornarían en distintivos del sector serían el casco de vaca y el guayacán.

La élite de Medellín, que vivió antes en casaquintas tupidas de enredaderas y con enormes antejardines a orillas de la quebrada Santa Elena y luego en Villanueva, se mudó al nuevo barrio atendiendo a los llamados de la moda y la utilidad, o, como dirían otros, al esnobismo paisa. “Era el nuevo rico que venía a introducir inadecuados estilos ingleses, suizos, nórdicos, en una ciudad española y tropical”, dice el narrador de la novela *Una mujer de cuatro en conducta*, de Jaime Sanín Echeverri.

El barrio, pavimentado con macadam, con prados laterales y cordones de cemento, se convirtió en el más diferente de la ciudad. Su hermosa arborización, su variedad de estilos, sus viviendas como para no salir nunca de ellas y llevar una vida interior, casi monacal, lo postularon como una suerte de oasis.

A las torres y almenas, a los rosetones y cornisas, a las ondulaciones y curvas, a los portones gigantes en forma de arco, al rompimiento con lo rectangular, a las esquinas en ochava, se sumó el estilo variopinto del llamado Palacio Egipcio, en Sucre con Cuba, diseñado por Nel Rodríguez para el optómetra y astrónomo Fernando Estrada. Tal vez sea la construcción más extraña del sector. Edificado a la manera de los palacetes de Luxor (ciudad egipcia que se levanta sobre las ruinas de Tebas), su dueño, amante de la cultura y la historia de los faraones, lo bautizó como el Palacio Ineni, “princesa hereditaria de noble familia”. Uno de los jeroglíficos advierte que la construcción se hizo “en honor de los faraones de Egipto que con sus obras crearon dioses”. Columnas de granito rosado que representan papiros sin abrir, pictogramas, jeroglíficos y un observatorio acogían las reuniones de masonería en sus cuartos altos, salones que rodeaban patios centrales. El fundador de la Óptica Santa Lucía tenía, sin duda, un curioso prisma arquitectónico. Hoy, abandonado, venido a menos, el Palacio Egipcio espera que los fantasmas de los faraones lo rescaten de su decadencia.

En El Prado comenzó la modernidad arquitectónica de la ciudad. Su planeación perfecta, su iluminación con faroles eléctricos y sus paisajes de exuberancia lo entronizaron como “el sueño hecho barrio”. En su libro *Cosas viejas de la Villa de la Candelaria*, publicado en 1948, Lisandro Ochoa dijo de él: “Lo mejor será que quien no conozca el barrio Prado se dé un paseito por ese lugar, en una tarde de verano o en









una noche de luna, para que vea primores. Quienes habitan El Prado encuentran comodidad, aire, luz e higiene”.

Cambios y permanencias

Prado es barrio de casas de dos y tres niveles, buhardillas y patios, enchapes de madera. Hay piedra bogotana, mármol y granito. Hay cebaderos de pájaros (unas veinticinco especies, entre ellas migratorios de Norteamérica, carpinteros, mayos, colibríes, azulejos) y loros que se hospedan en los cascos de vaca. Hay guayacanes que con sus dos o tres floraciones al año le otorgan un toque de poesía y color.

Cuando en los años sesenta la clase alta empezó a irse a Laureles y El Poblado, el barrio dejó de tener una geografía exclusiva para la vivienda. Al paisaje del viejo barrio se sumaron unos veintidós conventos católicos como el de las Siervas de María, el más importante y antiguo, además de hogares geriátricos, sedes culturales, la casa del alcalde (dedicada ahora a una dependencia municipal) y la del obispo (que ya no vive ahí), organizaciones no gubernamentales, iglesias de los Testigos de Jehová y de la Luz del Mundo, clínicas, centros de rehabilitación de drogadictos, agremiaciones médicas, teatros, inquilinatos y, sobre todo por la calle Cuba, hoteluchos y salas de masajes eróticos.

Prado, que pertenece a la Comuna 10 y desde hace unos treinta años se conoce como Prado Centro, es el de las calles empinadas, las rejas de hierro forjado, las claraboyas y los vitrales. Sus límites se han ido corriendo: hoy va desde la carrera San Martín hasta Neiva, y desde Echeverri y la Oriental hasta Jorge Robledo. Todas sus calles conservan los nombres: Urabá, Cedeño, Sucre, Santa Marta, Miranda, Moore, y en todas ellas hay edificaciones patrimoniales, casas abandonadas, soledades en las esquinas.

Pese a la pérdida de su antiguo esplendor, el barrio sigue atrayendo por sus jardines y árboles, sus construcciones y sus balaustradas, parte importante de la memoria y el patrimonio de Medellín. Y así como el visitante se puede encontrar con el Serpentario o el Instituto de Enfermedades Tropicales de la Universidad de Antioquia, también puede toparse con decenas de asilos o viejos de otros vecindarios que llegan a ver la particular luz del sector y a sentir el aroma de la vegetación. Uno de esos asilos, Senderos de Luz, está ubicado donde antes quedaba la sede del Opus Dei, en la esquina de Palacé con Urabá. Al otro lado está la Asociación Médica de Antioquia, en la casa con forma de barco que perteneció a la familia Cohen.

Prado, un barrio sin parque, todo él es un parque, aunque tiene una plazoleta, la Ricardo Olano, en Venezuela con Jorge Robledo, donde hay una ceiba centenaria. Y donde antes quedaba la flota de taxis Andaluz, hay otra iglesia católica, la de Los Doce Apóstoles, también diseñada por Nel Rodríguez. Hoy es un barrio corporativo, con talleres de ebanistería, zapaterías, sastrerías y almacenes de ropa.

La decadencia del sector, que une el Centro con los barrios altos (Santo Domingo Savio, Manrique Oriental, San Blas, Guadalupe...), provino no solo de la “huida” de los ricos sino también de los cambios en el uso del suelo: de ser exclusivamente residencial, pasó a llenarse de sedes y oficinas, y algunas de sus mansiones se transformaron en casas de banquetes. La construcción de la Avenida Oriental en los setenta, por ejemplo, cercenó a Prado y lo aisló del Parque Bolívar y la Catedral Metropolitana.

Sin embargo, en 2004 Prado tuvo un aire de renovación, cuando fue elegido alcalde Sergio Fajardo, que entre sus promesas electorales incluyó la de irse a vivir a Prado, a la casa que el municipio había comprado para el efecto en 1990, y que antes había sido de la familia Mora. Un año después, tras los arreglos pertinentes, Fajardo y su familia se mudaron al barrio. El alcalde apoyó la recuperación, la siembra de nuevos árboles, el arreglo de calles y la concepción del Plan Especial de Protección Patrimonial y del Plan Parcial de Prado.

Prado, con cerca de 400 casas de interés arquitectónico, es el único barrio de Medellín declarado patrimonio cultural e histórico, aunque para muchos de sus dueños y habitantes (unos doce mil) no es suficiente con los alivios en el impuesto predial. Lo que sí hizo la declaratoria fue prohibir la alteración de las fachadas y la construcción de edificios en el polígono dedicado a la preservación, gran avance en una ciudad cuya tendencia ha sido borrar el pasado para crecer verticalmente.

Inquilinatos e instituciones culturales

Hoy, los habitantes de Prado son de clase media, y hay alguna población flotante, sobre todo en los inquilinatos. De día abundan trabajadores, pacientes de clínicas y hospitales, caminantes, enfermeras y oficinistas, y las líneas de buses de barrios adyacentes lo atraviesan por Sucre, Venezuela, Ecuador, San Martín y otras calles. De noche se llena de oscuras soledades que lo han vuelto inseguro y fantasmal.

Aparte de su tendencia corporativa, el sector manifiesta una vocación cultural que ha crecido en los últimos años. Es sede del Ballet Folclórico de Antioquia, Barrio Comparsa, Plazarte, Casa Tres Patios y Casa Blanca (la oficina de la Asociación de Entidades Culturales, Asencultura, y de la Casa del Patrimonio, entre otras).

En noviembre de 2000, el caserón construido en 1916 por los hermanos Medina, donde en 1925 se rodaron escenas de la película *Bajo el cielo antioqueño*, se convirtió en el Teatro Prado del Águila Descalza. La mansión, cuya fachada fue reconocida en 1919 como la más linda de la ciudad, hoy es una prolongación del barrio (cuando se construyó, el sector era parte de Villanueva) y uno de los lugares más visitados de la zona. Ubicada en Chile con Cuba, en 1991 fue declarada





bien de valor arquitectónico, cultural y urbanístico de Medellín. Diagonal está la casa donde vivió Estanislao Zuleta, y al otro lado la de la logia masónica. En el barrio también están la sede de la Casa del Teatro, fundada y dirigida por el dramaturgo y cardiólogo Gilberto Martínez, la de la agrupación Teatriados y la de la Corporación Arlequín y los Juglares.

Por sus atractivos turísticos y culturales, vigías del patrimonio y guías de la ciudad han trazado rutas por el barrio para mostrar a los visitantes sus riquezas arquitectónicas. Así como se comenta que aquella casa fue de Peter Santamaría, también se dice que la que hoy es sede del Comité de Rehabilitación perteneció a la familia Posada Ángel. Sin embargo, y como lo ha expresado, por ejemplo, la actriz Cristina Toro, el inventario de viviendas con valor patrimonial y arquitectónico carece de referentes, y no hay placas que recuerden sus antecedentes o los nombres de los que allí habitaron.

Poetizado por escritores como Juan Diego Mejía, Darío Ruiz Gómez (uno de sus cuentos del libro *Crímenes municipales* transcurre allí), Memo Ángel y la cronista Margaritainés Restrepo, Prado parece una dama de alcurnia que perdió su abolengo. Su elegancia pertenece más a su luminoso pasado que al presente. Y todo porque, aun con su memoria urbana, se hunde en olvidos y desidias oficiales.

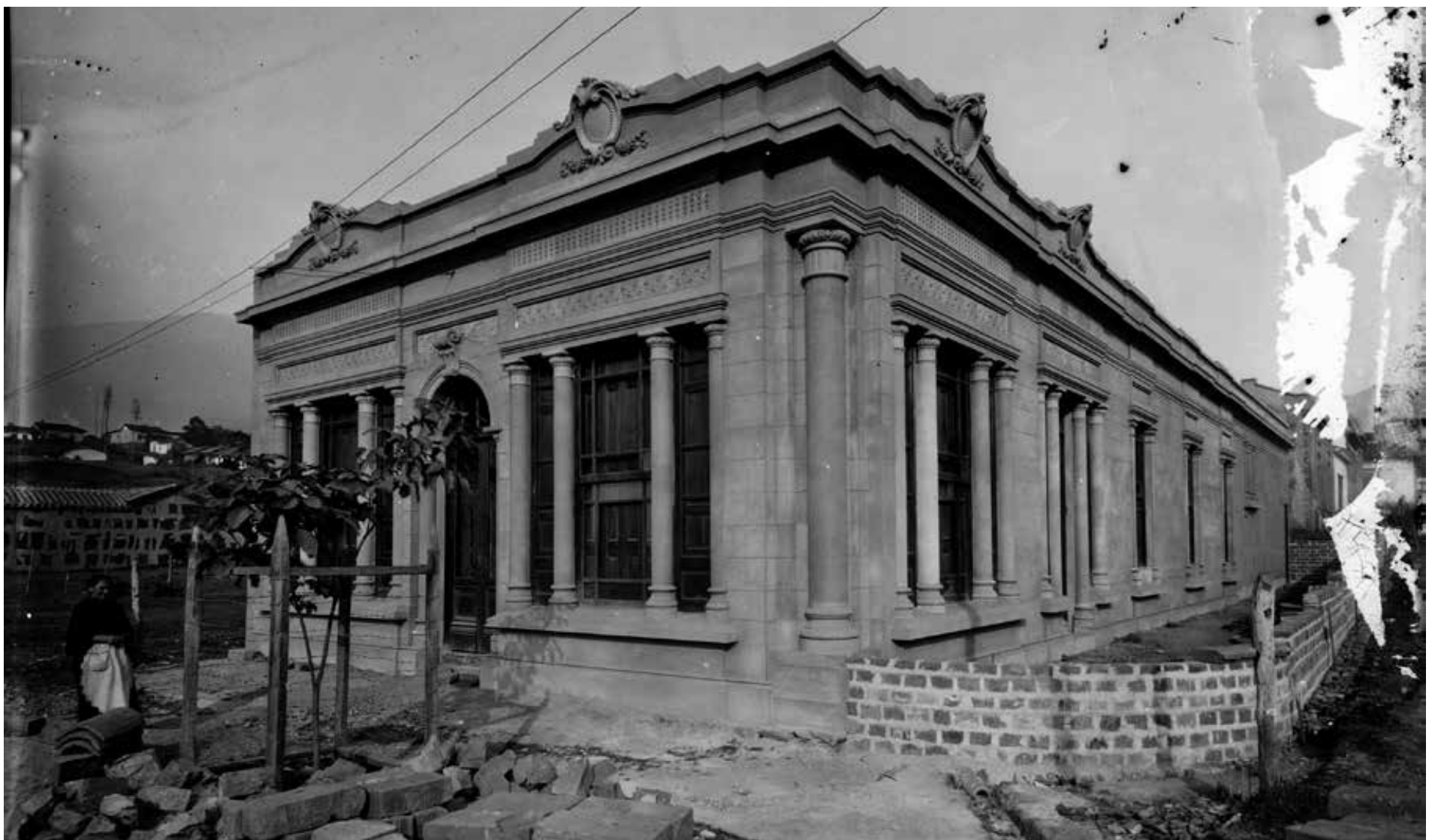
Algunos nostálgicos todavía recuerdan los días de la Salsamentaria Prado, en la esquina de Palacé con Darién. En *Historias del barrio Prado*, Ángel advierte que ese establecimiento era “un imán que atraía muchachos y muchachas de colegio, vecinos escapados de las casas para beberse una cerveza hablando de fútbol o caballos, sirvientas que miraban embelesadas las revistas de amor y hasta monjas que entraban al lugar a comprar cualquier cosa”. Otros evocan la barra de la calle Venezuela, cuando muchachos como Álvaro Botero, Antonio Henao, Carlos Vélez y Fabio de Villa, entre otros, imitaban la pinta y gestos de James Dean en *Rebelde sin causa* y cantaban canciones de Los Beatles y Los Rolling Stones.

Prado sigue siendo una barriada para caminar, llena de metáforas y símbolos, de voces de sinsontes y loros alborotados. El *flâneur* le puede extraer jugo a sus calles, a sus columnas graníticas, a sus torreones y ventanas multiformes. Puede embelesarse, por ejemplo, con la Casa Walsingham (tal vez la más bella del barrio), sus cuatro niveles, su arquitectura escocesa, sus rejas forjadas y su misterio. O suspirar con el antejardín elevado de la casa Adrissa-Pompilio.

A veces, al caminar por sus calles anchas, se tiene la impresión de que el barrio se parece a las miradas de los ancianos que se asoman por las ventanas enrejadas a ver pasar su soledad. ♦



Palacio
Egipcio, c.a.
1950.



Barrio
Prado, c.a.
1935.



Barrio
Prado, c.a.
1935.



Palacio de
los Medina,
1930.



Entre muertos

Por Alfonso Buitrago Londoño

El lunes 2 de noviembre, día de los santos difuntos –o de las ánimas benditas del purgatorio–, el padre claretiano Darío Villegas terminó la misa del último funeral del día en la iglesia Jesús Nazareno a las tres y media de la tarde. Acompañó el féretro hasta la entrada, le dio la bendición antes de que saliera al atrio y despidió a los familiares del difunto. Los “vitriños” –como le dicen al personal de la funeraria que acompaña los entierros–, de traje sastre las mujeres y saco y corbata los hombres, impecables y ceremoniosos como soldaditos fúnebres, bajaron el cofre hasta la calle y lo metieron en un carro mortuorio blanco de la funeraria Nazareno estacionado sobre la Avenida Juan del Corral. Los deudos se abrazaron y se despidieron en las escaleras del atrio y en la acera, y se montaron en varios vehículos que los esperaban. El llanto contenido, las miradas en el suelo y las voces bajas dominaban el ambiente. En pocos minutos estuvo lista la caravana para acompañar al difunto al cementerio. El último cortejo fúnebre que desfiló por Juan del Corral el día de todos los muertos partió entonces hacia algún camposanto de la ciudad.

La escena, tan simple, se repite cuatro y cinco veces al día –a veces ocho, nueve–, en la mañana y en la tarde, de lunes a domingo, en la parroquia del barrio Jesús Nazareno, una de las iglesias que más funerales atiende en Medellín. Cuando parte un cortejo, es frecuente ver otro que se detiene al frente de la iglesia, otros vitriños que bajan el ataúd del carro fúnebre, otros familiares que se reúnen en torno a él en el atrio, otro padre –la iglesia cuenta con cinco párrocos– que los recibe y los acompaña hasta el púlpito para iniciar otra misa exequial. Una noria de duelo y despedida marca el transcurso de los días en el barrio.

Pocas veces se interrumpe la rutina. Un día un grupo de jóvenes de un barrio popular llega en buses y se baja con una grabadora en la que se oyen las canciones favoritas del fallecido, de reguetón o de salsa, y el acostumbrado recato de Juan del Corral se estremece, o un grupo de militares uniformados, acompañados de una banda de guerra, le agrega a esta avenida con nombre de prócer un tono marcial para despedir a un compañero caído. Pero la mayoría de veces, Juan del Corral, con su doble vía de separador arborizado, aislada de la congestión vehicular, el ruido y el agite comercial de vías vecinas como Bolívar y Carabobo, cortada por el Hospital San Vicente y los puentes de la Avenida Oriental, permanece como un impenetrable bulevar al que el tiempo

de los vivos le es ajeno. Un recordatorio, en el centro de la ciudad, de la Medellín que muere cada día, y el portón de entrada a la que quiere ser en el futuro. Un *cul-de-sac* cargado de memoria y de ambiciones.

Jesús Nazareno siempre ha estado en tránsito entre lo que deja de existir y lo que viene. Su desarrollo hacia lo que es actualmente tuvo un impulso decidido en los planes de Medellín Futuro de finales del siglo XIX y principios del XX, que buscaban dejar atrás la ciudad atrasada e insalubre y abrirle paso a una metrópoli moderna en la que primaran “los llamados principios rectores o ‘tres gracias’ del urbanismo moderno: circulación, belleza e higiene”, como dice Luis Fernando González en *Medellín, los orígenes y la transición a la modernidad: crecimiento y modelos urbanos 1775-1932*.

La iglesia que le da nombre al barrio, construida entre 1943 y 1953, sobresale entre el paisaje de casas y locales de dos y tres plantas que pueblan los alrededores de Juan del Corral. Su exterior de color amarillo, con líneas granates que marcan los bloques de construcción y delimitan los contornos de los ventanales, la torre del reloj, la cúpula y las puntas en forma de pequeños minaretes que coronan sus flancos le dan el aspecto de un castillo para armar, casi de juguete, aunque en su interior se dé trámite religioso a los más serios asuntos de la vida y la muerte. Algunos vecinos la llaman la “marranita patas arriba”, pues así les parece que luce cuando la ven desde las estaciones Hospital o Prado del metro, que marcan los límites del barrio en su costado oriental.

La fachada posterior de la iglesia, de ladrillo cocido a la vista, que da a la carrera Carabobo, sería la discreta y añeja cola de la marranita de más de cien años de antigüedad. Una puerta de madera terminada en arco, con dos columnas que no sostienen nada –pues se quedaron solas cuando el ensanche de Carabobo se llevó el frontis de la entrada principal de la iglesia– y una torre no muy alta, de unos siete metros, con un campanario sin campana, son los vestigios de la antigua ermita de Jesús Nazareno, construida por iniciativa de Isabel Echavarría a finales del siglo XIX.

El 25 de febrero de 1895 “principió animosamente Doña Isabel, secundada por su esposo Don Juan José Echavarría, la ímproba tarea de construir al despoblado una capilla de regulares dimensiones, casi una iglesia, en paraje solitario de amenos prados o potreros y de casi



ningún vecindario”, se lee en el libro *Comunidad claretiana de Medellín. Derrotero histórico 1925-1975*, de Mariano Izquierdo y Carlos Mesa, que se encuentra en la biblioteca que hoy ocupa la antigua ermita, un tesoro con más de catorce mil volúmenes entre libros religiosos y “profanos”, algunos con más de cinco siglos de antigüedad, custodiados en la actualidad por Ángela Chica, la bibliotecaria de los misioneros claretianos que administran la parroquia.

La urbanización de esta parte de la ciudad había comenzado apenas un par de décadas antes de iniciar la construcción de la ermita, animada por el desarrollo del barrio Villanueva: “Este proyecto de desarrollo urbanístico del norte determinó el crecimiento posterior de la ciudad hacia el denominado Llano de los Muñoces, siguiendo el carretero o Camellón del Llano, la salida de la Villa al norte del Valle de Aburrá, un área con mejores condiciones topográficas y de provisión de aguas, en cuyo extremo se construyó entre 1842 y 1845 el Cementerio de San Pedro, con lo que esta área fue un potencial urbanizable desde estos años, siendo ocupado de manera lenta y paulatina por grupos populares, mestizos y mulatos, una condición que la caracterizó por mucho tiempo”, dice Luis Fernando González en el libro antes citado. En sus inicios era un barrio semirrural, “asociado a problemas de higiene [...] asociación que también tenía que ver, al igual que con Guanteros, por ser sitio de habitación de gente pobre, mestizos y mulatos, de carácter festivo y levantisco que lo hicieron famoso”. Curioso destino tendría el barrio, pues con los años sería famoso por la construcción de obras dedicadas al cuidado de la salud y de la higiene, antes de que la muerte llegara a reclamar su lugar.

En 1871, por orden del presidente Pedro Justo Berrío, el antes llamado cementerio San Vicente de Paúl pasó a llamarse Cementerio de San Pedro, y un año después se fundó la primera funeraria del país, la Funeraria Rendón. Luis Fernando Arango Madrid, dueño de la Funeraria San Vicente, ubicada sobre Juan del Corral, y uno de los empresarios fúnebres más reconocidos del país, me cuenta que “la Funeraria Rendón empezó en la plazuela San Ignacio, pero muy rápido, a principios del siglo XX, se trasladó a la Avenida Juan del Corral, muy cerca de la Avenida De Greiff, en un edificio que hoy ocupa la Papelería Bolívar”.

Por el Camellón del Llano o camino de Bolívar se hicieron frecuentes los recorridos para ir a visitar a los muertos al cementerio y el paso de los coches fúnebres que llevaban los cuerpos de los ricos desde la Catedral Metropolitana. A lo largo de Bolívar se vendían flores traídas desde Santa Elena para atender la demanda de los visitantes.

A partir de 1870, personas naturales como Álvaro Restrepo –en nombre propio o como apoderado de Tomás Muñoz– empezaron a vender lotes en el “Llano de la Villa”. El poblamiento del sector trajo también la necesidad de transporte para los nuevos habitantes. En 1886, el general Juan Clímaco Arbeláez tuvo el privilegio de implantar un tranvía de mulas, o de “sangre”, uno de los primeros sistemas de transporte público que tuvo la ciudad, que buscaba conectar el centro de la villa con los nuevos desarrollos urbanos y con lugares de esparcimiento como el Llano de los Muñoces y los baños de El Edén. El primer viaje se realizó con éxito el 22 de octubre de 1887, entre la iglesia de La Veracruz y El Edén (hoy Jardín Botánico). “Para el pastaje de los semovientes se adquirió el terreno conocido con el nombre de Llano



de los Muñoces; más tarde fue cambiado su nombre por el de Llano de los Belgas [...] se instalaron oficinas, depósitos y pesebreras para las mulas traídas de Bogotá [...] eran corpulentas, enseñadas a otro clima y otros cuidados, sintieron nostalgia de su tierra y fueron muriendo prontamente”, cuenta Lisandro Ochoa en *Cosas viejas de la Villa de la Candelaria*. El general vendió pronto la empresa a una compañía belga –de ahí el nombre de Llano de los Belgas o “manga de los belgas”– que no pudo llevar el tranvía más allá de El Edén y liquidó la compañía. La construcción del Hospital San Vicente de Paúl entre 1913 y 1934, en el lugar dejado por las mulas del tranvía, transformó el Llano de los Muñoces y condujo al barrio Jesús Nazareno en la dirección planeada para la ciudad. “Con la construcción del hospital se regularizó e incorporó este barrio de acuerdo con el plan del Medellín Futuro, sumando a los viejos conectores del Camellón de Bolívar y el Carretero Norte el eje de la Avenida Juan del Corral”, dice González en su libro.

El primer plano de Medellín Futuro, de la última década del siglo XIX, tenía como antecedente las propuestas de médicos higienistas

como Francisco Antonio Uribe Mejía y Ramón Arango, quienes concebían la higiene no solo como una forma de conservar la salud, sino también de embellecer y mejorar el entorno. Los médicos de la época le daban a la clase dirigente recomendaciones sobre la necesidad de construir nuevos cementerios, desaguar pantanos, canalizar el río, construir alcantarillas, conducir el agua por tubos de hierro, mejorar el alumbrado público y los empedrados de las calles y plazas, recolectar las basuras diariamente y plantar árboles.

Jesús Nazareno sería el resultado del desarrollo y evolución de esa concepción higienista de la ciudad, representada no solo en el Hospital San Vicente y sus pabellones que permitían la circulación del viento, sino también en la construcción en 1915 de la Escuela Modelo, a cargo del arquitecto Dionisio Lalinde, que sirvió de ejemplo para la construcción de escuelas en varios municipios del departamento. Era una edificación con patio central, jardines, amplios corredores, de estilo moderno con referencias clásicas para acentuar la idea de “templo del conocimiento”. En la *Guía ilustrada de Medellín* de Germán

de Hoyos Misas (1916) se dice que era “un moderno y hermoso edificio [...] circuido en sus tres frentes por pequeños jardines, con hermosas fuentes y verja de hierro”. Era la “arquitectura higiénica” aplicada al espacio escolar.

El concepto en boga de los parques educativos como motores de transformaciones sociales tiene su principal antecedente en la esquina de Juan del Corral con la calle 59, en el mismo edificio donde hoy funciona el Centro de Idiomas del Instituto Tecnológico Metropolitano, cerca del límite sur del barrio. Se puede decir que Jesús Nazareno comienza y termina con dos referentes del interés de la ciudad de principios del siglo XX por cuidar la salud de sus habitantes. Cien años después, al frente del Centro de Idiomas, sobre Juan del Corral, hoy tiene su sede la Funeraria La Esperanza, que da cuenta de la reciente vocación del barrio por cuidar a los muertos.

El diseño de la Avenida Juan del Corral respondió al deseo de las élites de construir una ciudad moderna, de calles amplias, arborizadas y con andenes para poder pasear. “Así, con las calles rectas, de dieciséis metros de ancho, se garantizaba el principio de que el aire y la luz debían circular en abundancia. No se debía ahorrar ni aire ni luz y, por el contrario, se debía procurar que el viento eliminara los gases mefíticos y miasmas, a la vez que el sol impedía las humedades, lo que se pensaba no ocurría con las calles curvas y estrechas, proclives a situaciones malsanas”, explica González.

Una ciudad moría y otra nacía. Atrás quedaba la Medellín antigua, de calles estrechas y tortuosas, para darle paso a la Medellín moderna, de calles anchas, rectas y aseadas. La Avenida Juan del Corral apareció como tal a partir de 1916, cuando por acuerdo municipal se le dio el nombre del dictador momposino, “uno de los más esclarecidos varones que tuvieron actuación destacada en la guerra de independencia, y cuyo nombre es pronunciado en Antioquia con respeto”, como afirma Pedro Rodríguez Mira en *Significado histórico del nombre de algunas calles y carreras de la ciudad de Medellín*.

Cuenta Ricardo Olano en sus memorias que el desarrollo de la avenida, que se proyectaba desde la calle Perú –cerca de la Avenida De Greiff– hasta El Bosque de la Independencia, “tuvo muchas vicisitudes y alguna vez el Concejo trató de suprimirla en vista de las dificultades que estaba costando la compra de fajas; pero logramos que se conservara. Cuando se hicieron los planos del Hospital San Vicente yo influí con D. Alejandro Echavarría para que situara los edificios siguiendo las líneas de la avenida y así lo hizo. Hacia el norte del Hospital los urbanizadores del barrio Sevilla continuaron la avenida en su terreno”. En 1932, el Concejo autorizó un paseo central con árboles.

Las características de la avenida hicieron que familias pudientes como los Olano, los Echavarría, los Escobar, los Toro, los Mejía, los Vásquez y los Ospina construyeran en los alrededores sus casas, viviendas de uno y dos pisos con mansardas y fachadas de líneas rectas y estilo moderno, muchas de las cuales hoy albergan las funerarias que le dan a la Juan del Corral la apariencia de un panteón o de un paseo comercial de la muerte.



Los nuevos planes del futuro de Medellín pasan otra vez por Jesús Nazareno, uno de los cuatro barrios del llamado “Distrito de la Innovación” –o *Medellínnovation*, como lo llaman los vecinos–, junto con Sevilla, San Pedro (también conocido como Lovaina, aunque la “innovación” prefiera llamarlo con nombre de santo) y El Chagualo, 114 hectáreas de las mejores tierras del norte de la ciudad.

El símbolo del Distrito de la Innovación es un edificio acorazado llamado Ruta N, recubierto de láminas color naranja semiabiertas que parecen un inmenso filete de atún con cortes verticales, y ubicado en lo que se conoce como “manzana de la innovación” (esa última palabra es todo un *leitmotiv* por estos días y estos lugares), sobre la calle Barranquilla, entre Carabobo y la Avenida del Ferrocarril, justo al frente del límite norte de Jesús Nazareno, que se extiende hacia el sur en forma de trapecio hasta los puentes de la Avenida Oriental, con la carrera Bolívar como límite por el oriente y la Avenida del Ferrocarril por el occidente.

En el interior de la coraza, en una salita de reuniones con ventanales que dejan ver una especie de representación del bosque tropical en la entrada del edificio y jardines colgantes en una de las fachadas interiores, Iván Rendón, sociólogo de Ruta N –la instancia de la Alcaldía de Medellín encargada de promover el Distrito de la Innovación–, me explica que el distrito es “un plan estratégico que define que en este territorio se deben incentivar y potenciar la ciencia, la tecnología y la innovación como alternativas económicas de la ciudad”. Dice Rendón que alrededor de Ruta N hay asentadas cerca de setenta empresas de



ciencia, tecnología e innovación que generan dos mil empleos “altamente calificados y bien remunerados”.

“De esta cuadra se supone que no van a tocar esta casa, el ancianato y la guardería El Principito Feliz –me dice Liliana Escobar, una jubilada del magisterio de 63 años, que hace más de cincuenta habita la casa con el número 61-63, ubicada sobre Juan del Corral, a medio camino entre la iglesia y la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia–. Lo demás no corresponde con los planes de *Medellínnovation*, que quiere que esto por aquí sea ciencia, salud y tecnología pero tiene que respetar las casas viejas. Yo estuve catequizando a mi madre para convencerla de que nos fuéramos y ya me había aceptado, pero luego nos llegó la resolución que decía que por ser la nuestra una casa de más de cien años no la tumbaban”.

La “sociedad del conocimiento” se abre paso por las calles de un sector en el que las élites de Medellín decidieron construir, en el siglo pasado, una ciudad que respondiera al pensamiento dominante de la época, aunque años antes fueran los muertos –como quizás lo sigan haciendo ahora– los que señalaran el camino hacia la primera urbanización de la zona norte de la ciudad.



Sobre Juan del Corral, en espacio de cuatro cuadras –entre las calles 58 y 62–, está asentado el mayor número de funerarias de la ciudad: doce en total (más dos salas de velación). Todo un “clúster de

la muerte”, como dicen algunos con cierta ironía. Por eso es conocida como la “calle de los muertos”. “Todo empezó con los Rendón”, me dice Luis Fernando Arango Madrid en su despacho de la Funeraria San Vicente.

La funeraria ocupa media cuadra entre las calles 61 y 62, con un local de fachada blanca y lisa, que más parece una bodega, hecho de la unión de varias casas. En la parte trasera, donde está el parqueadero, limita con el emblemático local de lo que fuera la Editorial Bedout, recientemente adquirido por la Universidad de Antioquia para construir la nueva sede de su Facultad de Salud Pública.

La oficina de Arango Madrid no tiene puerta y está a unos pasos de la entrada principal, cualquiera puede confundirlo con un empleado más. Allí atiende a deudos, clientes y empleados. Es uno de los personajes más reconocidos del barrio. Famoso por su generosidad, muchas personas de escasos recursos se le acercan para que les ayude a enterrar a sus seres queridos. También se precia de tener una de las colecciones de autos fúnebres clásicos más grande de América Latina –en el desfile de autos clásicos de 2012 exhibió veintiuno–, de haber prestado el coche fúnebre que se usó en el entierro de Hugo Chávez –con toda la novela que supuso el regreso al país del Lincoln modelo 98, confiscado por la Dian y luego subastado–, y de haber aportado el carruaje tirado por caballos en el que se pasearon por Medellín los restos de la Madre Laura después de ser santificada.

Es común verlo por el barrio muy elegante, de traje oscuro y corbata roja, como si fuera el modelo del uniforme de sus empleados.



Tiene 62 años, el rostro alargado, las cejas negras y pobladas, la frente ancha y el pelo negro peinado hacia atrás. “Luego les pareció a los otros más fácil llegar a una zona donde ya había una o dos funerarias –me sigue contando–. Había un ritual de escoger los cofres en familia. La gente traía hasta a los nietos. Somos antioqueños, y había la costumbre de no comprar en la primera funeraria a la que se entrara, sino ir y cotizar en dos o tres. Así se consolidó el sector funerario aquí. Como empresario uno no pensaba en ponerla en un lugar diferente, porque había una idea de que las funerarias quedaban en Juan del Corral, aunque en un principio no hubiera muchas. La zona de las funerarias viene de la década del cincuenta”.

En su cabeza está la historia no escrita de las funerarias de la ciudad. Recuerda con nombres, ubicación y fecha de fundación todas las funerarias que han estado ligadas a la Avenida Juan del Corral. Me cuenta la historia de José de los Santos Rendón, el ebanista de muebles finos que terminó haciendo féretros por encargo de los ricos de Medellín. Antes no era bien visto que se hiciera un ataúd sin que alguien hubiera muerto, así que Rendón los hacía cuando la persona fallecía. “Las familias se seguían encargando de todos los preparativos para llevar los cuerpos de sus seres queridos a la disposición final, inclusive de la construcción de cofres rústicos que se utilizaban como andas para transportarlos en hombros hasta los cementerios. Pero ya en el siglo XX, sobre todo para los ricos, había unos carretones. La Rendón fue la primera que trajo un coche fúnebre, que era una carroza de tracción animal”.

Tuvieron que pasar cuarenta años desde la fundación de la Funeraria Rendón para que Medellín tuviera la segunda empresa de servicios fúnebres, la Betancur, fundada en 1912. “La Betancur empezó en Carabobo, al frente del Palacio Municipal, y se pasaron para Juan del Corral, al calorcito de la Rendón, en la década del treinta. Después llegaron Fraternidad, en el 48; Metropolitana, en el 50; Medellín y Moderna en el 51, y la Imperial en 1963. Todas estaban ubicadas antes de los puentes de la Oriental”. Como si me estuviera haciendo un dictado, me mira y continúa: “Luego llegaron la San Fernando, en el 64; San Luis, en

el 65; San Ignacio y Nazareno, en el 66; Campos del Recuerdo, en el 72; La Inmaculada, del 73 al 82; Ser, en el 74; San Vicente, en el 80; El Socorro, en 1983 (fundada en 1979 en Bolívar); La Esperanza, en el 85; la Gómez, en el 86 (también empezó en Bolívar en 1968)”. Hace una pausa, piensa y enumera las que han desaparecido: Fraternidad, Metropolitana (que se convirtió en Santa Clara), Imperial, Moderna, San Ignacio, San Fernando, Rendón y Campos del Recuerdo. Y luego sigue la lista: “San Juan Bautista, en el 91; Vivir-Los Olivos y Los Olivos, en el 98 (aunque esta última empezó en Manrique en 1979); Sagrado Corazón, del 98 a 2003; Cootrafa Social, en 2002... Espero que no se me olvide ninguna”.

Le pregunto por la suya y su relación con el barrio y con la Avenida Juan del Corral: “Nací en Juan del Corral, donde ahora es la IPS Universitaria; me crié en Juan del Corral, en el barrio Sevilla; estudié en la escuela Juan del Corral, cerca a lo que llamábamos El Bosque; en 1971 fundé la funeraria a veinte metros de Juan del Corral, en la calle 67 entre carreras 51C y 51D, al frente de Policlínica, y en 1980 la pasé para donde estamos hoy, sobre Juan del Corral”. Luis Fernando es ciertamente “el hombre de Juan del Corral”, como lo llamaba el locutor Rubén Darío Arcila cuando lo saludaba en sus transmisiones de ciclismo. En Juan del Corral aprendió a ganarse la vida. Cuando era niño, en los años sesenta, le daban unas monedas por sellar los tickets de las apuestas de fútbol y de carreras de caballos: “Jesús Nazareno era la iglesia de los ricos de Medellín, porque en Prado estaban los banqueros, los industriales, los comerciantes, los empresarios, el alcalde y el gobernador. Juan del Corral tenía tres quioscos sobre el separador, entre la calle 61 y la Facultad de Medicina, que se llenaban de gente muy elegante y mujeres muy bonitas cuando había misa los sábados en la noche. Los hombres jugaban al Totogol y al 5 y 6, y yo iba y los sellaba a Las Dos Tortugas o a El Raudal. Aquí se inspiró la carrera 70, los domingos venía gente con ollas a comprar mondongo al restaurante de las Mejías, muy allegadas a la parroquia. Era la avenida más hermosa de Medellín, llena de palmeras, unas ocho en cada cuadra; ahora solo quedan tres o cuatro al frente de la Facultad”.



A la par –o en contraposición– de las funerarias, en Jesús Nazareno tienen asiento importantes instituciones dedicadas al cuidado de la vida, que hacen parte del llamado “clúster de la salud” de la ciudad, íconos del pasado, el presente y el futuro del barrio: el Hospital San Vicente Fundación que ofrece “medicina para la vida”, como dice su eslogan; una de las sedes de la IPS Universitaria; las Facultades de Medicina, Odontología, Enfermería y Salud Pública y la Sede de Investigación Universitaria (SIU) de la Universidad de Antioquia, donde aprenden e investigan profesionales dedicados a entender, componer o mejorar la vida humana; y el más reciente Parque de la Vida, un edificio con antejardín –que muy innovadoramente ahora llaman “parque”– donde se realizan actividades enfocadas en la salud de las personas.

Los habitantes del barrio, en su mayoría adultos y personas de la tercera edad, viven en casas de dos y tres pisos entreveradas con los locales comerciales que abundan en todas sus calles. Durante el día se ve gente dedicada a los más variados oficios, en talleres de mecánica, depósitos de materiales, almacenes de servicio técnico, pequeñas fábricas, ventas de repuestos y de taxis, restaurantes, tiendas, panaderías, papelerías, tabernas, discotecas y hoteles. En la noche, cerrado el comercio, la soledad monta guardia en las calles y solo deja ver algunos personajes oscuros que le dan rostro a la inseguridad de la que tanto hablan los vecinos del barrio.

Fanny Díaz, quien vive hace 43 años en una casa ubicada sobre la calle 61, cerca de la esquina con Carabobo, y flanqueada por talleres de mecánica automotriz, dice que por la noche no puede salir. “En el día me cuidan los mecánicos, pero en la noche y los fines de semana es muy solo. En la esquina de Carabobo había una plaza de vicio, funcionó como veinte años, casi no los sacan de ahí”, dice, y recuerda que cuando llegó al barrio, a principios de los setenta, vivía gente “muy bien, de caché”, en particular sobre la Avenida Juan del Corral, pero la llegada de varias funerarias a partir de los años ochenta hizo que muchas de esas familias vendieran sus casas. Luego vendrían años en los que la violencia del narcotráfico haría florecer el negocio de los enterradores, que en Juan del Corral encontraron tierra abonada. Y los vecinos que quedaron se acostumbraron a la presencia de los muertos.

Desde entonces, en Jesús Nazareno la muerte no descansa, atareada en su ritual de despedida los 365 días del año, las 24 horas del día. Las funerarias no cierran a ninguna hora, ningún día. A diferencia de las demás calles, donde la soledad habita en las noches, en Juan del Corral siempre hay algún representante del más allá dispuesto a servir de compañía. “Los funerarios nos cuidan cuando llegamos a la casa por la noche, y como siempre tienen las luces prendidas no hay problema en caminar por la calle”, dice Liliana Escobar sentada en la sala de su casa. “Si usted ve la participación de la gente de los entierros, usted dice que están más vivos los que están en la caja. No contestan nada, el padre tiene que pedirles que se levanten”, cuenta Amparo Valencia, la madre de Liliana, que se ha unido a la conversación.

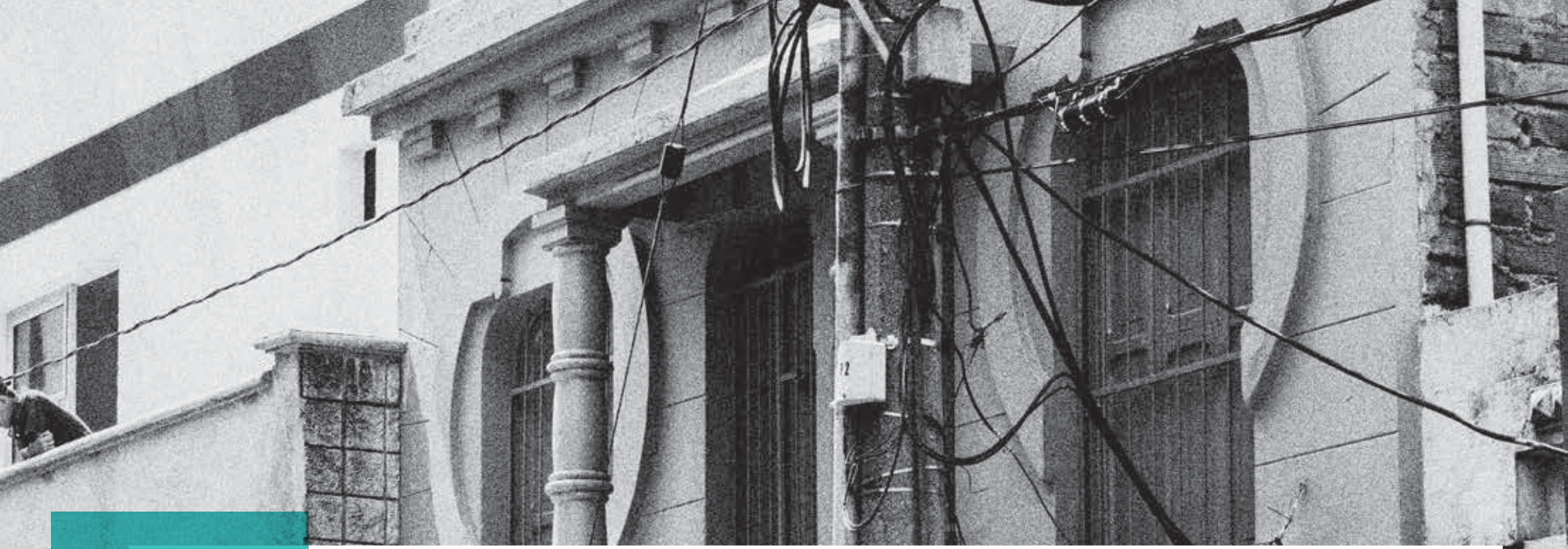
La vivienda, de pocos metros de frente, se extiende por un largo corredor hasta dos solares que dan a la carrera Carabobo, tiene parqueadero, siete habitaciones, patio y un pozo antiguo que todavía

utilizan como ducha. Antes de pertenecer a la familia de Amparo, vivió en ella Alberto Jaramillo Sánchez, quien fue tres veces gobernador de Antioquia. Al lado queda la Funeraria El Tesoro. “Una ventaja grande es que tenemos misa a diferentes horas. Ha habido funerales hasta después de la misa de seis de la tarde”, dice Amparo. “A las funerarias les queda muy fácil descargar sus fríos aquí y no llevárselos para otra parte. Es un problema para el parqueo del carro, bloquean la calle y hay que esperar a que pase el entierro para salir. Cuando es de conductores es miedoso porque bloquean las vías con los taxis, pero cuando es de un policía volamos a oír la música de la banda que traen. El barrio no es triste porque tengamos que estar despachando muertos. No hay nada más delicioso que sentarse en las escaleras de la iglesia a conversar con los vecinos, es como la sala de la casa”, explica después Liliana.

Hay barrios en los que la vida gira en torno a los horarios de trabajo de sus habitantes, obreros que caminan en la madrugada hasta la parada del transporte público, profesionales y ejecutivos que sacan sus carros de los parqueaderos de sus casas o edificios; o a la vía principal, congestionada todo el día, atiborrada de comercio, donde se compra la comida diaria y se hacen las vueltas del hogar, se toma café viendo pasar gente, se escucha música o se bebe aguardiente; o al parque lleno de niños, chucherías y fieles que van a misa los domingos. Hay gente que hace deporte, sale a caminar o se sienta en el balcón a chismosear o a leer la prensa. Pero en Jesús Nazareno, en particular en los alrededores de la Avenida Juan del Corral, la gente ve desfilar entierros mientras espera que los planes de la Medellín futura, que sigue por el camino que los muertos señalaron a mediados del siglo XIX, le cambie otra vez el paisaje al barrio.



Avenida Juan del Corral, 1945.



Historias viejas del barrio antiguo

Por Luis Fernando González

Desde los tiempos de la Colonia fue clave para la naciente villa la calle que desde mediados del siglo XIX se conoció como Boyacá. Cuando en el Sitio de Aná fue erigida en 1675 la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria, y antes de que el alarife Agustín Patiño hiciera el trazado de la plaza y de las ocho cuadras aledañas que servirían de marco a la villa, ya existía el camino que comunicaba la capital de Antioquia –Santa Fe de Antioquia– con los llanos de La Mosca y San Nicolás, al oriente, los cuales se fueron poblando con la apertura de una frontera minera –de oro y de sal–, agrícola y ganadera, hasta conformar un vecindario de tal importancia que en 1670 se levantó una capilla consagrada a San Nicolás el Magno. Este camino, anterior incluso a la llegada de los españoles, pues era utilizado por las poblaciones indígenas del río Cauca, seguramente fue determinante para la ubicación del Sitio de Aná y para el posterior trazo del incipiente y limitado damero de la estructura urbana de la villa; además, le dio la alineación oriente-occidente a la trama, junto con los límites naturales y los linderos previamente establecidos por los propietarios de los terrenos, los cuales fueron respetados, y la sencilla ruta se convirtió en la Calle Real.

Hay que tener en cuenta que para entrar o salir de la villa era necesario vadear el río Aburrá –o Medellín– pues no existía ningún puente, lo que se hacía por un vado del río que durante mucho tiempo se denominó como “Paso Real”. En la parte oriental del río había una gran barranca que prácticamente era la puerta de la villa, un sitio estratégico por el acceso y por no ser lugar de inundación; además, contrario a lo que sucedía con zonas aledañas, resultaba apto para ser habitado. Esto permitió que en 1678, apenas tres años después de la erección de la villa, se construyera una primera capilla por iniciativa de la señora María Paladines de la Fuente, en un solar que había pertenecido al señor Marco López de Restrepo (Mesa, 1925). Esta capilla a San Benito no debió ser una obra de gran importancia, y al parecer era usada por la Cofradía de la Merced, pero se convirtió en un factor fundamental para aglutinar a la población en la parte occidental, por fuera del marco inicial de la villa, en un sector que empezó a ser reconocido como el barrio San Benito.

Para 1808 Medellín apenas tenía una extensión de “10 cuadras de largo, y 5 de ancho; trescientas, y setenta casas de texa, y tapia, y veinte de paja; entre ellas veinte, y siete altas: cinco yglesias; entre ellas la parroquial (sic)”, como fue descrito en el censo de ese mismo

año (AHA, 1808), pero empezaba a mejorar y a expandir su estructura urbana gracias a las iniciativas de los gobernantes borbones, especialmente los visitadores Francisco Silvestre y Juan Antonio Mon y Velarde. Las ordenanzas impartidas por ambos incluían empedrar las calles, mejorar el trazo y la limpieza de las mismas, construir puentes y edificios especializados para cabildo, carnicería y fábrica de aguardiente, y formalizar un mercado público en la plaza, entre otras obras proyectadas y no construidas. De acuerdo con los preceptos de corte higienista de la Corona, una de esas obras fundamentales fue la construcción de cementerios en las afueras, tras la prohibición de enterrar a los muertos dentro de las iglesias. Esto implicó la creación de uno de los primeros cementerios de la villa en San Benito, frente a la plazuela de la iglesia, aunque para 1823 ya no estaba en uso y se había trasladado al otro lado de la quebrada Santa Elena.

Durante esos años también se construyeron varios edificios religiosos, ya fuera para renovar las viejas y desvencijadas capillas o para construir nuevas iglesias que sirvieran de referentes para la expansión urbana, como ocurrió con el barrio Mundo Nuevo o Barrio Nuevo de San Lorenzo, donde la construcción del convento, la iglesia y la plaza franciscana en la primera década del siglo XIX fue un acicate para el crecimiento que desde finales del siglo XVIII se estaba dando hacia el oriente. Se denominaba “barrio nuevo” en oposición al “barrio antiguo”, es decir, San Benito. Precisamente, en 1800 el cabildo consultó al gobernador Francisco Silvestre “sobre si se deberían nombrar jueces comisarios de barrios para ayuda de las justicias ordinarias, pues se había presentado un crecimiento de gentes y edificios desde hacía unos veinticinco años” (Piedrahita, 1975). Por primera vez se definió oficialmente la división barrial y se nombraron comisarios de barrio; Nicolás Gómez Mejía fue nombrado el de San Benito, y los límites del barrio quedaron definidos de la siguiente manera: “Desde la orilla de la quebrada de Aná que corre en los márgenes de esta Villa mirando en línea recta y siguiendo la calle del Jardín la encrucijada donde se halla la casa de su Majestad que servía de Administración de Tabaco y de allí para abajo todo lo que incluye y encierra la orilla del río y la expresada quebrada hasta el desemboque al río y se entiende toda la quebrada debajo del lado de la Villa en que se deslinda con el Partido de la quebrada arriba (sic)” (Piedrahita, 1975).





Iglesia de San Benito, c.a. 1920.

Para esta época, las propiedades que tenían en San Benito los padres de Francisco Antonio Zea, Pedro Rodríguez de Zea y Catarina Casafús ya estaban en posesión de sus herederos, entre ellos Alejandro Zea y su esposa, Rosalía Díaz. Francisco Antonio, por su parte, vendió sus derechos de heredad en 1798, ante la necesidad de dinero que describió su cuñado Bartolomé Restrepo: "...se halla en Europa lleno de empeños, colmado de cuidados, sufriendo necesidades pagando por los cortos suplementos que se le han hecho y están haciendo, por lo que nos ha dado órdenes repetidas a la señora su madre y a sus dos cuñados don Mateo Zapata y mi persona para que sin pérdida de tiempo procediésemos a la venta de sus bienes herenciales paternos" (AHJM, 1798).

El crecimiento y la renovación urbana en este sector de la villa fue tan importante que entre 1791 y 1803 se reconstruyó la iglesia de La Veracruz, ubicada a pocas cuadras de la de San Benito, que también empezó a ser reconstruida en ladrillo y tapia por el albañil José Muñoz en 1802. Ese mismo año, en las inmediaciones, se adelantó la construcción del hospital San Juan de Dios, lo que implicaría el traslado de los enfermos de una casa improvisada en San Benito al nuevo sitio, sobre la calle de La Alameda (hoy Colombia con Cúcuta); y allí mismo, en la esquina, se construyó la iglesia de San Juan de Dios, que sería inaugurada en septiembre de 1805.

Todo esto hizo que el sector se renovara arquitectónicamente y definiera su estructura urbana, al tiempo que se empezaban a configurar las calles transversales a la Calle Real, como la que posteriormente se denominaría Tenerife, entre la quebrada y la calle Ayacucho, en una extensión de solo tres cuadras que se mantendría durante mucho tiempo, pues para 1870 así la describía Francisco de Paula Muñoz. De acuerdo con el plano de Hermenegildo Botero, para 1847 la calle

Tenerife ya estaba plenamente estructurada y se llamaba de esta manera, y los viejos nombres habían sido cambiados por los de carácter independentista y republicano, como el caso de la Calle del Resbalón, nombrada Junín; El Álamo o La Alameda, bautizada Colombia; la de La Amargura, renombrada como Ayacucho, entre otras.

A finales de la década de 1840 la villa vivió otro auge constructivo. San Benito fue perdiendo preeminencia en la medida en que el antiguo camino real dejó de tener la relevancia que había tenido por décadas, debido a la construcción de un puente sobre el río Medellín, en la prolongación de la calle Colombia. La obra del maestro magunciano Enrique Haeusler fue iniciada en 1846 y controvertida por su calidad constructiva y arquitectónica, pero efectiva en tanto se logró sortear el río sin tener que vadearlo a la altura del Paso Real, con lo cual se agilizó la conexión del marco de la villa con la Otrabanda del río y el occidente de Antioquia.

Esto marcó el declive de San Benito, que para mediados del siglo XIX ya era conocido como "Quebrada Abajo", en contraste con la "Quebrada Arriba" donde las nuevas élites comerciales de la ciudad se habían establecido, tomando como referencia el eje de la quebrada Santa Elena y levantando, desde de la década de 1850, las avenidas "Derecha" e "Izquierda" a ambos lados, y casonas que más tarde serían verdaderas villas y palacetes de gran prestigio. El contraste entre los dos sectores en que se dividió la quebrada lo atestiguó hacia 1919 el escritor Tomás Carrasquilla en una de sus crónicas, cuando señaló que "la geografía popular, base de la científica, la ha dividido siempre en 'Quebrada Arriba' y 'Quebrada Abajo'. Inventemos nosotros, a nuestro turno, la 'Quebrada Media'. Será esa la que demora entre las carreras Junín y Tenerife... La 'Quebrada Abajo', aunque habitada desde tiempos remotos, no tiene consejas de ningún linaje, ni ha prestado

MUEBLES STEFANY
CALIDAD AL MEJOR PRECIO
SOMOS MAYORISTAS. PROMOCION
MUEBLES ALCOBAS COMEDOR
TEL 2311788- 573-0476.

2311788

Stefany







muchos servicios reservados. Sus caserones solariegos así como sus cabañas, han vivido aislados entre sus umbrías arboledas, recogidos en las delicias pacíficas y hogareñas. Si hoy mismo cuando la ha invadido la edificación y la vía férrea, se muestra aún esquiva y soledosa, cuánto y más lo sería en sus buenos tiempos, cuando era campo neto de hidalgos patriarcales y de plebe humilde. Tales serán su retiro y su calma, que por allá se han fundado ogaño dos monasterios nada menos: Mendicantes y Siervas del Santísimo”.

Lo cierto es que en la segunda mitad del siglo XIX San Benito perdió importancia al cambiar la ruta del tráfico comercial a la calle Colombia, pero, como lo señala Carrasquilla, ganó en términos de tranquilidad y posibilidades contemplativas, lo cual fue aprovechado por comunidades religiosas para instalarse allí. La última en hacerlo fue la comunidad franciscana que recibió la administración de la iglesia en 1900, con el propósito de establecer al lado de esta el Convento de las Órdenes Menores. Este aire conventual se disipó con la llegada del tren a Medellín, descrita por el mismo Carrasquilla, quien cinco años después de este hecho crucial para la historia urbana daba cuenta de sus efectos transformadores en términos constructivos.

El declive de san benito

En 1968 se hizo el primer “estudio del Centro de la ciudad”, que tenía como objetivo principal “el ordenamiento de las funciones y actividades que se realizan actualmente en dicho Centro y el planeamiento inmediato y futuro, con miras a su revitalización y a la recuperación de parte del espacio urbano para el peatón” (Valencia & Cadavid, 1969).

El diagnóstico del estudio mostraba que había una crisis del Centro, producto de la congestión por el exceso de vehículos y de la existencia de zonas muy deterioradas, entre ellas San Antonio, Guayaquil, La Bayadera, y los alrededores de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús y del edificio de las Empresas Públicas, sumadas a otras con potencialidad para el deterioro como el barrio Colón y la Estación Villa. San Benito, considerado como anexo del centro principal, no estaba en ninguna de las dos categorías; por el contrario, la descripción era positiva: “...comprendido entre Avenida De Greiff, Avenida del Ferrocarril, Colombia, Cundinamarca. Buen estado en 90%, regular el 10%. Predomina vivienda, con mezcla de comercio y algún comercio industrial”.

El estudio proponía, entre otras soluciones, la configuración de un anillo de circulación periférica –Avenida Oriental, Avenida del Ferrocarril y calle San Juan–, la construcción de puentes sobre el río Medellín, la construcción de un Centro Administrativo Oficial para concentrar las oficinas gubernamentales, un proyecto para la Central de Transporte y la remodelación de la Plaza de Cisneros. Algunas de estas propuestas se habían esbozado en el Plan Piloto de Wiener y Sert, elaborado entre 1948 y 1949 y aprobado en 1951, lo mismo que en el Plan Regulador aprobado en 1959; en diferentes momentos se fueron diseñando y ejecutando, y su efecto fue contrario al que pretendía este estudio pionero, pues el caos vehicular y el deterioro residencial se incrementaron.

El anillo de circulación periférica –iniciado en la década de 1960– se hallaba trunco para 1968, por lo que se urgió su continuación, la cual se logró entre 1971 y 1976 con la construcción de la Avenida Oriental y el complemento de la Avenida del Ferrocarril. Esto implicó la demolición de cientos de casas –entre ellas algunas de arquitectura destacada–, cercenó la trama urbana y generó discontinuidad entre algunos sectores residenciales, y además fue un factor de expulsión de la vivienda del Centro, pues sus pobladores emigraron hacia otras áreas de la ciudad, especialmente al occidente. De igual forma, impactó con fuerza el barrio San Benito, pues provocó la demolición de la Estación Villa, y la construcción de un anillo vial y un deprimido que separaron los dos barrios contiguos.

La Plaza de Cisneros no se remodeló. Luego del incendio de la plaza de mercado cubierto de Guayaquil en 1969, se adelantaron proyectos para la construcción de plazas satélites en diferentes barrios, una plaza mayorista en el sur de la ciudad y, por último, la plaza de mercado minorista José María Villa, inaugurada en 1984. Como ocurrió con la Avenida del Ferrocarril, el impacto sobre San Benito fue directo, pues la plaza se construyó al otro lado de la avenida, en la vecindad del barrio, y el cambio de uso residencial a comercial fue otro de los factores de expulsión de la población residente.



Por su parte, el Centro Administrativo Oficial tuvo varias versiones y grandes debates. De un lado estaban quienes consideraban que no se debían sacar las oficinas gubernamentales del Centro pues eso acabaría con el corazón de la ciudad, y del otro quienes defendían una propuesta en el sector de La Alpujarra, lo cual se cumplió efectivamente en 1987, cuando se inauguró el proyecto desarrollado por el consorcio conformado por Lago Saéñz y Cía. Ltda., Esguerra Sáñz Urdaneta, Samper Ltda. y Fajardo Vélez y Cía. Ltda., ganador de un concurso organizado en 1974. Como sucedió en todo el Centro, el efecto sobre San Benito tuvo dos expresiones: en primer lugar, la irrigación de la informalidad y los inclinatos de la plaza y de El Pedrero hacia otros sectores como los alrededores de la Plaza de Zea; en segundo lugar, el abandono de los edificios públicos, su deterioro durante algún tiempo y la afectación económica de quienes usufructuaban la vecindad. En San Benito dicho efecto fue muy fuerte debido a su vecindad con el Palacio Municipal, y la Plaza de Zea volvió a convertirse en el patio trasero de la ciudad. ♦

*Apartes de la investigación histórica del proyecto de restauración de la Casa Zea: *La Casa Zea: ¿una casa sin "Historia"? Una casa con historia*, elaborada para el arquitecto Néstor Vargas Pedroza y el Ministerio de Cultura. Diciembre de 2012.

‘DE AQUÍ PAL CEMENTERIO’

—La familia mía dice que yo soy muy perezosa —dice Maruja Arango Gómez, habitante de Loreto de toda la vida ¶ —¿Por qué? ¶ —Porque es que yo lo que es sábado y domingo no cocino ¶ —¿Y entonces? ¶ —¿Entonces para qué está la salsamentaria pues? El esposo mío compra dos almuerzos allá y nos los comemos en la casa, o salimos por ahí, o el hijo mío, que los sábados sale de trabajar a la una, me llama y me dice: “Mamá, ¿usted ya almorzó?”, “no hijo, nada”, “ah bueno, entonces espéreme yo llevo pa que almorcemos”. Y así ¶ —Entonces los domingos te levantas tarde ¶ —Ya ve que no, casi siempre me levanto temprano y voy a misa de ocho aquí a la iglesia de Loreto o voy a misa de once o doce en el Centro, a San Antonio o a San José o a San Ignacio. A mí me gusta mucho andar la calle. Hasta he ido a misa a Envigado ¶ —Tremenda... ¿Y con su esposo o sola? ¶ —Ah, yo sola. Por la tarde me voy con mis hermanas para el bingo que hacen unas señoras hace treinta años en la casa que queda enseguida de la del corredor grande, la de puertas cafés. Ahí se nos va la tarde, los sábados y los domingos ¶ —¿Y en semana? ¶ —Por las tardes nos sentamos mis hermanas, mis hijas, mis sobrinas y yo en la acera, sacamos unas sillas y nos ponemos a echar cuento y a tomar tinto. Es que no le digo que nosotros nos juntamos la familia y eso ya es fiesta. No necesitamos más gente ¶ —¿Cuántos son pues? ¶ —Somos tres hermanas. Yo tengo cinco hijos y diez nietos, ya todos grandes, la menor cumple ocho años ahora en diciembre. Y ahí súmele los sobrinos ¶ —¿Y todos viven en Loreto? ¶ —Todos por aquí. La que más lejos vive es una hija mía, la que tiene cinco hijos, que vive en un apartamento allí arriba. Pero vea, aquí al lado vive mi hermana Rosa con una hija y dos hijos de ella; arriba en la casa que están remodelando vive mi otra hermana, solo que mientras tanto un hijo se la llevó para Robledo ¶ —¿Esa casa es donde se criaron ustedes? ¶ —Ahí nació yo, a mi mamá se la dejó la mamá de ella. Por aquí siempre vivió la misma familia, los Gómez Posada, primos, tíos, hermanos, todos hicieron las casas viejas que quedan en esta cuadra. Eran casas muy

grandes, vea que una que queda aquí abajo que era de un hermano de mi mamá era enorme, tenía dos cocinas ¶ —¿Y para qué dos cocinas? ¶ —Yo no sé. Pero no eran cocinitas, eran grandotas. De esa casa sacaron otra hace poquito, de lo grande que era ¶ —¿Pero por qué las remodelan si son tan buenas las casas grandes? ¶ —Porque es que no crea esa caña, antes es que dura mucho. La casa donde nosotros nos criamos duró póngale cien años, pero hacía rato que el techo se le estaba cayendo. Lo que pasa es que hay que invertirle plata para mantenerla, y la gente mejor se hace una más moderna de una vez ¶ —¿Y a usted no le han dado ganas de irse de por acá? ¶ —Nooo, yo he vivido toda mi vida por aquí, la familia también, y los que se han ido es porque se han muerto. Yo de aquí pal cementerio ¶ —¿Y por qué le gusta tanto vivir aquí? ¶ —Porque aquí se pasa muy bueno, es muy sano, hay buenos vecinos, tengo muchas amigas, converso con todos. Recién casada, el esposo mío me dijo que nos fuéramos para Manrique y yo le dije: “Nooo mijo, qué nos vamos a ir a hacer por allá” ¶ —Bueno, también es que usted aquí vive como en el campo... ¶ —Sí... La casa no es tan buena como las de antes que eran grandes y amplias, como la de mi mamá que tenía hasta una piedra de esas en la que se machacaba el maíz para hacer mazamorra, pero aquí está uno en su casa, y en el solar todavía hay palos de naranja, tengo un poquito de café, hay mandarinas y nísperos también. Lo único que falta es que se me case el hijo menor, que ya está solterón y no se quiere ir de aquí ¶ —¿Y cuántos años tiene? ¶ —Andrés tiene treinta años ¶ —Ah, pero todavía no es solterón ¶ —Casi. Yo le digo “vea, consígase una novia y se casa”. Él sí sale mucho pero nada serio. Claro que si él se casa va a ser muy duro pa mí porque él me colabora mucho, pero él tampoco puede quedarse solo porque falta uno y qué, él por ahí sin mujer ni nada ¶ —Pero falta mucho para que usted falte, Maruja ¶ —Ah, eso sí, porque yo afán de irme no tengo ¶



Loreto





abecebarrio

Por Fernando Mora Meléndez

Hasta ese día

Antes de que cruzara por allí la Regional, todo eso eran mangas. La gente del barrio sabía que en esos rastrojos se escondían parejas a hacer el amor. Mi mamá cosía. Por una ventana vigilaba que no entráramos a esos predios. Pero mis amigos iban de tanto en tanto para traer la noticia: que fulanito de tal entró a culiar con una muchacha, que los habían visto con estos ojitos...

Mi madre Constanza solo pensaba en sacarnos adelante, en mandarnos a la escuela, en llevarnos algún día bien lejos de ese inquilinato.

Papá venía cada mes con un costal de mercado y un sobre. Era un señor alto, de sombrero, bien plantado. Había sido soldado profesional y ahora era oficinista del ejército. Otras veces no venía, pero mamá nos decía con una risita: "Me voy a encontrar con su papá en el Centro". Tal vez iban a alguna pensión a pasar el rato, yo qué sé. En todo caso, siempre rondaba la frase: "Espere que venga su papá en estos días, tal vez su papá se lo compre..."

Cuando el hombre del sombrero venía era una buena señal. Íbamos al Caravana a comprar ropa, o al Tía. Hasta ese día cuando mamá colgó el teléfono y se largó a llorar. "¿Ahora quién nos va a ayudar?", dijo bañada en lágrimas. Después de estudiar Derecho, parece que el hombre de sombrero vendió unos lotes sin papeles. Por eso lo mataron. O esa es la versión.

La vida siguió igual en la vecindad. Uno se levantaba con los gritos provenientes de alguna ventana: "¡Me robaron los calzoncillos del alambre!", "¡Ya no está el jabón!"; o con el de un malevo que llamaba al marica de la cuadra, uno al que solo le gustaban los mecánicos. Esa era la música de todos los días. Así crecí siendo un niño huraño, malencarado. Me quedaba pensando en el borde de la tapia. Lo único que me gustaba era ir al Cementerio Universal a tumbar mangos que nadie cogía dizque porque eran de muerto. A mí me sabían igual.

De todos modos, no lo niego, yo era un niño raro.

Iban para el otro lado

Había una vez una enanita que iba donde una vecina a que le prestara un niño rubio para decir que era hijo suyo. Era un chiquillo tan bonito que hasta el propio padre se lo llevó una vez y casi no lo devuelve. Tampoco tenía cara de ser un niño pobre. Como era así de bonito, el papá le dio el apellido. A mí en cambio no, porque yo no me parecía a los monos de su familia. Despertaba sospechas de origen y me decían 'El Negro'. Así que, como ya sabrán, ninguna enana me prestó jamás para decir que era hijo suyo.

La casa donde vivíamos quedaba en Belén y tenía doble puerta, una que daba a un callejón de inquilinato, otra a una manga que iba hasta una calle principal. Por eso los vecinos, para acortar camino, tocaban la puerta y decían: "¿Señor, me deja pasar?", "Niño, ¿nos deja pasar?", "Pasen todos, usted también". Y así se pasaban por la sala de mi casa hacia la manga, la quebrada y luego la avenida. Algunos iban para la Universidad de Medellín. También pasaban unas ratas enormes. Cerrábamos la puerta, pero la gente seguía tocando porque quería llegar más rápido. La enana, en cambio, no volvió a tocar. En su lugar venía una mujer flaca, que no se podía bañar dizque porque le salían unas ronchas rosadas si lo hacía.

De la casa de las dos entradas, del callejón, de la manga, nada queda. Los que viven en esas torres ni se figuran lo curioso que era esto por aquí.



Kiosco

Una mujer me puso la mano cuando iba por la Avenida De Greiff. Tenía una maraña por pelo y casi no se le veían los ojos. Se subió al puesto de atrás y me pidió que la llevara a la Avenida del Ferrocarril para recoger a su hermano. Cuatro cuadras después pasamos frente a un taller y alcancé a ver al tipo que, según ella, era su hermano. Reconocí su rostro de inmediato, un ladrón de carros. Uno que anda estas calles sabe quiénes entran y salen de la cárcel.

—Yo aquí no paro —le dije, y más adelante le pedí que se bajara. Tuve que acudir a la única palabra que me sale en estos casos. Puse cara de matasiete—. Ya sé lo que usted quiere hacer con su hermanito, hágame el favor y se baja ya.

Parece que la actuación fue buena porque la mujer no dijo ni mu. Se bajó más sumisa que una monja. Seguí hacia Barrio Triste, al kiosco de siempre. Pedí un aguardiente doble. Respiré profundo.



Lovaina

A las dos de la madrugada, mientras Jason aspira el acre aroma del bazuco, una niña, arrodillada en un taburete, aún con el uniforme del colegio, hace sus tareas en la mesa, debajo de la nube densa. Su padre, un flaco esmirriado con bigote cantinflesco, es un jíbaro al que le gusta compartir la mercancía con su cliente. Repasa una y otra vez el sorullo en la llama de una vela para que carbure, antes de darle a probar de nuevo a Jason. La madre a su vez da vueltas por ahí, dictándole a la niña las posibles respuestas, aunque también trastabilla, entre un plon y otro: ¿Las abejas son animales invertebrados, arácnidos, plántigrados? ¿Ninguna de las anteriores? El padre le pide a la niña que se vaya a dormir, pero la mujer rechista:

—¡Vea este bobo tan pendejo! ¿Por qué va a acostar ya a la niña si está haciendo la tarea?

La madre le pide a Jason una ayudita con el deber escolar, entonces él se acerca por detrás para mirar el cuaderno y aspira su cigarro envenenado como si fuera el último.

—Yo creo que la abeja es invertebrada, dice.

Al fondo suena gangosa una canción de Ismael Rivera.



Moravia

En los ratos libres, que eran casi todos, nos gustaba ir a ver cómo hacían sus ranchos los invasores. En un santiamén clavaban los palos, pegaban las tablas, el cartón y una lata que había sido valla de algún político. Otras veces nos íbamos con los hijos de una señora que vendía empanadas. Nos ponía a pelar papas. A cambio no nos daba ni las gracias. Pero a nosotros nos encantaba porque uno de sus hijos era muy charro: contaba chistes mientras quitábamos las cáscaras, y se echaba unos pedos trompeteros. Eran familia de invasores y solo estudiaban hasta segundo de primaria. También vendían morcilla. Cuando volvíamos a la casa, por la noche, mamá lloraba de oír en qué andábamos. Quería que estudiáramos, que no siguiéramos en esas, pelando papas y oyendo cuentos verdes donde la morcillera de Moravia.



Nada de nervios

Antes de que a él le pasara eso, gozábamos de lo lindo tocando en la terraza. Teníamos una banda de *hardcore punk* y pensábamos que los demás ritmos eran para maricas. Casi nunca salíamos de ese parche. Todos menos él, porque a él le caían las lucas y se iba a putiar. Era enfermo ese man por las casas de citas, hasta ese día que no vino al ensayo, ni tampoco al toque que teníamos programado. Supimos todo por boca de un parcerito suyo. Le habían pegado una venérea de esas que casi no se curan. El médico le dijo que era una cepa muy dura, que ni en Urabá había visto nada parecido. El tratamiento le duró como tres meses. Le ordenaron que nada de viejas. Pero apenas cogió fuerzas otra vez, volvió a sus andanzas, ya más prevenido. No solo se ponía condón doble sino también unos guantes de cirugía de los largos. Apenas llegaba a esos burdeles, se oían risitas nerviosas, cierto cuchicheo. “¡Con que usted es el de los guantes!”, le dijo una de las chicas alguna vez. Nos lo imaginábamos empelota con sus forros de caucho como si fuera a operar. Lo bautizamos ‘El Doctor Falopio’. Hasta queríamos ponerle así a la banda. Pero ese man no volvió a tocar nada. Solo lo suyo...



Ñañita

Era una niña alegre, tal vez valiente. Se ponía en jarras y desafiaba a todos los chicos que se burlaban de ella por su forma de hablar. Era ñata, y cada que tenía que pronunciar la ene usaba la eñe por defecto. Nos gustaba provocar su rabia solo para oír ese hablado tan gracioso. Por eso toda la gallada le decía 'La Ñañita'.

Vivíamos por Cuatro Bocas, entre Miranda y Aranjuez, cuando supe el final. Un niño de mi edad me llevó a un basurero y me señaló un vestido blanco y esponjoso, manchado de sangre: "¡Mirá! ¡Ese es el vestido de la Ñañita! ¡Corré que la Ñañita te va a asustar!". Llegué a la casa todo jugado en sudor, sintiendo que la niña me perseguía.

—Mamá —grité—, ¿es verdad que la Ñañita se murió?

—Sí mijo, no ve que la cogió un carro...

Fuimos por la noche a su cuadra. En medio de un corrillo de gente que lloraba vimos la caja de madera, iluminada por cirios. Dentro de ella, la Ñañita tenía una corona de flores chiquitas y no decía nada.

Otro estrato

Las casas se levantaron en la finca de un señor Cock. Por eso cada mes debían pagarle la cuota a este hombre que hacía sus contratos de palabra. No era un pájaro de mal agüero, por el contrario, lo respetaban. Y en agradecimiento le pagaban con puntualidad. Las calles eran empinadas pero tranquilas, hasta los ochenta, cuando el parche se calentó. Pasaban en un campero de vidrios polarizados y fumigaban a los que hubiera en las esquinas. Varios amigos míos fueron cayendo. Decían que era en venganza por lo que andaba haciendo Pablo, el único Pablo que ha habido.

Por esos días nos echaban de todas partes porque mi padrastra era dado al trago y eso le cogió ventaja. Trabajaba de bombero en una bomba de gasolina. Y como se bebía hasta el último centavo, mi madre debía quebrarse la espina cosiendo en una máquina Singer. Vivíamos en una estrechez que no es metáfora. Casi no cabíamos en ese cuarto, y aunque el bombero me trataba bien, nunca entendí cómo mi mamá tuvo un hijo con ese tipo. A pesar de todo, ella nos mantenía impecables, tanto así que parecíamos de otro estrato.





Loma de los Parra • Loma de Los González • El Garabato • El Tesoro • Loma de Los Mangos • La Chacona • El Poblado • Aguacatala • Castropol • Patio Bonito • Lleras • Santa María de los Ángeles • Villa Carlota • Barrio Colombia • Manila • Astorga • Provenza • Alejandría • Los Balsos • Las Lomas • Altos del Poblado • San Lucas • Florida • El Castillo • El Diamante • Los Naranjos • El Remanso • El Futuro • Guadalajara • Vegas del Poblado •

SUR- ORIENTAL

P_172 No hay futuro qué perder *_Juan José Gaviria*

P_186 Puntadas y amigos

P_189 De portadas a porterías *_Francisco Saldarriaga*

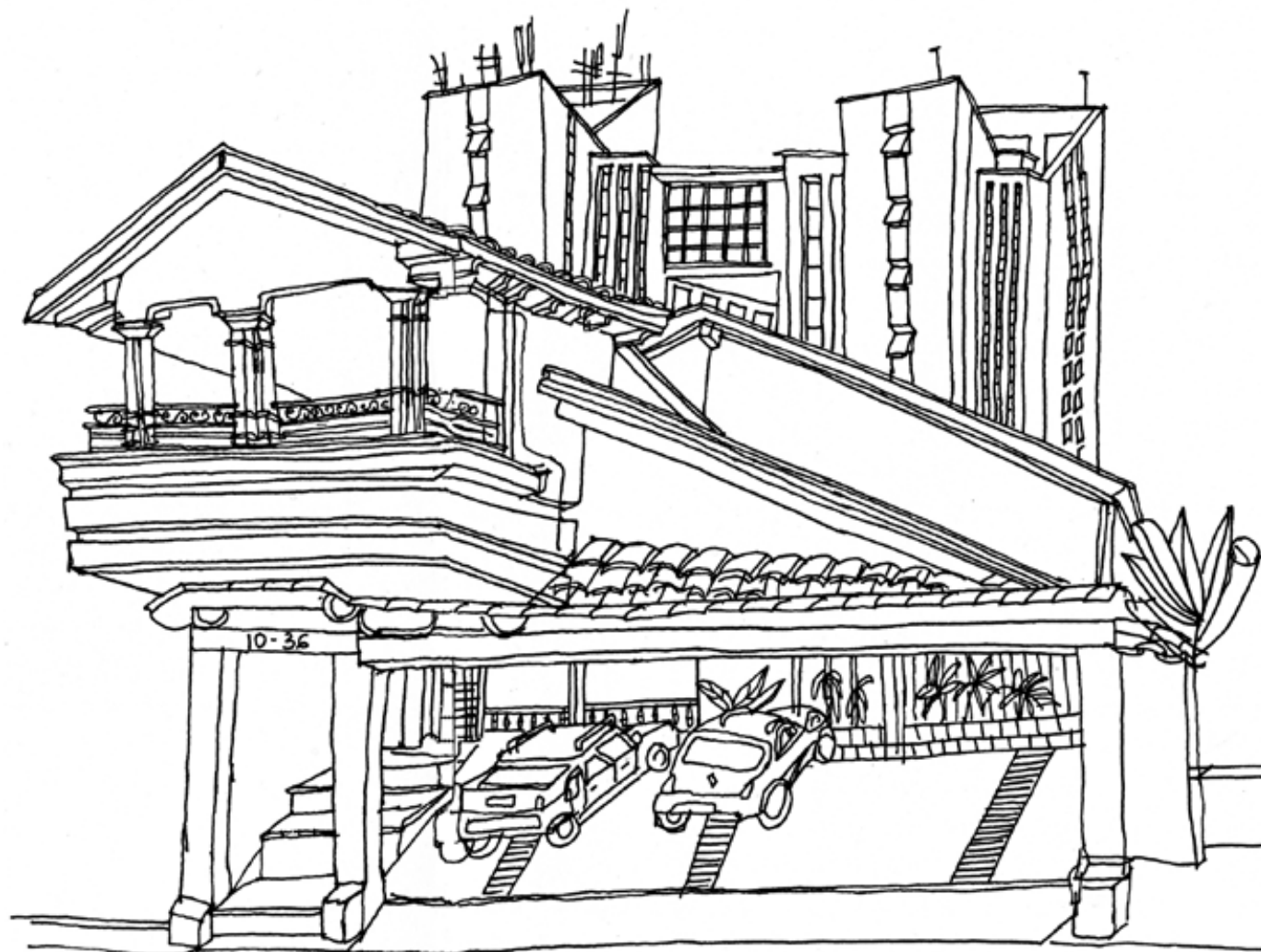
P_196 Donde ricos y pobres arreglan sus zapatos

P_198 Los Chisperos *_Ignacio Piedrahíta*

P198

N





Poblado, 2011.

“Rodrigo siguió viendo a Susana, casi viviendo con ella, viéndola todos los días desde ese día. Y al siguiente, por la mañana, regresaron juntos a El Poblado, el barrio de Medellín donde vivían. A El Poblado, porque Medellín, el resto de Medellín, es decir casi todo Medellín, era invivible para ellos. No sabían nada de la otra ciudad. La de los pobres, la de los muertos. La de la gente que no se moría de infarto ni de vieja sino de bala o cuchillada. Su mundito se reducía a ese vecindario que domina la ciudad desde las colinas: verde y sin aceras, plagado de edificios bajos y altos, de casas asediadas por los constructores, de carros blindados, de piscinas privadas, parques particulares, gimnasios, campos de golf y canchas de tenis, de centros comerciales mal copiados de Miami, tan irreales y postizos como un Disney World trasplantado a un valle andino de trópicos.”

Héctor Abad Faciolince

Fragmentos de amor furtivo, 1998.

Cronología suroriental

Panorámica de
Medellín desde
El Poblado, s.f.

1616: El 2 de marzo el visitador de la Real Audiencia, Francisco Herrera Campuzano, decretó la fundación de San Lorenzo de Aburrá en zona aledaña al actual barrio El Poblado. Allí fueron reunidos todos los indios y españoles dispersos por el valle, para hacerlos habitantes del mismo poblado.

1843: El señor Eusebio Restrepo dirigió a la Diócesis de Santa Fe de Antioquia una petición para reconstruir la capilla de San Blas alegando la necesidad de tener un templo cercano, dada la distancia respecto a la parroquia central y el número de habitantes que se había asentado en esa zona del valle. Restrepo se ofreció a donar las tierras donde quedaría la capilla y a correr con los gastos de la construcción, siempre que el templo llevara el nombre de San José.

1865: El Poblado fue nombrado corregimiento de la Villa de Medellín.

1876: Después de repetidas solicitudes de los vecinos del corregimiento, la Arquidiócesis de Medellín constituyó la parroquia de San José de El Poblado. Las zonas cercanas a la antigua plaza comenzaron a poblarse, y el crecimiento se aceleró con la llegada de numerosas familias. Con el tiempo, sus alrededores rurales fueron ocupados por las fincas de veraneo de las familias adineradas de Medellín. Entre ellas se distinguían Castropol, La Florida, Alejandría, Oviedo, Chipre, La Esmeralda, La Floresta, El Diamante, Cantabria, Malachi, Ceylán, El Pinar, Asturias, Villa Carlota, San Marino y Zúñiga; posteriormente, esas fincas sirvieron como referencia para nombrar los barrios y urbanizaciones de El Poblado.

1912: Fue construida y habilitada la estación Poblado del Ferrocarril de Amagá, ubicada donde hoy se alza el Centro Comercial Monterrey.

1925: Fue inaugurada la línea Poblado del tranvía eléctrico de Medellín.

1930: Empezó a poblarse el sector aledaño a las quebradas La Chacona y La Moná, con familias de Abejorral y Caldas que venían a trabajar como mayordomos y jardineros en las numerosas fincas de El Poblado. Al comienzo sus habitaciones eran ranchos de paja con paredes de lata; con el tiempo, sus moradores lograron hacerse a casas que atendían solamente a la arquitectura vernácula, construidas sobre bases de piedra y tapias. Más tarde, gracias al apoyo de Avanzada Juvenil –un grupo de jóvenes universitarios de las familias de El Poblado–, el barrio La Chacona inició su modesto desarrollo urbano.

1937: El Banco Central Hipotecario comenzó la planificación y construcción del Barrio Lleras, un proyecto de viviendas para empleados de clase media, con cuotas bajas y largos plazos de pago. El barrio pretendía solucionar los problemas de vivienda generados en el centro de la ciudad por el acelerado crecimiento de la población, y dio inicio al desarrollo moderno de El Poblado. Tomó su nombre de una finca del señor Julio Eduardo Lleras, empleado del Banco Central Hipotecario con historia en las instituciones de crédito para vivienda que empezaban a aparecer en el país ¶ A finales de la década del treinta, la familia de Isaac Restrepo decidió lotear los terrenos de la finca La Manila, y sus compradores, de

estratos medio y bajo, fueron construyendo sus viviendas al ritmo que marcaban sus posibilidades económicas. El barrio Manila se levantó en las inmediaciones del Cementerio de El Poblado.

1943: Las Hermanas Franciscanas Misioneras de María Auxiliadora fundaron el Colegio Palermo de San José, dirigido por la madre Olivia Osl. El colegio fue construido en terrenos de la finca Palermo, donados por el señor Ramón H. Londoño.

1950: Los hermanos Gaitán, propietarios de la finca Astorga, contrataron al ingeniero Tulio Ospina Pérez para diseñar el trazado de un nuevo barrio. La finca se dividió en dos, dándole apertura a las calles 7 y 8 de El Poblado, y se trazaron los lotes para las viviendas y un terreno para la construcción de un parque. Los Gaitán vendieron sus lotes a parejas jóvenes que iniciaban su vida matrimonial.

1956: El Banco Central Hipotecario construyó un nuevo proyecto de vivienda en los terrenos de la finca Provenza, a ambos lados de la quebrada La Presidenta, en cuyas márgenes se levantaron casas de dos y tres pisos. El barrio Provenza fue ocupado por matrimonios jóvenes del centro de la ciudad, atraídos por el paisaje semicampestre que ofrecía ¶ En la década de los sesenta, después de la muerte del empresario John Uribe Restrepo, fundador de Paños Vicuña y propietario de la finca Alejandría –ubicada al sur de la plaza principal de El Poblado–, su esposa Luisa de Uribe decidió lotear sus predios y repartirlos entre sus hijos, aunque conservó la casa principal durante algún tiempo. Promediando la década, cuando aún quedaban algunas fincas de recreo en el sector, se inició lentamente la venta de lotes y se dio paso a la Urbanización Alejandría. Fueron construidas enormes y hermosas casas, cuyos terrenos se convertirían después en los lotes predilectos para la construcción de nuevos edificios.

1962: La señora María de Jesús Arango y sus hijos constituyeron la Sociedad Urbanizadora Patio Bonito, para dividir los predios de su hacienda en 199 lotes y dejar un terreno para la edificación de una capilla ofrecida a la Virgen de los Dolores. Se proyectó la construcción de viviendas unifamiliares en una unidad cerrada, la primera en el sector de El Poblado, y a través del loteo y la venta de terrenos se fundó el barrio Patio Bonito. Hoy en día el barrio tiene cerca de diez mil habitantes.

1967: El señor Gustavo Rueda loteó y organizó para la venta los terrenos de su finca El Diamante, ubicada al sur de El Poblado. Sus compradores, provenientes de los barrios de clase alta del centro de la ciudad, empezaron a construir sus casas con completa libertad en el diseño, y en poco tiempo se hizo evidente el crecimiento urbano del nuevo barrio El Diamante ¶ En la década de los setenta, la finca Guadalajara, propiedad de Diego Uribe Echavarría, se convirtió en grandes unidades cerradas de El Poblado como El Remanso y El Futuro. Lo mismo pasó un poco más al sur con la urbanización Bosques de La Aguacatala, cerca del barrio Santa María de los Ángeles.



Iglesia del poblado, 1969.



Finca La Francia, 1940.



No hay futuro qué perder

Por Juan José Gaviria

La calle 10 de Medellín parece demasiado pequeña al final de la tarde. Los carros se apretujan en la estrecha subida y los transeúntes deben esquivarse para no chocar entre ellos. Los viernes la gente habla más duro que el resto de la semana y, en ese ambiente de bulliciosa ebriedad, los forasteros podrían pensar que la ciudad está de feria. Bajando, sobre el costado sur, una cantina con rocola y luz violeta ocupa el lugar en el que funcionaba la licorera Yogui y, un poco más abajo, desde la avenida, puede verse el parque de El Poblado como un bosque enano que gravita en torno a un balso.

Aquel frío viernes de octubre llegué puntual a la cita en la esquina de la buñuelería. El primero en aparecer fue 'Ale'. Lo había entrevistado unos días atrás en su casa de amplios ventanales y piso de madera en el municipio de El Retiro. A sus 46 años se ve muy joven. Sus rasgos cálidos están interrumpidos por una cicatriz en la mejilla y pequeñas marcas en los párpados. Cuando se ríe cierra un ojo y su expresión parece la de un pirata. Ale nació en la zona de Los Balsos, en una finca de ocho cuadras que su papá después parceló. En su memoria de chamán, El Poblado es un mapa en el que aparecen viejos nombres cuyo origen conoce. Ahora que la Comuna 14 es una maraña de edificios, Ale puede recitar los nombres de las construcciones y recordar las familias a las que pertenecían los lotes. Para él, como para el resto de las personas que entrevisté, el origen de la barra de la 10 es confuso y difícil de explicar.

En 1985 un enorme gradual se elevaba en el lote contiguo al centro comercial Oviedo. Bajo su sombra, cuatro muchachos permanecían silenciosos y acuclillados mientras se pasaban los cigarrillos. El olor acre del bazuco se mezclaba con los sonidos del viento, las hojas y los pocos carros que transitaban por la avenida. En las primeras horas de la noche, cuando los efectos empezaban a desaparecer, los jóvenes caminaban en silencio hacia el norte, veían las enormes casas que todavía quedaban a lado y lado de la calle, pasaban junto a Finale –el bar

que inauguró una época en el sector y que estaba por desaparecer–, atravesaban el parque de El Poblado y seguían hacia Castropol, Peña Rubia y Florida Blanca. Entre ellos iba un joven de pelo largo, ojos cafés y rasgos finos al que llamaban Ale.

Por aquel entonces, José Juan Posada solía caminar por la calle 10. Tenía diecisiete años, era alto, su pelo castaño rizado caía sobre su espalda, y los brazos largos y fuertes se cerraban en dos muñecas gruesas que sostenían sus manos de galeote. Vivía en Envigado, adonde había llegado después de que sus papás se separaran y vendieran su apartamento en Suramericana. El muchacho trabajaba en la agencia de publicidad de su tío en el Parque Lleras como una forma de terapia. Ya había sufrido varias adicciones y participado en rituales profanos sacados de los libros de Aleister Crowley. Para bajar desde el Lleras hasta la avenida, José Juan debía pasar junto a la licorera Yogui, un local enrejado que se atravesaba en el descenso por la 10. En los muros de las casas vecinas a Yogui, un grupo de muchachos recostaba sus figuras desafiantes.

José Juan llegó un poco después a nuestra cita en el parque de El Poblado. Se veía fuerte. Llevaba la cabeza rapada en los costados y una línea de pelo desde la frente hasta el cuello. La leñadora de mangas cortas dejaba ver dos grandes tatuajes: un pentagrama esotérico rodeado por una circunferencia cuyo centro era su codo, y, en la parte interna del otro brazo, una cara de ultratumba parecía animarse con cada movimiento; también una especie de alambre de púas envolvía una de sus muñecas en un trazo inacabado. Ale y José Juan se saludaron con efusividad. Aunque se habían visto por accidente en algún centro comercial, no se habían reunido desde aquellos años. José Juan tomó su cerveza y miró el parque atestado de jóvenes que conversaban sobre los muros y las aceras. Se siente un fundador de esa forma de ocupar la ciudad. "Esto ya no parece mi parche... Ni una peleíta ni nada...", dijo antes de reírse.

*Furia temprana, gallito escolar
Canta braverito, me quiere sonar
Fina y afila en severo tropel
Crispa calles, gana piel.*
Parlantes

Roque era un joven robusto, rubio y de mediana estatura que José Juan conocía desde la barra de Sura, llamada así por las torres de Suramericana. Fue él quien lo invitó a quedarse en Yogui. En el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, la acepción número veintiuno de la palabra “barra”, de uso limitado en algunos países suramericanos, se refiere a un “grupo duradero de amigos que comparten intereses comunes y suelen frecuentar los mismos lugares”. La de Sura era una barra de niños dispuestos a defender su territorio, una actitud generalizada por aquel entonces en los barrios de clase media de Medellín, que se materializaba en la expulsión de cualquiera que fuera considerado un intruso. Los niños de las barras sabían pelear y eran expertos en ignorar el miedo. Los de Sura se habían enfrentado a los de Naranjal, Conquistadores, Carlos E. Restrepo y La Iguaná.

Además de Roque, en Yogui también estaban ‘Conejo’, Freddy, Germán, Rúa, ‘El Mono’, Tomás, ‘Ari’ y ‘Yiyo’. Los rostros les eran familiares. Todos se habían visto alguna vez, todos conocían la reputación de José Juan, todos sabían que era un buen peleador y que cargaba rabia. El Poblado era una amalgama representada de manera precisa por lo que ocurría en esa esquina. Medellín había ganado quinientos mil habitantes en la última década, y El Poblado se había convertido en uno de los sectores de mayor crecimiento. Familias de todos los rincones de la ciudad habían llegado a la Comuna 14, y ya eran minoría los viejos apellidos que les daban nombres a las lomas surorientales de Medellín. José Juan recuerda que Ale y sus amigos, habitantes originales de El Poblado, lo “habían hecho correr un par de veces”. Ahora que se encontraban en Yogui, el respaldo de la barra era una garantía. Ale, por su parte, solo recuerda que vio a los muchachos en la licorera y se quedó con ellos.

La barra se consolidó a partir de 1985. Muchachos de Provenza, Manila, el Lleras, El Frito y otras zonas de clase media de El Poblado llegaron a Yogui. También aparecieron jóvenes de sectores como Patio Bonito, Astorga y Santa María de los Ángeles. El magnetismo del grupo tenía que ver con una fuerza que parecía dominar la ciudad. En botellas, termos y galones se disolvían en alcohol pastillas de toda clase, particularmente Rohypnol; sobres y paquetes con marihuana, cocaína y bazuco se cargaban en los bolsillos como si fueran chicles. Varios de los muchachos eran huérfanos de padre o madre, algunos vivían con sus abuelas, otros eran hijos de nuevos ricos, ninguno tenía derecho a ser un simple curioso: el que se sentaba en Yogui tenía que estar dispuesto a actuar.

La ciudad era el epicentro de un terremoto que resquebrajaría al país, y las alcaldías no entendían lo que ocurría en la calle. Entre 1980 y 1988 –año de la primera elección popular de alcaldes–, Medellín tuvo siete mandatarios; algunos gobernaron apenas por unos meses. La fama de ciudad responsable en la prestación de servicios públicos y

espacios urbanos tenía el factor estabilizante de las Empresas Públicas de Medellín, una especie de monarquía institucional. En cuanto a lo que pasaba en la calle, las cosas parecían de competencia nacional; en la práctica, de nadie.

El Mono venía del Centro y se había mudado a una enorme casa ubicada en la Transversal Superior con la Loma de los Balsos, la zona en la que creció Ale. A diferencia de Roque, quien era nervioso y explosivo, tenía el don de la empatía. Era alto, delgado, rubio y bien parecido. Su mamá había trasladado La Whiskería, su negocio, a la zona de El Poblado. Era una mansión de amplios salones adonde llegaban José Juan y los demás para ver a las muchachas. También iban políticos, empresarios, mafiosos, policías, militares y toda clase de ciudadanos. Las ciudadanas, por su parte, eran jovencitas universitarias, hermosas contrataciones traídas del otro lado de la ciudad, o putas comunes y corrientes como las de cualquier otra casa de citas.

Todos decían que El Mono era un buen piloto de motocicletas. José Juan lo esperaba en la portería de su casa (para aquel entonces ya vivía en la Transversal Inferior, unas cuadras abajo de La Whiskería) y se montaba sin miedo. Los parrilleros como él no abrazaban al chofer y nadie usaba casco en esa época. José Juan se echaba hacia atrás y cruzaba los brazos o los extendía a lado y lado de la motocicleta. El ruido del motor acompañaba la conversación esporádica de los dos amigos mientras zigzagueaban entre los carros. Cuando parqueaban, el parrillero veía en los ojos rojos de El Mono las horas de traspaso en el negocio de Los Balsos.

José Juan sentía que había dejado de tener un hogar cuando sus papás se divorciaron, pero se reconfortaba con la familia que había encontrado en la 10. Si uno de los muchachos peleaba, los demás lo seguían y formaban una trifulca que terminaba con brazos y piernas rotas, hematomas y rostros deformes. En los bares, sillas y mesas volaban por los aires, las botellas se quebraban en los cráneos. La 10 sabía pelear, eso estaba claro. En la esquina superior de Yogui todavía hay una pequeña carpa roja que hace las veces de pérgola. Sobre ese plástico templado, José Juan y sus amigos escondían bates, cadenas, chacos, manoplas, pericas, patecabras, varillas y cualquier cosa que hiciera daño. A José Juan le quedaba fácil estirarse, levantar el brazo y empujar la lona. Las armas caían al suelo y cada uno recogía la suya.

Se decía que los de la 10 eran “volteadores”, palabra que hizo carrera en Medellín para referirse a alguien que sabe pelear. Los policías de la estación de El Poblado llamaban por su nombre a los muchachos cuando los llevaban presos al calabozo. Si los agentes pretendían llevarse solo a uno, al menos otro de la barra hacía méritos para acompañarlo. La manera más eficaz era pelear con un policía.



Esta orilla ya tiene dueño

Al otro lado del río, en el suroccidente de la ciudad, un ambicioso proyecto había cambiado la geografía. La Nueva Villa del Valle de Aburrá se inauguró en 1985 en medio de Belén Las Mercedes, Miravalle, Los Alpes y Laureles. Unas dos mil personas llegaron al nuevo centro residencial. Parejas jóvenes y trabajadores de todas las industrias, en general miembros de una clase media en ascenso, encontraron en La Villa un buen lugar para vivir. Las plazoletas comerciales se convirtieron en sitios de encuentro para los jóvenes y niños que habitaban los apartamentos, pero también para muchachos de los barrios circundantes. Al igual que en la otra banda del río, un grupo de jóvenes ya era conocido como la barra de la Villa: Escobar, 'Pulga', 'Chino', Uriel, 'Mantequilla', René, 'Breaking', 'Cuca', 'Yiyo'; como en El Poblado, la zona atravesada por la carrera 80 se convirtió en un polvorín de jóvenes sin miedo. Aunque no tenía el carácter monolítico de la barra de la 10, La Villa centralizaba la acción de grupos como La Canilla, La 84, Miravalle, El Emperador, El Pinocho, Los Colores, Conquistadores e Higos.



Cuando los de la 10 supieron de la existencia de los de La Villa, la rivalidad fue inmediata. José Juan, Roque, el Mono y los demás se habían obsesionado con defender su territorio de los foráneos, y El Poblado se convirtió en un espacio vedado para “los villosos”. Fiestas de quince, inauguraciones de centros comerciales, el Festival de la Cerveza que se realizaba en el Palacio de Exposiciones eran los lugares en los que estallaba el taco. Uno de los villosos recuerda una fiesta de quince en el Museo El Castillo en la que José Juan irrumpió en el salón con un grito: “¡Dónde están los villosos para darles a esos hijueputas!”. Las peleas eran monumentales y la violencia entre los dos bandos llegó a niveles que rayaban el código penal. Entre algunos miembros de las diferentes barras de adolescentes, los bates y las cadenas dieron paso a pistolas, revólveres y armas de mayor alcance.

Los lugartenientes del Cartel de Medellín habían emprendido la labor de unificar su control sobre los combos de la ciudad. Personajes como ‘Pinina’ y ‘Enchufle’ empezaron a aparecer también en los barrios de estratos altos para ganar simpatías con pequeñas dádivas o evidentes despliegues de poder. Así mismo, aparecieron personajes de ese entorno en otros niveles. En Yogui, por ejemplo, era común ver a ‘Gustavito’, el hijo del más importante socio de Pablo Escobar, su primo Gustavo Gaviria. Algunos recuerdan la llegada a la ciudad de la familia de Griselda Blanco; dos de sus hijos serían asesinados en una discoteca en presencia de uno de los villosos que pude entrevistar. Pequeños guiños empezaban a verse como alianzas de poder, y entre los jóvenes de las barras se empezó a hablar de respaldos de “pabludos” y otros grupos. Medellín era una olla a presión.

En 1986 José Juan fundó la banda de punk I.R.A. Sus canciones tronaban contra el poder. *Maldita autoridad*, *Payasos de acero*, *Barquididio*, *Publicidad política kagada* eran algunos de los títulos. La rabia se vertía ahora sobre las guitarras y los micrófonos, y la banda logró un rápido reconocimiento entre algunos jóvenes de la ciudad. Pero él no abandonó su amistad con su gente de la 10 ni con quienes parecían destinados a sucederlos, los de la barra de El Futuro, que debía su nombre a una urbanización construida en el extremo sur de Patio Bonito, al occidente del parque de El Poblado y a orillas de la Avenida Las Vegas.

José Juan y Ale me dijeron que en un momento llegaron a ser más de cuarenta los que se sentían parte de las barras de El Poblado. “Vamos a patrullar”, recuerdan que decían cuando salían a hacer un recorrido. Una parte subía por la 10 y otros caminaban hasta la Avenida El Poblado para subir por Zúñiga. Los dos bandos se encontraban en algún lugar de la Transversal Superior y seguían juntos el recorrido.

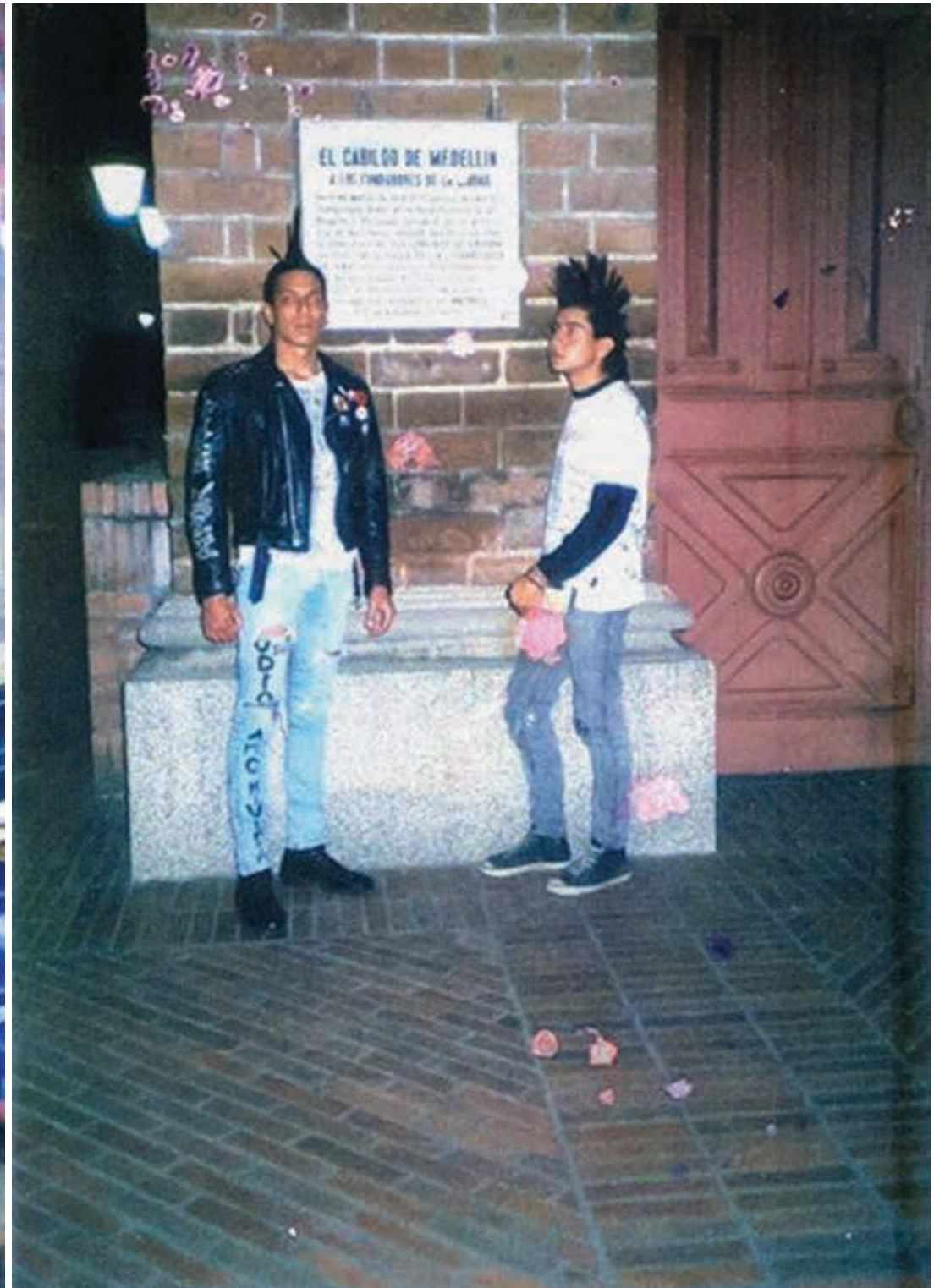
Nadie sabe cuándo o cómo la barra de la 10 dejó de ser un grupo compacto. Tal vez nunca lo fue y solo los unía la adrenalina gregaria de las peleas y el descontrol de las fiestas. José Juan solo recuerda que cada vez estaba más inmerso en el mundo *underground*. Ale, por su parte, sabe que su precoz matrimonio lo alejó de la calle y del grupo.

Caminamos hacia la esquina superior del parque y nos adentramos en el corredor que bordea el Multicentro Aliadas, sobre la Avenida El Poblado. Ale señaló un local al otro lado de la vía, donde ahora se encuentra Drogas La Rebaja. “Ahí quedaba primero Finale y después Arrecife, dos barcitos donde nos hacíamos mucho”, me dijo.

Muchos dicen que El Poblado cambió ahí, en el casi olvidado, y para muchos inolvidable, Finale. Hasta ese momento, mediados de la década del setenta, el centro de la Comuna 14 había sido una zona residencial y pacata que se concentraba alrededor de la iglesia de ladrillo inaugurada a principios del siglo XX. Con Finale, la vocación del barrio mutó imperceptiblemente. El plato estrella era el *steak* pimienta, y un grupo de artistas condimentaba el lugar: Óscar Jaramillo, Félix Ángel, Ethel Gilmour y Martha Elena Vélez. Cada tanto se exhibían los trabajos de alguno de los Once Antioqueños, como llamarían después a esa generación de pintores y dibujantes.

Una década más tarde Finale desapareció. Al otro lado de la cuadra, el bar y restaurante Anclar empezó a funcionar con cierto éxito. Los jóvenes de la 10, ya más adultos, entraban para tomarse un trago o comer algo. Ale era uno de los más constantes. En Anclar aparecieron mujeres que venían de lugares desconocidos, criaturas misteriosas que llegaron con los hombres que ahora ocupaban las mesas. Allí se sentaban ‘Chirusa’, ‘Choza’, ‘Enchufle’ o el mismo Pablo Escobar, quien había llegado por primera vez a El Poblado en 1977, cuando compró una casa cerca del Club Campestre.

Por esa época el centro comercial Monterrey abrió sus puertas. Los de la 10 y sus sucesores de El Futuro decidieron conquistar el lugar. Se libraron batallas con la gente de La Villa, que había aceptado el reto y se mostraba cada vez más provocadora. En una ocasión irrumpieron en la 10. Iban en dos carros, patrullando. José Juan estaba con sus amigos no muy lejos de allí. “Llegaron los de La Villa, nos van a levantar”, les dijeron desde una camioneta, y se montaron de un brinco al platón. Dos motos los acompañaban. Pararon en la esquina de Yogui para bajar los bates y las cadenas que tenían en la pérgola. El sonido del metal, el ruido de las llantas y los insultos debieron asustar a los vecinos. Uno de los carros de La Villa se volcó en el cruce de Vizcaya, y José Juan y los demás saltaron de la camioneta para bajar a los intrusos. La golpiza fue brutal. Uno de los de la 10 perdió un dedo de un navajazo.



Para finales de 1988 la barra se había atomizado. La tragedia de Medellín se vivía también en las calles de las clases privilegiadas. Yiyo, Rúa y Capeto, tres miembros de la 10, aparecieron asesinados en el norte de la ciudad. Se decía que había grupos de limpieza interesados en eliminarlos, pero ninguna versión fue confirmada. Después murió Ari, también sin explicaciones. Por La Villa cayó El Chino, le dispararon en la cabeza cuando estaba en el *mall* de La Fe. El *Apocalípsur* del que se hablaría más tarde, los más de seis mil asesinatos de 1991, ya podía sentirse. Los muchachos de la 10 sufrieron varios atentados. José Juan recuerda que alguna vez les hicieron una redada en el bar La 21, en Zúñiga. Le rompieron la cara con un tubo mientras lo interrogaban. Querían saber para quién trabajaban los muchachos de El Poblado.

A finales de la década a José Juan se le veía por las calles con una cresta que se hacía con jabón para lavar ropa. Había perdido un ojo al caer de un carro en una persecución policial, y tras regresar de México, adonde sus papás lo habían enviado para tratar de salvarlo, solo quería saber de punk. En las madrugadas, después de sus excursiones a las que ya empezaban a llamar comunas, donde se vivía con mayor fuerza el mundo *underground*, el líder de I.R.A. llegaba al parque para terminar la jornada. Allí se encontraba con los de la 10, con quienes ya no compartía muchos gustos aunque seguían siendo sus amigos. Después de sus noches de farra en las discotecas de moda –Kevin’s, San Mateo, La Baviera o Acuaris–, era normal que alguno de los antiguos visitantes de Yogui se apareciera para rematar.

Aquella noche El Mono llegó enfiestado. Los punkeros estaban recostados contra la puerta de la nave izquierda de la iglesia de El Poblado. A las dos y media de la mañana la vieja plaza estaba casi desierta, y El Mono parqueó su moto junto al atrio. José Juan celebró la llegada de su amigo con abrazo y apretón de manos. El Mono dijo que tenía que orinar y caminó hacia el callejón que hay entre el costado norte de la iglesia y la construcción vecina. Fue cuando José Juan y los demás oyeron los disparos. El Mono estaba en el piso y la sangre brotaba de su cabeza. Algunos lo arrastraron para montarlo a un carro mientras los últimos reflejos le electrizaban el cuerpo. José Juan detuvo la turba que gritaba y su voz se oyó bronca y definitiva: “Déjelo tranquilo”. Se agachó y le cerró los ojos a su amigo de la 10, lo abrazó y lo acompañó mientras moría. “Andate fresco, Monito”, le repetía en una letanía.

Han pasado veinticinco años desde la muerte de El Mono. Este frío viernes de octubre, José Juan, Ale y yo bordeamos el parque, atravesamos la avenida y pasamos junto a los Perros de Lucho para subir al atrio. En esa venta callejera fue donde comenzó la persecución por la que José Juan se sumió en un coma del que despertó sin un ojo. Ale recordó que una vez, en medio de su desenfreno, subió un Suzuki hasta el atrio y golpeó la puerta principal del templo.

Arriba, en el atrio, José Juan contó cómo habían matado a El Mono y dramatizó el momento en el que cargó a su amigo para decirle que se fuera tranquilo. Cuando le pregunté algo más, disimuló el quiebre de su voz y tomó fuerzas para que las palabras salieran sin fisuras. Después nos llevó al corredor donde mataron a El Mono y señaló dos agujeros casi imperceptibles. “Esos son los disparos”, dijo.

La noche era todavía muy joven, pero ellos ya no son los muchachos de la 10. Ale iba a recorrer más de cien kilómetros en bicicleta al día siguiente, y José Juan estaba esperando a su mujer para tomarse una cerveza y guardarse temprano. Los dos hombres se alejaron, y la fugaz resurrección de la barra volvió a desvanecerse en el asfalto. Mientras se alejaba, varios músicos que estaban por ahí saludaron con respeto a José Juan.

La barra de la 10 se extinguió sin firmas ni actos de clausura, tal como había surgido. Uno de sus últimos muertos fue Roque. Lo asesinaron algunos años después que a El Mono. Estaba en la calle 10 cuando recibió el balazo. Habría sobrevivido, pero era nervioso y sufrió un paro cardíaco cuando lo llevaban al hospital. Poco tiempo después, José Juan se fue a vivir a Estados Unidos, donde tocó en bares míticos de punk como CBGB y Coney Island High en Nueva York, y varios más en Orlando, Fort Lauderdale y Miami. Regresó a Medellín en 2009. Todavía hace música, pero su actividad principal es el comercio de ropa en pueblos del Oriente Antioqueño. Vive en Santa Elena con su mujer y su hijo, y procura no ir a Medellín. Ahora que mira atrás, tiene claro que sin el amor y la persistencia de su mamá y su hermano jamás habría sobrevivido a aquellos años. “Ellos se merecen todo el crédito”, insiste. En un cajón de su casa tiene un guion cinematográfico inspirado en lo que ocurrió durante aquellos años; quiere enviarlo a la convocatoria de estímulos del Ministerio de Cultura. José Juan trabajó en el *staff* de *La vendedora de rosas*. El director le propuso que actuara, pero él no quiso y se conformó con hacer parte del equipo de producción. Desde entonces está enganchado con el cine. Ale, por su parte, logró consolidar una empresa de manejo de residuos sólidos hace más de una década. Es un hombre próspero y se ha convertido en un ciclista consumado.

Es domingo en la noche y llueve apenas. La calle 10 y el parque de El Poblado están desiertos. En un bar de la esquina dos mujeres se besan y un hombre viejo las mira con lascivia. El enorme balso del centro del parque se mece por encima de los demás árboles. El de El Poblado es un parque como cualquiera. Recuerdo lo que respondió uno de los villosos cuando le pregunté por qué intentaban entrar a El Poblado si sabían que habría problemas: “Ah, ¿y por qué no?”, dijo. Tenía razón. ¿Por qué no?. ♦

PUNTADAS Y AMIGOS

Ómar Acevedo era un volante de ida y vuelta, manejaba la pelota como quería y hacía goles. Muchas noches de domingo, mientras recreaba sus jugadas en la mente, soñó con pisar un estadio de verdad. El camino para ser futbolista estaba abonado, pero su gusto por la bebida y la tertulia se interpuso. "Tuve todo para ser un profesional", dice Ómar, sentado frente a una máquina de coser Singer de 35 años de antigüedad.

¶ El oficio de sastre lo aprendió de su padre, quien también le enseñó a hacer las cosas con amor. Desde 1984 Ómar administra la sastrería junto con una leyenda del corte, don Evelio, un señor con estampa de Quijote. "Esta es la persona que más sabe de sastrería en Medellín", asegura Ómar, y Evelio ni se inmuta, concentrado en su máquina, pedaleando de a poco, llevando con sus manos la tela por la rápida aguja.

¶ La sastrería, ubicada en el barrio Manila de El Poblado, se caracteriza por los mensajes que hay en la entrada, escritos con tiza blanca en pequeños tableros: "El dinero no cambia las personas, solo les quita la máscara", "El mejor legado de un padre a sus hijos es un poco de tiempo cada día". En la puerta por donde todo cliente debe pasar cuelga un espejo, y debajo una noble invitación: "Esta es la persona que salvará el medio ambiente". "Recebimos clientes, despedimos amigos", dice dentro de la sastrería, y así es, porque Ómar se toma todo el tiempo para hablar con sus clientes y averiguar qué quieren. Tiene claro que su trabajo es artesanal, y que de la calidad depende que sus amigos regresen.

Manila







De portadas a porterías

Por Francisco Javier Saldarriaga Gómez

Quizá el único estremecimiento que vivió El Poblado hasta mediados del siglo XX fue el incidente del polvorín, por allá en los años treinta. En esos días, donde hoy es la Avenida El Poblado con la calle 10 había una vía estrecha en la que se organizaba una fila de quioscos para la venta de pólvora. A causa de una mecha mal prendida, fuegos artificiales brillaron en el cielo y una explosión retumbó en todo el barrio, dejando algunos muertos y el recuerdo de una escena terrible.

Esas fueron apenas lucecitas de Bengala, comparadas con los horrores que sembró el narcotráfico en las décadas del ochenta y noventa: las bombas frente a los edificios Ovni, Dallas y Mónaco, y otra en la estación de policía del barrio Manila, en pleno partido entre Colombia y Yugoslavia, durante el Mundial de Italia 90; explosiones que quebraron la tranquilidad de un barrio donde las mujeres se hacían visita bajo los marcos de las puertas, los señores arreglaban el mundo a punta de tragos en la cantina, y los jóvenes revoloteaban en las tiendas y los bares.

Con el terror al acecho, se empezaron a vender las enormes fincas del barrio para construir unidades de edificios y conjuntos cerrados (los primeros se habían levantado a finales de los setenta) con mallas y porterías. Vendían el sueño de la tranquilidad, el aislamiento y la protección a familias de clase media, como antídoto contra aquella realidad convulsionada y peligrosa. Por una paradoja del destino, los pequeños y humildes caseríos donde estaban las casas de la servidumbre, antes encallados entre enormes fincas, siguieron cercados, pero esta vez por los muros de concreto de las urbanizaciones. Y así terminaron por conformar la Comuna 14, compuesta por veintidós barrios donde ricos y pobres siguen compartiendo la misma tierra, juntos pero no revueltos.

Divididos desde el principio

Muy distantes nos sentimos ya de aquel puñado de indios aburraes que habitaron estas tierras hace más de cuatrocientos años, y que según los cronistas de la Conquista “opusieron tenaz resistencia a Tejelo, a quien el mariscal Robledo tenía que venir en persona a socorrer en furiosos combates, contra estos aguerridos nativos armados de macanas, con dardos de palma tostada, hondas y flechas... hasta que fueron derrotados y huyeron a los montes o se ahorcaron por sí mismos colgándose de los árboles con sus mantas”.

Del recuerdo de estos guerreros queda un monumento en bronce, donde figuran en relieve como apacibles agricultores y mineros de un resguardo de chozas. Pero nadie recuerda siquiera el nombre de su cacique. No ocurrió así con el nombre del visitador Francisco Herrera Campuzano, real oidor de la Provincia de Antioquia, a quien se atribuye la primera fundación de Medellín el 2 de marzo de 1616, en el Poblado de San Lorenzo de Aburrá, primer asentamiento con ochenta indígenas sobrevivientes, donde hoy está el Parque de El Poblado.

Todo esto eran mangas

Tras la refundación de Medellín en 1675, y con la preeminencia adquirida por el Parque Berrío y sus comercios, El Poblado se fue convirtiendo en un cúmulo de extensas fincas de gente prestante que vivía en Laureles, La Playa y Prado Centro, y su cabecera en un pequeño centro de abastecimiento y servicios.

Antes de convertirse en barrio, La Manila fue una de aquellas fincas. A su lado, Villa Carlota se extendía hasta el aeropuerto Olaya Herrera, sembrada de café y caña de azúcar, con ganado, tejares y máquina de moler. También se recuerda la casa de don Félix Uribe Mejía, al frente de la Clínica Infantil Santa Ana –que aún subsiste–, donde luego operaría la fábrica de vinos que sació la sed de los gatzates de muchas generaciones con su popular Tres Patadas, y que, tal vez por justicia tributaria, terminó convertida en el centro de salud del barrio. De igual manera, a partir de 1930 otras fincas se fragmentaron en pequeños lotes para dar origen a este barrio de familias acomodadas.

Como pasaba en los pueblos de Antioquia, las calles no tenían nomenclatura sino que eran conocidas por los nombres de personajes o referentes populares: la calle 14 fue llamada Rancho Largo; a la 13 le decían Barrio Apolo, pues las casas habían sido construidas por trabajadores de esa empresa; la 12 se llamó Calle Principal; la 11 se conoció como Los Totumos; y la famosa 10 era la Calle de la Estación, porque bajaba hasta la estación del ferrocarril, ubicada en lo que hoy es la glorieta de la Avenida Las Vegas.

Ahora en Manila escasamente vivirán diez familias que han visto a su barrio convertirse en una zona de oficinas sin espacio para un carro más, donde convergen nuevos restaurantes agrupados bajo el nombre de Calle de La Buena Mesa.



Paso de recuas y tranvías

Don Rodrigo Jaramillo, habitante de Manila, recuerda que hace setenta años la entrada a El Poblado era por la carrera 43B, llamada entonces Vía Medellín, que atravesaba las fincas Villa Carlota y La Manila. Por allí pasaba el tranvía y subían las recuas de ganado y las carretas con mercado que venían de la plaza de Cisneros hacia Envigado y Sabaneta.

En el parque, los cocheros paraban en el negocio de Juancho y Eloísa, situado en la carrera 43B con lo que hoy es la calle 9, un estadero sin nombre al que bautizaron “El Frito” en honor a los frutos de sartén que allí se vendían: chorizos, asadura, arepas con quesito y chocolate, empanadas y pasteles de pollo y carne, oreja de cerdo con papa y yuca. Luego seguían su camino hacia la última estación, en La Aguacatala, donde los pasajeros debían hacer trasbordo a carretas, caballos o mulas, cual servicio de transporte integrado, para continuar su periplo hacia los municipios del sur.

Doña Martha Atehortúa, quien a sus 91 años goza de una memoria envidiable, cuenta que por aquel entonces las familias del barrio vivían en humildes casas de bahareque y tapia, que sin embargo eran amplias y largas, dotadas de solares con árboles frutales y gallinas que aleteaban por cuartos y corredores. Se cocinaba con el carbón de piedra que se conseguía en la estación del tren, se comía a las seis de la tarde, y a dormir.

Familias humildes pero con heráldica

El papá de doña Martha, Jesús María Atehortúa, se desempeñó en oficios humildes, haciendo acequias y trabajos de plomería, hasta que encontró su destino como sepulturero del Cementerio El Poblado, en Manila, labor que desempeñó durante más de cuarenta años. Pronto se hizo famoso por echarse siestecitas entre las bóvedas y sacar restos para asustar parroquianos. Como era un reparador autodidacta, se ganó el apodo de ‘Marañas’, y fue así como los Atehortúa se convirtieron en “Los Marañas”.

Quizá ya nadie se acuerde del finado Alejandro Restrepo, pero al hablar de ‘Macana’ a muchos se les iluminan los ojos. Vivía al final de la calle de El Frito, en la casita de la familia de albañiles que hizo las fundaciones de la iglesia San José de El Poblado, y cuando murió estaba arañando los cien años. Era alto, negro y grueso, de espalda ancha, brazos fornidos y estampa de gorila, y capaz de cargar a su esposa Lía en hombros. Le gustaba el traguito, y después de sus extenuantes faenas, cuando ya estaba prendido, les decía a sus contertulios de cantina que él era tan fuerte “como una macana” porque sus músculos eran más duros que aquel garrote de madera usado por los aburraes.

A la familia Vasco de Manila se le conoce como “Los Loros”, según cuentan, porque al abuelo, amante de los juegos de naipes, le gustaba jugar con una baraja adornada por un loro en lugar del clásico arlequín. De igual forma, ‘El Perro’, ‘El Gallo’, ‘El Cubano’, miembros



de la familia Pajón, vivían en la misma casa. A las Restrepo de la 10 les decían “Las Pomposas”, a las Saldarriaga del parque “Las Justas”, y así “Los Lecheros” de Manila, “Los Huesitos” de El Frito, “Los Pichones” de la 10... En fin, mientras el barrio fue barrio, el apodo que ostentaba algún fulano se volvía el título nobiliario de la familia, la heráldica popular de cada casa. “Uno se levantaba bautizado, y no dejaban títere con cabeza”, cuenta Sergio Marañas.

Fincas paradisiacas y muchachos de manos ligeras

Además de poner apodos, el otro gran divertimento de los pobladeños, cuya nostalgia les hace agua la boca, era coger frutas de las fincas que los rodeaban. Cuenta Sergio Marañas, hijo de doña Marta, nieto del sepulturero y toda una institución ambulante de El Poblado: “Es que esto aquí era un edén, un paraíso frutal. Usted conseguía frutas que en la actualidad ya ni las hay: chontas, pitayas, piñuelas, guamas, pomos, madroños, moras de castilla... Claro está, robadas, sin que el mayordomo se diera cuenta o a correr se dijo”. Jugando en fincas ajenas como si fueran propias, bañándose en quebradas, pescando en el río, improvisando canchas con arcos de bambú, así se la pasaban. “Y como nos manteníamos descalzos, el que no tuviera niguas era que no jugaba”, comenta Rodrigo Jaramillo.

Pasando el parque, hacia el sur, los traviesos “friteños” también tenían a su disposición todo un paisaje para hacer de las suyas, una cadena de hatos cuya parcelación dio origen a los barrios que llevan esos nombres: la finca Lalinde de don Pablo Lalinde Bravo; la finca Castropol de la familia Echavarría, quienes tomaron ese nombre de una región de Asturias; la finca El Vergel, donde tiraban globos de hasta cien pliegos; la finca Villa Lucía de Paulino Londoño, rodeada de guayabales, donde ahora está el Hotel InterContinental.

Más allá, en lo que hoy es el Parque lineal La Presidenta y San Fernando, quedaban las fincas El Carmelo, Zeilán y San Juan. Después estaba Patio Bonito, propiedad de Abraham Escobar, tan grande que iba desde lo que hoy es la Clínica Medellín hasta el río, y desde la calle 8 hasta la calle 1, casi hasta Oviedo. En los años sesenta se entregó el lote a una firma urbanizadora y fue dividido en cientos de partes para construir un barrio que conservó el nombre de Patio Bonito. Los constructores dejaron un terreno para la iglesia Santa María de los Dolores donde antes hubo un trapiche panelero, y otro para el Parque Astorga, más conocido como el “Parquecito de los Enamorados”, pues durante mucho tiempo los estudiantes del Inem José Félix de Restrepo lo usaron como motel gratuito gracias a la complicidad de sus matorrales. Además, canalizaron la quebrada La Presidenta, rodeada de árboles de pomo cuyas semillas, según se cuenta, fueron traídas de la India por el dueño de la finca Provenza. Y luego, a principios de la década del setenta, empezó la venta de lotes para construir casas.

A lo largo de la Avenida El Poblado, todas estas fincas se han convertido en la Milla de Oro, donde se ha instalado un centro financiero, de entretenimiento y compras.



Entre rituales sacros y paganos

El crecimiento de Medellín hizo que muchas de las construcciones fueran demolidas y reemplazadas. Una de las pocas que queda en pie es la iglesia de San José, que comenzó a construirse en 1880 y se terminó 43 años más tarde. Comenta Rodrigo Jaramillo: “Hay una leyenda sobre esa iglesia. Dicen que cuando la estaban construyendo el padre puso una penitencia: según el pecado cometido, la persona debía llevar una cantidad de adobes de las ladrilleras que quedaban en San Diego. Era común ver gente en peregrinación cargando desde un adobe hasta veinte, ¡cómo sería el pecado de esos pobres! Así, y con las infaltables empanadas, se levantó esta iglesia”.

Además de la fiesta del patrono San José, se recuerda el día de San Isidro Labrador. Como era un barrio rural, para mediados de los años cincuenta el padre Henao aún pedía productos del labrantío o la donación de animales de finca que se subastaban en el atrio, entre procesiones, bazares, comedores populares y una Vaca Loca de fuegos artificiales que recorría el marco de la plaza. Y cómo olvidar las peregrinaciones de cada 31 de mayo a la gruta de la Virgen de La Aguacatala.

De pedreas a olimpiadas

Una costumbre casi innata que se transmitió entre los pobladeños generación tras generación fue cierta rivalidad entre los muchachos de los barrios colindantes. Aunque la gente de las lomas de Los Parra, Los González, El Chocho, El Garabato, La Chacona y San Lucas vivía a una hora de camino por empinadas faldas y rieles, a falta de escuela muchos bajaban a estudiar con los pobladeños de El Frito, Manila y Rancho Largo. Y se mezclaban, pero como el agua y el aceite, las mujeres en la Escuela Guillermo Echavarría y los hombres en la Francisco Herrera Campuzano. Rodrigo confiesa que hace sesenta años los vecinos ya evidenciaban sus broncas y pereques: “Cuando coincidíamos en charcos, cogiendo frutas o jugando fútbol, nos guindábamos con piedras, guayabas o lo que tuviéramos a la mano, todos contra todos, por bobadas de muchachos”.

Hacia 1937 el Banco Central Hipotecario construyó, tres cuadras arriba del parque principal, cincuenta casas de dos pisos para trabajadores de clase media, fundando así el Barrio Lleras, en honor a Julio Eduardo Lleras, exgerente de aquel banco. Con la llegada de los habitantes de “El Banco”, como también se llamó a este sector, comenzaron nuevas rivalidades y rencillas.

Para evitar más descalabrados, Gabriel Gallo y Jaime Mesa, pobladeños de ambas partes, convocaron a jóvenes de diferentes sectores y organizaron los primeros desafíos de lo que serían las Olimpiadas de El Poblado. A finales de los años sesenta, apoyó las justas el padre Hernán Montoya, a quien le habían encargado la tarea de organizar a las comunidades del Barrio Lleras, Astorga y Provenza para ayudar a construir el templo de La Divina Eucaristía. Diversos sectores del barrio fueron los escenarios deportivos de cientos de jóvenes y sus entusiastas seguidores, quienes sufrían y gozaban con sus equipos.

Hoy la calle 10 es una pasarela saturada de rumbeaderos y comederos de todo tipo, lo que provocó un éxodo masivo de las familias del Lleras y convirtió a Provenza en zona de hostales y almacenes de diseñador con vitrinas *vintage* que parecen casas de muñecas. Quedaron apenas un par de ancianas que se obstinan en quejarse del ruido de esa gente venida de todas partes que les impide pegar el ojo en las noches. Y el Parque Lleras, donde se iba a comer helado los domingos, y que una noche vio la cara de la muerte en una bomba del narcotráfico, cada fin de semana hormiguea de gente que va a exhibir sus modas y pelambres.

Un parque donde todos caben

El narcotráfico no solo alteró el paisaje: también cambió a la gente con la promesa del dinero rápido y la tentación de una vida al filo de la navaja. Y El Poblado también vio a sus jóvenes sucumbir y caer. Aquel rugido impetuoso que se escuchó a finales de los setenta, cuando llegó la primera moto TT 500 del popular ‘Gato’ de Manila, buscapleitos de ojos verdes, bigote de *harlista* y camisa de manga sisa, terminó por parecer un ronroneo cuando ‘La Vaca’, ‘El Indio’, ‘El Gordo’ Amador y otros más aparecieron de la noche a la mañana montados en motos Ninja que delataban el traqueteo. Y tan rápido como subieron a esa vida de excesos, cayeron muertos.

Lo mismo pasó con la famosa barra de El Futuro, iniciada en un conjunto residencial del mismo nombre ubicado en el sector de Patio Bonito, cuando los hijos de papi se unieron, hartos de tedio, para dedicarse a buscar camorra a otras barras de muchachos como la de La Villa de Aburrá. Según cuentan, aprovechaban sus viajes a la USA para comprar bates de aluminio que usaban en las peleas casadas con cadenas y hebillas de correas. Finalmente tuvieron que volarse para Estados Unidos, o terminaron asesinados por el grupo de limpieza social “Amor por Medellín”, o fueron víctimas de los patrones del narcotráfico que los usaron y reclutaron para sus vueltas oscuras.

Todos estos chismes cogieron vuelo en el marco de aquel parque que alguna vez tuvo herrero, carnicero, beatas, médicos, alfareros, proveedurías, fritangas y cantinas de paso. La calle de El Frito, que en los años sesenta escuchó los ensayos de la música jipi de Los Yetis y la bailable de Los Golden Boys, en los noventa pasó a ser ocupada por los alaridos chatarrudos de las grabadoras que trajeron los punketos,



que a su vez fueron reemplazados por las guitarras *grunge* de muchachos rebeldes vestidos con sacos de abuelita, quienes se metían en La Paila Mocha, subían al Pub en Las Palmas, iban a encerrarse a El Muro emparedado de cajas de huevos, o bajaban a Retro o a Insomnia para bailar rock frente a un ventilador. Las parrandas de Los Grajales y Los Maraños a punta de tocadiscos en la mitad de la cuadra, con bailoteo de música tropical y porro, fueron sustituidas por la salsa del Bodegón del Parque y los conciertos de rock de la terraza de Los Saldarriaga, quienes alcahuetieron y patrocinaron a músicos y grafiteros para que hicieran de las suyas en aquella casa vieja en la esquina del parque, que después fue demolida para hacer un hotel. Y aquel parque tranquilo y solitario, antes propicio para el letargo dominguero y para sacar a los niños a montar triciclo, pasó a ser la pista de acrobacias y piruetas de arriesgados *skaters*.

Atraídos con promesas de exclusividad, confort y elegancia, los nuevos residentes siguen llegando a vivir en construcciones de floridos nombres, que recuerdan aquella vida campestre y ese paraíso natural arrasado: Bosques de..., Guadales de..., Arroyos de..., Rincones de..., y demás remansos de fauna y flora, ya perdidos por la concentración urbana a la que han sido sometidas estas laderas de bosques talados y quebradas canalizadas.

Y los nativos se han ido marchando para darle paso a ese hervidero de empleados de oficina, universitarios y artistas, chicas a la moda y muchachos que no se hallan, gamines y trasnochadores, y nuevos residentes de conjuntos cerrados que han llegado para repoblar El Poblado. Todos se encuentran en ese parque, y cada uno, a su manera, se toma la noche. Solo persisten la empanada como pasante universal y Hugo Restrepo, 'Hugo Restrepito', 'Huguillo Pillo el Rey del Chascarrillo', personaje emblemático de este poblado noctámbulo, célebre por su inagotable necesidad de seguir dando brega, y al que debería hacersele una estatua, ahí, frente al atrio de la iglesia.

La última generación

La última generación de niños que crecimos en el corazón de ese Poblado hoy tenemos algo más de treinta años. Fuimos los acólitos del padre Montoya en la iglesia San José, y los testigos de cómo a 'Caliche', el de Manila, a quien por huesudo le decían 'Sustancia', lo cargaban con los santos en las procesiones de Semana Santa. Los que comprábamos álbumes y laminas en la papelería de don Víctor, que tenía una mano chueca por un accidente con una máquina industrial. Los que vimos envejecer al viejo 'Macana', sentado enfrente de su pequeña casa, mientras le comprábamos obleas a Lía, su esposa. Los que jugábamos chucha montados como micos en el copo del árbol de caucho que había donde hoy queda el edificio Astorga. Los que jugábamos a policías y ladrones por las casas de Patio Bonito. Los que le corríamos a 'El Conde', un loco del barrio de nombre Ángel y ojos azules, de quien se decía era hijo de unos aristócratas. Los que presenciábamos las proezas de 'Toto', que bajaba por la calle 9 parado sobre el sillín de su bicicleta y con los brazos extendidos. Los Scouts del grupo 29, sí señor. Los que aprendimos a montar bicicleta y a patinar en el parqueadero del Éxito. Los que en los años ochenta vimos a don Víctor Mora, de la calle 9, y a don Gonzalo González, el zapatero de Suelas Club, salir con sus sabuesos de cacería a las mangas del InterContinental y regresar con liebres y guaguas. Los que asistimos a la Cinemateca El Subterráneo a ver películas de culto. Los que le secábamos el árbol de madroños al viejo Gustavo Franco. Los que jugábamos partidos de todo un día en la cancha de la 10. Los que presenciábamos los espectáculos irreverentes de 'La Macuá' en Anclar Bar contra políticos y narcos por igual, y le corríamos de pavor a 'Guayaba', famoso homosexual de Manila que se mantenía en chanclas, pantalonetas apretadas y ombligueras. Los que organizamos incontables fiestas de bombillo apagado y balada americana para aprender a besar, y minitecas para aprender a bailar "popero". Los que en diciembre hacíamos verdaderas correrías para ganarnos el aguinaldo del 24, cantando en el coro de la iglesia y haciendo las novenas donde Los Loros. Los que tuvimos nuestra primera borrachera a punta del Tres Patadas de la vinería de la 14. Los que nos encontrábamos en Los Saldarriaga y tomábamos polas con casado de pan y empanada, atendidos por don Augusto, doña Martha u Óscar. Los que, finalmente, les rendimos respeto a aquellos veteranos que siguen contando historias de El Poblado en el mismo parque donde esta ciudad comenzó. ♦





El Poblado





DONDE RICOS Y POBRES ARREGLAN SUS ZAPATOS

“Yo vengo diario. Domingo no. Pero de lunes a sábado madrugo, me vengo desde Santo Domingo Savio para estar aquí en La Visitación bien temprano, siete, siete y media de la mañana. Primero estaba en el corredor de la casa, pero la dueña montó un restaurante y me tocó moverme más para afuera, aquí casi que en la calle. Pero resultó mejor porque me ven más. En tres años que llevo en este sector me ha ido muy bien, antes trabajé en Envigado pero resultó esta oportunidad y me vine. Aquí pago cincuenta mil pesos de arriendo. Siempre resulta mucho zapato, correas, bolsos para arreglar. Viene de todo, gente rica que para un momentico el carro y me entrega un bolso para componerle la cargadera o un zapato para ponerle tacón. También llegan empleadas del servicio que me traen mucha sandalia, pero a ellas les cobro más barato porque es gente que uno sabe que la tiene más difícil. Por donde yo vivo también trabajo la zapatería pero eso es bobada, la gente no va por los zapatos porque no tiene con qué pagar, aquí es donde está el trabajo”.

¶ Germán Agudelo, nacido en Anserma, se crió, se casó y se quedó en Medellín. Todos los días cruza la ciudad para atender su puesto de trabajo en El Poblado, en el antejardín de una casa en la Loma de los González. Lleva treinta años en el oficio pero esta es la primera vez que lo protege del sol un pequeño árbol de limón.





Los Chisperos

Por Ignacio Piedrahíta

El Chispero equivocado

Éramos siete señoras y yo, en dos taxis, rumbo a El Chispero.

—¿Has ido antes al barrio? —me preguntó una de ellas cuando arrancamos.

—He pasado por ahí, pero entrado entrado, no.

—¿Qué quieres decir con que “has pasado por ahí”? ¿En el Metrocable?

Entonces comprendí por qué no me cuadró cuando ellas me dijeron que casi todo El Chispero estaba habitado por personas desplazadas, ni cuando me aseguraron que era mejor ir con alguien conocido. Era evidente que habíamos estado hablando de dos Chisperos distintos: yo hablaba de un sector de la Loma de los González en El Poblado, y ellas de uno que queda más arriba de la Biblioteca España, casi llegando a la cuchilla de la montaña que linda con el Parque Arví. No les dije nada a mis acompañantes y durante todo el día asumí mi papel de interesado en escribir una crónica sobre el barrio El Chispero de la Comuna 1, en el extremo nororiental de Medellín.

Subimos pues por la antigua vía a Guarne, pasamos por la estación Santo Domingo Savio del Metrocable y en cierto punto nos desviamos hasta llegar a un lugar llamado Nuestra Señora del Rocío, un barrio de 48 casas construido por la Corporación Promarginados, a la cual pertenecen las señoras a quienes me había unido. Allí la corporación tiene una sede social en la que funciona, entre otras cosas, una escuela donde se dictan clases de oficios, manualidades y música a las mujeres de los alrededores. Ellas llegaron a hacer su trabajo y a mí me pusieron en manos de Cielo, una habitante de El Chispero, para que me mostrara su barrio.

Cielo es todo sonrisas y amabilidad. Ese día cumplía 44 años, y su regalo sería el grado de bachiller del mayor de sus seis hijos. Caminamos durante diez minutos por una carretera pavimentada hasta llegar a un punto donde hay un granero y un mercadito bien surtido.

Desde allí se ven, loma arriba, varios caminos de escaleras que conducen a los diferentes sectores del barrio. Subimos por uno de esos para ir a la casa de Cielo, y luego tomamos un sendero que zigzagueaba siguiendo la topografía de la montaña. Su casa es la última de la cuadra, y está asentada sobre una barriga de la loma, entre naranjos y plataneras, con una espectacular vista al Valle de Aburrá.

La vivienda tiene muros de material y teja de Eternit, y en la sala hay un equipo de sonido que ocupa todo un costado, un sofá fucsia en L

donde nos sentamos a conversar, y una foto ampliada del matrimonio de Cielo con su esposo actual. De esos tres haberes, el último es el más escaso en el barrio. La mayoría de las mujeres son madres solteras llenas de hijos. La brisa de la montaña me hizo sentir muy a gusto mientras tomábamos una coca cola que Cielo mandó a comprar con su hijo de dieciséis años.

—Aquí se vive bien, todos nos colaboramos —aseguró Cielo—. El resto es fiesta desde el viernes hasta el domingo, y hasta el lunes si es festivo. Sacan equipo y se cocina sancocho para todo el que quiera.

Los papás de Cielo vinieron de Chigorodó a mediados de los años setenta y ayudaron a fundar el barrio: “Yo tenía cinco años cuando llegamos, todo esto eran pineras y caminos llenos de pantano. Había que subir en mula desde lo que ahora es la estación Santo Domingo del Metrocable”. Eran terrenos ajenos, pero nadie les dijo nada cuando construyeron la casita. Vivían tranquilos en medio de la naturaleza. Poco a poco la ladera se fue poblando, con una consigna: a nadie se le impedía asentarse ni se le preguntaba de dónde venía o por qué. Muchos habían sido desplazados por la violencia en los campos, especialmente de los municipios del Nordeste Antioqueño. En varias ocasiones Cielo me pidió que habláramos más bajo porque su hijo menor estaba dormido, y otras veces que cambiáramos de tema porque en la otra pieza estaba su hermano. Obedecía sin pedir explicaciones, aunque me preguntaba por qué un muchacho de trece años estaba entre las cobijas a medio día.

Decidimos caminar un poco, y entramos sin llamar a la casa de don Luis y su señora. Ellos llegaron después de la familia de Cielo, pero no desplazados. Él era un albañil de Frontino que había ido a Medellín a buscar trabajo y ella era de Guarne. Se conocieron en el Oriente y se instalaron en un lote que compraron a otra familia. En ausencia de don Luis a ella la embolataron y le cambiaron el terrenito por otro más pequeño, pero ahí están. Tienen una buena casa y dos hijos que trabajan. Según don Luis, en ese tiempo la gente era peleadora, y después de la borrachera se agarraba a machete. De ahí el nombre, de las chispas que saltaban al roce de las hojas metálicas.

Poco después vinieron las pistolas, y las leyendas de ese tiempo hablan de balas paradas con el filo del machete. Fue en esa época, finales de los ochenta, que le encajaron al hermano de Cielo una bala entre ceja y ceja por defender a una mujer sentenciada. Ante la racha



de violencia, la familia decidió irse otra vez para Chigorodó, donde la muerte los estaba esperando para seguir su tarea con otros dos hermanos. Entonces se devolvieron para El Chispero, pero esa vez hubo que contactar a los que mandaban en el barrio para pedirles permiso de volverse a instalar.

Salimos para la casa de otra vecina. Cielo me mostró las dos habitaciones, la cocinita, el baño: paredes de cualquier cosa y techo igual. La mujer, que según mis cálculos no llega a los treinta, tiene cuatro hijos. El papá de los niños murió y ella no tiene trabajo. En una de las piezas estaba la muchacha, acompañada del hijo de Cielo. Se la pasan encerrados todo el día en esa habitación mientras los niños están en la guardería o en el colegio.

Visitamos otras personas y recorrimos más caminos. Arriba, donde ya no hay casas sino ranchitos, no alcanzamos a llegar por cuestión de tiempo. Cielo estaba de afán porque se regó el rumor de que en la Casa de la Justicia iban a repartir mercados. Tenía que pasar por la cédula, así que volvimos a su casa. En el callejón había más movimiento: una tropilla de seis o siete niños con caras de recién levantados conversaban con un hombre en una motocicleta. Uno de los chicos es el hijo menor de Cielo y vino a casa detrás de nosotros. Quería saber si todo estaba bien. Tiene trece años y apenas pasa del metro de estatura. Sin embargo, ya se le ve en la mirada ingenua la sed de la osadía.

Tuvimos que esperar a estar solos en medio de la carretera para que Cielo me confesara que el muchacho ya hacía parte de un combo. Le dan dos mil o tres mil pesos por transportar armas de un lado para otro, y más grandecito se lo llevarán a dar bala donde haya alguna batalla por el territorio. Ella está mortificada y le insiste en que se salga, pero él no le hace caso. "Un barrio muy tranquilo, todos nos colaboramos". Y puede ser cierto. Podría llegar a ser cierto.





El Chispero que no existe

—Vengo a hacer una crónica sobre el barrio El Chispero —le dije a doña Bernarda, líder comunal, que en ese momento descosía un costal de fique en la puerta de la ferretería de su cuñado, en plena Transversal Inferior con una callecita que sube por un costado del *mall* La Visitación.

—Pues vaya y diga donde lo mandaron que oficialmente El Chispero no existe, porque esto aquí se llama Loma de Los González, que somos nosotros.

Doña Bernarda dijo estar muy ocupada y me puso en manos de doña Rosalba, quien me contó del colectivo de mujeres fundado en 2008, del comité de inclusión social de discapacidad creado en 2013 y de la mesa de derechos humanos que se inauguraría en diciembre de 2014 en el parque de El Poblado.

—Todo esto fue hecho con dinero del Presupuesto Participativo y de entidades como el Sena. Así han podido ir mejorando la calidad de vida del barrio y apoyando estrategias de empoderamiento de las mujeres (respeto intrafamiliar, educación, etc.), así como talleres de rehabilitación, de preparación para el trabajo, de marroquinería, etc. Y con su permiso que me voy a recoger unas firmas para la vacunación.

Entonces reapareció doña Bernarda con su seriedad y un libro de pasta roja.

—Empiece por ahí —me dijo—, es la historia del barrio.

En el librito se habla de los primeros habitantes de la Loma, descendientes de españoles que habían quedado con títulos de propiedad después de la Colonia, rodeados por unas pocas fincas de hacendados. De ahí se interpreta que el barrio es tan viejo como las haciendas, y mucho más antiguo que las urbanizaciones de estrato seis que se han construido en los últimos treinta años en sus terrenos, y que, según ellos, los han ido arrinconado, pues las mangas vecinas eran sus lugares de recreo. En los potreros se jugaba fútbol, en las quebradas se hacía el paseo dominical, y en los rastrojales los niños crecían “con una cauchera colgada del cuello como un escapulario”, rodeados de naturaleza. Me cuentan las señoras que no solo fueron las grandes fincas las que se parcelaron, sino también pequeños pedazos de tierra que les pertenecían a algunas personas del barrio.

El barrio es tranquilo y los mayores conversan afuera y hacen oficio. Me dicen que puedo caminar tranquilo por donde quiera, así que me pierdo entre el laberinto de casas y me acerco a un viejo que está sentado a la sombra de un almendro. Don Gabriel González nació en El Chispero en 1934. Hijo de un albañil, consiguió su primer trabajo a los catorce años en la finca Riobamba de Juan Luis Uribe —hoy urbanización Riobamba, ubicada detrás de Oviedo—, donde se encargaba de las perreras. Era el año 1948, y “el negro” subía y bajaba la loma a pie limpio con el almuerzo de arroz y carne gorda que le empacaba la mamá. Pero un día no quiso saber más de perros y renunció. Le dieron un par de zapatos que le permitieron entrar por la puerta grande del Club Campestre y colocarse como *caddie* de golf y de tenis. Cuando cumplió los dieciocho años lo despidieron y se fue a buscar vida lejos del barrio: fue ayudante de albañil, mandadero en una empresa de construcción, auxiliar contable, pagador y finalmente vendedor, primero de artículos de papelería y luego de chicles. Después puso en Ayacucho con la





Avenida Oriental su propio negocio, que le dio para educar a sus hijos en la Universidad de Antioquia y Eafit. Con la misión cumplida, regresó a El Chispero a pasar su vejez. Vida perfecta, nada de qué quejarse. Allí, barrio y familia son lo mismo.

Hasta ahora no he podido encontrar el nombre del barrio sobre el que estoy escribiendo. “Loma de los González” no es exacto porque incluye las urbanizaciones y edificios estrato seis. Pero si digo “El Chispero” la gente de La Visitación me dice que esa es la parte de abajo. Y cuando digo “La Visitación”, doña Rosalba me dice que ella vive en La Olla, y el otro que en El Venteadero, y la otra que en la Loma del Garabato. Sin embargo, hay momentos en los que ellos dicen “el barrio”, y entonces uno sabe que se refieren a todas las personas que viven en un área que empieza un poco más arriba de la Transversal Inferior y baja hasta la avenida 34 bordeando la Loma de Los González, en casas de dos o tres pisos que cada quien ha ido levantando poco a poco con los años. Casas de tamaños y formas variadas cuyos muros rara vez respetan la forma de una cuadrícula; casas que dan puerta con puerta y donde la sala de una parece ser la prolongación de la otra; casas con jardines sin igual –unos cortados al milímetro y con delfines saltarines, otros que parecen solares de finca con palo de mango y matorral propio–; casas en las que no hay portero uniformado que los cuide porque allí se cuidan entre todos.

El Chispero propiamente dicho es la parte que linda con la avenida 34, en la parte baja de la Loma. Un anciano al que le faltan dientes y le sobra amabilidad me dice que así se le conoce desde sus inicios por lo fiestero que es su gente. Allí y en los otros sectores del barrio casi todos se conocen o son familia. “Aquí no hay muerto que no se llore y que no se beba”, asegura doña Bernarda. La navidad y otras celebraciones se hacen en diferentes puntos, según la fecha: el 28 de diciembre hay marranada en La Olla, el 31 en El Chispero y el 6 de enero en La Manga. Esta alegría propia del barrio, que se manifiesta en altos decibeles de música –no solo en festividades sino todos los fines de semana y cuando hay partido de fútbol– los pone en conflicto con los edificios de estratos altos. Son dos ideas de lo que es la buena vida, que, si no existiera el milagro de la amplificación, probablemente armonizarían. Ese es el único problema del barrio, dice doña Estelia, que vino de la Loma de los Parra con su familia cuando era una niña. De resto, asegura, nada les falta, porque la zona tiene todo cerca y sus habitantes viven en una unión que los protege de cualquier iniciativa que pueda perjudicarlos, especialmente de la ampliación de vías.

El sábado en la noche hay un “corredor bailable” al que no se puede faltar. El evento se lleva a cabo en la cancha polideportiva contigua a la sede de la acción comunal. Un animador de sombrero y micrófono anuncia el primer número de la noche: presentación del grupo de danza de la tercera edad. Un solo hombre es el encargado del cortejo en un bambuco en el que reconozco a doña Estelia entre las más entusiastas. Después se sube al escenario Beatriz González para declamar el poema *El borracho*, y un grupo de vientos de la policía cierra la primera parte con porros de utilería.

Mientras tanto, la sede de la acción comunal está que hierve. Las dos mesas de billar que se alquilan a 1.500 pesos la hora están ocupadas, así como los naipes y el tablero de parqués que se alquilan a 500. No hay venta de licor y el cierre es a las diez de la noche, así que hay que aprovechar. Al otro lado de la Transversal, en el patio de doña Berenice, las trescientas empanadas que se hicieron para ese día ya se acabaron, pero el partido del Nacional va a empezar y el caspete vecino tiene todos los asientos pagados. Los más sardinos se ubican en la esquina del *mall* La Visitación a ver pasar las niñas y a hacer su parche aparte.

Juan Luis González me dice que si no fuera por esta actividad la cancha estaría ocupada con algún torneo de microfútbol. Juan Luis ha sido un entusiasta del deporte toda la vida. Antes lo practicó en las mangas y lomas de El Poblado, y ahora lo fomenta desde la coordinación deportiva de la acción comunal, un cargo que desempeña de manera voluntaria en los ratos libres que le deja su trabajo en la papelería, ubicada ahí mismo en la sede de la entidad, un verdadero recurso para todos los vecinos del sector. La actividad de Juan Luis, que implica, entre otras cosas, buscar apoyo público y privado, sacrificar los fines de semana para organizar torneos, responder por los implementos deportivos y organizar semilleros, me hace recordar a doña Bernarda, a doña Rosalba y a tantas otras mujeres y hombres de esta comunidad, que a duras penas tienen tiempo de hablar porque siempre están recogiendo firmas para una vacunación o preparando la inauguración de una nueva mesa de apoyo a los procesos del barrio, porque consideran la participación de la comunidad como un asunto vital, al cual se entregan sin honorarios y con toda convicción.

Es la antesala de diciembre, y el clima es seco y agradable. Las puertas de las casas de la Loma de los González están abiertas de par en par, y por las ventanas se ve a la gente conversando en la sala, viendo televisión o escuchando música. En las esquinas hay que saludar y parar a comer empanadas o salchichón frito con arepa. Mis preferidas son esas casitas iluminadas con antejardines oscurecidos por plantas y árboles. En barrios así quizá se pierda un poco de privacidad, pero lo que se gana en calidad de vida es un valor superior. Ahí lo tienen todo: parques, transporte, diversión. Los viejos tienen con quien conversar y los niños los amigos a la mano. ♦









• Cristo Rey • Nutibara • Barrio Antioquia • El Rodeo • Altavista • El Rincón • Las Mercedes
• Belén • Guayabal • Alpinos • Trinidad • San Bernardo • Las Playas • Granada • Betania
• Sucre • Zafra • Apolo • Las Violetas • Las Playas • Rafael Uribe Uribe • Los Libertadores
• La Castellana • Santa fe • Colina del Sur • Coimita • Shellmar • Noel • Campo Amor
• San Pablo • Manzanares • Mallorca • Aliadas • Rosales • Fátima • La Nubia • Los Alpes
• La Palma • La Castellana • La Mota • El Enclave • Kalamarí • El Rodeo • Loma de los Bernal •

SANCOCHO

7000*

SUR- OCCIDENTAL

P_212 Viejos y nuevos días en Cristo Rey

_David Eufrasio Guzmán

P_220 Zona de turbulencias

P_222 Casonas de tolerancia *_Diego Rivera*

P_230 La sobreviviente y el restaurador

P_232 De pesebre a barrio *_Juan Carlos Orrego*

P_240 Vengo de La Villa *_Jorge Iván Agudelo*

P_246 El misterio doloroso de la Loma de los Bernal

_Ana Cristina Restrepo

P_254 El clásico Fátima - Nutibara *_Juangui Romero*

P_258 Negro y bermejo *_Hernando González Rodríguez*

P_266 Autobiografía de ciudad





Guayabal, 2011.

“Pasábamos en ese momento por la carrera 76 de Belén, entre calles 28 y 30, de San Bernardo al parque. A mano izquierda, bordeando la orilla norte de la quebrada Altavista, una finca ocupando el terreno de una o dos manzanas. Casa campesina, vacas pastando. Cerdos, gallinas y caballos. Al cuidado de un viejo de sombrero y carriel. Con alpargatas y ruana. Que ordeña, por las mañanas, sentado en su banquito. A sus alrededores, por los cuatro costados, casas viejas que fueron construidas cuando ya él era dueño de la finca. Casas nuevas, recién construidas. Edificios de apartamentos. En lo que eran fincas de su familia y de otras, en predios rurales del Medellín que hubo antes de antes. En este momento su propiedad se ve como ‘una mosca en la leche’, como una ‘piedra en el zapato’, para los urbanizadores de toda clase que consideran que este parche afea el urbanismo de la ciudad, y que este terreno está que ni pintado para construir edificios de apartamentos y sucursales de los almacenes Ley y de otros almacenes de cadena. Y plazas de mercado, y centros de salud. Y tantas otras cosas que necesita la ciudad.”

Orlando Ramírez Casas

En Altavista se acaba Medellín, 2003.



Guayabal, 2011.

IGLESIA DE BELEN E 280

1616: Conformación de la encomienda indígena Otrabanda de Aburrá, tierras usadas para la producción agrícola y ganadera.

1675: El Sitio de Guayabal estaba conformado por las fracciones de Guayabal, Tenche, El Rincón, Altavista y Aguas Frías, en el terreno comprendido entre la quebrada La Iguaná y el corregimiento de San Cristóbal. Se convirtió en uno de los territorios más poblados del valle.

1750: El Sitio de Guayabal logró independizarse eclesiásticamente de la Villa de La Candelaria, y construyó una capilla que años después fue arrasada por la quebrada La Picacha.

1814: El Sitio de Guayabal cambió su nombre por Otrabanda. La pequeña capilla que años antes habían levantado sus vecinos se reconstruyó, y fue erigida parroquia de Nuestra Señora de Belén.

1830: La fracción de Otrabanda recibió el nombre de Belén.

1879: Construcción del Puente de Guayaquil sobre el río Aburrá. Diseñado por el ingeniero Enrique Hausler, fue por mucho tiempo la conexión entre Belén y el centro de la Villa, y por allí se transportaron víveres, cosechas, aguardiente y materiales de construcción. Belén se integraba a la Villa y llegaban nuevas gentes a sus hatos y lotes.

1889: Se estableció el “moderno” Matadero Municipal en el paraje de Tenche, fracción de Belén, un nuevo atractivo para familias que se establecieron en sus inmediaciones e instalaron toldos donde cocían las vísceras y demás “desperdicios” del ganado porcino y vacuno. Así mismo, se formaron algunas cantinas y sitios de juego, y se asentaron grupos de mujeres de vida licenciosa ¶ A principios del siglo XX, las fincas del corregimiento de Belén fueron loteadas por sus propietarios, y se formó una malla ortogonal que estructuraba la plaza como centro. Alrededor de la iglesia se construyeron algunas viviendas, la primera escuela y el centro de salud. Se empezaron a completar manzanas de viviendas sobre la margen de la quebrada La Picacha, al oriente y al occidente de la plaza.

1925: Guayabal dejó de ser fracción del corregimiento de Belén y fue nombrado corregimiento. Ya figuraba el asentamiento de Cristo Rey, ubicado en los terrenos del señor Arturo Vásquez Lema, el mayor terrateniente del sector.

1926: Inauguración de la línea del tranvía de Belén, que motivó el crecimiento del corregimiento y de los pequeños barrios que se habían ido conformando en las carreteras cercanas.

1936: La Alcaldía compró una extensión de terreno a la sociedad del Matadero y Feria de Ganados detrás del cerro Nutibara, para trazar un proyecto de viviendas que serían adjudicadas

a sus trabajadores. El barrio, de casas construidas en serie, fue llamado Nutibara.

1938: A través del Acuerdo Municipal 142, los corregimientos de Belén y Guayabal se convirtieron en barrios.

1943-1946: El señor Arturo Vásquez Lema, propietario de las tierras sobre las que se asienta Trinidad, convirtió varias de sus propiedades en inquilinatos y empezó a vender lotes a bajo costo, con largos plazos de pago, para promocionar la urbanización “pirata” del barrio Antioquia. Su nombre le fue dado por sus pobladores para evidenciar que allí se habían asentado gentes de todas las zonas del departamento.

1947: La Cooperativa de Institutores compró los predios de la finca Albania a la señora Solina Acosta, e inició la construcción de viviendas para los maestros de los colegios públicos de la ciudad. El barrio fue llamado Las Acacias.

1948: Se fundó la Organización Católica Social Arquidiocesana (OCSA), cooperativa de habitaciones para empleados y obreros, por iniciativa de la curia en asocio con obreros y empleados de varias empresas antioqueñas; compró los terrenos aledaños al cerro Nutibara y al Matadero Municipal.

1951: Inauguración de la iglesia de Cristo Rey, construida con el esfuerzo de los vecinos del barrio sobre los terrenos donados por el señor

Santiago Díaz en 1928. Con la iglesia y el posterior desarrollo industrial de la zona, se dinamizó el crecimiento urbano del sector y se agilizaron los proyectos de vivienda para los obreros y empleados de la industria cercana.

1951: Por medio del Decreto 517, el alcalde Luis Peláez Restrepo estableció como única “zona de tolerancia” el barrio Antioquia, medida tomada a partir del Plan Regulador, que pretendía generar nuevas dinámicas sociales en la zona nororiental y descentralizar la prostitución hacia las áreas periféricas de la ciudad. El decreto causó un retroceso en el barrio, pues detrás de los prostíbulos fueron llegando las drogas y la violencia. Bajo el liderazgo del padre Mario Morales, la comunidad luchó hasta conseguir la derogación del decreto.

1952: La Sociedad Gaviria y Cía. compró los predios de la finca La Ortega, alrededor de la cual se levantaban sencillas casas de bahareque desde principios del siglo XX, además de potreros y tejares que se abastecían de agua en la quebrada La Picacha. El proyecto de vivienda popular del barrio Las Violetas entregaría, en medio de inconvenientes con el Municipio, algunos lotes dotados con servicios públicos y otros “piratas”, lo que en principio dificultó la urbanización del sector. El nuevo barrio fue poblado casi todo por familias de escasos recursos y desplazadas por la violencia.

1953: La Sociedad Anónima Club Campestre El Rodeo, creada años atrás con el fin de obtener espacio para una cancha de golf, fue adquiriendo los primeros terrenos y compró la finca Díez Montoya, sobre el costado occidental del Campo de Aviación de Medellín, para construir un club con zonas de esparcimiento y un buen campo para las prácticas deportivas.

1954: Se construyó la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, con diseño del arquitecto Antonio Mesa Jaramillo. Una vez erigido el templo, y con la diligencia del Instituto de Crédito Territorial, se fue conformando el barrio Fátima para empleados del Municipio.

1956: La constructora Consucasa S.A. inició un proyecto en terrenos comprados por la administración departamental para ofrecerles soluciones de vivienda a sus empleados. Fueron construidas solo veinte casas, habitadas por cinco familias. Luego el barrio tomaría el nombre de Los Alpes, por su cercanía con las montañas de la zona occidental.

1957: Se inauguró el Aeropuerto Olaya Herrera, diseñado por el arquitecto Elías Zapata, en terrenos donde años atrás se había construido el Campo de Aviación Las Playas, impulsado por el empresario Gonzalo Mejía. Las tierras habían sido gestionadas por la Sociedad de Mejoras Públicas, con la colaboración de Joaquín Jaramillo Sierra ¶ En la década del sesenta se dio inicio a una nueva etapa del desarrollo urbanístico de Belén. En los predios adquiridos por el Instituto de Crédito Territorial, el Banco Central Hipotecario y algunas firmas particulares fueron construidas nuevas propuestas de vivienda, donde se establecieron familias de empleados y obreros de las fábricas cercanas y la naciente clase media de la ciudad. Surgieron los barrios La Nubia, Los Alpes y La Palma.

1960: Inauguración del Zoológico Santa Fe. Los terrenos habían sido donados por la señora Mercedes Sierra de Pérez a la Sociedad de Mejoras Públicas, con la intención de fundar un museo de arte y antigüedades y construir un parque infantil.

1961: La fundación Fraternidad Caritativa, creada por algunas empresas preocupadas por ofrecer soluciones de vivienda a sus trabajadores, inició la planificación y urbanización del barrio Campo Amor sobre terrenos que habían pertenecido a la señora Graciela Hoyos. Fueron construidas numerosas casas de aspecto rural, en un sector que conservaba su vegetación nativa ¶ Este año también fue inaugurada en el barrio Los Alpes la ciudadela de la Universidad de Medellín, centro de educación superior de carácter privado.

1962: El Instituto de Crédito Territorial dio inicio a la construcción de la Urbanización Altavista, en la vereda del mismo nombre ubicada a un costado de la fábrica Vicuña. Financiado por el programa Alianza para el Progreso, el proyecto de vivienda benefició a obreros y a numerosas familias de bajos recursos. Las casas fueron construidas de acuerdo al modelo de vivienda popular del Instituto, en pequeños lotes con calles y aceras definidas.

1966: Inauguración de la primera etapa de la Urbanización La Palma, construida sobre terrenos de la familia Escobar Restrepo, quienes vendieron sus predios al Banco Central Hipotecario. El barrio, planificado como un área de vivienda confortable para familias de empleados y profesionales de clase media, fue diseñado y edificado en hilera, con viviendas de dos pisos, amplios antejardines y parqueaderos, de acuerdo con el modelo de Unidad Vecinal proyectado en el

Plano Regulador de Medellín. El desarrollo urbano de La Palma tardaría casi una década.

1967: La Urbanizadora Nacional compró a Joaquín Jaramillo Sierra una parte de los predios de la Hacienda Santa Fe, para levantar un proyecto de vivienda pensado como una urbanización cerrada, debido a las constantes invasiones de familias desplazadas por la violencia. El barrio tomó el nombre de la vieja hacienda y fue llamado Santa Fe.

1970: La Fábrica de Licores de Antioquia inauguró su nuevo edificio, ubicado junto a la Autopista Sur.

1972: Constructoras como Consucasa, Convel y la Cooperativa de Empleados de Antioquia desarrollaron consecutivamente nuevas etapas del proyecto de vivienda del barrio Los Alpes, y el crecimiento urbano se aceleró con la llegada de nuevas familias de empleados de la Gobernación. Fueron trazadas nuevas vías de acceso al barrio, y se dotó de parques y zonas verdes y deportivas, lo que impulsó su consolidación y el desarrollo de los sectores aledaños.

1978: El Banco Central Hipotecario dio inicio a la urbanización Nueva Villa del Aburra, pensada para familias de clase media como una moderna infraestructura urbana, con parques que interrumpían el curso de las vías ¶ El proyecto de vivienda multifamiliar, construido por etapas, se diseñó como bloques de apartamentos para optimizar el espacio, y es una muestra importante de arquitectura moderna y urbanismo en la ciudad.

1982: Se inició la construcción de la Urbanización La Mota en los terrenos de la finca que llevaba el mismo nombre, sobre los planos del arquitecto Laureano ‘Nano’ Forero.

1995: Inauguración de la Terminal del Sur. El proyecto, diseñado por los arquitectos Patricia Gómez y Álvaro Sierra J., surgió de la necesidad de un espacio al que se pudiera acceder fácilmente desde los municipios y departamentos del sur sin tener que atravesar toda la ciudad. Fue construida como una evocación de la arquitectura tradicional de los pueblos de Antioquia.



Viejos y nuevos días en Cristo Rey

Por David Eufrazio Guzmán

Es muy temprano para tener una gota de sudor en la sien, la rodilla en el pavimento y el día en vilo, pero desde las seis de la mañana Willian Quinchía Vallejo está batallando con la puerta izquierda de su furgón. Con una lima de acero empuñada ha visto vecinos recién bañados salir para sus trabajos, estudiantes de morral a la espalda y paso alegre, negocios que suben las rejas y dejan ver sus vitrinas, buses y carros que desplazan muy pronto la calma matutina.

En otros tiempos la Avenida Guayabal no existía y el canto de los gallos, el pastar de las vacas y el trino de los pájaros acompañaban los primeros rayos del sol. Un día de aquellos, en 1939, Severiano Quinchía y su esposa Ana Vallejo salieron de Barbosa en busca de un lugar más cercano a Medellín. Severiano había sido contratado por el Ferrocarril de Antioquia para atizar el carbón, “voliar estampa” –martillar los rieles–, y bajar y subir la bandera para que el tren pasara por el puente de Guayaquil.

Fue en Guayabal donde esta pareja encontró cañaduzales, pantanos y rastros, en los terrenos que Arturo Vásquez, el mayor propietario de tierras de la región, tenía a la venta. Las familias que llegaban del campo huyendo de la violencia o para trabajar en las nuevas industrias de la zona se beneficiaron de la generosidad de Vásquez: cuando no tenían con qué pagar, los recién llegados le ofrecían mano de obra, y Arturo recibía hasta cagajón y boñiga por un pedazo de tierra. Su intención era vender todos esos rastros, pues intuía que algún día iban a estar poblados. Así las cosas, Severiano pagó con gallinas, huevos y otros animales, y en la escritura el lote quedó avaluado en setenta pesos.

Severiano levantó la casa como se hacía en la época, a mano limpia, con bahareque, cañabrava y estiércol. Willian nació unos años más tarde, en 1953, cuando la gente acostumbraba zambullirse y pescar en el río Medellín. En su infancia, él y sus hermanos lo cruzaban descalzos para ir a las fincas de El Poblado a robar mangos, naranjas y guayabas. También hacían paseos de olla a la quebrada La Guayabala, y recogían boñiga para clavar velas y adornar las oscuras calles en el día de las velitas.

Willian creció y se enamoró de Maria Elena Gómez, una muchacha del barrio con la que se casó y se fue a vivir más al sur, a Santa María de los Ángeles, donde un hermano suyo. A los dos meses, aburridos de estar lejos de la gente que conocían, de la familia, de la vida del barrio, regresaron a Cristo Rey para nunca más abandonarlo.

Hoy, a dos cuadras de su casa, en la calle 2 Sur con la carrera 51B, este hombre moreno y bajito sigue limando una pequeña pieza metálica: desde ayer se le dañó el recibidor de la chapa y la puerta no cierra. La furgoneta verde, con capacete y estacas de madera, es una reliquia. Está parqueada en la esquina, junto a otros camiones y jaulas que ofrecen trasteos. Quinchía se acomoda su cachucha y lija con fuerza y apuro; necesita arreglar la chapa antes de que algún cliente lo solicite.

Un peón de casco y gafas oscuras que trabaja en la ampliación de redes en la calle 2 Sur suelta el palustre para manotear por celular con alguien que le recrimina no haber ido a dormir a la casa. A unos metros, Willian lima otro poco, la pieza se ha reducido unos milímetros pero la puerta sigue resabiada. Por más duro que la cierre, de un portazo o empujándola con un golpe seco, la puerta chasquea y se vuelve a abrir. Willian está preocupado, en cualquier momento resulta trabajo y a él no le gusta decir que no. El vehículo es un Dodge modelo 69, con parches de masilla en la carrocería y, en la parte superior del parabrisas, sobre una franja de papel adhesivo plateado, un letrero verde que dice JUAN CARLOS.



Doris González se baja en Cristo Rey con la cara helada. Su hijo Juan Gabriel la trajo en moto desde Manrique para una nueva jornada de trabajo. Desde 2002, esta mujer de piel blanca y ojos miel tiene un puesto de fritos junto al poste de luz de la calle 3 Sur con la Avenida Guayabal. Después de persignar y despedir a su hijo, Doris sube al tercer piso de un edificio ubicado en esa misma esquina, donde vive su suegra, y saca un termo, una cafetera, masa para empanadas y pasteles, guisos, salchichón, arepas, aceite, frascos de ají.

Doris conoce bien ese edificio azul, allí vivió sus primeros veintiseis años de casada. A pesar de que hace un lustro se fue de Cristo Rey con su esposo y sus dos hijos, sus vidas siguen ligadas al barrio: Juan Gabriel entró a trabajar hace poco a la fábrica de galletas Noel, y Albeiro, su marido, sale todos los días a las tres de la mañana rumbo a la Plaza Mayorista para abastecer su verdulería, situada aquí mismo en Guayabal, en el sector conocido como Apolo.

La freidora pasa las noches amarrada al poste, protegida con lonas y pedazos de adobe. Albeiro calcula la llegada de Doris para venir y



armarle el puesto, faena que dura media hora: desata los lazos, destapa la freidora y la pone contra el muro; ambos, casi siempre sincronizados, conectan el gas: Albeiro abre la llave de la pipeta, y Doris, con un encendedor en la mano y la perilla en la otra, debe abrirla y prender la candela en el momento exacto. “Listo, prenda”, le dice él, pero Doris quizá ya había prendido o se demoró: un fogonazo le quema la mano izquierda. “Échese alguna cosa”, le dice Albeiro, y se va como vino. Doris deja de mascar chicle para poder soplar lo que más tarde será una ampolla.

No es sino que las nubes amaguen con soltar una gota para que aparezca Gilberto, el ángel guardián de Doris, e instale un plástico para proteger de la lluvia a su hermana y a su clientela. Gilberto ha vivido toda la vida en el barrio y es jubilado de la Noel: “Me contrataron con apenas quinto de primaria, me tuvieron mucha paciencia y me enseñaron a manejar las máquinas para hacer galletas”, cuenta este hombre que con sus canas y camiseta roja todavía parece con el uniforme de la empresa. Doris aclara que a su hijo no le fue tan fácil entrar a la Noel: “Tuvo que hacer una carrera técnica, y además va a tener que trabajar muchos años más para jubilarse”.

La quemadura en la mano de Doris formó una pequeña burbuja que le arde y la limita. Gilberto camina hasta su casa y regresa con un tarrito de sulfato de plata. Tarda cinco minutos, el tiempo que necesitaba para ir a la fábrica y volver. “Vivíamos muy contentos, los de la planta eran los mismos vecinos”, dice Gilberto, sentado en una banca que él mismo improvisó alguna vez con tablas y troncos. Mientras

Doris se unta la pomada, su hermano recuerda el barrio en el que nacieron, adonde llegaron sus padres en los años cincuenta escapando de los conservadores. Eran de Titiribí, y aquí encontraron gente solidaria que les ayudó a salir adelante. “Gracias a Dios”, dice Doris de espaldas a la iglesia de Cristo Rey, un templo construido a punta de bazares y rifas entre 1928 y 1951, el mismo en el que la bautizaron, le dieron la primera hostia, la confirmaron como católica y la casaron.



A través de un soplete alimentado por gas metano y argón, Eugenio le dirige un rayo de fuego color zafiro al receptor de la chapa. Willian transitó dos cuadras del barrio agarrando la puerta para que no se abriera. Ningún cliente lo ha buscado y él lo agradece. La primera vez que parqueó el carro en la cuadra tuvo que esperar cuatro días para que resultara un viaje. En ese entonces, 1987, tenía un camión que había conseguido para ir a los picaderos de llanta de La Alpujarrá a comprar los aros; todo el aro que mandó quemar y convertir en alambre lo llevó a Belén para la construcción de Torres del Marqués. Luego, cuando se acabó esa mina, decidió abrir brecha, y la 2 Sur con 51B, donde siempre hay un furgón dispuesto, terminó por convertirse en un referente de trasteos en el barrio.

Durante años, los tres hijos de Willian lo vieron salir y entrar al barrio con lavadoras, chifonieres, colchones y todo tipo de armatostes.



Así levantó a su familia y cada uno pudo elegir: el hijo mayor se dedicó a la música y es pianista, el menor es ingeniero mecánico y trabaja en una multinacional. El del medio, Juan Carlos, tenía nueve años cuando su padre empezó con los trasteos. "Venga trabajemos juntos", le dijo Willian cuando supo que le daba pereza seguir estudiando. La idea le sonó a Juan Carlos, y tiempo después, cuando le iba a regalar un camión, el muchacho de diecinueve años se enamoró del Dodge verde. Lo compraron por tres millones doscientos, y desde 1997 trabajaban en llave, cada uno con su carro.

Ante otro intento fallido de arreglar la puerta, Willian no tiene más opción que coger despacio la Avenida Guayabal y dirigirse a Barrio Triste. La palanca de cambios es larga y cuando pasa de segunda a tercera parece batiendo natilla en una gran olla. Suenan latas, tuercas, vidrios, toda la carrocería. La vibración le dificulta sostener la puerta, pero antes de llegar a Campo Amor Willian ya ha encontrado la forma de sujetarla sin soltar la vieja cabrilla.



De Carlos Gardel, Héctor Lavoe, Tito Puente, Johnny Pacheco, Celia Cruz y Agustín Magaldi son los retratos que hay colgados en una pared del Bar Universal, o, mejor, el Bar de 'Loz', como le dicen a Jorge Aguirre desde los años setenta. Su apodo nació una tarde en que caminaban por la finca El Rodeo y vieron a alguien segando el pasto

con una hoz. Uno de los amigos preguntó qué herramienta era esa y Jorge respondió: "Una hoz". "¿Loz?", replicó el amigo, y desde eso nadie lo volvió a llamar por su nombre.

Loz llegó a Cristo Rey en 1969, con su mamá y un buen atado de recuerdos de Venecia. Aunque durante sus primeros veinte años en la ciudad fue temerario y su vida giró alrededor del vicio y la plata fácil, a comienzos de los noventa se casó, se ajuició y se dedicó a servir tragos, a poner música y a gozar con los vecinos que convirtieron el bar en tertuliadero bailable. En 45 años, lo que más marcó a Loz fue ver morir a bala a 33 muchachos en las esquinas del barrio durante la década del ochenta. También eran comunes las peleas a machete y puñal, y personajes como 'Chirusa', 'Mario Mugre' y 'Mincho' inspiraban miedo en la vecindad.

Un puñado de jíbaros y fumadores de pipas diminutas se divisan desde el balcón de su casa; no matan una mosca pero el aire de la esquina siempre es entre dulce y rancio. Desde allí también se siente la desolación que producen las obras de la calle 2 Sur, vía que conecta con el intercambio vial Gilberto Echeverri. Hace cinco meses que el paisaje se asemeja al de hace años, tierra y pantano a cada paso. Pero en todo ese vaivén de buldóceres, lo único que atormenta a Loz es que tumben dos árboles que brotan del separador de la calle y se confunden en un abrazo frente al bar: un tulipán africano y una veranera; hay que acercarse y contemplarlos un buen rato para descubrir a cuál pertenecen las flores fucsias.



Mientras Willian se dirige a Barrio Triste, su esposa Maria Elena se queda en casa al mando de su club de Herbalife. De siete a once de la mañana recibe personas que cambiaron el huevo, el chocolate y la arepa con quesito por un trío de bebidas. El menú comienza con un agua a base de aloe vera, sigue con un té energizante o adelgazante –según el paciente–, y culmina con un esponjoso batido para cucharrear. Los comensales, casi siempre vecinos, se sientan en la sala a ver televisión y a charlar, y pagan entre seis y diez mil pesos dependiendo de los brebajes que consuman.

Maria Elena conoció los “desayunos de Herbalife” después de que una tristeza desgarradora le cobrara factura a diferentes órganos de su cuerpo. Años y años de achaques y dolencias encontraron descanso con estas bebidas. Se entusiasmó tanto que Willian y sus hijos la apoyaron para que formara en la casa un club del que ellos fueron los primeros miembros. Luego, el voz a voz hizo que llegaran más personas, desde sanos curiosos hasta pacientes de quimioterapia.

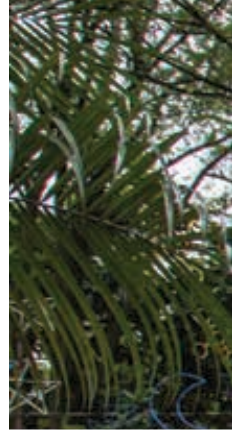
Lo primero que ven los clientes al entrar a la casa es la puerta de un baño con las banderas de Brasil y Cuba, los países que visitaron hace poco los Quinchía Gómez. A la derecha, lo que sería el comedor está convertido en un estudio de música, donde una organeta, un bongó y un tocadiscos acompañan un sofá y la nevera; de la pared, con notas musicales dibujadas, cuelgan maracas, raspas, guacharacas, una flauta, dos bafles, cuadros y afiches salseros.

En la sala, un piano negro y brillante coloniza un flanco, mientras que al frente, en el mismo mueble donde está el televisor, la familia ofrece un altar a sus amores: botellas de ron nacional y cubano, pocillos del Independiente Medellín, tabacos finos, morochos bebiendo y haciendo pipí (el orín son flecos de nailon), negras de porcelana diciendo Azúucar, copas, artesanías, portarretratos y recuerdos de sus viajes. Porque este clan se ha dedicado a viajar, a disfrutar de la salsa brava y el son cubano, y a sufrir con el Rojo de la Montaña.



Después de espantar un perro negro que se acercó a olisquear los productos, Doris echa a freír seis empanadas que crepitan al tocar el aceite. Desde la otra acera, el can, un criollo que deambula por acá hace media hora, observa y olfatea sentado hasta que se aburre y se va a husmear en una cuneta.

Las dos únicas empanadas que había a las dos de la tarde se las llevó una mujer de vestido rosado y piel chocolate. Antes de irse, tomó una y la envolvió en una servilleta, dejando un trozo descubierto para que su hijo, estudiante de primaria del Colegio Santo Ángel, le metiera un buen mordisco. Ya habían venido a comprar una viejita delgada y fumadora, de esas que nunca se enferman, y una chancera de cabello rubio, perfumada, bien uniformada, que se llevó cuatro empanadas de trescientos y un café con leche. Con doce años en el mismo punto, el negocio de Doris tiene clientes fijos, la mayoría conocidos, pues desde que se formó el barrio han vivido en él casi las mismas familias.





El ajetreo comercial entre la Avenida Guayabal y la autopista y las calles 1 Sur y 6 Sur, donde hay desde depósitos de materiales hasta galerías de arte, pasando por peluquerías, farmacias, ferreterías, tiendas, zapaterías, casinos, panaderías, restaurantes, bancos y más, convierten a Cristo Rey en un barrio apetecido: la vuelta, el cruce, el voleo de billete hace parte de su cotidianidad, y donde hay plata y negocio, hay gente rebuscando.

Es el caso de Fredy, un jardinero con escoba de paja al hombro que llega a comprar una rodaja de salchichón con arepa. Aunque este casao es el más apetecido entre mecánicos, carpinteros y obreros de mano pesada, lo que más se vende aquí es empanada y pastel de pollo. Por eso Doris cuida tanto la arepera con la que aplasta la masa. Hace poco le robaron la que tenía. “La mera areperita vale cincuenta mil pesos”, dice mientras baja la palanca para convertir una bola de masa en una delgada tortilla. Luego les pone guiso con un tenedor, las cierra y quedan listas para freír.

Doris renueva el chicle cada hora, aunque hoy se ha pasado toda la tarde con la misma goma seca y sinsabor; es como si mascara su propio descontento, como si quisiera triturar esa rutina que la tiene cansada de la vida. Su deseo es volver a vivir en Cristo Rey. Aquí, en las noches, queda más que su freidora amarrada al poste.



Maria Elena es salsera desde muy joven, su vitalidad parece estar conectada con la energía del timbal y la sabrosura del son. Risueña, atiende a un vecino que se sienta a ver televisión. El día está fresco y por el balcón entra una brisa que infla las cortinas y mueve los cuadros –y los recuerdos–. En la sala, enmarcada bajo un vidrio, hay una fotografía de Juan Carlos cuando tenía quince años, mirando muy serio, con un buzo azul oscuro, las manos cruzadas, el pelo corto, las cejas gruesas y un lunar en el cachete.



El sábado 18 de agosto de 2001, los Quinchía disfrutaban de una fiesta a cuadra y media de la casa. Cuando Willian ya estaba listo de tragos, Maria Elena les dijo que se fueran, pero Juan Carlos, de veintitrés años, aún tenía baterías y prefirió quedarse. No hubo corazonadas. El domingo siguiente, a las seis de la mañana, sonó el teléfono. Al otro lado de la línea, una vecina angustiada dijo que Juan Carlos estaba tirado en la acera. Willian salió y lo encontró inerte, cogió un taxi y se fue para la clínica. Los médicos le dijeron que su hijo había llegado muerto, y las autoridades le informaron que la fiscalía debía descartar envenenamiento o sobredosis de droga. Quinchía les dijo que hicieran lo que tuvieran que hacer.

Al mes lo llamaron y le preguntaron cuál era la dieta en su casa, Willian dijo "lo que comemos los pobres: frijoles, arroz, sancocho". El informe médico decía que tenía las venas obstruidas y que el motivo del deceso había sido un infarto. Ahora Willian recuerda que a Juan Carlos le gustaba mucho el frito, la chunchurria, y que tenía algún problema porque sudaba mucho. Juan Carlos era un mocetón de barba, un buen hijo que desayunaba pasteles con coca-cola o se comía un sancocho trifásico entre trasteos. Sus cenizas están en Campos de Paz, en el osario 342, aunque la cifra que trajo la suerte fue la placa del Dodge, 716.

Cuatro días antes de que se cumplieran trece años de la partida de Juan Carlos, el viernes 15 de agosto de 2014, Willian se ganó un chance por la lotería de Medellín con ese número. "Ojalá Juan Carlos nos dé el regalito en el aniversario", le había dicho a Maria Elena por esos días. Y así, un millón de pesos llegó a las arcas de la familia con la rúbrica del hijo ausente.

El día del aniversario Willian fue por una nevera a Laureles. La furgoneta tenía pedazos de lata podrida y hacía más ruido que nunca. "Cae muy fuerte atrás -dijo mientras cogía la 80-, le hacen falta unos abrasivos". Pero por más problema que ponga, Quinchía jamás saldrá del carro. Tras la muerte de su hijo decidió vender el suyo y quedarse con el Dodge, quizá sin saber que entre ese viejo furgón y él iba a existir un apego tan fraternal y eterno.

Con la nevera amarrada en el volco, Willian paró en una cafetería del barrio y recogió a Hernando y a Norman, dos sesentones flacos, temblorosos, de guayabera, con tinto y cigarrillo en mano. La labor de

esos dos toderos era ayudarle a Quinchía a subir la nevera cuatro pisos, en una zona de Cristo Rey que se conoce como "la calle de los policías", pues ahí se construyeron, con la ayuda del gobierno, unas casas uniformadas para uniformados que luego se desordenaron y se convirtieron en pequeños edificios o se remodelaron al antojo de cada propietario.

Hernando y Norman pasaron de sostener unos vasitos desechables y unas cuscas a recibir el peso de un nevecón de setenta kilos, que se daba golpes en cada esquina de las angostas escaleras mientras los tres daban instrucciones: bájela, súbala, hágale pa'delante, pa'trás, agáchela un poquito, no suba todavía, téngala ahí. Tras media hora en la que el dueño del electrodoméstico se llevó las manos a la cabeza y evitó mirar la odisea, la nevera llegó a su destino. Willian recibió 45 mil de pago, y entregó su tarjeta de presentación con la foto del camión parqueado en la esquina de su casa.

Fue por la misma época de la muerte de Juan Carlos cuando Loz sembró la veranera y el tulipán africano, que en este pueblo se conoce como "miona" porque sus flores tienen copos que expulsan un chorrito de agua amarga al espicharlos. Hoy esos dos árboles entrelazados se necesitan el uno al otro, y en los vendavales son soporte mutuo. No son dos sino un solo árbol con dos tipos de flores. Tres años después de sembrarlo, la vida le quitó a este hombre una hija de quince años a causa de una enfermedad que ningún médico pudo descifrar, una deficiencia inmunológica de origen desconocido. Loz vive ahora con su esposa y un hijo universitario. Basta con mencionarle los árboles, el árbol, para que sus ojos brillen.



En un pequeño puesto en Barrio Triste, engrasado de pies a cabeza, el mecánico, un viejo conocido de Willian, le cobra cincuenta mil pesos por arreglar la chapa. Willian dice que tiene treinta y para no perder más tiempo pactan en cuarenta. En las próximas tres horas, en medio de venenosos humos de fragua, el mecánico y su ayudante usarán soldador, prensa, tornillos y arandelas.

En la manga aledaña empleados del municipio tasajejan un árbol que tumbó la granizada de ayer, mientras dos vendedoras de tinto

empujan sus coches de bebé por las negras calles de la zona. Willian piensa cuánto le ha invertido al carro últimamente y sus cálculos le dan cuatrocientos mil pesos. Con la plata del chance le mejoró la amortiguación y el parabrisas. Pero entre más hay que cuidarla y consentirla, más amor siente por esa furgoneta que lleva su misma sangre. Fue aquí en Barrio Triste donde a Juan Carlos le ofrecieron poner su nombre en el parabrisas; esa mañana habían ido a engrasar los carros, y Juan Carlos no dudó un segundo: "Que las letras sean verdes como el camión".

El Dodge avanza una cuadra y al doblar la esquina la puerta se abre de nuevo. Willian frena y un mecánico se acerca a ver qué quiere. "Dígame, Juan Carlos, ¿qué necesita?". Quinchía no lo corrige, le dice que nada y llama al mecánico de confianza. Es necesaria otra hora para que por fin el arreglo quede bien. El hambre y la espera han hecho mella, Quinchía está afanado; desde hace rato Maria Elena le tiene listo el almuerzo: carne frita, arroz, tajadas de maduro y de papa, y fresco.



Al atardecer la vida barrial empieza a arder. En la Heladería El Capullo diez vecinos juegan billar en las únicas dos mesas. Olga recorre cafeterías y tiendas cobrando las boletas de una rifa que jugará en la noche. En un bingo de puertas abiertas, varias señoras, expectantes ante el canto de los números, sostienen sobre los muslos entre dos y tres cartones. A una cuadra, Sergio termina de darle alas a una gaviota con su pincel más delgado: Acrílico sobre lienzo, 1,20 x 80 cm. Su taller está al aire libre, bajo unas escaleras donde reposan sus pinturas más

recientes. Bajo el intercambio vial de la 4 Sur, ocho *skaters* rampan y hacen piruetas; han convertido los bajos del puente en una pista con grafitis. Con tanto cemento, asfalto y ladrillo, poco queda de los guayabales que le dieron nombre a esta zona.

Al otro costado de la Avenida Guayabal, el parque del barrio parece una ciudad de hierro: juegos infantiles, brinquitos, castillos inflables, caballos a cabestro, crispetas acarameladas y niños correteando entre los frondosos árboles. Al entrar al templo huele a recién pintado, y por los lados del altar se levanta un aroma a lavanda. En cada arrodilladero caben seis cristianos, nueve personas rezan: "Ten misericordia de nosotros y del mundo entero", susurran sin parar. La iglesia lleva el nombre del barrio, Cristo Rey, a quien dedicó Arturo Vásquez el caserío que vio nacer después de comprarle estas tierras a Rafael Pajón para lotearlas y venderlas a precio de huevo. Otros dicen que el nombre surgió por las consignas de los godos que tuvieron el poder entre 1886 y 1930: "¡Viva Cristo Rey!", gritaban en la época más sanguinaria.

El filo de las montañas ya se confunde con el cielo oscuro. Doris cerró su puesto y ahora viaja hacia el otro extremo de la ciudad; Willian llevó una cocina hasta un piso diecisiete y más tarde se tomará unos rones en su casa; Loz recibirá a los amigos del barrio, brindarán con aguardiente y bailarán salsa al frente de la veranera y sus flores fucsias, que también son hijas del tulipán al que se abraza. Así como se abraza Doris al cuerpo de su hijo cuando van en moto, como se aferra un padre a un camión que es recuerdo vivo de su hijo, como nos aferramos todos al pasado y el presente que somos ◆



Barrio Guayabal, s.f.



ZONA DE TURBULENCIAS

No es Afganistán, pero parece. Desde las seis de la mañana, a los seis mil habitantes del barrio La Colinita los sobrevuelan aviones de hasta cuarenta toneladas que pasan a escasos quince metros de techos y terrazas antes de aterrizar en el Olaya Herrera. “El ruido es ensordecedor, la casa se estremece... Llevo más de veinte años viviendo aquí y no me acostumbro”, dice Lilia, una de las fundadoras del barrio. Su casa está en una de las partes más altas y es la base de una edificación de tres pisos. En las terrazas de La Colinita se tiene la sensación de que estirando el brazo se puede tocar la barriga de un avión.

¶ Aunque en 1985, un año antes de que se fundara el barrio, el Olaya Herrera redujo sus actividades casi hasta desaparecer, hoy es una de las terminales aéreas con mayor movimiento en el país: cada año moviliza cerca de un millón de pasajeros y ocho mil toneladas de carga. Cifras que se traducen en ruido para niños, jóvenes y viejos del barrio, que en la parte más alta de Guayabal sienten el rugido de turbinas y motores por lo menos ochenta veces al día.

¶ Los impactos más leves se perciben en las conversaciones interrumpidas, bien sea por teléfono o personalmente. “Esperá que está pasando un avión” es una frase común, aunque a veces no es necesario decir nada y basta una mirada entre tendero y comprador. Pero también hay consecuencias mayores que nadie ha logrado medir. Ya han dicho especialistas que a su paso por aquí los aviones registran alrededor de noventa decibeles, y el nivel máximo permitido en una zona urbana residencial es de 65 decibeles.

¶ En contraste, la vista desde La Colinita es un lujo cotidiano. Los vecinos más apocalípticos no descartan que un mal día un avión de esos se estrelle contra una plancha, “diosnolquiera”. Nunca ha pasado, no hasta ahora. Lo más grave, cuando pasan los aviones grandes, es el temblor tenue de un muro y el sonido de una olla al chocar contra otra en un rincón de la cocina.



Casonas de tolerancia

Por Diego Rivera Marín

La calle era larga y hacíamos carreras de bicicletas que terminaban en esa orilla prohibida donde todos los vecinos querían poner una malla. Entendíamos que del otro lado crecía un mal, un germen, una semilla poderosa y oscura. Cumplí ocho, nueve, diez años, pero nunca estuvimos tan aislados, no hubo malla, aunque esos muchachos del otro barrio, que llevaban camisetas holgadas y motilados que terminaban en colas crespas y grasientas, que andaban de a dos en bicicleta –uno pedaleando y el otro manejando–, no pasaban a la unidad de casas de dos niveles, todas idénticas, con las rejas de las ventanas pintadas de colores pálidos.

Lo que siempre llegaba hasta el borde del conjunto era el olor a marihuana, los rumores de alguna masacre, las manchas de sangre en la esquina. Era 1995 y la muerte de Pablo Escobar había remecido a Medellín, dejándola en una guerra silenciosa peor que la anterior. Ese año, por la primera comunión, me habían regalado una bicicleta con la que iba hasta ese límite prohibido. Entre los amigos nos regodeábamos cuando íbamos hasta Barrio Antioquia por la calle larga, y al regreso corríamos más, pedaleábamos con más fuerza. De un lado estaban las casas de Piamonte y del otro la reja que nos separaba del aeropuerto, y decían entonces –aún lo dicen– que por esa malla se ha sacado marihuana, cocaína, oro, mercancía, cuerpos para el uso. Pero nadie vio, nadie supo, nadie ve, nadie sabe.

Pablo Escobar tenía una de sus oficinas preferidas en un billar en la esquina de la calle 25, donde ahora hay una panadería. Con su muerte dejó huérfano al Barrio, uno de sus fortines, pues también allí había encontrado sicarios dispuestos a todo, casas donde se vendía y se compraba de todo, que se convirtieron en minas porque estaban al lado del aeropuerto, de donde se sacaba marihuana, cocaína, oro, mercancía, cuerpos para el uso. Muerto el padre, la manada se dispersó. Los muchachos ya no tenían quién les pagara las vueltas, así que se lanzaron feroces a las calles, en sus motos, a robar, a matar, a hacerse por la fuerza con un mercado que tenía muchos interesados.

Por eso en Piamonte querían una malla que los separara definitivamente, y ahora está ahí pero nunca supe cuándo ni cómo llegó. Aunque todos los que pasaran por la carrera 65 lo hicieran rápido, aunque los papás nos advirtieran que no podíamos ir más allá de esa esquina donde todo empezaba a cambiar, en el Barrio la violencia

*En su cerviz está la fuerza,
y delante de él se esparce
el desaliento.*

Job 41:22

siempre se mantuvo a raya, en comparación con lo que sucedía en el resto de la ciudad.

—Hubo un tiempo en el que uno no podía estar sentado como estamos acá en esta tienda. Teníamos que estar acostados porque cuando menos pensábamos se prendía la balacera más berraca —cuenta Boris de Jesús Gutiérrez, líder comunitario.

Pero la guerra había empezado mucho antes.

Todos coinciden en la fecha del infortunio: el 22 de septiembre de 1951, cuando el alcalde Luis Peláez Restrepo expidió el Decreto 517, que fijaba a Barrio Antioquia como la única zona de tolerancia de la ciudad. Su objetivo era sacar de los barrios cercanos al Centro ese remolino creciente de desorden. Así que allá, a ese barrio que entonces era de casas de madera y bahareque y calles irregulares, mandó a las prostitutas, los homosexuales, los alcohólicos, los marihuaneros, los ladrones, los pobres sin más que las ganas de olvidarse del mundo. “En Medellín nos hemos ocupado mucho del agua y de la luz y poco del problema moral”, explicó el alcalde. La decisión, claro, tuvo el respaldo del obispo y de las familias ricas, que vivían en Prado Centro, muy cerca de Lovaina, donde se había concentrado el mal todos esos años. Ahora el mal quedaría en el Barrio, la única zona de la ciudad donde los bares podían abrir las veinticuatro horas su comercio de alcohol, sudor y sangre. Por esos días *El Colombiano* publicó: “Quedaron prohibidos los bailes fuera del Barrio Antioquia... Quedó eliminada la presencia de las mujeres en establecimientos de cantina, a cualquier hora del día o de la noche, fuera del Barrio Antioquia”.

La primera noche se apagaron todas las luces de las casas de familia que habían quedado. No se vieron los bombillos amarillos sino los rojos que anunciaban el secreto en las sombras. Dicen que llegó mucha gente de todos los barrios de Medellín para disfrutar de ese lugar donde cada noche sería una garganta sin salida. Cada día llegaban de Guayaquil camiones cargados con mujeres destinadas al oficio de alargar las noches y escurrir los bolsillos de los lujuriosos. Las prostitutas ocuparon treinta casas que se convirtieron en burdeles, y un mes después ya eran 215 mujeres. Los que se quedaron en el Barrio decidieron vestirse de luto y salir a protestar, en una marcha encabezada por la Virgen y los pocos niños que quedaban. Pero poco cambió, y muy rápido las escuelas se convirtieron en centros profilácticos donde las putas abrían las piernas para que las examinara algún médico, de manera que los niños se vieron obligados a ir hasta otros barrios para poder estudiar. El desorden duraría dos años más.



Busco en Google Barrio Antioquia. Lo primero que encuentro es una noticia: “Una pareja de novios murió asesinada, luego de que hombres en moto les dispararan en varias oportunidades cuando departaban en un local de comidas rápidas en el Barrio Antioquia, occidente de Medellín. El pistolero se acercó y disparó contra Alejandro Orozco Villegas y Jessica Sánchez Díaz, de 21 y 18 años, dijo el comandante operativo de la Policía Metropolitana, coronel John Rodríguez”.

Pero en el correo tengo un mensaje de un colega, ‘Chepe’ –hijo de doña Olivia, quien tuvo una tienda muy cerca del antiguo paradero de buses– que dice esto: “Cada vez que cruzo la calle 25, esa pasarela de la vida cotidiana en el barrio donde crecí, tengo sentimientos encontrados: el dolor generacional por haber perdido amigos de juegos callejeros en la trágica espiral de violencia que sufrió Medellín a finales de los años ochenta y principios de los noventa; y, al mismo tiempo, una profunda alegría, porque al estigma que históricamente hemos portado los habitantes de Barrio Antioquia se antepone un sentimiento de orgullo por ese territorio local, tan nuestro. Allí aprendí el valor del afecto de mis primeros maestros, a montar en cicla por sus calles planas, a tentar la suerte jugando fútbol en plena pista del aeropuerto, a jugar baloncesto, a bailar salsa, a deleitarme con la bella cadencia, el desparpajo y la libertad de las peladas de la cuadra. A disfrutar las fiestas de diciembre en la mejor pista de baile: las calles, adornadas de tirantas multicolores, con los equipos de sonido de los vecinos retumbando en las aceras, sintonizados en la misma emisora de música tropical para que el goce fuera colectivo. Cuando se conoce la esencia de la geografía humana de Barrio Antioquia, no deja de sorprender esa inclinación a la solidaridad en el dolor y en la fiesta. No negamos

que hemos sido epicentro de una historia difícil, pero en muchos casos hemos aprendido, por contraste, que tenemos derecho a un lugar diferente en la ciudad. En el calor del hogar, nuestras abuelas repetían sin cesar ‘el que quiera celeste, que le cueste’, para significar que no la teníamos fácil y que todo esfuerzo por lograr una vida decente supondría una alta dosis de perseverancia; para impulsarnos por encima del sino de la violencia y catapultarnos al futuro, con el sello de la generosidad, la alegría y el afecto por nuestro barrio, señales particulares que hoy perduran en sus habitantes y en quienes allí crecimos”.



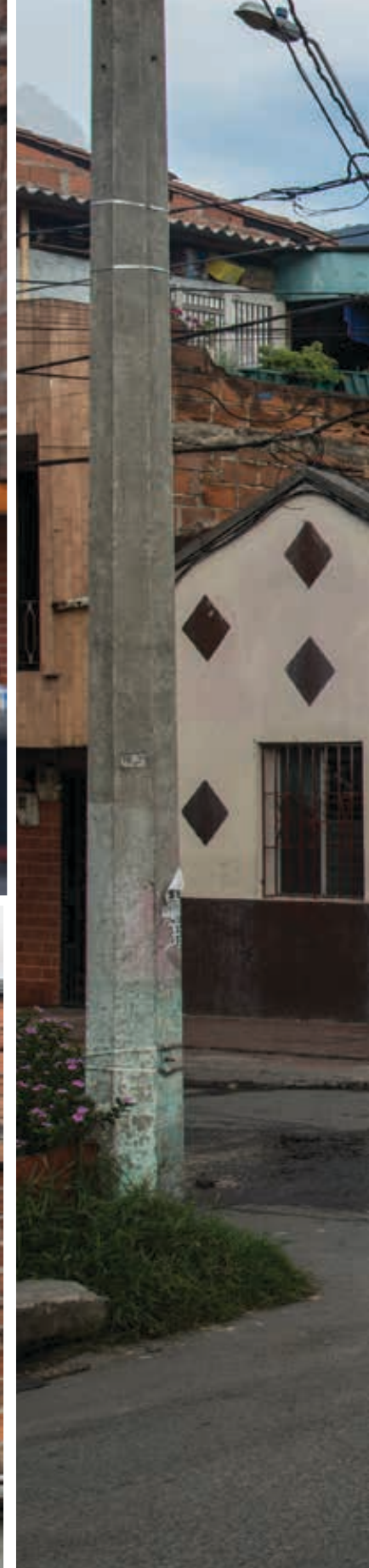
En los años sesenta el Barrio se hizo famoso por sus milagrosos ladrones, capaces de despojar a cualquiera sin dejar rastro. Con pompa y nombre viajaban a ciudades norteamericanas a hacer sus vueltas, que eran precisas y rápidas. Regresaban a Medellín con un estilo entre cubano de Miami y puertorriqueño de Nueva York: pantalones holgados, camisas de flores y acentos mezclados que confundían a la policía local. Eran hombres que amaban el arrabal, los tangos, esa forma decorosa del crimen; griegos del más acá que veían en la muerte temprana y de frente una versión del honor.

—Después, en los setenta, vino la época de la mafia, un poco antes del ascenso de Griselda Blanco en el mundo criminal. Desde aquí despachábamos gente para Estados Unidos. Imagínese que una vez se fue un muchacho de acá con una caja de marihuana, y cuando eso pocos sabían qué era eso, apenas estaba empezando todo el tráfico. Resulta que cuando llegó a Miami le abrieron el pasaporte y se le cayó la foto; se dieron cuenta de que los documentos eran falsos, ya no se podía hacer nada, entonces lo deportaron, pero con la cajita llena de marihuana —dice riéndose uno de los viejos del Barrio mientras conversamos frente a la nueva cancha sintética, que por las mañanas se llena de muchachos que entrenan sin descanso.

Mientras una generación crecía para las motos, otra lo hacía para el fútbol, como fue el caso de los hermanos Rubén y Libardo Vélez, este último dueño de un talento excepcional que se perdió en los excesos y en un asesinato. Después vinieron Robeiro Moreno, Néider Morantes y Edwin Cardona, por contar unos pocos.

—Es que eso es lo que le duele a uno del Barrio, que solo cuentan las cosas malas, que sí fueron muy malas, pero también están los personajes ilustres, que son muchos deportistas. No más aquí a la vuelta viven los de la Orquesta Los Núñez, los que hicieron esa canción del Nacional —dice Boris, y al señalar su dedo pasa por el gimnasio que él mismo gestionó hace seis años, cuando era presidente de la Junta de Acción Comunal. Al fondo se ven las máquinas amarillas que aguantan el uso y el abuso, donde ahora mismo dos descamisados hacen barritas.











No hay monopolio. El negocio de la venta de drogas en Barrio Antioquia parece una cooperativa: son muchas familias que manejan su plaza y no se meten en las cuadras de otros, porque para todos hay plata. Hace ocho, nueve años, hubo una reunión dirigida por alguien poderoso, un señor –o una señora– que desde las sombras era capaz de mover hilos finos y peligrosos. La orden fue pactar una paz duradera para que todos ganaran y la plaza no se dañara. Desde entonces hay pocos muertos en estas calles, la 25 bulle de comercio y ventas, la 65 es tan concurrida como siempre y nadie teme. Pero en las calles irregulares, que forman un laberinto difícil, se esconde el humo que esparce el desaliento.

Voy con unos amigos en un carro conocido. Entramos por la calle que viene de la Unidad Deportiva de Belén, y volteamos en una esquina. Uno dice que aquella es una plaza grande donde tienen una puerta blindada de quince centímetros de grosor para evitar ataques. Vamos más adentro. La luz es poca y los muchachos se escurren por las esquinas como lagartos; algunos miran con ojos de vendedores profesionales, de esos que en El Hueco te quieren calzar los tenis y embutirte en un bluyín, pero estos lo que quieren es meternos los baretos a la boca.

—Apague las luces que llegamos —dice el que va a mi izquierda, pero alguien silba y tenemos que seguir porque ese es el campanero anunciando que hay policías. El cuadro que se arma, de tan patético, da risa: los muchachos corren sin disimular, una mujer vieja que está parada en una puerta recibe un paquete, y dos de ellos se meten por otra puerta que se cierra rápido y sin hacer ruido. Decidimos dar otra vuelta y regresar, pero el campanero vuelve a silbar así que seguimos derecho. Llegamos a la 25 y esperamos unos diez minutos. Volvemos, el campanero silba de nuevo, y un jíbaro reconoce a uno de los que van conmigo en el carro y grita:

—Los están confundiendo con rayas.

Los rayas son los policías y nosotros somos cuatro hombres en un carro típico de los agentes de la Sijin. Paramos. El muchacho –de unos veinte años, escuálido, con el rostro parejo y sin evidencias de consumo– pregunta cuántos, decimos que tres, pagamos, los entrega y nos vamos.



Barrio Antioquia, 1939



A Piamonte llegó a vivir una pareja misteriosa a la que todos le huían. Decían que venían del Barrio y que no traían buenas intenciones. Un día se esfumaron sin dejar nada, y dos carros desaparecieron de la unidad residencial. Fue todo un escándalo. Pero los niños no entendíamos nada, y en la frontera ya teníamos amigos que venían del Barrio a jugar fútbol en la calle con nosotros. Se iban a las cinco, a las seis, y se internaban en ese mundo que para nosotros era bello, por desconocido, porque nos llamaba con su aliento, con sus dientes, porque nos prometía lo prohibido, que siempre esconde su corazón de terror para que no lo veamos.

Recordé eso esta mañana de sábado, cuando Robeiro Moreno –exfutbolista: Selección Juvenil de Antioquia, diez años en el Once Caldas, dos en el Atlético Nacional– me dijo que en los años ochenta muchos jóvenes no se perdieron por el fútbol, y que él fue uno de los que prefirió el balón, y correr hasta la Unidad Deportiva de Belén, a trabajar para Pablo en una guerra a la que nadie sobrevivió.

Robeiro es todo un personaje en el Barrio. Mientras conversamos, una jauría de niños se dirige a un entrenamiento de fútbol y baloncesto, y en la Institución Educativa Benjamín Herrera otros tantos preparan sus violines, violonchelos y trombones para ensayar. Pilar Solano, cantante y exprofesora de la Red de Escuelas de Música, me dirá después que ese es uno de los lugares más sagrados del Barrio, el segundo hogar de muchos. Entonces pienso que es posible un cambio, otra vida, aunque a dos cuadras, en las sombras, otros muchachos se dediquen a la venta de cigarrillos que sostienen un aparato criminal más grande que todo esto. Y pienso también en esos muchachitos hábiles para el fútbol que nos superaban por mucho, en su talento silvestre y salvaje, en que es probable que ya no vivan y sus madres aún los lloren. Y concluyo, finalmente, que todo fue por azar, el muerto pudo ser de este extremo de la malla, y fue un dedo incierto, apurado, el que nos puso de un lado y no del otro. ◆





LA SOBREVIVIENTE Y EL RESTAURADOR

La que tal vez sea la única paloma de la paz con treinta años cumplidos está en la calle 20 con la carrera 59, barrio Santa Fe de Medellín. Se extiende a lo largo de unos doscientos metros de asfalto, con los bordes, el pico y el ojo hechos con pintura amarilla, y el resto del cuerpo blanco y con una bandera de Antioquia en la cola. En las patas tiene un pergamino; en el pico, la consabida rama de olivo; y a modo de pie de página, la imborrable fecha del dibujo: 26 de agosto de 1984.

¶ Miles de estas palomas fueron pintadas ese día en las vías y muros de Colombia por invitación del presidente Belisario Betancur, para apoyar el proceso de paz con las guerrillas de las Farc, el EPL y el M-19. Con el tiempo y los fracasos, el entusiasmo y las palomas se fueron desvaneciendo. Pero en este barrio, Adolfo León Gómez se ha encargado de que el recuerdo no desaparezca, y de tanto en tanto, aunque cada vez más solo, le da su refuerzo.

¶ El apodo de 'Niño Dios' ha acompañado a Adolfo desde la cuna hasta estos días de jubilado, en los que toca de puerta en puerta y pide comida para los pobres o plata para comprar pintura y poder retocar la paloma. Cada tres o cuatro meses le dedica un domingo entero a reteñir líneas, rellenar letras, recuperar detalles. Por eso se presenta también como el papá de la paloma.

¶ Y aunque muchos motociclistas protestan por lo resbaloso del pavimento, Adolfo está tan comprometido con ese animalito que solo una guerra podría detenerlo.



De pesebre a barrio

Por Juan Carlos Orrego

Como buena parte de los medellinenses, nací en una clínica pública del barrio Sevilla; a pesar de eso –y de que viví mis primeros dos años en Bello– me considero un hijo legítimo de Belén. Lo habité durante casi treinta años, y fue allí donde recibí la chispa del uso de razón, aprendí a leer, enterré a mi padre e hice mil cosas más, de las que bastará mencionar que engendré un hijo. De modo que zurcir algunos párrafos sobre el barrio tiene, para mí, más de ceremonia que de tarea, y sobra decir que se trata también de un privilegio: José Libardo Porras, otro belenita consumado, muy bien podría ser quien empuñara la pluma en este momento; me ha correspondido a mí, sin embargo, aunque ahora viva en Manrique Central.

No es casual hablar de Manrique cuando se piensa en Belén: cualquiera que viva en Medellín sabe –o por lo menos se lo ha oído decir a otro– que Belén es como Manrique: hay muchos belenes de la misma forma que hay muchos manriques. En efecto, las nominaciones específicas de más de la mitad de los barrios de la Comuna 16 aparecen en la boca de sus habitantes como meros apellidos de un nombre que, como los hijos del coronel Aureliano Buendía, es común en más de una decena de hermanos de distinta madre: Belén La Palma, Belén Los Alpes, Belén Altavista, Belén Las Mercedes, Belén Las Violetas, Belén Las Playas, Belén Rincón, Belén San Bernardo, Belén La Gloria, Belén Granada, Belén Alameda, Belén Miravalle... De hecho, hay quien extienda el imperio hasta el oriente y hable de “Belén Rosales”, y quien delire con que las dos cuadras de casas que se levantan frente al colegio de los hermanos lasallistas es el muy flamante “Belén San Carlos”. Difícilmente podía preverse la existencia de una comarca semejante –una verdadera ciudad dentro de la ciudad– cuando, en los últimos años del siglo XVIII, una pequeña aldea se levantó no lejos de donde hoy se impone el templo de Nuestra Señora de Belén; quizá era tan minúscula y pastoril que sus fundadores decidieron llamarla como el famoso pueblito bíblico, cuyos residentes más conocidos, un día antes de Cristo, eran un buey y una mula.

En 1784, el visitador Juan Antonio Mon y Velarde promovió la creación de centros de expansión al frente de la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín, en las planicies que se extendían al otro lado del río y que un siglo atrás habían hecho parte de la encomienda de Otrabanda. En la última década del siglo XVIII, en un punto de ese amplio campo, entre los dos riachuelos que hoy son las agónicas quebradas Altavista y La Picacha, varias familias de labriegos provenientes de Santa Fe de Antioquia, Medellín y los extremos

norte y sur del Valle de Aburrá ya habían levantado casas y capilla. Esta fue declarada parroquia el 7 de marzo de 1814, y desde entonces el asentamiento empezó a ser llamado Belén de Otrabanda, “Belén” a secas desde 1830. Del emprendimiento de los lugareños da cuenta una noticia general del geógrafo e historiador José Manuel Restrepo, quien en 1809, en el *Semanario de la Nueva Granada* dirigido por Francisco José de Caldas, se refirió a los tenaces agricultores del valle de Medellín, los únicos que en Antioquia usaban el arado para convertir las boscosas planicies y las laderas montañosas en sembrados, de manera tal que la prosperidad de sus asentamientos quedara garantizada. La memoria popular trocó la experiencia científica de Restrepo en una imagen mucho más heroica, de modo que un comisionista de propiedad raíz me contaba, en los últimos años del siglo XX, que el Sabio Caldas en persona había estado buscando plantas en los bosques de Altavista. Los habitantes de Belén, en concreto, echaron mano del rosario con la misma tenacidad con que se servían del azadón, y sostuvieron una pugna de varias décadas contra la obcecación del curato de La Candelaria y el obispado de Popayán, reacios por mucho tiempo a ratificar la declaratoria de parroquia que se cernía sobre la comunidad de Nuestra Señora de Belén.

A tono con la estampa virginal del primer Belén, y en consonancia con la devoción de sus moradores, se recita el mito más prestigioso del lugar: el del retablo de Nuestra Señora de Belén, traído de España a fines del siglo XVII y empotrado inicialmente en un templo de Santa Fe de Antioquia. La pintura fue trasladada posteriormente a un pequeño santuario, ubicado en el extremo occidental de la incipiente aldea de Belén; algunos documentos, con curiosa precisión, señalan que el hecho ocurrió en 1762. En el cuadro, la Virgen carga al niño sobre su muslo derecho, mientras el divino infante estira un brazo con el gesto de quien está urgido por mamar el seno, en tanto que San José, acomodado a las espaldas de su mujer, alarga una mano con ademán de sorpresa o, quizá, reprobación. De acuerdo con la leyenda, una crecida de la quebrada La Picacha echó por tierra la capilla original y se llevó consigo el cuadro, el cual fue encontrado en un matorral de la orilla de la quebrada por un grupo de lavanderas que venía, con sus canastos de ropa, desde los caseríos que había hacia el norte. La sagrada aventura sirvió para que el pueblo belenita donara sus joyas para adornar a la Virgen –“Nuestra Señora de las Aguas”, a decir de algunos– y engrosar, de paso, las arcas de la parroquia. La filigrana incrustada sobre los ropajes de óleo despertó varias veces la codicia del vecindario y la



ciudad: el cuadro tuvo que ser escondido durante una guerra intestina en 1879, y décadas después apareció colgado en un altar particular. De allí fue recuperado por el párroco de turno, en 1962, dos años antes de que Paulo VI decretara, desde Roma, la coronación canónica de la imagen. El problema fue que las dos coronas de lámina que fueron puestas sobre las testas de Jesús y su madre acabaron perturbando a marchantes de la peor estofa, de modo que el lienzo fue robado la madrugada del domingo 9 de noviembre de 2014, en el bicentenario de la erección parroquial. Un monaguillo declaró a la policía que solo escuchó “ruidos extraños” entre las naves sombrías.

Las vicisitudes del cuadro sagrado poco hablan, sin embargo, de la tranquilidad arcadiana que por espacio de casi dos siglos caracterizó la vida en Belén. Hasta la segunda mitad del siglo XX fue poco menos que un remanso en medio del campo. En la famosa descripción de la vista desde el Cucaracho, incrustada en las páginas postreras de *Frutos de mi tierra* (1896), Tomás Carrasquilla se refiere a los alrededores del cerro Nutibara –por entonces morro de los Cadavides– como un liso fondo de lago, “muy a la suiza”. Una rústica carretera que arrancaba desde el puente de Guayaquil –levantado en 1864– cruzaba por aquel largo vergel hasta la plaza principal de Belén, pasaba por las villas campestres de Altavista y remontaba los montes hasta llegar a Heliconia y Ebéjico. Una de las casas campestres de Altavista, muy famosa hacia 1900, aparece en las memorias del comerciante Ricardo



Olano. La mayor parte de los campos lucían sembrados de caña de azúcar y árboles frutales o eran dedicados a la ganadería lechera, aunque industrias como la de los tejares ocupaba no pocas instalaciones, sobre todo hacia las estribaciones de Altavista. También había gente dedicada a lavar ropa, hacer morcilla y tejer sombreros de hojas de caña que cambiaban por marranos cebados en las fincas de Ebéjico. Los mapas de los años cuarenta que muestran la ciudad urbanizada dejan ver la pequeña mancha de Belén como un satélite del gran planeta céntrico. Un viejo maestro de artes plásticas, con quien solía conversar en mis remotas tardes universitarias, se refería de esta manera a esos años: “Belén era prácticamente una vereda, porque comprendía el parquecito y unas cuantas cuadras alrededor del parque; tal vez las dos o tres primeras cuadras a su alrededor estaban construidas. Había mucho lote, se veían muchas casas de tipo campestre”. Los inventarios botánicos hablan de carboneros, guayabos, pomos y mangos.

Con todo, es perceptible una pizca de romanticismo en esa estampa bucólica. Al comenzar el siglo XX, Belén ya no era una vereda sino un corregimiento importante en el valle. El templo central ya era un edificio sólido, al lado del cual se levantaba un inmenso caserón que servía de escuela en doble jornada y con doble nombre: se llamaba Antonio Nariño para los niños y Policarpa para las niñas, aunque a partir de 1959 optó por una bella solución y se llamó, definitivamente, Rosalía Suárez. Más arriba, hacia los márgenes de La Picacha, había una posada para los arrieros que llegaban desde los pueblos del otro lado de las montañas occidentales. Frente a la iglesia había otra manzana de casas, y en la mitad una explanada forrada en césped y sombreada por grandes árboles, uno de ellos paredón de Eleuterio Ospina, uno de los últimos reos fusilados en Medellín hacia la primera década del siglo XX. El poblado tenía un cementerio propio al otro lado de La Picacha, habida cuenta de la mucha demanda que para entonces debían soportar los camposantos de San Benito, San Lorenzo y San Pedro, y al parecer se construyó en reemplazo de una rudimentaria fosa improvisada desde tiempos coloniales en lo que hoy es el cruce de la quebrada Altavista y la carrera 76. En las páginas de la historia eclesial de Medellín se lee que un cura de la época del florecimiento del barrio, preocupado porque su feligresía corría a enterrar los difuntos en los cementerios que fueron abriéndose en Medellín en el siglo XX, alegó desde el púlpito que el de Belén era el de “mejor clima” y que allí “jamás se aburrían los muertos”.

El hecho trascendental que cambió la vida en el rincón suroccidental de Medellín fue la extensión del tranvía urbano. Una de sus rutas entró en operación en 1926 y conectó el centro de la ciudad con la plaza principal de Belén. Después de pasar el río por el puente de Guayaquil, el coche se recostaba contra el cerro Nutibara y subía por la larga calle de Céspedes –hoy 30A–, dedicada a Juan María, el clérigo y botánico tuleño que, al igual que José Manuel Restrepo, había colaborado en las

empresas científicas del Sabio Caldas y que, según se cuenta, estuvo en Belén como párroco y fue autor espiritual del frontispicio del templo. La facilidad del transporte empujó el desarrollo urbano de Belén: al suroriente de la plaza principal creció Belén Granada, cuyas amplias casonas fueron promovidas en 1928 en las páginas de *El Colombiano*, de modo que por ese flanco el área construida acabó asomándose al campo de aviación, inaugurado en 1931. Se sabe que en 1938 el tranvía transportaba diariamente casi dos mil personas por esa ruta, adornada con casonas de ventanales en madera y árboles largos sembrados a la vera de los extensos campos que se abrían a lado y lado de la carretera. Algunos de esos viajeros no eran habitantes sino comerciantes, e incluso habría quienes tenían como destino las butacas del Teatro Mariscal, levantado a una cuadra del parque de Belén.

Como ocurrió en todo Medellín hacia 1950, el imán económico de la ciudad y la violencia partidista empujaron verdaderos ríos humanos sobre las calles de Belén, a la sazón un barrio más de la capital de Antioquia. Las gentes que llegaron allí pertenecían, sobre todo, a familias del Suroeste antioqueño, provenientes de municipios como Támesis, Andes y Titiribí. Para entonces la agricultura ya había rendido sus frutos, de modo que lo que antes fueron campos sembrados se trocó en mangas. Como tal eran reconocidas las de don Fidel, ubicadas frente al aeropuerto Enrique Olaya Herrera, y en las que cierto espíritu boscoso llamaba a las aventuras más arriesgadas de los niños en edad de exploración, ansiosos de toparse con los endriagos que les sugería la imaginación empavorecida de sus mayores; asimismo, se hablaba de la gran finca de los Bernal, hacia el lado de Altavista, en la que se decía que alumbraban fuegos fatuos durante las noches más claras. Sin embargo, dichas apariciones no deben entenderse como otra cosa que manifestaciones de la conciencia colectiva ante la drástica y medrosa transformación que agitaba al barrio desde la mitad del siglo; una en que las mangas acabaron convertidas en lotes, algunos ocupados por grandes plantas industriales –las bodegas de Almacenes Ley, por ejemplo– y otros por amplios complejos residenciales como La Palma, Nueva Villa del Aburrá, Plaza Florida, Caza Diana y Tierralta, que se levantaron entre finales de los sesenta y el primer lustro de los ochenta. Todavía hay quien recuerde que el célebre complejo Nueva Villa del Aburrá acomodó sus bases sobre un descampado regado por La Picacha, en el que los jóvenes de Belén y Santa Gema solían jugar torneos de voleibol.

Los últimos estertores del Belén pueblerino –del Belén que llegó a ser aldea de labriegos– datan del quiebre de la octava y novena década del siglo XX. De ahí que haya sido en ese momento cuando el barrio ofreció sus estampas más pintorescas, de lo puro heterogéneas y contradictorias. Fue el primer Belén que conocí, al cual llegué con mis padres y mis dos hermanos en 1976. Por ese entonces mi padre estudiaba en uno de los programas nocturnos de la Universidad de





Medellín, sembrada desde 1961 en Los Alpes, en predios que antes fueron de un cultivador de caña de azúcar, en el remate de la calle 30 (llamada, precisamente, Avenida Universidad de Medellín). Ya en la primera mitad del siglo, esa amplia calle había relegado a la vieja calle de Céspedes para convertirse en la vía expedita desde el Centro y en la arteria principal del barrio. Atrás habían quedado los tiempos en que había solo cuatro calles entre las casas. En mis días, los otros bulevares de importancia –todavía hoy lo son– eran las carreras 70 y 76 y la Avenida 80, dispuestas perpendicularmente respecto de la 30. La 76 era la única que ofrecía de modo decidido una vocación comercial, con sus bares, tiendas y prenderías, toda vez que desembocaba en la plaza principal y atravesaba el barrio de parte a parte, conectándolo por el norte con uno de los parques centrales de Laureles. Las demás calles mantuvieron su vocación residencial hasta épocas relativamente tardías. Además, la longa extensión de algunas de ellas es cosa de las últimas décadas. La 80, por ejemplo, fue una avenida trunca hasta finales de los años setenta. En 1969, la carrera no llegaba más allá de la quebrada Altavista, que era donde estaban las últimas casas de La Palma; de hecho, los vecinos de la época denunciaron la violación de una niña en un “bosque” que se alzaba junto a la misma glorieta de la 80 y la 30. Diez años más tarde, la avenida continuaba hacia el sur hasta cruzarse con la 76, y a partir de ahí había una manga cenagosa cruzada por caminos de tierra; solo cuando apuntaba la novena década del siglo surgió la vía asfaltada que unió los extremos meridionales de la 70 y la 76. Buena parte de ese carácter montaraz queda vivo, todavía, en el verdor y frondosidad de la larga recta sobre la que se acomodan La Mota, Kalamarí y la Clínica Las Américas.

Mis padres se instalaron en una casa de La Palma, en la ya clásica urbanización de casas blancas con doble piso y antejardín para los cotilleos vecinales, levantada con el capital del Banco Central Hipotecario en varias etapas, entre 1966 y 1974, todas dispuestas entre la calle 30A y la quebrada Altavista y las carreras 82 y 79. Parado sobre la acera que pasaba frente a mi casa, en la calle 29, yo podía ver, a mis cinco años, el Belén heterogéneo de entonces: trescientos metros más abajo, al otro lado de un inmenso lote vacío, se levantaba la mole de Almacenes Ley, y a su derecha –donde hoy está el Mall de la 76–, a medias eclipsado por el pabellón de la plaza de mercado y las altas espaldas del centro de salud municipal, se distinguía el rectángulo de una finca lechera. Muchas veces vi a un hombre internarse por el inmenso potrero con las tinajas metálicas de la leche a cuestas. De la misma manera, recuerdo una casa añosa y de catadura rural que hacía las veces de tienda en una de las esquinas de la 30A con la 80, por completo desentendida de las nubes de cemento seco que se levantaban solo un par de cuadras hacia el norte, desde los cimientos y los muros en construcción de la inmensa Nueva Villa del Aburrá.

Mis paseos por Belén iniciaron con la época colegial. Mi hermano y yo estudiábamos en el Instituto San Carlos, en la calle 19 con la carrera 80, y llegábamos hasta sus puertas después de atravesar los lotes vacíos que, desde la esquina suroriental de La Palma, llevaban hasta la quebrada Altavista; pasábamos el puente, caíamos sobre la resurgida carrera 79A y recorríamos, por El Chispero, los 300 metros en recta que nos tiraban a la 80, muy cerca ya del colegio, oculto tras la curva que hace la avenida a la altura de lo que era el ancianato, hoy convertido en clínica blanca y burocrática. Además del rutinario paseo, las visitas a las casas de los compañeros de clase nos permitían ampliar el horizonte hacia todos los puntos de la brújula. Yo solía internarme por las arboladas calles de La Nubia, buscaba direcciones entre las carpinterías de San Bernardo, me sorprendía extraviado entre los callejones de Sucre y me extasiaba aturdiéndome con el ruido infernal del aeropuerto, en Las Playas. Pero no solo veía arrabales animados o pujanza arquitectónica: también chocaba con locos desnudos en mangas abandonadas, esquivaba ladronzuelos extenuados en las periferias de los barrios más acomodados y divisaba marihuaneros acampando en las orillas más boscosas de las quebradas, todo ello señal inequívoca de que el Belén que me había correspondido era ya, sin que cupiera ninguna duda, un trozo representativo de una metrópoli real. En otras palabras, me empapaba de mundo por esas calles, pero mi madre, cuando regresaba de mis azarosas correrías, apenas levantaba sus ojos de la costura para preguntarme con más cariño que curiosidad: “Mijo, ¿por dónde estuviste?”.

A principios de los años noventa, con el quiebre de la industria nacional propiciado por la apertura económica del gobierno de César Gaviria Trujillo, Belén se preparó para instalarse en la lógica de crecimiento urbanístico y comercial en la que todavía hoy está sumido. Basta con señalar –con la seguridad de que se trata del ejemplo por antonomasia– que los predios de la fábrica de paños Vicuña terminaron convertidos en bloques de apartamentos en la parte occidental, y en el centro comercial Los Molinos en la oriental. Los paseos que suben y bajan a la vera de las quebradas Altavista y La Picacha se aguzaron de edificios, y muchas de las casonas fundacionales que había sobre la vieja carrera 78 dieron paso a espigadas torres. Ahora mismo, las que hace cincuenta o cuarenta años eran casas de modernas urbanizaciones se están yendo al piso para dar paso a edificios con apartamentos de 45 metros cuadrados. No extraña que, en la segunda década del siglo XXI, las especulaciones sobre la población de Belén estén entre los 170.000 y los 300.000 habitantes. Tampoco es menos significativo el dato de que durante los últimos tres lustros del siglo XX se han edificado 45 conjuntos residenciales. Los urbanizadores descubrieron que las casi mil hectáreas del barrio reunían más atributos que cualquier otro sector de la ciudad: ubicación geográfica, disponibilidad de terrenos, suelos aptos, rutas de acceso y buena oferta educativa, recreativa



y comercial. No es casual que sea en Belén donde se alza –en la falda herbosa que delimita a la Nueva Villa del Aburrá por el norte– el *Monumento a los obreros de la construcción*.

El viejo pesebre del siglo XVIII ya es una ilusión. Sus avenidas son un largo mostrador de oferta comercial estandarizada, casi del todo desligada del comercio artesanal que hasta los años ochenta florecía al interior de los sub-barrios y se volcaba con mesura sobre las calles principales. Los casinos exprés acabaron copando los locales de los bares históricos –como Noches de Belén o El Jinete–, y las casas adaptadas para templos protestantes dominan donde antes se vendían empanadas o arepas de chόcolo, o donde simplemente se congregaban las familias en torno de su almuerzo o el televisor. Ahora se vive, con

explícito maniqueísmo, entre la dicotomía de la unidad residencial y la interminable galería de avisos y cajas registradoras que se desparra ma sobre todas las calles. Es como si se estuviera en el centro mismo de Medellín, sin necesidad de aventurarse hasta las lejanas cuadras gobernadas por la Catedral Metropolitana y la iglesia de La Candelaria, hoy entregadas a más sórdidas rutinas. Esa ilusión se refuerza cada vez que el Metroplús, amo y señor de la 30, baja o sube por la vía con arrogante suavidad; parece que por allí nunca hubieran corrido los buses multicolores de Belén Terminal y Belén Parque o los vagones ruidosos del tranvía, y mucho menos puede creerse que un retablo de la Virgen hubiera viajado aguas abajo, a un tiro de piedra de los torniquetes de la estación principal. ♦



Vengo de La Villa

Por Jorge Iván Agudelo

¿Nos lleva por favor en mil hasta La Villa por la de atrás?

Y así, rapidito, sin más, se treparon al bus.

Qué tan perezosos, pensé mientras los dos muchachos, riéndose, tomaban vino de una botella plástica. Entre la calle San Juan con la carrera 80 y La Villa habrá si acaso unas doce cuadras, ¿pero a mí por qué tiene que importarme si “la juventud nació cansada” como rezonga tanto viejo? Envidia, tal vez, de saberlos dueños de su viernes, sentados en la última banca como unos príncipes después de haber pagado solo un cuarto del pasaje.

La famosa Villa, no esta ciudad que ha tenido su fama y que todavía algunos llaman “la bella villa”. Para mí y seguro para estos dos, La Villa es una plazoleta rodeada de apartamentos, oficinas, licoreras, locales comerciales, y claro, también ese pedacito de montaña adonde subíamos a contar carros (45 azules, 30 rojos, los amarillos no valen) y a probar la marihuana.

Este es el lado que más conozco de la ciudad que me tocó en suerte, y así camine como un autómatas que se deja llevar por la inercia del paso, me doy cuenta si cierran una tienda, cambian un poste de lugar o los buses se desvían un poco de su ruta. Ahí por ejemplo, a mano derecha, si adelantamos de sur a norte, queda El Viñal; la música tropical suena con ganas, y parejas y grupos de amigos conversan, beben, libres al fin de los mandatos de la semana. Antes, esa terracita improvisada donde se apiñan las mesas no existía, y yo me sentaba en el quicio de la puerta de lo que era otro viñal a tomar cerveza con dos o tres amigos de la primera juventud.

—No hacés sino estorbar con esta chatarra pa si mucho mover diez cristianos —le dice al busero un tipo a manera de saludo y se trepa antes de que el semáforo cambie a verde.

El conductor se defiende; levanta su queja contra el transporte pirata, habla de los taxis y de esas motos que no dejan trabajar, pero al fin mira a su amigo y, señalando el crucifijo de la cabina, da gracias a Dios porque hay salud y coloca.

Diez pasajeros. Si el hombre los hubiera contado no hubiera sido tan exacto. Yo sí los conté, somos diez; sin embargo, si tenemos presente la disposición y el ánimo de los dos de atrás, ocho valemos poco o nada: tres mujeres, cuatro hombres, por las trazas empleados cansados que vuelven a casa, y yo, que después de darle vueltas al fin decidí, sin mucho convencimiento, ir a comerme el primer pavo de mi vida a la casa de una pareja amiga.

*A la memoria de mi alumno
y amigo José Daniel Iopera*

—Le marco, pero usted la invita —le dice un muchacho al otro y todos oímos. La mujer de la banca contigua a la mía voltea la nuca para verlos hacer maromas con el celular; me sonrío cómplice, yo le devuelvo la sonrisa, aceptando con ella que son jóvenes y todo les luce.

El bus para bajo el puente peatonal y los de La Villa nos bajamos. Desde el andén veo a los dos amigos esquivar carros y ganar la otra acera, siento el impulso de hacer lo mismo y cruzar bajo mi propio riesgo, pero volteo para buscar el puente. Un grupo de gente forma una medialuna mal hecha frente al ventorrillo de perros. Salen esos barcos coloridos y siento el olor de la tocineta frita. ¿Al fin sí se decidirían a llamar a la muchacha? Seguro ya saben hacia dónde va a tirar su noche y están comprando más vino para celebrar su suerte o para olvidarse de ella.

El pequeño anfiteatro de cemento, con su escenario enclavado en la montaña, ya es manga corriente y grupos de jóvenes se reparten el lugar. ¿Cuántas volquetadas de tierra le habrán echado para taparlo? Quedan unas barandas y una estructura de concreto coronada con un grafiti de letras grandes y redondas: Comunidad Cannábica Colombiana. Como si los oficiosos artistas hubieran querido recordarles a los moradores de los apartamentos vecinos que los marihuaneros son legión y están unidos. En pleno conciliábulo, custodios del secreto, nuevos “gángsters de corazón tierno” pisan la tumba del escenario de viejos conciertos de rock.

Un rapero que sostiene una grabadora apagada se queda mirándome. Me doy cuenta de que he estado dando vueltas sobre mi propio eje, que olvidé la rampa que lleva al puente, que desentono perdido en medio del humo y la fiesta de otros.

“Los grandes bulevares de Orán se van invadiendo a última hora de la tarde por un ejército de simpáticos adolescentes que hacen los mayores esfuerzos por parecer malos. Las jóvenes oranesas, que se sienten desde siempre prometidas a estos gángsters de corazón tierno, exhiben también el maquillaje...”. Paladeo la letanía, hago esfuerzos por recordar cómo continúa la frase de *El verano*, ese librito de Camus que me regalaron cuando apenas empezaba a salir de la adolescencia, la repito mientras hago sonar las latas del puente





y pienso que la juventud es igual y distinta en todas partes, una verdad de a puño. “Los grandes bulevares de Orán...”, ya no sé cómo sigue, se refería a esas jovencitas como a las “Marlenes” y el sol se podía leer en esas páginas. Hasta ahí llego, pero no importa, ahora es de noche y ya estoy del otro lado, en plena plazoleta.

No deben ser ni las ocho y esto está repleto. Se me olvidaba que por estos lares la fiesta empieza temprano y siempre acaba a las once, cuando los celadores pasan entre la gente, muy comedidos, para advertir que la noche en La Villa se terminó, que pueden, eso sí, entrarse a uno de los bares y seguir en lo suyo. Pero como se trata de gente muy joven, casi todos sin cédula y con la plata justa para pagar el pasaje, no hay opción de quedarse y los grupos se dispersan buscando muritos aledaños dónde terminar la botella o simplemente dan por finalizada la faena y vuelven a sus casas.

Embelesado con el gentío, me arrimo sin mirar a la licorera de la esquina; ni la reja ni las botellas, aquí ya queda Paisanas, arepas rellenas. Deja uno de pasar unos días y le cambian el escenario. ¿Pero si se acabó Marcelino Pizza y Vino, que también quedaba aquí y era el lugar de celebración de las buenas calificaciones y de los cumpleaños de la infancia, me va a molestar que ahora en este local vendan arepas gigantes en vez de licor? Además, trago se consigue en todas partes y yo solo busco una Bretaña grande para mí y una botella de vino para no llegar con las manos vacías a la casa de mis amigos.

Bordeando la plazoleta se llega a 11 Eleven Licorera, y, si hay tiempo y la fila no agobia, uno se entretiene viendo desfilar muchachitas desde la nevera de las cervezas hasta la caja registradora. Estoy de suerte y me atienden rápido. Salgo con mis compras y empiezo a caminar hacia el apartamento de María Fernanda y Camilo. Ojalá todos los académicos que van a celebrar el grado de doctorado de mi amiga tengan un sábado ocupado y no se pasen del vino o de la cerveza a los destilados, en fin, y si así es y me pica la lengua, pues no importa, llevo la resolución de seguir sobrio bien amparada por una soda litro y cuarto.

Todavía no salgo del costado oriental de la plazoleta hacia los bloques que colindan con el barrio Miravalle, pero está muy temprano, si me les aparezco ya voy a ser el primero, entonces doy media vuelta en Barrocco y busco un pedacito de escala en la gran herradura.

“Pensar que hace unos años esto era un potrero y verlo ahora...”. Recuerdo que así hablaba mi abuelo por allá a finales de los ochenta, cuando La Villa todavía estaba nueva y yo reteñía la plazoleta con mi primera cicla. No sé si feliz o aterrado con una ciudad que cambiaba antes de que él pudiera conocerla, siempre hablaba de lo que aparecía como si constatarlo le sirviera de norte para no perderse. ¿Qué diría si viera estos desfiles? En los noventa para mí era fácil identificar los gustos musicales de otros jóvenes por su ropa y sus adornos: los de la cresta, botas altas y pantalones ceñidos y reman-gados; los de negro con el pelo hasta la espalda; y esa inmensa tropa



que se identificaba por las franelas coloridas, los viejos sacos de lana y su veneración por Kurt Cobain, ese muchacho de Seattle que parecía haber inventado la tristeza para nosotros. Ahora, sentado aquí con el mismo discutible derecho de esa pareja de abuelos jóvenes que beben cerveza tranquilos mientras su nieta juega con un San Bernardo que le aguanta todos los oprobios, solo veo a muchachos desprevenidos conversando en pequeños grupos, paseándose, mirando y dejándose mirar, alentando a sorbos sus primeras borracheras. ¿A cuántos les irán a enredar la vida estos inocentes festejos? Me prohíbo la pregunta, es menester olvidar el futuro y disfrutar de la noche, así sea de manera vicaria, como simple espectador de la fiesta de otros.

Ya es la segunda vez que los veo pasar, dan tumbos con su amigo a cuestras, y a la tremenda borrachera que lleva el pobre le suman el martirio del paseo y el escarnio.

—Esperen, esperen, por qué no lo sientan —les digo mientras me paro y les señalo la escala al lado de la columna.

—Es que no puede llegar así a la casa —me contesta uno de los muchachos entre prendido y aterrado.

Ya van a seguir con el viacrucis, pero yo, solidario con el gremio, insisto:

—En una de esas se les cae y además de borracho llega aporriao.

Al fin lo descargan y me miran como preguntando: ¿Y ahora qué hacemos?

—Andá traete un tinto —le digo al que parece más despierto.

Me quedo con el otro cuidando al borrachito, viéndolo dormir con una sonrisa beatífica, imperturbable.

—¿Y qué tomaron pues?

—Nada, vino, pero este güevón nos llevaba ventaja y además no sabe beber —y con la suficiencia del experto se para en un solo pie, hace el cuatro y recalca:

—Vea, yo estoy como nuevo.

—No hagás bobadas y vení acomodemos bien a este.

Lo recostamos mejor a la columna y algo nos dice en el lenguaje de los borrachos dormidos mientras da manotazos al aire. En esas llega el tinto doble; el mensajero, sin mediar palabra, se acuclilla al frente de su amigo y empieza a zarandearlo.

—Despertate marica pa que te tomés esto —le dice entre sacudida y sacudida, pero el hombre, como si no fuera con él, murmura sus incoherencias y se reacomoda.

—Dejalo, dejalo, mejor le mojamus la cara —digo yo, que ya soy algo más que un metido, y busco la soda. No la he terminado de sacar de la bolsa y veo cómo les brillan los ojos y me celebran.

—Eso, echémole eso encima —propone feliz el que dice estar como nuevo y se adelanta para coger la botella.

—No, no, préstame mejor ese buzo.

—Y mi buzo por qué...





—Prestáselo —tercia el otro y al fin me lo entregan. Destapo la soda, mojo bien una de las mangas del buzo, me agacho y empiezo a empaparle la cara al borracho; en esas estoy cuando desde atrás le cae en la cabeza un chorro largo de Breña helada. No sé si aplaudirlos y reírme con ellos mientras el convaleciente hace pucheros de ahogado y abre unos ojos inmensos.

—Bueno, por lo menos que se tome el tintico —le digo al occurrente al tiempo que le entrego el buzo y recupero un cuarto de mi soda.

—Cucho, muchas gracias, ¿sí quedó algo o le compramos otra botella?

—No, no te preocupés, así está bien —y me despido dándole la mano a cada uno, hasta al borracho, que se lleva el vaso desechable a la boca sin saber muy bien qué está tomando ni qué pitos toco yo ahí parado deseándole suerte con el guayabo.

Después de jugar al buen samaritano como mínimo me merezco un pavo. Ahora pienso que hice bien en venir, la noche de La Villa no envejece, se renueva y nos recibe. Ya son varias las generaciones de adolescentes que han andado por aquí. Algunos, me cuento entre ellos, volvemos de vez en vez a pasar revista, a encontrar en estas escalas

corrillos que no nos reclaman pero nos regalan su desparpajo, su antojo por todo lo que dispensa un viernes y su noche.

Salgo de la plazoleta y mientras me anuncio con el portero del edificio me acuerdo de una celebración parecida, la última a la que fui. Llegué tarde, pasadas las once, y después de saludar a mi amigo, el dueño de la casa y de la fiesta, fui por un trago y me arrimé a uno de los grupitos. Una muchacha, hasta bonita ella, me preguntó de dónde venía; yo, que había estado bebiendo media tarde, le contesté con toda la inocencia que de la casa, me imagino que para recalcarle que esa no era la última parada después de varios bares. Sin embargo, por el tiempo que había estado ahí parado escuchándolos, debía saber que ella no me preguntaba por un lugar físico sino por uno más extraño, el nicho de la profesión; algo así como venir de las artes plásticas, de las matemáticas, de la antropología. Lo cierto del caso es que la chica no estaba para respuestas literales, o, como lo dijo después poniéndole la queja a mi amigo, para chistecitos destemplados.

El portero me da entrada y mientras subo los cuatro pisos pienso que es una lástima que escenas como esa no se repitan; hoy no voy a tener chance de responder haciéndome el despistado: vengo de La Villa de tomarme una garrafa de Tres Pachangas. ♦





El misterio doloroso de la Loma de los Bernal

Por Ana Cristina Restrepo Jiménez

Para Ana María Henao Bernal

“**Vamos** a ver la luz”, susurró Ana.

Nos paramos de la cama, llevamos las botas Machita en la mano para no hacer ruido y salimos por la puerta trasera. Cruzamos las mangas de Linares, la casa finca, y las de la tía Luz Estela, hasta llegar al caserón de la abuela Blanca.

Al filo de la media noche, dos niñas de once años tiritábamos bajo el cielo encapotado, arrulladas por el canto de las chicharras o sobresaltadas con los ladridos frenéticos de los perros y el aleteo furtivo de uno que otro cocuyo.

Que salga la luz, que salga la luz...

Octubre de 2014. La mañana en que iban a operar a Ana María Henao Bernal, mi amiga de infancia, llegué a su apartamento para ayudarla a empacar la maleta que llevaría a la clínica. Traté de calmar su ansiedad con historias de nuestra niñez en el espacio verde, infinito, que algún día fue la Loma de los Bernal.

—Ana, ¿te acordás de la luz?

—¿Luz? ¿Cuál luz?

—Acordate, cuando pegábamos la oreja en la pared esperando a que tus papás dejaran de hacer ruido en el cuarto; cuando oíamos esa voz nasal de Inravisión en el televisor: “Cierre y fin de la emisión”. Salíamos voladas a buscar la luz.

—¡Ah!, esa luz.

Ana levantó las cejas.

—Esperá, ya vuelvo.



Regresó con un libro grueso, de pasta roja y letras doradas, forrado con un plástico amarillento. El título en el lomo: *La Colina*.

—Esto lo escribió el abuelo Pablo. Jamás lo publicó, ni siquiera sé si alguien lo ha leído completo. Lo que cuenta este libro le costó todo al abuelito: sus amigos, su vida política, casi la excomunión. Quedate con él, después se lo das a la niña.

Yo me apresuré a fotocopiar el libro: 241 páginas escritas a máquina, con breves enmiendas, sin imágenes. Al día siguiente, mientras su cuerpo se recuperaba de la mutilación redentora, regresé el original a su apartamento.

La Colina es un testimonio escrito con estilo notarial. Más de treinta voces reconstruyen el misterio que cambió para siempre la historia de la Loma de los Bernal.



Ubicada al suroccidente de Medellín, la Loma de los Bernal es uno de los veintidós barrios de la Comuna 16, Belén, y se conoce como “El Poblado” porque es parecida a El Poblado pero sin los calores del poniente.

En la década del veinte Belén fue integrado como corregimiento del área urbana de Medellín. A partir de los años treinta experimentó transformaciones cruciales con la construcción del aeropuerto Olaya Herrera, la pavimentación de su carretera, el surgimiento de nuevos barrios y la rectificación del río. En 1938 se convirtió en barrio. Entonces, los paseos de olla y las barras de niños que robaban frutas de los árboles eran cuadros habituales alrededor de la Loma de los Bernal. Así permaneció hasta el auge de la construcción en los años ochenta.

Antes de adoptar el nombre de la familia que la habitó durante casi setenta años, la Loma de los Bernal fue popular por sus guacas indígenas. “Cada vez que metíamos la pala para sembrar un árbol, salía una ollita de barro”, recuerdan las hermanas Bernal Londoño. Hay quienes cuentan que allí funcionó un hospital durante la Guerra de los Mil Días, y que de los huesos sepultados en sus predios emanaban fluorescencias en la noche. Otros rumoraban que el resplandor brotaba de la espada enterrada por un militar, un tal Don Fermín.



El primer Bernal que llegó de España se asentó en el oriente antioqueño. El Sargento Mayor Don Juan Martín Bernal, procedente de Calañas (Huelva), fue uno de los “vecinos de primera clase” del valle de Rionegro y de Llanogrande, apto “por sus cualidades y caudales” para obtener los oficios concejales de la República.

La historia de la Loma de los Bernal comenzó en 1919, cuando Bernardo Bernal Bravo le compró 113 cuadras a su suegro, Marcos Restrepo. El propietario original de los terrenos era Ángel Gaviria, a su vez suegro de Restrepo, bisabuelo materno de los Bernal Restrepo.

El nuevo terrateniente pagó trece mil pesos por los predios, cuyos linderos eran –si fueran demarcados hoy–: al sur, el barrio El Rincón; al norte, el colegio Padre Manyanet; al oriente, el colegio La Inmaculada, la 76 y La Mota; y al occidente, Los Cuartas y La Montañita (cerro de Las Tres Cruces).

Bernardo, oriundo de La Ceja, se dedicaba al café y a la ganadería en sus haciendas en El Líbano y Titiribí. Se casó con Julia Restrepo Gaviria, ‘Vivita’, una dama de Medellín, con quien tuvo diez hijos: Julia, Pablo, Martín, Ángela de Jesús, Elena, Margot, José, Javier, Luis e Inés.

La Esmeralda fue la primera finca de recreo construida en la loma por los Bernal. Era una casa de estilo colonial, de tapia y bahareque, con ventanas de madera y dos puertas de acceso en la fachada. El corredor frontal remataba en una torre lateral con un apartamento independiente cuyo balcón miraba las montañas azulosas del oriente. En su interior, la casa tenía un salón inmenso y cinco habitaciones que rodeaban la fuente del patio, decorado con bifloras; solo contaba con un baño. La biblioteca, llena de libros de ingeniería, era casi propiedad exclusiva de Luis, ‘Mono’.

De los varones Bernal Restrepo, el único que no fue a la universidad fue Martín, y todas las mujeres obtuvieron el cartón de “Instrucción suficiente”. “El mío fue de instrucción suficientemente poquita”, dice entre carcajadas Margot, de 92 años, la menor de las Bernal Restrepo que sobreviven; la hermana Ángela de Jesús tiene 96 años y Elena 95.

Margot es la viuda de Gustavo Gómez Zuluaga, con quien tuvo ocho hijos. Su marido fue secuestrado y asesinado en octubre de 1976. Al cuarto día de cautiverio, sus captores llegaron con un rehén de once años, Hernán Alberto Prieto. Fue el segundo secuestro de un menor de edad registrado en Colombia. Según los archivos de la revista *Semana*, “en 24 horas dieron con su paradero y quince hombres del Comando Anti-Secuestro y Extorsión se dieron cita para liberarlo. El niño leía unos cómics cuando se abrió fuego entre hampones y autoridades. Un industrial, secuestrado con él, murió. Uno de los captores, a sangre fría, asesinó al niño de un balazo en la sien”.

Margot Bernal siempre fue la preferida de su papá. Aún después de casada, regresaba a La Esmeralda a acompañar a su padre. “Yo le daba cigarrillo y whisky, era la única que lo dejaba fumar”, dice.

Los Bernal Restrepo vivían en la calle Bolivia y a diario rezaban el rosario con los hijos. Vivita iba a misa a la Catedral Metropolitana, y Bernardo a La Candelaria.

A Vivita, matrona de la loma, su independencia la distinguía de otras mujeres de su época. Cuando su hijo Martín se divorció de Margarita Ángel y se casó por lo civil con Marta Uribe, dio muestras de su espíritu liberal. Él fue excomulgado y sus hijas expulsadas del colegio La Enseñanza. Vivita mantenía las camas listas para sus nietas rechazadas por la iglesia, pero otro de sus hijos, José, sacerdote jesuita, la cuestionó: “Mamá, usted no puede recibir aquí a las hijas de Martín”. Y ella contestó: “Josecito, tú mandarás en tu convento, yo en mi casa. Si tú no quieres venir, no vengas, pero mi hijo y mis nietas vendrán hasta que yo me muera”.

Por su tamaño y visitantes habituales, La Esmeralda requería muchos cuidados. ‘Papá Luis’ y ‘Mamá Sofía’ eran los mayordomos. Con ellos trabajaban Pedro Luis Estrada y su hijo Juancho; ‘Nina’ (cuarenta años al lado de Margot); Pía, la niñera de Inés; Sarita, la niñera de Margot (cincuenta años con la familia); Felicidad, la aplanchadora; Pastora y Rosa, las dueñas y señoras de la cocina; Ana Calle, quien refregaba los pisos; ‘Quico Largo’ y ‘Quico el otro’, los jardineros.

Las bifloras, las hortensias azules y las rosas rojas, amarillas y blancas ocupaban las horas de Vivita, mientras sus muchachos salían a cabalgar a pelo, jugaban bolas, trompos y croquet, chapuceaban en la piscina, o trepaban y correteaban entre los árboles de mangos, pomos, guayabas, zapotes, mandarinas, guamas y caimos.

La exuberancia de la loma nunca les fue indiferente a los Bernal. El padre José recorría las laderas con ojos de científico, desafiando las leyes de Mendel, explorando cruces, híbridos e injertos. Del injerto de una uchuva y una mora, pasó a engendrar la rosa Bernalia, con corola de diez pétalos, color rosa y centro blanco.

“Era muy muy complicado llegar a Altavista, como le decíamos a la finca; no había carretera. Cogíamos el tranvía en Bolivia hasta la Farmacia Caribe, en Belén, y de ahí media hora a pie hasta San Bernardo”, recuerda Margot.

Todo cambió con la compra de un Packard igual al del arzobispo, un carro inmenso con un florero al lado de la puerta. Bernardo nunca se atrevió a conducirlo, para eso contrató a un chofer, David Valencia. Pronto su hija, Julia, se convirtió en una de las primeras damas al volante en Medellín. La gente le gritaba en las calles: “¡Vea, pues, ahora dizque una mujer manejando carro!”.

El automóvil permitió a los Bernal ir todos los domingos a la finca. En una oportunidad la familia se mudó dos años a La Esmeralda, pero Inés y Margot se rebelaron: “¡Nos íbamos a quedar solteras, los novios no subían hasta por allá!”.

En navidad los niños fabricaban globos de papel y los echaban a volar después de rezar la novena; entre tanto, tiraban voladores, buscaplés y chorrillos comprados en la plaza de Belén. El seis de enero hacían marranadas para festejar el cumpleaños de Vivita, el único que se celebraba en casa. Con diez hijos, era difícil cumplir caprichos.

El padre de la primera generación Bernal de la loma decidió distribuir los terrenos entre sus hijos: “Hagan un plano y sortean los lotes”. La partición fue equitativa: los lotes planos tenían menor dimensión que los escarpados. El primero que se casó y construyó una casa fue Pablo; le siguieron Martín, ‘Mono’, Javier, Julia, Elena, Margot. Inés vendió el lote. José y Ángela de Jesús, ambos religiosos, tampoco habitaron sus tierras.

Bernardo Bernal Bravo murió de un infarto. En medio de una agonía de casi seis horas, le prometió a su esposa: “Monita, yo voy a volver por vos”. Vivita respondió: “¡Nooo, por mí no vengás, yo no me quiero morir!”. Y se fue a vivir a La Esmeralda.

El caserón fundador quedaba en la mitad del camino que conducía a las parcelas de los hijos Bernal Restrepo. La construcción de las nuevas casas exigió su demolición. No hubo despedidas. “Eso se cayó, y ¡pa'l suelo!”, recuerda Margot.



Pablo estudiaba Derecho en la Universidad de Antioquia cuando se enamoró de una jovencita irreverente. De niña, tan pronto llegaba del colegio La Enseñanza, Blanca Rosa Londoño se encaramaba a las tejas de su casa para jugar con Guillermo Zuluaga 'Montecristo' y sus hermanas.

Pablo Bernal Restrepo fue un ilustre personaje: nacido en 1913, estudió en La Presentación y en San Ignacio de Loyola, y fue diputado de la Asamblea Departamental, representante a la Cámara, fundador de la Federación Antioqueña de Ganaderos de Antioquia y de Manufacturas Metálicas Umco, además de abogado de la curia, miembro del Directorio Conservador de Antioquia y dos veces alcalde de Medellín. Aunque perteneció al Club Caza Diana y ocupó el tercer puesto en el campeonato mundial de tiro en 1954, mantenía sus armas guardadas. Jamás disparó fuera de un campo deportivo.

Pablo y Blanca Rosa se casaron en 1937. Los dos primeros años de matrimonio vivieron en la torre de La Esmeralda. El 4 de febrero de 1938, ya entrada la noche, el joven esposo interrumpió una tertulia entre su hermana y su esposa:

—Mija, camine pues pa'riba. Vámonos a dormir.

—Ni riesgos, tengo que oírle a Margot todas las historias.

A las 9:27 p.m., Margot le agarró con fuerza un brazo a Blanca y le dijo: "Oíste, ¿es que la historia está muy miedosa que estoy temblando?". Se sintió un estruendo: el techo de la torre se había desplomado sobre el lecho nupcial. Un sismo de siete puntos en la escala de Richter había azotado a Antioquia y al Eje Cafetero. Hubo diez muertos.

Entre 1939 y 1940 construyeron una casa en el lote que le correspondía a Pablo y la bautizaron La Colina. La pareja decidió que en la loma quedaría la finca de recreo, y en el barrio Prado, su residencia. En el corazón de la ciudad nacieron sus nueve hijos: Pablo Enrique, Blanca Cecilia, Juan Gonzalo, Ángela Rosa, Luz Estela, Marta Lucía, Olga Beatriz, Silvia María y Pedro Sergio.

El 9 de abril de 1948, Blanca recibió una llamada de Bogotá: "¡Mataron a Pablo!". El día de El Bogotazo su esposo asistía a una reunión conservadora en calidad de representante a la Cámara. "Mi mamá contaba que cogieron ese grupo de godos y lo escondieron toda la noche en un sótano", relata Marta Bernal Londoño.

En su primera alcaldía, los empleados de Empresas Públicas (por entonces a cargo del aseo municipal) se declararon en huelga. Bernal trajo gente de varios pueblos para reemplazar al personal cesante: barrió con todo el mundo, por eso lo llamaban 'Pablo Escoba'. En "Sangría", su columna en *El Colombiano*, Jaime Sanín Echeverri ('Sagredo') escribió: "Nos gustan en Antioquia los hombres así. Los que no se ajustan a moldes. Los que son capaces de cantarle (sic) la tabla a los ricos con más gusto que a los pobrecitos de mi Dios".

La familia temperaba todas las vacaciones en La Colina. Pablo bajaba a diario a la oficina. Además de la finca en Altavista, tenía otra en Puerto Berrío. Como buen paisa, le encontraba un sentido distinto al mundo cuando estaba en el campo, frente a su huerta con repollos, habichuelas, guineos, yucas, cebollas, tomates de árbol, y su arboleda tupida de guayabos, nísperos, madroños y grosellas.

Caminando por los potreros, entre caballos, marranos, conejos, pavos reales, patos y micos, las hermanas Bernal acompañaban al mayordomo en el ordeño; cada una llevaba su vasito de brandy con un tris de azúcar para mezclar con la postrema tibia. En las tardes, las mandaban a recoger bultos de boñiga para abonar el jardín; por cada carga les pagaban cinco centavos.

Los primos Bernal eran muy unidos, se visitaban a pie. La tía Julia y su marido, Mario Restrepo Uribe, hermano de monseñor, les prohibían a sus hijas usar *slack* y bañarse en "piscinas mixtas". Antes de que llegaran a La Colina, sonaba el teléfono:

—Pablo, van las de Julia: ¡Que no se bañen los hombres! —advertía Vivita.

Tan pronto llegaban las niñas, Pablo Enrique y Juan Gonzalo salían a clavarse en la piscina. Las primas salían despavoridas.

Hacían chocolatadas, y se escapaban por laderas y potreros hasta el Club El Rodeo. Cuando llovía muy fuerte, Juan Gonzalo tentaba a sus hermanas: "¿Nos vamos a mojar o qué?". Corrían ladera arriba sobre la tierra amarilla, se rodaban por el pantano y después trepaban a las copas de los guayabos para escurrir la ropa enlodada.

El remanso de los primos Bernal era la casa de Vivita, siempre los esperaba con helado de banano y naranja. Julia Restrepo, esa mujer libre y querendona, murió de cáncer gástrico en medio de una gran sospecha: su amado nieto Luis Fernando Uribe Bernal (hijo de su hija Inés) había sido asesinado junto con su novia, Gloria Piedrahíta, dos días antes de su boda. Nadie quiso angustiar a Vivita con la noticia de la tragedia, pero todos creen que siempre lo supo.



El misterio comenzó en la Cuaresma de 1957.

En marzo, Pablo Bernal le ofreció la finca de Altavista a la señora Inés Montoya, quien necesitaba aire fresco para recuperarse de tifo. Dos amigas, Ligia Álvarez y Raquel Lotero, cuidaban de ella. Pasados un par de días, las huéspedes llamaron al dueño de casa: "Doctor, aquí nos están espantando".

Inés aseguró haber visto una luz, justo al lado del lago de los gansos: "Se veía como las fuentes luminosas de Pereira. Un resplandor verde claro, delicado y hermoso, brotaba de la tierra. Las tres exclamamos al tiempo: '¡Miren!'. Inmediatamente, vimos una estrellita



pequeña y muy brillante que creció bastante, como una lámpara, iluminó todo el lago y casi toda la manga. Advierto: a la vista de todo esto yo no sentí miedo, sino una alegría y atracción y paz extraordinarias”.

El avistamiento duró diecisiete minutos.

Los habitantes de Belén se preguntaban por qué los Bernal hacían tantas fiestas, con qué tipo de pólvora alumbraban la loma a media noche. Manuel Antonio Calle, portero del Club El Rodeo, y varios vecinos de El Rincón habían divisado las luces nocturnas.

Después de cuatro días de llamadas, Pablo Bernal acudió al sitio, comprobó las palabras de sus invitadas y empezó a cavar con sus hijos mayores, Pablo Enrique y Juan Gonzalo, de diecinueve y dieciséis años. Parecían resurgir aquellos días remotos cuando el padre José Bernal recorría la loma buscando guacas con un detector de metales.

El domingo 7 de abril encontraron dos cadenas con crucifijos y unas piedras (marmajas) de color amarillo. En la mañana del jueves, después de cavar tres horas, Pablo Enrique sacó un cáliz, una patena y un balde de plata que tenía adheridas dos monedas de diez centavos de 1942.

Pablo rezaba el Acto de Consagración al Sagrado Corazón de Jesús y la última jaculatoria de la Novena de la confianza antes de emprender cada búsqueda. “Muéstrame, Jesús mío, dónde estás, que yo te sacaré”, repetía. El sábado, mientras Pablo Enrique y Juan Gonzalo escuchaban *Las Aventuras de Montecristo*, su padre extrajo un llavero y un relicario con seis hostias en perfecto estado de conservación.

Entonces llegó la Semana Santa. El lunes 15 de abril, mientras cavaba, Juan Gonzalo sufrió un desmayo después de sentir que lo

llamaban por su nombre. El dictamen del médico de la familia fue poco misterioso: “Este muchacho tiene lombrices”.

El Martes Santo sacaron de la tierra un copón con 435 hostias; el Miércoles Santo, uno con 395. Cuando abrían el vaso sagrado, las formas incorruptas desprendían un agradable olor a nardos. Era hora de contarle al mundo lo que estaba pasando. Los peregrinos no tardaron en llegar. La muchedumbre invadió la casa, los tejados y las arboledas. El Jueves Santo, Juan Gonzalo descubrió una custodia con una hostia, también en perfecto estado.

Los relatos del libro *La Colina* coinciden en algunos aspectos: la luz era móvil, “no encandilaba la vista”, observarla producía felicidad y, antes de desaparecer, solía convertirse en una especie de cruz griega.

Varios testigos declararon que la tierra no estaba recién removida, que era compacta, de “paredes secas”, “roja, dura”, para descartar la tesis de un posible montaje de las huéspedes. Un prestigioso guaquero de la época, Antonio Vélez Arango, visitó el lugar y constató la “sanidad del terreno”: nada lo había traspasado.

Sacerdotes como Germán Montoya, párroco de La Candelaria, Alberto Reyes, rector del colegio Fray Rafael de la Serna, Jesús María Velásquez y monseñor López Lleras fueron a verificar el hallazgo. No obstante, ninguno fue testigo directo en el momento de las extracciones.

El relicario con las hostias fue entregado al padre Montoya; ese domingo, los Bernal Londoño comulgaron con ellas. La custodia y los copones fueron a dar a la iglesia de San Benito.

Los relatos continuaron con episodios de sangrado en la frente y el costado de Raquel Lotero. Cuando corrió la voz, surgieron testigos



que afirmaban haberles vendido los objetos eucarísticos a las invitadas de La Colina. Otros aseguraban que la señora Lotero había usado sangre de buey e imitado las llagas de Cristo en sus costillas con “una presa de marrano”.

Pablo Bernal emprendió el proceso para oficializar y validar lo que consideraba un milagro. Nadie le creyó. Envío una conmovedora carta al Tribunal Eclesiástico con una relación detallada de su trayectoria como hombre público, en un intento desesperado por probar su lucidez.

El canónigo Francisco A. Duque, juez del caso La Colina, advirtió antes del inicio de la investigación que se trataba de “bobadas de una histórica”. En providencia dictada el 8 de septiembre de 1958, el Tribunal Eclesiástico de Medellín, bajo la orden de monseñor Tulio Botero Salazar, cerró toda investigación.

“La Curia de Medellín tomó la determinación de enviar una comunicación a *El Colombiano* en la cual solicitaban no volver a publicar nada que tuviera referencia (sic) a los acontecimientos de La Colina”. A Pablo Bernal Restrepo se le tildó de charlatán, embaucador, loco. Se rumoraba que había inventado la historia con fines políticos y económicos, para valorizar y urbanizar su tierra. “Los amigos personales, con infinitesimales excepciones se alejaron. Los sacerdotes que antes frecuentaban mi hogar y lo admiraban volvieron las espaldas. [...] No faltaban quienes notificaban telefónicamente a mi mujer que estábamos al borde de la excomunión”.

Una semana después del cierre del caso, el dueño de La Colina recibió del Tribunal Eclesiástico una cuenta de cobro por 469 pesos con 30 centavos, por concepto de “arancel de los juicios eclesiásticos”. “Muchos que predicán a Cristo, están practicando a Voltaire”, lamentó en una carta dirigida al padre Alfonso Uribe Jaramillo, quien jamás lo quiso atender. Dado el desinterés de la curia, Bernal pidió que le devolvieran los objetos. El día del hallazgo de la custodia, desapareció el resplandor.

Que salga la luz, que salga la luz...

En junio de 1958 volvió a alumbrar de noche... y de día. Varios jóvenes, en especial los más niños, compartieron una experiencia similar: “Sin temor a errar, han visto la historia del mundo y muy especialmente todo cuanto se relaciona con la vida y hechos de Nuestro Señor Jesucristo”. Entre 1959 y 1963 cuatro de las hijas de Pablo Bernal experimentaron diversas visiones que consignaron en cuadernos, con frases en lenguas desconocidas, símbolos y signos. “Según eminentes sacerdotes –dice en *La Colina*– en esa gama de símbolos cabalísticos hay todas clases: sinaíticos, griegos, romanos, fenicios, arameos, etc.”. Más de nueve mil páginas dan cuenta de esas apariciones. Una de las nietas Bernal las conserva.

El padre Rafael Gómez, actual director del archivo de la curia de Medellín, dice desconocer el caso. No obstante, afirma que no le extraña que el Tribunal Eclesiástico haya negado los hechos, pues enterrar las hostias, el objeto más sagrado para la iglesia católica, es un

procedimiento convencional del rito satánico. Si hubiera aceptado un milagro, la institución habría contribuido al aumento de la peregrinación, validando el propósito del supuesto ritual non sancto.

¿Milagro? ¿Rito satánico? ¿Locura mística? ¿Alucinación colectiva? ¿Poder especial de conexión con otras dimensiones? ¿Embrujo?

Los objetos sagrados regresaron a La Colina, donde sufrieron la forma más común de desaparición (para nada sobrenatural) de las cosas en Medellín: los ladrones se metieron a la casa de los Bernal Londoño.



Pablo Bernal dividió el terreno e hizo una rifa entre sus hijos, pero, a diferencia de su padre, impuso dos condiciones: no entregaría escrituras a quien no construyera, y nadie podría vender su predio mientras él estuviera vivo. Solo Ángela Rosa, Marta Lucía y Luz Estela construyeron sus casas en la Loma de los Bernal.

El abuelo Pablo murió en 1983. Poco después de quedar viuda, la abuela Blanca Rosa vendió la casa: fue la primera habitante de la loma que se atrevió a desprenderse. La Colina desapareció entre adioses y serenatas. En 1987 las hijas Bernal Londoño también emprendieron la retirada: la violencia ya asomaba por los alrededores de las fincas.

Ya no sería más la loma de la familia Bernal.



“Ya no existen los guayabos. ¡Qué guayabo!”, exclama Olga Beatriz Bernal Londoño, la cartógrafa con quien salgo a caminar por la loma para descifrar sus nuevos mapas. En lo que hoy son las calles cinco y siete se distribuían los terrenos de los Bernal Restrepo y sus descendientes. Muy pocos conservan sus viviendas originales en la loma: Álvaro Gómez Bernal (hijo de Margot), Adriana Gil Bernal (hija de Elena) y Rosita Gómez (tía de Álvaro). Helena Bernal vive en un apartamento que recibió como parte del pago por la tierra.

La casa finca de Álvaro y su esposa, Lilian Bridge, está sitiada por torres de ladrillo: “Nos tocó colonizar. No había agua, en invierno salía negra, y con eso tocaba bañar a los bebés”, dice ella mientras una patrulla pasa a sus espaldas. Desde la época de inseguridad que azotó al barrio en 2012, las calles de la Loma de los Bernal permanecen vigiladas por la policía.

“Me enloquecieron para que vendiera mi casa”, se lamenta Margot Bernal desde su balcón en El Poblado. Todos los días, a las 9 a.m., va a caminar a la Loma de los Bernal.

—¿Qué siente, doña Margot, cuando recorre el lugar?

—Cansancio. Yo no me quería venir, pero prefiero llorar por cosas valiosas.

El proceso de urbanización de la loma ha traído un crecimiento acelerado de la población: en el año 2005 tenía 7.156 habitantes, y para 2013 ya eran 19.480.

Caminamos entre eucaliptos, pinos, balazos, san joaquines, miones, algarrobos, “cojones de fraile” (*Thevetia ahouai*) y cachitos o lecheros (*Tabernaemontana litoralis*). Los ciruelos, intactos y generosos, humedecen los ojos de mi guía. Además de la flora, algunas

construcciones conservan los nombres originales de las fincas Bernal: los doce pisos de Torre Linares se asientan sobre Linares, propiedad de Martha Lucía Bernal; los bloques Siempreviva y Sonora, en la tierra que fuera de Luz Estela (su marido, Iván Vélez, apasionado por lo mejicano, decidió que su casa tendría nombre de estado norteño). Las tres torres Vitenza, de diecinueve pisos, se levantaron sobre los lotes de Ángela Rosa y Olga Beatriz; Catalejo, en la casa de Inés Bernal, y Monte Madero, sobre las de sus hijas. Arboleda de los Bernal le corresponde a Helena; San Miguel, a Margot. El supermercado D1 queda al lado de la que fuera la vivienda de Luis, ‘Mono’. El colegio Nuestra Señora está sobre el espacio de Vivita. Torres de Catania era de Gustavo Gómez Bernal. Vivalto y Arroyos de Los Bernal fueron erigidos sobre el lote llamado Los Mangales.

Sobre La Colina, la casa de los abuelos Pablo y Blanca, está el Conjunto Residencial El Altillito; en el bloque uno estaba la pesebrera, y las casas que los primos Bernal construían en las copas de los árboles han sido reemplazadas por apartamentos. Allí donde los niños corrían y se perseguían en el lodo después de las lluvias, hay bandas caminadoras eléctricas y aparatos multifuncionales para hacer ejercicio. Los chapuzones en las albercas y en la quebrada Caza Diana se transformaron en clavados estilizados en piscinas con “análisis microbiológico”. Ya nadie se acalora frente al fuego de una chocolatada: se suda en saunas a puerta cerrada.

Decenas de parqueaderos y diecisiete pisos del bloque tres del Conjunto Residencial El Altillito se asientan sobre “el hueco” del jardín, el terreno deprimido de las excavaciones donde dos niñas curiosas tiritábamos de frío...

“Los Bernal civilizaron esto”, suspira Lilian Bridge...

De la familia, Belén conserva una loma con su nombre, pero también el recuerdo de su bondad. Una noche, Olga Beatriz se varó por llanta muy cerca de La Colina, y un conductor de bus se detuvo y la ayudó: “Usted es hija del doctor Pablo, ¡cómo la voy a dejar por ahí tirada!”. El salón comunal Pablo Bernal Restrepo y un centro odontológico en El Rincón son algunos rastros de su obra.

“Asistirán a mi triunfo”, dice la última frase del libro *La Colina*.

Cae la noche. Desde el apartamento de Ana, por fin vemos salir la luz a lo lejos. La Loma de Los Bernal se ilumina con miles de bombillos eliminar, el resplandor de los edificios habitados por las familias de clase media que han colonizado el occidente de la ciudad. Un fulgor sin la grandilocuencia del milagro. ◆



Clásico Fátima-Nutibara, 1982.

Clásico Fátima-Nutibara, c.a. 1980.

El clásico Fátima-Nutibara

Por Juangui Romero

Que los de Fátima eran conservadores y los de Nutibara, liberales; que los de Fátima se iban para colegios como la Bolivariana y los de Nutibara seguían en la escuela del barrio, la Pedro Olarte Sañudo; que los de Fátima eran los blanquitos de billete que mantenían de zapatos y los de Nutibara, los negritos descalzos del matadero –ubicado hasta 1954 en la base del cerro Nutibara, donde hoy está la sede de UNE–. Estos eran los comentarios que poco tenían en cuenta algunos jóvenes de ambos sectores, quienes a punta de partidos o “picaditos” jalonaron la integración de estos barrios y lograron organizar, el 6 de enero de 1957, el primer clásico Fátima-Nutibara, el partido más antiguo del fútbol aficionado en Colombia.

Antes, a unos pasos del atrio de la parroquia, ya se jugaba el Torneo de la Amistad entre equipos de los dos barrios. Los Vagonios, Reconstantinofláuticos, Nutibara, Copa Rota, Septiembre Negro y Antioquia Federal fueron algunos de los equipos participantes de ese campeonato, que alcanzó unas diez ediciones. Hasta que ese 6 de enero se oficializó el enfrentamiento anual entre ambos barrios, en una cancha neutral –o, mejor dicho, una manga neutral– ubicada en terrenos que por entonces todavía pertenecían a Belén San Bernardo, enfrente del Parque Biblioteca Belén que la nomenclatura actual ubica en Belén La Gloria.

Por entonces solo habían transcurrido unos veinte años desde la llegada de los primeros pobladores del barrio Nutibara: veintidós familias de trabajadores del Municipio de Medellín, cuyas casas les habían sido adjudicadas por la administración gracias a un programa de vivienda promovido por el gobierno de Alfonso López Pumarejo. Por su parte, el barrio Fátima, que en un comienzo se iba a llamar La Concordia, apenas se estaba consolidando; y la iglesia dedicada a la Virgen de Fátima, cuya estampita estaba de moda porque su imagen andaba de gira por todo el país, se había inaugurado seis años atrás, en 1951, gracias al trabajo mancomunado de los residentes de ambos barrios y algunos presos de la cárcel La Ladera.

Lo cierto es que en ambos lugares había una gran cantidad de jóvenes afebrados por el fútbol, que se la pasaban esquivando con el balón los charcos, los árboles y hasta las vacas y boñigas de la finca de Manuel Medina, ‘Manuel Loco’, que separaba a los barrios Fátima y Nutibara de Belén, ubicada donde hoy queda la Unidad Deportiva

Andrés Escobar Saldarriaga. Un montón de muchachos que en sus ratos libres apostaban a la “treinta y una” con claveles que arrancaban de los antejardines o con pequeñas pelotas de caucho, para ganar cada vez más dominio del balón y ser fichados por los equipos de las grandes textileras y otras empresas de la ciudad, que además de permitirles jugar los sábados en el recién inaugurado Atanasio Girardot, les ofrecían trabajo estable.

Muchachos llenos de expectativas, porque su deporte favorito ya era una profesión en el país. El torneo profesional colombiano llevaba nueve años, pero sus protagonistas eran, casi con exclusividad, jugadores foráneos provenientes de Argentina, Uruguay y Perú. No obstante, algunos habitantes de la zona, como Gilberto Osorio, Gustavo ‘Ñato’ Ortiz, Abel Álvarez, ‘Chucho’ Hernández, ‘Tato’ González y Aníbal Alzate –que llegaría a ser mundialista en 1962–, lograron entrar en los equipos profesionales de la ciudad y ser los primeros famosos de estos sectores, que junto con barrios como Manrique, La Floresta y Barrio Antioquia se convertirían en buenos proveedores del naciente fútbol profesional colombiano.

Así las cosas, el clásico Fátima-Nutibara fue adquiriendo cada vez más renombre en la ciudad, pues en esos primeros años llegó a ser una versión comprimida del clásico Nacional-Medellín, una especie de abre bocas de la temporada. Y entonces, de la improvisada cancha en Belén San Bernardo, se mudó a la cancha José María Bernal, donde hoy queda la bomba de gasolina de la 33 con la 65; de allí, a la cancha Marte, y unos años más tarde, al Estadio. Y sin importar dónde se jugara, los periodistas deportivos, los árbitros profesionales más reconocidos y, claro está, los habitantes de ambos barrios asistían, para saber cuál saldría triunfador y cuál tendría que esperar un año para desquitarse.

Durante ese interminable año, todos se volvían a hermanar en los picaditos de fin de semana o en las carreras para ascender, corriendo o en bicicleta, el cerro Nutibara, que por entonces tenía en la cima, donde hoy está El Pueblito Paisa, una casona vieja que los fines de semana era una suerte de club, donde llegaron a tocar grandes orquestas como la de Lucho Bermúdez y la de Edmundo Arias.

Por esa época los clásicos comenzaban en el carro de Jairo Escobar, el popular ‘África’, conductor de un bus de Laureles que cada 6 de enero iba y venía unas cinco veces entre los dos barrios y el sector



Iglesia del
barrio Fátima,
1957.



del Estadio movilizándolo a sus habitantes, que no paraban de vitorear a sus equipos, cual paseo escolar. Luego todos comentaban las jugadas en las tribunas, y unas horas más tarde las escenificaban, ya con el triunfo o la derrota a cuestas, en las calles de uno y otro barrio, durante los bailes callejeros que se armaban en las noches –con marrano a bordo– y que muchas veces se extendían hasta la mañana siguiente.

La más recordada de esas fiestas fue la de 1983, cuando Pablo Escobar contactó a los organizadores del clásico para promover su proyecto político y social. En esa ocasión, 'El Patrón' les propuso hacer el saque de honor a cambio de darles los uniformes para los equipos, repartir mucho licor en las tribunas y llevarles una orquesta y más licor para las fiestas de remate.

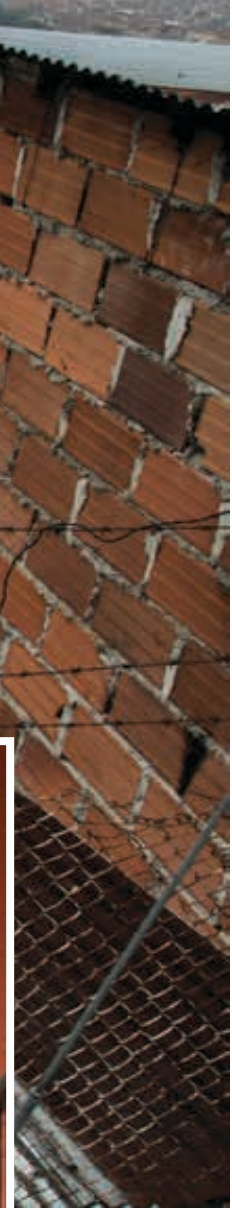
Y como la historia suele morderse la cola, en 1988 el clásico Fátima-Nutibara regresó al lugar donde sus promotores jugaban de niños: la finca de Manuel Loco, hoy la Unidad Deportiva de Belén. En la actualidad es un evento sumamente organizado, un día repleto de partidos en el que los habitantes de ambos barrios compiten en cinco categorías, desde infantil hasta veteranos. El Comité Deportivo Clásico Fátima-Nutibara planea con mucha antelación la cuestión de los uniformes, el arbitraje y la fiesta posterior, a diferencia de lo que ocurría en esos primeros años, cuando los jugadores debían pagar el arbitraje y llevar camisetas chinas de fondo entero (azules, como el manto de la Virgen, los de Fátima, y blancas o rojas los de Nutibara), a las que solían pintarles los números con aerosol.

Y aunque hoy no incluya a tantos profesionales activos como antes, este desafío futbolero sigue siendo el motor de unión de quienes habitan las treinta manzanas totalmente planas y perfectamente trazadas que configuran estos dos arborizados barrios, cuyos límites son cada vez más borrosos, pues los nuevos edificios han comenzado a reemplazar las casas viejas de ambos sectores. Un partido de fútbol que desde hace casi seis décadas ha poblado de recuerdos las vidas de quienes lo esperan año tras año y, más todavía, de quienes lo han jugado desde niños ♦



Urbanización
barrio Fátima,
1957.





Negro y bermejo

Por Hernando González Rodríguez

I

Cuando llegué a trabajar al sector me dijeron que se llamaba Belén Altavista. El colegio queda a dos cuadras del Consumo de la 80, subiendo por una quebrada canalizada, torciendo a la derecha y subiendo otra cuadra. No me dio dificultad hallar la dirección. No hay pierde. Está en la parte llana, al pie de la montaña, cerca de las casas y edificios de buen ver, viviendas que llaman de clase media.

Pronto descubrí a Zafra, el apretuje de casas que se extiende detrás del colegio, donde el terreno se empina hasta rematar en un cerro con un enorme tanque de concreto que abastece de agua al barrio. En esa ladera las casas se apiñan sin orden ni concierto, al punto que desde afuera no se distinguen calles ni aceras sino, si acaso, los postes de luz, una antena de telefonía celular, una que otra zona verde, unos cuantos árboles. Hay que internarse en el informe arrume de viviendas para descubrir los caminos, la red de escalas, descansos y barandas que hacen posible el tránsito por el ascendente laberinto del barrio.

En la vecindad de Zafra hay sectores como Buenavista, Cantarrana, Villa Café. Por allí todavía existen ladrilleras, y no es raro ver cruzar por la 80 un camión destartado cargado de ladrillos, visión un tanto anacrónica en esa arteria inundada de autos lujosos. Mano de Dios, otro sector, está ubicado más allá del tanque, y entre sus habitantes, lo mismo que en Zafra, hay gran presencia de raza negra.

Desde lo alto de la loma de Zafra los estudiantes bajan al colegio tras un recorrido de cientos de escalas. Un trayecto que bien podría llevar por nombre "El sueño de las escalinatas", en el que se intercalan aceritas de cemento que de lejos semejan los hilos partidos de un carretel.

En días destemplados Zafra parece una palomera desastrada, una aglomeración anárquica de casas de ladrillo rojo, en obra negra, con solo unas cuantas revocadas y pintadas de colores vivos. Pero en días solares parece recobrar la misericordia de Dios: el ladrillo rojo se enciende y los islotes verdes se iluminan, lo mismo que la ropa de los tendedores y las banderas de la pasión futbolera.

II

En Belén abunda la raza negra, sobre todo en Zafra, Mano de Dios, Altavista, Los Alpes. Entre mis alumnos son frecuentes los apellidos Valoyes, Rentería, Mosquera, Murillo. Todos vienen de ese sector donde el tanque, en la cima del cerro, parece un capelo clerical.

Encaramado en esa montaña de Belén, Zafra recuerda todavía un palenque, un reducto de rebeldía, de insatisfacción, de rabia. Los palenques eran sitios escondidos, de difícil acceso, casi inexpugnables. Sin duda, Zafra debió comenzar como asentamiento pirata. Y no podía ser de otro modo. Sin el aval de las entidades oficiales, sin cumplir con las exigencias de planeación, Zafra tenía que crecer así, al garete, como un dédalo de adobe, al impulso del hambre y la supervivencia.

A diario veo por acá a los negros, en pugna por sobrevivir, impregnados de una vitalidad y una altivez insobornables, moviendo sus cuerpos ágiles por estos sitios de Belén. La mayoría trabaja en tareas duras, construcción y esas cosas, pero también se ven los que han superado esas limitaciones y viven más cómodos, los que tienen un aspecto más fino.

Veo a la mujercita morena y vivaz que todos los días a la misma hora tempranera baja por la loma. Debe trabajar en el restaurante de un colegio cercano, siempre trae puestos gorro y bata blanca, y en su mano, a la vista, resonando al compás de su andar, el manajo de llaves de la cocina escolar. Me hace pensar en la guardiana de los graneros faraónicos, que tenía por misión abrir la despensa y administrar una abundancia de la que, cuando mucho, solo obtenía migajas. La veo bajar muy animosa cada mañana, pero en las tardes, después de su trabajo de cocinera de batallón, tal vez su paso traicione la elasticidad mañanera. Al alba recuerda una hormiguita acuciosa que busca alimento para su colonia. ¿Qué parecerá en la tarde, después de la jornada de galeote?

La colonia negra, Zafra, de gente de cuerpos garbosos, pero también, no pocas veces, dientes descabalados; de gente de músculos fuertes, pero también, no pocas veces, escasa escolaridad; gente expresiva y rítmica, pero también, no pocas veces, abatida y triste.

III

Patricia Asprilla es una negra joven, robusta, entrona. Es de las que usan extensiones de cabello sintético, esos artificios que algunas negras llevan para esconder su cabello duro, pasudo. De las que trabajan de sol a sol para conseguir la comida y por eso deben dejar a los hijos al cuidado de la abuela o de una tía. De las que rechazan cualquier abuso o discriminación en el trabajo, y prefieren que las despidan a tolar la infamia. De las que hablan recio, sin pelos en la lengua. Porque



estas mujeres de Zafra hablan. Son negras firmes, fieras, a veces ásperas. Les ha tocado duro. Soñaron amor de hombre, y el hombre las preñó y se fue. Soñaron hogares bonitos, y la familia creció descuadernada. Soñaron un trabajo solvente y digno, y encontraron lo de siempre, que las pordebajaran, que las midieran con el rasero torcido de la discriminación.

Ella no se le arruga a nada: repartir volantes, promocionar productos, vender puerta a puerta, realizar encuestas, trabajar para un politicastro. Días atrás la vi en una estación del metro, con una camiseta que tenía la M de la empresa de transporte masivo, trabajando en una campaña pedagógica. Son trabajos de un día, de unas horas, pero cualquier peso sirve. Es de las que va de trabajo en trabajo, pues no dura mucho por su carácter contestatario.

Un día llevó una hoja de vida a un reconocido supermercado de la 80. Se la recibieron. Se dio una vuelta por las estanterías, loliando un rato. Al marcharse, no sabe por qué, pasó por una oficinita en la que no había ningún empleado, y al espiar hizo un descubrimiento desmoralizador y repulsivo al mismo tiempo: su hoja de vida, junto con las de otros negros, había sido tirada en una canasta a la que, por su aire de cuarentena, solo le faltaba un letrero amarillo para parecer el aviso de la peste. Demandó al supermercado por discriminación.

Es de las que han estudiado y estudian pero les es esquiva la oportunidad de colocarse en lo que se prepararon y ganar bien por ello. De las que participan en proyectos comunitarios que protegen la dignidad de otras mujeres. De las que desean que sus hijos estudien, de las que los acompañan en su formación y les ayudan en las tareas escolares.

La he visto a menudo en el colegio, pendiente de su hija, estudiante de séptimo, trayéndole alguna tarea que olvidó o colaborando en las actividades culturales en las que su grupo se compromete. También ha venido a vender boletas de una rifa entre los profesores para sortear una necesidad urgente, un descalabro de la vida. Rifas que no faltan, que son pan de cada día en Zafra, entre la gente humilde de la loma, del tanque, de más allá, de las ladrilleras, de Mano de Dios, de Villa Café y otros tantos sectores de este enorme fresco humano llamado Belén.

IV

Zafra, barrio de gente arracimada en bruscos tendidos de casas, en un espacio vital donde se alternan placas deportivas, canchas de fútbol, iglesias de toda laya, negocios, terrenos baldíos y quebradas (la que baja de la loma y pasa por la 80, cerca del Consumo, se llama Alta-vista). Como mástiles de un buque falsario, las antenas de telefonía celular aumentan día a día.





Las ladrilleras son otro referente de estos sitios de Belén. Están en los extramuros, casi en la zona rural. No son pocas esas fábricas de adobes rojizos como la tierra de estas montañas. No es por azar que tradicionalmente han estado en este sector de la urbe. La constitución geológica de Medellín no es pareja, y en el costado occidental abundan las tierras rojas de cinabrio, propicias para amasar y cocer ladrillos.

De ladrillo rojo está hecho Zafra, y todo Belén, y Medellín. De tierra moldeada en bloques y cocida al horno. Bloques acanalados o lisos, producidos en estas montañas por donde entraron los españoles, por donde llegaron la Conquista y la Colonia.

Zafra rojo y negro, todo mestizaje. La mayoría de mis alumnos viven allí. Desde los patios y corredores del colegio se divisa el palenque, la palomera, el asentamiento, el barrio, o como se quiera llamar ese macizo de ladrillo asido a la montaña con la fuerza y el coraje de la necesidad.

Leider, un morocho fornido de séptimo, me enseña desde el corredor del tercer piso dónde queda su casa: "Ahí, junto a la antena de celular". Más por fe que por otra cosa confieso que la veo, pero es muy difícil distinguir la casa de Leider entre el amasijo de viviendas.

Los fines de semana, y a veces en las tardes, después de clases, Leider trabaja en construcción con su papá. Lo único que le falta es aprender a revocar. Sus manos bastas hablan del oficio que seguramente se convertirá en su destino. Es un muchacho maduro pese a su juventud, respetuoso, responsable. Mantiene sus pesos, algo raro en un colegial, y es por eso, porque trabaja. Manejar dinero le da seguridad, y en los descansos y a la salida de clases se lo ve con muchachas.

Me cuenta Leider que en su casa hacen baile casi cada fin de semana, y me muestra a una morena de noveno que atraviesa el patio rumbo a la tienda: "Esa muchacha sí baila, va a los bailes que hacemos en mi casa. Baila de verdad".

Para eso llamen a los negros, para el baile. En los descansos el personero pone música en un bafle, y cuando suena una salsa o un rastastás son los hermanos Ibarbuen, uno de décimo y otro de noveno, los que electrizan sus cuerpos con los más llamativos y sensuales movimientos. Algunas muchachas negras, y una que otra clara, se les unen y arman el desorden. Numerosas miradas se vuelven hacia el punto donde ha estallado esa oleada de oscura sabrosura.

V

Mendoza es el apellido de un entrenador de fútbol famoso en Zafra. No es negro, pero trabaja con muchos chicos y jóvenes negros que asisten a su escuela, una filial de Patriotas de Boyacá. Son chicos y jóvenes que anhelan surgir, como lo hizo Edwin Cardona en Altavista, y quizás llegar hasta donde han llegado los grandes de la selección nacional.

Zafra es fútbol. Muchos de mis alumnos son discípulos de Mendoza, y en el barrio hay casas costeadas por Patriotas donde albergan y alimentan a futbolistas de otras zonas de la ciudad, del departamento, del país. Los hay de todas las categorías. Compiten en la Liga Antioqueña de Fútbol. Algunos están a un paso del profesionalismo, otros apenas inician el camino.

Escucho con frecuencia ese apellido en los corredores del colegio, pronunciado con respeto por un manajo de muchachos que se beneficia del conocimiento y el liderazgo de este hombre, al que no conozco en persona. Pero es como si lo conociera, incluso desde un sustrato más íntimo, el de los sueños. Porque son sueños los que alientan el corazón de estos chicos ansiosos de vida, de fama. Sé que los pelaos de Mendoza son buenos porque los lunes, al regreso de un fin de semana en el que han competido, les pregunto cómo les fue: casi siempre ganan. Son punteros en la Liga y el goleador está en sus filas.

Mendoza los motiva a ser competitivos. Con el apoyo de Patriotas los foguea con otras escuelas de la ciudad, de otros departamentos, incluso de otros países. Sueño con que alguno de esos negritos enamorados del balón a quienes doy clase, a quienes veo todos los días en los descansos ocupar la cancha y patear el balón como si lo odiaran, con potencia, sueño con que alguno de ellos llegue: un Solís, un Teherán, un Valoyes, un Ibarbuen, un Jhohanes, un Sepúlveda, un Ladeus...

Y yo llegaré con ellos. Con Zafra, con Mendoza, con Patricia Aspriella, con la señora voluntariosa que todos los días marcha a su trabajo, con Leider y su papá, cuyo oficio es construir casas de ladrillo. Y tal vez estaré para verlos triunfar, y desde lo más íntimo de mi ser, con la alegría más pura y desinteresada, compartiré su triunfo ♦







Ciudad

Autobiografía

de la ciudad

Por Roberto Luis Jaramillo

En mi nueva sociedad republicana se ascendía o se bajaba de clase, y les pongo el caso del hijo de una pulpera de origen muy humilde. El hombre amasó un capital respetable a punta de buenos negocios, y venido a más desposó a una blanca; también quiso ser urbanizador para que yo me sintiera más crecida. Pues bien, este ciudadano compró mangas a lado y lado del camino nuevo o calle Ayacucho que subía a Rionegro, quebrada arriba; hizo tomas de agua, abrió calles, vendió lotes, construyó viviendas, puso a su barrio el nombre de Buenos Aires, que los tenía, y... quebró, se vino a menos, y murió de pesar. Tuvo un competidor más afortunado y curtido y mundano: el millonario Carlos C. Amador, dueño de la hacienda Miraflores y de todos los potreros que subían hasta la cumbre fría, los que urbanizó mediando avisos que decían: "Carlos C. Amador vende lotes... y ofrece la ventaja de suministrar a los que quieran edificar, la mayor parte de los materiales de su monte de Santa Elena, como igualmente buenas aguas para el servicio interior". Por esos días levantaron mi plano de 1875, justo cuando la prensa ospinista vaticinaba problemas de desempleo y estrechez en mi atractiva capital, males que aquejaban a otras ciudades, al decir que "reciben en su seno más habitantes de los que pueden contener, más negociantes de los que pueden comerciar, más artesanos de los que necesitan, más abogados que pleitos hay, más médicos que enfermos, más clérigos que almas, y más viciosos que puntos de solaz y de vagamundería...", y aconsejar a muchos volver a los pueblos de los que habían llegado, donde había minas y campos y la vida era barata. No sé por qué hablaban así de mí, y a veces he pensado que era porque los ricos de apellido Vásquez, llegados del altiplano de Los Osos con todo su oro, habían entrado tarde al negocio urbanizador.

Al ladito de Buenos Aires y de Miraflores se levantaron años después el barrio Loreto y, más adelante, al pie del morro, el muy faldudo de El Salvador, en el que se nota todavía que el ingenio se combinó con la estética. Tan atractiva fui por ese lado que pensaron levantar ahí la terminal del ferrocarril, y se hizo una plaza de mercado descubierta, la de Flórez, su contratista. Así nació mi Barrio de Oriente.

Terminada la Guerra de los Mil Días, todo lo mío cambiaría, y dejaría de ser un pueblo grande con tímidos ciudadanos, pueblerinos y campesinos. Hasta me hicieron un retrato, en directorio que me hizo Isidoro Silva. Para mi salud, en 1908 se trazó el plano para traer el agua entubada y limpia; fíjense cómo estaban de dispersos mis nuevos barrios, casi todos en la periferia. Además, la rectificación del río mejoró el barrio nuevo de Guayaquil, sus aguas corrieron veloces y se acabaron las lagunas, las ciénagas, los patos y los zancudos.

Al ingenio del ingeniero Jorge Rodríguez le avisé hacia dónde se levantarían nuevos barrios, entre Villa Nueva, el Carretero del Norte, El Chagualo y el río. Y se prolongaron, por obra y gracia de un egresado de la Escuela de Artes y Oficios, Manuel J. Álvarez Carrasquilla, comprador de grandes mangas y urbanizador de los de verdad. Mediante el sistema de ventas con seguro, levantó barrios para mis plebeyos urbanos, mi clase obrera y mis venidos a menos; me hizo crecer y me proyectó hasta bien al norte, al tiempo que se propuso darle a mi figura una nueva "orientación", para que las viviendas de mis barrios proyectados recibieran mejor el sol, se ventilaran, transpiraran y no sé qué más, como se ve en mi retrato de 1912. En todo mi valle habitaban ya más de setenta mil personas, y en las agrupadas o dispersas 275 manzanas, bien o mal trazadas, vivían algo más de cincuenta mil súbditos. En esas se hicieron trámites para hacer de mi rico y retirado barrio industrial

y obrero de Bello un municipio, la única porción de mi cuerpo político que me han mutilado en los últimos cien años. Y vuelvo con la idea de orientarme, que pueden ver aplicada en mis barrios Pérez Triana, Sevilla, Majalc y Campo Valdés. No pasó lo mismo con "el hilo" de mi hermoso barrio de Prado, que siguió la traza del vecino y un poco más antiguo de Villa Nueva.

Los nuevos barrios de Prado, Lovaina y Manrique me quedaron tan bien trazados y ventilados, que fueron apetecidos y demandados, en su orden, por los ricos de siempre, los nuevos ricos, los comerciantes y los profesionales. El de Lovaina –que se formó en el Alto del Caballo– fue vivido y bebido por los sedientos de aventuras y aprendizajes amatorios; en Manrique se radicaron blancos venidos a menos, parejas recién casadas y pueblerinos de modito, así como mercaderes, oficinistas, artistas y maestros.

En los últimos años del siglo XIX La Granja se llamó La América, y entre esta aglomeración con una calle –San Juan– y el caserío de Belén tuve un viejo camino poblado de casitas de buena o mala muerte. Muy buenas tierras, planas y bien irrigadas, fueron presa de una previsiva familia, la de los Arango, que estancaron sus mangas para industriales y urbanizadores. Y me tengo que remontar a unos años atrás, cuando un buen mozo de la villa –el mentado Carlos Coriolano Amador–, al contraer un ventajoso matrimonio (o patrimonio) con doña Lorenza Uribe, heredó, además de la mejor mina, la hacienda de Guayaquil; hizo muy buen negocio al urbanizarla y trazar una calle nueva en aquellos humedades, la de San Juan, y al comenzar a levantar un puente que comunicaba con la que bajaba desde La América. No les hago perder tiempo, sino que les digo, resumidamente, que a mediados del siglo XX, entre los caseríos de La América y Belén, y entre ambos y mi río principal, se trazó, urbanizó



Barrio Laureles. 1953.

y levantó el barrio Laureles, y que en ello tuvieron que ver unos industriales de textiles, el artista e ingeniero Pedro Nel Gómez, un avezado ingeniero y empresario llamado Jorge Restrepo Uribe, una Cooperativa de Habitaciones, dos universidades (una católica y otra de empresarios liberales), el Instituto de Crédito Territorial –ICT– y muchas pequeñas empresas urbanizadoras.

Hasta 1950 fui una celebridad, una belleza de ciudad. Pero a partir de entonces se notaron los efectos de algunos descuidos en mi crecimiento: barrios que llegaban hasta los límites de mis municipios vecinos, e industrias y comercio y viviendas en una mixtura tal que fue preciso hacer unos exámenes con especialistas. También se me notaban los efectos de la violencia, pues recibí expulsados de pueblos de toda Antioquia, que se establecieron en colonias al lado de barrios nuevos y viejos, en algunos nuevos diseñados para ellos, y en otros conformados por ellos mismos a los que todavía no les decían “tugurios”. Me acercaba a

los 360 mil habitantes, y no se sabía si alcanzarían para todos los servicios que entonces ofrecía mi municipalidad con mis empresas públicas. Wiener y Sert, especializados en planeación urbana, vinieron a ayudar a mis médicos de cabecera y notaron lunares por todos lados: erosión en mis laderas, usos mixtos del suelo, un río que se desbordaba, barracas de mala muerte, desorden, desempleo, inseguridad. Me sentí fea porque me volví fea; adiós “tacita”, chao “eterna primavera”. Me aplicaron un lento y eficiente tratamiento de planeación. En las tierras ganadas al río se montarían industrias, y las oficinas que manejaban mis asuntos públicos se asentarían en los humedales de La Alpujarra. El estatal ICT y la privada Urbanizadora Nacional –junto con otras– me ayudaron a reconstruir mi robusto aspecto, pues casi toda la planicie y las laderas estaban a reventar, ocupadas por barrios y más barrios: los de Manrique se desbordaron, y por los lados del Charco del Mico, alrededor de un curioso castillo de guadua, se

levantó el muy poblado barrio Castilla, y paro de contar por ese mi lado norte.

¿Cómo negar que he cambiado? En la antigua Otrabanda no queda ni el recuerdo de los pueblecitos de Aná, La América, Belén y Guayabal, y el caserío de El Poblado parece, de lejos, una Nueva York que ya se confunde con mi vieja Asomadera, con Envigado y con Sabaneta. Ya ni me acuerdo de los tiempos en que fui célebre por mi belleza, tan cantada por Codazzi, Gutiérrez González, un tal Lorita, Uribe Ángel y el viejo Carrasquilla, quienes decían que yo parecía, de lejos, una esmeralda. Con la intervención de mi río comenzaron a desaparecer mis meandros, charcos, lagunas, pantanos, quebradas, montes, barbechos, laderas y mangas; no mejoré de salud con las fábricas y los talleres, ni con los barrios, barriadas y tugurios que alteraron todo mi cuerpo hasta las lomas más elevadas. Mi recinto se desbordó, para bien o para mal. Los que me miran de lejos dicen que ya no me ven verde esmeralda, sino que tengo color guayaba. ♦



- 1 CARRETERA DEL NORTE
- 2 CARRETERA DEL SUR (CALI)
- 3 CARRETERA A ORIENTE (BOGOTÁ)
- 4 CARRETERA A OCCIDENTE (MAR)
- 5 AUTOPISTA EL PUJLADO-ENVIGADO
- 6 CALLE 50 COLUMBA
- 7 CALLE 50-A CERROES
- 8 AVENIDA BOLÍVAR
- 9 CALLE 44 SAN JUAN
- 10 CALLE 30
- 11 CARRERA 84
- 12 JUAN DEL CORRAL
- 13 CARRERA 52
- 14 AVENIDA PRIMERO DE MAYO
- 15 JIMÉ
- 16 PALACE
- 17 PLAZA DE BERRIO
- 18 PLAZA DE AUTÍBARA
- 19 FERROCARRIL
- 20 ESTACION DEL FERROCARRIL
- 21 CAMPIO DE AVIACION
- LÍMITE DEL ÁREA URBANIZABLE

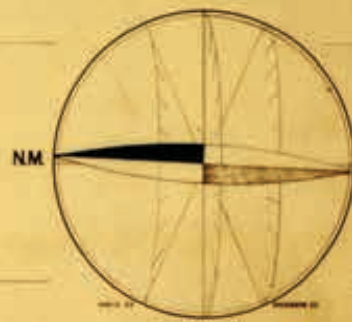


BARRA DE LAS MEDIDAS
 UN PUNTO DE LA ESCALA REPRESENTA 100 METROS

300

300

MEDELLIN



LATITUD 6°42'00" N - LONGITUD 75°34'40" O AL 2 DE 6



TOWN PLANNING ASSOCIATES

PAUL LESTER WIENER - JOSÉ LUIS SEXT
14 WEST 42 STREET NEW YORK, N.Y. U.S.A.

PLAN PILOTO DE MEDELLIN

PLANO GENERAL DE COMUNICACIONES

ESTADO ACTUAL

NO. 512-02
Escala 1:50,000
Fecha 1950
Escala 1:500,000



• El Salado • Betania • La Puerta • La Loma • El Corazón • Belencito • El Coco • El Socorro
 • Campo Alegre • La América • San Javier • Floresta • El Danubio • Barrio Cristóbal
 • Lorena • Laureles • Miravalle • Florida • Ferrini • La Independencia 1, 2, 3 • Nuevos
 Conquistadores • La Colina • Fuente Clara • Blanquizaral • La Quiebra • Santa Rosa de Lima •
 La Pradera • Los Alcázares • Antonio Nariño • Metropolitano • 20 de Julio • San Joaquín •
 Carlos E. Restrepo • Santa Mónica • Santa Lucía • Calasanz • Conquistadores • Velódromo •
 Unidad Deportiva • Florida Nueva • Simón Bolívar • Bolivariana • Suramericana •

CENTRO- OCCIDENTAL

P_278 Comuna al filo *_Katalina Vásquez*

P_288 El parche del platanal

P_292 El San Javier de la memoria *_Jose Gabriel Baena*

P_298 ¡Ay qué Laureles! *_Rubén Vélez*

P_302 Un bosquecito de guaduas

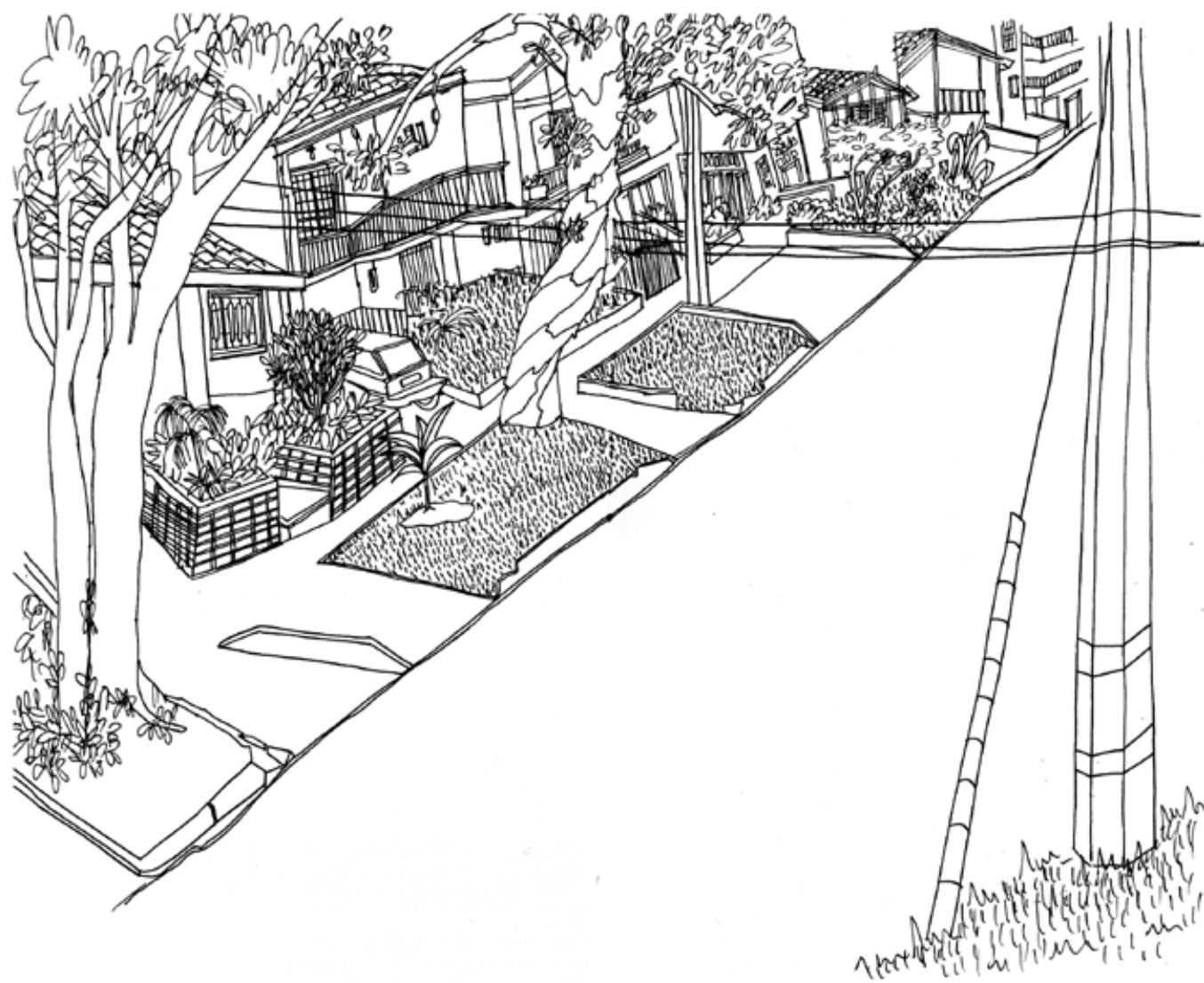
_Mauricio López Rueda

P_308 Historias niñas *_Rubén D. Lotero*

P_314 Otra banda *_Líderman Vásquez*

N





La América, 2011.

“Entre los pueblos de gran prestancia que rodean a Medellín, se destaca La América, centro de positivos valores culturales, semillero fecundo de hombres de acción y sitio admirable, en donde revientan con mayor exuberancia las rosas del progreso. Colegios y escuelas, impecables templos en que la niñez y la juventud se preparan eficientemente para las luchas del mañana; una iglesia parroquial, cuya severa construcción desafía a las mejores de Antioquia; un espléndido teatro de envidiables proyecciones escénicas; dos bandas de música, formadas por artistas de exquisita comprensión beethoviana; lujosos salones de recreación, propios para dignificar los centros más civilizados; y por fin, bellísimas avenidas que dan el aspecto de las grandes ciudades, por la magnificencia de sus arborizaciones y la suntuosidad de sus edificios. (...) Es por todo esto por lo que las gentes que ambicionan higiene, regocijo y tranquilidad de espíritu, plantan sus tiendas en esta fracción Modelo, bajo cuyo cielo se agitan insistentemente todas las lumbres del progreso.”

Eleazar Vanegas

Fracción Modelo de La “América”, 1939.

Cronología Centroccidental



Viviendas, 1925.

1675: Comenzó el poblamiento de las márgenes de la quebrada Ana Díaz en la Otrabanda del río Aburrá, sector que fue conocido como La Granja.

1848: Se construyó el Puente de Colombia sobre el río Medellín, con auxilios del gobierno de Tomás Cipriano de Mosquera y la técnica del ingeniero y ebanista alemán Enrique Hausler. Fue clave para comunicar el centro de la Villa con las fracciones de Aná, Belén, San Cristóbal y Heliconia.

1869: La fracción de La Granja se convirtió en el corregimiento de La América, que fue creciendo con la formación de las veredas El Corazón, San Javier, La Puerta y La Loma. El vecino Rafael Velásquez donó los terrenos para edificar una capilla. Con el tiempo, numerosas familias fueron comprando tierras y construyendo casas con solar y antejardín que eran la admiración de vecinos y forasteros.

1898: La capilla de La América fue erigida como parroquia y consagrada a Nuestra Señora de los Dolores.

1908: La administración municipal abrió la carretera a La América, prolongación de la calle San Juan sobre el río Medellín, que conectó el corregimiento y los poblados cercanos con el centro de la ciudad, y aceleró el proceso de urbanización que se estaba dando en Otrabanda.

1916: Se construyó la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, un templo más amplio diseñado por el arquitecto belga Agustín Goovaerts, enfrente de la vieja capilla; por limitaciones económicas de sus feligreses –tapiadores y cargueros de material–, las mujeres de la zona tuvieron que dedicarse a la venta de empanadas para ayudar a levantarlo.

1921: Inauguración de la línea La América del tranvía, que facilitó el desplazamiento de los obreros del sector hacia la zona industrial de la ciudad. Esto, sumado a la previa apertura de vías de comunicación entre el centro y el occidente, posibilitó el crecimiento y sectorización de La América.



1930: Se asfaltó el tramo de la calle San Juan que conducía a La América. Un año después, la carretera que comunicaba este sector con el barrio Robledo, atravesando La Floresta, también recibiría el asfalto necesario para las ínfulas de la ciudad.

1936: Un grupo de comerciantes e intelectuales de la ciudad financiaron la construcción de la Universidad Católica Bolivariana, en los terrenos comprados al señor Jorge Luis Arango.

1938: La América fue anexada al perímetro urbano de la ciudad de Medellín. Los dueños de parcelas fueron vendiendo sus terrenos a urbanizadoras que tenían proyectos de vivienda. El barrio quedó sectorizado en conjuntos para familias obreras y de clase media.

1939: La Cooperativa de Habitaciones para Empleados compró las tierras que bordeaban la quebrada La Matea al señor Cosme García y a los hermanos Arango. Comenzaba la proyección del barrio Laureles.

1940: La Cooperativa de Empleados inició la urbanización de la "Ciudad de los Empleados", y adjudicó más de 400 lotes para la construcción de

viviendas. El barrio, diseñado por el arquitecto Pedro Nel Gómez bajo el concepto de "ciudad-jardín", fue ocupado por familias jóvenes con buena capacidad económica, que construyeron viviendas unifamiliares con amplios antejardines; el nombre de Laureles se decidió mediante un concurso público.

1943: El Instituto de Crédito Territorial fue encargado de la planificación y construcción del Barrio Popular Modelo, financiado por el Fondo de Casas Higiénicas para Trabajadores, que brindaba soluciones de vivienda a obreros y maestros de escuelas públicas bajo el modelo de "granjas familiares". Al llegar a las 200 granjas construidas, el barrio sería equipado con parques y zonas deportivas, escuelas, hospital, teatro, plaza de mercado y un lugar para la cooperativa de consumo.

1945: Se creó una sociedad con el ánimo de construir un lugar para ofrecer espectáculos taurinos. Más tarde, sobre la Avenida Conquistadores, se inauguró la plaza de toros La Macarena, diseñada por el arquitecto Gonzalo Restrepo Álvarez.



Iglesia de San Joaquín, 1950.

1946: La Cooperativa de Vivienda compró los terrenos de la finca de Pepe Ángel y trazó sobre ellos el proyecto del barrio San Javier. También se encargó de solicitar a la curia la erección de la iglesia Nuestra Señora del Carmen, una necesidad para el futuro crecimiento del barrio ¶ A comienzos de la década del cincuenta, el Instituto de Crédito Territorial diseñó el proyecto de viviendas del barrio Santa Lucía, ubicado en el sector de Las Granjas o Pénjamo. El barrio fue pensado para los jubilados de la policía, los empleados del Municipio, los obreros y la clase media de la ciudad.

1951: El Instituto de Crédito Territorial desarrolló un nuevo proyecto de viviendas en el Barrio Popular Modelo. Pensado para la población obrera, este fue el primer conjunto de casas en serie de la ciudad, e incentivó aún más el crecimiento del barrio La Floresta ¶ Como respuesta al crecimiento urbano del barrio Laureles, este año también fue inaugurada la iglesia de Santa Teresita, diseñada por Eduardo Velásquez Ochoa, construida sobre terrenos donados por la Cooperativa de Habitaciones, y levantada por la comunidad mediante la venta de empanadas.

1952: El Instituto de Crédito Territorial inició el proyecto de vivienda del barrio Los Libertadores, diseñado por el arquitecto Fabio Ramírez Arango para las familias de empleados y profesionales recién egresados. Construido sobre los terrenos del antiguo hipódromo municipal, este fue el primer conjunto urbano que acató las medidas urbanísticas establecidas en el Plano Regulador de Medellín.

1953: El Instituto de Crédito Territorial preparó el proyecto de urbanización del barrio Calasanz, ubicado sobre los terrenos del viejo Hipódromo La Floresta ¶ Juan Nepomuceno Arroyave compró los terrenos de Eduardo Sierra en el lugar conocido como El Salado de Correa, sobre la ladera occidental de la ciudad, por las minas de sal que se habían explotado en esa zona. "Cheno" Arroyave inició la venta de lotes y trazó las calles de una urbanización pirata que luego se llamaría barrio 20 de Julio ¶ Este año también fue inaugurado el Estadio Atanasio Girardot, proyecto gestado por algunos líderes de la élite de la ciudad y desarrollado por el ingeniero Guillermo González Zuleta.

1955: La Cooperativa de Empleados de Antioquia inició la venta de lotes en el lugar conocido como Simón Bolívar. Bajo el nombre de Urbanización La Pravia, el proyecto empezó a construirse cerca de la iglesia de Nuestra Señora de Chiquinquirá.

1956: Sobre una porción de las mangas conocidas como Los Pomos, propiedad de la cárcel de mujeres El Buen Pastor, cinco familias empezaron a poblar lo que más tarde sería el barrio Campo Alegre ¶ En la década del sesenta los lotes del barrio Ferrini comenzaron a urbanizarse de acuerdo al trazado inicial del dueño de los predios. Se desarrolló por autoconstrucción, mediante convites, ventas de empanadas, bailes y reinados, no solo para la construcción de las viviendas sino también para cubrir las necesidades de vías e infraestructura.



Aérea del barrio Rosales, 1969.

1960: Se inauguró la iglesia de San Joaquín, cuya construcción fue liderada por el padre Jorge González tras la solicitud de las señoras del barrio. La imponente edificación terminó por darle su nombre al barrio.

1963: El Instituto de Crédito Territorial inició la urbanización del barrio Santa Mónica en terrenos baldíos del sector de La América. Los trabajadores de Suramericana, Pilsen, Tejicondor y Coltejer fueron los primeros pobladores. El impulso industrial atrajo a la industria cervecera, que construyó pequeñas casas a las que se les dio el nombre de "Casas Pilsen" ¶ Algunos de los lotes cedidos por la Cooperativa de Habitaciones en el barrio Laureles fueron vendidos a familias de clase alta que habían salido del centro de la ciudad en busca de lugares más exclusivos.

1969: El Instituto de Crédito Territorial inició el proyecto del primer gran conjunto residencial de la ciudad, el barrio Carlos E. Restrepo, diseñado por los arquitectos Guillermo García, Juan Guillermo Ramírez y Laureano Forero. La unidad, ubicada en una de las zonas más deprimidas del sector de Otrabanda, fue entregada por etapas a los nuevos residentes, muchos de ellos profesores universitarios ¶ Este mismo año se dio origen al proyecto de vivienda del barrio Belencito, en terrenos cercanos a la sede de la Congregación Misionera de la Madre Laura, referente del poblado de Belencito. A través del Instituto de Crédito Territorial, se logró ofrecer

un tipo de vivienda popular que se adaptaba a la topografía del sector.

1971: El Instituto de Crédito Territorial compró los predios de El Sacatín, antecesor de la Fábrica de Licores de Antioquia, un antiguo edificio ubicado en el barrio La América. El proyecto de vivienda, diseñado por el arquitecto Eduardo Arango, fue trazado a partir del edificio que ya estaba construido, y bautizado Conjunto Residencial Los Pinos.

1972: Inauguración de los primeros bloques del barrio Carlos E. Restrepo. Otros terrenos de Otrabanda fueron comprados por el Instituto de Crédito Territorial para culminar la construcción del barrio. Proyectado en sus inicios para familias de bajos ingresos, fue ocupado por la creciente clase media de la ciudad.

1978: Fundación del Museo de Arte Moderno (Mamm) en el barrio Carlos E. Restrepo.

1979: Se produjo la mayor invasión masiva de la ciudad en la parte alta de los barrios 20 de Julio y El Corazón, una tierra que parecía destinada a ser rastrojo por su topografía y por la distancia respecto al centro de la ciudad. La invasión tomó el nombre de Nuevos Conquistadores, aludiendo a la conquista de los terrenos por parte de familias de bajos recursos.



Comuna al filo

Por Katalina Vásquez Guzmán

Ese billar todavía existe. Es pequeño y huele a pola. Atrás, donde termina la losa del piso sobre el barranco fangoso, una pendiente se descuelga hasta el vallecito abajo: el barrio San Javier. Se ven luces titilantes, edificios pequeños, calles como venas, y casitas “blindadas” con techos de zinc, madera, adobes, tablas viejas. Como naves espaciales que cruzan ese paisaje, las cabinas del Metrocable sobrevuelan la montaña. Abajo se divisan los vagones del metro, y pendiente arriba, por el centro de la Comuna 13, se ven diminutas las escaleras eléctricas. La vista llega hasta el barrio Las Independencias y la base del ejército asentada en lo alto de esa colina.

La cancha del barrio El Salado, que es quizá la más grande de la 13, no se ve desde aquí, pero las demás construcciones surgidas en los últimos diez años con el llamado “urbanismo social” saltan a la vista, y el Parque Biblioteca y la pantalla de agua se ven pequeñitos desde este morro que pertenece al barrio Juan XXIII.

Aquí llegué por primera vez a finales de los noventa. El billar estaba ahí mismo, pero la subida era distinta. Tomábamos un bus que paraba muy abajo y desde ahí trepábamos por caminos de tierra hasta llegar a otra trocha, y así, de caminito en caminito, despejando la maleza, se dejaba ver el billar. Afuera estaban siempre unos viejos tomando pola y algunos jóvenes presumiendo de sus motos, y adentro uno que otro macho dándole a las tres bandas.

Como a Alexis le gustaba el billar, antes de llegar a su casa pasaba por una Pilsen y unas cuantas carambolas. “Entrate, entrate”, le decía yo cuando salía a llamarme del teléfono público, alegándole que pilas, que de pronto empezaban a dar bala. “Relájese mami que a mí ya me conocen, no me va a pasar nada”, me decía mi exvecino, que entonces tenía como diecisiete años. Era esa Medellín áspera donde ser joven y hombre representaba un peligro. Por eso Alexis, que antes vivía en Bello, se fue para esa montaña del occidente. Su mamá, Celina, y su hermanita, Liliana, estaban felices en su nueva casa. Era propia, propia al fin, pues Sigifredo, su padrastro, había juntado unos pesos y comprado un lote en ese lugar que era todavía una invasión.

Al otro lado, en Las Independencias, la gente también se estaba tomando la ciudad. En 1979 llegaron a Independencias I los primeros “invasores”: “El 8 de marzo llegaron treinta personas y a los dos días ya había más de mil. Para 1985 se encontraban unas cinco mil familias de las que el cuarenta por ciento eran niños y niñas”, se lee en un informe de la Corporación Realizadores de Sueños. En esa época yo

apenas conocía las lomas de Juan XXIII y ese billar estruendoso al que después aprendí a llegar en bus.

Después de que se inauguró el metro, me metía por San Javier y caminaba desde abajo, por caminos de cemento construidos por el Municipio para acortar las distancias y los peligros. Se trató de una inversión en el mejoramiento de barrios que empezaban a ser reconocidos por la administración municipal. Otros asentamientos ilegales ya habían sido incluidos en el perímetro urbano: Antonio Nariño, El Pesebre, Los Alcázares y Santa Rosa de Lima, por ejemplo. San Javier y El Salado, los dos sectores más antiguos, oficialmente eran zona urbana desde los años cincuenta.

Ocupaciones y buenas intenciones

En los años ochenta y noventa, mientras la vida se desmoronaba para muchos en cualquier calle de Medellín, en el extremo occidental la esperanza se abría para otros tantos. Con convites y una fuerte organización social, las comunidades lograron llevar agua y luz a la mayoría de barrios de la comuna. En el 20 de Julio, por ejemplo, la que era la finca de don Eduardo Sierra se convirtió en un conjunto de casas grandes y cómodas, entre calles anchas y bien pavimentadas que hoy se agrupan alrededor de una iglesia. En la calle del atrio tienen sede la Corporación Realizadores de Sueños y la Asociación Mujeres de Las Independencias (AMI), muestra viva del coraje y valor civil de los habitantes de la Comuna 13.

Cuando tuvo a Matías, su único hijo, Alexis se fue a vivir allá, apenas a tres minutos de San Javier, la zona central de la comuna. Tenía un taller de confecciones. El barrio está repleto de tiendas de abarrotes, remates de productos chinos, asaderos de pollo y panaderías, almacenes de uniformes escolares, tiendas de helados y cremas y de todo lo necesario para el celular. También hay salas de Internet, salones de belleza, estudios fotográficos y, en medio de todo, una terminal de buses. Además, la zona ha sido intervenida bajo la consigna del urbanismo social popularizado después de 2002, cuando varias operaciones militares, entre ellas Orión, humillaron a la población civil con muertes, desapariciones y desplazamientos por la amenaza del fuego cruzado.

Desde entonces, el Estado ha buscado frentes adicionales al militar para hacer presencia. Las escaleras eléctricas de Las



Independencias y el Parque de la Paz, a dos cuadras de la iglesia del 20 de Julio, son muestras de ello. Estas nuevas construcciones se mezclan, entre callejones y morros, con más de cincuenta mil viviendas –casi todas “humildes”–, una decena de bases militares, nueve puestos de policía, una docena de instituciones educativas y una veintena de iglesias. A simple vista, pues, el paisaje de la 13 hoy muestra una mezcla de buenas intenciones estatales y militares habitando casas y casitas que no fueron pensadas para la ocupación “militar”, ni mucho menos para ser guarida de los ilegales al servicio del narcotráfico que también allí abundan. Por esas circunstancias, y por el empuje de la organización social, este pedacito de Medellín luce cada vez mejor, en especial en la centralidad y en Las Independencias, donde adornan el mismo paisaje de siempre los grafitis, jardines y murales hechos por jóvenes que optaron por el arte como camino para sobrevivir y soñar en medio de la hostilidad.

En Independencias I están las famosas escaleras eléctricas, únicas en su tipo en un barrio popular de América Latina. Son seis tramos techados cual centro comercial, que te suben y te bajan atravesando el morro. A lado y lado se ven casas y tiendas, todas bien coloridas después de la intervención urbana, con anturios colgantes y murales pintados por los mismos artistas de la comuna. Al llegar arriba, casi a la cima del monte donde están los militares, también en los techos se aprecian colores. La gente de Casa Kolacho, una corporación cultural con sede en San Javier, se encargó de poner rostros, flores y paisajes rosas y azules en los techos de las casas contiguas a las escaleras. Desde la parte más alta se divisan el barrio Juan XXIII y las estaciones del Metrocable, construcciones de cemento de tres pisos entre enormes columnas que sostienen los cables. Desde Vallejuelos hasta Nuevo Occidente, las estaciones no se ven. Están detrás de la montaña que aloja los barrios La Quiebra y Juan XXIII, y que en su parte de abajo, hacia Robledo, acoge a Blanquizal, barrio Metropolitano y Mirador de Calasanz. También se atisban el barrio Nariño y el sector Peñitas, que están sobre otro morro donde también hay, en lo más alto, bases militares.

Las marcas de la memoria

En algunos casos, las bases del ejército son casas comunes acondicionadas para la vida militar: cocina con raciones de panela, arroz y sal, colchonetas en el piso, jabón rey para lavar los uniformes y clavos en las paredes para colgar los fusiles y las tulas. La que había junto a la casa de ‘Jeihhco’ –uno de los líderes culturales de la comuna–, en Nuevos Conquistadores, incluso estaba pintada como el camuflado de los uniformes. Otras son construcciones nuevas, como la que se levanta arriba de la casa de Alexis. Sin exagerar en nada, la Comuna 13 es la zona urbana de Colombia con mayor presencia de la fuerza pública. Por eso es común ver camiones de la policía militar, camionetas con sirenas y soldados de botas largas trepando por las pendientes en patrullaje constante.



La presencia militar se anuncia al llegar a la parte más baja de la comuna. A la salida de la estación del metro de San Javier hay policías requisando a los muchachos y soldados pidiéndoles la libreta militar. Aunque las “batidas” son ilegales, los uniformados de la IV Brigada amenazan a los jóvenes con llevárselos para el cuartel. En algunos casos, incluso los suben al camión. Si el joven retenido es conocido, si es del movimiento social o del parche cultural, o si su familia denuncia ante las ong, viene la bulla en redes sociales y el llamado a la defensa de los derechos humanos. Entonces llega la Personería, cuyos funcionarios conocen bien estas calles, e interviene en favor del retenido, como hacían en esos días oscuros de la Operación Orión.



Allí, en la parte plana, zona de estratos 3 y 4, quedan Morada, una sede cultural con ensayadero para grupos musicales y una emisora en Internet; la ACJ-YMCA, una asociación internacional de movimientos juveniles; y la Corporación Cultural Casa Kolacho, que también es escuela de *deejaying*, grafiti y rap. En el Parque Biblioteca Presbítero José Luis Arroyave se dan clases de *break dance*, y en sus jardines, sembrados con plantas del proyecto Agroarte – Unión entre Comunas, adolescentes y jóvenes se reúnen a bailar.

José Luis Arroyave era un párroco de El Salado que después de denunciar los atropellos de la Operación Orión fue víctima de amenazas y posteriormente asesinado. En su memoria, la biblioteca lleva ese nombre, como en homenaje a Héctor Pacheco, 'Kolacho', se llama así la corporación. Antes de ser asesinado, este muchacho fundó el grupo de rap C15 y, quizá sin pensarlo, sembró un proceso cultural que revolucionó la vida de muchos jóvenes de la 13. Después del crecimiento de C15, los niños, adolescentes y jóvenes raperos se multiplicaron, también gracias a la Red Élite Hip Hop y al festival Revolución Sin Muertos que se celebra desde hace ocho años en la cancha de El Salado. Entre los callejones de la comuna se esconden varios ensayaderos y estudios de grabación de agrupaciones de rap y

mcs, y no es extraño toparse niños que hacen rimas en unas escaleras o en las gradas de una cancha.

En la 13, las líricas, las plantas, el periodismo comunitario, los festivales juveniles, los aerosoles, los talleres, los foros y las conmemoraciones de eventos de vida y muerte están marcados por la memoria. Al caminar la comuna se reconocen los rastros de la lucha contra el olvido en murales coloridos y grandes fotos a blanco y negro, y es palpable el mandato de no olvidar y continuar con el legado. Es el caso de Élder Varela, 'Duke', rapero del Comando Élite de Ataque, CEA, asesinado en 2013, cuyo rostro saluda al subir hacia Cuatro Esquinas. O el de Kolacho en San Javier. O el de la pintura de Andrés Medina, fundador de Son Batá, a quien también se tragó la violencia, en la sala de esa ong afro. A 'Morocho', adolescente asesinado en enero de 2014, lo recuerdan en la fachada del cementerio con plantas y pinturas con rostros de jóvenes sobrevivientes. La guerra, pero sobre todo la resistencia sin armas, enseñan sus marcas en el paisaje actual de la Comuna 13. Muchas esquinas y callejones han visto caer a sus habitantes. Y en paredes y calles, la comunidad ha hecho resurgir la vida con sancos, carnavales, proyecciones de cine, más y más arte.

Con la comuna en una mano

La 13 de antes y de ahora son esas montañas por donde se oculta el sol. El paisaje, visto desde el cielo, parece el dibujo de una mano con tres dedos. En el medio, además de la mezcla de construcciones varias, hay quebradas y quebraditas. Cada sector –cada dedo– es un trozo de tierra que asciende con su dorso de techos, ladrillos, planchas. Abajo está San Javier; a la izquierda suben las montañitas de Villa Laura, Betania, Belencito y El Corazón; en el medio, alrededor de la quebrada La Salada, se forma el barrio El Salado, y hacia el filo de la montaña se levantan los sectores de Nuevos Conquistadores, El Depósito, y El Seis. Después, sobre esa misma ladera, pero cruzados por otro caudal de agua, están Las Independencias, 20 de Julio, Eduardo Santos, El Hoyo y, más allá, Nariño. A la derecha, ya en límites con la Comuna 7, por las riberas de la quebrada La Iguaná, se forman Juan XXIII, Alcázares, El Pesebre, Calasania, La Divisa y Altos de la Virgen, que se incendió hace unos años y se reasentó en Vallejuelos.

En la paleta de la 13 se mezclan la madera de algunas casas, el naranja del ladrillo, el gris del concreto estatal y los colores pasteles de algunas unidades cerradas como San Michel o Calasania. Callejones estrechos, escaleras empinadas y pasamanos casi siempre amarillos abundan en todos los sectores de esa mano imaginaria. Abajo en San Javier, cerca de las quebradas, todavía quedan casas de bahareque con puertas y ventanas altas y jardines llenos de flores. Esa parte, la centralidad, es considerada la de mejor ubicación, y además cuenta con estación del metro y poca ocupación de “soldados” legales e ilegales.

Profesores universitarios con sus estudiantes, funcionarios de la alcaldía, gobernantes de otras ciudades y países se pasean por la 13 aprendiendo cómo puede el Estado cambiarle la cara a un sector marginal. Hoy la Comuna 13 tiene diecinueve barrios y un poco más de 160 mil habitantes, la mayoría de estratos 1 y 2, y aunque hay redes de servicios públicos desde los noventa, muchos se ven a gatas para pagar la factura y algunos todavía cocinan con leña. Los visitantes ignoran que un siglo atrás estas eran tierras de abundancia y paz.

Del campo al barrio

A principios del siglo pasado la Comuna 13 era una colección de enormes lotes baldíos atravesados por quebradas cristalinas, con una que otra finquita, una escuela, una iglesia y una tienda. Bosques, pájaros, arrieros y música abundaban en lo llano y en las lomas. En el siglo XIX el sector se conocía como La Granja, y en 1869 pasó a llamarse corregimiento de La América. Lo que hoy es San Javier entonces era una vereda, al igual que La Puerta y El Corazón. Según los registros, décadas después el sector era promocionado como zona de recreo. Luego, en 1938, la legislación local empezó a tratar de urbanizar el sector. Hoy,

la 13 es una muestra del poder de la transformación social y urbana, y, a la vez, conserva territorios y prácticas que evidencian su origen rural.

En La Loma, en límites con el corregimiento de San Cristóbal, los cerdos y los pollitos son el pan de cada día. Hay cultivos de pancoger con cebollas, tomates, ajés, lechugas y otras hortalizas que los vecinos canjean entre ellos y a veces venden. Si se cruza la cima en lugar de bajar la colina, se llega al sector Peñitas, al que también le dicen San Pedro, donde las parcelas de tierra son extensas y la realidad se parece un poco a la del campo. Aunque no hay tantos cultivos como en La Loma, en el último año algunos líderes sociales –entre ellos jóvenes artistas y raperos con sus madres, tías y abuelas– han estado promoviendo la siembra comunal.

Para mediados del siglo XX, una de las riberas preferidas por los recién llegados era La Iguaná. Allí se fueron ubicando familias campesinas que conformaron el barrio Las Brisas. Hoy, gracias a la fundación de la iglesia El Pesebre por un sacerdote, el barrio lleva otro nombre. Los primeros que llegaron a El Pesebre provenían de Valparaíso y Frontino. Pero según el informe *Memoria cultural de la Comuna 13* de la Secretaría de Cultura Ciudadana de la Alcaldía de Medellín, el barrio más antiguo es El Salado. Su origen data del siglo XIX, cuando el departamento estaba en plena expansión. Un camino de arriería cruzaba la zona hacia Santa Fe de Antioquia, y se dice que los esclavos que huían de sus gamonales en el Occidente antioqueño se asentaban en esta tierra de vientos frescos y claros riachuelos. En cercanías de El Salado estaba La Puerta, donde para 1986 había apenas una escuela con dos profesoras y estudiantes hasta tercero de primaria.

La vida revolcada

La base militar más grande está donde el Metrocable alcanza su máxima altura y se descuelga hacia la quebrada La Iguaná para luego atravesar la carretera al mar. Por ahí entré nuevamente a la Comuna 13 en el año 2006. Íbamos con el ejército en carros descapotados, motos y una camioneta, filmando la vida urbana de la Medellín de esos días. Los soldados nos contaban lo duro que la pasaban, y un teniente nos explicaba las bondades de la ocupación militar. Nos decía que después de 2002 habían tenido que quedarse en la comuna por ser una zona estratégica, limítrofe con el campo y la carretera a Urabá, por donde sale la coca y entran los fusiles que alimentan la guerra narco en la región.

En los años de las invasiones, y aprovechando la ausencia del Estado, las milicias de izquierda se tomaron las laderas y se asentaron allí comandos del ELN y las Farc. Luego, con la llegada de Álvaro Uribe a la presidencia, el Estado ordenó una intervención militar jamás vista en Colombia en una zona urbana, con la intención de desarticular esas células guerrilleras. Además de propiciar desapariciones, capturas ilegales, torturas y asesinatos de cientos de supuestos guerrilleros, fue



la violación de derechos humanos más grave en la historia de Medellín. “No mami, tranquila, eso no ha llegado por acá”, me decía Alexis desde el teléfono de su casa cuando las ráfagas de las operaciones Mariscal y Orión aparecían en las noticias.

En Peñitas, en límites con San Cristóbal, me contaron que por ahí marchaban, entrenaban y se bajaban para la centralidad decenas y decenas de encapuchados durante las operaciones del año 2002: paramilitares que, confesó después ‘Don Berna’, estaban realizando la “abatida guerrillera” en conjunto con la fuerza pública. Los civiles, como sucede hoy, llevaron la peor parte en la confrontación.

Para protegerse, muchos se han marchado de la comuna. Por eso se ven casas selladas con *stickers* blancos y logos de la alcaldía que dicen “vivienda protegida”. Si la familia declara que es desplazada intraurbana, deja su vivienda propia y no quiere que nadie se la tome por la fuerza, la institución activa una ruta que, a simple vista, consiste en una pegatina. Así, se supone, no perderán el bien que tanto les costó conseguir.

Algunos, como Alexis, pasaron años tratando de legalizar todo. Para finales de los noventa, su familia lo consiguió. En esa década, la mayoría de las invasiones resultaron oficializadas, sin que nadie sospechara que más y más gente seguiría buscando refugio en ese rincón de Medellín, aunque en proporciones menores. Como muchos habitantes de Juan XXIII, la familia de Alexis construyó un segundo piso, en el que planeaban que viviera su hermanito, el primero en embarazar a una pelada del barrio. Pero el hijo resultó ser de otro, entonces Sigifredo se quedó con el segundo piso, y después se separó de Celina y vendió el primero. Entonces volvieron a ser la familia Montes de la Hoz: venidos de Urabá, perseguidos en Apartadó, para sobrevivir alquilaron un ranchito en Bello y luego migraron al otro extremo del Valle de Aburrá. No les decían, en aquellos años, “esta es la Comuna 13”. Apenas si se conocían estos barrios “subnormales” poblados por obreros, desplazados de los campos y marginados por una ciudad que, mientras consolidaba su crecimiento económico, vivía su peor época de violencia y exclusión. Celina sufría mucho. No había electricidad, al menos no una estable y buena, el agua sí subía pero todo había que hervirlo, y el teléfono aún no llegaba. Después vendrían esas operaciones militares que les revolvería la vida, en parte para bien. Hoy su barrio es “turístico”. Lo miran desde el cielo quienes montan en Metrocable como experiencia “urbana”, y “extranjeros” de El Poblado, Calasanz, Buenos Aires o Aranjuez que se pasean por la 13 para avistar ese territorio completamente diverso, cálido, y a la vez hostil, donde el ingenio venció a la geografía.

Esto es lo mío

En los años setenta, Antonio Nariño y Los Alcázares se consideraban asentamientos piratas. En la década siguiente, Blanquizal y El Corazón se institucionalizaron como barrios. Fue en ese mismo periodo cuando se fundaron Las Independencias. Hasta allí llegó Socorro huyendo del barrio Castilla. Hoy la vemos fotografiada en la fachada de la AMI, en el límite del 20 de julio con Independencias I, una esquina bastante recorrida desde 2011, cuando se inauguraron las escaleras eléctricas que la señora todavía no conoce. En la foto de gran formato se ve a Socorro con camisa a rayas, la mirada hacia el cielo y las manos juntas, en una impresión en blanco y negro en la que por sus rasgos se adivina que es afrocolombiana. Sus padres nacieron en Chocó y se desplazaron a Medellín, y mucho más tarde, cuando ella se casó, todos se fueron a vivir a la zona noroccidental.

Con cuatro hijos en brazos, se puso a averiguar, y una amiga le contó que estaban feriendo lotecitos en Las Independencias. Ella llegó al sector III y alzó una casa con madera y plástico. Tras veinte años de trepar la loma desde la llanura de San Javier y cruzar luego por el 20 y El Huevo, esta mujer de más de cincuenta años conserva las piernas gruesas y firmes. “Hoy no es nada andar esas faldas o pasar de un sector a otro. Los barrios se llenaron de pasamanos al tiempo que pavimentaron escalas, escalitas y callejones estrechos que antes eran de barro”, me dice con su voz ronca y fuerte.

En ese tierrero generoso Socorro levantó a su familia y creció como mujer y líder comunitaria. Allí mismo, en calles que hoy evita pisar, cayeron un par de sus hijos y ‘Fonso’, su nieto. Pero ni siquiera la partida de su nieto, que murió de dieciséis años, ni las múltiples dificultades por las que ha pasado, la han hecho abandonar el barrio. “Esto es lo mío, esto lo hice yo, aquí están mis manos, mi amor, mi fe”, me explica. “De aquí me voy pero en el cajón”, me dice, al igual que Alexis. Desde las ventanas de la casa de Socorro, Medellín luce frágil e imponente a la vez, con sus construcciones diminutas y montañas majestuosas. ♦

Aérea del barrio
Belencito, 1973.







DESCANSO EL PLATANAL

EL PARCHE DE EL PLATANAL

Los sábados y domingos los habitantes del barrio Antonio Nariño sacan a relucir su espíritu festivo y conversador. El sector de la cancha y la calle 43, que corre paralela a la quebrada La Hueso, dejan de ser un espacio sosegado y solitario para transformarse en una fiesta larga y diversa en la que se mezclan tragos, humos, tambores y carbohidratos.

Tragos. Al borde de la quebrada, en el cruce de la 43 con la carrera 107, funciona el parche de El Platanal. Señores mayores, jubilados casi todos, brindan, juegan dominó o cartas, y si hay fútbol comentan goles y jugadas en una sala con techo de lata y sin más paredes que los árboles. Las sillas son una mezcla extraña en la que ninguna combina con otra: un sofá de cuadros aquí, una mecedora allá, una silla de comedor enseguida, una banca de metal en la mitad. El televisor, en cambio, es una compra conjunta que se guarda en una casa y se saca el fin de semana. La cerveza no falta, tampoco uno que otro guaro, y mucho menos las empanadas que allí mismo hace y frita una vecina.

Humos y tambores. Más arriba de El Platanal, en una diminuta zona verde, los vagos, artistas y bohemios del barrio, que son a veces ocho, a veces doce, montan su chirimía. Sentados sobre piedra, manga o muro, este grupo de borrachos y trabados, más o menos treintañeros, acompañan tambores, flautas y guacharacas. El humo que expelen mientras tocan se mezcla con el del otro lado y otra índole, y luego llega a la cancha con olor a leña y comida.

Carbohidratos. Antes de la cancha, muy cerquita de la caseta de bebidas y mecatos, los vecinos –y a veces familias enteras– arman el fogón de leña. Habrá sancocho, habrá comilona. Si hay buen recaudo, alcanza para gallina o res, si no, para lo que resulte más barato. El programa consiste en pelar y picar papas, yucas y plátanos mientras los más chistosos del barrio echan sus cuentos y dramatizan. Al que llega con su plato se le despacha la succulencia, y el más animado escoge pareja para bailar.





Antonio
Nariño



El San Javier de la memoria

Por José Gabriel Baena & Gaviria

La casa

Cuando nací, la familia vivía en el puro San Benito, en la esquina de la calle La Paz frente a la estación del tren que venía desde muy lejos, de Puerto Berrío. Allí bajaban los miércoles centenares de novillos que iban para el matadero, que quedaba más o menos donde hoy es el puente de la calle Colombia. Simplemente soltaban desde los vagones esa multitud de bestias de grandes cuernos que corrían en estampida como en las películas del Oeste, y entonces los vecinos tenían que resguardarse en sus hogares a mirarlos desde las ventanas “de asiento” hasta que los arreaban los peones. Era una ciudad medio rural, carrasquillesca. La casa era de mis abuelos maternos, enorme, con muchas habitaciones en fondo, en seguidilla, dos patios y un solar muy grande donde había una ardilla color miel. En la cocina todavía se usaba ese artefacto para proteger de las ratas las viandas delicadas, carnes, legumbres, que se elevaba con un lazo y se perdía en la oscuridad, como en algún poema de cartilla. Había una despensa o cuarto útil de ahora que era toda una habitación, con puerta verde, en donde nos colábamos a jugar escondidijo los niños, que conmigo éramos cinco, muchos, y eso fue lo que provocó que mi papá buscara y consiguiera un crédito de “la Cooperativa” –de Habitaciones– para construir una casa propia en San Javier. Nos pasamos, según me cuentan mis hermanas, el 7 de agosto de 1956, a la casa todavía en obra negra marcada con el número 99A - 62 de la calle 49.

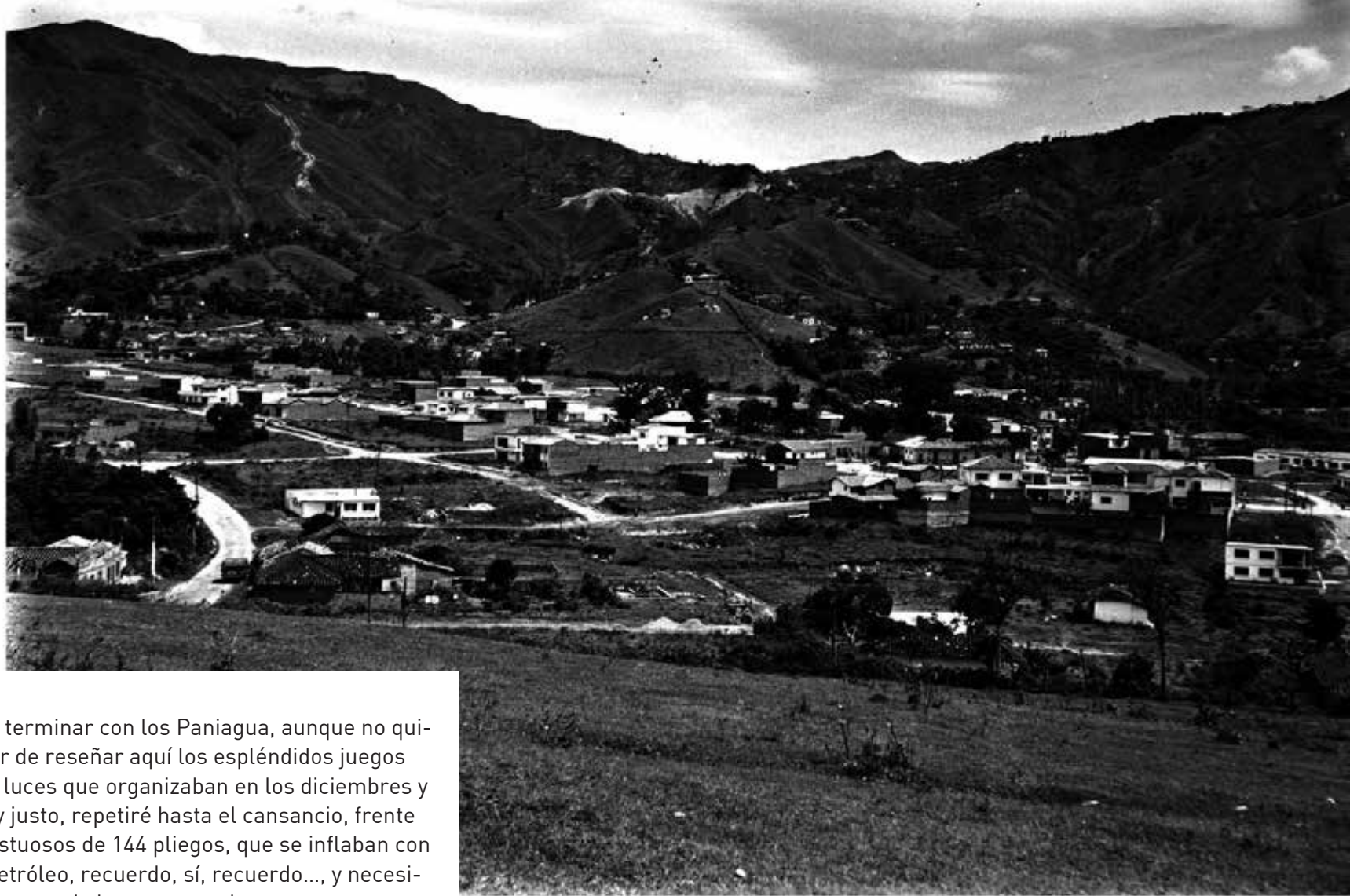
El fin del mundo. Ahí se acababa la nomenclatura de Medellín y empezaban el campo, el monte, las quebradas, la libertad, el cielo. La calle no estaba pavimentada. Era tierra y cascajo. Al frente había una finca inmensa, una casona antigua de tapia, propiedad de don Juan Paniagua, quien sería entrañable para nuestra familia. Al lado de esa finca, llena de árboles de mango, estaba la de doña Teresita, con una plantación de café. Y más allá, el corregimiento de El Socorro,

lugar de hermosos negros músicos y cazadores, y de los mejores fabricantes de globos y pólvora de la ciudad. ¡Ah!, y de soberanas y gigantes cometas. La Banda Paniagua fue durante años la “animadora”, si me permiten decirlo, de las procesiones de Semana Santa, y la que resonaba pasodobles en las corridas de toros en La Macarena. Los Paniagua también eran, ya lo dije, cazadores. Muchísimos sábados madrugaban, tomaban como base de operaciones la finca de don Juan con sus esbeltos perros ingleses cruzados con sangre criolla, sus escopetas, sus caballos, y se perdían monte arriba, trepando hacia San Cristóbal, a esos bosques nativos, a las quebradas de El Tobón, a la torrentosa Iguaná, y bajaban al crepúsculo con sus presas: liebres, armadillos –que llamaban “guaguas”–, y no sé qué más desventurados animalitos. Ya volveremos con los Paniagua.

Como no soy una escritora femenina de las que ocultan su edad en las solapas de los libros, diré que nací el 25 de diciembre de 1952 en la clínica León XIII del Seguro Social, de modo que cuando nos pasamos a San Javier yo tenía tres años y medio y es desde entonces que más o menos recuerdo el mundo, hasta hoy cuando empiezo a olvidarlo de una vez y para siempre con esta crónica. La casa, como dije, en obra negra, la había diseñado el ingeniero Evelio Ramírez Martínez –futuro alcalde–, y como casa dibujada por ingeniero no era bonita pero sí muy sólida, de dos pisos, y con un solar muy grande que fue dividido para el jardín de mi mamá y el patio de las gallinas ponedoras. No había llegado todavía la luz a nuestra cuadra, de modo que por la noche nos alumbrábamos con unas inmensas lámparas Coleman, lo que producía un efecto fantasmal. Pronto la familia se volvió uña y mugre con la de don Juan. Dos de sus hijas venían a planchar la ropa y a ponernos las inyecciones de turno para los males de la niñez, muchísimos, y nos contaban historias de brujas y aparecidos que nos llenaban de pavor a los muchachitos, y que se juntaban con los cuentos de Nanda, nuestra señora del servicio propiamente dicha.

De toda esa cuentería creo que se formó en mi espíritu de niño la vocación por la narración, por los libros, que había en la casa por centenares, y no en la escuela. Muchos libros, porque mi papá don Bernardo era librero de “la América, frente a la puerta del Perdón de La Candelaria” y de los Baena de la librería La Pluma de Oro, una de las más antiguas de la ciudad, fundada en 1912 por don Guillermo Johnson. Un vívido recuerdo de esa época sin luz es del día en que fue derrocado el dictador Rojas Pinilla, el 10 de mayo de 1957: sentados en el murito del antejardín en la oscuridad del crepúsculo, las señoras vecinas no paraban de decir “¡cayó Rojas, cayó Rojas!”, y yo miraba sin entender nada unas lucecitas precisamente rojas y lejanas de la ciudad, que titilaban allá por oriente... Bobo que es uno de nacimiento, y eso no se quita, a mucho honor, más hoy cuando dicen que todo niño nace aprendido y con su *tablet* bajo el brazo.





Pero siguiendo y para terminar con los Paniagua, aunque no quisiera, debo hacerles el honor de reseñar aquí los espléndidos juegos de pólvora de la dura y la de luces que organizaban en los diciembres y en las fiestas parroquiales, y justo, repetiré hasta el cansancio, frente a mi casa. Y los globos majestuosos de 144 pliegos, que se inflaban con un gran mechón oloroso a petróleo, recuerdo, sí, recuerdo..., y necesitaban que un tipo se subiera a uno de los mangos altos para sostener el cucurucho mientras se elevaba hasta perderse, confundida la luz de su candileja con la de las estrellas. Para rematar entonces con las cometas “mesas” y “mediamesas” de tela y esbelta armadura de caña, que ayudábamos a subir al morro para elevarlas las tardes de sábado con enormes tambores de fina cabuya. ¡Honor a los Paniagua, inspiración de mi niñez!

El templo, la escuela

Como casi todos los templos de Medellín en los años cincuenta y sesenta, el de Nuestra Señora del Carmen fue construido a punta de empanadas. El parqucito del barrio, con un lago y una pata y tres patitos, dos columpios, un mataculín, un deslizadero y un “pasavolante”, era los sábados y domingos el centro de reunión de una docena de señoras-bien con sus empleadas del servicio, que llevaban sus grandes pailas freidoras y sus hornillas de carbón para el efecto: la producción de centenares de empanaditas de papa muy ligeramente teñidas de carne, deliciosas a morir, amenizada por música radial de carrilera que aún no llevaba ese detestable nombre. La primera canción que oí en la vida, allí, decía: “Quisiera ser diablo, salir de los infiernos, con cachos y con cola, el mundo a recorrer...”. Eso me marcó. La energía para el amplificador la cogían de la casa de doña Barbarita, al frente. Venía el pueblo raso desde las colinas, desde La Loma, desde el entonces denominado corregimiento de El Socorro, y se montaba una sencilla fiesta donde no faltaban, presumo, los aguardientes para los señores.

La construcción de “la iglesia” duró años –y nunca se terminó en verdad esa fábrica, con resultados que aún brillan por su fealdad-. El día que volví, no terminaba de subir el último peldaño del atrio cuando el monaguillo se apresuró a cerrar las puertas, como si supiera que venía este blasfemo. No pude entrar. Siquiera. En ese templo pasé horas terribles en las misas interminables de cada ocho días, rodeado de mártires ensangrentados y sobre todo amilanados por la mirada del Terrible Juez en su cruz mediodesnudo. Lo que me lleva en *flashback* a las semanas santas, donde mi papá, cristiano de los de antes y Caballero de la Orden del Santo Sepulcro, marchaba con los suyos en la procesión nocturna del Viernes Santo, cargando el pesadísimo catafalco. Esa procesión tenía fama a este lado del río y venían turistas de muchos barrios, una hermosura entre tinieblas. Muchas veces, en casa, me vestí con el hábito y el gorro puntudo, como los de las semanas santas de España, y me sentía por supuesto puro y manso, beatificado. ¡Vana ilusión que en el tiempo y sus dobleces misteriosos no se cumplió! ¡Y eso que leí tantas vidas de santos! Lo cual demuestra que en el mundo no hay justicia.

En ese mismo templo de Nuestra Señora del Carmen hizo este niño su Primera Comunión el 29 de junio de 1960, hay foto. Estaba en primero elemental, ya había aprendido a leer y era el mejor de la clase en la Escuela Pío XII, en el grupo de la Señorita Carolina. Debo decir que durante mis cinco años en la Pío XII fui siempre el mejor, icé mucha bandera, gocé mucho aprendiendo inutilidades hoy casi todas



olvidadas, como por ejemplo las largas y largas páginas de la *Oración a Jesucristo* de Marco Fidel Suárez con las que cerré el acto público de quinto grado, y que tardé medio año en memorizar, y también sufrí cantidades con los niños-bestias de gran tamaño que practicaban conmigo el matoneo, puras golpizas, que no es invento nuevo.

Al hablar de “gozo” creo que me estoy refiriendo a los centenares de revistas de vaqueros y tarzanes que leí a escondidas de los maestros en un recoveco del patio, durante los recreos de media hora, y que eran alquiladas por compañeritos avispados, negociantes y triunfadores desde chiquitos. Esas revistas también se hallaban por montones en la Barbería Amigo de Luis Eduardo Vallejo, adonde mi papá me llevaba a “mutilarme” al estilo “americano” cada mes: rapada total objeto de burla y más golpizas de mis compañeritos en la Pío XII. Quedaba la maldita peluquería bajando unos pasos de la 99 por la 44 (la calle San Juan terminaba allí, volteaba a la izquierda y una cuadra más arriba, en la esquina de la iglesia, se mezclaba con “la 100”), y para escribir estas líneas pasé por enfrente con intención masoquista: ni rastro de nada, una puerta gris metálica, plagada de grafitis. ¡Adiós a todo eso! ¡Ya no mires hacia atrás con ira! En venganza, por eso fui tan peludo después, y todavía.

Una cuadrita abajo de San Juan estaba la calle que bajaba hacia la escuela desde el parque, y justo en la esquina de la escuela estaba la casa donde muchos años después viviría el mejor surtidor de la yerba bendita que acompañaría mis años de rock con los amigotes de mi cuadra. Por todo el borde de esa calle bajaba uno de los brazos de la quebrada La Hueso, protagonista de mil inundaciones o “crecidas”, para delicia de los niños más atrevidos que se aventuraban, sostenidos con lazos, a pescar con las manos y con tarros de galletas extraños peces bigotudos, qué sé yo, “capitanes”, sabaletas.

La cancha

Cuando nos pasamos, en la 49 solo había cuatro casas: la de don Gerardo con su kínder, la inmensa de don Iván, que tenía una sensacional camioneta verde, uno de los pocos autos que había en San Javier, la de doña Cecilia con siete niños, y la de don Tiberio que estaba en construcción. Entre casa y casa reinaban los matorrales, delicia para jugar al escondido, y detrás de todo ello una inmensa zona de unos cien metros de longitud, llena de arbustos y hierbas altas, donde de vez en cuando los muchachos más grandes cogían espantosas serpientes anaranjadas y las metían a morir en frascos, para espanto de los vecinos. Y detrás de esta peligrosa sabana africanoide bajaba desde El Socorro otro de los brazos de La Hueso, todavía cristalina y mansa, donde se podían pescar bajo el sol de la primavera pececillos de colores, buchonas, ranas, y admirar a los burlones sapos que nos acechaban entre las matas de agua.

La quebrada, por la 99, daba un peligroso doblez hacia la casa de don Gerardo, lo cual provocó que una mañana llegara una gran "catapila" –nombre medellinense para los *bulldozer* Caterpillar– que arrasó con la floresta y enderezó la quebrada, convirtiéndola en un torrente veloz que acabó con peces, sapos y libélulas. Quedó entonces esa gran superficie medio ondulada que pronto se convertiría en la única cancha de fútbol de San Javier, lugar futuro de fenomenales encuentros o desafíos con los equipos de los barrios cercanos, Santa Lucía, La Pradera, La América, Barrio Cristóbal, El Socorro. De la parte nuestra estaban los mejores jugadores que haya visto jamás, casi todos descalzos o con tenis rotos, William, Omar, 'La Rata', Horacio –el único con guayos porque el papá era talabartero–, Álvaro, Melo. Naturalmente los equipos se formaban al azar cada sábado o domingo, y el único más o menos estable al que pertencí fue nuestro Independiente Huracán, donde yo era el mejor defensa que hubo en esos territorios hoy soñados, y me llamaban "la muralla de oro".

Nos ganamos un campeonato con trofeo y todo por allá en diciembre del 63, cuando yo estaba en cuarto elemental. Casi todos los jugadores de esos equipos fueron después diezmados por la miseria –yo era dizque de los "ricos"–, se volaron de la casa y se perdieron para siempre, o llegaban noticias de que los habían matado, cosa que ni siquiera nos llenaba de estupor. "Mataron a William", contaba una señora mientras llenaba sus hermosos frascos de vidrio en el coche de caballos de Proleche. "¿Sí?", y seguíamos adelante con el día, con lo nuestro.

Nuestro fabuloso portero de Independiente Huracán, Gabriel, era hijo de un señor muy gruñón que tenía una carretilla donde vendía, cerca de la iglesia, tres plátanos verdes, cinco bananos, chicles, papas viejas. Siempre se mantenía Gabriel con una gruesa chaqueta, aun en los más calurosos veranos, nadie nunca lo vio sin ella, y un día nos contaron que se había muerto. "Se mató Gabriel con unas pastillas, no vayan a ir a esa casa porque es mala educación", dijo mi mamá. Y al atardecer pasaron frente a mi casa con el ataúd, rumbo al cementerio, sin pasar por la iglesia, castigo a los suicidas.

El cine

La primera película que vi en la vida fue *El hijo de la choza*, la vida de Marco Fidel Suárez, dirigida por Camilo Correa –el famoso 'Olimac', pionero del cine colombiano–. En blanco y negro la cinta, y en una sola copia, la paseó por los principales municipios de Antioquia entre finales de los cincuenta y principios de los sesenta. La vi, con la familia en pleno, frente a la finca de don Juan cuando todavía no había luz, proyectada con la energía de la batería de "la bola", la camioneta de don Camilo, contra el muro trasero de lo que después sería "el edificio" (de cuatro pisos, una sensación). Recuerdo vívidamente que antes de la película dieron un corto sobre "los bandoleros" que plagaban el país: un par de ingenuas escenas donde los malignos emboscaban un bus y les robaban sus pertenencias a los pasajeros: la estática historia de Colombia, niños, que se repite a diario sesenta años después: "Todo es igual, nada ha pasado, el horizonte es el mismo...".

Esa primera y sorprendente conexión con el cine me fue reforzada cuando el padre Pedro, el párroco, se las ingenió para que en la bodega de la construcción del templo se proyectaran cada domingo a mediodía –para ayudar con las obras– las películas aptas para toda la familia que había en la ciudad. Unas pocas, como *Pollyanna*, con Shirley Temple, *El mártir del calvario* –aunque no fuera temporada–, *Yo pecador*, *Torres negras*, *Pasión gitana*, muchas de Tarzán con Johnny Weissmüller... Aunque los proyccionistas también lograban colar espléndidas cintas para "mayores", de vaqueros como *Los forajidos de la pradera*, o *La reina de los piratas* o *La masacre de Fuerte Apache*.

Entusiasmado con el cine, el párroco logró construir, mucho antes de terminar la iglesia, y a pocos metros, el grandísimo teatro San Javier, que de inmediato entró a competir con el Santander de La América. Allí vi unas doscientas de vaqueros, de comediantes como el fastidioso Jerry Lewis, de Cantinflas, de Viruta y Capulina. A veces al administrador del teatro se le iban algunas horribles e ininteligibles mexicanas en blanco y negro con Arturo de Córdova, Libertad Lamarque, Agustín Lara y ¡María Félix! En alguna de estas últimas aprendí la palabra "narcómano", en lo que terminé por convertirme en la ancianidad.

Pero la película que vi allí y la que más me maravilló, apenas a los diez años, fue *La ventana indiscreta*, de Hitchcock, a la que pude entrar con dificultad con la única boleta con que me gané algo en la vida, en un matinal, con el número 001492. El portero no me quería dejar pasar porque era "para mayores de catorce", pero logré escurrirme. De ahí mi vida siguió iluminada para siempre por lo que llamaban "la pantalla de plata", frecuentando los cines de más abajo como el hermoso América, el Rívoli, y después los del Centro, los clásicos, el Lido, el Ópera, el Metro Avenida, que no son objeto de esta crónica, hasta llegar a la cumbre borrascosa del mal que me partió la cabeza, *La naranja mecánica* de Kubrick, en el 73.



El rock

El nadaísmo y el rock duro llegaron casi de manera simultánea a mi vida. Mi hermano mayor, Jesús, tenía un amigo del Liceo Antioqueño, Mario Zapata, que era un habilidoso guitarrista y solía ir los sábados por la tarde a mi casa a tocar las primeras canciones de los Beatles, por allá en el 64. Y tenía un par de libros del naciente nadaísmo, fundado haría unos cinco años, *HK-111* de Gonzalo Arango, no sé qué otro más. Esos libros no me interesaron mucho hasta el 67, cuando llegó a la casa con *Los monólogos de Noé*, de Eduardo Escobar, y con un LP de los Stones, *Beggars Banquet*, acompañando al prodigioso Sergeant Pepper's de los cuatro de Liverpool.

Esa combinación tan bomba, *oh brothers*, me llevaría en el 71 al misérrimo Festival de Ancón, en La Tablaza, burda imitación paisa del de Woodstock, de agosto del 69, cuya película vi el 25 de diciembre, un año después. Creo que soy uno de los pocos peludos que quedan en Medellín con el álbum triple de esa cinta, que pongo en venta en este texto. El 1 de diciembre del 69, en quinto de bachillerato, me compré mi primer disco de la vida y de los Rolling, su antología *Through the Past, Darkly*, cuya carátula octogonal importada y doble, con los cuatro Stones peludísimos al frente, causó sensación y repugnancia en mi casa. Era un homenaje póstumo a Brian Jones, el mejor músico de la banda, ahogado en su piscina hacía solo cinco meses. Con ese disco, más otros de los Beatles, Led Zeppelin, Jimi Hendrix, Frank Zappa, los Moody Blues, Jethro Tull y otros grupos gringos, fui pasando esa horrorosa transición del bachillerato a la Universidad Nacional, que se mantuvo cerrada por las huelgas más grandes de su historia entre el 71 y el 73.

Yo era el único y primer hippie triste de San Javier, recluso en casa, viajando cada dos o tres semanas al Centro, a Junín, al Parque Bolívar, a las escaleras de la catedral donde me encontraba sin hablar apenas con dos o tres mechuditos, hasta que llegó a la cuadra, a una casa nueva, una morena gordita que, de verme pasar por el frente con

algún disco, se atrevió a llamarme y a preguntarme por la música, etcétera. De un momento a otro me encontré fumando yerba con "Ángelus", que también se mantenía en casa sin saber qué hacer con la vida. Ángela, extrovertida y entrona, pronto llevó a mi vida a otros amigotes, entre ellos a Marcos, el de una casa casi en la esquina de la 99, y en los muritos de la casa de Marcos y de la mía nos fumamos, entre el 73 y el 77 –cuando partí del barrio hacia las Europas, al lejano Estocolmo–, unas tres toneladas de la terapéutica coliflor índica.

Y nos oímos centenares de veces los mejores discos de ese grandioso Nuevo Renacimiento musical que fue el rock entre los sesenta y setenta, como dijo alguna vez Plant, de Zeppelin, "la sangre, el trueno y el martillo de los dioses". En noviembre de 2014, tomando notas mentales para esta crónica hablada, fui al barrio y me senté de nuevo en esos muritos de mi cuadra y de mi casa, donde hoy funciona una temible YMCA gringa: la asociación de jóvenes cristianos, irreconocibles las fachadas de las casas pero sí con los árboles crecidos que sembramos años ha, solo quedaron ellos, y juro que no sentí sino la nada nadaísta. Ni siquiera me invadió mi amada melancolía dureriana. Todo el barrio me pareció además de una pequeñez asombrosa, calles estrechas, multitud de negocios en lo que fueran las entrañables residencias de mis compinches, y centenares de antioqueños bullosos y pueblerinos, hasta un casino al frente de la iglesia: todo por el metro, aseguro, que llegó hace veinte años con su labor destructora, y que la alcaldía me disculpe.

Pero tampoco, no seamos tan duros. En mi visita de un sábado a ti, barrio de mi niñez y juventud, aprendí algo: que ese regreso fue –como en el eterno retorno de las cosas de Nietzsche o en una odisea interestelar– un viaje al futuro pasado donde las únicas herramientas para cruzar los pliegues del espacio-tiempo fueron el Recuerdo, la Levedad y el Amor ♦





¡Ay que Laureles!

Textos sobre Laureles tomados del libro,
Niño de buena ortografía mata a su hada madrina
de Rubén Vélez

DE LA CARRERA 74 A LA ETERNIDAD

Yo tendría unos seis años. En la sala de velación yacía el cadáver de Beto, un vecino de mi edad que estaba dotado de resortes. No recuerdo si me puse triste o trascendental. Mientras jugábamos a las escondidas, cayó de bruces sobre una de las estacas de la verja de su casa, y enseguida se desangró. Se escondió para siempre. Beto, campeón precoz de salto mortal: en un santiamén pasó del todo a la nada. ¿O viceversa? Propongo la más trascendental de las cuestiones para que no salten de la indignación los lectores dotados de fe.

(La tienda de la esquina. Todavía existe. Tienda y cantina. Y la otra casa del intelectual de la cuadra. En sus paredes se manifestaba nuestra incipiente sociedad de consumo. “Mejor mejora Mejoral”. “Su fama vuela de boca en boca”. “La chispa de la vida”. Se llamaba y se llama Los Chalets. Su atmósfera debía de contener un elemento extraterrestre: ahí no había peleas).



MANIFIESTO MEDIOCRE CONTRA LA MEDIOCRIDAD

Así debió ser el barrio Laureles. No era pedir la luna, y, sin embargo, ese proyecto se realizó a medias. ¿Por qué nos gustará tanto la mediocridad? ¿Consideramos que los mundos bien hechos son aburridos? Digámonos, para consolarnos (para seguir siendo mediocres), que en Suiza nos moriríamos de la depresión.

(Por el camino de la mediocridad. No se sabe con certeza quién ha sido el señor del señorito del cuento, si el cuadrúpedo o el cuaderno. “Ningún criado puede servir a dos amos”. No hay día en que el primero no lo apremie a salir, y no hay día en que el segundo no lo apremie a quedarse. Pese a la advertencia bíblica, él se ha preocupado por satisfacer a los dos. Y los ha satisfecho, pero a medias).





BALCÓN CON ÁNGEL DE LA GUARDA

Esa casa de la carrera 74, donde pasé parte de mi infancia, ya no existe. En su lugar se levanta uno de los edificios más feos de Laureles (otro arquitecto que no entendió bien el significado de la palabra arquitectura). Ya no está, pero su sombra se me aparece cuando avanzo por esa vía en dirección a un sauna, que los viernes, en vez de una toalla, te proporciona un preservativo (¿qué decir del marica prevenido? ¿También vale por dos hombres?). Si a la criatura de seis años que se ha asomado a ese balcón le proyectaran las escenas equis de su film del futuro, ¿cuál sería su reacción? ¿Se arrojaría al vacío? No seamos dramáticos. El niño Rubén, que se prepara para recibir la Primera Comunión, se diría, un tris trastornado, que se enfrenta a una treta del demonio, y se echaría la bendición y correría a ponerse la bata de seminarista que heredó de su padre.

(No había edificios. Sólo casas de uno y dos pisos que carecían de un estilo claro, precisable. Algunas eran bonitas. ¿Cuáles debieron salvarse del progreso? ¿El Jardín del Arte y La Casa del Millón? De la primera, me gustaba su piscina; y de la segunda, el tema de bronce que exornaba y asfixiaba su entrada, una cuadriga que me recordaba a Ben-Hur. A Charlton Heston, uno de los perturbadores de cabecera del señorito Ruh-Ben. Esa, la hollywoodense, fue la única construcción de Laureles que pasó a la historia. ¡Un millón de pesos! En 1961, cuando fue construida, eso era un montón de plata. Por haber costado tanto era el principal atractivo turístico del barrio. ¿Una casa de un millón? No puede ser, ver para creer. Medio Medellín sacó tiempo para admirar ese portento de la arquitectura moderna. Sin suspicacias, sin malos pensamientos, pues en esa época nuestros nuevos ricos no olían a gato encerrado. Todavía éramos ajenos al loco y desquiciador negocio de la coca. Hasta Elvira y Bernarda sacaron tiempo para mirar y admirar ese monumento al mal gusto, ese disgusto monumental para la estética. Seamos justos: la casa millonaria era un hito del nuevorriquismo, de la Colombia más viva, la que no se duerme en los laureles. Casa precursora, casa profética. Veinte años antes de que esta ciudad empezara a llenarse de nuevos ricos de gusto discutible –esos sí de ética raquíta–, ya contábamos con una propiedad que hablaba apropiadamente de ellos. Fue demolida en el año de 1999. Un mito menos. Como soy poeta, me toca lamentar su pérdida).



PASOS PAGANOS

La casa de la circular cuarta me habla de un paterfamilias que no predica con el ejemplo. Él no rezaba, pero sí rezongaba uno de sus retoños tardaba en comparecer ante el Sagrado Corazón de la sala, donde mi mamá, a las seis en punto de la tarde, empezaba a rezar el rosario. “Familia que reza unida, permanece unida” era uno de los lemas que circulaban con más estruendo por ese tierno mundo. Un día cualquiera se me ocurrió, sin duda, por físico cansancio, faltarle a la religiosidad. Don Alfonso gritó una y otra vez mi nombre judeopersa, y, como fue en vano, subió a mi habitación. Hice tan bien el papel de dormido, que se abstuvo de pasar a los hechos. P. 295



ESA BENDITA PARED

No lamento la desaparición de esa casa. A este ocioso, un viernes cualquiera, se le podría ocurrir arrimarse a la pared donde un laborioso progenitor, cada seis meses, señalaba los cambios de estatura de su prole (menos mal que se cansó de esa manía muchos años antes de que su sexto retoño empezara a arrastrarse). Veamos, pues, si este muchacho ha crecido; si los vicios de la lectura y la escritura le han servido para algo... Pared con pretensiones de paredón: no sabe si echarse a llorar o dar señales de ruina.

(Laureles, qué mundo más pobre para un poeta. Sin fantasmas. Sin laberintos. Sin leyendas. Sin ruinas. Sin callejones sin salida. Con cientos de hogares dulces. Barrio decente que embarra la posibilidad del Libro. ¿Cómo me las voy a arreglar para volverlo novelesco? ¿Tendré que poblarlo de balas perdidas, padres de familia de doble vida y uno que otro ascensor con sorpresa?).

BERNARDA ZAPATA ORTIZ

Las máquinas más eficientes de esa casa éramos la nevera y yo. La primera, sobra decirlo, funcionaba a todas horas. La segunda descansaba los domingos. Mis sitios de dignificación fueron la cocina, el lavadero y la mesa de planchar. El primero de julio de 1978, mientras enjabonaba una camisa de seda, mi motor se detuvo de repente. La máquina en cuestión tenía cuarenta y seis años.



UN BUS LLAMADO BAH

Para devolverme no tengo que oler ni saborear nada en particular; me basta con caminar tres cuadras y coger un bus de la ruta 191. Por la módica suma de \$1.600 viajo en una máquina del tiempo que me lleva a mis mundos esenciales. En primer lugar, mientras el bus enfila la circular cuarta en dirección al Parque de Laureles, emergen tres casas (a la derecha, parte de mi infancia; a la izquierda, el caso de las tres Luisas). Poco después, me sale al paso mi adolescencia (calle 41 con carrera 73). A dos cuadras del capítulo más importante, se alzaba la casa de la carrera 74, donde el pasajero sin tribulaciones pasó sus primeros años. Lo tengo fácil para recuperar el tiempo perdido. Dos o tres veces a la semana, el invento de Wells me lleva a cinco mundos del alma de institutriz; muchacho manos a la obra. Pero ese bus se dirige al centro, donde quedan mis lugares de abandono favoritos. ¿Tampoco hoy tendré suerte en la casa de Caracalla? ¿También hoy mi única conquista será una boca de la tercera edad?





Un bosquecito de guaduas

Por Mauricio López Rueda

A la sombra de un humilde bosque de guaduas descansa una añeja jauría de lobos sin colmillos. Tras una vida llevada con descuido se han visto obligados al vegetarianismo, aunque, la verdad sea dicha, es poco lo que comen y mucho lo que beben a lo largo del día. Casi todos son cincuentones, algunos suman unos pocos almanaques más. Se pasan los días y las noches en chanclas o en tenis, en bermudas y camisetas con leyendas como “no me critique que para eso me basta el espejo”.

Sus nombres: ¿Javier, Oliverio, Raúl?... No los recuerdo bien, y en realidad no importa. Ellos prefieren llamarse amigos, y se presentan como simples vecinos. Alguna vez fueron hombres con trabajos, familias, metas por cumplir, pero les pudo el licor, igual que a Hildebrando, el personaje dostoyevskiano que hizo famoso Jorge Franco Vélez. Hildebrando, según el libro, también fue vecino del Estadio en una época tormentosa de su vida, en una de sus tantas muertes.

Sumergidos entre aguas ardientes y dulces guaduas, estos nuevos Hildebrandos se burlan de sus propias vidas, quizá porque también se sienten cercanos a la muerte. Llamam a su bosque “el parquecito de los pájaros caídos”, y tienen una frase de bienvenida escrita en una tabla: “Prohibido sentarse sin educación”. La mayoría de ellos nacieron y crecieron en el barrio, al son de los tiples y las gaitas que otrora se escuchaban en cada esquina; unos pocos llegaron siendo niños y recuerdan los primeros años del barrio, antes de que se construyeran la Unidad Deportiva y el “coqueto” Atanasio Girardot, cuando al caserío lo llamaban El Arenal.

Unos recuerdan un pastizal repleto de pantanos, con unas cuantas casas desparramadas y silenciosas, como abandonadas. Otros recuerdan amplios potreros donde pastaban vacas sin dueño y caballos sin enjalma. Eran las épocas de Otrabanda, de los charcos de La Peña y la Calle de los Mangos; del hipódromo de La Floresta y del Club Hípico; de Gardel.

Sin embargo, el episodio más fijo en sus frágiles memorias es una balacera entre mafiosos en la década del noventa. Pablo Escobar era dueño de un bar llamado El Submarino, que hoy se llama La Vuelta a Oriente. No recuerdan cómo comenzó, pero el enfrentamiento fue largo y fatal. Más de cinco personas quedaron tendidas en la calle, justo al lado del bosquecito de guaduas. “Por acá todavía quedan algunas de las personas que trabajaron con Pablo Escobar, pero ya están un

poquito locos, más que nosotros”, expresa Raúl –si es que así se llama realmente– mientras exprime los últimos tragos de un “tapa roja”.

Según los registros históricos, todo comenzó en 1675, en la época en que Otrabanda pasó a llamarse Fracción de Belén. Hacia 1797 el sector aún estaba despoblado. La parte occidental del Valle de Aburrá apenas tenía 43 casas: veinte en Otrabanda y veintitrés en La Iguaná. La calle Colombia era conocida como La Alameda; el puente sería construido mucho después, en 1846, por el mecánico y ebanista alemán Enrique Hauesler, quien recibiría un auxilio de 200 mil pesos del gobierno de Tomás Cipriano de Mosquera.

Para los primeros años del siglo XX varias familias se habían asentado en las cercanías de El Arenal; sin embargo, fue en 1945, cuando comenzó a construirse la Unidad Deportiva, que llegaron innumerables familias a poblarlo, entre ellas las de los militares de la Cuarta Brigada. Ya el río no era obstáculo para la colonización, y aparecieron los Rabinovich con su granero La Troika. También llegó Alberto López de Mesa, quien gruñía cada vez que los niños se escapaban para la harinera El Arrozal a cazar tórtolas con los primeros rifles de copas que habían llegado a la ciudad desde Estados Unidos y Alemania.

El siglo XX iba por la mitad, avanzando pesadamente entre los escombros de cruentas guerras. Entonces ya no existía Gardel, pero sí el pequeño bosque de guaduas, construido a mano por los padres de los Hildebrandos esteparios. Allí se emborrachaba de vez en vez Betty Puerta, la famosa criadora de perros que en los años setenta se ganaría un concurso internacional con uno de sus más aventajados canes. Su criadero se llamaba El Rinconcito y fue objeto de innumerables crónicas periodísticas.

Se acabó el hipódromo de La Floresta y se acabó El Arrozal. Tampoco volvieron a escucharse los pasos de Hildebrando metido en su funerario traje negro. Se construyó el Obelisco en donde antes había una cancha de fútbol, y el Club Hípico cedió su espacio al estadero Casasierra, lugar maldecido por las señoras de bien pues sus maridos “dormían” allá viernes y sábados, detrás de las faldas de las solteronas de Laureles y Robledo. Cuántos poemas de Rodrigo Correa Palacios no se habrán inspirado en esas noches de aguardiente y parranda en Casasierra, por cuyas aceras pasaban esas negras exuberantes rumbo a La Iguaná.



Lo que era El Arrozal hoy es la Cuarta Brigada. Donde estaba el hipódromo, en terrenos del 'Oso' Jaramillo Sierra, está hoy la tumultuosa estación Floresta del metro. Ya no queda ningún charco y la quebrada La Hueso no volvió a salirse de su cauce para hacer estragos.

El barrio Estadio de esta infancia del siglo XXI es un suburbio estrato cinco en el que parece no vivir nadie. La gente que se logra ver en la calle no es del barrio, sino trabajadores ocasionales que se rebuscan el pan lavando carros, sacando escombros o vendiendo mazorra y aguacates. La mayoría de empleadas domésticas viven en las casas con sus patronas y, como ellas, si acaso se asoman a la puerta para recibir los domicilios y las encomiendas.

Uno de esos habitantes sin techo es 'Luis Comida', o mejor dicho Luis Paniagua, un "todero" de 65 años que hace más de 35 salió de su rancho en San Javier El Socorro a buscar con qué alimentar a sus hijos y a su esposa. "Me vine caminando sin saber adónde iba a llegar, por toda la quebrada La Hueso, que en esos tiempos no estaba canalizada y estaba rodeada de maleza. Entonces llegué al terreno donde hoy está la estación del metro de La Floresta, donde antes estaba el Hipódromo. Había muchos carros y yo me ofrecí a lavarlos. Me dijeron que sí y desde ese día seguí bajando. Con el tiempo me tomaron confianza y me ponían a desyerbar, pintar o hacer mandados. Así levanté mi familia", cuenta con orgullo 'Luis Comida', uno de los pocos forasteros que puede entrar a las casas de las señoras. "Por acá la gente es muy arisca, pero hay que entenderlos. Es gente mayor y con plata que no confía en nadie. Este barrio es muy solo y los apartamenteros siempre están al acecho", explica Luis, quien también trabajó como telefonista de la extinta empresa Tax La Montaña, que luego pasó a llamarse Suave Tax. Recuerdo

con nostalgia esos primeros años: "Cuando yo llegué, el terreno de la 79 le pertenecía a la familia de Los Chenos. Ellos empezaron a vender por lotes y se construyeron muchas casas bonitas, pero antes todo eso eran tuneros, lagunas, mangas con ganado. En la quebrada La Hueso, como nadie veía nada, mataban a mucha gente y violaban a muchas mujeres. Tuvieron que podar la maleza y poner vigilancia".

Ahora a Luis Paniagua le escasea el trabajo. En primer lugar porque ya se le nota la vejez, y en segundo porque muchas de las familias que lo acogieron ya no viven en el Estadio. Él, además, tiene otro argumento: "Este barrio siempre fue muy familiar, de casas grandes con patios bonitos, pero ahora están construyendo muchos edificios de apartamentos y la gente ya no necesita que uno les lave el carro", dice.

Ir al barrio Estadio es como no ir a ninguna parte. Uno es como una especie de fantasma para quienes lo habitan, y ellos, a su vez, tratan de pasar tan inadvertidos como la ley de gravedad se los permita. A pesar de las historias que lo rodean, hoy es un barrio que no llama la atención. Un barrio de cuya existencia se dudaría si no fuera por los mapas. Un barrio mediano, de 36,5 hectáreas, 36 manzanas y 1.712 casas, con alrededor de 210 comercios y 150 oficinas de servicios. Allá arrancó la emisora Colmundo Radio y tiene sede el Partido Liberal. Hay una que otra iglesia cristiana y pululan las empresas de seguridad privada. También es sede de oficinas de empleos temporales y del equipo Coldeportes-Claro de ciclismo. Desde que se construyó el Atanasio, entre 1952 y 1953, al barrio llegaron a vivir grandes figuras del balompié colombiano y mundial, como Mario Agudelo, Felipe Marino, 'El Charro' Moreno y Omar Orestes Corbata. Hoy en día, la figura más conocida es John Javier 'Choronta' Restrepo, quien tampoco se deja ver mucho por las calles bañadas de hojas de viejos sauces y gordas ceibas.

Pero la historia y la actualidad del Estadio van más allá de una pelota. Tiene que ver con grandes familias, grandes personajes, grandes momentos. Tiene que ver con los falsos laureles que traen noticias envueltas en suaves vientos; con los loros, petirrojos y golondrinas que improvisan cantos cuando amanece o cuando se va la tarde. Si se presta atención, se puede ver a alguno de sus habitantes salir a fumarse un cigarrillo, o a caminar cautelosamente hasta la tienda más cercana para comprar leche, huevos y más cigarrillos. Luego se vuelve a perder en la oscuridad de su hogar y el vecindario se queda solo y silencioso, como está casi siempre, hasta el próximo amanecer o hasta el siguiente silbido del celador, otro de esos fantasmas que, como uno, aparece y desaparece sin dejar rastro, como si jamás hubiera caminado esas calles ♦









Historias niñas

Por Rubén D. Lotero C.

Conozco mi barrio desde cuando se fundó, hace más de cincuenta años, en 1962. Lo sé porque en la tapa de hierro del alcantarillado aparece ese año.

Mi padre era empleado de Tejidunión, una fábrica de camisetas que le prestó el dinero para que pudiera acceder a un cupo de vivienda y endeudarse con la Cooperativa de Empleados de Antioquia, que desde los años cincuenta estaba construyendo Laureles. El lugar donde estaba la casa se llamó Urbanización La Primavera, pero solo en el papel, pues a los pocos años se le asoció con Florida Nueva, un barrio vecino, recién construido, diferente a Florida Vieja, que era de casas más antiguas y había crecido entre las orillas de la calle San Juan y las mangas y potreros donde se estaban construyendo los modernos barrios.

Antes vivíamos en una casa alquilada en el Estadio. Recuerdo que mi padre y el abuelo Antonio nos llevaron a los niños caminando, para que viéramos cómo estaba quedando nuestra nueva casa. Atravesamos la calle que venía del Atanasio Girardot, pasamos un puentecito curvo a un lado del velódromo, y caminamos por la 78 hasta la que sería nuestra próxima morada. La casa era la última de la cuadra. La calle terminaba en un alambrado que marcaba los límites con unas mangas donde pastaban varias vacas.

Al principio, el dueño de las reses, un tal señor Gaviria, nos dañaba a machete los balones que caían en sus predios. Uno lo veía pasar de sombrero hacia el callejón que comunicaba con Florida Vieja. Esas mangas se convirtieron en el escenario alegre y violento de nuestra aventura de crecer. Fueron nuestro campo hasta que construyeron allí otro barrio aún más moderno y exclusivo: El Velódromo.

La manga de atrás de nuestra casa, donde solíamos ir a jugar fútbol, estaba llena de plastas de boñiga, y a veces de hongos blancos que mi amigo Carlos Mario pasaba chutando como con rabia. Buscábamos piedras para hacer las porterías, y junto a ellas poníamos las peinillas o los llaveros o las navajas o las libreticas telefónicas que algunos, los más "pintas", ya acostumbraban llevar en sus bolsillos.

Mi hermano John era muy aliñado para jugar: camiseta, pantaloneta y tenis blancos. Era delantero, sacaba a los defensores enemigos tirándoles el balón por un lado para salir corriendo por el otro y luego tirar el centro desde la punta izquierda. Algunos muchachos vecinos se burlaban de él por creído, pero lo respetaban. Cuando en un partido había pelea, se retiraba. "Es mejor evitar problemas inútiles", decía, y

*Las chicharras con su monótono latido
rumian los muros de las casas
como si quisieran vengarse
del hombre que ha construido
una morada sobre sus prados
y charcas
como si intentaran enloquecerlo
introduciéndole la noche
por los oídos.*

se iba a tomar una maltica en la tienda de don Horacio, porque eso sí era útil, lo alimentaba.

Para ir a la iglesia de Lourdes había que cruzar una extensa manga hasta un callejón oscuro, un poco asustador ¿Qué misterios encerraban esos muros cenicientos? Allí cerca, en las mañanas y en las tardes, corría el balón entre las piernas de los niños de otros barrios vecinos, como el que mi mamá llamaba "La Ratonera". Una tarde vi jugar un desafío entre esa "barra" y mis hermanos. En nuestro equipo jugaba Jorge Ignacio, el primo trozo y alto que vivía en El Estadio y era "machito", por si el partido terminaba en gresca. Yo estaba sentado detrás de la portería, sobre unos bloques de cemento, único vestigio de lo que había sido un lavadero de carros. Miraba alrededor: ¿Cómo llegaban los vehículos hasta allí hace años, si todo lo que le rodeaba era manga y estaba muy alejado de la calle? A veces vuelvo en sueños a ese callejón.

Cuando era muy niño, mis hermanos y yo conseguíamos algunos cartones y, apostando carreras, atravesábamos charcos, cunetas y alambrados hasta llegar a un pequeño morro con un árbol frondoso de flores amarillas y rojas como gallitos, y nos deslizábamos por la pendiente una y otra vez. Éramos muchachos de pantalones cortos, descalzos, del campo que aún era el barrio, y la cauchera, hecha de horqueta de guayabo pulida, era nuestra arma. ¡Ah!, ese sonido de caucheras de la gallada. ¡Cómo avanzábamos por el campo, defendiendo la cancha de otras galladas!

Agosto, mes de los vientos, era la época de las cometas y del cruce de bandadas de mariposas monarca que venían desde el oriente y atravesaban nuestro campo de juego. Estábamos preparados: cortábamos chamizos y ramas y nos sentábamos a esperar en los montículos de la parte más alta de la manga. Algún amigo gritaba, y

en segundos aparecían miles y miles. El cielo se oscurecía de amarillo y negro, se escuchaba un zumbido suave de alas que no se parecía a nada. Entonces alzábamos las ramas para que quedaran enredadas. Algunas terminaban atravesadas por alfileres y expuestas en nuestros cuartos; otras las cogíamos entre los dedos, mirábamos cómo se agitaban tratando de zafarse, y las guardábamos en bolsas plásticas o en cajas de cartón para que nos hicieran compañía.

En diciembre, por el cielo de mi barrio pasaban globos de todas las formas y colores: trompos, bolas, cajas... Si contábamos con suerte, caía un zepelín o una estrella y nos convertíamos en la envidia de los muchachos de la otra cuadra. Pasaba veloz por encima de los tejados. “¡Ojalá caiga en el patio de mi casa para cogerlo yo solo!”, me decía. Pero algunos audaces escalaban los muros vecinos y, de pie sobre las tejas, fusilaban a piedra el indefenso globo antes de que uno tuviera la oportunidad de agarrarlo.

Hacia el norte, cerca de allí, como una presencia constante y cercana, estaba el cerro que unos llamaban El Volador y otros de Everfit, porque en su ladera, mirando hacia los edificios del Centro, se encendía en las noches la silueta de una gacela, imagen de la fábrica que quedaba cerca y producía los vestidos de paño que usaba mi padre en la oficina.

Un día, no sé por qué camino, subí con mis hermanos a ese cerro. Llegamos hasta arriba un poco asustados por la lejanía. Nos sentamos a esperar mientras tratábamos de ubicar el techo de nuestra casa. A la distancia distinguíamos la cúpula de la iglesia de La América y el humo negro que salía de El Sacatín, la fábrica de licores. Mi hermano mayor gritó: “¡Ya viene!”. Poco a poco se fue acercando. El ruido era atronador. Cerquita, cerquita, frente a nuestras caras, inmenso y asustador, pasaba lentamente ese artefacto de nariz brillante, ojos negros, brazos abiertos y el cuerpo lleno de grandes letras, números y ventanillas pequeñas. Con palmoteos y gritos les dimos la bienvenida a los viajeros que llegaban a la ciudad.

Hacia el sur, a una cuadra de mi casa, quedaba un barrio cuyas casas eran casi todas de ladrillo pelado. Mi madre lo bautizó como “La Ratonera” para evitar que fuéramos, pues se decía que por ahí vivían algunos muchachos de la banda de Naná, un combo de los años sesenta que llegó a robar varios bancos en el Centro. A veces, mientras nosotros levantábamos “chozas” entre los arbustos, ellos se reunían a jugar cartas bajo la sombra de un mango y, en un improvisado fogón, cocinaban la gallina hurtada de un solar vecino.

Aquel lugar se llenaba de muchachos que venían de otros barrios, porque fue en esa explanada donde se armó la cancha de fútbol para los desafíos más importantes entre las galladas de la zona. Luego, cuando ya había grandes y costosas residencias a su alrededor, el municipio creó allí un parque; un jardín infantil, Pinocho, le dio el nombre con el que se conoce hasta hoy. Aún siguen llegando muchachos y muchachas a fumar marihuana, a hacer deporte, a disputar campeonatos de microfútbol o a pasear a sus perros.

Luis Ernesto era quien escalaba con mayor facilidad los árboles de mango. Abajo, mi hermano y yo recibíamos los frutos, todavía verdes. Dejábamos el balón en casa, atravesábamos las mangas que estaban detrás de nuestra cuadra y saltábamos la canalización. Cerca estaba El Sacatín. Por un inmenso tubo salía un líquido amarillo, espumoso, fermentado. Su olor nos emborrachaba. Así nos íbamos para la casa de Luis Ernesto, a comer mango biche con sal y a leer historietas: Superman, Batman, El Pato Donald, Archi, El Llanero Solitario, Daniel Boone. Cerros de revistas compradas, prestadas o alquiladas, que leíamos toda la tarde, durante horas y horas, hasta que los ojos nos dolían.

Todos los días al mediodía mi padre traía *El Colombiano* de su oficina. Cuando sentía el motor del carro al doblar la esquina, dejaba lo que estuviera haciendo y salía corriendo a abrirle la puerta antes que mis hermanos, para recibir el periódico y ser el primero en leer la página con las historietas de Mandrake, Tarzán, El Fantasma, Lorenzo y Pepita. El “continuará” en el extremo de la última viñeta me arrastraba a seguir leyendo y viendo para descubrir qué pasaba en la aventura del héroe, en la lucha entre el bien y el mal.

Durante la siesta, la calle se vaciaba. Todos los vecinos escuchaban en sus casas *Las aventuras de Montecristo*. Más tarde, en la radio de la cocina, yo oía *La ley contra el hampa*. Y al atardecer, después del colegio, me recostaba en mi cama y en el radio de pilas de mi hermano mayor escuchaba las aventuras de Kalimán y su fiel acompañante, el joven Solín.

A los niños nos motilaban a lo “americano”, cortico a los lados y con un copetico arriba de la frente. Alicia Calle, una familiar de mi papá, nos motiló durante muchos años en su casa, a pocas cuadras de la nuestra, cruzando San Juan. Como esta calle ya tenía mucho tráfico, a los más pequeños nos mandaban con mi hermana mayor. Llegábamos hasta una calle de viejos cascos de vaca y subíamos a un segundo piso. Allí nos sentábamos en un taburete y Alicia prendía la máquina de motilar, que cantaba su monotonía sobre nuestras cabezas mientras su esposo escuchaba carreras de caballos y consultaba y anotaba en las revistas hípicas.

En aquella época nuestros padres nos mandaban a la Farmacia Ras a sellar el formulario de 5 y 6, las carreras de caballos que transmitían los sábados y los domingos por la televisión; y el de fútbol, el

Totogol, en una tienda-bar, el Atlenal, donde vendían las boletas para ir a ver fútbol al Estadio.

Yo era muy pequeño cuando vi por primera vez a un niño muerto. Estaba blanco, inflado, desnudo, lleno de agujeros como los que le hacen al marrano en las fiestas decembrinas. No era de nuestro barrio. Lo habían encontrado en una de las mangas más alejadas de mi casa, adonde habíamos ido corriendo cuando oímos que habían encontrado un niño violado y asesinado. En silencio vimos a varios uniformados cubrirlo con una sábana y montarlo a la "bola". Años más tarde, sobre esos chamizales se construyó la pista de patinaje. Hoy, niños y jóvenes entrenan allí todos los días carreras, patinaje artístico y *hockey*.

Ahora, en las tardes de sábado se escucha por las calles, proveniente del parlante de una van, la repetida canción en inglés que anuncia las "donquindonas", la misma desde hace años. A mis hijos pequeños les tocó que mi mamá me mandara a comprarles donas de chocolate al frente de la casa, cuando la visitábamos. Pero cuando yo estaba niño, quien aparecía cada cierto tiempo en la cuadra era el carretillero que cambiaba frascos, metales y periódicos viejos por globos y peloticas de colores. Usaba un silbato de garabato para llamar a la chiquillada. Entonces uno sacaba las botellas de aguardiente o el periódico que no se había utilizado para recoger la basura y se lo llevaba para cambiarlo, sobre todo por peloticas de aserrín que lanzábamos al aire y volvíamos a traer a nuestras manos, como por arte de magia, con su hilo elástico.

De las casas de esa cuadra y las familias como la nuestra, numerosas en hijos y necesidades, de padres empleados como el mío, ganaderos o arroceros, constructores o negociantes, una clase media cuyos hijos se educaban para ascender, solo quedan unas pocas. Aún se conservan algunas casas de dos pisos, con balcón, antejardín, garaje y altos árboles que hacen las aceras agradables para caminar. Sin embargo, cada vez hay más oficinas, y en las mangas donde se construyó el barrio El Velódromo, más edificios.

Antes, hace muchos años, uno salía al balcón y podía irse lejos con la mirada. Veía el edificio más alto de la ciudad, el Coltejer, y en el fondo, en lo alto de la montaña, hacia el cerro Pan de Azúcar, sus grandes letras, iluminadas en las noches de verano. Desde el mirador de mi casa pude ver la explosión de las casetas de pólvora que en diciembre vendían sus fuegos, en aquellos solares a lado y lado de la calle que nos llevaba al colegio. Las casas temblaron y se alzó un inmenso hongo de humo y fuego que asustó a todo el mundo. Ahora están allí las plazuelas y quioscos que rodean la estación Estadio del metro. Son otros tiempos, con otras luces ♦









Aérea de Medellín,
1973.

Otra banda

Por Líderman Vásquez

El obstáculo que encontraba Medellín para crecer hacia el sur eran los frecuentes desbordamientos del río. Las calles llegaban hasta cierto punto, temerosas de las marismas y de las muchas hediondes que emanaban de dichos lugares. Una panorámica de la ciudad a pocos lustros del siglo XX muestra los caserones de bahareque en la plaza mayor (hoy Parque Berrío), los techos de teja, y, dominando el paisaje, la Torre de Pilatos, demolida años después para construir el Palacio Nacional. Las calles parecen detenerse un poco más allá y lo que se ve son terrenos anegadizos. También hubo impedimentos para crecer hacia el norte por el obstáculo que representó durante años la quebrada Santa Elena. De modo que la pequeña planicie que antes había sido el sitio de Aná y ahora ostentaba el nombre de ciudad era como una adolescente custodiada por padres, tíos y abuelos atentos a cualquier movimiento sospechoso. Creció un poco al occidente, pero siempre procurando no acercarse demasiado a los terrenos próximos al río, y un poco hacia el oriente y hacia el antiguo pueblo indígena de San Lorenzo, cuyos habitantes originales fueron borrados por completo.

El otro lado del río, conocido desde La Colonia como “La Otra Banda”, albergaba las parroquias de Belén, La América y Pedregal. Los más ricos tenían allí sus casas de recreo, y haciendas donde se cultivaba caña, maíz, café y cultivos de pancoger. Era una extensa planicie casi despoblada que durante años fue la despensa de la pequeña villa, pero a finales del siglo XIX, perdida su antigua vocación agrícola y ganadera, entró en una especie de limbo. La regaban las quebradas La Iguañá, La Hueso, La Ana Díaz y La Picacha, todas ellas altaneras, bravuconas, que en épocas de invierno se salían de madre y convertían la planicie en un inmenso lodazal. El río, lleno de meandros, también hacía lo suyo. Cuando el joven Marco Fidel Suárez abandonaba su terruño, miró desde los cerros de Santa Elena los cascajos, pantanos y lagunas que antes habían sido cultivos de maíz y de caña, y sintió que se le arrugaba el corazón. Tal vez pensó que Medellín, por lo menos en La Otra Banda, no tenía futuro.

Al final de la calle La Alameda, hoy calle Colombia, por donde el río era vadeable, se pasaba al otro lado haciendo maromas para no

mojarse. Las mujeres debían recoger sus faldas a la altura del ombligo, lo que atraía a mirones y puñeteros de todas las edades y condiciones. Se construyeron dos puentes de madera que no aguantaron las crecidas del río, y durante algunos años las mujeres siguieron recogiendo sus faldas para delicia de manueleros y fisgones.

Pero el progreso, aunque lento, llegaba. En la primera mitad del siglo XIX, gracias a la construcción de puentes sobre la quebrada Santa Elena, se abrió la posibilidad de crear nuevos asentamientos en lugares hasta entonces poblados por guayabos silvestres y todo tipo de malezas, incluidas las humanas. En oposición a la Vieja Villa, que nació en el Parque Berrío con su iglesia y sus casas de bahareque y se extendió tímidamente hacia el sur y hacia el occidente, se creó la Nueva Villa, más conocida como Villa Nueva o barrio Junín. La ciudad daba un paso hacia el norte. Crecía de espaldas al río y a la inmensa planicie que en las tardes de verano ofrecía a los espíritus sensibles delicadas postales, pero en la que nadie quería vivir. También avanzó un poco hacia el sur con la desecación de los pantanos y la construcción de la plaza de mercado cubierta de Guayaquil.

Aunque para 1879 el puente de Guayaquil comunicaba a Medellín con las distantes parroquias de Belén, La América y Pedregal, el sitio conocido como La Otra Banda siguió siendo, hasta muy entrado el siglo XX, un problema para los urbanistas, sobre todo la parte comprendida entre lo que hoy es la estación del metro de Suramericana y Carlos E. Restrepo, pues por los lados de San Juan, para los años treinta del siglo XX, existían importantes empresas como Tejicóndor, y también el estadio Los Libertadores.

Más de un siglo después de esa imaginaria panorámica dominada por la Torre de Pilatos, voy por la calle Colombia, aturdido por el ruido de las motos y de los carros, esquivando transeúntes que como yo intentan huir del aguacero que parece inminente. Me acerco al edificio donde antes estuvo la Cacharrería Mundial. Hasta aquí, pienso, llegaba la antigua calle La Alameda. Estoy entrando en terrenos que antes fueron pantanos, encuentro de hediondes: la de las curtimbres que había al otro lado, y la propia de los pantanos. A partir de aquí hay



que ir con cuidado, mirando bien la acera, esquivando esas manchas cafés que para cualquier peatón con experiencia son la evidencia de que anoche un cristiano vació sus intestinos y muchos peatones distraídos, sin experiencia, fueron llevando la mierda en sus zapatos.

Donde empieza el puente de Colombia el hedor a letrina se vuelve insoportable. Miro el río y recuerdo una foto de 1927, quizá tomada desde aquí, en la que las aguas se ven limpias, las orillas con buena vegetación. Cuatro caballos y dos hombres están en la mitad. Tal vez por este sitio pasaba la gente hacia La Otra Banda cuando no había puente y desde algún lugar los puñeteros acechaban una porción de muslo, otra de nalga. También recuerdo un día de los años ochenta y a un amigo inclinado sobre *Los poemas de la ofensa*, soltando flujos y flujos de palabras: “Las aguas, igual que las almas, son puras antes de llegar a las ciudades”. Sé que las almas ya vienen sucias, pero las aguas se van ensuciando a medida que entran en contacto con las almas, y mientras más almas hay, y en las ciudades hay muchas, más turbias se tornan las aguas.

Años y años de atravesar este puente me han vuelto un experto en esquivar deyecciones, de modo que puedo, mientras recuerdo poemas y fotos antiguas, hacer contorsiones, saltar como si estuviera jugando rayuela, para no pisar el bollo que alguien dejó en la madrugada, y que ya entrada la tarde, pisado y repisado, ha perdido su consistencia original y parece más bien una cantaleta.

El aguacero sigue allí, suspendido sobre los edificios, y las nubes parecen pellejos homéricos, odres hinchados a punto de reventar. Llego a mi casa, almuerzo, espero cinco minutos para bajar donde doña Silvia, que ha vivido en este barrio desde antes de que los recuerdos tuvieran tiempo de cuajarse, recuerdos atrapados entre capas y capas de años, tan borrosos que no parecen recuerdos sino neblina que se deshace en cuanto intentamos llegar a ellos. “Mi hermano Fernando, que es mayor que yo, nos puede ayudar –dijo la última vez que hablamos–. Y por favor, no me digas doña”.



Me están esperando en la sala. Don Fernando es un hombre cálido, de agradable conversación, y puedo decir (hasta donde me lo permite la intuición que nunca falla) bastante generoso. “No me llamen”, dice.

Cuenta que primero vivían en la Estación Villa, barrio que tenía ese nombre porque quedaba cerca a la estación del ferrocarril, así como antes esto se llamaba Sears por la propinquidad con dicho almacén. La Estación Villa estaba donde hoy es la Plaza Minorista. La mayoría de los muchachos estudiaba en el colegio San José, y en las tardes se escapaban a un charco de aguas cristalinas que se formaba en la desembocadura de la quebrada La Iguaná. “Fueron muchos los castigos que sufrí por esas escapadas”, dice. Veo el charco de aguas cristalinas, a los muchachos haciendo clavados, improvisando juegos, gritando, a Fernando convertido en niño. “Fue una infancia feliz”, dice Silvia, que no vivió esos recuerdos pero se los imagina.

Todo esto ocurrió en los primeros años de la década del cincuenta, porque en 1956 don Benjamín Molina y doña Miriam López, padres de una numerosa prole, compraron un solar aquí y al año siguiente construyeron la casa. “Mi papá fue un hombre visionario –dice Silvia–. Él sabía que estas mangas serían un día el centro de Medellín”. Y sí, hasta 1960 había gente que no apostaba por el futuro de Otra Banda. Cuando don Benjamín compró el solar, solo había dos casas: la de un señor llamado Juan de Dios, en la 49A; y la de doña Lía, en la 65A, que hoy es un edificio de cuatro pisos. El resto, desde el colegio Marco Fidel Suárez hasta donde años después se construiría el edificio de Suramericana, eran puras mangas. “Había muchas lagunas y pescábamos –dice Silvia–, era como vivir en una finca; por los lados del Marco Fidel había un pequeño hatillo donde nos vendían leche y queso”. Silvia corre hacia la ventana a cerrar las celosías: “Se largó el aguacero”. La observo bien, hay algo en ella de muchacha, algo que no es tangible, como un aura, quizá por eso le incomoda que la llamen doña. Estamos un rato en silencio, escuchando la lluvia. Fernando retoma la palabra

y habla de álbumes llenos de recuerdos: fotos de la primera piedra de la casa, fotos de las mangas, de la familia, de las construcciones que fueron apareciendo con los meses, fotos en las que doña Miriam es tan joven como el barrio.

“El dueño de estas tierras era un señor muy rico que se llamaba J. B. Londoño”, dice Fernando, y en sus recuerdos aparecen mangas, lagunas, sauces, caballos y vacas. Los terrenos que hoy ocupan los edificios de Suramericana eran entonces una finca de J. B., un tipo arriesgado que compró estas tierras cuando no valían nada y las puso a engordar. Mientras en otros sitios la vara cuadrada valía doscientos pesos, en Otra Banda se conseguía a dos, de modo que el hombre compró y se sentó a esperar; sabía que en algún momento se dispararían los precios. Negoció con Suramericana, con el ICT, con la cadena de almacenes Sears, en fin, hizo el negocio de su vida. Pero no fue solo la intuición del visionario la que llevó a J. B. Londoño a apostar por esta zona; también estaba el conocimiento de cierta información. En 1947 el arquitecto más famoso del mundo, Le Corbusier, visitó Medellín, y algo debió hablarse sobre Otra Banda y sobre el futuro urbanístico de la ciudad.

“En las tardes pasaba un muchacho con los caballos de J. B. Los llevaba a pastar a los potreros que empezaban cruzando la calle, donde hoy es el Éxito”, dice Fernando, y explica que si bien todo eran

mangas y potreros, el municipio trazó las calles y las aceras. Silvia se para a abrir las celosías y hace algún comentario sobre el aguacero. Nos ofrece algo de tomar y se va al fondo de la casa. Fernando continúa: “Eran unos caballos hermosos, finos, y por ellos me hice amigo del muchacho”. Se queda callado un buen rato y trato de imaginar sus recuerdos. Veo la piel lustrosa, los músculos temblorosos, los ollares húmedos... “Eran hermosos”, repite.

Silvia nos trae café y continuamos la plática: “Mira esta foto”. Es una niña como de tres años parada en mitad de una calle, al fondo se ve un potrero y más allá las montañas: “Esa soy yo. ¿Cierto que me parezco?”. Le respondo preguntándole si siente nostalgia. “Fernando sí, porque él se fue, en cambio Nena, Juan y yo nunca nos fuimos, crecimos con el barrio, casi ni nos dimos cuenta de que todo se transformaba, porque nosotros también nos transformábamos. Vivíamos en un barrio con calles, pero sin casas, que de un momento a otro...”. La frase queda sin terminar, como la calle Carabobo en tiempos de la Torre de Pilatos.

Después de los puntos suspensivos puede haber marismas, pantanos, o, simplemente, el reconocimiento del paso inexorable del tiempo. Es Fernando quien interrumpe, y lo que dice parece más bien un pensamiento en voz alta: “¡Esto quedaba tan lejos!”. Tenía que ir en bicicleta hasta San Benito a traer jabón, arroz, panela, todo lo del mercado,





Aérea de Otrabanda, 1954.

porque no había tiendas. Un año después la cadena de almacenes Sears, que había negociado con J. B. la manga del otro lado de la calle, inició la construcción del almacén, algo nuevo en el país, pues fue el primero en ofrecer servicio de parqueadero, promociones, eventos. Todo empezó a transformarse. Había tantos albañiles trabajando, unos en Sears, otros en las casas del ICT, que doña Lía puso una tienda solo para ellos.

El rostro de Fernando se ilumina, como cuando habló de los caballos: “Éramos como los dueños del parqueadero, de día, de noche, en la madrugada. Había una cancha de baloncesto y, como en esos años no eran muchos los carros, podíamos jugar, hacer competencias en carros de rodillos, o simplemente sentarnos en las escaleras del almacén. Los vigilantes nos conocían y nos dejaban quedar hasta tarde”. El parqueadero fue para Fernando la adolescencia y el comienzo de la primera juventud.

Nos quedamos callados un buen rato, yo sin saber qué preguntar, él chapoteando en las lagunas del pasado. Silvia vuelve sobre la foto y pregunta si reconozco la manga que hay detrás de ella. “Es donde se construyó el Sears”, dice, y saca otra foto, de Juan, como de ocho meses, en un pedazo de césped frente a la casa. “Es un año después de mi foto, con el Sears al fondo. La manga que se ve justo al frente es donde hoy es Frisby. Todavía no habían llegado los Vieira ni los Zapatas”. Dice que el sector fue habitado por gentes de clase

media, empleados, como don Benjamín, quien trabajaba en la Cooperativa de Municipalidades de Antioquia, pero que también llegó gente muy rica como los Vieira, los Zapata, los Betancour, los Echeverry. En poco tiempo, con la presencia de Sears, el sector se volvió comercial y los más ricos se fueron a vivir a El Poblado.

Fernando apura el último sorbo de tinto y recuerda que en la esquina de la 65 con Colombia, en el lado oriental, había una fábrica de betún de un hombre llamado Asdrúbal, un señor elegante que medía como metro y medio, de cuyo pasado se decían cosas no tan elegantes. Construyó en Laureles la casa del millón, que fue durante mucho tiempo sitio de peregrinaje de los pobres, quienes no podían concebir que una casa valiera tanto. Las grandes fortunas –no lo digo yo– se levantan sobre bases turbias. Henry James, el casto, el sutil, “el triste y laberíntico”, como lo llamó Borges, habló alguna vez de “las cosas horribles y despiadadas que hay detrás de las grandes posesiones”.

En los recuerdos de Fernando y Silvia, el barrio Sears (como se llamó durante algún tiempo el sector comprendido entre la iglesia San Juan Evangelista, las casas frente a la quebrada La Hueso y el Marco Fidel) era tranquilo, con árboles y antejardines, y los muchachos se parchaban en las esquinas, donde vivían los ricos, a conversar hasta altas horas de la noche, agujoneados por la belleza de las Betancour, que empezaban a florecer.



En poco tiempo el sector se volvió comercial, desaparecieron los antejardines y los árboles, las aceras se convirtieron en parqueaderos. Ahora hay farmacias, salas de internet, hostales, almacenes de zapatos, tiendas de celulares, negocios de computadores, panaderías, restaurantes... Estos últimos, como cintas atrapamoscas, atraen a los llamados habitantes de la calle que duermen, orinan y vacían sus intestinos en las aceras. Le pregunto a Silvia por Irene, una indigente de Naranjal, de abdomen colgante, desdentada, fea, que pide en los semáforos de la estación Suramericana, y me informa que murió el año pasado, en diciembre. Estaba tan integrada al paisaje que aunque no la viera su imagen prevalecía. Desde muy temprano se parqueaba en el semáforo, con su vestido sucio, sin zapatos, cegatona, extendiendo la mano. Descubrió un día que con los aguaceros aumentaban las monedas, como aumentaba la lástima que despertaba en la clientela. "Ahí estás pidiendo plata para ese hijueputa de José Camilo", le gritaban los mecánicos de los talleres, a lo que Irene respondía: "Y a usted qué le importa... Siga güevoniando y le echo a Camilo pa que le dé unos planazos". José Camilo era el marido, un hombre joven que andaba de licra, trepado en una bicicleta. A los hombres de Naranjal les causaba repulsión, no se explicaban cómo hacía para dormir con una mujer tan cochina. Las veces que pregunté por él era como si les recordara un vómito, y eso que los gremios de los mecánicos, los recicladores y los lavadores de carros no se distinguen por su delicadeza. Silvia dice que en su juventud Irene tuvo bares en Guayaquil, bares que eran al mismo tiempo prostíbulos, con piezas donde los hombres se refocilaban con las putas, algo que hace parte de la leyenda, porque según me contaron en Naranjal

Irene siempre fue fea, barrigona, cochina y medio retardada. Recuerdo una mañana, muy temprano, era domingo y todo estaba solo. Cruzando el puentecito que hay sobre La Hueso, en la estación Suramericana, estaba el hombre de la licra sentado en una de las bancas, sosteniendo su bicicleta y diciéndole a Irene, que estaba recostada en una de las columnas del metro, "tranquila que no hay nadie". Entonces ella se levantó la falda, con el trasero pegado a la columna, y soltó un chorro café. Cuando terminó, se acomodó la falda y se sentó al lado del galán que todos los días le pedía cuentas del negocio.

La mancha estuvo ahí varias semanas, hasta que unos trabajadores del municipio, encargados del aseo de calles y andenes, la quitaron. A veces veo al hombre de la licra en la ciclovía, esperando el cambio de semáforo, de gafas negras, recién afeitado, y, de verdad, es como recordar un vómito. Silvia dice algo sobre unos noruegos que vivieron a la vuelta, pero para Fernando la charla ha terminado. Nos estrechamos la mano y salimos. Llevo la imagen del tal José Camilo como una mancha café, y recuerdo el final de un cuento de Borges al que le puedo cambiar el nombre del protagonista: "...cualquier hombre es todos los hombres, Shakespeare es de algún modo el miserable José Camilo".

Días antes de que Uribe tomara posesión de su cargo en 2002, el sector (que ya no se llama Sears ni Éxito sino Suramericana) se llenó de paracos. Los veía desde el balcón, a veces por los lados de Drogas La Rebaja, rondando, manteniendo a raya a los indigentes. El jefe estaba impecablemente vestido, llevaba cola y una barbita de chivo, caminaba como si pensara en lo limpias que eran sus manos. Supongo que más de un negocio les pagó por mantener a los indigentes alejados, y supongo también que más de un menesterozo terminó con una bala en la cabeza. Una amiga me contó que fueron a la librería Al Pie de la Letra y les propusieron, a cambio de una cuota, limpiar el parquecito, y las señoras les dijeron que ni a ellas ni a los clientes les afectaba la presencia de los muchachos que se ganaban unas monedas en el semáforo a cambio de limpiar los vidrios de los carros. Se les veía triunfantes, seguros, pero de un momento a otro desaparecieron, como si hubieran recibido una orden desde arriba. Ahora caigo en cuenta de que el malestar que me producía el hombre de la cola era el mismo que me producía el tal José Camilo, el marido de Irene. ♦





abecebarrio



Recuerda



Por Fernando Mora Meléndez

Picacho

En ningún lugar de la ciudad el ojo puede solazarse con tanta plenitud como desde estas alturas. Quien contempla es el soberano señor de las miradas, el que está por encima de todos. Los muchachos fuman marihuana debajo del Cristo con los brazos abiertos. Ya no miran la ciudad; se enconchan en sus miedos, rumian sus odios, repiten sus gracias. “No quieren ver a nadie ni que nadie los vea”, me dice la funcionaria que anota los nombres de todo aquel que sube al cerro:

—Mona, no, a mí no me anote ahí que después es pa ficharme y echarme cana, yo no.

Andan con pantalones cortos –mochos, les dicen aquí– demasiado anchos, como los de los boxeadores de los setenta. Sus cachuchas también son excesivas, de viseras rectas que los hacen ver bobalicones. Pero no lo son. Llevan uno que otro tatuaje, collares, algún escapulario. Miran rayado. Las peladas son iguales que ellos. A veces suben y se esconden entre los pinos de más abajo a hacer sus cositas.

El aire huele a sietecueros, a hierbas frescas, es templado y tan puro como un cubo de hielo. Desde aquí se ven los colegios a los que ellos no van, los parqueaderos de buses donde pagan extorsión, las calles empinadas con casuchas de techos de zinc que espejean con los últimos rayos de la tarde. Abajo, las monstruosas construcciones de vivienda horizontal, donde se arruma a la gente en escaparates de concreto; parece que a este valle no le cabe un alma más. Y aquí, justo al lado, el latifundio de un mafioso, heredero del legendario clan de unos hermanos; duerme solo en un caserón, como algunas gentes de El Poblado y Envigado que viven en casaquintas.

Un velo lechoso cubre este “valle de los perros mudos”. La mujer dice que a veces no puede subir porque las guerras se recrudecen. “El que la hace, la paga”, dicen estos niños que pasaron algunos meses en el reformatorio y defienden a muerte su cuadra, la que conocen como a nada, y donde han visto más mundo que cualquier agente viajero.



Rara avis

Lo vi unas cuantas de veces, no muchas, pero las suficientes para albergar curiosidad sobre su vida, de esas que inquietan más que las que se venden como relevantes. ¿Quién era ese anciano que fatigaba las calles del barrio Boston? ¿Por qué insistía en cubrirse siempre nariz y boca con máscara antigás? Pensé que sería una actitud irónica frente a un mundo estragado, más que una medida de higiene preventiva. También su polvoso traje verde, o ese libraco deshojado que sostenía en sus largas caminatas, me ponían a esbozar su posible psicología. Podía tratarse de un espía retirado, un guiñapo escupido por algún servicio de investigación secreta luego de veinte años de servicio; acaso un perverso coleccionista de objetos femeninos; un numismático loco que perseguía la última estampilla impresa por el Tercer Reich.

Mis pobres ficciones no se alejaban demasiado del que finalmente conocí. Se trataba de un vendedor de diccionarios médicos, vademécums, que en sus descansos solo leía autores chinos, lo que llaman un sinólogo. Tenía un periódico donde publicaba cada cierto tiempo, en compañía de otros colegas. Las octavillas sacaban a la luz escritos milenarios, una serie de haikús o algún ensayo sobre Lao Tsé o Confucio. Tal vez ninguno de ellos había conocido ni siquiera un barrio chino, pero se empecinaban en esos exotismos como los escritores del siglo XIX.

Sin indagar, un día cualquiera supe que nuestro hombre había muerto al bajarse de un bus. Tal vez trataba de alejarse de algún bullicio radial, no soportó el frenesí de los tiempos que corren, saltó a la vía antes de tiempo. ¿Quién lo sabe? Ahora, al recorrer al azar el dial, escucho a otro que también lo recuerda. Parece un encuentro cifrado desde antes, como fijado en algún manuscrito chino, solo para que ahora yo escribiera sobre él, o desvirtuara esa aparente vida anodina de un sinólogo en Medellín.

Sábana

El parque brota en un declive del terreno, al lado de la calle 33, donde hay unas piedras grandes que no son huevos prehistóricos. Una anciana barre las hojas de un árbol casco de vaca. De pronto, un hombre de bombacho cruza la grama; parece uno de tantos vecinos que madrugan a caminar hasta el parque de Santa Mónica. No despierta sospechas, a diferencia del exhibicionista de un balcón cercano al que llaman 'El Barón Rojo' por su levantadora de seda roja, que abre coquetamente para enseñar su virilidad a las empleadas domésticas que cruzan hacia la tienda. Este es solo un hombre en sudadera que pasa por la avenida.

Se oye una detonación, alguien cae al piso. Un hilo de sangre recorre el asfalto. Un vecino se acerca a cubrir el cuerpo. En la sábana crecen manchas rojas como si fueran dibujos animados, pero no lo son. Es tan real como el ruido de los buses o el barullo a la orilla de la calle. La anciana de la escoba se escabulle, los canarios se callan. El Barón Rojo tampoco asoma a la escena, esta mañana que prometía ser tranquila.



Walkie-talkie

Siempre hay una primera vez. A mí me quitaron un reloj en un puente; “dámelo si no querés un pepazo”, me dijo un sardino con ojos volados. A una novia le robaron el reloj frente a El Chagualo. Y qué tal esa viejita de la cuadra a la que unos gamines le jalaron dos bolsas del Éxito en las que llevaba cosas podridas de la nevera y demás basuras del fin de semana. Al hermano de Pipe le robaron un jeep Willys, muy conservado, mientras daba la primera vuelta, el único carro que tuvo la familia. Pobre de mi primo al que le quitaron un *walkie-talkie* la mañana del 25 de diciembre, mientras todos los tíos dormían la fuma de ayer.

—¿Y ahora qué voy a hacer con un solo *walkie-talkie*? —me decía.

—Llamá —le dije—, de pronto te contestan.

Pero a nadie le dio risa. Tal vez porque días atrás también al abuelo le habían robado algo. Estaba dando una vuelta por Laureles, con otro nieto, cuando unos tipos se acercaron. El viejo iba a sacar la billetera pero no le pararon bolas. Iban por su pequeño tanque de oxígeno, de esos con ruedas. Siempre hay una primera vez.

Xiomara

Muchas veces he vuelto a llamar a ese consultorio donde Xiomara contestaba. Siempre me dicen que no tienen noticias suyas, que ella no volvió por allí. Iba cada viernes a recogerla para dar una vuelta por Las Palmas, tardiar por el Estadio o, tal vez, entrar a algún hostel de parejas con jacuzzi y colchón de agua. A veces solo íbamos a bailar salsa en el Centro o a ver una película. Como vivía en Santo Domingo, le daba miedo irse si la cogía la noche. Prefería quedarse conmigo en el apartamento que yo compartía con un compañero de oficina.

Puedo reconstruir una por una sus últimas palabras:

—Tienes dos opciones —me dijo—, irte a vivir conmigo o dejar que me vaya para Aruba.

—¿Aruba? ¿Y qué vas a hacer en Aruba?

—Vos lo sabés, las mujeres no tenemos más que un cuarto de hora, y yo tengo que aprovechar el mío.

Siempre esquivé los compromisos, no entendía la vida de casado, quería seguir libando mi soltería. Por eso no atendí su pedido. Después de que colgó pensé que era un truco barato para engrupirme. Pero no fue así. Nunca la volví a ver, no aparece en Facebook, no sé nada. Sueño con viajar a esa isla y buscarla. Tal vez siga allí, no lo sé. Ahora también soy una isla.



Zorzal criollo

En la pantalla del Teatro Dux se proyectaba un melodrama donde nada extraordinario iba a ocurrir. De pronto, unos pelaos cayeron del techo sobre los espectadores que no estaban soñando. Hubo alguna pierna rota, gritos y alboroto. Fin de la función. Alguien pagaría los daños de esos intrusos del vecindario que robaban cine por algún agujero del cielorraso. De aquello se seguiría hablando muchos años después, hasta que también cayó una avioneta en un potrero cercano. Algún osado adaptó el fuselaje como un carrito de perros.

Luego nada ocurrió, excepto la estampa de ese borracho que de noche en noche viene a llorar la muerte de Gardel como si acabara de ocurrir. Le pone un cigarrillo entre los dedos a esa estatua que no se parece en nada a El Zorzal Criollo, otro que también cayó en llamas del cielo, antes que todos.





• Robledo • Cerro El Volador • El Cucaracho • Palenque 1 y 2 • San Germán • La Pилanca • El Progreso • Iguaná • Lenin • Aures • Mirador del 12 • Picacho • Picachito • Salvador • Allende • Jorge Eliécer • Gaitán • La Torre • Santa Teresa de Jesús • Armero II • Búcaros • El Paraíso • El Bosque • El Triunfo • Brasil • Los Arrayanes • El Progreso • La Minita • San Nicolás • María Auxiliadora • F.Gómez • Castilla • Caribe • Belalcázar • El Día • San Martín • La Esperanza • Kennedy • Castellita • Miramar • Santa Margarita • Alfonso López • Pedregal • Florencia • Boyacá • Las Brisas • Antonio Zea • López de Mesa • Córdoba • Téjelo • Santander • 12 de Octubre • Tricentenario • Bello Horizonte • La Pola • Monteverde • Villaflora • Vallejuelos • Villa Sofía • Romeral • Doña María • Robledo • Nebraska • El Cortijo • Candelaria

NOR- OCCIDENTAL

P_334 Vivir en casa *_Gloria Estrada*

P_341 Salsipuedes o donde el amor nunca se muere

P_342 Barrio de crecidas *_Carlos A. Serna*

P_348 Un barrio entre la niebla *_Juan Fernando Hernández*

P_356 En la cancha *_Paula Camila O. Lema*

P_366 Barrio Lenin *_Óscar Calvo Isaza*





Doce de Octubre, 2011.


“Los barrios Castilla, Pedregal y Santander conformaron una sola finca. Se conocía como ‘El Castillo’ o ‘El Pedregal’, haciéndole honor a su nombre por estar en un terreno muy rocoso, con piedras y guijarros, además de numerosos árboles. En el corazón de ese bosque se alzaba una casona de estilo ecléctico que pasaba por castillo. A mediados del siglo XIX, a punta de ramas y raíces, fue construida por el señor Juan Lalinde Lema, dueño de estas tierras y arquitecto especialista en hacer filigrana con el bambú. La casa contaba con veinte habitaciones, cinco salones, establo, caballeriza y una galería subterránea con fantasma. La mansión Lalinde en el corazón de El Pedregal fue el primer ‘castillo’ que tuvo Medellín. Entre 1943 y 1953, gracias a Rafael Pérez Restrepo y su esposa, Luisa Sánchez Vélez, bisnieta del hombre de alma de castor, esta casa fue el escenario propicio para la vida social en Medellín, y para la vida política del país”.

Rubén Vélez

Los pasos de la historia por un castillo de bambú, 2004.

Cronología
noroccidental





1806: Se estableció el pueblo de San Ciro, Aldea de Aná o Anápolis en el lugar de Otrabanda, sobre la margen izquierda de la quebrada La Iguaná, que corría hasta lo que hoy es el puente de la Avenida 80 y de allí bajaba hacia los terrenos del Estadio hasta desembocar en la quebrada La Hueso.

1880: El 23 de abril una crecida de la quebrada La Iguaná inundó la Aldea de Aná, lo que obligó a sus habitantes a desplazarse hacia la cuchilla del Cucaracho, en terrenos de Juan Burgos. Los señores Manuel Uribe Ángel, Manuel José Álvarez C. y Ricardo Castro intercedieron por los desplazados y compraron un poco más de diez cuerdas donde se levantaría la Nueva Aldea de Aná, que más tarde sería llamada Robledo.

1883: Se inició la construcción de la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores de Robledo por iniciativa del párroco Rafael María González, quien encargó su diseño y construcción al señor Manuel Arenas.

1891: Los hermanos Román y Rubén Burgos Restrepo fundaron los baños El Jordán, una casona de paredes blancas con charcos de agua natural, pesebreras y una pianola.

1895: El párroco Rafael María González le encargó a Rubén Burgos una talla en madera para el retablo de la nueva iglesia. Debido al retraso en la construcción del templo, los primeros actos religiosos y algunos bautizos y matrimonios fueron celebrados en El Jordán.

1924: Se inauguró una línea del tranvía que iba hasta la fracción de Robledo, gracias al incremento de fincas de recreo en las lomas del barrio.

1926: Comenzó la construcción del Hospital La María en terrenos comprados por el Municipio al norte de la ciudad; en un comienzo su prioridad fue el tratamiento de pacientes con tuberculosis ¶ La familia Cock Arango y el señor Antonio Villa Carrasquilla compraron trescientas cuerdas de terreno de la finca El Castillo, origen del barrio Castilla, cuya urbanización inició con la construcción de diez casas.

1936: Monseñor Félix Henao Botero, con la colaboración de algunos vecinos del sector, instaló en la cima del cerro El Picacho la estatua de Cristo Rey, para convertir el lugar en un centro de protección y peregrinación de los habitantes de Medellín.

1943: Se fundó la sociedad Cock Hermanos y Cía. Ltda., con el objetivo de urbanizar los terrenos adquiridos años atrás en el noroccidente de la ciudad. Con su fundación se inició la venta "pirata" de lotes y se aceleró el desarrollo del barrio Castilla ¶ Este mismo año se inauguró la etapa inicial del primer cementerio laico de la ciudad, el Cementerio Universal, diseñado como un parque-jardín por el maestro Pedro Nel Gómez. El proyecto, pensado para recibir difuntos de todas las creencias, nunca se culminó como fue concebido en un principio, y la curia exigió la instalación de una reja para separar el lugar donde descansarían los cristianos.

1945: Se inició una invasión en terrenos aledaños a La Iguaná, liderada por familias provenientes del Chocó, algunas llegadas de pueblos de Antioquia y otras que trabajaban extrayendo material de las playas de la quebrada. Con el tiempo, el proceso de poblamiento se aceleró, y cientos de familias se fueron ubicando sobre el borde de la quebrada hasta formar el barrio Nueva Villa de La Iguaná.

1947: Juan de Dios Cock donó parte de sus terrenos en Castilla para la construcción del templo y de la escuela eucarística del barrio.

1949: Rafael Castaño inició el loteo de su finca El Retoñal, para la venta de predios y su posterior urbanización. Los lotes fueron vendidos de manera "pirata", y se fue conformando el barrio Belalcázar; más tarde, el Instituto de Crédito Territorial financió su consolidación.

1950: Con el Plan Piloto de Medellín se dio inicio a la planificación urbana de la zona occidental, y se consolidaron el poblamiento y las urbanizaciones, tanto oficiales como "piratas", de esta zona de la ciudad.

1954: Se inició la construcción del barrio José María Córdoba gracias a la gestión de la Cooperativa de Vivienda Económica para Trabajadores, de la sociedad Confecciones Colombia, que agrupó a trabajadores de Everfit, Primavera y Fieltroza, empresas ubicadas en el sector ¶ Este mismo año empezó la construcción del templo parroquial San Judas Tadeo en Castilla, levantado con la ayuda de la comunidad del barrio. El edificio se incendiaría en 1965, y más tarde el padre Manuel José Gómez, que contó con el apoyo de Pablo Escobar, finalizaría la parroquia, la cripta, y una papelería y una cafetería contiguas a la casa cural ¶ El 4 de mayo de este año se inauguró la Feria de Ganados de Medellín en el sector de La Libia.

1956: La Fundación Casitas de la Providencia y el Instituto de Crédito Territorial iniciaron la construcción de un proyecto de viviendas de interés social donde hoy es el barrio Santander, para los desplazados de los tugurios de la ciudad.

1958: Se construyó la escuela de Castilla gracias al trabajo comunitario de sus habitantes, la venta de empanadas, bazares, bingos, convites y dedicatorias por megáfono en el barrio.

1960-1962: El Instituto de Crédito Territorial financió la construcción de los barrios Florencia, Alfonso López y Pedregal. Las familias favorecidas dedicaban un tiempo cada semana a construir sus casas, y a cambio el Instituto aportaba los materiales y se encargaba de las áreas de servicio y de la infraestructura urbana. La urbanización del barrio Pedregal fue el gran proyecto del Instituto de Crédito Territorial dirigido a la población obrera de la ciudad.

1961-1965: La familia Cock Alvear, dueña de grandes extensiones de tierra en la zona noroccidental de la ciudad, inició el loteo y la venta "pirata" de los terrenos que hoy ocupan los barrios La Esperanza y Miramar.

1967: El Instituto de Crédito Territorial inició la planificación y el desarrollo de los barrios Tejelo y Juan del Corral mediante el sistema de autoconstrucción.

1969: Seis familias acompañadas por el padre Vicente Mejía, miembro de La Golconda, invadieron terrenos del Instituto de Crédito Territorial en la parte alta de lo que ahora es Francisco Antonio Zea, dando inicio al barrio Lenin. Se creó el Comité Popular del barrio Lenin, que buscaba unidad y proyección social para resolver los conflictos del barrio y defenderse de la fuerza pública ¶ El Instituto de Crédito Territorial emprendió el desarrollo del barrio Atanasio Girardot mediante el modelo de autoconstrucción que se venía usando desde hacía una década; a cambio de su trabajo, los beneficiarios recibían los materiales para la construcción, además de productos básicos de la canasta familiar.

1970: El Instituto de Crédito Territorial inició la urbanización del barrio Doce de Octubre, pensado bajo el modelo de desarrollo progresivo y siguiendo, por primera vez, las □normas mínimas de urbanización□ de la ciudad. El Instituto se encargó del diseño, la planificación y la construcción de las viviendas, y lo convirtió en un programa modelo de vivienda popular.

1971: El Instituto de Crédito Territorial desarrolló el conjunto de viviendas del barrio Boyacá a través del Plan Alcancía. Las familias, conformadas por profesores y por trabajadores de Fabricato, pagaban un porcentaje

semanal hasta ahorrar la cuota inicial; las casas se fueron asignando mediante sorteos ¶ Este mismo año, el Instituto compró las tierras de la sociedad Hernández Gaviria, donde antes estaba la finca Fuente Clara, para construir en tres etapas el barrio Las Brisas, dirigido a jubilados de la policía, empleados públicos, trabajadores del mismo Instituto y, al final, familias con solvencia suficiente para pagar las cuotas ¶ El barrio Lenin fue escenario de un acto de resistencia contra la fuerza pública: durante un desalojo, la comunidad defendió una familia afectada, y en medio de la gresca un joven del barrio asesinó a un carabiniero.

1972: El Instituto de Crédito Territorial compró terrenos aledaños al Hospital La María para iniciar el proyecto de vivienda unifamiliar conocido como Francisco Antonio Zea, un barrio de calles pequeñas y limitadas vías de acceso, donde se fueron agrupando personas del magisterio y la policía.

1973: El Instituto de Crédito Territorial inició la rehabilitación del barrio Lenin, al instalar los servicios públicos, legalizar los terrenos y dotarlo de zonas comunales para escuela, centro de salud e iglesia. Hoy el barrio es conocido como Francisco Antonio Zea IV Etapa.

1974: El padre Manuel Herreros programó el primer bazar de recolección de fondos para construir la escuela del barrio Las Brisas en un terreno cedido por el Municipio.

1975: El Instituto de Crédito Territorial inició el proyecto de urbanización multifamiliar del barrio Altamira, dirigido a la clase media de la ciudad. Dicho proyecto generó una especie de sobresalto en la concepción que se tenía de la zona, pues el barrio estaba ubicado en un sector popular. Los edificios fueron equipados con áreas de servicio en los primeros pisos, para vincular a la comunidad con el comercio interno de la urbanización.

1976: El Instituto de Crédito Territorial entregó un conjunto de viviendas y lotes para la autoconstrucción, dando origen al barrio El Picacho.

1977: Se adjudicó al Instituto de Crédito Territorial la administración de lotes en los asentamientos de Aures, zona previamente loteada de forma "pirata" por el señor A. Cock. El Instituto intervino como facilitador en los procesos de venta, urbanización y consolidación del barrio Aures.

1978: El Instituto de Crédito Territorial construyó la primera etapa del proyecto de vivienda popular Villa Centroamericana y del Caribe, ocupada por tres mil deportistas de los XIII Juegos Centroamericanos del Caribe celebrados en la ciudad. Al terminar los juegos, la Villa fue inaugurada como Urbanización Residencial Tricentenario. Fueron las primeras edificaciones de propiedad horizontal en la comuna.



Barrio Pedregal, s.f.

- 1981:** Por medio del Acuerdo Metropolitano No. 9 fueron incorporados al perímetro urbano los barrios Doce de Octubre, El Picacho, Aures, El Cucaracho, Santa Margarita, Blanquizal y un sector de Pedregal.
- 1982:** El Instituto de Crédito Territorial inició el proyecto de vivienda del Barrio Kennedy, diseñado para reubicar a las familias desplazadas de los tugurios del sector de La Alpujarra, donde se construía el centro administrativo de la ciudad.
- 1984:** Se estableció la invasión de El Triunfo, que dio origen a nuevos asentamientos espontáneos en la parte alta de la zona noroccidental, entre ellos El Mirador, El Progreso, Brasil, Arrayanes y El Picachito. Más tarde, dicha invasión daría origen al barrio Mirador del Doce. Este año se inauguró la Terminal de Transportes Mariano Ospina Pérez, sugerida en el Plan Piloto de Medellín.
- 1992:** Inauguración de la Urbanización Plaza Colón, un proyecto de edificios dirigido a empleados y obreros fabriles de clase media, liderado por Corvide y ubicado cerca a la Plaza de Ferias.



Vivir en casa

El habitante y la casa eres

el centro de la circunferencia

la intersección de los caminos del aire

Horacio Benavides, Araña

Por Gloria Estrada

Revuelo mañanero

Apenas falta que cante un gallo cualquiera. En la casa ya pita prematuramente una olla, los niños corretean por los corredores y atraviesan los patios, cantan los canarios y ladra la perra. Lucero Roldán Espinosa bate con molinillo una buena tanda de chocolate espeso.

Son las seis de la mañana y doce personas van y vienen por los ocho dormitorios y el patio central de la casa que habita la estirpe de los Espinosa desde hace cien años, en la calle conocida como El Talego, a unos cien metros de la efigie del mariscal Robledo, que si tuviera brazos estaría manoteando las ramas de los árboles que lo tapan.

En la loma de Robledo o calle 65 los sonidos son bien distintos. Por esa vía que divide el parque en dos –una parte donde están la iglesia y las bancas para sentarse, y otra donde está la estatua del mariscal– llevan horas subiendo y bajando taxis, buses, motos. Dentro de poco empezarán a atravesarla los escolares recién bañados que van para alguno de los tres colegios del barrio, donde comparten aulas los hijos de los viejos habitantes, los hijos de los residentes del barrio El Pesebre y alrededores, y los hijos de los roblederos que algún día se fueron y regresaron, esos a quienes los demás llaman “los de los apartamentos”.

Más tarde, cuando Lucero haya despachado a siete sobrinos, tres hermanos y una cuñada, tendrá tiempo de ponerse a arreglar la casa, de baldosas chiquitas y paredes de tapia; lavar ropa en el lavadero con tanque muy hondo y perfectas piedras talladas para estrengar; extenderla feliz en un solar en pendiente, y acabar de montar el almuerzo para cuando los muchachos salgan de clase. Hoy va a hacer sancocho de costilla.

En esas medias mañanas en las que los barrios se mueven con la placentera y parsimoniosa lentitud que las ciudades heredaron de los pueblos, Robledo parece todavía dormido. En las dos secciones del parque espantan, la iglesia tiene las puertas selladas, dos tiendas sortean el surtido que llega y el menudeo que sale, y en la estación de policía que comparte oficina con la de atención ciudadana un vigilante se aburre.

Predominan los motores de los carros, el sonido de la máquina podadora que se da una vuelta por las zonas verdes del parque y, en los alrededores, casi en los límites, los mazamorreros que vencen las pendientes vestidos de blanco y todavía tienen aire para pregonar el producto. Son tres: uno cubre la parte de abajo –que incluye la casa en ruinas de El Jordán–, el otro tiene derecho a cruzar Palenque y el

tercero cubre la parte alta –que va hasta donde la 65 desemboca en la carretera al mar–. Todos venden. Ese maíz pilado que viaja por la cuesta gracias al sudor de los mazamorreros siempre tendrá sus adeptos, que en Robledo salen casi todos de las unidades residenciales, urbanizaciones y edificios construidos donde antes hubo casas grandes como la de los Roldán Espinosa, y también deliciosas y generosas fincas de recreo con charcos de aguas limpias de las quebradas La Iguaná, La Corcovada y La Gómez.

Solo en la calle 63, donde la Unidad de Vida Articulada del Inder acabó con la vida desarticulada y alegre que había en la antigua cancha de fútbol, hay un movimiento tenue como un susurro. En la verdulería y frutería pican los ingredientes para el salpicón que se venderá todo y sin peros al mediodía. El negocio de pollo apenas lo abren y en la vitrina ya se exhiben muslos y arepas fritas. En la entrada del billar-tintiadero cuatro señores se escurren en sillas de plástico, se calientan las manos con los pocillos y hablan sin mucho ánimo de algún partido. La administradora de la ferretería recibe material, mientras que al frente, en la miscelánea-museo, Reynel Giraldo, el dueño, ni siquiera espera: hace mucho tiempo que no vende nada. Lo que más se mueve es la carnicería Robledo, en una casa vieja a la que le calculan cien años, sobreviviente hasta ahora de la ola de tumbar para el ensanche.

Fue en una mañana como esas, en 2011, cuando Clemente Castaño Ochoa se puso a perseguir garzas. Ya había logrado establecer que provenían de Barbosa y que habían instalado su colonia a la altura de la estación Tricentenario, en un cañón del río Medellín. Faltaba saber adónde iban y por qué habían trazado esa ruta de bajo vuelo por entre las casas de Robledo, subiendo por los barrios Villa Flora y La Campiña y perdiéndose más arriba de Cucaracho.

Tras la muerte de su hermano Bayardo, Clemente heredó el cargo de historiador de Robledo, que se sumó a sus múltiples ocupaciones de jubilado: cuentista, atleta, conversador, ajedrecista, lector, tomador de pelo y defensor de viejos. A pesar de sus compromisos, Clemente agregó una nueva actividad a los días más felices de su vida, como él mismo los llama: se puso los tenis y comenzó a subir por Robledo, siguió de largo por Cucaracho y Santa Margarita, y alternó entre las nubes y el cemento hasta salir del casco urbano. El día entero se le fue en la expedición, parando de cuando en vez a conversar con algún paisano, siguiendo la ruta de las aves con sus alas de observador.

Clemente tiene 73 años y habla hasta por los codos. A Robledo vino a dar cuando tenía seis años, siete hermanos y sus papás vivos. Era 1947, cuando todo esto eran fincas, descansadero y bañadero de ilustres visitantes de Antioquia y del país. También era la época en que en Medellín quitaban la luz por turnos de una hora en cada barrio. Clemente recuerda: “En Robledo se iba de ocho a nueve de la noche, entonces ¿qué hacíamos? Pues nos íbamos a cantar en la manga donde hoy está el parque ‘de acá’. Oiga, Vicente Fernández era un bobo al lado de nosotros”. Y entona un bolero que interrumpe ahí mismo para decir que se acuerda también de que en el parque “de allá” –donde está la iglesia– lo que hacían era jugar chucha como las chuchas de verdad: de rama en rama, trepados en los árboles.

“¡Ah, sí, oiga, claro que encontré las garzas! Estaban aterrizando en un potrero en San Cristóbal, terreno de un conocido mío, allá se comen los bichos de todas las vacas”. Clara la travesía de las garzas blancas por Robledo, lo que no ha podido saber Clemente todavía es qué fenómeno las trajo a sobrevolar por aquí, entre cables, terrazas y ropa tendida; porque vuelan bajito y se pueden ver nítidas, en grupos de tres, cinco y hasta diez, y también solitarias, siempre y cuando nosotros, que andamos tan entretenidos en esta tierra, levantemos la vista del suelo.

Ansias del mediodía

Gerardo se la pasó en el parque todo el mediodía mientras esperaba a la vecina que lo iba a contratar para un trasteo de una esquina a otra. Pasadas las doce se quedó dormido, sentado en una banca, haciendo carrizo. Estaba profundo o se le hizo el loco a la algarabía de los colegiales que a esa hora llenaban otra vez de vida las calles de Robledo. Veinte minutos después abrió los ojos, separó las piernas y miró a la derecha para confirmar que su bicicleta siguiera ahí. La bici estaba, y estaba yo, compartiendo la banca mientras también esperaba. “Yo sí le digo pues que esperar es de las cosas más malucas que hay”, dijo. Le vi la cicatriz en el mentón y me pregunté cómo se le puede dar a alguien un machetazo así: una curva precisa, un arco justo debajo de la boca, un paréntesis hacia abajo como una carita triste.

Me contó que viene desde los lados de La Aurora hasta los alrededores de Robledo porque es la única parte donde puede ejercer su oficio y hacerse siquiera cuarenta mil pesos a la semana. “Allá arriba no se ve un alma en la calle, por esos dizque apartamentos que más bien son calabozos donde vive la gente; en cambio de estas casas por aquí me ponen a hacer mandados, cuido carros... Yo soy muy acomodado”. Miré la bicicleta y me imaginé a Gerardo a bordo, flaco como es, la gorra bien ajustada y las piernas y brazos de carnes escasas y flácidas sorteando la ruta en picada. “Un señor de allá que tiene mucha plata me la regaló. La tenían chupando agua”, dijo mientras señalaba la bici roja sin arandelas. Y me siguió hablando de sus pesares, del lío con una herencia, de la casa que tuvo que desocupar en El Pesebre, del cáncer de piel que lo atacó a los cincuenta y le desfiguró la cara.

A la una, el vendedor de mangos ya se había hecho el día con los estudiantes y le pidió prestado un lapicero. Gerardo le llevó el mío y por ahí derecho se fue para la tienda. Solo a alguien que sabe lo que es aguantar hambre se le ocurriría gastarse los únicos doscientos pesos que tiene en el bolsillo en dos panes de cien y convertirlos en migas para las palomas.

Ese fue el almuerzo de ellas.

Por su parte, en casa de los Roldán Espinosa, nietos y bisnietos de Nacienceno Espinosa, uno de los fundadores de Robledo y constructor del templo, devoraron el sancocho de costilla que preparó Lucero. Al mismo tiempo, dos cuadras arriba, en la carrera 88 –conocida como Puñaleta–, asomaba la punta de un bastón empuñado por un abuelo con ganas de tinto.

Zancadillas y otras virutas

Robledo tiene tres carreras que se cierran justo antes de la quebrada La Iguaná. La 86 o El Talego, en la que el fondo del saco es la casa de los herederos de Jerónimo Hernández, también conocidos como Los Gurres porque se mantienen con tierra hasta en las orejas por cuenta de los trabajos de fundición que hacen en la misma casa. La 87 o Concondo, bloqueada por un muro blanco cuya tarea es represar el monte que se come la ladera, de la que una vecina sospecha que le dicen así por el nombre de una tienda que hubo. Y la 88 o Puñaleta, donde vive el hombre del bastón, al que sus abuelos le contaron que ‘El Toto’, “un tipo muy malo que vivía por aquí hace cien años”, había resuelto un problema ínfimo a punta de cuchilladas, y desde entonces todo el mundo cree que en esa cuadra se mantienen peleando a puñal.

Desde la curva de esa cuadra con mala fama, en dirección al sur, se ven Blanquizal, La Cuchilla, El Pesebre, la parte alta de Calasanz, el metro cable, la Ciudadela Nuevo Occidente. Un mundo entero color ladrillo, con incrustaciones mostaza y verdeazul en los edificios más coquetos. Pero eso es allá, porque a este lado algunas casas todavía conservan zaguanes, corredores, patios internos y techos altos de caña de mitad del siglo pasado. Muchas otras no son tan antiguas, la mayoría están reformadas, pero, eso sí, en todas viven los habitantes de siempre, los hijos de los hijos de los hijos, quienes heredan la casa de la misma manera que heredan el gesto pueblerino de saludar al que se encuentran en la calle aunque sea desconocido.

Todos los días Jorge Iván Rodríguez, con el bastón empuñado, se encamina hacia la loma de Robledo y de ahí a El Descanso, sector en la carrera 89 en el que hay una tienda donde con la excusa de tomarse un tinto y fumarse un cigarrillo conversa y bromea con los vecinos. Recorre despacio la empinada y larga cuadra, parando mucho, ya sea para solazarse con el sufrimiento de un taxista de carro viejo que sube agonizante o para contemplar una muchacha de pelo suelto, de esas acostumbradas a zigzaguear un poco para dominar la loma.

En el ascenso Jorge Iván resalta el contraste. A su izquierda ve una casa vieja con piso de baldosín, grandes ventanales color café, antejardines cuidados y coloridos. Viejos dueños que se dan el lujo, no siempre costoso, de conservar la casa así. A la derecha divisa un edificio de veinte pisos que le parece horrible. “Cómo va a ser mejor vivir en una cosa de esas donde ni siquiera hay dónde extender la ropa”, dice, y luego agrega que esos apartamentos, que hacen parte del sector La Pola, los vendieron a sesenta millones sin terminar. “¿A usted le parece

bien eso? Eso no es vividero, vividero bueno la casa”. Tiene razón, los humanos corregimos un error con otro: nos reproducimos como locos y luego hacemos edificios para enlatarnos ahí. Y por eso Robledo, la Comuna 7 toda, la que llaman zona de expansión urbana, se está llenando hace tres décadas de urbanizaciones: Cortijo, Villa Flora y Manresa, las más viejas y bajitas, y después la seguidilla de ciudadelas, miradores y torres de hasta veinticinco pisos donde la vista de la ciudad es fastuosa: el cerro El Volador en primer plano, El Picacho a la izquierda, la pared de montañas orientales al frente, el fondo de edificios en el centro y en el sur; el reguero de casas color ladrillo por todos lados.

Jorge Iván vence la cuesta con el bastón atravesado en la vía, parece que le estuviera poniendo zancadilla a los carros. Cuando llega a El Descanso se entiende por qué se llama así, el caminante respira hondo y hace jarrita con el brazo izquierdo, aun así saluda con ganas y hace parar de la silla a un empleado de Empresas Varias: “Ahora no hay caballeros”, dice levantando un poco –solo un poco– el bastón del suelo.



Cuentos para antes de dormir

Sergio y Jorge Roldán Espinosa, hermanos de Lucero, nacieron en los años sesenta, trabajan por cuenta propia y viven con sus hijos en la misma casa. La casa de la que no se van a ir nunca, porque entran a un apartamento y ahí mismo les dan ganas de salir.

Sergio es tecnólogo automotriz del Sena y le llevan los carros para reparar hasta el frente de su casa en El Talego. Jorge es todero pero lo que mejor hace es trabajar la madera. Los dos estudiaron en el antiguo colegio de varones Jorge Robledo (hoy institución educativa mixta) cuando el piso de los patios era de tierra y estaba rodeado de fincas donde les daban mangos y les prestaban piscinas. También les tocó ir a pescar y a bañarse en La Corcovada y en La Iguaná, “hasta comienzos de los ochenta, porque ahí fue que las empezaron a contaminar con tanta construcción y con los ranchos de la gente que venía de Dabeiba, Uramita, Liborina”. Precisamente una de las pocas cosas que Jorge hizo solo, sin su hermano, fue coger el camino inverso al de los invasores que dieron comienzo a El Pesebre. Decidió irse al mar echando dedo.

En la carretera al mar se siente más calor que en cualquier otra parte de Robledo. Volquetas, camiones, buses. Un ruido que no deja conversar, que quita las ganas de conversar. La espera del bus, para el que le toca, se va hablando consigo mismo y tal vez reparando en las muchas casas desoladas y en venta que están al borde de la vía. Rutas que atraviesan toda la comuna y van hasta el corregimiento de San Cristóbal, otras que llevan y traen gente de Cañasgordas, Dabeiba, Mutatá y todo ese camino escabroso que se empezó a abrir justo aquí, a la altura de la Facultad de Minas, en 1926.

Cincuenta años después de la primera remoción de tierra para la obra, esa carretera, por la que todavía no se movía tanto camión, dejó de ser para Jorge la evocación de una promesa. Alistó un morral, se lo echó a la espalda y abandonó la casa de la que nunca había salido por más de una noche. En la vía se juntó con un amigo del colegio, y antes de llegar a pie a San Cristóbal dos agentes de policía se los encomendaron a un curtido camionero de una empresa bananera.

“En el camino recogimos campesinos, agricultores que pedían que los llevaran por cualquier cosa, y al final nos repartimos la plata con el conductor. Nosotros les ayudábamos a subir los bultos y a acomodarlos”, dice Jorge, y no puede ocultar una sonrisa de emoción y nostalgia. En Apartadó y en Turbo, él y su amigo pasaron días duros, trabajaron en una finca bananera, se echaron bultos al hombro e hicieron lo que hubiera que hacer para poder comer y pagar una noche de mal hotel.

Como era de esperarse, Jorge volvió a Medellín y la carretera al mar perdió ese velo de misterio; a su regreso le pareció que era camino y destino a un mundo ya entrevisto.





Ahora, con la vida menos inquieta, Jorge, sus hermanos y sus sobrinos pasan las noches en familia, comen temprano, hacen tareas, cuentan historias, ven televisión y a dormir. Otros en el barrio van a la 63 y la animan un poco, mecatean, se toman unos guaros, juegan billar y maquinatas, y si el ambiente está para más hasta terminan bailando. “Es la calle del bochinche”, dice Clemente, que también ve televisión con los Roldán, un *reality* con niños que le ha estado gustando mucho. “¿Y es que usted no tiene televisor, Clemente?”. “Sí, lo que pasa es que yo aprovecho para hacerle la visita a Rubi, la otra hermana de ellos. Ella es el amor mío, llevamos treinta años saliendo. Usted sabe que sin un amor la vida no se llama vida”. Empieza a cantar Clemente, y después del programa cuenta un chiste de un león enjaulado y una mujer empelota y se despide: “Me dirijo a mis aposentos”.

En su casa, donde vive solo, deja lista la ropa para el día siguiente, que puede ser de leer en la biblioteca, perseguir ibis negras, conversar en el parque o caminar hasta cualquier parte. Apaga la luz de su cuarto cuando el barrio Robledo todavía no apaga sus motores recalentados de la calle 65, y una luz mortecina que le llega desde la estatua del mariscal Robledo le alcanza para asegurarse de que el tablero de ajedrez esté en el nochero: “Si mientras duermo me muero, me dedico a jugar ajedrez en el cielo”. ♦



Iglesia de Robledo, 1910.

Robledo



SALSIPUEDES O DONDE EL AMOR NUNCA SE MUERE

“Hoy quiero gozar, quiero vivir en Salsipuedes, / tierra de ilusión donde el amor nunca se muere, / ven, ven y verás de corazón a Salsipuedes, / y tú cantarás con gran amor a tus quereres”, cantó Matilde Díaz, acompañada de su esposo Lucho Bermúdez, el inmortal porro que nació una madrugada de abril de 1948, después de una fiesta que duró todo un puente festivo en la finca donde vivían adoptados por los Marín Vieco. Llovía a cántaros y cuando los invitados intentaron salir las carreteras estaban hechas un lodazal, entonces tuvieron que devolverse embarrados de pies a cabeza.

¶ “Lucho Bermúdez estaba sentado en un rincón y les dijo: ‘Salí si podés. Yo llevo un año tratando de salir de aquí y no he podido, ahora ustedes creen que van a ser capaces con este aguacero’. Todo el mundo se echó a reír, a él le quedó sonando y empezó a tararear: ‘Salsipuedes, Salsipuedes’. Y les dijo a sus músicos: ‘Muchachos, tengo un ritmo’, y empezó a improvisar. La orquesta, que ya lo conocía, lo acompañó. Ahí nació la canción *Salsipuedes*, y desde eso mi abuelo le puso ese nombre a esta finca”, cuenta Yuliana, parada en medio de la sala donde se exhiben las esculturas de su abuelo Jorge Marín Vieco.

¶ Sucesor de un linaje de artistas, Jorge Marín compró en 1939, por seiscientos pesos, la finca de tapia y bahareque, rodeada de mangas, en una ladera de lo que hoy es el sector La Pola, en el barrio Robledo. Allí sembró árboles frutales y flores y montó su taller de marquetería y escultura, arte en el que se inició siendo un niño, cuando se escapaba de la escuela para ir al taller de su tío Bernardo, su primer maestro. Apasionado por la música, clarinetista y saxofonista autodidacta, fundó Ritmos, la primera banda de jazz de Medellín. Sin embargo, a los 38 años decidió consagrarse a la escultura.

¶ Cuando supo que Lucho se radicaría en Medellín, le ofreció su casa para que pasara unos días mientras conseguía dónde establecerse, pero la estadía del compositor se alargó más de un año, y la finca se convirtió, además, en el lugar donde ensayaba con su orquesta aquellas canciones que marcaron la historia musical de Colombia. La casa se fue transformando en un santuario donde se armaban tertulias y parrandas que duraban hasta el amanecer, y en posada de artistas que, protegidos por el anfitrión, se quedaban allí largas temporadas, como les pasó también al maestro Gabriel Uribe y a su familia, al compositor Luis Uribe Bueno, al poeta Jorge Artel y al muralista Horacio Longas.

¶ Un día Longas le dijo a Marín que había que decorar la casa porque se estaba volviendo un centro cultural, y el anfitrión le contestó que empezara él. Animado por la propuesta, el artista pintó a tres parejas de campesinos bailando en una de las paredes de la sala, mural que, un poco desconchado por el tiempo, todavía se conserva. Para celebrar la culminación de la pintura se hizo aquella famosa fiesta que inmortalizó la finca con el nombre Salsipuedes. Frente al mural de Longas el poeta cartagenero Jorge Artel también dejó su impronta, y escribió con un carboncillo, la letra ladeada y

legible: “Cuando me vaya no sabré si un poco de esta casa se va incrustada dentro de mi corazón o si es un pedazo de mi corazón lo que se queda en esta casa”.

¶ En esa casa, Vieco, el alquimista, con la fuerza lírica de sus manos transformó los metales en obras que narran la lucha social y la historia indigenista y cultural del pueblo, como las emblemáticas esculturas amerindias que hoy se aprecian en la Beneficencia de Antioquia. O el colosal *Hombre en busca de la paz*, un Cristo desnudo que escandalizó a los clérigos, quienes ordenaron cubrirle el sexo, algo que conturbó a Vieco, pues pretendía simbolizar el tránsito pacífico de la humanidad hacia la otra vida. Cuenta Yuliana que su abuelo, indignado, le preguntó al arzobispo: “¿Podría usted, reverendo, recomendarme un sastre para vestir espíritus?”. Y al final le hizo un taparrabos en forma de llamas que añadió con cuatro tornillos. La idea era que algún día se oxidaran para que el taparrabos se cayera encima de su tumba, pues él sería enterrado debajo de la escultura”. En el boceto inicial, el desnudo abría las manos hacia afuera, representando al hombre que lleva consigo al pueblo, “pero ya que le pusieron tanto pereque, él dijo: ‘¡Ah!, vamos a dejar a todos estos godos atrás’. Y le voltió las manos”.

¶ También Gonzalo Arango visitó varias veces Salsipuedes, recinto al que le dedicó una de sus columnas. El texto original, una hoja desvaída por el tiempo, redactado en máquina de escribir y con correcciones hechas a lapicero por el escritor, cuelga enmarcado en una pared de la casa. “Si el Gólgota fuera sublime por el paisaje, y no por el poeta que coronó su destino en el peñasco, esta colina sería del linaje del monte sagrado. Salsipuedes es la humildad misma. Pero el amor, los sueños, la creación, consagraron esta morada en un templo al espíritu”, dice en un fragmento.

¶ En la casa siguen viviendo su mujer, su hijo Jorge Alberto y sus nietos. Su hijo, pianista, lutier y empresario, fascinado también por la escultura, juró al padre continuar su obra, dedicarse a la escultura y hacer de Salsipuedes una fundación para apoyar a jóvenes artistas. Veintinueve años después de la muerte de Jorge Marín Vieco, el taparrabos en forma de lenguas de fuego se desplomó sobre su tumba, y el espíritu triunfal impulsó, al fin, el ascenso del hombre desnudo que dejó atrás a quienes no supieron comprender un corazón libre de vergüenza. ♦



Barrio de crecidas

Por Carlos A. Serna-Quintana

En las márgenes de la quebrada La Iguaná, al occidente de Medellín, hay historias de barrios hechos a pulso por sus habitantes, y también relatos de éxodos obligados. Uno de los referentes más remotos del desplazamiento de los pobladores de esta cuenca es la destrucción del caserío conocido como Aná tras una crecida de la quebrada, y su posterior reubicación, a finales del siglo XIX, en lo que hoy es el barrio Robledo. Por entonces las élites medellinenses empezaban a transitar hacia una modernización con sotana y fajín, y le abrían paso al progreso con el sueño de una locomotora. Los torrentes trajeron el augurio de lo movedizo que resultaría habitar las orillas de La Iguaná.

A mediados del siglo XX, mientras en el mundo la fe en el avance de la humanidad era rebautizada como desarrollo, familias de diversos lugares de Antioquia y del Chocó que huían de la violencia y la pobreza rural, y otras conformadas por las primeras generaciones urbanas descendientes de migrantes pueblerinos, encontraron en la cuenca baja de La Iguaná la posibilidad de instalarse en el espejismo citadino.

Unos se situaron en propiedades de acaudalados negociantes como Juan B. Londoño y armaron sus ranchos en el piedemonte del cerro El Volador, próximos a la desembocadura de la quebrada en el río Medellín; otros compraron lotes aguas arriba a improvisados empresarios del suelo urbano, en los terrenos anegadizos donde La Iguaná sale del cañón que la encauza desde San Cristóbal. En esos sitios de la parte baja de la cuenca se construyeron paulatinamente los barrios La Iguaná y El Jardín, que en el transcurso de las dos últimas décadas han sido transformados drásticamente por las borrascas del desarrollo, entre ellas la construcción de una vía que busca conectar a Medellín con el occidente del departamento y encontrar el mar allende las aguas de La Iguaná.

El barrio Nueva Villa de La Iguaná está en la margen norte de la quebrada que baja por la vertiente occidental del Valle de Aburrá, en la orilla izquierda si miramos hacia su desembocadura en el río Medellín, justo a la altura en la que la quebrada Santa Elena desemboca en la margen oriental del río. Hasta hace cerca de veinte años el barrio también ocupaba la otra orilla, y las carreras 65 y 70 delimitaban su

extensión. Las orillas de la quebrada se encontraban despobladas desde la carrera 70 hasta la carrera 80, lugar en el que se erigieron, aguas arriba, más casas y ranchos, sobre la cuenca media de la quebrada.

Las primeras viviendas de La Iguaná aparecieron en 1945, y en pocos años se multiplicaron. La necesidad de unir esfuerzos redundó en la organización comunitaria, lo que les permitió a sus habitantes afrontar el continuo acecho de las autoridades que pretendían impedir el establecimiento del barrio, y cosechar beneficios colectivos como la construcción del conjunto de edificios La Iguaná, donde fueron reubicadas muchas familias en 1993.

Muchos de sus habitantes se ocuparon extrayendo arena, grava y piedra de la quebrada, un oficio fértil en una ciudad que crecía y demandaba materiales para la construcción; aún hoy, algunas personas del barrio viven del “cascajo”. Los areneros conocían los peligros a los que se enfrentaban en una quebrada famosa por la rapidez con que su caudal se hacía turbulento, no solo por su experiencia sino también por las múltiples jornadas en las que, con las mismas palas, sacaban el lodo que inundaba sus viviendas. No obstante, confiaban en la protección de la Virgen e instalaron una cerca de la carrera 70 en 1951.

Los habitantes de La Iguaná se resguardaban de las crecientes subiendo por las faldas del cerro El Volador, y desde arriba escuchaban el estrépito de las rocas arrastradas por la corriente hasta que el nivel de las aguas bajaba; entonces era tiempo de regresar a sus viviendas y emprender la recuperación con la ayuda de familiares y vecinos.

En la memoria de algunos habitantes confluyen imágenes y palabras de una historia en la que las necesidades individuales se hicieron causa común y fueron tomando la forma de hábitat solidario. Vivencias de la niñez, momentos festivos y fúnebres, experiencias ajenas sentidas como propias se mezclan en recuerdos compartidos y percepciones del barrio.

La reubicación de cerca de mil familias que hasta 1993 vivieron en el margen de la quebrada, entre la carrera 70 y la Avenida Regional, es uno de los hechos más destacados en la memoria del barrio.

Mientras varios niños bailan la canción de salsa que suena en una de las tiendas del barrio, Antonio cuenta que aunque para muchas personas la reubicación fue un cambio positivo, no todos lo ven así.

Antonio ha vivido toda su vida en La Iguaná, y su familia fue una de las 250 trasladadas hace veintiún años a los edificios multifamiliares que el gobierno local construyó en la carrera 74 con calle 60 y les entregó a cambio de un millón de pesos y de la destrucción por cuenta propia de las casas que abandonaban. Con un gesto de pesar, cuenta que hubo intensos conflictos entre quienes se quedaron en la parte de abajo y quienes se fueron a vivir “como nuevos ricos” a la parte de arriba. Además, otras familias reubicadas en barrios como El Limonar, Belén o Toscana, si bien dejaron atrás el temor por las inundaciones, quedaron muy lejos de los lugares donde conseguían su sustento, asunto que no era un problema menor.

Carlos comparte esa opinión dividida. Señala que con la partida de aproximadamente una tercera parte de la población del barrio, los lazos sociales se resquebrajaron, la organización comunitaria se debilitó y las prácticas solidarias no volvieron a tener la fuerza de antes. Sin dejar de insistir en que no todo ha sido malo, advierte lo paradójico que resulta que los logros de una comunidad organizada en pro de vivienda digna hayan traído ese tipo de consecuencias. Al fin y al cabo, la reubicación se derivó de un éxodo forzado por el gobierno local para construir una infraestructura vial, pues encontró en la situación de riesgo de los habitantes de La Iguaná el pretexto idóneo para legitimar su ejecución.

En donde antes estaban las viviendas de casi cinco mil personas y la cancha del barrio, ahora circulan y se atascan vehículos que viajan entre la Avenida Regional y la carrera 80. En ese trayecto, desde dos puentes que forman una vía sinuosa paralela al barrio La Iguaná, pueden verse las casas que quedaron, apiñadas en una hilera que parece abrirse paso entre la quebrada y el cerro, cuyas fachadas componen un mosaico en el que el rojo del ladrillo se intercala con múltiples colores.

En los semáforos de los cruces de esta vía con la carrera 65 y la Avenida Regional es común encontrar jóvenes y adultos del barrio que han hecho de la carretera parte de su territorio. Allí buscan hacerse unos pesos limpiando parabrisas y vendiendo galletas, confites y música. En la 65 se instalan los paleros ávidos del contrato del día, obreros con la herramienta que otrora usaban para sacar arena de la quebrada y lodo de las casas, a la espera de alguien que los favorezca explotando su mano de obra por ese día. Ante la escasez de empleo digno, el empleo informal abunda.

Siguiendo el sentido de esta vía y sus meandros, subiendo a contracorriente, se cruza la carrera 74 y se llega a Multifamiliares La Iguaná. El panorama contrasta con el barrio de donde llegaron muchos de los que hoy viven allí. La vía que motivó la reubicación separa las viviendas de la orilla norte de la quebrada con un amplio margen. Sobre ella se enfilan los edificios con sus monótonos cinco pisos de adobe y sus grises columnas de concreto. También allí las notas de la salsa se mezclan con las risotadas de sus habitantes, reunidos en los negocios que funcionan en los primeros pisos de los bloques de apartamentos; otros ven correr las aguas y el tiempo desde el otro lado de la vía, arrellanados en muebles construidos con ingenio.





Muchas de las personas que viven en los multifamiliares también resuelven el día a día cuidando carros, rebuscando en los semáforos o en el corredor del río durante las fiestas decembrinas, la feria de agosto, los domingos de fútbol. Años después del traslado, muchas familias perdieron sus casas por deudas con los bancos. Las que se quedaron resultaron diferenciadas de los habitantes del barrio La Iguaná, pero aún comparten una historia común: la de haber construido su espacio en la ciudad y forjado un pasado al que se remiten al indagar por su presente, suelo firme que encuentran para reconocerse.

La vía que busca el mar sigue trepando hacia el occidente, y con su ascenso aumentan los éxodos y las reubicaciones de los habitantes marginales de la quebrada La Iguaná. En el último lustro, para construir el intercambio vial de la carrera 80, se destruyó casi por completo el barrio El Jardín. De las seis manzanas que lo conformaban según la delimitación del Departamento de Planeación, solo dos conservaron algunas viviendas. Cerca de doscientas familias fueron reubicadas, la mayoría en la Ciudadela Nuevo Occidente. Algunos de los que se quedaron en esas dos manzanas dicen que el barrio ya no existe, que lo que hay son vías con varias casas al costado. Con el pretexto institucional de las zonas de alto riesgo de nuevo en escena, a las familias de El Jardín se sumaron otras mil cuatrocientas, de los barrios La Isla de la Fantasía, Masavielle, Fuente Clara, El Porvenir, Vallejuelos, Olaya 1 y 2 y Loma Hermosa, con lo cual ya son casi ocho mil las personas afectadas por una borrasca llamada vía al mar que se abre paso aguas arriba. ♦



Aérea de los tugurios de la Iguaná, 1971.





Un barrio entre la niebla

Por Juan Fernando Hernández

En 1936 un grupo de habitantes del noroccidente de Medellín subieron a lomo de mula la cabeza, los brazos, el tronco y los pies de un gran monumento hasta el cerro El Picacho. Después juntaron las piezas sobre un pedestal, y quedó en pie la enorme figura blanca del Cristo Rey, con los brazos abiertos, como en un gesto de satisfacción al observar la ciudad que ha visto crecer.

El cerro El Picacho es un afloramiento rocoso, a lo lejos visible como una joroba verde que emerge de las montañas noroccidentales de la ciudad. Gran parte de su geografía está compuesta por rocas grises que descansan unas sobre otras, rodeadas de vegetación. Se cuentan historias acerca de las pequeñas cuevas que forman varias de estas rocas, de la existencia de guacas y tesoros escondidos, de brujas y duendes que deambulan por el cerro a determinadas horas, de un túnel secreto que atraviesa la ciudad y se comunica con otro túnel en el cerro Pan de Azúcar. Lo cierto es que desde el siglo XVIII y hasta los primeros años del siglo XX, el antiguo camino de piedra que pasa por un lado del cerro El Picacho hizo parte del camino real que comunicaba la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria con Santa Fe de Antioquia.

El poblamiento de los alrededores del cerro comenzó a hacerse notorio en la tercera década del siglo XX, aunque fue a partir de la década del cincuenta cuando se aceleró el proceso de ocupación. Desde entonces se han creado doce barrios cercanos al cerro y sus alrededores, que en la actualidad hacen parte de la Comuna 6. A finales de 1969 el gerente regional del Instituto de Crédito Territorial, Diter Castrillón Obendorfer, hizo un recorrido aéreo por la ciudad con el fin de encontrar tierras disponibles para la construcción de una urbanización que diera solución de vivienda a las personas que habitaban en los tugurios de Medellín. En ese vuelo, el señor Castrillón divisó un gran terreno al noroccidente que limitaba con los barrios Castilla, Miramar, París, Pedregal y Santander. Tras la exploración aérea, el director del instituto pensó que su descubrimiento, guardadas proporciones, era tan importante como el que había efectuado Cristóbal Colón, así que decidió llamar a la urbanización Doce de Octubre, nombre que años más tarde tomaría la Comuna 6. La construcción de la urbanización se inició en 1970, al año siguiente se terminó la primera etapa y, finalmente, el barrio completo se inauguró el 12 de octubre de 1973.

Las primeras familias que llegaron al Doce eran habitantes de tugurios y arrendatarias de distintas zonas de la ciudad. Los jefes de hogar eran, por lo general, obreros de fábricas, pequeños comerciantes, empleados de almacenes, vigilantes y empleadas del servicio doméstico.

A la primera etapa del barrio llegó mi tía Gilma, una joven viuda con nueve hijos. Tras la muerte de su marido, Gilma decidió vender su casa en el barrio Granizal y comenzar otra etapa de su vida en la nueva urbanización. Algunos fines de semana mi mamá nos llevaba de visita a mi hermano y a mí. Varias calles estaban sin pavimentar y nos ensuciábamos los zapatos con un lodo amarillo. Muchas viviendas que no habían sido adjudicadas permanecían vacías. Con los primos nos las ingeniábamos para entrar en esas casas, que se comunicaban por los patios traseros. Cada uno de nosotros tomaba una casa y decía que era suya; entonces nos veíamos por los patios y conversábamos en voz alta, o simplemente jugábamos a las escondidas.

Dos años después, otra de mis tías, Mariela, que era obrera en la fábrica de galletas Noel, compró su casa en la segunda etapa. Su hijo Diego, que tenía mi edad, era mi mejor amigo. Nuestras visitas al Doce de Octubre se hicieron más frecuentes. Con los años, la tía Mariela construyó el segundo piso de su casa y allí se fue a vivir mi abuela materna con dos tíos y dos primas más. Fue entonces cuando mi madre y mi padrastro decidieron alquilar también una casa en el Doce. Recuerdo mi felicidad por estar cerca de mis primos. Nuestro juego favorito era armar un cambuche de cobijas y sábanas en plena sala de la casa de la tía Mariela. Imaginábamos que estábamos en un bosque en la montaña, y allí en el cambuche dormíamos y desayunábamos al día siguiente.

Los primos mayores organizaban paseos de olla a las mangas cercanas al cerro El Picacho, y nosotros pescábamos renacuajos en los charcos de la quebrada La Minita, cuyas aguas, a mediados de los setenta, aún corrían limpias bajo la carrera 80. Las noches en el Doce solían ser muy frías; además, algunos días de invierno la niebla cubría el barrio, algo que siempre disfruté, pues le daba cierto aire alucinado a las calles, como si flotaran en medio de la espesa niebla mientras el resto de la ciudad quedaba oculta.







A medida que se adjudicaban las casas llegaban nuevos vecinos con sus hijos, que crecerían con nosotros y llegarían a ser nuestros hermanos de la vida. Fue así como a mediados de los setenta llegó la familia Valencia Carvajal, compuesta por la madre, Amelia; su esposo, Camilo, carnicero de profesión; y cinco hijos. Uno de ellos era un niño rubio de ojos azules y aspecto vivaz a quien, como buen paisa, le gustaba hablar con refranes; todos lo conocían como 'Neneco' aunque su verdadero nombre era Alexander. Camilo Valencia instaló su carnicería en la esquina de la calle 98 con la carrera 80, y en ese local les enseñó el oficio a sus hijos mayores y al pequeño Neneco.

La calle 98 nace en la carrera 65 frente al Parque Juanes de la Paz, atraviesa el barrio Castilla de oriente a occidente y llega hasta el Doce de Octubre. Es una calle larga y empinada. El sector donde convergen la carrera 80 con la calle 98 une al barrio Doce de Octubre con el barrio San Martín. Años más tarde, cuando Camilo trasladó su negocio una cuadra más adelante, los dueños del local instalaron una cafetería a la que llamaron Otoal, abreviatura de Otoniel Álvarez, antiguo propietario. La cafetería Otoal fue punto de reunión de muchos jóvenes de la zona; algunos eran verdaderos pillos que pertenecían a bandas del sector, otros eran muchachos trabajadores o estudiantes que se reunían a tomar cerveza y a conversar con los amigos.

En el barrio se instaló también la familia de la señora Dora Cano y su esposo don Absalón. Ella fundó uno de los primeros jardines infantiles del sector, cercano a la cancha La Minita, que con el tiempo

se convertiría en el colegio Jesús Amigo. Llegó también la familia Del Río, cuyo padre era un albañil que construyó y reformó varias casas del barrio. Su hijo, a quien apodaban 'Caliche', aprendió también el oficio de "la rusa": "Conozco casi todas las casas de este barrio, en algunas he trabajado de ayudante del cucho y en otras he sido el oficial", dice con orgullo.

Durante la década de los ochenta aumentaron las rutas de transporte al barrio, aunque en las tardes y las primeras horas de la noche la gente continuó viajando en montonera. En los primeros tres años de los ochenta algunas casas resultaron con daños por la inestabilidad del terreno. Además, muchos habitantes entraron en pánico cuando se desprendieron algunas piedras del cerro El Picacho; creían que una noche empezarían a llover rocas del cerro. La violencia y el desplazamiento provocaron algunas invasiones en los alrededores de El Picacho y, a pesar de las condiciones desfavorables del terreno, muchas familias se asentaron a los pies del cerro y crearon los barrios El Picachito, El Mirador del Doce, El Progreso 2 y El Triunfo.

En esa década muchos de los jóvenes del barrio se hicieron rockeros. Se volvieron comunes los bailes llamados "sollis" o "notas", donde se escuchaba bandas como AC/DC, Black Sabbath, Iron Maiden y Scorpions. Estos jóvenes se distinguían de los demás por sus largas cabelleras, jeans bota tubo, camisetas negras y orgullosa rebeldía. La gente les decía "sollados". Bailaban a oscuras moviendo la melena de un lado a otro mientras tocaban guitarras eléctricas imaginarias.







En mi adolescencia yo quería ser un sollado. Me dejé crecer el pelo y asistía a algunos “sollis” donde el sonido de las guitarras se confundía con los gritos de euforia. Sin embargo, en realidad era un muchacho bastante tímido y solitario, no pertenecía a ninguna barra. Llegaba solo a los “sollis” y solo regresaba a la casa, me encerraba en el cuarto y escuchaba a bajo volumen las canciones de Abba y Boney M.

Al contrario, mi primo Diego, Neneco y Caliche hicieron parte de la barra de la 80, que se reunía casi a diario en aquella famosa esquina de la cafetería Otoal. Las locuras de los muchachos de la barra de la 80 consistían en fumar marihuana y hablar de las muchachas que pasaban por la calle. Decían que algunas estaban flacas y sin nalgas, otras gordas y bajitas como trompos bailarines; también hablaban de las bonitas que no los miraban a ellos por ser unos marihuaneros muy criticones. En algunas ocasiones me invitaban a salir de caminada.

Subíamos por el antiguo camino real, pasábamos por un lado del cerro El Picacho y tomábamos la carretera que conduce al municipio de San Pedro hasta llegar a unos charcos en el corregimiento de San Félix, del municipio de Bello, conocidos como Charcos Verdes. Era un plan que tomaba todo un día, emprendíamos la salida en las primeras horas de la mañana y regresábamos cuando el sol empezaba a ocultarse.

En diciembre, los muchachos de la 80 animaban el sector y organizaban fiestas en las que cada familia aportaba una cuota. Con lo recogido compraban un marrano, pasabocas, revuelto para el sancocho y las ensaladas y, eso sí, mucho aguardiente, ron y cerveza. La casa de la tía Mariela fue el lugar preferido para aquellas parrandas decembrinas que se celebraron casi todos los años durante los ochenta. Nunca hubo problema alguno, solo querían divertirse.

En aquellos años, a una familia que había alquilado una casa en el sector El Condorito se le ocurrió la idea de poner una venta de hojuelas. Fueron un éxito, y la familia empezó a ser conocida como “las hojueleras”. La hojuela se convirtió en la golosina preferida del barrio. La familia no daba abasto con las ventas, y terminaron comprando la casa y construyendo pronto la segunda planta. Con el tiempo vendieron y se fueron con sus hojuelas a ganar dinero a otro barrio.

A principios de los noventa tomaron fuerza las bandas delincuenciales que sembraron el terror en el Doce de Octubre y los vecinos barrios de invasión. Surgieron cientos de sicarios al servicio de los grandes narcos. Como muchos sectores de la ciudad, la Comuna 6 no fue ajena a las balas que en esos años terminaron con la vida de una generación de jóvenes. Se formaron pequeñas bandas por los lados de El Condorito y otro sector denominado La Torre. La banda más temible, La Machaca, surgió en el barrio San Martín. “Los machacos”, como llamaban a sus integrantes, se enfrentaron varias veces a la policía en increíbles balaceras. Algunos jóvenes del sector de La Minita y El Otoal comenzaron a hacer parte de esta banda. Fue entonces cuando la muerte se convirtió en rutina.

Para esos años, muchos de los jóvenes de mi generación ya habíamos terminado bachillerato. Algunos ingresamos a la universidad, otros al mundo laboral en distintos oficios, hubo quienes se emparejaron y quienes se fueron huyendo de la violencia que vivía el barrio. A pesar de las duras circunstancias, cada 12 de octubre se celebraban las fiestas barriales, que duraban tres días, y el 14 de febrero de 1992, durante la presidencia de César Gaviria Trujillo, se inauguró la unidad hospitalaria Luis Carlos Galán Sarmiento.

Preocupados por el impacto de la violencia en los niños y adolescentes del sector de la cancha La Minita y sus alrededores, Caliche, Neneco y otros jóvenes decidimos fundar un club juvenil de cine para ofrecer alternativas de diversión y aprendizaje a los jóvenes del barrio. Obtuvimos recursos de la Oficina de la Juventud, que prestaba ayuda y asesoría a los clubes juveniles, y llamamos al club La Sociedad de los Poetas. A finales de los noventa organizamos una improvisada comparsa e hicimos un desfile en el que recordamos a Soraya Cataño, una de las líderes juveniles asesinadas, a quien su hermano llamaba Luna Sora. Bautizamos la comparsa con el nombre de Luna Sol.

Nos reuníamos en una de las aulas del jardín infantil de Dora Cano. La comparsa se hizo visible, comenzaron a invitarnos a desfiles y eventos importantes de la ciudad. A finales de los noventa muchos habitantes del barrio, especialmente los jóvenes entre veinticinco y treinta años, tomaron conciencia de la necesidad de propiciar espacios comunitarios donde se pudieran encontrar unos con otros, donde las conversaciones no se limitaran a los muertos de cada fin de semana, y donde también participaran los mayores y los niños. Esos jóvenes eran nuevos vecinos y algunos muchachos de la barra de la 80. Muchos de ellos ya eran padres o tenían hermanos adolescentes. Se volvieron comunes las ciclo vías y los tablados culturales, los campeonatos de microfútbol y los sancochos comunitarios. Un domingo al mes se cerraba la carrera 80 desde el sector del montallantas, donde hay una estatua de René Higueta, hasta El Condorito. Entonces todos se tomaban la calle en bicicleta, patines o patineta. La transitada carrera 80 tomaba otro aire, algunos aprovechaban e instalaban pequeñas ventas de comidas, otros simplemente salían a encontrarse con sus vecinos y a caminar. La vida recobraba los territorios que la violencia había ganado años atrás.

Un año antes de terminar mis estudios universitarios, me fui del Doce de Octubre con mi madre y mis hermanos. Tras la muerte de mi abuela, mis tías vendieron sus casas y también se mudaron. Camilo Valencia logró ahorrar unos pesos con su oficio de carnicero y compró una casa en otro barrio; Neneco, su hijo, se fue con él. Caliche y su familia hicieron lo mismo. Toda una generación de pioneros que vivimos los comienzos, el esplendor y las heridas del barrio terminamos por marcharnos. La Sociedad de los Poetas se disolvió meses después de mi partida. Sin embargo, la comparsa Luna Sol aún permanece activa, y es una de las más reconocidas de la ciudad.

En agosto de 2013 se inauguró el Parque Biblioteca Doce de Octubre, que en pocos meses se convirtió en un referente cultural, tanto del barrio como de la comuna. Algunas veces me encuentro con algún integrante de la comparsa; siempre me saludan con alegría, me cuentan de las presentaciones, de los planes del grupo y de los nuevos integrantes, que ahora suman el doble de los que iniciaron.

A veces, desde algún punto de la ciudad, observo aquella joroba verde llamada El Picacho que emerge en las montañas noroccidentales. En los días cerrados sé que la niebla ronda las calles del Doce de Octubre. Pienso entonces que el barrio flota entre las nubes, mientras en el resto de la ciudad todos estamos ocultos. ♦



En la cancha

Por Paula Camila O. Lema

*Me escapo de las manos alegres del barrio
que me quieren tocar.*

Helí Ramírez

Uno

Ayer hubo tormenta en Medellín. Una granizada que tuvo como epicentro las comunas 5, 6 y 7, en el noroccidente de la ciudad. A mitad de la tarde del último miércoles de octubre de 2014, un lluvioso ventarrón se convirtió en un traqueteo ensordecedor sobre los tejados, en un rodar de piedras blancas, en un fragor de truenos y relámpagos. Vientos de cien kilómetros por hora derribaron árboles y arrancaron techos. Bolas de hielo del tamaño de canicas agujerearon tejas y se acumularon en los antejardines. Litros de agua se colaron por las grietas y mojaron electrodomésticos, muebles y colchones que ahora descansan en las esquinas a la espera de que el camión de la basura pase a recogerlos, junto a montones de hojas de árboles masticadas por el hielo y la ventisca.

Hoy, a metros de la cancha La Maracaná –barrio La Esperanza, Comuna 6–, dos tipos comentan los daños: “En ningún depósito hay tejas, todo el mundo se levantó a arreglar el techo”, dice uno de ellos, Pedro, un tipo en jeans y camiseta que debe rondar los cuarenta.

En esa tienda hubo, hace muchos años, una bananería que proveía a toda la zona cuando doscientos de banano hacían un racimo. En esa esquina nació, hace muchos años, un combo, Los Bananeros, ahora conformado por quince o veinte pelados, muy jóvenes, medio locos, dañinos, que tienen control absoluto de esa callejuela, según me contará semanas después Carlos Arcila, vocero de la Mesa de Derechos Humanos del Valle de Aburrá. En esa cuadra es “donde pasa de todo”, dirá luego un vecino; y también que Pedro, a quien se ve caminando por ahí como quien no tiene nada que hacer, es un “pagadario”: “Él no está enredado con nada pero es un prestamista. Hay muchos. Los fines de semana uno los ve borrachos, botaos, pero no son malos”; amenazan, sí, pero entonces el deudor recurre a las “últimas formas de pago” y le hace visita al prestamista con el televisor a cuestas.

A veces La Esperanza y su cancha salen en las noticias. Cuando, por ejemplo, aparece un cadáver descuartizado, o dos, o tres, como sucedió en septiembre. O cuando hay una masacre como la que ocupó

los titulares a mediados de 2012, provocada por una riña entre dos peñaos. “Ellos hacen encuentros de paz, pero no tienen cómo ser amigos porque aparece un culicagaíto que se cree muy duro y caga el tropel”, opina un habitante. “Falta de mando”, dirá más tarde un líder, aunque en teoría todos están sujetos al llamado “Pacto del Fusil”, una suerte de tregua entre mandamases.

El comandante de la Policía responsabilizó de la masacre a Los Cachorros, un combo nuevo, conformado por veinte o treinta muchachos que dominan, bajo influencia de un combo mayor, el otro lado de la cancha; el ataque fue contra Los Bananeros. Además de esos, otros combos –menores y mayores– mantienen feudos en las comunas 5 y 6 y establecen fronteras invisibles que pocos se atreven a franquear. Pero en La Maracaná, epicentro de la actividad del barrio, límite simbólico entre tres comunas, todos parchan, se traban y se emborrachan, juegan parques o cartas, hacen frijoladas y sancochos.

La Maracaná es más que una cancha. Le llaman –la administración y los líderes cuando toman prestado el discurso de la administración– “Núcleo de vida ciudadana”, porque allí está todo: la cancha, una iglesia, un colegio, dos escuelas, dos jardines infantiles, la biblioteca, un teatro al aire libre, un auditorio, varios salones para la decena de organizaciones sociales –deportivas, artísticas, culturales– que tienen allí su sede, un parque infantil, terrazas, árboles, y una sede comunitaria donde hacen de todo, desde bingos de la iglesia hasta reuniones de los grupos de la tercera edad. También hay un edificio construido en los años ochenta, después del primer proceso de desmovilización que hubo en Medellín –según dirá más tarde un líder–, para una cooperativa de trabajo que habría llegado a ser muy importante si no hubiera conseguido “ladrón propio”, y que ahora mismo están reformando para convertir en subestación de policía. Afuera del inmueble, cubierto temporalmente con tela verde, dice Castilla. Un letrero que lleva ahí cerca de quince años, aunque esto, en rigor, no sea Castilla.

A esa zona en teoría neutral, una noche de julio de 2012, llegaron dos tipos en moto y dispararon indiscriminadamente mientras se jugaba un partido de fútbol. Seis heridos y cinco muertos, entre ellos dos menores de edad. “La alegría de La Esperanza no muere”, tituló un periódico local, y otro ubicó el barrio en la Comuna 5, Castilla, aunque la administración de la ciudad establece que pertenece a la Comuna 6, Doce de Octubre. Dicen los líderes del barrio, dicen los registros históricos, que La Esperanza es lo que hay entre las carreras 72 y 85 y las calles 96 y 97. En el mapa sectorizado rural del Municipio se pueden ver 54 manzanas, comprendidas entre las carreras 76 y la 72 y las calles 93 y 99. Si uno se descuelga, digamos, por la 96, una de las calles que bajan derecho desde la carrera 80, puede ver, enfrente, las casas y ranchos de la Comuna 1, punticos como estrellas en la gran superficie de la montaña, si, digamos, es de noche y el cielo está despejado.

Menos de un mes después de la masacre, tres presuntos responsables fueron detenidos. Y hubo retaliación, claro. “Cuando los cogieron ya sí chillaban. Que ya, que ya. ¿Que ya?”, cuenta Pedro, quien al enterarse de que busco a un conocedor del barrio me manda para donde John, que en este momento debe estar en “la corporación”, a la vuelta.

La corporación queda al lado de un localcito con media docena de máquinas tragaperras, atendido por dos señores peliblanco. Es un salón grande, con grandes columnas, las paredes tapizadas de volantes, fotos de la vida comunitaria, avisos institucionales. En una de las alas de la puerta de vidrio un cartel reza: “Juntos somos MÁS, solos no somos NADA”. “La Comuna 6 –dice el Plan de Desarrollo Local Comuna 6 2006-2015– ha sido reconocida por el nivel y trayectoria de organización comunitaria. [...] Comparativamente con las demás comunas de la ciudad, se ha identificado en el pasado y en el presente por su vida organizativa”.

Adentro está John, sentado ante un escritorio, chuzografiando, un poco sudoroso: “Papi, ¿ustedé qué?”, le pregunta a un viejo. “Se me dañaron las tejas de la cocina”, dice el señor. “Papi, deme el teléfono. Deme la dirección, papi”. “A ustedé qué me le pasó, mami”, le dice a una señora: “Se me rompió un pedazo de la teja íntriga”. Desfilan, uno tras otro, señoras y señores, y John suda, pregunta, y más tarde explica, para todos: “Somos del Comité Local de Emergencias de la Cruz Roja y estamos haciendo reporte de los daños; la Cruz Roja está en el territorio, pero no esperen que la ayuda –tejas, frazadas, colchonetas– llegue ahí mismo”.

John es bajo, macizo, ya no juega fútbol como antes. Su papá, un fabricante de calzado, llegó a Castilla cuando él tenía cuatro años. Ahora tiene 42 y un hijo de dieciocho más moreno y alto que él. Dice que siempre ha sido empresario: tuvo una fábrica de arepas y otra de zapatos, una miscelánea, una *boutique* y un bar restaurante, y fue socio de una farmacia. La farmacia quebró, y la *boutique* la cerró porque tuvo un problema con unos manes: “Por aquí hay unas gonorreas que ea”, dirá más tarde.

John sonrío, es efusivo con conocidos y desconocidos, no deja que se le descargue el celular porque alguien puede necesitarlo. Estudió poco pero sabe hacer cosas. Puede, por ejemplo, armarle un chifonier modular a una vecina medio puta en más o menos tres horas. Hace quince años un amigo de toda la vida lo involucró en el trabajo social, y ya lleva un lustro administrando la corporación.

Como no puede atenderme ahora, me presenta a un tipo al que le dicen ‘Mecato’, treintañero tranquilo con apariencia de muchacho, habitante de toda la vida del barrio. Lo llaman así porque a veces saca una chaza y vende cigarrillos y dulces en “el muro”, donde parchan los mariguaneros del barrio: “Le vendo las cositas a la cometrápo de toda esta gente”. A Mecato se le mojaron los electrodomésticos, la ropa y el colchón; ahora mismo su computador cuelga del tendedero. Tiene afán de trabarse, está “caballo” –como le dicen a ese amure–, pero el tipo con el que comparte casa, Mauricio, le propone que primero almuercen. Un almuerzo al que invita la Cruz Roja, en compañía de dos chicas y un señor con uniformes de la Cruz Roja. Cuenta Mecato que los contactaron “porque la policía se metía a atarbaniar los pelaos, dándole







pata a todo mundo”; una historia en la que Mauricio, con fechas y horas exactas, se extenderá más tarde. Después de ese primer contacto, la Cruz Roja les ofreció un curso sobre primeros auxilios que se imparte desde hace dos meses, los sábados por la tarde, en la sede social de La Maracaná, y al que asisten cerca de veinte personas, entre ellas Mecato y Mauricio.

Mauricio también parece un muchacho, pero ya casi alcanza los cuarenta. Tiene la piel cetrina, una cicatriz en el rostro –media luna que rodea el lado izquierdo de su boca–, es delgado pero de músculos afilados. Se mueve afanosamente de aquí para allá mientras gestiona el almuerzo, con una diligencia parecida a la de John. “¿Vos quién sos? ¿Periodista? Yo soy muy preguntón. ¿No trabajás con *Q’Hubo*?”. No, le digo. “Ah bueno, porque al periodista de las comunas 5, 6 y 7 le dije: ‘Viejo, por amor a Dios, no escriba lo que no es, de buena, porque cuando usted llega acá nos toca hacer que las mismas personas del barrio lo cuiden’. Decirle eso, y al otro día sacar: ‘Tres muertos en La Maracaná’... Se pierden tres personas de un barrio más arriba, a los dos días aparece uno en un colchón, al siguiente aparece uno en un costal y otro dentro de unas bolsas. Los matan a diez cuadras y nos los acomodan aquí”. Después dice: “No nos han presentado: mucho gusto, Mauricio, caravana”. Caravana, me explicará luego, es un término “canero” (carcelario) que significa “un parcerero reparcerero”.

En la mesa, además del trío institucional, están otros dos líderes del barrio, Juan y Manuela, esposos. Ellos –Mauricio, Mecato, Juan, Manuela y John– fueron quienes atendieron la emergencia el día del aguacero. Mientras comen chorizo y toman uva, Juan cuenta que hace unos días estuvo en “una capacitación del territorio” a la que asistieron cerca de ochenta personas; les preguntaron dónde vivían: “De los habitantes de La Esperanza, ninguno se anotó en La Esperanza. ¿Dónde se anotaron? ¡En Castilla!”. “Qué bacanería de polémica, qué almuerzo más bacano”, dice Mauricio. Y luego Juan dice que no sabe qué pasó, que ellos se sabían de Castilla y un día dejaron de serlo: “En mi casa hubo un tiempo que se llamaba Castilla, después La Arboleda, ahora La Esperanza. Yo he vivido en tres barrios en la misma casa y nadie me cree”. “El ciudadano dice que Castilla es... cualquier parte”, explicará John más tarde.

Tras el almuerzo, Mecato y Mauricio se dirigen al muro, a un costado de la cancha, donde siempre hay pelaos fumando mariguana y dando de fumar al que no tiene. El muro tiene letreros, mensajes, coloridas manos de niños y dos pinturas del Cristo Rey, una escultura de dos metros y medio que es insignia del Picacho, cerro tutelar que da nombre a uno de los barrios del Doce de Octubre, la comuna más densamente poblada de toda la ciudad. Dice Mecato que allí se fuma después de las cinco de la tarde, cuando salen de clase los muchachos de la Institución Educativa Los Comuneros, que está justo detrás. Ahora no hay mucha gente, y en realidad no estamos en el muro, porque llueve –trueno, relampaguea– y el techo del costado de la cancha no alcanza a taparlo.

Ya el humo enrojece los ojos cuando un jibarito de ojos verdes y cejas depiladas, delgadísimo, le pregunta a Mauricio: “Usted qué dice, ¿va a caer granizada otra vez?”, y él responde que no. Luego se le acerca una chica en chores. “Qué más mami, ¿vienes de trabajar?”, le



pregunta Mauricio. “No, nada, estaba por allá en el Centro comprándome unas chanclitas. ¿Me va a regalar un ploncito?”, dice ella. “Oiga, y por qué no”, dice él, y le rota el porro. Después Mauricio empieza a contar cómo lo encontró el aguacero, y alrededor suyo se va haciendo un corrillo de muchachos, adultos con apariencia de muchachos y un señor canoso al que le dicen ‘Corozo’.

Corozo vive en la esquina de arriba de esta misma manzana, y apenas se entera de lo que pasó ayer. No se dio cuenta de la inundación –él no se inundó–, ni le creyó a Mauricio cuando llamó a contarle. “Cuando yo salí, le dije a la mujer: ‘Eh, qué mano’ e hielo el que hay en la calle tan berraco, esto parece como en Europa”. Corozo es el representante legal de otra corporación que recién conformaron, y que Mauricio empuja con la ayuda de Mecato –y de John–. A veces Mauricio comienza las historias con un “estábamos-en-el-salón-de-la-justicia”, que no es un espacio concreto sino el lugar donde estén él y Mecato, y John, y a veces una mujer llamada Celina que les ayuda con las tareas administrativas. En las fumadas hablaban mucho de crear una organización, y un día Corozo llegó con la personería jurídica. “La gente cree que la mariguana no es sino mala, y mentiras, eso no es así”, dice el señor.

Mientras habla, Mauricio sostiene un palo de escoba, “trofeo” del día del aguacero. Le cuenta a los parceros la faena de rescate, el camino que recorrió montado en la película de darle alguna utilidad a lo aprendido con la Cruz Roja. Usa el cuerpo mientras acapara la palabra, provoca risas, mira fijamente para calibrar las reacciones, rasca otro porro.

Unas horas después John se suma al parche, aunque no le gusta fumar en el muro ni en las gradas para evitar el visaje. John es un tipo elocuente y aborda ciertos temas con tono de burócrata, como si fuera

la cuestión más seria del mundo. Cuando entra en confianza me pide que apague la grabadora y toca otros temas, con un tono distinto: “En los procesos comunales hay dos versiones: la del que está afuera, que dice ‘son unas ratas’, y la del que está adentro, que dice ‘no, es que a la gente nadie la llena’. Yo puedo decir: ‘muchachos, no hay tejas, pero vea, tenga cada uno de a 500 mil’, y mañana están diciendo que yo soy una gonorrea: ‘mínimo le tocó de a un millón por cada uno y se quedó con la plata’. Y así es la vida, y realmente hay muchos que hacen eso. Yo le hago un ejemplo: ayer un güevón todo borracho braviándome, isque: ‘quiubo, qué pasó con las tejas’. Le dije: ‘vea, eso es pa la gente que necesita y usted no necesita’. Porque si yo necesitara una teja no estaba bebiendo, estaba comprando la teja, ¡amén! ¿Sí sabe? ¿Qué están esperando? Que uno les lleve la teja... ¡Puede llorar!”.

John habla con la suficiencia del que sí sabe. Sabe, por ejemplo, que el primer barrio que se asentó en la zona, en los años treinta, fue Pedregal, casi al mismo tiempo que Santander, el más antiguo de la Comuna 6, y también que hay centenares de organizaciones, unas de papel, otras de puertas cerradas, otras como “la corpo”. Sabe también que el cambio de vocación de Medellín entraña para los habitantes de la barriada más peligrosos de los que la administración puede darse el lujo de admitir: “¿Adónde vamos a ir a trabajar, güevón? –le pregunta a Mauricio–. Los ricos no se van a preocupar porque ellos la tienen, los que nos vamos a preocupar somos nosotros, que cómo la vamos a conseguir si no hacemos nada que atraiga al turista”.

Tras la fuma, John se despidió: “Los voy a dejar, muchachos, porque tengo la corpo abierta y está la chiquiteca”. Afuera de la corpo hay cierta tensión. Se oye murmurar que la gente que reportó los daños en el transcurso de ese día está molesta: pregunta cuándo es que van a llegar las tejas.

Dos

Mauricio compra un porro en la calle de Los Bananeros, en el segundo piso de una casa a cuyas afueras hay un mueble viejo. En el muro hay varios muchachos quemando y un grupo de señores jugando parkés. En la cancha media docena de niños hacen montañas de arena para posar el balón antes de patearlo. Junto a los caspetes suena *Me bebí tu recuerdo* de Galy Galiano, varios viejos se emborrachan, una mujer y una niña comen empanadas, dos señores fritan chicharrón. En el costado sur un flaco sin camisa prepara el fuego para una frijolada.

De los cables de luz cuelgan tenis y guayos, unos quince pares. “Mami, la memoria, usted sabe –dice Mauricio–. Son de dos muertos, de dos niños que ganaron la Liga Antioqueña el año pasado con un equipo llamado La Esperanza, y de otros parceros que se han tenido que ir”. Los muertos, contará luego, son ‘La Vaca’ y ‘Yoyo’. En 2005 los paracos los reclutaron, a ellos y a medio centenar de pelaos del barrio. A La Vaca lo pusieron a mandar y luego lo mandaron a matar. Yoyo está desaparecido.

Mientras circulan cuatro, cinco, seis baretos, dos tipos conversan con Mauricio; el pitbull de uno de ellos, Dányer, da vueltas alrededor. “Entre nosotros tres hay como 35 años de cárcel”, dice él, que tiene seis hijos con tres mujeres diferentes: “Todos mis hijos son hechos en la cárcel”. La mujer que tiene ahora vive en el barrio Doce de Octubre, pero él tuvo un problema y no puede asomar por allá entonces ella le hace “visita conyugal” cada semana. Pero a los hijos los ve poco. “Así yo esté acompañado mi corazón llora porque mis hijos no están acá”, dice. Mauricio tampoco puede ir al barrio San Martín de Porres (oriente), ni a Castilla (occidente), ni a Pedregal (norte), ni a Kennedy ni a Francisco Antonio Zea (sur). A casi 450 mil metros cuadrados, que es lo que mide La Esperanza, se reduce el terreno por el que puede moverse libremente.

Hace cerca de tres meses Mauricio tuvo un problema con la policía, a propósito de la decisión de poner allí la subestación de policía. Mauricio es cauto, evita los detalles, pero se sabe que la tomba lo cogió a “tabanazos” –descargas de *taser*–, y se comenta que enseñó su foto en los barrios aledaños y por eso no puede moverse; que los acusaron, a él, a John y a los demás, de ser “puros Bacrim”. Las fronteras, dice Carlos Arcila, no son solo para los muchachos que están metidos en vueltas, y a los de los combos les gusta que ahí esté la policía. “Mami, ¿sabés que debiéramos decir nosotros cuando llega la policía si fuéramos bien civilizados? ‘Eh, qué chimba, viene la policía a protegernos’. Pero esa gonorrea no viene sino a darnos palo, entonces suerte pirobos”, dice Mauricio.

Mauricio, criado en la Comuna 6, fue un gran futbolista, y el fútbol lo llevó a Chile a jugar en tercera división. Allá tuvo un accidente automovilístico, y desde entonces lleva como recuerdo una “varilla



de titanio” y una larga cicatriz en el muslo izquierdo, al lado de otra más pequeña causada por un disparo de fusil. Después Mauricio pasó por el Ejército, se salió porque no le gustó, leyó “libros antiguos” y se “desengañó del sistema”. Entonces conoció el crimen. Pagó cárcel dos veces, diez años y medio en total. Robó, fletió, voltió, quién sabe qué más cosas hizo. Y tuvo dinero: 2.224 millones de pesos que guardaba bajo la cama en bolsas plásticas y cada cinco días contaba, hasta que lo agarró la policía y lo encanó por segunda vez. Mientras cuenta todo eso, con detalles más o menos inverosímiles que sin embargo nunca contradice, señala uno de los señores que juegan parkés y dice: “Si yo tuve plata, ese señor tuvo muchísima más. Los pobres no sabemos tener dinero. Se la bebió por la nariz...”.

Ahora Mauricio está listo para desandar los pasos del día de la granizada. “Usted no me ha hecho una pregunta: ¿Por qué John y yo nos la llevamos tan bien si él de izquierda y yo de ultraderecha? Porque se necesitan una mano derecha y una izquierda”, explica mientras se dirige a la Biblioteca La Esperanza. De ultraderecha, dice, y también uribista porque le dio casa a su mamá y a su hermana y subsidió a sus hijos durante ocho años. “Porque permitió que después de haber sido delincuente me formara como líder”. Porque antes, cuando ese



señor era presidente, no había barreras invisibles: “¿Sabe por qué? Porque es mejor que la vuelta la lleve un solo bandido que muchos de diferentes lados”.

El día del aguacero algo lo empujó hacia la biblioteca. Ocupó un computador, se puso los audífonos, empezó a chatear con un parce-ro. En la biblioteca y los salones, a esa hora de la tarde, había niños, adultos, ancianos. Lo sacó de la vuelta una profe: “¡Nos estamos inundando!”. En el curso de primeros auxilios le habían enseñado que lo primero era contar: siete niños, tres adultos. Se asomó a la puerta y vio que el agua bajaba a toda velocidad. No alcanzaba a entrarse, pero enfrente, en una especie de sótano donde funcionan los salones del Inder, escuchó gritos. Allí había otros siete niños, con el agua hasta el pecho, que rescató con ayuda del palo de escoba. Luego impartió instrucciones: levantar los cables del piso, subir los libros de los estantes más bajos, llamar al 123 hasta hacer colapsar las líneas. Luego salió y las pepas de granizo lo descalabraron. “Miro así, cuando esas casas de afuera llenas de hielo; mejor dicho, no faltaba sino un trineo con cuatro burros mijo, de buena”, había contado antes, en el muro.

Mientras camina por el costado occidental de la biblioteca, me enseña un agujero que abrieron en la pared de uno de los salones para sacar el agua, “cosa que estuvo mal hecha porque por ahí cabe un ladrón”. Con el palo de escoba liberó la barrera de hojas que se había formado al lado de la cancha inundada, y luego esparció la alerta entre vecinos: “Les dije: ‘muchachos, nos estamos ahogando en la biblioteca’. Cuando vuelvo y miro, ya no hay nadie, todo el mundo se puso entrampao. Y el negrito –o sea él, que a veces habla de sí mismo en tercera persona– siguió en la suya”. Preguntó en todas partes si había víctimas. Encontró tres señoras sentadas en la sala de una casa, con el agua a la altura de las rodillas, y les ordenó calentar aguapanela o chocolate. Vio que la casa de un vecino estaba sin techo y empezó a gritar, porque se le ocurrió que eso era lo que había que hacer, “yo soy del Comité Barrial de Emergencia, pinpupunpún, vamos a escribir los daños y a pasar reporte”. Bajó por la 94 removiendo desechos con el palo, levantó del piso las motos que el agua había arrastrado. Se percató de que el propietario del billar se había cortado una mano y lo mandó al centro de salud en una moto, vio el negocio de pollos cubierto de hielo y pidió prestada una pala para despejarlo.

Le dijeron luego que en la quebrada estaba todo jodido. “Pero usted responde por mí porque usted sabe que nosotros no podemos bajar hasta allá”, le explicó al tipo que subió a buscarlo, y el tipo le dijo que él respondía.

Ahora, tarde de un domingo frío pero levemente soleado, nadie responde y el recorrido se trunca. Pero Mauricio sabe que en la corpo hay una periodista de un medio local, con un asistente y un camarógrafo, y que Manuela y Juan sí tienen permiso. Entonces despliega un operativo, con la dosis perfecta de amabilidad y adulación, para poder



desplazarse con ellos: “Venga, vamos a encaravananos con esa gente, que Juan ya tiene permiso pa bajar allá. Tan bobo el negro, ¿cierto mami?”, dice, y se ríe.

“Allá” es la carrera 73 entre las calles 93 y 92b, a tres cuadras de la cancha –sector La Arboleda, límite entre los barrios La Esperanza y Alfonso López-. En la calle, a un lado de la quebrada La Cantera, hay una fiesta. Hula-hulas, una golosa, una pista jabonosa, una piscina de pelotas en la que una multitud de infantes chapucea. Los duros del barrio hacen fiesta cada 31 de octubre, por el día del niño, pero el viernes la lluvia no dio chance y por eso la fiesta es hoy. “Parce, vea, a pesar de todo la gente con ánimos de vivir”, comenta Mauricio mientras se mueve, afanosamente, de aquí para allá.

Al otro lado de La Cantera, en un pequeño callejón con una veintena de casas, el camarógrafo graba un tercer piso sin techo, mientras en el reducido espacio entre las casas y la canalización media docena de niñas con tiaras y vestiditos esponjosos corretean. También hay piñata: el cumpleaños de la nieta de don Rafael, habitante del barrio. Nicol Dayana, se llama la niña, que ajusta cuatro años envuelta en un vestido blanco de florecitas azules, enfrente de la marca de agua que dejó la inundación.

Tres calamidades atendió Mauricio cuando asomó por acá. La primera, una mujer embarazada de veintidós semanas que se quejaba de dolor en el vientre mientras sonreía, sentada en el único reducto seco de su diminuto apartamento, un cuarto piso al que se accede por

unas escaleras estrechas. Se le quemó el televisor, se le mojó casi todo menos su cama y la de su niño de tres años, que corretea por la calle mientras ella, sentada en la acera de una casa, cuenta que solo fue un bajón de presión y que la dueña de la casa ya le mandó a arreglar el techo, gracias a Dios. En la entrada de la casa hay varios muchachos y de vez en cuando asoma un pastor alemán altivo y arrogante, propiedad de uno de ellos. Ahí, dirá Mauricio más tarde, está el tipo que da los permisos.

La segunda calamidad la cuenta ahora ante la cámara un señor de cabello blanco y ojos verdes, vidriosos. Dice que está viviendo con la hermana en una piecita, unas cuadras más arriba, porque casa ya no tiene. Cuando llegó Mauricio ni él ni su hermana estaban, pero llegaron a tiempo de verlo abrir la puerta con una barra, la nevera salir nadando, adentro el televisor y “qué montón de vueltas” flotando, y el piso de concreto levantado. Ahora el camarógrafo entra al pequeño apartamento, un sótano con el suelo convertido en un pantanero y olor a aguas residuales. “Las únicas personas que yo vi llorando fue esa gente”, dice Mauricio.

La tercera fue la pareja de viejos. Al lado de la quebrada hay una casita. Si no fuera por el olor a cañada, casi parecería de cuento, oculta entre plantas florecidas, árboles y helechos. Ese día, cuando pudo abrir la puerta, vio salir “toda esa agua a lo película o a lo calicatura. Cuando yo pillé una viejita acostada en la cama, con el agua aquí a la mitad, y el viejito en una sillita, dándole gracias al señor. Ellos ya estaban



encomendándose al cucho, mijo. Y vamos es pa afuera, y se pega esa cuchita a la cama, y el viejito coge el tabrete. No se querían salir. Y no van a salir. Les metimos dos psicólogas y una enfermera: no se van a salir”. María del Carmen tiene 87 años y Lázaro 88.

La periodista frunce la nariz mientras se dirige a la casa de los viejos por una senda llena de barro y desechos plásticos. Cuando abren la puerta, colgada por la inundación, asoma una señora de pelo entrecano que se niega a dar la mano porque la tiene mojada del ajetreo en la cocina. Adentro huele a humedad, un olor ácido y penetrante. A unos pasos de la sala hay un cuarto con un catre y un colchón que les dio un vecino –envuelto en plástico–, y en la entrada un perro muy pequeño amarrado. Se llama Minutos, pero María quiere cambiarle el nombre: “Le voy a poner es Paqué. Y el apellido: Peligro. Va y muerde a uno, es un peligro”, dice, y Mauricio se carcajea. Luego cuenta que fueron a convencerlos de abandonar la casa: “Sí, vinieron muchos. Que saliéramos de aquí, que era mejor estar en otra parte, muchos consejos. Pero señorita, no... Yo ime de donde murió mi mamá, mucho dolor... Que me hubiera quedao, como se dice, debajo de un árbol, pero si hay un rinconcito yo me quedo por ahí”.

Quiero conversar más con ellos, pero Mauricio coge afán, dice “nos vamos” en un tono inapelable. Por qué, pregunto. “Sino que los muchachos ya nos dijeron. Usté tiene que tener presente que siempre es permiso...”. Afuera, don Rafael cuenta que los viejos llevan ahí más de cuarenta años, que no es cierto que ahí haya muerto la mamá de doña María, que le compraron el terreno a una señora. Que tuvieron dos hijos, que a “todos dos” los mataron.

Ya nos vamos, pero antes “los muchachos” nos dan “el refrigerio”, gaseosa y un perro más bien reseco. Cuando terminamos de comer, un tipo, el duro, le dice a Mauricio “con confianza, con confianza parcerero, si quiere más, diga”, y Juan le agradece: “Mi Dios le pague y qué pena”. Más tarde, Mauricio me cuenta que conoció a ese duro en Bellavista, y que ahí, mientras la periodista hacía su nota y él daba vueltas afanosamente, lo reconoció por la cicatriz.

Tres

A mitad de la tarde del último miércoles de octubre de 2014 granizó en las comunas 5 y 6. El agua bajó por calles y canales, arrastró hojas y desperdicios, se acumuló en resquicios y llegó hasta la Seis-Ocho, como le dicen a la carrera 68 –barrio Castilla, Comuna 5–, calle estrecha, franqueada por carros, siempre llena de gente, que ahora llaman bulevar. Convertida en un torrente oscuro, el agua inundó Ciudad Frecuencia, una organización comunitaria, ensayadero, estudio de grabación, teatro, sede cultural de esa Castilla, la comuna, tan diferente al Doce de Octubre aunque esté al lado. “Hay muchas formas de hacer los procesos –había dicho antes John–, y abajo se hacen de manera cultural y acá se hacen de manera política”. Castilla, dicen, es música; y Ciudad Frecuencia, la organización que más apoya la escena musical de toda la Zona 2, donde hay cuatro festivales.

Hoy, 15 de noviembre, el festival de la 6 cumple diez años, y para festejarlos hay un gran concierto, suma de festivales, en el Parque Juanes de La Paz, sobre la carrera 65. A la entrada hay que pagar

cuatro mil pesos, no tanto para sufragar los gastos de producción como para solidarizarse con Ciudad Frecuencia. Los Toreros Muertos cierran la programación del primer día.

Antes estuve en La Esperanza. A Mauricio le gustan Los Toreros Muertos pero no puede bajar. A los parceros que comparten porro con Mauricio les gustan los Toreros Muertos pero no pueden bajar. Mecato es el único que me acompaña. El festival, dice una valla al lado del escenario, pretende unir a las comunas 5 y 6 a través de la música. Ahora son las nueve de la noche, más o menos, y Mecato y yo escuchamos a Desadaptadoz, legendario grupo de punk de Castilla, el barrio. Caliche, baterista, agita las baquetas mientras canta. Y en mitad de la canción, como es costumbre, se da tiempo para una cantinela. Para decir, palabras más o menos, que aunque haya festival esta ciudad está cada vez más fragmentada. ♦





Barrio Lenin

Por Óscar Calvo Isaza

Los nombres en la ciudad son marcas sobre la tierra, replican en el espacio urbano las grandes utopías. Los bautizos de los barrios por parte de colonizadores o invasores urbanos representan una forma particular de crear y habitar la ciudad ¿Quién recuerda que entre los nombres de santos y patricios Medellín tuvo y tiene sus barrios Camilo Torres Restrepo y Fidel Castro? Esta es una breve crónica de uno de esos nombres, Lenin, símbolo de las luchas de una población rebelde de tugurianos que fundó su comunidad en Medellín.

Fronteras del mundo

Donde fue la capilla del Tugurio de Dios hoy hay una estación de policía. Es la misma esquina donde hace unas décadas estaba el corazón del barrio Lenin. Alrededor, las calles estrechas y desalineadas parecen la extensión de otro barrio, construido por el Estado con un nombre sabio y patriótico: Francisco Antonio Zea, cuarta etapa. Solo los más antiguos pobladores, y algunos jóvenes activistas, recuerdan la toponimia original que martillaba sobre estas montañas el temido apellido del fundador del primer estado socialista del mundo. Según cuenta la historia del Comité Popular del barrio Lenin (1986), en noviembre de 1972 los tugurianos que ocupaban terrenos junto al Hospital La María, reunidos en una asamblea multitudinaria, decidieron dar a su pedazo de la ciudad “el nombre del genio de la práctica mundial”; un nombre que era también una defensa frente a las constantes amenazas e intentos de desalojo.

El nombre del barrio fue cuestionado desde el primer momento por las autoridades, quizá por ser demasiado explícito en su “deseo de un cambio de estructura” y, seguro, por ser extranjero. Sin embargo eso no los hizo cambiar de opinión: “Nadie puede convencernos de que la grandeza de Lenin puede ser opacada por el nombre ilustre de Francisco Antonio Zea. Podrán decirnos que Zea es colombiano y Lenin extranjero, pero consideramos que Lenin, con sus enseñanzas y con su ejemplo, rompió las fronteras del mundo”, dice uno de los fundadores. Y, claro, reclamar un pedazo de la ciudad implicó para esta gente romper fronteras y trazar nuevos límites, invertir símbolos sagrados y renombrar el espacio construido, como el templo soñado para honrar al Cristo de los sin techo, que no sería una casa sino un Tugurio de Dios.

Las invasiones

La formación de este asentamiento humano, conocido primero como los tugurios de Alfonso López, no fue el resultado de un plan bien calculado por un grupo organizado de agitadores. De acuerdo con el testimonio de José Muñoz, uno de los dirigentes del Comité Popular, el barrio fue producto de una resistencia continua contra el desalojo policial: tomas sucesivas para construir ranchos y la formación de una comunidad nueva con personas que llegaron a la ciudad por distintos rumbos. En La María se asentaron varias familias, mientras en el sector oriental el Instituto de Crédito Territorial (ICT) construía la urbanización Francisco Antonio Zea. A mediados de 1969, cuando ya se adelantaban las obras, comenzaron las presiones para desalojar a los ocupantes de sus tugurios, recurso de fuerza empleado por las autoridades en esos años de repetidas invasiones en el norte de la ciudad.

Entonces llegó al lugar el Frente de los Oprimidos, organización impulsada por el cura Vicente Mejía, que buscaba agrupar las luchas de los afectados por los programas de erradicación de tugurios y renovación urbana implementados por el gobierno municipal desde 1968. El Frente de los Oprimidos estaba dirigido por el propietario de un depósito de materiales de construcción, Aníbal Grisales Toro, conocido como ‘Lupo’, quien, según el testimonio de Vicente, era un gran líder y luchador popular: “Lupo sabía redactar muy bien, me enseñó a redactar esos boletines de tal manera que la gente entendiera todo, punto por punto, y guardaban esos cartapacios de boletines en sus casas”. Hoy sabemos que los agentes secretos del Departamento de Orden y Control de Medellín siguieron al sacerdote a una reunión del Frente de los Oprimidos el 31 de agosto de 1969: “En su homilía, arengó a los feligreses sobre los proyectos de las autoridades en relación con el desalojo de los tugurios de Alfonso López. Posteriormente, en compañía de unas ciento cincuenta personas y de su hermana Julieta Mejía, se trasladó a dichos tugurios, en donde volvió a hablarles a sus habitantes, advirtiéndoles que mediante la ayuda de las centrales obrero-estudiantiles, y con la fuerza de todos ellos unidos, no permitiría que se efectuase ese ‘atropello’ por parte de las autoridades”.

La pastoral social católica intervino para posponer el desalojo de las familias, pero no consiguió que fueran trasladadas a otro proyecto habitacional en el barrio Efe Gómez. Con todo, en los primeros días de octubre de 1969 la policía desalojó y destruyó varios tugurios situados en la carrera 12A con la calle 93. Vicente Mejía enfrentó a los

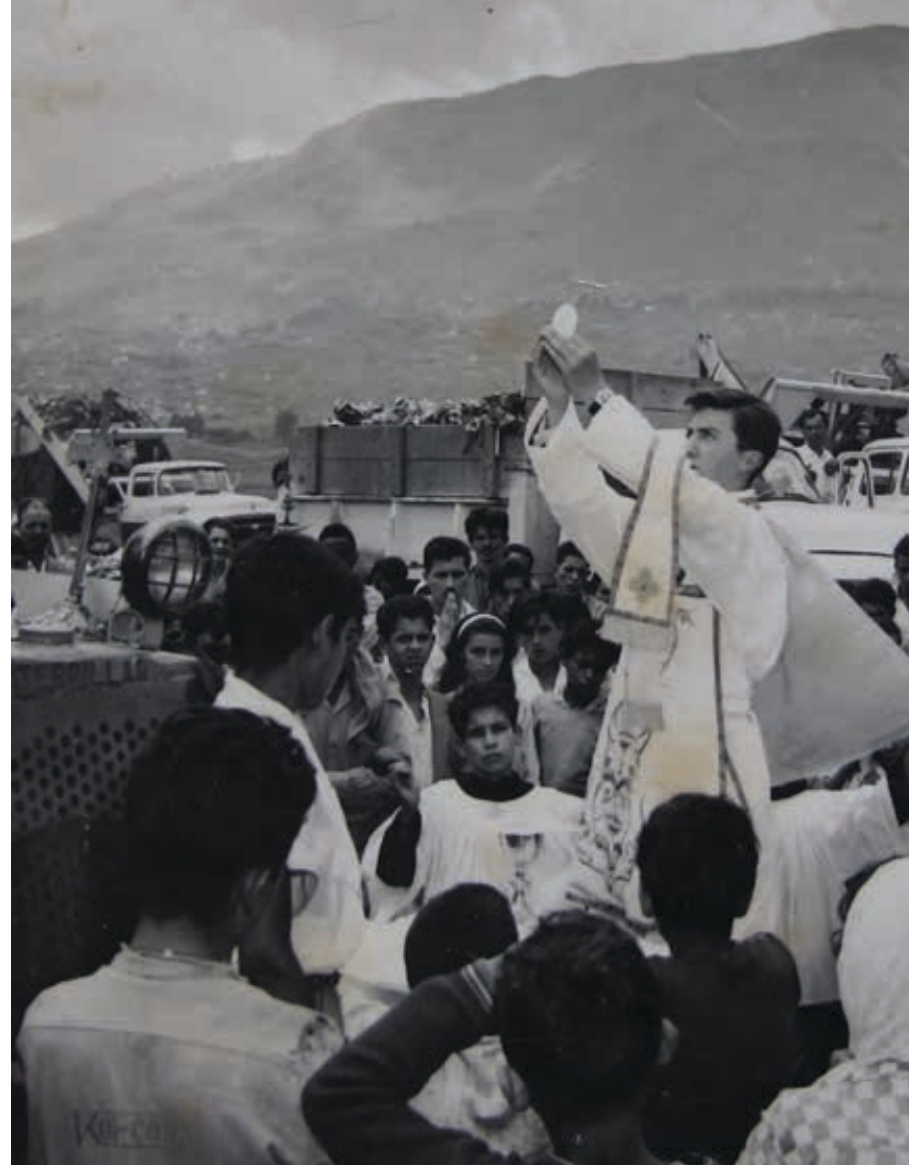
agentes y sostuvo: “Mientras las autoridades competentes deciden para dónde envían a estas familias, en el acto nos proponemos reconstruir los tugurios”. Según la historia que se cuenta en el barrio, con la presencia del movimiento sacerdotal Golconda se produjo el acontecimiento fundacional: “En compañía de sacerdotes, laicos, seminaristas y tugurianos volvieron a levantar los ranchos en presencia de la policía hasta que éstos se retiraron”. Ese día otras tres familias se unieron al asentamiento y completaron el grupo de seis familias fundadoras, lideradas por Emiro Osorio, Arcángel Urrego, Romelia Londoño, Ermilda, Dolores Bohórquez y Mercedes Rodríguez.

Poco después, el 15 y 16 de octubre de 1969, Vicente Mejía, Aníbal Grisales y una veintena de dirigentes tugurianos, sindicales, estudiantiles y religiosos fueron detenidos por las fuerzas de seguridad del Estado en Medellín, como parte de un plan nacional para desarticular a Golconda. Pese a la detenciones, después de la liberación de Vicente se aceleró la invasión de terrenos en La María, esta vez en un contexto mucho más favorable para la causa de los tugurianos. En efecto, a principios de 1970 se presentaron invasiones de nuevas familias que levantaron decenas de tugurios en el sector, justo cuando Medellín servía de sede al Seminario Mundial sobre Mejoramiento de Tugurios y Asentamientos no Controlados convocado por la Organización de Naciones Unidas y el ICT. En las semanas siguientes tampoco fue posible frenar las invasiones o desalojar las ya establecidas por temor a caldear los ánimos de los pobladores de la zona, en medio de unas cerradas elecciones presidenciales entre Gustavo Rojas Pinilla y Misael Pastrana.

Con una base más sólida, en el curso de ese año se constituyó la primera junta directiva –semilla del Comité Popular del barrio Lenin–, encargada entre otros asuntos de dirimir los conflictos internos, gestionar la dotación de servicios, ordenar la ocupación de terrenos y concitar la solidaridad de agrupaciones obreras, estudiantiles y populares.

Operación zea

El gerente seccional del ICT, Diter Castrillón, diseñó e implementó un plan de “rehabilitación de tugurios” denominado la Operación Zea 4ª, plasmado en un documento con fecha del 6 de abril de 1973, cuyo propósito era tomar un espacio y someter a una población –un “asentamiento incontrolado”– que hasta entonces había escapado al poder estatal. Para actuar en este caso el ICT tuvo que cambiar su propia normativa, que prohibía realizar inversiones en terrenos de su propiedad invadidos por tugurianos. La situación llevó al gobierno a formular un programa innovador para “rehabilitar” la zona, es decir, para adecuar los terrenos como cuarta etapa del barrio Zea, sin expulsar a los pobladores y reconociendo algunas de sus reivindicaciones, con la idea de frenar la amenaza política que representaba el movimiento.





Para los agentes estatales, los principales problemas eran la imposibilidad de levantar un censo de los tugurios, la formación de nuevos asentamientos y la dificultad de integrar la organización comunitaria a los programas oficiales, pues la Junta se negó a la intervención de las trabajadoras sociales del Instituto, reafirmo su autoridad en el territorio y, como símbolo de autonomía, puso un nombre distinto al barrio: "El ICT denomina a esta zona 'Francisco Antonio Zea' Cuarta Etapa, pues espera integrar esta comunidad con las otras adyacentes. Los líderes de la comunidad lo llaman desde hace pocos meses 'Barrio Lenin'", confesaba en aquellos días el funcionario a cargo del programa.

Levantar el censo de los tugurios –el número y nombre de los habitantes– no era una cuestión menor, allí radicaba un punto crucial para el control de los recursos en el asentamiento, en especial para la asignación de los lotes, que era la fuente del poder de la organización comunitaria. De ahí que una asamblea celebrada el 12 de noviembre de 1972 haya decidido plantear sus propias condiciones para el programa en el Boletín #2, que denominó "De urbanización": las intervenciones se harían pero con base en su propio censo; además, se prohibía la realización de cualquier otro censo por entidades externas, se reservaba para la Junta la expedición de fichas sobre los terrenos y se reafirmaba la numeración ya establecida en las casas del barrio. La consigna de esos días era: "El pueblo es el único responsable de su propio destino".

La Operación Zea fue la respuesta a la afirmación de soberanía popular de la Junta sobre el barrio, y se implementó entre el 15 de enero y el 7 de abril de 1973. Preveía la intervención coordinadas de distintas instituciones sociales con las fuerzas de seguridad del Estado: agentes encubiertos de la inteligencia de la policía (F2), el

CON LOS MARGINADOS DE LA TIERRA Y LA EDUCACION, LOS DESEMPLEADOS FUNDAN LOS SECTORES TUGURIANOS.

LA REPRESION PROCEDIMIENTO INOPERANTE.

CON LA HABILITACION DE LAS TIERRAS INVADIDAS SE SOLUCIONA EL PROBLEMA DE VIVIENDA. DE DOS CANTIDADES MAS DE EL # DE FAMILIAS HABILITADAS.

LA DISCRIMINACION DE LA URBANIZACION DE LOS SECTORES DE INVASION HABILITADOS CREA CONFLICTOS SOCIALES.

LOS INVASORES SIN EMPLEO NO PUEDEN PAGAR SERVICIOS PUBLICOS.

Trabajo presentado por el comité popular de el barrio Lenin y bajo su entera responsabilidad.

Medellín, 15 de Julio de 1.986

<u>Equipo de organización</u> <i>Bernardo Restrepo</i>	<u>Equipo de finanzas</u> <i>Melva Garcia</i>	<u>Equipo de educación</u> <i>Jose R. Ruiz</i>
<u>Equipo de coordinación y control</u> <i>Gaspar Giraldo</i>	<u>Equipo de propaganda y prensa</u> <i>Salvador Romero</i>	

COMITE POPULAR DEL BARRIO LENIN
MUNICIPIO DE MEDALLIN
COMITE POPULAR DEL BARRIO LENIN



ejército (B2) y el DAS, sumados a efectivos uniformados de la policía y la Defensa Civil. Estos estarían a cargo de acordonar el área y expulsar o detener a quienes se opusieran al operativo, mientras las trabajadoras sociales, los médicos y los ingenieros se hacían al control del asentamiento, verificaban el censo de familias, vacunaban a los niños, fumigaban “personas, elementos y animales”, repartían mercados y completaban los traslados forzosos para preparar la “rehabilitación” de los terrenos. Fue un plan que no llegó a realizarse. “Jamás ninguna comunidad de marginados del techo había sido amenazada como lo fue nuestra comunidad del barrio Lenin el 7 de abril de 1973”, cuenta la historia local. Sin embargo, la comunidad organizada logró resistir el operativo, y en una asamblea general, el 8 de abril, autoridades y ocupantes definieron un programa alternativo de urbanización de la zona y firmaron el Acta #1, en la cual el ICT reconoció a la Junta como la “organización propia del barrio, la dirección del asentamiento y la verdadera representante de la comunidad que trabajará en concordancia con ellos”.

En los dos años siguientes una población aproximada de dos mil personas fue reasentada, se construyeron las redes de servicios domiciliarios y se aprobó el plano de urbanización formal de 410 lotes para autoconstrucción, pero los conflictos siguieron por la insistencia de las autoridades en dividir a los tugurianos y desconocer sus criterios sobre la creación del espacio urbano. A principios de 1975, cuando se iniciaba el contrato para terminar las obras de urbanización –construcción de senderos peatonales, accesos a las viviendas y pavimentación de vías–, la Junta se opuso a la construcción de escaleras y demandó senderos más amplios y accesos vehiculares que no estaban previstos en los planos del ICT. Para seguir adelante con las obras, el ICT quiso conformar otra organización comunitaria, una Junta de Acción Comunal debidamente legalizada que se alineara con los intereses de las autoridades y, además, sugirió que se reprimiera a los dirigentes de la Junta, que ya se denominaba Comité Popular del barrio Lenin. De nuevo la comunidad se resistió a los planes, enfrentó al contratista de las obras, incendió su carro y bloqueó las calles hasta conseguir la presencia del alcalde de Medellín, quien suspendió las obras y presionó al ICT para cambiar los planos de la urbanización de acuerdo con las demandas de la gente.

Tugurio de dios

En julio de 1974 Gabriel Tobón dibujó los planos del Tugurio de Dios, un centro comunitario que albergaría oficinas, taller, guardería y centro de salud, junto a una austera capilla. Como el nombre del barrio, construir un tugurio como templo consagrado a la memoria de los orígenes y las luchas comunes implicaba la inversión de los valores establecidos. La formación de un Comité Popular como organización rebelde, capaz de desafiar al Estado, hizo posible pensar este espacio urbano como portador de una utopía para los destechados, plasmada de manera más amplia en un frente de tugurianos revolucionarios que agrupaba otros comités populares de Medellín. En abril de 1983, el Comité Popular del barrio Lenin celebró el décimo aniversario de la urbanización de los terrenos y escenificó en sus calles un desfile plagado de estrellas, listones rojos y modelos a escala de los primeros tugurios. Por esos mismos años, un grupo disidente logró crear una Junta de Acción Comunal conectada de formas diversas con los partidos tradicionales y el Estado.

Con los años, Lenin se convirtió en Francisco Antonio Zea, un barrio como tantos otros, con sus historias de violencia cotidiana gestada por agentes del gobierno, milicias guerrilleras y combos del narcotráfico, mientras en sus aceras se levantaban edificios de varios pisos y se multiplicaban los locales comerciales. Hasta hace poco su nombre solo aparecía en las noticias judiciales por la presencia de expendios de droga, los asesinatos de jóvenes y las batidas de la policía. El barrio no tiene centro comunitario, y en los últimos meses de 2014 los vecinos se movilizaron para conquistar una sede social abandonada: "Afirman que hace unos años perdieron otra sede comunal y no quieren que pase lo mismo con esta", dijo un periodista en una nota de televisión. El Tugurio de Dios –"La Caseta", como la llama la gente– quedó sin terminar, y el edificio estuvo abandonado hasta que las autoridades decidieron instalar una estación de policía en la primitiva capilla, donde en el pasado se erigió, en suelo rebelde, el barrio Lenin.







CRÉDITOS DE IMÁGENES

Tabla de convenciones

Se usan las siguientes abreviaturas para ubicar las imágenes, acompañadas del número de página correspondiente:

Sup.: Superior / Med.: Medio / Inf.: Inferior / Der.: Derecha / Izq.: Izquierda.

ARCHIVOS INSTITUCIONALES

Archivo Histórico de Medellín
90, 366 Sup.

Archivo Histórico de Antioquia
Fondo fotográfico Carlos Rodríguez
45 Inf. Der., 229, 274 Sup. Der., 330, 333

Archivo General de la Nación
13, 16

Biblioteca Pública Piloto, Archivo fotográfico

S.d.: 132, 133

Alberto Palacio Roldán: 93 Inf. Der.

Andrés María Ripol: 176

Anónimo: 98 Izq.

Benjamín de la Calle: 22 Sup. Der., 99 Sup. Der., 339 Inf. Der.

Carlos Amortegui: 318

Daniel A. Mesa: 128, 146 Inf., 155

DIGAR: 177 Sup. Izq., 276 Izq., 276 Sup. Izq., 293

Fotografía Rodríguez: 92, 122, 131, 274 Sup. Der.

Francisco Mejía: 23, 177 Inf.

Gabriel Carvajal: 25, 71 Sup., 79 Sup., 100, 220, 256 Sup. Izq., 257 Sup., 267, 275, 277, 285, 314 Sup., 346

Gonzalo Escovar: 210

Horacio Gil: 22 Izq., 24

Jorge Obando: 99 Sup. Izq., 146 Sup., 147

León Francisco Ruíz: 45 Inf. Izq.

Manuel A. Lalinde: 98 Sup. Der., 99 Inf. Der., 101, 123, 126 Inf. Der.

Oscar Duperly: 159

Museo de Antioquia
92 Inf. Izq.

Planeación Metropolitana, Medellín
268, 368 Inf. Izq., 369

ARCHIVOS PARTICULARES

Colección Particular
Foto de Alfonso Posada
15

La vida rondando la muerte (barrio San Pedro)
Rosana Jaramillo

80

Nelly Mejía

82

Rocío Hoyos

83

Los días sin miedo (barrio Villatina)
Corporación Campo Santo
110 Inf., 112 Sup. Izq.

No hay futuro que perder (barrio Poblado)

José Juan Posada

178, 181, 182, 184

El clásico Fátima-Nutibara (barrio Fátima)

Carlos Julio Serna

254

El San Javier de la memoria (barrio San Javier)

Familia Baena Gaviria

290 Inf. Izq., 292, 294

Otra banda (barrio Suramericana)

Familia Molina López

316, 317 Inf. Izq.

¡Ay qué Laureles! (barrio Laureles)

Rubén Vélez

298, 299, 300, 301

El barrio Lenin (barrio Francisco Antonio Zea IV Etapa)
Vicente Mejía
366 Inf., 368 Sup. Der.

Grabados

Valentina Canseco: 20, 96, 174, 208, 272, 328

Fotógrafos

Juan Fernando Ospina: 1, 2, 4, 6, 9, 10, 18, 26, 28, 29, 30, 31, 33, 36, 38, 40, 41, 42, 43, 45 Sup., 49, 50, 51, 52, 53, 55, 56, 58, 59, 60, 61, 62, 65, 66, 67, 68, 69, 71 Inf., 72, 74, 76, 77, 78, 79 Inf., 84, 86, 87, 88, 89, 94, 102, 104, 105, 107, 108, 109, 100 fondo, 112 Inf., 113, 115, 116, 118, 120, 121, 124, 125, 134, 135, 136, 148, 150, 151, 152, 153, 154, 156, 158, 160, 162, 163, 166, 168, 169, 170, 171, 186, 187, 196, 197, 203 Centro Der., 203 Inf. Der., 204, 206, 212, 214, 215, 216, 217, 218, 219, 222, 225, 226, 227, 228, 230, 231, 232, 234, 236 Sup., 237, 239, 248 Inf., 256 Inf., 257 Inf., 258, 260, 261, 262, 263, 268, 276, 278, 279, 281, 284, 286, 287, 288 fondo, 294, 295, 296, 305, 306, 309, 310, 312 frente, 317, 318, 320, 321, 322, 323, 324, 347, 370, 371, 372

Daniel Bustamante: 332, 335, 336, 337 Sup., 340, 342, 343, 348, 350, 351, 352, 353, 354

David E. Guzmán: 164, 165, 221

Sergio González: 34, 35, 46, 47, 138, 139, 140, 141, 142, 144, 172, 188, 190, 191, 192, 194, 198, 200, 201, 202, 203 Sup., 236 Inf., 240, 242, 243, 244, 245, 246, 248 Sup., 251, 252, 300, 302, 303, 304, 315 Der., 338, 339, 356, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365

El libro de los barrios

Este es un proyecto de la Vicealcaldía de Educación, Cultura, Recreación, Deporte y Participación

El libro de los barrios es una publicación de la Secretaría de Cultura Ciudadana en coedición con Universo Centro

Administración municipal:

Alcalde de Medellín: Aníbal Gaviria Correa

Secretaría Vicealcaldía de Educación, Cultura, Participación, Recreación y Deporte: Alexandra Peláez

Secretaría de Cultura Ciudadana: María del Rosario Escobar Pareja

Universo Centro

Dirección y fotografías: Juan Fernando Ospina

Asistente de dirección: Sandra Barrientos

Editor: Pascual Gaviria

Asistente editorial: Paula Camila O. Lema

Diseño y diagramación: Laura Pérez y Luisa Santa

Fotografía de portada: Juan Fernando Ospina

Fotografías: Juan Fernando Ospina, Daniel Bustamante, Sergio Restrepo

Dibujos: Valentina Canseco

Corrección de estilo: Paula Camila O. Lema

Cronologías: Sor Natalia Alvarez Micolta

Impresión: Legis SA.

Impreso en Bogotá.

Printed in Bogotá, Colombia

ISBN: XXXXXXXXX

Primera edición, noviembre de 2015

Medellín, Colombia-Noviembre de 2015

www.universocentro.com

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido, sin autorización escrita de la Secretaría General del Municipio de Medellín. Asimismo, se encuentra prohibida la utilización de características de la publicación, que puedan crear confusión. El Municipio de Medellín dispone de marcas registradas, algunas citadas en la presente publicación con la debida autorización y protección legal.

El contenido de los artículos es responsabilidad de sus autores e instituciones y no comprometen a la Administración Municipal.



© Alcaldía de Medellín, 2015

© Universo Centro, 2015

© Derechos reservados de los autores para textos e imágenes, 2015

Distribución gratuita.



El libro de los barrios
se terminó de imprimir en noviembre de 2015.
Bogotá, Colombia